



HQN™

EL AGUA TEMPLADA

María de Castro



EL AGUA TEMPLADA

María de Castro

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica,
S.A.

Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 M.D.G. Castro

© 2016 Harlequin Ibérica, una división
de HarperCollins Ibérica, S.A.

El agua templada, n.º 118 - abril 2016

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de

Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.com

I.S.B.N.: 978-84-687-8256-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Genealogía](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

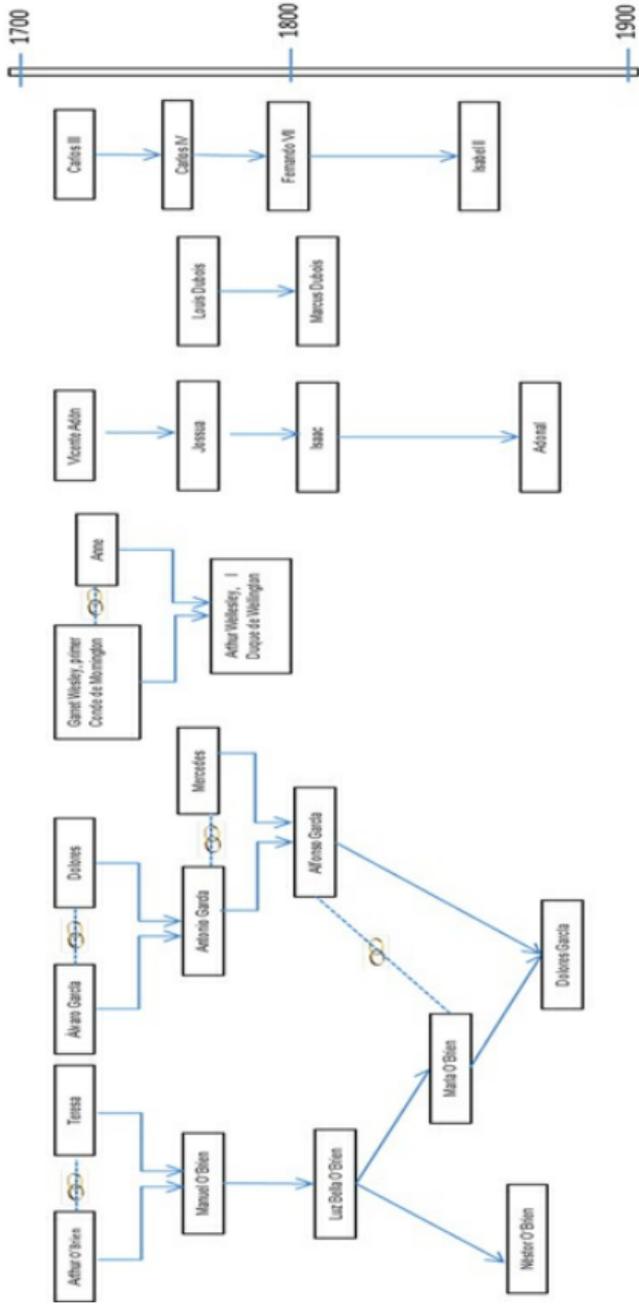
[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Notas](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)



Prólogo

*Ciudad de Sanlúcar, Reino de Sevilla
(España); 26 de abril de 1759*

El irlandés de nacimiento Arthur O'Brien caminaba hasta el despacho del licenciado Guillermo Furriá; en sus manos portaba una escritura legalizada, firmada por varios testigos fieles, que lo reconocía ante el Gobierno de España

como propietario de una de las mayores extensiones de terreno de Andalucía.

Un nuevo rey, una nueva guerra y una nueva necesidad de dinero fueron las claves suficientes para hacer que O'Brien se hiciera con una gran parte del territorio que conformaba el estuario del Guadalquivir próximo a Doñana. Un lugar salpicado de pequeños bosques, arenales y marismas, en el que desde hacía cientos de años solo habían habitado grupos nómadas de temporeros y pastores de ganado.

Justo en la puerta de la oficina, el paso ágil del pequeño hombre pelirrojo se detuvo en seco cuando se encontró de bruces con Álvaro García, un antiguo amigo que, paradójicamente, con el

tiempo parecía haberse convertido en su peor enemigo. El elegante español, grande y robusto como un toro de lidia, lo observó desde su muy superior altura mostrándole desafiante sus propios documentos.

—Veo que corres, O'Brien. Los hombrecillos como tú suelen moverse de esa forma, cual ratones de campo.

—No me ofenden tus bravuconerías, García. Dedícate a asustar a los que les den miedo tus muchas libras de sobra; este que tienes delante es un hombre que no te teme, porque posee cabeza donde otros solo tienen músculos inútiles. — Arthur, involuntariamente, se erguía sobre las puntas de los pies mientras

hablaba. Ese día estaba especialmente eufórico y no iba a permitir que nadie lo estropeará, y menos alguien de tan pocas luces como Álvaro García.

—¿Quieres probar de cerca mis inútiles músculos? —habló, en voz tan alta que cualquier paseante de la céntrica calle pudo escucharlo. Álvaro era realmente casi un gigante de dos metros, cuyo torrente de voz atronó en la mañana. Muchos transeúntes se giraron sorprendidos, la mirada agresiva y la envergadura del hombre contrastaban con su vestimenta elegante, repleta de encajes e intrincados bordados sobre la chaqueta verde oliva.

—¡Señores, señores! —El licenciado Furriá apareció clamando a través de la

puerta—. Ese trozo de aguas encharcadas y dunas es lo bastante grande para ambos.

El hombre, un anciano de más de sesenta años, delgado y levemente encorvado por la edad, trataba con dificultad de sujetar la peluca empolvada sobre su cabeza mientras andaba. Situándose valientemente entre ambos, observó de hito en hito a cada uno de ellos, aún sin poder entender qué había ocurrido para que aquellos dos, que un día fueran los mejores de los amigos, hubieran terminado de semejante talante.

—No hay tierra en este mundo lo bastante extensa para que yo no huela el

hedor que desprende un O'Brien — espetó de nuevo García, balanceándose sobre los tacones de los refinados zapatos de charol negro que calzaba.

—Muy bien, señor Furriá —terció O'Brien, ignorando el insulto del hombre más alto—. En su honor, toleraré entrar en la misma habitación con este caballero y pactar unos términos que nos convenzan a ambos.

—¡Yo no pienso rebajarme a discutir con nadie!, y menos contigo, O'Brien.

En un derroche de teatralidad, García giró su enorme humanidad y caminó, alejándose hacia el otro margen de la calle.

—Creo que su esposa espera un hijo, ¿no es así, García?

El hombre más alto dudó unos segundos antes de pararse y virar hacia el licenciado.

—Así es, caballero, pero no entiendo que...

—Y la suya también, ¿es cierto, O'Brien?

—Cierto, Teresa dará a luz en menos de tres meses. No sabía que Dolores estuviera embarazada, por fin. —Un gruñido comenzó a surgir de la garganta de García—. No me malinterpretes, Álvaro, ya sabes que muchas veces hablamos de nuestros deseos de tener hijos y de que la edad de nuestras mujeres ya no nos permitiría semejante alegría. Mi enhorabuena; por los años en

los que una vez fuimos amigos, te prometo que me alegro de corazón por ti y por Dolores.

La mano de O'Brien se adelantó unas pulgadas ofreciéndose a García. Este miró el gesto, y su palma cosquilleó unos segundos, para finalmente agarrarse a sus propias calzas de seda.

—Gracias, O'Brien. Dale mi enhorabuena a tu esposa, pero han sucedido demasiadas cosas entre nosotros para darte la mano. Quizás nuestros hijos lleguen a cultivar de nuevo esa amistad que nosotros perdimos irremediablemente.

—Quiera Dios que sea así —añadió O'Brien. Ambos hombres se sostuvieron la mirada, aún desafiantes.

—¡Caballeros! —intermedió de nuevo Furriá—. Tienen más de treinta años y el milagro de un hijo les espera, ¿qué quieren dejarle a esos pequeños?, ¿un bonito trozo de tierra o el rencor que empaña ahora sus vidas? —Por unos instantes, el silencio los cubrió de nuevo—. Entremos, dividamos ese inmenso trozo de nada en dos y vivan en paz el resto de sus días; y sobre todo, dejen algo mejor que odio a sus futuros hijos.

Dos horas después, Arthur O'Brien volvió sobre sus pasos, girando la cabeza para asegurarse de que García había regresado a su casa. Como el

ratón del que le habían acusado ser, entró a hurtadillas en el edificio, sin apenas hacer ruido hasta llamar a la puerta del despacho de Furriá.

—Pase, O'Brien, le esperaba.

—Gracias por su inestimable ayuda, amigo mío —añadió el hombre pelirrojo, retirando de su cabeza con desenfado la molesta peluca gris, que tanto trabajo le costaba lucir—. Permita que me quite esto, mi mujer se empeña en que vista elegantemente.

—No se preocupe, yo tampoco las soporto, pero las modas en la corte se imponen y he de guardar las apariencias ante mis clientes. Y no tiene que agradecerme nada, conozco a García desde hace años y es un buen hombre,

aunque por desgracia su mente no acompaña la esplendidez de su cuerpo.

—Sí, Álvaro tiene poco en esa enorme sesera —bromeó O'Brien, mientras se sentaba frente al licenciado—. Aquí tiene el escrito, tal como me pidió. Tres de mis hombres más queridos y fieles lo han firmado. Dígame si necesita algo más.

—Su palabra de que lo que me ha contado es la pura verdad me bastará.

—Esa ya la tiene, señor. Ya sabe que no soy un hombre avaricioso, la finca de Pradobajo es lo bastante extensa para mí y mi futura familia, no necesitamos mayor fortuna. Eso que hemos descubierto debe quedar oculto; así,

tanto mi palabra como la promesa dada a los habitantes de las marismas, se mantendrán en las próximas generaciones; yo me ocuparé de ello.

—¿Y qué ocurrirá con Aguastempladas? El lugar del que hablamos está realmente es sus tierras, y García no sabe nada.

—García no venderá la propiedad y, en cualquier caso, el único acceso hasta el lugar se encuentra en Pradobajo. Los míos y yo vigilaremos que quede oculto para siempre.

—Que Dios le oiga, Arthur, si lo que hay ahí saliera a la luz...

—No saldrá, confíe en mí. Pero si lo hiciera, espero que este documento me acredite como descubridor y al menos

parte del control sobre el lugar caiga sobre mis manos.

Media hora después, frente al arcón de madera reforzada que ocultaba en su despacho, el licenciado aún hacía girar entre sus dedos los documentos entregados por O'Brien. Todavía nervioso por la envergadura de lo que sostenían sus manos, el anciano se resistió unos instantes antes de archivarlos para siempre entre sus papeles más valiosos, y volvió a releer las primeras líneas:

Sanlúcar, 26 de abril de 1759; yo, Arthur O'Brien, me declaro ante Dios, el Gobierno de España y la posteridad,

como descubridor de un lugar, sito en las proximidades de los bosques de Doñana, con las siguientes características que lo hacen único, irrepetible y de un valor incalculable...

Es fácil descender a los infiernos...
pero volver a subir,
retroceder sobre los propios pasos
hasta el aire libre...
es un problema.

VIRGILIO, *Eneida*

Capítulo 1

Dolores

Alrededores de las marismas de Doñana, Andalucía (España); diciembre de 1862 (hoy)

El invierno está siendo muy húmedo; no ha llegado a helar, pero la frialdad ha calado en los huesos de ancianos y niños sin piedad, provocando enfriamientos y fiebres agudas. Tampoco ha sido buen

año para hacer carbón. Ha llovido demasiado en el monte, hubo varios incendios durante el verano previo, que acabaron con parte del suministro de leña, y demasiados carboneros a la busca de un buen lugar para manufacturar el preciado combustible negro, y todo ello ha contribuido a aumentar el precio del picón y la leña.

Lucio apenas pasa de los sesenta, pero es consciente de que no sobrevivirá un año más si vuelve a enfriarse y le sube la calentura; además, está claro que con los precios que están adquiriendo los combustibles el presente invierno, él y su familia tendrán que conformarse con las escasas provisiones que consigan por ellos

mismos, esquilmando la campiña más próxima en busca de leña.

El viejo solo desea, como el resto de su grupo, agua caliente para avivar sus cansadas articulaciones. La sabiduría popular cuenta que unas pocas inmersiones en las preciadas aguas termales que horadan, formando cavernas, los amplios terrenos de los cortijos de Aguastempladas y Pradobajo, serán un bálsamo para los dolores de los ancianos y un seguro de vitalidad para los niños durante las próximas estaciones.

El hombre sabe que la Roja, ama y señora de Pradobajo, no permite que los campesinos se adentren en las cuevas; o

al menos eso ha oído. Por supuesto, él casi nunca ha osado dirigirse directamente a la señora. De hecho, solo recuerda una ocasión, muchos años atrás, en la que la mujer preguntó por el capataz y él, abochornado por el silencio de los otros operarios del cortijo, se atrevió a dirigirse a ella sin apenas levantar la vista. Por cierto, que duda haber cruzado, siquiera alguna vez, la mirada con doña Luz O'Brien; pocos son lo bastante osados para hacerlo. Por el contrario, doña Ana Osorio, la gobernanta de Pradobajo, es de trato amable, aunque serio; en montones de ocasiones ha intercambiado algunas frases corteses con su esposa, y le consta que incluso pregunta con

frecuencia por la salud de los más pequeños de su familia. Es esta mujer la que se encarga de transmitir las órdenes y los deseos de la señora O'Brien a todos sus empleados, los cuales, por supuesto, son obedecidos de forma inmediata y expeditiva sin rechistar.

Salir un domingo de diciembre al campo después de oír misa es una barata distracción que permite disfrutar del suave sol del invierno andaluz y aprovechar la escapada para recolectar los frutos de temporada que la tierra da. Los espárragos, crecidos tras las últimas lluvias, y las tagarninas, que ahora reposan en el canasto de esparto, serán una buena comida para toda su familia

cuando su mujer las guise con algunos huevos y pan duro. Son quince en total: sus dos hijos y sus nueras, la esposa, que afortunadamente tiene diez años menos que Lucio y lleva a toda la familia adelante con increíble energía, y casi una docena de zagales entre los dos y quince años.

Hay que contar también con el perro.

El dichoso perro.

Tuerto y medio cojo, aún no ha comprendido que, a sus casi siete años de edad y con múltiples mataduras, no es rival para gazapos, ratones, ni siquiera saltamontes demasiado engordados. De joven, su espíritu indómito lo llevó a ser considerado uno de los mejores cazadores de conejos de

la propiedad. Pero los señores de Pradobajo hace años que olvidaron al chucho en beneficio de parientes más jóvenes y menos díscolos; y el perro acabó huyendo de las perreras y mendigando pan hasta que acabó en los brazos de la mayor de las nietas de Lucio. El abuelo no tuvo corazón para hacer que la chiquilla se desprendiera del animal, y acabó siendo adoptado por la familia.

Y ahí está el hombre, caminando a través de la oscuridad sin rumbo conocido, con la única luz de un candil para alumbrarle, mientras su familia disfruta, procurando no ser descubiertos por los dueños de la propiedad, de las

pozas de agua termal, supone que a más de doscientas varas de distancia montaña atrás. Y es que el dichoso Canelo, que así fue bautizado el animalito, ha corrido como alma que llevara el diablo montaña adentro, por aquel laberinto de túneles que parten de la sala principal, donde se encuentran las pozas de agua; persiguiendo sabe Dios qué tipo de ser viviente.

—¡Canelo! —grita el hombre, dándole unos segundos más al animal antes de volver sobre sus pasos para abandonarlo a su suerte.

La fuerza del grito casi lo hace caer hacia atrás; en un acto reflejo, alcanza a sujetarse sobre la pared áspera de su derecha. Entonces nota los dibujos

esculpidos sobre la dura roca. Afortunadamente, el tobillo, que últimamente le está fallando con asiduidad, se mantiene operativo, aunque se hunde con fuerza en un boquete horadado en las duras piedras del piso del túnel.

El hombre intenta recuperar el aliento y se queda plantado sobre su otro pie, mientras trata de desprender de su prisión el tobillo inmovilizado.

Unos segundos después, libre ya de su atadura, la curiosidad le obliga a elevar la luz para observar la pared ante él. Tiritando por el frío y la humedad que comienzan a calarle, su mano libre recorre la pared tallada mientras la

débil llama muestra los extraños símbolos cincelados sobre la roca. Lo que tiene delante no es más que otra, entre las más de media docena, de las antiguas y fragmentadas estelas que ha encontrado en su larga vida. Siempre le han llamado poderosamente la atención cuando se las ha ido tropezando, de tanto en tanto, en las paredes que surcan ese río subterráneo. Ya apenas siendo un chaval, le gustaba internarse en los túneles, que solo él conocía al dedillo, y observarlas durante horas; y hasta tomó la costumbre de reproducirlas con carbón en cualquier trozo de papel que caía en sus manos. Esta que tiene ante él es nueva y mucho más clara en su representación; nunca se ha adentrado

tanto en el laberinto de galerías, pero el perro parece no conocer el peligro que puede acecharles, y ha continuado internándose en la oscuridad.

Descansando de la larga caminata, se recrea en observar con detenimiento el grabado. Ante sus ojos aparece la representación de dos figuras, armadas de arco y flecha, que rodean un carro sobre el que se sienta una tercera representación humana de un tamaño muy superior; en su mano izquierda, el tercer humanoide porta un escudo a modo de varios discos concéntricos. Tampoco es la primera vez que la figura del escudo se cruza en su camino; ya tropezó con ella en las marismas,

esculpida sobre el fondo de una charca desecada durante el verano de hace diez años. Luego, cuando el agua volvió a ocupar su lugar, desapareció para siempre de la vista. Pero sin duda es la más perturbadora que ha encontrado. En realidad, el personaje parece insistir en señalar hacia algún lugar a la izquierda de la representación.

De pronto oye un gruñido, seguido de un aullido de terror que retumba, una y otra vez, en las viejas paredes de piedra de aquel pasadizo de oscuridad sin fin. El leve susto le hace perder el equilibrio, haciendo que se tambalee, mientras intenta recuperar la verticalidad sobre el suelo pedregoso y seminclinado a sus pies.

Gira la cabeza, para encontrarse con una negrura mucho mayor a sus espaldas, donde la tenue luz del candil no alcanza. En ese instante, el corazón se le dispara, y un sudor frío le empapa el cuerpo mientras contiene el aliento.

Un nuevo y sobrecogedor aullido reverbera en la lejanía. Luego un turbador silencio reina de nuevo en el lugar. El hombre sujeta la luz con más fuerza, y gira con ímpetu sobre sus propios pies. Se siente molesto por su reacción ante el aullido del perro, la oscuridad y la visión de la imagen esculpida.

¿Qué le ocurre? No puede permitirse el lujo de que sus nervios se

desestabilicen con tanta facilidad. Tiene que regresar sobre sus pasos, manteniendo la serenidad y la luz encendida; el camino es tortuoso y laberíntico.

Camina de regreso abandonando la pared esculpida. Toma el primer túnel a la izquierda y la próxima curva de la galería. La luz del farol ilumina uno de los siguientes cruces de túneles, arqueados y bajos, que atraviesan su recorrido de regreso. En realidad sabe, por sus múltiples paseos por el lugar, que la mayoría constituyen pasos a ninguna parte, pues terminan en paredes cerradas.

El hombre agacha la cabeza, para no golpeársela contra un saliente, antes de

ver la imagen por el rabillo del ojo. Incrédulo por lo que cree haber visto, gira hacia el espectro.

Deben ser sombras producidas por su propio farol.

Sí, solo juegos de luces danzando sobre las paredes desnudas de la cueva. El hombre vuelve a girar sobre sus pies, negándose a caer bajo el dominio de la angustia, del miedo. Pero la imagen, un rostro sobrecogedor y desencajado como la muerte, reaparece una y otra vez, negándose a abandonar su mente.

Camina dos pasos, internándose aún más profundo en la oscuridad, para volver a detenerse intentando recuperar la respiración, esforzándose por

eliminar el sonido de su propio pulso retumbando en sus oídos.

La mano surge rápida y veloz a través de la grieta a sus espaldas; aparece de las profundidades de la hermética oscuridad, como si se tratara de un vigilante diabólico encargado de proteger secretos prohibidos. La llama del farol de aceite vibra con el movimiento del aire, arrancando un reflejo espectral sobre la tez oscura y dura que lo mira desde su colosal tamaño.

El hombre no grita. El único ruido, que lo acompaña hasta la profundidad de su inconsciencia, es el de los cristales, hechos añicos, de la pantalla del candil cuando cae de su mano inerte.

Silencio. De nuevo por cien o doscientos años más.

Eso al menos espera el guardián del lugar, mientras se interna con su carga en las profundidades de la montaña.

Cortijo de Aguastempladas, en las proximidades de las marismas de Doñana; junio de 1863 (hoy)

Ella siempre ha odiado esa imagen, la misma que cada mañana y cada noche se asoma desde la pared de su habitación. Suele evitarla, casi consigue hacerla desaparecer de su vista durante todo el día; pero a menudo en la mañana, e

irremediablemente cada noche, acude a su lado, envuelta en los claroscuros que la luz débil del candil refleja sobre el espejo. La imagen que la retrotrae al pasado, a su origen irlandés en este mundo de rostros bronceados y cabellos oscuros. El semblante que le recuerda quién es, quién fue su madre y cuál es su lugar en este mundo. Su propio rostro.

Su rostro, sus facciones, la piel pálida y casi transparente; los ojos verdosos de su abuela Luz Bella; y un cabello, rojizo y ensortijado, que ella infructuosamente se empeña en apartar de la cara.

Sigue observando, hoy casi puede mantener la mirada que la escudriña desde el espejo; el día de duro trabajo en el cortijo ha hecho tornar su piel

pálida bajo los fuertes rayos del sol de junio, tiñéndole las mejillas, hasta hacer desaparecer la blancura que ha sido su uniforme cada día de sus diecisiete años.

Mañana puede que llore de dolor; se arrepentirá cuando la piel quemada abandone el rostro enrojecido; pero ahora puede olvidar que en sus venas corre sangre irlandesa, la misma que atraviesa el cuerpo de la mujer a la que todos temen y conocen como la Roja: su propia abuela.

—¡Dolores, Dolores, Dolores! —La rasgada voz femenina, que pronuncia a gritos el nombre, se aproxima desde las escaleras, haciendo sonar los rudos

tacones sobre los escalones de madera que la llevan hasta el dormitorio de la muchacha—. ¡Dolores, Dolores!

Dolores García, su nombre, uno de los pocos rasgos españoles que puede llegar a mostrar con orgullo. A Dios gracias, su padre tuvo el buen acierto de no usar uno de esos nombres extranjeros que tan raros le suenan.

—¿Dónde te has metido, Dolores? —
La voz, a pocos pasos de la puerta, acaba por ser un chillido ahogado cuando la hoja se abre golpeando la dura pared de piedra; la mujer que la ha abierto suspira, asustada por la cercanía de la muchacha—. ¡Por Dios, hija!, ¿qué haces tras esa puerta?, ¿acaso quieres matarme de un susto? Llevo minutos

buscándote por todos lados.

Sonriendo, la joven intenta alejar su temor; sabe que hoy su rostro no tiene un aspecto muy agradable y no desea disgustar a la anciana. Ella es Manuela, su nodriza. Lo más parecido a una madre o a una abuela que puede recordar; los pechos que la amamantaron mientras su verdadera madre agonizaba, sin remedio, sobre el colchón más mullido de Aguastempladas. María O'Brien, la que fuera su madre, era una joven de origen irlandés que el dueño de Aguastempladas hizo su mujer y que murió solo horas después de dar a luz a Dolores.

—¿Pero qué has hecho? —Manuela

es menuda, de rostro adusto, piel morena y cabello gris ceniza, enmarcando una piel arrugada por la vejez prematura. Lleva el pelo atado en una larga cola de caballo, y una falda negra recogida sobre la cintura, como cada vez que sube una escalera—. ¿Cómo has dejado que se te queme la piel de ese modo? ¡Virgen del cielo! ¿Piensas que eres una aldeana para andar corriendo bajo el sol? La finca puede mantenerse perfectamente sin ti, niña. Nos sobran los trabajadores.

—¿Crees que mi cutis se oscurecerá, Manuela? —La muchacha habla, resbalando las yemas de los dedos sobre el rostro enrojecido.

—Creo que vas a mudar toda la piel.

Por los cielos que no te entiendo, Dolores. Te saldrán pecas en la nariz si no conseguimos hacer bajar el enrojecimiento. ¿Cuándo dejarás por fin estas tonterías y te convertirás en la señorita que realmente eres? Tu padre me va a matar cuando vea lo que has hecho con tu preciosa cara.

La anciana no se molesta en seguir hablando, la arrastra hacia la cama, para sentarla en ella y observar de cerca su piel. Dolores no se siente ofendida; ya está acostumbrada a ser ignorada. Todos piensan que no es alguien normal; extraña. No solo por su aspecto diferente, por su piel transparente y el pelo de color imposible, por el tono de

ojos. Es distinta: una loca pelirroja con el rostro de la Roja, la que dicen es la mujer más cruel que ha pisado el suelo de Andalucía.

El fuego del sol de junio le ha lacerado la piel, aunque las heridas del alma son más profundas. No tiene motivos para estar melancólica, es lo que todos se empeñan en recordarle. Dolores lo sabe, pero es tan diferente verlo desde su interior: esa angustia que atrapa su pecho y la oprime sin sentido, esas heridas del ánimo que parece que nunca cicatrizarán. Por eso quizás no le preocupa herir levemente su cuerpo, pinchazos de dolor que la hacen sentir

viva en esta nube que parece su existencia.

No le falta nada, todos la miran desde una posición más baja. Pero nada es bastante para el corazón, que a ratos parece galopar en su pecho; porque cree que ese no es su lugar, que nunca estará completa si no se aleja, si no escapa. ¿Locura?, ¿desatino? Tal vez solo algún tipo de delirio que la asalta a cada momento, una demencia de la que es plenamente consciente, puede que la herencia de sus mayores.

No conoció a su madre, tampoco sabe realmente las circunstancias que la llevaron a una muerte prematura. Manuela se empeña en decirle que no

fue su nacimiento lo que acabó con ella; quiere creerla, puesto que la mujer no suele mentir. Pero entonces, ¿por qué ese velo de silencio en torno a los sucesos que rodearon su fallecimiento? ¿Por qué esas confidencias y susurros que cesan cuando se aproxima? La ignorancia le hace inventar miles de respuestas, tan locas como inverosímiles, en esta monotonía en la que el tiempo es otro de los tesoros que parece sobrarle.

—Señorita Dolores, su padre la anda buscando por la casa.

La voz de una muchacha la ha devuelto desde las profundidades que son sus sueños diurnos. Casi no alcanza a mover la cabeza para enfocar la figura

a su derecha, mientras se levanta del suelo. Debe llevar más de una hora apoyada sobre la rugosa pared blanca de la cuadra, simplemente contemplando el camino de tierra que parte del cortijo.

—Su padre la anda buscando, señorita.

Incómoda, vuelve a oír la misma frase de aquellos labios delgados. Irremediablemente todos se empeñan en repetirle las cosas dos veces; posiblemente su aspecto extranjero y su mirada ausente los confundan creyendo que no entiende el castellano.

—Ya te he oído. —La muchacha, algo abochornada, se apresura a tomarla por el brazo para ayudarla a levantarse.

Justo antes de que sus dedos la rocen, Dolores le aparta la mano para levantarse sola—. Puedo hacerlo sin ayuda.

Sin pretenderlo, el gesto es más brusco de lo deseado. No es más que una criada, no necesita agradecer nada a quien cumple su deber; eso le han enseñado. Pero algo en su interior rechina cuando oye esas afirmaciones; no se cree con derecho a tomar nada de nadie y tampoco quiere que lo esperen de ella.

Camina lento, el sueño aún no la ha abandonado por completo y el dolor de cabeza que la llevó a ocultarse de la fuerte claridad aún persiste. Manuela le dijo que sería una consecuencia de su

falta de cuidado; no se puede tomar el sol durante todo el día y pretender estar como una rosa al siguiente. Anda despacio, porque a la vez teme la voz de su padre. No es un hombre rudo, muy al contrario, a veces es tan blando como mantequilla entre los dedos. Pero de vez en cuando, solo las pocas ocasiones en las que lo ha visto realmente enfadado, el terror le ha atenazado los músculos y se ha sentido empequeñecer a su lado.

Él está en el salón, tal como la chica había dicho, de pie junto al gran tiro de la chimenea. Alto, quizás el español más alto que haya visto en la vida; fuerte y ágil aún en sus casi sesenta años de edad. No se gira al oírla entrar, lo que le

indica que algo va mal en esa mañana.

—¡Buenos días, hija! —Solo en ese momento, Alfonso García, el dueño de Aguastempladas, se vuelve hacia ella.

—¿Me mandaste llamar, papá?

Él duda unos instantes antes de seguir hablando. Aunque acostumbrado a que no le llame señor delante de los criados, gira el rostro para comprobar que nadie la ha oído tutearlo.

—¿Quieres sentarte, Dolores? — Finalmente habla—. Tengo que salir esta tarde de viaje y la finca quedará bajo tu supervisión.

—No te preocupes, ya sabes que no es la primera vez. —La muchacha habla, permaneciendo de pie a unos pasos de distancia.

—Sé de lo que eres capaz, Dolores, no me preocupo por eso; pero en estos momentos la situación es muy peligrosa. Un grupo de bandidos que se esconde desde hace años en la sierra de Aracena ha vuelto a atacar varios cortijos. He oído que pertenecen a una banda nómada de origen gitano que arremete cada cierto tiempo.

—Ya había oído algo, pero nunca ha sucedido cerca de nuestras tierras.

—Tú lo has dicho, nunca había ocurrido cerca, al menos en los últimos años, hasta ahora. —El hombre bucea en sus ojos buscando miedo, y Dolores lo sabe, lo conoce muy bien; él también a ella, por eso Alfonso no se sorprende

cuando solo encuentra asombro, curiosidad, tal vez emoción—. Esa es la razón por la que me voy esta tarde. Anoche atacaron el cortijo Santa Teresa, hubo muertos y se han llevado a dos mujeres; la guardia civil los está buscando, pero tienen pocos recursos y necesitan voluntarios; habrá una batida para rescatarlas y encontrar a los culpables. Los dueños de Santa Teresa son amigos y han pedido mi ayuda y la de mis operarios más jóvenes.

La observa, y Dolores vuelve a desear ser hombre para ir con él. No le gusta la violencia, odia el dolor, hacer daño, ver sufrir; pero el hastío la abrumba entre esas paredes, y daría una fortuna por salir de allí.

—No ocurrirá nada mientras estés fuera. Santa Teresa queda lo bastante lejos; ve tranquilo y encuentra a esos asesinos.

—Partimos en dos horas, me llevo a todos los jóvenes menos a Juan Vega y sus hijos. Él se encargará de protegeros. Quiero que te escondas inmediatamente si ocurre algo. ¿Me oyes, Dolores? Utilizad el refugio, esto es real y es peligroso, no uno de esos cuentos que sueles leer... ¡Cielos, no me gusta nada tener que irme de aquí!, pero debo cumplir como mis vecinos, hay obligaciones que no puedo desoír. ¿Me estás oyendo, Dolores?

En dos zancadas se ha colocado frente

a ella, mirándola desde su gran altura, recordándole lo insignificante que es a su lado, más de un pie por debajo de él. Él toma sus delgados hombros sin apretar, en una caricia leve que parece imposible en las manos de un hombre tan grande. Un tacto caliente y amable que le dice, sin palabras, cuánto la quiere.

—Te conozco, Dolores, promete que no harás ninguna estupidez. —La muchacha mira sus ojos castaños, esos ojos que tanto hubiera deseado pero que no ha heredado, y asiente con la cabeza; la sonrisa en el rostro del hombre le confirma que él no la cree—. Dilo, ¡júrame que te cuidarás!

—Lo haré papá, me cuidaré para ti.

—Y quiere ser sincera mientras sus labios se mueven; lo desea, porque sentir que está orgulloso de ella parece ser de lo poco que sí la afecta.

Alrededores de las marismas de Doñana, terrenos del cortijo de Pradobajo; abril de 1769 (casi 100 años antes)

Arthur O'Brien, con una mueca de impaciencia, logró que su acompañante bajara el brazo con el que sujetaba la única fuente de luz que les apartaba de la oscuridad total. La tos carrasposa, que siguió al gesto, evitó que soltara un

exabrupto nada habitual en él. Era una persona de naturaleza amable la mayor parte del tiempo; cordial e incluso divertido, salvo en esos escasos instantes en los que le recordaban que era un hombre mucho más pequeño que la media. Momentos como aquel, donde las miradas de sus dos acompañantes, casi dos palmos por encima de su propia coronilla, le echaban en cara que no era más que una mente privilegiada agazapada en un cuerpo pequeño, débil y enfermizo.

—Dame la lamparilla —gruñó, cuando acabó de aclarar su garganta.

Estaba agotado por los últimos tres días de búsqueda a través de los páramos semidesérticos de su

extensísima propiedad; las dos horas caminando por el laberinto de túneles inexplorados, hasta llegar a la amplia gruta en la que en ese momento estaban, tampoco habían ayudado mucho a su recuperación.

Notó, algo indignado, cómo sus ayudantes se apretaban contra su espalda en un intento de vislumbrar lo que Arthur acababa de iluminar.

—¡Demonios, Vicente! Me estáis ahogando, apartaos los dos un poco.

Sus palabras, rebotadas por el eco del lugar, se acabaron perdiendo cuando observó la peculiar escritura frente a él. Con el índice de la mano libre, delineó lentamente uno de los pictogramas

grabado sobre la pared de la caverna en la que se encontraban.

—Bueno, bueno... Parece que por fin hemos encontrado parte de lo que andábamos buscando, señores. — Manteniendo el dedo hundido hasta la primera falange en la grieta escavada artificialmente sobre la roca, Arthur se deleitó en la contemplación del conjunto completo—. Y me aventuraría a decir que es mucho más de lo que esperaba.

Levantó la luz por encima de su cabeza; alumbrando, para su propia sorpresa y la de sus dos fieles hombres, una pared de casi veinte varas cuadradas, repleta con lo que aparentemente era un texto de varias líneas, formado por símbolos

desconocidos de más de un palmo cada uno.

Retrocediendo unos pasos, contuvo la respiración. Por desgracia, el placer del descubrimiento estaba empañado por la comprensión de las consecuencias que podría traer. Las cosas se complicaban por momentos. Sabía que aquello significaba romper la promesa hecha a sí mismo de dejar todo como lo había encontrado; tendría que utilizar parte de lo que pretendía ocultar para salvar el resto. Era crucial eliminar las posibles pistas; y, tal como le demostraba la imagen que tenía ante él en esos instantes, la acción iba a resultar un empeño muy, muy caro, en todos los

sentidos.

El tiempo pasó; embelesados por el hallazgo, ninguno de ellos parecía dispuesto a apartarse. Finalmente, Arthur ordenó volver por donde habían llegado. Regresaron siguiendo, cual Teseo en el laberinto de Creta, la cuerda que habían ido desplegando a lo largo de todo su camino al interior de la gruta.

Alrededores de las marismas de Doñana, junio de 1863 (hoy)

El camino hacia Santa Teresa se le ha hecho eterno, como si lazos invisibles ataran a Alfonso García a su hija; lazos que se estiran amarrados a su corazón

con diminutos alfileres, pequeñas puntas que se clavan en él a cada paso que se aleja de Aguastempladas.

No quiere pensar, no quiere creer lo que le grita a voces su mente. Sabe que no debió salir de la propiedad, no debió dejar su casa totalmente desprotegida y a merced de cualquier asaltante. Angustiado, piensa por momentos en regresar, a medio camino entre el deber y lo que le dicta su corazón. Pero el punto de no retorno pasó hace unas horas; debe seguir adelante si quiere que su decisión sirva de algo. Si no encuentran a los asaltantes pronto, puede que sea tarde para todo aquello que ha dejado atrás.

Horas después de salir, el grupo llega al cortijo arrasado. Los operarios, que intentan acabar con las ascuas que siguen ardiendo en los establos y las casas de los braceros, les han informado de la situación: la concentración de hombres formada para buscar a los asaltantes, dirigida por el capitán de la Guardia Civil y varios importantes caciques de la zona, se encuentra a una hora de camino, instalada en los restos de un antiguo pueblo abandonado, reuniendo fuerzas suficientes para atrapar al grupo de bandoleros.

Acampados junto a una aldea deshabitada, el grupo de batidores se ha reunido en lo profundo del valle del

Guadalquivir, el más extenso del sur de España; en alguna de las abundantes marismas que conforman la zona.

Son cazadores de hombres, furiosos como una jauría de perros hambrientos. No importa el origen, la chispa que ha prendido todo ese odio contenido; no sabrían decir a ciencia cierta el inicio de la rabia que les roe el alma. Una rabia y un odio arraigados en su propia sangre desde hace generaciones. Ahora el gitano es su enemigo, como en su momento lo fueron franceses, ingleses o árabes. Siempre fue fácil encontrar un adversario adecuado, porque el hombre necesita un enemigo, un demonio propio contra el que golpear sus frustraciones, algo para justificar sus actos violentos,

su propia naturaleza gregaria y belicosa.

La llama rasga la opacidad de la noche, una formidable pira central junto a la que todos se reúnen para apaciguar el manto de oscuridad que ha dejado el ocaso del sol de junio. Una veintena de hombres curtidos y una única mujer.

Pequeña y delgada, su personalidad arrolla sin apenas levantar la voz una octava por encima de lo normal. Sabe hacer el silencio a su alrededor con una simple mirada; turbadora y bella a la vez; temible y fría, concedora de la rendición incondicional del foro ante el que habla.

—Si queremos cogerlos debemos actuar como una sola cabeza —sentencia

la voz melodiosa de la mujer.

Viste una atrevida falda a media pierna, dejando al descubierto las minúsculas botas altas de cordones, atadas por encima del tobillo. Al contrario de todos los que la rodean, aparentemente no va armada; aunque el hombre alto de aspecto gitano que siempre la acompaña disuade de cualquier idea de aproximación. Por encima de los cincuenta, Luz Bella O'Brien, la Roja, sigue deslumbrando como desde hace treinta años.

—Yo preferiría salir en pequeños grupos y rodearlos. —El hombre que habla es joven, no más de veinticinco, demasiado grueso para los estrechos ropajes de capitán de la guardia civil

que lleva. Rubio, redondo y de media altura; su voz chillona, pretendiendo aparentar decisión, solo hace enfurecer a la mujer.

—¿Y cuánto tiempo crees que le duraría uno de tus grupos a esos asesinos? —Luz habla, aunque no cree que necesite discutir con ese petimetre. Conoce bien al hombre, lo ha visto crecer caprichoso, engreído y débil; hijo de hombre rico, nieto de militares, imagen de la fragilidad que engendra el poder—. Llevan treinta años en esas sierras, conocen cada palmo de tierra, puedes ir con los tuyos en la dirección que prefieras; pero no te preocupes por buscar, ya te encontrarán ellos, tienes

una bonita cabeza rubia que seguro destaca en el horizonte como un espejo.

—¡Yo dirijo esto, y no creo que tengamos que hacer lo que una simple muj...!

La voz aflautada y casi asustada del joven es cortada de cuajo por el galopar de varios caballos en dirección al campamento.

Cuatro jinetes uniformados llegan cansados, hambrientos y sudorosos, cubiertos del polvo pegajoso de un camino que ha sido muy largo. Atado de bruces sobre un quinto caballo tordo, el cuerpo inerte de un hombre se agita a cada paso del animal.

—¡Hemos cogido a uno! —El rudo guardia que habla se dirige sin dudarlo a

la mujer. No es uno de sus hombres, pero es perfectamente consciente de quien, sin galones, dirige realmente esa cacería—. Estaba a una legua, escondido en la sierra. Lo han dejado atrás para seguirnos. Debía llevar unas horas vigilando.

Mientras desmonta, el hombre que habla retira el tricornio que lo cubre, dejando ver una cabeza sudorosa y sin cabellos. En pocos pasos hace detenerse al caballo gris.

De un seco movimiento corta la cuerda que mantiene sujeto el cuerpo del hombre, que cae de bruces contra el suelo. Golpeado duramente, el prisionero parece gruñir en su aparente

inconsciencia.

—Levantadlo y sujetadlo entre los dos, lo necesito despierto. Tengo que hablar con él —ordena la mujer.

Rápidamente, varios hombres obedecen las palabras de la Roja. Nadie volverá a dudar de su mando, ni siquiera el joven capitán, que de forma involuntaria sigue alisando sobre su frente los rebeldes mechones de pelo.

¿Crueldad?, ¿violencia?, ¿qué puede justificar el daño a otro ser humano? Hace años que Luz dejó de hacerse esas preguntas a cada nueva decisión que debía tomar. No hay tiempo ni lugar para la duda cuando de la guerra se trata. Es necesario hacer lo que se debe, lo preciso en cada momento, sacrificar

cuanto es prescindible en aras de alcanzar un beneficio mayor. La búsqueda de un bien para muchos puede significar el daño o incluso la muerte de algunos.

Con las ideas preclaras, la mujer avanza en dirección al cuerpo, ahora frágil, del que puede que un día haya sido un gran combatiente. Tomado por ambos antebrazos, es obligado a mantenerse erguido frente a ella. Es un hombre recio, de mediana edad y altura, tocado con un grueso pañuelo verde anudado cubriéndole la cabeza, teñido en ese momento con la sangre reseca que le rezuma de la ceja derecha. A pesar de sus más de cuarenta años, conserva

intactos todos y cada uno de los dientes frontales; incisivos que burlonamente enseña en una sonrisa cruel a sus captores.

La mujer lo ha mirado con cierto grado de admiración; no lo considera un demonio, puede que ni siquiera sea malvado, tan solo un luchador en guerra, convencido de los motivos que lo han llevado a esa disputa con los que él considera enemigos, y puede que portador de la más pura de las verdades.

La Roja no se acerca demasiado, más por respeto que por temor, manteniendo un cuerpo de distancia con el prisionero.

—Necesito la información. —
Sorprendidos, los que la rodean oyen las indescifrables palabras que salen de la

boca de la mujer. Ella habla con fluidez un lenguaje desconocido para la mayoría; fruto de una mezcla entre caló, español y alguna jerga arcaica—. Dime hacia dónde se dirige tu grupo.

—¿Así que tú eres la Roja? Una gran fama te precede, mujer, para ser una cosa tan pequeña, y veo que conoces mi lengua. —El hombre observa el rostro de su interlocutora—. ¿Quién te enseñó? Sigue habiendo traidores al pueblo, ¿verdad?, ¿cuánto sabes? Mucho por tu sonrisa, entonces, también sabrás que un hombre del pueblo no delata a los suyos.

Solo levemente abatida, Luz gira el rostro hacia Isaac, el fiel compañero gitano que la acompaña a todas partes y

permanece, atento y expectante, a una vara de distancia. Él pocas veces le da su opinión o la interrumpe si no están solos; aunque el hombre es consciente de que ella, la mayoría de las veces, busca sus ojos y su asentimiento antes de dar ningún paso importante. En esta ocasión, Luz tampoco necesita hablar para hacer oír su pregunta en los oídos de su compañero.

En pocos segundos le llega la respuesta del hombre a su muda consulta.

—No hablará —sentencia Isaac, sin apenas turbar el silencio de la noche.

Son más de veinte los hombres que se han congregado alrededor del prisionero. Jóvenes y viejos; señores,

guardias y braceros; todos contemplan con impaciencia el resultado de aquel interrogatorio en un lenguaje que no aciertan a descifrar.

La mujer se ha retirado del grupo de tres guardias que sujetan al prisionero; observa el suelo y sus propias botas manchadas de polvo, y camina alejándose del foco de luz.

Camina hasta que la oscuridad la absorbe, luego se detiene. Durante unos momentos escudriña la negrura que queda más allá del improvisado campamento. Medita unos segundos sus próximas acciones, antes de girarse de nuevo hacia la luz.

En pocos pasos regresa, hasta ver con

relativa claridad el rostro amable de Isaac. Por instantes, ayudada por el filtro de sombras, casi le parece ver al joven alto que conoció muchos años atrás; involuntariamente un amago de sonrisa acude a sus labios. En seguida la realidad vuelve a ella.

—No hay tiempo para convencer con palabras o con dinero, no hay tiempo para el diálogo y no puedo admitirlo, Isaac.

Cuando ella habla, solo aquel al que se dirige comprende la profundidad de sus palabras, lo que ello significa. Muy a su pesar el hombre entiende a su señora, a su amiga; la comprende y la seguirá allá donde quiera, sea lo que sea lo que le ronde por la mente en esos

momentos. De todas formas, en un último intento, el hombre agarra su antebrazo, con intención de hacerla reflexionar un poco más.

Desoyendo la mirada de súplica de Isaac, Luz regresa y se acerca hasta casi rozar el cuerpo del prisionero, que sigue retenido por ambos brazos. A causa de su pequeña altura, debe elevarse sobre las puntas de los pies para hablar al oído del hombre, mientras de la cintura de su falda extrae la hoja de un cuchillo: una pequeña daga de apenas tres pulgadas, pulida con el más fino acero.

—Sí, soy la Roja y, como tú, conozco al pueblo. Ahora te pregunto: ¿me conoce él a mí? Creo que sí, y los tuyos

también, esto es una guerra, y yo soy un guerrero, no una abuelita amable. ¡Oye lo que te digo! —En un rápido movimiento, clava la punta de la navaja sobre el abdomen del prisionero; este, inmovilizado por un hombre a cada lado, intenta infructuosamente evitar que la hoja le atravesase la piel—. Lo lamento, pero voy a arrancarte las tripas con mis propias manos si no hablas ahora mismo —le anuncia con voz suave.

—Olvidas que ya estoy muerto. —El dolor lo hace hablar en un susurro, tratando de no respirar para evitar que la hoja se adentre aún más en la carne —. Ellos —dice, señalando con el gesto de la barbilla a los dos hombres de

uniforme que le sujetan ambos brazos—, ellos no perderán el tiempo en un juicio; voy a morir, conozco cómo actúan.

—Sí, vas a morir. Tus acciones, tu vida te va a llevar a la muerte; y ni yo ni los míos haremos nada por evitarlo aunque hables y respondas a lo que te pregunto. Pero, como bien sabes, un hombre puede no estar muerto hasta que la última gota de sangre abandona su cuerpo. Míralos, te han dejado en mis manos, y mi brazo no va a temblar. ¡Habla!, porque no eres capaz de imaginar la crueldad que tienes ante ti.

Si esas mismas palabras hubieran sido pronunciadas por alguno de aquellos hombres furiosos, por alguno

de esos rudos andaluces, el valiente gitano no hubiera temblado tanto como bajo aquel susurro dulce, débil, sibilante sobre el lóbulo de su oreja. Ha oído muchas historias sobre la Roja, la mitad de Andalucía la admira al tiempo que la teme; ella no miente, no titubea; y el hombre es consciente de que aquella batalla la ha perdido.

Tragando su propia garganta se encomienda a su arcaico dios y acaba por claudicar.

—Aguastempladas. —Un simple nombre.

Conteniendo el súbito ramalazo de miedo que la asalta, la mujer se retira para dejar que los guardias civiles acaben con su trabajo; rezando en

silencio para que tengan suficiente caridad para permitirle un juicio justo o, al menos, un final rápido.

—¡Adonaí!, ¡Adonaí!, ¿dónde está Adonaí? —grita, dirigiéndose directa hacia los restos de la aldea.

—¿Qué ha ocurrido, Luz? —Alfonso García se ha adelantado a la pregunta de todos los congregados, todavía asombrados por el súbito fin del interrogatorio.

—Se dirigen a Aguastempladas. — Las palabras de la mujer hieren profundamente las esperanzas del hombre; como si le hubiera atravesado el pecho con la daga que aún lleva entre sus manos.

—Debemos irnos inmediatamente, estamos a más de dos días de la casa. ¡Cielos, Luz!, dejé a mi hija allí con solo cuatro hombres y un montón de ancianos, niños y mujeres.

Alfonso gira bruscamente, para encarar el improvisado redil que retiene a los caballos.

—No hay tiempo. —La mano libre de Luz atrapa la muñeca de Alfonso. Un leve contacto que le hace parecer una niña junto al enorme andaluz. Asombrado por la mirada de la mujer, Alfonso detiene su avasalladora persona para permitir que ella hable—. Es inútil, un grupo de hombres no podría llegar allí antes de dos días.

—No voy a dejar a mi hija sola... ¡aparta de mi camino! —Sorprendido, vuelve a sentir la presión de los blancos dedos sobre su mano.

—Recuerda que hablas de mi nieta. —¿Es miedo lo que Alfonso ve en los ojos verdes? No sabría afirmarlo, pero podría jurar que no es indiferencia. Intrigado, interroga con la mirada en busca de aquello que sabe ha aparecido en la mente de la mujer—. Un hombre solo sí podría llegar en un día y medio cabalgando sin casi detenerse. El resto lo seguiremos lo más rápido que podamos.

—Yo iré. —Isaac se ha adelantado, enfrentando su mirada entre el alto

hombre y la pequeña pelirroja.

—No, tú no irás. Tu tiempo ya ha pasado, Isaac. —Sin pararse un segundo, la mujer se aparta de ellos—. ¡Adonái! —Vuelve a llamar, alejándose de la zona donde piensan pasar la noche, y camina en dirección a las ruinas del viejo pueblo.

En el lateral derecho se alzan los restos de una casucha; apenas conserva intactas las paredes de madera cubiertas de restos de broza, abandonada desde hace al menos diez años. Mientras avanza, Luz vuelve a llamar a voces a una de las pocas personas a la que confiaría la vida de su nieta.

El chamizo de casi cuatro varas de diámetro parece desierto. La ajada

manta que franquea la entrada está desplegada, pero sin embargo un leve ruido se percibe tras el rudo paño. Luz entra sin avisar.

Hace unos minutos que dejó de llamar a aquel que buscaba, cuando dos conocidos le indicaron dónde se encontraba. La mujer atraviesa la entrada, elevando con sus brazos la pesada tela que alguien ha improvisado como puerta. Aunque le parece increíble en esa noche sin luna, la oscuridad es incluso mayor en el interior, solo alejada por un par de diminutas velas colocadas sobre una mesa en la pared opuesta.

Debe obligar a sus ojos a adaptarse,

hasta comenzar poco a poco a distinguir las sombras. Al fondo, ocultando la poca claridad de las diminutas llamas y de espaldas a la entrada, la figura alta, con el torso desnudo y totalmente inmóvil no parece notar su presencia.

Unos pasos, unos segundos en los que sus ojos comienzan a ser capaces de distinguir los músculos tensos del cuerpo que se yergue ante ella. En silencio, la respiración acompasada de la mujer se funde con el leve murmullo del hombre. Se trata de un rezo, una oración. Luz permanece quieta, conoce demasiado bien el ancestral rito, y con su silencio muestra el respeto que le merece.

Cuando el susurro cesa, el joven se

gira acercándose hasta ella, tan cerca que sus dedos le rozan el pecho cuando adelanta las palmas de las manos.

—¡Adonaí!

Él es su bien máspreciado, por eso, pensando en lo que le pedirá a continuación, a la mujer casi le tiembla el pulso mientras atrapa una de sus manos entre las suyas.

—¿Qué quieres, Luz Bella? —Él es el único que siempre la ha llamado por su nombre completo.

—Necesito que vayas a Aguastempladas, Adonaí. —Ella es de los pocos a los que permite pronunciar su nombre gitano—. El prisionero ha dicho que los salteadores se dirigen al

cortijo de Aguastempladas —continúa hablándole con la misma mezcolanza de lenguas que ha empleado con el hombre apresado. Aún con las manos entrelazadas, el joven contempla a la mujer que tiene ante él; la oscuridad es grande, aunque no lo suficiente para cubrir la angustia que es capaz de ver en sus palabras—. Tienes que traer a la hija de don Alfonso García, sabes que es crucial que siga con vida. El resto iremos tras de ti para detener a los bandoleros, tú ocúpate solo de encontrar a la muchacha y mantenerla a salvo.

El joven no necesita nada más para obedecer; soltando sus manos se dirige hacia el cúmulo de telas que son sus ropas y comienza a cubrirse. Luz se gira,

dispuesta a dejar al hombre.

—¡Luz Bella!, ¿cómo sabré quién es ella?

—¡Búscame! —Apenas sin girar el rostro, su respuesta suena justo antes de que franquee la salida.

—¿Estás segura de que llegará a tiempo? —La nerviosa voz de Alfonso repite la pregunta por décima vez.

—Si alguien puede hacerlo, te aseguro que es él —responde con paciencia Luz Bella.

—Hubiera estado más tranquilo si Isaac también fuera. —El hombre sigue dando pasos amplios alrededor de ella,

sentada desde hace cinco minutos junto a la hoguera—. ¿Crees que...?

El ruido del galope de caballos acalla su voz por unos instantes; asombrado, contempla a un hombre montado sobre un alto ruano. No puede dejar de pensar en cómo el jinete se adapta a su montura; el joven se agarra al cuello del animal para presentar la mínima resistencia al viento; vestido tan solo con un pantalón, una camisa holgada y una cinta de cuero sujetando los largos cabellos negros.

—Llegará a tiempo —sentencia Luz, contemplando los otros dos caballos atados que corren tras el primero—. Es un gran jinete y lleva buenos animales. Casi no detendrá el paso hasta llegar al cortijo, solo para hacer descansar a los

caballos y cambiar de montura. Llegará a tiempo.

—Pero ni siquiera lleva un fusil.

—¿Acaso necesita un lobo algo más que sus colmillos para cazar? Un hombre debe usar la cabeza y la habilidad cuando se enfrenta a un enemigo tan numeroso. —La voz del gitano retumba tras él—. No enviamos un grupo, solo a uno; debe entrar con sigilo y sin ser visto. Cargar con un arma tan pesada y ruidosa solo le haría perder un tiempo precioso y sería inútil en un enfrentamiento cara a cara; él solo tiene que encontrar a tu hija, ya nos encargaremos nosotros de detener a esos asesinos. —Isaac, con el corazón

encogido de miedo, trata de mantener la sonrisa observando cómo el joven desaparece en la oscuridad.

Cortijo de Aguastempladas, en las proximidades de las marismas de Doñana; junio de 1863 (hoy)

Han aparecido de noche, como Dolores suponía que harían. El aviso de los perros de la propiedad no les ha llegado con suficiente antelación. Aún no se ha levantado de la cama cuando oye, a las puertas de la casa, el grito de las mujeres que habitan en la aldea de los braceros del cortijo.

Se asoma a la ventana para observar

el tumulto bajo ella, al menos veinte mujeres y niños. Ellas parecen desesperadas, vestidas con sus escasas prendas de dormir; cargadas con sus hijos más pequeños o arrastrando sin miramiento las manos de los mayores, mientras hacen oír sus voces.

—¡Señorita!, ¡ábranos, señorita!

Los tacones de Manuela vuelven a retumbar en dirección a su dormitorio. La muchacha ya ha cubierto su cuerpo, vistiendo una bata de verano sobre el frágil camisón, y espera de pie frente a la cama las noticias que trae.

—¡Rápido, Dolores, no hay tiempo!, llegarán en unos minutos. Han entrado en las casas del poblado y pronto los

tendremos aquí. —La anciana la observa, asombrada, aunque no extrañada, de su tez y semblante tranquilos —. No te quedes ahí quieta, no hay tiempo que perder, el refugio está preparado.

Manuela lleva el pelo largo y suelto sobre los hombros; despeinada como pocas veces la ha visto; con el ceño desencajado y los ojos aterrados de quien teme seriamente por su vida.

—Acompaña a todas las mujeres y los niños al refugio —le ordena Dolores —. Creo que hay suficiente tiempo para que los hombres ancianos también bajen. Algunos de los jóvenes deberán subir a defender el cortijo; no creerán ni por un instante que lo hemos dejado indefenso,

y no descansarán hasta encontrar a los demás. Habrá que arriesgar alguna vida si queremos salvar a los más débiles.

Si Manuela se sorprende de sus frías palabras no lo demuestra. Ni ella misma se acaba de reconocer en esos momentos. La muchacha respira hondo, porque empieza a sentir eso que llaman miedo atravesando su cuerpo. Esto es real y comienza a pensar que le puede ocurrir algo muy grave si no hace funcionar su cabeza.

—Juan Vega se quedará fuera con tres de sus hijos mayores —habla Manuela entre jadeos—. Saben que es la única forma de contener el ataque y salvar al resto de los suyos, pero son más de diez

bandoleros y no los detendrán mucho tiempo.

Dolores la sigue en su premura cuando abandonan corriendo la habitación en dirección a la planta baja.

El refugio es totalmente invisible; escondido tras la alacena de la cocina el acceso queda oculto a ojos curiosos. En realidad, se trata de la entrada a un pasadizo que lleva a una cueva natural en la falda de la colina, sobre la que se apoya la pared trasera del cortijo. Desde allí, decenas de galerías naturales horadan la piedra en todas direcciones; solo una, perfectamente señalizada y que puede ser iluminada con lámparas de aceite, conduce al exterior.

No quedan más que ellas por entrar

cuando llegan a la habitación.

—Pasa, Manuela, no hay tiempo que perder.

A regañadientes, la mujer se adelanta para atravesar la puerta. Gira levemente el rostro antes de desaparecer en el oscuro pasillo; lo justo para mostrar su mirada de asombro cuando, de un portazo, Dolores cierra la entrada a sus espaldas.

—¿Qué haces, Dolores? ¿Estás lo...?

La joven ha sellado la puerta desde fuera, haciendo pasar un grueso cerrojo antes de volver a colocar todo en su sitio. Solo el otro extremo del refugio, a más de media hora de distancia de la casa, es ahora la única salida posible

para los que se encuentran al otro lado de la puerta.

Durante un minuto escucha los porrazos que sabe son de su anciana niñera, luego el silencio la envuelve. Asustada como un conejo, la muchacha se apoya sobre la madera que disimula la entrada cerrada. Temblorosa, aterrada y sorprendida evalúa lo que acaba de hacer con su propia existencia.

El sonido de la desigual batalla, que se empieza a desarrollar en el exterior, la trae de un golpe a la realidad. Debe apartarse de ese lugar. Aún no sabe bien dónde debe ir, pero está claro que no puede señalar con su presencia la única posibilidad de salvación de esos pobres desgraciados que ya no dependen de

ella.

No es valor, no lo ha hecho por salvarlos, lo sabe. No quiere ser una heroína, quiere vivir, y no cambiaría su vida por ninguna de las que puede acabar protegiendo con su inconsciente acción. Pero, en el fondo, entiende que su presencia en la casa les dará un pequeño empujón a la posibilidad real de escapar de esa pesadilla; su orgullo le dice que debe ayudar a entretener a los asaltantes. No puede huir sin más y dejar a esos hombres luchando por ella.

¿Qué haces, Dolores?

Camina atravesando la casa, aún retumbando en su cabeza esa pregunta. Debe ser que realmente es la loca de la

que habla todo el mundo: irracional, impulsiva y peligrosa. Corre hacia el despacho donde su padre guarda las armas y las municiones. Sabe dónde están y cómo utilizarlas.

La habitación está oscura, negra como carbón, gracias a la opaca noche sin luna de junio. La atraviesa sin tropezar, lenta pero con seguridad, conociendo de memoria la situación de cada mueble, de cada obstáculo en su camino, hasta llegar en silencio a los cajones de la mesa. De un solo movimiento, abre el compartimento secreto bajo la tapa. Las llaves brillan levemente bajo la luz fortuita de un disparo en el exterior, un pequeño manojó de tres que resultan sorprendentemente frías entre sus dedos.

La armería está a su izquierda, cerrada bajo llave. En un simple movimiento de mano, encaja la correcta en su cerradura. La gira, mientras el sonido de unos pasos silenciosos atraviesa el largo pasillo que la separa de la entrada de la casa.

Diez, nueve, ocho, siete.... Puede contar los segundos al ritmo de su agitado pulso. Aun en completa oscuridad retira y carga lo único que se interpone entre su vida y quien se acerca apresurando el paso. Seis, cinco...

El disparo cruza la negrura en una línea ascendente, hasta desaparecer con un ruido sordo en la frente del hombre. Solo lo ha contemplado por un instante,

alumbrado por la luz de la propia detonación; el sonido de su cuerpo golpeando el duro suelo de piedra le confirma que ha acertado.

Continúan los chillidos, los rugidos de guerra y los disparos en el exterior. Puede que la ventaja que les da poseer armas de fuego más modernas permita a los aldeanos sobrevivir unos minutos más; puede que ella misma tarde algunos en perecer.

Vuelve a cargar la escopeta. Sus ojos se empeñan en escudriñar la profunda oscuridad que la rodea.

El clic del arma es lo último que ha oído en mucho rato; quizás no han trascurrido más que unos pocos minutos, pero el tiempo se ha detenido a su

alrededor, mientras ella se aferra al pedazo de hierro que puede ser su salvación.

Silencio, inundando toda esa inmensidad que es en ese instante su mundo. Y solo un ruido, el latido de su corazón, que le parece retumba por todos lados; infructuosamente, ella intenta acallarlo antes de que la delate.

No ha notado nada, hasta que el sonido la golpea desde atrás, el ruido y los trozos de vidrios que atraviesan el espacio entre la ventana y su cuerpo tembloroso. Unos cristales que se le clavan en la espalda como diminutos puñales, haciendo que la ropa se le moje con su propia sangre.

Se ha vuelto tan rápido como sus piernas lo han permitido, aunque no lo suficiente como para esquivar el pesado bulto que cae sobre ella, haciendo que se desplome de espaldas sobre el frío suelo, bajo el peso del cuerpo de un hombre sin rostro.

Ruedan, impulsados por la inercia del asaltante, enredados brazos y piernas, aún agarrada a la correa de su fusil.

Uno, dos, tres giros hasta que su estado de ansiedad deja de ser suficiente para ayudarle a levantar un peso dos veces mayor que el suyo propio. Derrotada, sufre la carga del hombre sobre el abdomen, soportando como unas manos la tantean en la oscuridad

comprobando quién es su enemigo. Manos, calientes y sudorosas, que se recrean en su largo pelo y en la redondez de sus senos con un tacto apergaminado.

—¡Aparta de mí! —grita la mujer. Y la sonora carcajada que devuelven las sombras le araña el orgullo cuando el movimiento de sus caderas, en un vano intento de desprenderse del peso que la aplasta, no hace más que provocar la respuesta de las del hombre en un gesto claramente obsceno.

El asaltante se detiene levemente cuando oye que lo llaman desde el exterior. Dolores espera, quizás tenga una oportunidad de escapar cuando él se levante; protegida por la oscuridad que

los rodea, aún continúa sujetando entre los dedos el arma.

De un ágil salto, el hombre se ha puesto de pie.

Tumbada sobre la espalda, la muchacha eleva el fusil hasta colocar la culata sobre su hombro. Nunca antes ha matado a nadie, pero este hombre, al que aún no ha visto el rostro, será el segundo de esa noche extraña; nunca había hecho daño a ninguna persona, pero su dedo no tiembla ni por un segundo mientras aprieta el gatillo. Cierra los ojos en un movimiento instintivo para protegerse de la imagen de la muerte que, de todas formas, le sería imposible contemplar bajo tanta oscuridad. Cierra los ojos y

los vuelve a abrir con sorpresa cuando la bala queda encasquillada en la recámara del fusil, tan inútil como su propia vista.

El arma le es arrancada de las manos por una contundente patada.

Todavía asombrada, vuelve a estar atrapada bajo él, percibiendo sobre el cuello el rugido de su garganta, mucho más violento que hace unos minutos; sus manos mucho más agresivas agarrando la piel por encima de las ropas. La mujer se agita con inútiles movimientos convulsivos. Se revuelve y lucha clavándole las uñas sobre la espalda cuando él empieza a hurgar bajo el camisón que ya ha elevado hasta la cintura.

El asaltante aprieta de forma salvaje, pero no oirá salir de ella una queja, ni un leve suspiro saldrá de sus labios. Quiere ser fuerte.

Dolores finalmente claudica. Sabe que mirarle no sirve de nada, agitarse bajo su peso tampoco; gritar es inútil en el silencio que los rodea; solo entorna los párpados esperando que termine aquello que acaba de empezar. No siente, no sabe dónde la toca realmente, como si ella no fuera más que un todo totalmente profanado por sus recios dedos.

Vuelve a la vida cuando nota el líquido caliente que le cae sobre el rostro; justo antes de que el cuerpo del

bandolero caiga sin vida sobre el suyo, con un sordo estertor de muerte. Ahogada bajo el enorme peso exánime, apenas puede respirar, inútilmente se agita intentando librarse.

Agotada, desiste en pocos segundos.

Cuando unas manos invisibles retiran con facilidad el peso de su pecho, una bocanada de aire fresco la atraviesa, despertando cada músculo dormido de su cuerpo derrotado. Aún sin conocer sus intenciones ni a su dueño, se aferra a esa mano que le ofrece apoyo para levantarse y la lleva hacia el exterior haciendo el mínimo ruido en la salida. Una mano masculina, suave, fina y tibia, que desde luego no es la de un aldeano, pero tampoco la de un soldado, aunque

haya cercenado de un solo tajo la garganta de un hombre.

Capítulo 2

El otro Arthur

Afuera de Dublín, Irlanda, 1 de mayo de 1769 (casi 100 años antes)

Un día gris, triste y con llovizna despuntó en la campiña irlandesa, acompañando el paso lento de la partera. El sendero, lleno de surcos e impracticable para el carro que la había traído hasta allí, le permitía acceder a la

zona de servicios de la lujosa mansión. La mujer intentaba recordar la última ocasión en la que había estado en la casa, mientras luchaba contra el fango que succionaba sus rudas botas y el bajo de las amplias faldas del vestido de sarga marrón.

Tras dirigir una última mirada al cielo, obligó a sus cansadas piernas de casi cincuenta años a mover el peso de las botas, y se encaminó de nuevo hacia la residencia de Garret Wesley, primer conde de Mornington.

Media hora después, contempló con asombro la lujosa sala ampliamente iluminada. Sentada sobre una silla de recio respaldar, esperaba la prometida palangana de agua y las zapatillas que

sustituirían a las sucias botas, que se había visto obligada a abandonar en los escalones de entrada a la cocina. No se movió, procurando no dejar más que el inevitable rastro del goteo producido por el bajo de sus faldas en tan ilustre estancia. La muchacha que la había acompañado hasta allí se había retirado hacía unos diez minutos, cerrando la puerta al salir y dejándola con sus propios cálculos mentales. Se giró hacia la otra salida existente al fondo de la alargada habitación.

—¡Malos presagios! —pensó en alto con un murmullo, mientras, de forma mecánica, limpiaba sus dedos en los pliegues de las enaguas a la vez que

contaba con los mismos. Ella, que había traído al mundo a todos y cada uno de los hijos del conde, además de a la mitad de la población en treinta millas a la redonda, era más que consciente del dilema al que se enfrentaba—. Habrá problemas —masculló en un susurro para sí misma—. Sí señor, el bebé viene con más de un mes de adelanto.

—¡Sígueme!

La voz recia del criado del conde la trajo de nuevo al lugar. Nunca había visto a ese muchacho que la miraba con altanería desde la puerta del fondo, de lo que dedujo era una nueva adquisición de su señoría. O bien cobraba menos que el anterior, ya que evidentemente parecía escasamente curtido en la labor,

a juzgar por el descuido con el que el joven lucía la anticuada librea, o simplemente sustituía momentáneamente a alguien de mayor rango en el cargo; de muchos era sabido que el nuevo conde no andaba con las arcas demasiado saneadas. De cualquier forma, el muchacho, de no más de veinte años, parecía encantado con el nuevo cargo que le había sido encomendado y que le permitía, por un tiempo, mirar por encima del hombro a ciertas visitas; al menos a las tan evidentemente poco aristocráticas como la anciana que tenía ante él.

—La señora se encuentra en su alcoba.

La mujer no recibió ni una palabra ni un gesto más de explicación del joven, mientras era conducida hacia la parte noble de la residencia.

Garret Wellesley, el conde de Mornington, sabía que todo estaba en aquellas frases, en el escaso montón de palabras que garabateaba y copiaba una y otra vez en su afán de encontrarles un sentido; si es que, tal como aseguraban sus fuentes, realmente lo tenían.

Más de veinte carísimos pliegos de papel habían acabado emborronados de tinta y desperdigados sobre el suelo de piedra bajo el elegante escritorio de

nogal, en el que se sentaba desde casi el alba. El hombre sabía que debería agacharse y recogerlos, uno a uno y por sí mismo, antes de abandonar la estancia; aunque ese no fuera un trabajo digno de un conde, un conde venido a menos, pero al fin y al cabo, un conde. Incluso así, tendría que deshacerse por sus propios medios de cualquier pista sobre lo que andaba buscando; la amplia chimenea, que en ese momento crepitaba en la esquina de la biblioteca en la que se encontraba, haría una buena labor ocultando cualquier vestigio de su existencia.

Nuevamente movió el viejo manuscrito ante sus ojos, agrandados tras las aparatosas lentes de aumento

que descansaban sobre el puente de la nariz patricia del hombre. Allí, en aquella caligrafía oscura, densa, inclinada y apretada, estaba lo que buscaba: el comienzo de un viaje, el fin de una búsqueda.

Solo palabras.

—En el principio fue la palabra —recitó en voz alta para sí mismo—, o las palabras. Fueran cuales fuesen esas palabras. —Apretando los labios, continuó murmurando en voz queda—. ¿Qué sois: letras o símbolos? —El comienzo de una h o una m, o tal vez se tratara de una mera floritura que se había permitido el autor, atrapó su atención por otros dos minutos de

silencio, incapaz de distinguir el trazo que representaba.

Nervioso y desilusionado, tras otro agotador día frente a su escritorio, acabó por soltar el documento, junto a una increpación poco misericordiosa. El pergamino descansó con suavidad sobre los otros dos que reposaban, también abandonados tras inútiles horas de intensa búsqueda. Alargando el brazo, encendió una segunda lámpara de aceite; para encontrar alguna pista perdida, una señal que le indicara hacia dónde debía ir.

Los agotados músculos de su cuello, tensos por las horas de inmovilidad, se agarrotaron, obligándolo a elevar la mano con la que sujetaba la pluma, en un

intento de masajear la zona para rebajar la tensión. Sin percatarse, el dorso de su mano había reposado sobre sus últimos esbozos, quedando impreso sobre la piel el texto y este fue transferido a la immaculada camisa de algodón blanco que sobresalía de la antigua, aunque elegante, chaqueta del conde de Mornington.

Solo cuando volvió a descender sobre el tablero de la mesa, su mano, cubierta de tinta, reveló el desastre.

Levantándose con rapidez, acudió hasta el espejo del fondo de la sala. Garret sabía que Anne, su esposa, lo mataría si descubría cómo había quedado la pechera, hasta esos

momentos pulcra, de la camisa. La recriminaciones se unirían a las que vendrían en primer lugar por no haber llamado a la partera hasta hacía un par de horas. Bueno, él no podía saber que el niño se adelantaría tanto. La había oído llamar a su sirvienta a media noche, pero quedando aún tanto tiempo para que se cumpliera el embarazo, no creyó que tuviera que enviar a nadie al pueblo; especialmente con la noche de lluvia que habían padecido. Pero aparecer por la habitación, en la que su mujer daba a luz a su hijo, con la camisa manchada era más de lo que...

Los pensamientos quedaron retenidos y olvidados en su cabeza en el mismo instante en que la imagen de sí mismo

apareció en el espejo.

Allí, sobre la camisa, las manchas que habían dejado sus dedos, reflejadas e invertidas, mostraban un atisbo de palabra que por un instante su mente pudo reconocer como un lenguaje que había visto multitud de veces: latín.

En dos zancadas, Garret tomó uno de los pliegos que hasta hacía unos minutos había contemplado con desesperación. Girado frente a la superficie pulida, suspiró cuando las palabras comenzaron a aparecer y, con ellas, el secreto que tanto había buscado vio la luz.

El conde dejó que el tiempo pasara, deleitándose en la contemplación de la escritura. Aún sin atreverse a apartarse

del espejo ante el temor de que todo volviera a no tener sentido.

Con la tarde a punto de pasar a ser noche, la oscuridad que cubrió el espejo le hizo volver a la realidad, permitiéndole oír el ir y venir de pasos a la carrera que le indicaron que, tal vez, su hijo sí había decidido nacer ese preciso día.

Cinco horas después, tras un agudo grito de dolor de su madre, la partera sostuvo entre los brazos el cuerpo frío, pálido y con apenas un soplo de vida del niño. Inconsciente del futuro que tenía entre sus brazos, la mujer masajeó a la débil criatura durante más de tres

minutos hasta hacerlo reaccionar.

Con un llanto de angustia, Arthur Wellesley, futuro I duque de Wellington, rompió a respirar por primera vez en su vida.

Cortijo de Aguastempladas, junio de 1863 (hoy)

El miedo intenso, el miedo negro, frío y solitario se ha apartado; Dolores ahora solo siente impaciencia, porque quiere saber adónde la llevará ese momento en el que se encuentra, en el que camina errante guiada por la mano que le agarra la muñeca, sujetando sin apenas apretar

la piel.

La negrura continúa, aunque los gritos de muerte cesaron hace unos minutos. Apenas leves quejidos agónicos atraviesan la noche opaca que los rodea, a ella y a ese guía cubierto de sombras que el destino ha traído para rescatarla.

Con las espaldas pegadas a las paredes, que aún conservan el calor del sol, continúan en silencio. Ni una sola sílaba ha salido de la boca del hombre; de unos labios que Dolores casi debe imaginar dibujados sobre el rostro difuso que la escasa luz deja entrever. Solo leves retazos de claridad, reflejados sobre la larga cabellera, oscura y sujeta sobre la nuca, que le cae hasta debajo de los hombros, le hacen

suponer quién es su acompañante: un gitano, tan bárbaro como los que la asaltaban hace unos minutos.

Pero cree que tiene que confiar en él. Necesita hacerlo, como si los dedos que atrapan sus muñecas fueran lo único que todavía la ata a la realidad, haciéndole regresar desde la profundidad de su confundida mente.

Antes de alejarse siquiera una legua, las escasas prendas que viste golpean sus piernas, empapadas por completo; la tela mojada roza la piel de la muchacha con cada movimiento que se obliga a realizar. No quiere pararse a pensarlo en profundidad, pero es consciente de qué es ese líquido pegajoso que le resbala

desde el cabello a los tobillos, mezclado con su propio sudor, enfriándose sobre su piel a cada paso que se adentran en la oscuridad: la sangre semicoagulada de su agresor.

El hombre que la acompaña comienza a dar zancadas más amplias, en un ritmo despiadado que la hace correr para mantenerle el paso.

Caminando de puntillas, ella intenta no dañar aun más de lo que ya están sus pies desnudos; perdió los zapatos en la lucha y, desde entonces, cada rama y cada piedra del camino parecen querer dejarle un recuerdo sobre la piel.

Se han refugiado tras unos altos arbustos de brezo; como ella, él desea alejarse del cortijo lo antes posible;

pero no quiere arriesgarse a volver a ser visto.

Unos pasos más allá, él hace que se detenga y se agache entre las ramas. Al fondo se distinguen las figuras de lo que parecen tres caballos, apenas recortadas sobre la bruma de la noche. Dolores nota como una mano le agarra el hombro, es un contacto tibio; le palpa la piel sin apretar aunque obligándola bajo la indicación de sus dedos a mantenerse agazapada.

Él se ha acercado a los animales manteniendo una postura agachada, susurrando palabras de calma en un lenguaje desconocido para ella. Una leve agitación de patas y algún sordo

bufido son los únicos saludos de bienvenida; antes de que uno de los caballos relinche, el hombre atrapa su hocico en una leve caricia, desatándolos en silencio. Saltando sobre la silla de un gran caballo claro, con la mano libre sujeta las riendas de los otros animales y marcha hacia donde ella espera. Su leve gesto de cabeza le indica que ha de montar sobre el caballo que queda a su derecha.

Dolores debe hacer tres intentos para acabar desistiendo de conseguirlo; es un ejemplar alto y sin silla donde apoyar el pie la acción se convierte en algo casi imposible.

Mucho antes de darse cuenta, siente como sus caderas son fuertemente

impulsadas por unas manos invisibles. Casi no se ha enderezado cuando gira, para verlo acomodándose en su propia montura; puede que nunca haya visto a nadie montar y desmontar con tanta facilidad. Se alejan unos minutos a paso lento, lanzándose luego a una feroz cabalgada.

Capítulo 3

Enemigos natos

Afuera de Dublín, Irlanda, 15 de agosto de 1769 (casi 100 años antes)

—¿Ahora me dices que los diarios ya no están en Toledo?

El conde de Mornington caminaba inquieto de un lado a otro mientras hablaba; se sentía incómodo por los estrechos y sudados ropajes de montar

que no había tenido tiempo de cambiar, y perturbado por las noticias que acababa de oír.

—¿Cómo ha podido suceder algo así?
—Parándose frente a su empleado, recompuso su habitual aspecto de hombre tranquilo—. ¿Fuiste tú mismo al convento de San Ildefonso?, el padre Dominico me aseguró que los baúles seguían allí, en el mismo hueco bajo las escaleras. Él era el único que custodiaba la llave. ¡Dime que has levantado hasta la última piedra de ese monasterio antes de venir aquí!

—Milord... señor... —La garganta del hombre corcoveó unos segundos antes de que el joven se atreviera a elevar la vista enfrentándola a su señor—. Le juro

por lo más sagrado que allí no están. — Unos momentos sosteniendo la mirada acerada del conde antes de proseguir—. El padre, el padre Dominico me habló de unos carros repletos de libros y documentos que salieron en dirección al Convento de San Francisco en Almonacid. Fui hasta allí, pero le aseguro que la biblioteca de ese lugar es tan caótica que sería incapaz de localizar los diez mandamientos grabados en piedra por el mismísimo Moisés. Tendría que pasar semanas registrando el lugar; no unas horas a escondidas, señor. Pero creo que...

Las palabras del hombre fueron silenciadas cuando la propia condesa

abrió de improviso la puerta, la voz de la mujer atravesó la estancia mucho antes que ella misma.

—¡Garret!, he de hablar urgentemente contigo, el pequeño... —La mujer de mediana edad, aunque vestía elegantemente como correspondía a su estatus noble, aún conservaba las curvas que evidenciaban su reciente maternidad.

—¡Milady! —Con el tratamiento formal el conde pretendía infundir severidad a sus propias palabras—. Como puede ver, estoy ocupado en estos momentos. Supongo que eso que debe decirme puede esperar a que acabe con este caballero.

—Lo siento, Garrett, no había sido

informada de la visita. —Girándose hacia el joven, reconoció al empleado de su marido—. Lamento la interrupción, señor Carlisle, pero he de tratar un asunto importante con el conde. —El gesto de su cara invitaba al muchacho a abandonar la habitación con diligencia—. Si nos perdona unos minutos...

—No, Anne, el señor Carlisle se quedará donde está. —Las cortantes palabras de su esposo detuvieron en seco el gesto de salida de Carlisle—. Podremos hablar en cuanto acabe.

—Si tu propio hijo no es razón suficiente para abandonar tus negocios, no sé qué...

—¿Qué hijo? —inquirió con rapidez y preocupación inmediata—. ¿Qué le ocurre a mi hijo?

—Arthur sigue... —respondió la mujer.

—¡Ah!, el bebé, supongo que habrá tenido una llantera o...

—Veo que mientras su primogénito esté sano, los posibles repuestos carecen de interés para su persona, milord —respondiendo con su propia moneda, Anne usó el trato formal hacia su esposo.

—¡No se trata de nada de eso! —Girándose hacia el joven se disculpó con un gesto de incomodidad—. Anne, Anne... —susurró, aproximándose al

oído de su esposa para que nadie más oyera lo que decía—. Sabes que no tienes razón al hablar así; todos y cada uno de mis hijos son lo más importante de mi vida; toda mi familia lo es, pero el pequeño... Eres consciente de que nació delicado; si sigue mal iremos mañana a ver al doctor Wilson en Dublín, no te apures. —Sujetando sus hombros la encaró hacia la puerta—. Luego hablamos —dijo un segundo antes de volver a cerrarla tras ella.

—¿Hay hoy alguna buena noticia para mí, Carlisle? —Garret giró, dirigiéndose de nuevo al hombre que permanecía en silencio a unas varas de distancia—. ¿Algún indicio sobre el paradero de esos documentos? —Sin

dejar de hablar, caminó de lado a lado de la estancia para acabar deteniéndose ante el amplio ventanal del salón. Parado frente a la vidriera observó el verde paisaje de espaldas a su interlocutor. Con un suspiro enlazó las manos sobre el estómago—. ¿Qué sabes sobre la pista de la Cartuja?

—Es posible que sea una buena alternativa.

Ante las palabras de su empleado, la esperanza resurgió por unos instantes en los rasgos afilados que le devolvía el impoluto cristal de la ventana.

—Tendríamos que seguir el rastro del otro novicio, ¿verdad?, el que acabó como cartujo para finalmente colgar los

hábitos y casarse, creo recordar que curiosamente era irlandés; tal vez hemos seguido al hombre equivocado desde el principio —razonó en voz alta el conde.

Dublín, esa misma tarde (casi 100 años antes)

Los retazos de la luz del día apenas iluminaban el paso lento de la pareja. Al frente, dos lacayos sostenían unos farolillos de aceite que no acertaban más que a alumbrar los oscuros escalones de entrada a la casa. La estrecha calle, aunque elegante y limpia, no hacía mucho por conservar los restos del día que se desvanecía. Uno de los

caballos del aristocrático carruaje, que los había traído hasta allí, relinchó; tal vez en protesta por la súbita inmovilidad a la que el cochero los había obligado tras la frenética carrera, de más de dos horas, que habían soportado hasta unos minutos antes.

Anne apretó aún más al niño contra su abundante pecho. El gesto le hizo sentir una punzada de dolor sobre los senos plenos de leche; un recuerdo cruel de que el pequeño Arthur llevaba casi un día sin amamantarse.

—Debimos partir esta mañana, Garret. Ya te aseguré que el niño estaba inquieto y acalorado, hemos perdido un tiempo precioso. —La mujer, haciendo

acopio de un genio del que no adolecía, increpó a su marido, justo antes de que la puerta de la residencia del doctor se abriera, en respuesta a los golpes insistentes que habían dado los lacayos sobre ella.

—El camino estaba impracticable por la lluvia, ya lo sabes. —El conde de Mornington respondió, procurando mantener la frialdad en sus palabras.

El trayecto hacia Dublín desde su residencia de verano ya había sido lo suficiente estresante; aún retumbaba en sus oídos el llanto agónico e interminable del bebé y los sollozos de su esposa.

—Milord, el doctor los atenderá en unos minutos, un criado les acompañará.

—La voz de Michael, uno de los jóvenes ayudantes que les acompañaban, le dio la oportunidad de dejar de enfrentar la mirada reprobatoria de Anne.

Michael ayudó a su señora a subir los escalones de entrada y la escoltó al interior, donde uno de los hombres que había abierto la puerta preparó y encendió las lámparas de una amplia sala. Unos pasos atrás, Garret aún rumiaba contra su propia conciencia.

Aunque era cierto que el pequeño había nacido demasiado débil, y puede que hasta fuera una bendición que dejara de sufrir de una vez por todas, su esposa parecía empeñada en evitar que el cielo

se llevara a la enfermiza criatura y, además, ¡por todos los demonios! él haría cualquier cosa por devolver la sonrisa al rostro de Anne.

—¿Milord? —Un regordete individuo de cuarenta y muchos años apareció por la puerta—. Acaban de informarme de su llegada. —El hombre aún se afanaba por introducir el vuelo de su camisa en las ajustadas calzas de algodón.

—Doctor, disculpe la hora, pero creo que mi hijo pequeño está enfermo. — Anne habló antes incluso de que su marido girara el rostro hacia la entrada.

—¡Milady!, por supuesto, acerque a la criatura. —El médico meneó la cabeza al ver el pequeño bulto que le presentaba—. Vaya, ¿qué le pasa al

bebé?

—Desde ayer se niega a tomar el pecho, doctor.

—Bueno, un señorito tan pequeño necesita mucho cuidado... aunque seguro que milady no le ha escatimado nada. Un momento, esperen a que lo examine.

Durante varios minutos el médico desnudó y observó al niño, bajo la mirada angustiada de sus ilustres padres.

—Está muy débil, saben que ha nacido antes de tiempo, poco les puedo recetar salvo... paciencia, mucha paciencia.

—¿Paciencia, doctor? —Garret no pudo evitar hablar tras el diagnóstico y la prescripción del médico—. ¿No

podemos hacer nada más que tener paciencia?

—Los siento, milord; aparentemente el niño solo está endeble y pequeño, por ser prematuro; pero no tiene más que un trastorno intestinal, siga insistiendo en amamantarlo, milady —habló de nuevo, vistiendo al pequeño para devolvérselo a su madre—. El tiempo y Dios decidirán si el muchacho es capaz de lidiar contra los enemigos que el destino le tiene guardado. Puede que sea simplemente la lucha contra un cólico infantil lo que acabe con él o... ¿quién sabe?, igual hay decenas de batallas esperándole a la vuelta de la esquina y esta no es más que una entre un ciento.

No a la vuelta de la esquina sino en

Ajaccio, Córcega, casi en la otra punta de Europa, María Letizia Bonaparte rompía aguas justo en ese mismo momento; dando a luz a Napoleón Bonaparte, el que sería el mayor enemigo del joven Arthur. Quiso el destino que ambos adversarios vinieran a este mundo en el año del Señor de 1769.

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

Él ha impuesto un ritmo infernal, despiadado, a pesar de que la tormenta los azota desde el amanecer. Dejaron de

cabalgar sobre las piedras hace horas, justo desde que la lluvia, a ratos torrencial, permitió borrar las huellas de los caballos. Dolores confía en que él conoce el camino, no ha dudado ni por un instante en ninguno de los cruces que han pasado. Sospecha que tienen algún destino, pero desconoce cuál es, así como el sonido de su voz, salvo por los leves susurros que él le dirige a los caballos. Puede ver la espalda de su compañero, arqueada sobre la montura, mientras se acercan a la sierra que se recorta en el horizonte, la maciza barrera que parece ser su objetivo.

Cuando se aproximan a la inmensidad de piedra gris, él comienza a modular el paso, alternando trote y galope, yendo

con menor rapidez únicamente cuando el terreno se torna demasiado desigual para las delicadas pezuñas de los animales. Gira cada diez minutos, asegurándose de que ella no se rezaga más de unos pasos; poco a poco parece que ella acaba ganando su confianza, y el hombre deja que el tiempo se agrande entre cada nuevo vistazo.

Después de unas pocas horas, ha desistido de comprobar la situación de la muchacha por encima del hombro.

La mujer comienza a estar sorprendida consigo misma, ya que aún sigue sobre la montura, a pesar de su falta de destreza y la desventaja de no llevar silla. Aunque duda que pudiera

estar mucho más cómoda bajo esa tormenta intermitente, que gotea sin cesar deslizándose con saña sobre cada pulgada de ellos. Nunca le ha gustado montar a caballo, pero su padre ha insistido una y otra vez en regalarle los mejores ejemplares de sus caballerizas; hermosos animales que ella se ha limitado a montar solo en contadas ocasiones, usualmente cuando ha tenido que acompañarlo a la ciudad.

Al mediodía, la monotonía y el calor empiezan a ser agobiantes. A pesar del ritmo ágil de sus caballos y el cese de la lluvia, el pie de la sierra no parece mucho más próximo que hace unas

horas. El paisaje empieza a cambiar, los árboles diseminados dan paso a arbustos más pequeños y resecos; media decena de árboles a la derecha parecen determinar el fin del valle, para dar paso al abrupto paisaje rocoso. Se acercan para refugiarse en su sombra y él desmonta.

Agachado entre las patas del caballo, verifica el estado de sus pezuñas tras la larga galopada. Ella lo observa retirar cada trocito de piedra incrustado en las herraduras; y él vuelve a enderezarse para clavar los ojos en Dolores.

—¿Crees que hemos conseguido escapar? ¿Hacia dónde nos dirigimos? Me parece que no hay nada civilizado en

esas sierras. —Él la observa con indiferencia. Ignorando su silencio, la muchacha sigue preguntando—: ¿Es que no entiendes el castellano?, ¿de dónde has salido?, ¿quién te ha enviado a mí? —Su rostro permanece impassible, mientras ella le lanza una pregunta tras otra que irremediabilmente el hombre deja sin contestar—. Supongo que no conocerás a mi padre. Aunque no estabas allí por casualidad, ¿verdad? Gracias, seas quien seas me has salvado la vida. —La mujer se detiene observando el paisaje desolado que los rodea—. Y creo que sigo dependiendo de ti para volver a casa.

Lo evalúa con más detenimiento, y el miedo regresa cuando él le devuelve la

mirada con una expresión indescifrable mientras las preguntas, ahora silenciosas, se agolpan en su cabeza. ¿Por qué no ha venido su padre en persona? Si es él quien ha enviado a este hombre, ¿por qué solo uno?, ¿por qué ha elegido a alguien que ni siquiera parece saber su idioma?, ¿dónde lo ha conocido?, ¿y adónde la lleva?, ¿es en realidad un salvador o su peor pesadilla?

La mujer se permite observarlo, debe tener unos veinticinco años, bastante alto, fuerte y de rostro serio pero muy atractivo. Aunque camina y tiene el aspecto de un soldado, no aparecen marcas o cicatrices visibles sobre su

rostro.

Él se endereza pasando una palma por el lomo de su propio caballo, y Dolores retira la vista para evitar cruzarla con la suya. Tal vez simplemente necesite tener paciencia para responder a cada una de esas preguntas. Por ahora hay algo incuestionable, es su única oportunidad de seguir con vida; sea quien sea y desee lo que desee de ella, se va a aferrar a él como si le fuera la vida en ello.

La mujer evita levantar la mirada. Sonríe bobaliconamente contemplándose las manos entrelazadas en las toscas riendas de cáñamo, ahora teñidas de rojo; supone que por su propia sangre coagulada, procedente de las

laceraciones que el duro material le ha producido en la piel poco curtida de sus palmas, mientras intentaba dirigir un caballo sin bocado ni silla en una loca cabalgada. Sangre, tal vez, mezclada también con la de su agresor.

Tras unos segundos, la mujer vuelve a sonreír, por alguna estúpida razón ese color le recuerda a las amapolas salvajes, a primavera y al aroma de las flores silvestres, a hierba fresca; olores que su imaginación recrea en un intento de apartar el hedor que ella misma empieza a desprender. Suspira, apretando las piernas sobre el caballo que monta a pelo, con tan solo una delgada manta de protección. El animal

resuella nervioso ante su movimiento, y sus muslos heridos protestan con pinchazos hirientes haciendo que el sopor, en el que ha estado a punto de caer, se aparte de golpe.

El hombre no se aproxima; y ella deja que el tiempo pase, rígida sobre su montura. A unos pasos, él estira su nervudo cuerpo como si de un enorme gato se tratase; un giro de cabeza, derecha e izquierda, obligando a que la sangre vuelva a circular por su columna mientras se vuelve para observarla.

Recreándose en la vista que el sol de mediodía le regala, la muchacha examina a su acompañante con detenimiento. Un ensayo de sonrisa le orada la mejilla derecha cuando se

aproxima hacia ella, Dolores piensa que con intención de ayudarle a descender. Alarga los brazos tocando apenas las palmas de las manos de la mujer; tal vez, respetando el pudor de una joven semidesnuda; quizás, intentando evitar el contacto con la muerte roja que porta sobre ella.

Intrigada por su gesto de leve repulsa, la muchacha observa con detenimiento el estado en el que ha quedado su ropa de dormir: manchada desde el hombro a los muslos en una extensa y rígida mácula roja. Inconscientemente, arrastra las manos en un vano intento de apartar el polvo que se ha depositado sobre los restos; sospecha que su piel y su pelo no

deben tener un aspecto muy diferente.

La mujer alza la cara, y vuelve a sentir incomodidad cuando su mirada oscura se clava en ella y, casi por primera vez en su vida, es la primera en apartar la vista en una confrontación cara a cara con otra persona.

—No tengo muy buen aspecto, ¿cierto?

Él sigue sin hablar, y empieza a convencerse, ya que no es mudo, de que no sabe su idioma. Observa cómo el hombre se vuelve hacia su caballo para desprender la silla. Él coge la manta que cubre el lomo del animal y deshace los dobleces hasta tenerla en solo dos partes iguales. De la cintura extrae el cuchillo que cuelga en una funda de piel, un

material más usado y oscuro que el tejido que cubre sus piernas en forma de pantalones; el arma está finamente pulida y preciosamente acabada en un mango de hueso trabajado. Dolores comprueba la calidad de su afilado cuando, con un leve golpe de muñeca, él hace que la manta quede agujereada en la parte superior, justo en el centro del doblez del tejido.

Cuando despliega la tela, Dolores comprueba lo que ha estado haciendo, mientras él se gira para ofrecerle lo que es ahora un rústico poncho de lana, tejida formando rombos irregulares verdes y grises. La muchacha alarga la mano para recoger su regalo, mientras

hace gestos señalando su piel sucia.

—No creo que sea buena idea ponérmelo ahora, estoy totalmente empapada de sangre y suciedad.

Él parece entender sus palabras, pues se gira para rebuscar en la bolsa que pende del lomo del tercer caballo. Tras unos segundos, extrae una tosca pastilla de jabón anaranjado y un peine que le ofrece con un gesto sin sonrisa. Gira la cabeza señalando el otro lado de los árboles que tienen a la derecha.

—Me estás pidiendo que te libere de esta visión horrorosa, ¿no es cierto? Seguro que detrás de esos árboles hay un lago de aguas cristalinas y templadas.

El agua no está templada, sino fría como un carámbano y, por supuesto, no es cristalina ni profunda; ni siquiera es un lago, sino un arroyo salado cargado de barro. Algo desilusionada, Dolores comprende que se están adentrando en las desiertas campiñas que dan paso a la sierra, y que aquello puede que sea lo mejor que encontrarán en leguas a la redonda. Así que se arma de valor y se quita la bata, comprobando que el camisón solo está manchado en su parte más baja. Recoge sobre la cintura el vuelo de la prenda y, confiando en que su acompañante sea un hombre de cierto honor y no esté espiando entre el follaje, se mete hasta la máxima profundidad,

apenas un par de palmos.

Sus pies, desnudos y lacerados tras la larga caminata descalza desde el cortijo hasta donde aguardaban los caballos, protestan al contacto con el agua fría y las duras piedras del fondo. Se frota el cabello con el escaso jabón que ha quedado después de lavar la parte baja del camión, la bata y su propio cuerpo. Aunque al principio lo ha maldecido, el hecho de que el agua arrastre tanta arena mejora la fricción de sus dedos en el intento de desprender la sangre reseca.

Acuclillada sobre las duras piedras del fondo, vuelve a sumergir el cabello para enjuagar por última vez los restos de jabón. Entonces queda paralizada al oír los pasos que, de forma casi

inapreciable, arrastran las piedras sueltas del suelo arenoso a su espalda. Aún sin dejar de disimular, conserva la cabeza en el agua y observa por debajo de la axila manteniendo esa postura.

No sabe si dar un suspiro de gracias o un grito de ira cuando comprueba que es su acompañante el que la mira desde menos de diez pasos; fijando sus ojos sobre su espalda.

En dos zancadas, él se agacha a su lado, para tomarle con las manos la planta del pie derecho, haciendo que pierda el equilibrio y caiga de nalgas. La mujer se siente como una res de feria cuando él evita todo contacto visual para centrar su examen sobre sus pies,

salvajemente agrietados tras la dura caminata de la noche anterior.

—¡Aparta tus manos....! Deja que me vista —habla, desprendiéndose de su contacto, para gatear de forma poco elegante hasta la orilla y alcanzar el poncho, que descansa sobre una piedra.

Lo odia por obligarla a vestir la prenda sin permitir que ni su piel ni su pelo se sequen un poco después del baño, pero quiere apartar su mirada de ella a la mayor rapidez. Él no parece inmutarse, y se levanta, chorreando agua de los pantalones para cogerla en brazos y llevarla a donde descansan los caballos.

—Puedo andar yo misma, ¡déjame en el suelo en este momento!

La mujer refrena el instinto de golpear su pecho con los puños, y se limita a tirar de la cola con la que él se sujeta el pelo.

Cargada como una niña, acaba por dejarle que haga lo que sea que esté pensando. Observa que ha montado un improvisado campamento y una pequeña hoguera, con el fuego lo bastante ahogado como para evitar que las llamas delaten su presencia cuando caiga la noche. La deposita suavemente sobre la manta que ha retirado del caballo de Dolores, la muchacha la reconoce fácilmente por las leves gotas de sangre que ha dejado ella misma.

De hinojos frente a ella, vuelve a

examinarle la piel herida. Ella siente un extraño hormigueo por todo el cuerpo cuando el simple movimiento de sacarle con sus manos el pie desnudo de debajo del poncho, y colocarlo sobre la piel de su propio antebrazo, la hace sollozar de dolor mezclado con cierto placer. Él masajea entre los dedos la carne lastimada. Dolores ha conseguido silenciar sus quejidos e intenta no mirarle a la cara, esforzándose en apartar de la mente las imágenes de cómo la ha tratado hace unos minutos.

El hombre empieza a palparle el tobillo, demorándose unos segundos en la sensible piel. Oye la respiración del joven, levemente agitada, a pulgadas sobre su pelo, mientras contempla como

él abre un trozo de hoja que cubre lo que parece un unguento. Dolores reprime un sollozo cuando él usa los dedos para limpiarle la mayor de las ampollas que tiene en la planta del pie derecho. Repite el mismo ritual con el pie izquierdo; con inmenso cuidado lava, seca y mima sus pies durante más de diez minutos.

Luego la gira sobre la manta en que se sienta para, sin ninguna ceremonia, levantarle el poncho sobre la espalda hasta llegar al cuello y bajarle el camisón hasta media espalda; ni siquiera el sol que tomó hace unos días consiguió que su rostro se tornara tan colorado.

—¡Deja de hacer eso...! ¿Estás loco?

No me toques. —Luego ella se calla, porque siente que unos dedos le hurgan en la piel lastimada; entonces, Dolores entiende que el hombre ha descubierto las señales de los arañazos que le provocaron los cristales de la ventana rota sobre la espalda.

Con el mayor de los cuidados, él utiliza las uñas a modo de pinza para retirar algún resto de las esquirlas y limpiar las heridas, esparciendo el unguento. Cuando se aparta por fin, a Dolores el corazón le galopa desbocado y nota los labios resecos de aguantar la respiración. Sin parecer sentir su azoramiento, él camina hacia las brasas para colocar un cacillo sobre el fuego. Regresa ofreciéndole sus propias y

rústicas alpargatas de esparto.

—No puedo aceptarlas. No creo que en esa minúscula bolsa lleves otro par de repuesto, y no puedo dejar que tú también quedes impedido.

Vuelve a ofrecerle los zapatos y, cuando ella vuelve a negar con la cabeza, se limita a coger cada uno de los pies de la muchacha, sin ningún miramiento, y calzarle las alpargatas, ajustando los extremos con un trozo de cáñamo para que no queden holgadas. Finalmente la contempla desde toda su altura.

Justo cuando ella cree que ha quedado satisfecho, se vuelve a agachar frente a Dolores, desprende el largo trozo de

piel con que se ata el cabello, y se lo coloca a ella en la cintura, distribuyendo los pliegues del poncho para garantizar que cubran la mayor cantidad de piel.

Alrededores de las marismas de Doñana, cortijo de Pradobajo; diciembre de 1788 (75 años antes)

—¿Señor?

El hombre moreno entró sin llamar en el despacho de su empleador y casi amigo. Sabía que lo molestaría mucho más si le hacía responder a los golpes sobre la madera que si pasaba simplemente sin pedir permiso y se situaba en la silla frente al escritorio; a

la espera de que el hombre se percatara de su presencia o, simplemente, acabara con aquello que estaba haciendo, y que normalmente lo absorbía hasta tal punto que Vicente Adón creía que el anciano olvidaba hasta cómo se llamaba.

Sentado pacientemente observó a don Arturo. Era consciente de que en su presencia debía dirigirse a él como señor O'Brien o don Arthur; pero a él, como al resto de los empleados de origen gitano del hombre les resultaba difícil pronunciar el nombre inglés de su señor, y entre ellos se referían a él como don Arturo. Por alguna razón inexplicable que no acababa de entender, pues a Vicente le parecía que

ese era un nombre perfectamente adecuado y cristiano, al señor O'Brien no le agradaba la traducción de su nombre.

Con una sonrisilla, el hombre contempló al anciano pelirrojo. La vida siempre sería injusta para los suyos, ellos se veían obligados a utilizar nombres castellanos para ser aceptados como casi ciudadanos españoles, cuando el señor O'Brien ni siquiera permitía traducir el suyo. Su sonrisa se ensanchó aún más, un gesto irónico ante la impotencia que había acosado a su pueblo durante decenas de generaciones. Como jefe de su grupo, Vicente, antes llamado Adón, sabía que no debía descargar sus frustraciones con O'Brien;

de hecho, don Arturo era, posiblemente, el hombre que tenía el poder de conservar unido al pueblo, su clan de casi setenta personas, y sus costumbres, historia y futuro vivos.

Durante más de veinte minutos permaneció lo más relajado e inmóvil que pudo, mientras su señor trabajaba haciendo filas de números y letras totalmente ininteligibles para la mente, no demasiado simple pero de cultura escasa, de Vicente. El hombre aprovechó el tiempo para recordar palabra por palabra el recado que llevaba en su cabeza. Durante media hora aguardó en silencio.

—¡Ah, Vicente!, estás aquí.

Vicente no se ofendió por la evidente mentira del anciano de casi setenta años. Era indudable que lo había visto hacía mucho, pero también lo era que no pretendía ignorarlo o menospreciarlo con su indiferencia; simplemente, como era costumbre en el hombre pelirrojo, tenía entre sus manos algo importante que debía terminar de forma adecuada.

—No se apure, señor, acabo de llegar hace unos minutos y he preferido que acabe con lo que lo ocupaba —mintió descaradamente a su vez.

—¡Qué bien me conoces viejo amigo!
—Con gesto delicado, el hombre apartó hacia un lado el documento, que lo había absorbido durante tres horas ese día, y

retiró la pluma hacia el tintero.

—Eso espero, don Arthur, así le podré servir como es mi intención.

—Bien, ¿y qué te ha traído? Pensé que tenías que estar trabajando con los tuyos en el emplazamiento con el historiador, al menos hasta la próxima semana; si es que no he vuelto a perder la noción del tiempo de forma terrible.

—No, no se preocupe, está usted en lo cierto, pero me ha enviado su hijo. Don Manuel fue a buscarme ayer por el emplazamiento, y dio instrucciones de volver a clausurar la entrada hasta nueva orden; ha insistido en que es urgente que se muevan de nuevo con prisa. Tiene que ponerse en contacto con los hombres de Madrid, al parecer el rey ha muerto y

deben actuar de nuevo con rapidez.

—¿Es eso exactamente lo que te ha dicho Manuel?

—Sí, señor, exactamente.

—Muy bien, ya puedes salir, y asegúrate de que don Manuel venga a verme en cuanto llegue del emplazamiento.

Manuel O'Brien caminó alejándose del caballo que acababa de descabalgár. Aquella no era su batalla, al menos él no la había empezado, sin embargo con los años era tan suya como el pelo rojo de su cabeza, y tan heredada de su padre como esos mismos cabellos, su talla no

muy alta, y Pradobajo; además de todo lo que conllevaba el apellido O'Brien.

Manuel no era un hombre dado a lamentaciones, sabía que la situación era la que era, simple y llanamente; y que aquello de lo que de una u otra forma, con mayor o menor decisión por su parte, había aceptado formar parte, le obligaría por el resto de sus días a estar atento a cada cambio sutil de las circunstancias y a actuar en consecuencia, aunque ello supusiera partir de nuevo de casi el cero absoluto en el desarrollo de sus planteamientos.

En diferentes circunstancias, no hubiera sido más que un hacendado riquísimo de treinta años. Alguien con el suficiente cerebro para salvar su fortuna

de los vaivenes de una misma corona. Algo tan simple como no depositar todo sus bienes al alcance de un mismo monarca, o de un mismo grupo de inversores o mercados, le habría alejado de preocupaciones políticas y permitido disfrutar de su riqueza. En ese caso le importaría un bledo la noticia que le había llegado hacía unas horas desde la capital.

Pero allí estaba de nuevo, descendiendo de un caballo que casi había llevado hasta el agotamiento en su afán de hablar con su padre; no por razones ideológicas, ni familiares, sino por el simple curso de las cosas. El rey Carlos III, un anciano de casi 73 años,

había muerto, y las cosas tendrían que volver a encauzarse junto al hombre que guiaría el país durante los próximos años, y actuar cuanto antes sería crucial.

Arthur se separó de la ventana, acercándose de nuevo al enorme escritorio de madera de palo de rosa. Su mano empezaba a agitarse con voluntad propia bajo el peso de la edad; enfadado, el hombre asió con energía el canto de la mesa, parándose a oír los pasos enérgicos que reconocía de su único hijo. Desasosegado, respiró concluyendo con un casi bufido de impaciencia, algo que no le gustaba, que no era propio de su persona pausada y

serena.

—¡Manuel!, por fin. —Sobre el rostro del joven detectó el malestar, la propia preocupación que azotaba, incisiva como un puñal, su propio pecho.

—Veo que Vicente te ha informado —afirmó Manuel antes de cerrar la puerta tras él.

—Así es. —Arthur acarició con las yemas el viejo manuscrito que seguía en la mesa, como una burla, desde esa mañana—. He estado a punto de enviarlo a palacio.

—¡Gracias, Dios mío!, pensé que llegaba tarde —apuntilló Manuel con un gesto de alivio.

—Tal vez en ese caso nuestra familia

hubiera descansado por fin. Me temo que hemos tardado demasiado y hemos perdido una oportunidad preciosa, no conoceremos un rey como el que acabamos de perder.

—No, padre, no piense así. Si los diarios hubieran llegado a Madrid tras la muerte del rey, las consecuencias podrían haber sido desastrosas. Ya sabe lo que está en juego, y me temo que el heredero no le alcanza al viejo ni al tobillo.

—Así es, Carlos cometió errores importantes, pero sin duda tuvo muchos aciertos. Hemos perdido un gran rey, pese a que creo que ha sido víctima de su propio talante y de su intento de mantener un equilibrio entre las viejas

instituciones y el progreso, entre las tradiciones y la innovación. —El anciano despegó sus cansados dedos del borde de la mesa y se sentó en la silla situada tras el escritorio, con perspicacia, ocultó bajo la tapa sus manos temblorosas a los ojos de su hijo —. Gracias al dinero que le presté cuando alcanzó la corona obtuvimos muchos favores y la Real Pragmática[1], que tanto nos ha beneficiado en nuestros intereses y en los de nuestros amigos; aunque finalmente la buena intención inicial del rey acabara siendo un arma de doble filo que ahora sufrimos. Esa camarilla que se llama a sí mismos ilustrados nos ha dado, y nos seguirá

dando a partir de ahora, muchos dolores de cabeza si no asentamos rápidamente nuestras posiciones frente al nuevo monarca. Una lástima que no consiguiéramos que Carlos se hiciera cargo del emplazamiento, como me prometió la última vez que hablamos. ¡Quién iba a pensar que moriría tan de repente!

—Al parecer han sido unas fiebres, dicen que por la pena de la muerte de su hijo. ¿Crees que habló con alguien antes de fallecer? —Manuel esperó con inquietud la contestación de su padre.

—Estoy seguro de que no. Me prometió no hacer nada ni decir una palabra hasta no tener la mitad de los diarios en su poder. Sabía que no podía

dejar tan importante descubrimiento en unas únicas manos. El rey era un buen hombre, aunque muchos le creían manipulable por algunos, no era tonto. No, por fortuna la noticia de su muerte nos ha llegado unas horas antes de que yo enviara a mi correo.

—¿Qué haremos ahora?

—Esperar y ocultarlo todo, como ya me ha informado Vicente que has empezado a hacer. —El anciano tomó los antiguos legajos entre sus dedos—. Estos volverán a dejar de ver la luz del sol y el emplazamiento tendrá que esperar tiempos mejores. ¿Se ha marchado el historiador?

—Sí, él mismo ha comprendido el

problema con rapidez, hicimos un buen trabajo buscando a ese hombre.

—¿Ya te dije que es el hijo de mi difunto amigo el licenciado Furriá? — Manuel asintió con el gesto—. Un magnífico hombre.

—¿Y solo esperaremos?

—Sí, este gobierno ha abierto muchas puertas, pero me temo que los españoles no están preparados para ellas. Damos ideas, pero no damos cultura para entenderlas. No me gusta, y las noticias que me llegan de Francia^[2] me hacen dudar mucho más de esas ideas.

—Iré a Madrid y hablaré con el conde de Floridablanca, y con la duquesa de Alba y su esposo. Son nuestras mejores bazas en estos momentos.

Capítulo 4

El viaje

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

Cabalgar a horcajadas con nalgas y muslos desnudos sobre una manta de lana tosca no es el sueño de ninguna amazona. Tampoco hacerlo horas seguidas bajo el sol, con tan solo varios sorbos de agua sucia en el estómago y un

trozo de carne seca de algún animal irreconocible. Aunque Dolores no es tan inútil como para no aceptar que el hombre, al que lleva horas contemplando, siempre a sus espaldas, durante las largas horas de sol y despreciando en su cabeza con los peores insultos, le está salvando la vida; ella sola no hubiera durado ni medio día bajo ese calor abrasador, en ese paisaje extenso, monótono y desolado. Sin embargo, el silencio es lo peor, el silencio y el constante ritmo del galopar de sus caballos.

Llevan tres días en el camino y la mujer cree que, si no la engaña la perspectiva, deben andar dando giros de algún tipo, porque la sierra parece estar

a la misma distancia. Se pregunta a sí misma, ya que es consciente de que él no la entendería, si están tratando de despistar a sus perseguidores, y si es posible que sigan ahí detrás. No entiende qué les puede impulsar a cazarlos, cuando no han hecho más que abandonar el cortijo dejándoles que se lleven todo lo que hay de valor en él.

Los días han sido eternos, y las noches leves soplos de instantes en los que apenas se ha permitido cerrar los ojos sobre una sucia manta, tirada en el suelo, mucho antes de que él haya terminado de arreglar los caballos previamente a acostarse; para despertar bruscamente, en lo que parece un lapso

de tiempo mínimo, azotada por una mano que le aferra el tobillo como una garra y agita su pie. Un ligero sorbo de agua, un trozo de cecina, unos minutos para vaciar la vejiga, y de nuevo leguas de vacío frente a ellos.

Afortunadamente, el paisaje cambió algo en las últimas horas, haciéndose levemente más tupido el follaje, lo que les ha obligado a caminar a un paso más lento y a gozar de eventuales momentos de sombra bajo algún agrupamiento de arbustos. Su cabello, una maraña de rizos, solo sirve en esos instantes para enredarse en cada espino y cada matojo que se encuentran en el camino; aunque, en cierto modo, ella agradece que su masa le cubra la espalda hasta la cintura

evitando que el sol directo dé sobre sus hombros durante la mayoría del tiempo. Sin embargo las piernas, desde las rodillas hasta los dedos de los pies, y sus brazos y antebrazos han empezado a pasar del rojo carmesí hasta un leve vainilla.

Gracias al cielo, su acompañante parece tener cierto conocimiento de las plantas, y el primer día volvió a extraer de su bolsa varias hojas que mezcló con barro, y le aplicó a las zonas del cuerpo que permanecían desnudas. Dolores cree que eso es lo único que ha evitado que la piel se le empiece a desprender a jirones. A cambio, debe tener el aspecto menos refinado que jamás haya visto:

desgreñada, vestida tan solo con un ligero camisón y una manta, y cubierta de una pomada pegajosa y amarronada.

Fue muy violento la primera vez que la acorraló para cubrirla de unguento. Llevaban detenidos más de cinco minutos; y él había vuelto a ignorarla, descabalgando sin dirigirla siquiera una mirada, para apartar su caballo hacia unos matorrales y árboles que delimitaban lo que parecía alguna fuente subterránea de agua, donde trasteó unos minutos, haciendo que se olvidara de su presencia. Casi no lo vio venir, tratando de no perder el equilibrio sobre el caballo, reuniendo el valor suficiente para separar los doloridos muslos de la manta y bajar sin perder la compostura,

y sin que su rostro se cubriera de señales de dolor por el agarrotamiento de los miembros. Arremetió desde atrás, tomándola de la cintura sin contemplaciones y haciéndola descender. El brusco movimiento la hizo caer sobre sus hombros mientras ella reaccionaba golpeándole el torso con las rodillas, tratando de soltarse. Como siempre, fue una lucha inútil contra una pared de granito; no la dejó hasta que estuvieron bajo uno de los escasos árboles, depositándola sobre un improvisado nido de hojas verdes que había preparado con antelación. De nuevo, como si manejara una muñeca de trapo, la tumbó sobre las hojas

levantándole la pierna derecha y procedió a esparcirle sobre el cuerpo el linimento, desde la rodilla hacia abajo, en tanto ella trataba de cubrirse con el vuelo de la manta que vestía. Por unos segundos lo odió por ignorar deliberadamente su azoramiento; aunque en pocos segundos olvidó su pudor, cuando el unguento comenzó a obrar su milagro, haciendo que el dolor de las heridas causadas por el sol y el roce de su piel con la manta del caballo empezaran a calmarse. Luego Dolores acabó por tumbarse, dejando que hiciera lo que quisiera con ella, soportando estoicamente su sonrisa de superioridad y victoria sobre su cabeza.

Desde entonces, cada amanecer, no

necesita que la arrastre para permitir que le trate las heridas; solo tiene que mostrarle el cacillo de barro, donde lo prepara, para que se aproxime rápida y obedientemente y deje que se lo extienda por todo el cuerpo con suaves masajes. Como si fuera lo más natural del mundo que le acaricie la piel con sus manos de dedos largos.

El paisaje sigue cambiando durante el resto de la tarde; ahora sí se acercan al pie de las altas sierras. Para distraerse, ella empieza a restregar el ungüento, ya seco y formando una capa casi compacta sobre la piel que es fácilmente extraíble.

Sabe que él acabará de retirarlo cuando paren a pasar la noche, lo hace cada atardecer, empleando más de veinte minutos en liberar su piel de la protección y cerciorarse de que las heridas se están curando.

Una media hora después acaban deteniéndose junto a un arroyo de unas diez varas de ancho, bastante caudaloso; parece descender desde los montes que están frente a ellos. Necesitada de oír aunque sea su propia voz, se acerca hasta hacer que la grupa de su montura roce la del hombre.

—Supongo que es hora de bañarse.
—El caballo que monta retranquea ante el sonido sordo del agua—. Me temo que a este no le apetece demasiado el

chapuzón —habla, intentando contener al caballo.

Él alarga la mano arrancándole las bridas, haciendo que el animal se tranquilice con su voz, mientras vuelve a observar el arroyo.

—¿Crees que habrá algún lugar donde sea más fácil vadearlo? Parece que la corriente es bastante fuerte y supongo que el lecho está repleto de piedras muy poco estables para las pezuñas de los caballos. —Un movimiento brusco de su montura hace que la de él también recule bufando—. Lamento decirte que el terror se está propagando.

El hombre se agacha desde la superior altura de su silla y le rodea la

cintura de improviso. Chilla, de nuevo sorprendida por su brusco movimiento, cuando la sitúa en la cruz de su propio caballo, delante de él.

Con un movimiento de caderas, que la sacude totalmente, el hombre empuja a su caballo a adentrarse en el arroyo, mientras arrastra a los otros animales obligándolos a seguirlo.

Como habían esperado, la corriente es muy fuerte; por fortuna, su profundidad no es mucha, y el agua solo cubre hasta las rodillas de los caballos. Aunque el animal que montan es mucho más alto y fuerte que los otros, el peso adicional del cuerpo de la muchacha parece pasarle factura a medida que avanza lentamente.

El agua los golpea desde la izquierda, haciendo que el animal se ladee perdiendo la fijación de sus pezuñas al suelo. Los caballos que los preceden reculan asustados cuando comprenden que el fondo no les ofrece suficiente agarre; es la fuerza del hombre, reflejada en los tendones que atraviesan sus brazos y la rigidez de sus piernas apretando los flancos del caballo, lo que los obliga a seguir adelante pese al miedo que parece agarrotarlos por momentos.

Alarmada, Dolores aferra con fuerza las crines cuando el animal da un paso en falso a dos varas de la orilla contraria. El hombre a su espalda

reacciona rápidamente pasándole el brazo, que sujeta las bridas de los otros caballos, por encima de la cabeza y agarrando su abdomen con los músculos del antebrazo.

Así, fuertemente apretada a su pecho, llegan a la otra orilla. Aliviada, Dolores resopla casi tan alto como el caballo que montan.

—¡Y parecía un pequeño arroyo!, no quiero pensar lo que sería atravesar un río de verdad —habla, intentando que él no reconozca el nerviosismo que la ha atenazado de pronto, mezcla de miedo y excitación por el peligro pasado y la presencia del cuerpo de un hombre tan íntimamente próximo al suyo.

Totalmente consciente de lo impropio

de sus actos, Dolores no puede evitar el movimiento de su cuerpo reclinándose lánguidamente durante unos segundos sobre el pecho y las piernas del hombre tras ella. Nota como él se envara unos instantes y cree sentir un suspiro sobre su cabeza. Él parece ir a decir algo, aunque el sonido no llega a escapar de su boca; se limita a abrazar más fuerte su cintura y apretarla a él instando a los caballos a seguir avanzando a paso lento, permitiéndoles recuperarse del esfuerzo.

—Nunca pensé que un arroyo de este tamaño llevara tal corriente de agua — ella habla, porque el silencio la hace dudar de la conveniencia de seguir en

contacto con su cuerpo—. En Aguastempladas tenemos varios, la mayoría mucho más anchos que este; pero sus aguas no bajan de la montaña, son subterráneas y afloran a la superficie a intervalos irregulares. Incluso tenemos una cueva con unas pozas de agua caliente que mantienen la temperatura casi estable todo el año. Bueno, si conocieras mi idioma entenderías por qué se llama Aguastempladas. —Decididamente atrevida, alarga sus manos desde las crines del caballo hasta sujetarlas en el antebrazo que la rodea—. Hace unos años llegaron geólogos de Madrid para analizar las aguas, suponían que podrían haber producido más galerías

subterráneas en algún lugar; pero mi padre no les permitió hacer ninguna investigación. No le suelen gustar los cambios en su ordenada vida, y temía que quizás el descubrimiento de alguna belleza geológica llenara Aguastempladas de visitantes. ¿Sabes?, incluso hay leyendas sobre seres extraños y espectrales que viven en las cuevas. Manuela, mi nodriza, me ha contado decenas de ellas que corren entre los empleados de la propiedad y en Sanlúcar. Me contó una vez que, hace años, fue a bañarse con un grupo de muchachas y oyó ruidos y llantos en una de las cavernas. ¡Salieron de allí chillando!, ella y el resto de sus seis

amigas. Aunque yo creo...

Dolores intuye que ha continuado hablando por horas hasta que ha perdido la noción del tiempo. Una leve sacudida, en forma de palmada sobre el muslo derecho, la trae de nuevo al mundo real.

Cuando se detienen por fin, es consciente de que ha debido quedarse dormida acurrucada sobre su pecho. Se endereza disimulando una punzada de vergüenza mientras, de forma inconsciente, se retira los trozos de barro mezclado con unguento del brazo izquierdo. Con un manotazo, su acompañante detiene sus movimientos involuntarios a la vez que descabalga.

La muchacha empieza a reconocer el paisaje que los rodea; aunque es casi la hora del anochecer se distinguen perfectamente las paredes verticales de la sierra justo frente a ellos. Están tan próximos que casi no alcanza a ver las cimas.

Sin esperar a que acabe de enderezarse en la silla y ocupe la parte de la grupa del animal que él ha dejado libre, el hombre comienza a andar en dirección a la pared de piedra a través de un follaje cada vez más tupido.

Finalmente se detiene, para depositarla sobre el suelo y entregarle las riendas de su propio caballo. Allí donde un momento antes solo había

piedra y hojarasca aparece una entrada, medio oculta sobre una cornisa de piedra que corre a lo largo de la pared de la derecha. Un cúmulo de guijarros forma un acceso en forma de amplia escalera hasta el saliente. Parece que los pueblos nómadas y los cabreros de la zona han usado esa entrada durante mucho tiempo y que es bien conocida por su acompañante, que emprende sin dudar el camino de ascenso. Él conduce a dos de los caballos con paso lento pero seguro; detrás, la muchacha intenta mantener el ritmo arrastrando a su propio animal por una senda mucho más ancha de lo que parecía desde abajo.

Veinte minutos después, Dolores descubre las verdaderas dimensiones

del agujero en la roca y de la cueva a la que da paso. La cavidad parece engullirlos y hacerlos diminutos con sus amplias dimensiones; ni siquiera la presencia de los tres caballos reduce la sensación de inmensidad de la cúpula sobre ellos. Con un movimiento de cabeza, él le indica que lo siga hasta un extremo, donde un improvisado redil de piedras la convence de que ese lugar ha sido utilizado por personas innumerables veces.

Siguiendo el protocolo que ha aprendido los últimos días, la mujer despoja a su caballo de sus mantas y bultos cuando él empieza a hacerlo. Luego avanzan hacia el extremo

contrario cargando con sus escasas pertenencias. Él le señala un rincón cubierto de follaje seco, donde se sienta observando cómo, acucillado frente a ella, repara un antiguo hogar formado por varias piedras renegridas por el fuego. Se detiene unos instantes, descansando las manos sobre cada una de las rodillas, y observa como ella lo mira; casi cree que va a comenzar a hablarle cuando se levanta bruscamente, para desaparecer por la entrada de la cueva.

La noche ha llegado casi sin darse cuenta en la semipenumbra de la caverna. Poco antes de que los últimos

rayos solares se pierdan en el horizonte, una tormenta eléctrica comienza a iluminar a intervalos el cielo nocturno.

Dolores sale a esperar a que él vuelva y, asomada a la boca de la cueva, observa fascinada la belleza de la tormenta que se acerca velozmente hacia ella. Desde aquella atalaya, con el mundo iluminado que parece en esos momentos rendido a sus pies, respira en bocanadas profundas, sintiéndose mucho más viva de lo que ha estado en los últimos meses.

¿Es esto lo que añoraba sin saberlo?
¿Esta sensación de belleza absoluta?

Sabe, sin embargo, que no debe dejarse engañar por la paz aparente que

la rodea; ha oído miles de historias sobre ese paisaje y esas sierras, las suficientes para hacerle temblar levemente a pesar de estar a principios de verano. Es consciente de que no es solo la impaciencia, el miedo provocado por saber que los persiguen, lo que la hace temblar ligeramente; a esta altitud, la puesta de sol traerá consigo el frío nocturno y pronto, mucho antes de la media noche, la temperatura bajará algunos grados.

Antes de que él regrese, el cielo ha comenzado a verter sus lágrimas lentamente; ella aprovecha la improvisada fuente de agua fresca para beber. Se quita la ropa, para lavar de su cuerpo los restos secos de unguento y el

polvo del camino acumulado sobre el pelo en los últimos dos días. A pesar del frío de la noche, deja que el agua la recorra durante varios minutos.

Ya se ha secado y vestido con el camisón seco cuando él vuelve; viene cargado con algún tipo de broza que extiende en el cerco de los caballos, ella cree que con el fin de alimentarlos, apartando la que está demasiado húmeda para que la consuman. Sus pantalones y camisa están empapados, al igual que su cabello, que aprieta entre los dedos esparciendo miles de gotas a su alrededor.

Orgullosa, sonrío cuando descubre que Dolores ha amontonado los trozos

de leña que ha encontrado diseminados por la cueva y, siguiendo los pasos que le ha visto realizar a él mismo en los últimos días, ha logrado prender parte sobre la hoguera, con ayuda del trozo de pedernal que él lleva en su bolsa. Hablando, ella se acerca y recoge más madera para avivar el pequeño fuego.

—Creo que esta noche hará frío, la tormenta parece importante. Espero no haberme equivocado al encender fuego, y que los que nos persiguen hayan visto el humo desde fuera, yo...

Como si entendiera su vacilación, él se le aproxima, haciendo que deje de hablar al tocar con el dedo índice sobre la parte superior de la boca de la muchacha. Luego se gira, ignorándola

otra vez, para dedicarse a preparar la cena. Asombrada de nuevo, deja caer la carga de varitas de leña junto a la pequeña hoguera y, arrodillada frente al calor del fuego, se distrae agitando las brasas con un palo.

Unos minutos más tarde, él parece haber encontrado todo lo necesario en su escasa despensa, y regresa para preparar unas rústicas tortas con un par de puñados de harina y agua. La muchacha vuelve a asombrarse de su capacidad para sorprenderla y sacar cosas de la nada como si fuera un mago. No entiende dónde ha tenido escondida la harina todo el tiempo, aunque reza esperando a que, como buen ilusionista,

acabe materializando algo sabroso que termine con la dieta a base de carne salada.

El joven deposita la masa sobre una piedra plana, que ha calentado previamente sobre las llamas. Sus ojos chispean por el reflejo del fuego, iluminados por las pequeñas llamas, con las negras pupilas totalmente dilatadas. Su boca, tan rígida unos segundos antes mientras retiraba los panes del fuego, esboza una sonrisa cuando extrae dos nuevos trozos de carne seca.

—¿Entonces no habrá sorpresa esta noche? —Aún en cuclillas, él toma una de las tortas recién cocinadas y envuelve el trozo de carne antes de entregárselo a ella—. Bueno, degustaré

con agrado este estupendo manjar, caballero. —Dolores casi cree ver que su sonrisa se amplía justo antes de retirar la vista hacia su propia comida.

Bajo ese frío, sin un libro que leer y con un compañero con el que no puede conversar, salvo por medio de monólogos inútiles, que nadie entiende más que ella misma, la mujer decide retirarse bajo su manta, colocada sobre un improvisado lecho de hojas secas. Desde su posición observa, oculta por la penumbra, cómo el hombre parece realizar algún acto religioso, en el que reza en murmullos durante más de diez

minutos antes de levantarse y dirigirse hacia los caballos, a los que acaricia y cepilla, susurrando de nuevo en sus orejas palabras ininteligibles.

La temperatura ha descendido en picado mucho antes de que él se aparte de los animales; arropada con tan solo el poncho y el leve camisón de verano, ella se agita involuntariamente presa de convulsiones de frío que trata inútilmente de controlar.

Es el movimiento del cuerpo sobre la hojarasca seca lo que hace que el hombre cambie su atención para fijar la vista en ella. Con una última caricia, abandona el lomo de su caballo para dirigirse hacia donde está tumbada y acuclillarse, mirándola unos segundos.

Sobre los hombros lleva la manta del tercer caballo cubriendo su cuerpo; mientras la observa, otro temblor involuntario vuelve a sacudirla.

Él se yergue apartándose unos pasos para despojarse de sus pantalones y camisa, húmedos aún, tendiéndolos en una roca junto al fuego casi extinto; luego vuelve hacia ella, dejándole ver que va cubierto tan solo con un leve trozo de tela entre los muslos, sujeto alrededor de las caderas con un cordón de piel. Sin capacidad para abrir la boca, ella permite que levante la manta y se acueste a su espalda; luego, él los cubre a ambos con el poncho y su propia manta, acercándose a ella hasta hacerle

sentir el agradable calor que emana de él. Pronto, el sueño los atrapa.

Es de mañana, la claridad ilumina el suelo de piedra en forma de pequeños rayos repletos de partículas de polvo. Está acurrucada junto a él, con una de sus piernas enterrada entre sus muslos, tapada hasta la barbilla que le apoya en el pecho; ni siquiera los días de marcha han disipado totalmente el olor a jabón del hombre. Siente bajo la mano el ritmo de su respiración, que se va haciendo más rápida a medida que pasa el tiempo.

Como ella, está despierto desde hace unos minutos. Como ella, no desea romper la fragilidad del momento en el

que se encuentran.

De mala gana, Dolores deja que él se aparte y se levante; su calor se desvanece para dar paso al frío de la mañana. Con premeditación, le da un rápido vistazo a su cuerpo casi desnudo cuando atraviesa la cueva ofreciéndole la espalda; no puede evitar recrearse la vista. Un involuntario y leve suspiro escapa de su garganta antes de lograr esconder la cara entre las hojas secas; reza para que él no la haya oído.

Cuando cree que el peligro ha pasado, se atreve a volver a ser vista; sigue algo oscuro y él ya se ha puesto los pantalones. Dolores agita los pies bajo la manta para volver a entrar en calor.

Minutos después lo acompaña en la boca de la caverna; donde, de pie, él observa el paisaje matutino.

—Ya no se oyen relámpagos — comenta al viento—. Parece que ha amainado la tormenta. —Por supuesto, él no le responde, aunque tampoco la mira, y parece concentrarse en el desierto horizonte—. Crees que darán con nosotros, ¿verdad?; aún están ahí, ¿y ahora, qué?

Agachándose de pronto sobre sus rodillas, bruscamente, él obliga a Dolores a sentarse a su lado, a la vez que señala en la distancia el grupo de jinetes que se aproxima a una media legua. Lentamente, la hace retroceder

unos pasos en dirección al fondo de la galería.

—Creo que pasarán de largo, ¿verdad? Ellos no deben conocer la zona como tú; o eso espero. Pero sospecho que esperaremos algún tiempo para asegurarnos. —Él no contesta, aunque parece que se han entendido cuando él posa su índice de la mano derecha sobre sus propios labios, pidiéndole silencio.

Pasan unos minutos, en los que les rodea el silencio, roto por el lejano cabalgar sobre el desolado terreno; hasta que acaban por perder de vista a sus perseguidores; y él deshace el contacto indicándole el interior del refugio.

Dolores, mirando por última vez el paisaje ante ella, acaba por preceder al hombre. La súbita oscuridad la hace frenar y parpadear con desconcierto haciendo que su espalda tropiece con el pecho de su compañero. Por alguna razón, siente que se le eriza la piel. Mirar al frente es como hallarse ante la boca de un profundo túnel oscuro, su suave contacto la relaja hasta que sus ojos vuelven a acostumbrarse, y aparecen las mismas paredes y la piedra vacía que han cobijado su noche. La joven recoge las pocas pertenencias que llevan, en tanto él prepara los caballos.

Unas horas más tarde vuelven a salir; el momento de abandonar la cueva ha

llegado.

Madrid, enero de 1789 (75 años antes)

La pareja que aguardaba en el salón no parecía haber recibido con alegría la visita de esa tarde. Su reacción no se debía a que estuvieran pasando el invierno más frío que se recordaba. Eran nobles, poseedores de apellidos tan antiguos como los propios Borbones. Grandes de España ambos por derecho propio, dueños de los poderosos ducados de Alba y Medina Sidonia, títulos que provenían desde antes de finalizar la Reconquista; y, por supuesto,

ellos nunca pasaban frío.

Aunque en esos momentos, en los breves instantes en que la gruesa puerta del palacete de la Moncloa se abrió, la ráfaga de viento helado les llegó a rozar el rostro.

Cayetana arrugó el ceño y retiró con desdén el grueso mechón de cabello negro, que había osado soltarse de su recogido y cubrir su rostro. Desde su cómoda butaca, la joven duquesa observó a aquella extraña pareja, al parecer insignificante, que osaba perturbar la tranquilidad de la tarde justo a la hora de la siesta. Sus ojos se cruzaron burlones con los de su esposo, y primo, José, que rápidamente le

devolvió el gesto divertido.

Gracias al cielo, si al menos aquel matrimonio, al que su abuelo mutuo les obligó a plegarse cuando eran unos niños, no le había regalado pasión, ni ternura, ni siquiera hijos, sí les había convertido en cómplices y amigos.

Volviendo la atención a los desconocidos, la elegante mujer los observó en silencio durante unos minutos. Se trataba de un hombre pelirrojo, aún joven y con aspecto extranjero, al que a pesar de la blanca peluca pulcramente peinada que lucía sobre la cabeza, sus cejas color caoba y sus pecas salpicadas sobre el puente de la nariz, delataban. El otro era un gitano moreno, con el pelo largo y negro,

recogido sobre la nuca, excesivamente alto y bien vestido a pesar de su indumentaria claramente distintiva. Agudizando la vista, supuso que tal vez el hombre pelirrojo no era tan bajo como parecía, era su robusto aspecto y el alto hombre situado a su diestra quienes hacían pensar en él como un hombre pequeño, cuando seguro que era tan alto como ella, y ella era una mujer bastante espigada. Ninguno de los dos hombres parecía de la Villa, y por supuesto no de aquella parte. Cayetana estaba segura, pues se molestaba en hablar con todos los habitantes de las pedanías cercanas.

—Señores, les ruego nos perdonen

por aparecer sin avisar, según ha tenido a bien indicarme su mayordomo. Pero mi padre me aseguró que enviaría correo anunciando nuestra llegada con suficiente antelación.

—Bien, no se apure, señor... —La duquesa de Alba giró levemente el rostro, elevando una de sus cejas en un gesto de interrogación.

—O'Brien, excelencia, Manuel O'Brien.

—¡Ah, claro!, qué torpeza la mía —exclamó, levantándose de su propio asiento e instando a su marido, que había permanecido silencioso y expectante en su propio sillón, para que la imitara—. Usted es hijo de don Arthur. ¡Pase, pase don Manuel! Mi

abuelo y su padre eran grandes amigos, y he disfrutado decenas de veces oyendo las fantásticas historias que me relataba don Arthur cuando no era más que una niña. —La mujer, perdiendo todo el aspecto de la aristócrata que debía parecer, acabó tomando el aspecto de la joven alegre y amigable que realmente era—. No sé cómo he sido tan tonta como para no reconocerlo, se parece bastante a su señor padre.

—Bueno, es normal, doña Cayetana, su excelencia no esperaba mi visita.

—Pero remediamos inmediatamente mi falta de consideración con usted y su acompañante —añadió, dirigiendo una sonrisa, encantadora y casi sensual, que

tomó al hombre más alto completamente por sorpresa, poco habituado a que las mujeres payas lo miraran siquiera.

—¡Ah, señora!, le presento a mi querido amigo don Vicente.

—¿Solo don Vicente? ¿No lo acompaña ningún apellido? —inquirió el duque, terminando de pronto con su silencio.

—Vicente Adón, excelencia.

—Extraño apellido sin duda, y extraña indumentaria —acabó don José, observando al hombre alto y bastante atractivo que había acaparado tan evidentemente la atención de su esposa.

—Deja de interrogar a nuestros invitados Pepe, y ve a llamar a alguien para que nos sirva café. Voy a caer

desmayada en la alfombra si no tomo algo caliente. Esa chimenea parece no ser capaz de caldear la habitación por mucha leña que le pongamos.

—Si me permite el consejo, su excelencia, deberían usar madera de acebuche, es la mejor para conseguir buena candela —añadió el hombre moreno, con ese acento que tanto había cautivado a la mujer desde el primer momento que lo oyó hablar.

—No creo que este hombre sepa más sobre chimeneas que nuestros criados, Cayetana.

—¡Ay, calla, Pepe!, pareces una vieja celosa, poniendo la misma cara avinagrada que doña María Luisa

cuando le sonrío al mariscal Godoy[3]. ¡Oh, se me olvida que ahora debo hablar de ella como su majestad!

—Iré a por el café —acabó por gruñir el hombre, temiendo el ataque de burla afilada que su sagaz esposa estaba siempre dispuesta a lanzarle.

—¿Y bien, señores?, intuyo que esta no es una visita de cortesía. Me temo que vienen a contarme o pedirme algo, ¿no es cierto?

—Así es —afirmó O'Brien, observando a la mujer con admiración.

—Pues vayamos hacia la ventana, donde nadie nos oirá, y aprovechemos que especialmente mi esposo no nos escucha. ¡Vaya, no me malinterpreten!, él está al tanto de todos y cada uno de

mis asuntos, pero prefiero ultimarlos yo misma antes de informarlo; él no es lo que se dice un espíritu aventurero.

—Ya sabe lo que mi padre desea, señora.

—Sí, don Manuel; y usted entiende que si el lugar fuera mío no habría problemas. Por desgracia la titularidad de las tierras es de mi marido y él, bueno, será difícil que se desprenda de los terrenos.

—No precisamos de todo, solo de la parte que queda a la trasera de ambos cortijos.

—Ya, ya, Pradobajo y Aguastempladas; pero esas zonas no son más que montones de arena. Nunca logré

entender por qué al difunto rey le gustaba pasear por allí, y por qué querría usted hacerse con ellos.

—Allí hay una fauna y una riqueza biológica única en Europa, doña Cayetana.

Con una sonrisa, la mujer alargó el brazo, para atrapar con espontaneidad la mano del hombre y obligarle a mirarla a los ojos.

—Tal vez si supiera por lo que peleo y discuto con mi marido, me sería más fácil convencerle, don Manuel. La palabra que me dio su padre y lo que hablé con el rey me son suficientes, créame, pero no tengo argumentos para presentar batalla contra la tozudez del duque...

—¿Por qué soy tozudo, Cayetana? —
La suave y modulada voz del hombre, a pesar del tono comedido, consiguió hacer saltar el corazón de la pareja, que en ese momento parecían cuchichear haciéndose confidencias.

—Porque no aceptas vender los terrenos de los que te hablé hace tres meses —le aclaró su mujer, pensando que quizás la presencia de los dos desconocidos hiciera vacilar por fin a su marido.

—¿Te refieres a Doñana? Bueno, ya sabes que es una vieja tradición familiar realizar una cacería de patos, ciervos y lince una vez al año; ocho duques han cazado en esas tierras desde que el

séptimo duque de Medina Sidonia comprara el lugar y mandara construir el palacete para su esposa doña Ana. Lo siento, querida, no seré yo quien acabe con una tradición de más de ciento cincuenta años.

—Ya ven ustedes que no puedo hacer nada. —Con una sonrisa de impotencia, la muchacha se giró hacia los hombres.

—Lo entiendo, doña Cayetana, y entiendo a su esposo, por supuesto. Pero les rogaría que si cambian de opinión en algún momento consideren mi oferta en primer lugar. Les aseguro que nadie les pagará tanto por esos arenales.

—No, usted pagará solo lo que cuestan, ni un real más. No me aprovecharé de su familia para hacer

más rica la casa más poderosa de España —sentenció la mujer, antes de quedar callada cuando la criada atravesó la puerta, portando la bandeja con la merienda que habían solicitado.

Ambos hombres, aun envueltos en las amplias capas de invierno, fueron conducidos hacia la pequeña mesa para tomar el café que, franqueada por dos lujosos sillones, estaba situada junto a la chimenea.

—Veo que se empieza a notar el cambio de rey —comentó la mujer, señalando las largas capas y los sombreros de ala ancha que aún portaban en sus manos ambos hombres, prendas que habían sido prohibidas por

el antiguo rey Carlos III—. ¿Se acabaron entonces la capa corta y el tricornio?

—Ya sabe lo que ocurre con los vacíos de poder: a río revuelto, ganancia de pescadores. Y en invierno, me temo que no hay nada mejor que una buena capa y un ancho sombrero de buena lana, aunque le pesara a nuestro querido rey y ciertamente beneficiara a los maleantes.

—Creo que el vacío acabará pronto y retornaremos a una época menos liberal, pero más caótica —vaticinó la duquesa con voz susurrada, comenzando a servir las tazas.

Dos semanas después, el primer día

de febrero de 1789, una carta con el sello del ducado de Alba llegó a Pradobajo llevada por dos robustos jóvenes, que no dejaron la misiva en otras manos que no fueran las de don Arthur O'Brien o su hijo.

—¿Puedes leerla, Manuel? —pidió el anciano, aún parado en la puerta de su biblioteca. Lentamente el hombre más joven deshizo el sello rojo y abrió el pliego.

Si por desgracia a mi marido le ocurre algo antes que a mí misma, vengan a verme cuanto antes.

Cayetana

Manuel sonrió al contemplar la firma sencilla, sin florituras y bajo su nombre de pila, de una de las mujeres más poderosas de España.

—Bien hijo, quiera dios que don José nos dure muchos años; pero si no es así, que nos dure más doña Cayetana.

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

A Dolores nunca le ha gustado hablar; la han calificado como seria, callada, siniestra a veces. Tampoco nunca ha conversado sola. Sí ha pensado, horas y horas en las que su mente se negaba a

descansar ni siquiera un segundo. Durante las clases de álgebra, dibujo e historia, su mente bífida seguía las lecciones mientras su otro yo volaba muy lejos, escrutando el cielo a través de alguna ventana o examinando la minúscula casa de alguna araña doméstica. Ha pensado a la vez que hacía vanos intentos por dibujar o cocinar, cuando se vestía o bañaba, incluso si otros vociferaban a su alrededor. Pero nunca en voz alta.

Y sin embargo, ahora no puede parar; desde que abandonaron la cueva para volver a bajar al valle y bordear la sierra, hace ya tres días, no se ha detenido. Habla durante todo el día, expresando todo lo que le pasa por la

mente en palabras, la mayoría de las veces enlazando relatos inconexos. Habla a ese hombre que no parece entender una sílaba de lo que dice, pero que observa cada uno de los movimientos de sus labios y los gestos de sus manos.

El segundo día ella recordó esa sensación, ya la había sentido antes, hace años, con un perro que decidió que ella sería su dueña después de regalarle los restos de un almuerzo poco afortunado, y que la oía haciendo descender sus orejas cuando le hablaba sin parar; ese mismo que la rondó durante dos meses, hasta que decidió que conocería nuevos horizontes y

caminó, adentrándose en las marismas tras una partida de temporeros, sin girar el hocico hacia atrás.

Pero ahora no contempla un perro, nada más lejos de la realidad; mientras le habla se permite solo observar sus profundos ojos oscuros, pero cuando trabaja adecentando el campamento puede mirarlo detenidamente, y hay mucho que ver.

—¿Sabes que eres lo más hermoso que he visto nunca? —Ser sincera parece que le deja los pulmones henchidos de aire, así que se recrea en la libertad que su ignorancia le ofrece —. Claro, que mi padre diría que los hombres no son hermosos; pero él lo es, y tú también. —Ningún gesto delata su

comprensión, pero, como cada día desde que se conocen, él le sostiene la mirada atento a cada palabra—. Algún día harás muy feliz a alguna mujer afortunada... aunque, seguro que ya has hecho feliz a más de una. Ese hoyuelo que horada tu mejilla debe ser un canto de sirena para cualquier incauta. No está ahí siempre, quizás por eso es más valioso, solo aparece en los momentos en que estás realmente relajado, como un tributo a la persona que consigue hacerte sonreír.

El hombre está limpiando el pescado que han conseguido para la cena. Él, media docena, ella, un mísero ejemplar de menos de un palmo. Pero él lo trata con la misma reverencia que a todas sus

grandes piezas, limpiando los restos de vísceras sin apenas manchar sus dedos.

—Mi padre es un gran hombre — sentencia Dolores, a la vez que graba en su mente cada uno de los movimientos certeros de sus manos; la próxima vez será capaz de repetirlos uno a uno para preparar su propia comida; como cada día, intenta aprender y retener en la memoria todo lo que él puede enseñarle para sobrevivir en un erial como ese—. Hay quien dice que realmente no soy su hija. No me extraña. ¿Cómo puede salir alguien tan insignificante de un hombre tan magnífico? —Sonríe y se recoloca la manta que la cubre—. Ahora deberías decir que no soy insignificante. Algo pequeña, claro, pero aunque no la he

visto nunca, sé que mi abuela Luz Bella mide varias pulgadas menos que yo, y dicen que es una de las mujeres más importantes de Andalucía. La más temida según algunos. —Respira antes de continuar—. Es muy alto, ¿sabes? —El hombre la mira elevando el rostro de su trabajo, pero sin dejar de mover las manos—. Me refiero a mi padre, más incluso que tú, y eso que debes andar por casi los siete pies. Algo menos, ¿cierto? Nunca se me han dado bien las distancias, y desde aquí abajo te aseguro que todo lo que pasa de los seis pies está muy lejos. Él también es moreno, algo más que tú; pero tu pelo es mucho más hermoso: liso, brillante, no sabes

cuánto desearía pasar mis dedos entre esos mechones; debes soltarlo más a menudo y, por favor, nunca, nunca lo cortes; es glorioso. Glorioso, ¡ja! don Alfonso volvería a reñirme, los hombres tampoco tienen el pelo glorioso; ni la piel suave y brillante como el dulce de leche. Pero, ¿sabes? la tuya es así, sedosa y lampiña. Te observo cada mañana, ¿puedes creer que busco restos de vello en tus mejillas?; no tienes, ¿verdad? Había oído que algunos hombres eran imberbes como niños de pecho, pero nunca lo había comprobado. Debe ser una delicia pasar la lengua por un rostro así. ¡Cielos!, y Manuela me mataría si me oyera, pero realmente es como si lo pensara, ¿verdad? Y lo

pienso, sé que no son las reflexiones que debería hacer una señorita educada de diecisiete años, aunque pronto cumpliré dieciocho. Pero es la verdad y me apetece decirlo en alto. —Él vuelve a levantar la mirada, sosteniéndole la suya —. Algún día la probaré ¿sabes? Besaré tu piel al menos una vez. —Dolores traga, observándole la nuez de Adán, sobre la que una solitaria gota de sudor permanece suspendida—. Sí, empezaré en tu garganta, posaré los labios justo en ese lugar, y luego, luego llegaré a la barbilla y de allí hasta el pómulo, dónde saborearé ese hoyuelo que tienes. Y no me importa si hay alguna gitana afortunada esperando tu regreso, si te

repugna mi contacto, o si no te vuelvo a ver. Suelo ser impulsiva, ¿sabes?; me conozco y puedo asegurarte que lo haré.

El hombre no ha movido ni un músculo mientras le ha hablado de forma tan desvergonzada; ella sonríe satisfecha, y recorre con los ojos cada pulgada de su piel, brillante a la luz de la hoguera.

De forma brusca él aparta el pescado limpio y se aleja para tirar los despojos y enjuagarse las manos en el arroyo que discurre a unas varas de distancia, casi sin hacer ruido. Ella sigue sus pasos con la mirada, y lo ve dudar, por primera vez desde hace días, antes de acercarse a los caballos y comenzar a cepillar las crines de su montura. Suaves y repetidas

pasadas hasta que el animal vuelve el hocico, para tocar sus dedos bebiendo de la humedad que aún conservan.

Dolores aparta el rostro para volver a dirigirlo bruscamente hacia él cuando el sonido de una carcajada profunda atraviesa el silencio de la noche; un sonido melodioso y penetrante que le recorre la espina dorsal desde el cuello hasta el final de la espalda.

Palacio Ducal, Sanlúcar, abril de 1797 (66 años antes)

Cayetana no esperó a que su criado anunciara la llegada de los hombres,

subió las escaleras que llevaban desde el jardín interior, atravesó la amplia sala de la lavandería y salió por las caballerizas hasta la puerta trasera. Asomada a la galería de arcos, observó el carruaje que sus sirvientes estaban conduciendo hacia el interior del patio.

Desde su posición, la duquesa de Alba dominaba la entrada y la parte baja de la ciudad, la cuesta de Belén, que daba a los soportales o covachas donde se instalaba el mercado, y los huertos que rodeaban el elegante edificio.

María de la Luz corrió tras ella, para situarse en el alfeizar de la ventana a su espalda y tomar su mano. Sobre la blanca palma de Cayetana, la oscura piel de su hija adoptiva brilló como

pizarra.

—¿Señora? —A pesar de sus pocos años la niña, de origen africano, modulaba perfectamente el castellano.

—Sí, María, son los señores que esperábamos. —La mujer se arrodilló, sin tener en cuenta el caro encaje del vestido crema que llevaba, y las manchas que el suelo de albariza le dejaría sobre el tejido—. Ya verás qué historias tan bonitas te cuenta don Arthur.

—¿Don Arthus?

—No, Arthurrrr, con erre. ¡Mira, ya bajan!

—Don Arthurrr.

Con un vestido tan claro como el suyo

propio, la niña era una copia de la mujer que la había adoptado, al menos cuando el observador veía sus espaldas. Los amplios cabellos rizados y oscuros de ambas caían sueltos hasta las caderas, mecidos por el viento de levante. Solo los brazos y las pantorrillas color chocolate de la chiquilla acababan con las semejanzas.

Cayetana giró para tomar a la niña en brazos y acortar la distancia más rápidamente.

La mañana de abril era, como de costumbre, luminosa y fresca, seguramente los caballeros, que en ese momento descendían del faetón, habían disfrutado del corto viaje desde Pradobajo. Ella nunca había estado en el

cortijo, pero hasta a Madrid le habían llegado noticias de la estupenda finca, que rivalizaba con el palacio ducal en el que ahora se encontraban.

Cayetana, a punto de cumplir los treinta y tres, seguía siendo la mujer hermosa y lozana de la que se decía que no tenía un solo cabello que no inspirara deseo. Con coquetería, contempló su aspecto en los cristales de los ventanales del patio, acomodando los mechones que se habían descolocado en su pequeña carrera, y llevó la vista de nuevo para sonreír a la pequeña.

La vida continuaba; cada mes, cada día más rápido que el anterior. Por unos instantes recordó, como si fuera ayer, la

última vez que había hablado con el hombre pelirrojo que se acercaba a ella acompañando a su anciano padre tomándolo del codo. Recuerdos claros y vívidos regresaron a su memoria. En aquellos momentos, la mujer aún conservaba las esperanzas en el nuevo rey. Conocía a Carlos IV desde niña y lo tenía por un hombre civilizado, trabajador y bueno; por desgracia era débil de carácter, muy voluble y manejable. La España que había dejado su padre, Carlos III, parecía entonces inexpugnable. El antiguo rey había sido un hombre culto, jovial y alegre; pero que, en algunos momentos, había visto cómo sus buenas intenciones habían chocado con el pueblo provocando

protestas, revueltas y hasta un sonoro motín. Como gobernante absolutista, Carlos III había tomado cada una de sus decisiones pensando en el bien de sus súbditos pero sin contar con ellos. Durante sus años de reinado el monarca se había apoyado en tres pilares, tres hombres convencidos de las bondades de la ilustración: Campomanes, Aranda y Floridablanca. Todos ellos impulsores de grandes reformas que, salvo en contadas ocasiones, fueron empresas que quedaron abandonadas, a medio camino de su conclusión. Sin embargo, no se les podía negar el impulso dado en el comercio, manufactura y en los saneamientos, además de las mejoras en

riegos y sanidad. Consciente, y sospechando de la incapacidad de su hijo para gobernar, el anciano había impuesto al conde Floridablanca como miembro del gobierno de Carlos IV. Por desgracia, el nuevo rey parecía haber heredado de su padre tan solo el gusto por la caza, ya que el carácter y la fuerza en la toma de decisiones habían recaído sin dudas, y por entero, sobre la odiosa María Luisa de Parma, reina consorte. La mujer, con la que la duquesa mantenía un pulso continuo desde hacía quince años, había logrado convencer a su marido de destituir primero a Floridablanca y luego a Aranda como ministros, para colocar a Manuel Godoy al frente del país.

Los giros y los acontecimientos ocurridos en Francia desde el inicio de la revolución habían llevado a España a enfrentarse a los revolucionarios franceses. Unas primeras batallas ganadas en suelo francés y muchas derrotas, que habían llevado a los ejércitos revolucionarios a ocupar gran parte de España. Ahora había muchas sepulturas producidas por los desatinos de quienes habían gobernado el país durante los últimos años, y la duquesa había escapado a Sanlúcar para olvidar cada error, cada batalla y cada fallecido.

Cayetana no había regresado a Sanlúcar ni abierto la casa que tenía allí

desde la muerte de su esposo. Nada la tentaba allí; pero su vida parecía empezar a cambiar; una nueva esperanza apretaba su pecho, un deseo de seguir hacia el frente y olvidar.

Ambos O'Brien apenas habían avanzado unos pasos desde que bajaron del faetón, el paso débil y lento del anciano les obligaba a ello. Cayetana sonrió de nuevo, aquel hombre siempre le había inspirado paz, ternura e inteligencia. A ella, a la mujer que todos veían ligera, superficial y ruidosa, aquel anciano le infundía una placidez que no era capaz de expresar más que con el gesto feliz de su cara.

Quizá don Arthur tuviera de nuevo, como cuando no era más que una niña, el

poder de hacerla pensar en historias maravillosas, en princesas, o pequeñas duquesas de cabello negro rizado, y valientes príncipes.

Ante ella había un hombre fiel, un caballero al que su abuelo, la persona más importante de su vida, había calificado como amigo leal. Ella sabía que su abuelo tenía razón y, recordándolo, sentía curiosidad por descubrir qué especial capricho le habría hecho emprender aquel viaje para ir a verla.

Cayetana tomó en sus propias manos la jarra de vino fino que portaba su

gobernanta, y la colocó en una mesa de piedra que había en el patio, donde esperaban sus invitados. Don Manuel O'Brien se levantó galantemente y le hizo sitio junto a él en uno de los dos bancos de madera que rodeaban la mesa; frente a ellos, Arthur, sentado en el otro banco, los observaba jugueteando con el plato de aceitunas que acababan de ofrecerles. Era casi mediodía, pero el patio estaba fresco y sombrío.

—Lamento haberles hecho esperar mientras ordenaba el almuerzo, no sabía que don Arthur no soportaba el marisco y había preparado varios platos con ese ingrediente.

—No os preocupéis, mi señora, ya me había explicado la señora Gregoria que

también había un rico puchero de gallina, hubiera bastado para consolar mi viejo estómago —añadió el anciano con una sonrisa.

—¿Y ofrecerle solo un barato cocido a mi invitado?, por supuesto que no. Ya verá como le gusta lo que he mandado preparar, y su hijo puede seguir disfrutando de los magníficos langostinos que se pescan en esta zona.

Cayetana sirvió un poco de vino en dos vasos.

—Y díganme, señores, ¿a qué debo tan agradable visita?

—Sabemos que es muy tardío, duquesa, pero por supuesto queremos darle el pésame por la muerte del duque,

una pérdida irreparable y triste siendo un hombre tan joven.

—Sí, una desgracia y un vacío en mi corazón. Pepe fue un compañero y un amigo insustituible al que añoro cada día desde su fallecimiento —respondió la mujer, que en ese momento parecía una persona diferente a la jovial dama que todos conocían—. Pero la vida sigue, señores, y ahora he de pensar en mi pequeña —añadió, forzando una sonrisa hacia la niña que jugaba junto a las macetas de geranios en flor.

—Una preciosa chiquilla y sin duda un aliciente para continuar —asintió don Manuel, observando a la bonita chiquilla—. ¿María de la Luz, verdad?

—Sí, o María, como nos gusta

llamarla. Ven aquí, María, estoy segura de que don Arthur estará encantado de contarte un precioso cuento, ¿es cierto, don Arthur? —preguntó la mujer, mientras la niña se acercaba al grupo luciendo una bonita sonrisa.

—¿Me lo contará, señor?

—Por supuesto, ven aquí —dijo el anciano, señalando su regazo—. Los cuentos deben ser contados al oído del oyente.

En dos pasos María de la Luz alcanzó las cortas pero anchas piernas del hombre, acomodándose sin vergüenza sobre ellas mientras continuaba con una risita cómplice.

—¿Así, don Arthur?

—Perfecto, María, ahora escucha —
continuó el hombre, inclinado sobre el
oído de la pequeña, aunque todos en el
patio podían oír su voz—. Hubo una vez
una muchacha, de piel de chocolate y
ojos de almendra —comenzó el anciano,
abrazando sobre su regazo a la chiquilla
—. Era nieta de reyes y príncipes, pero
no heredera de la corona, a la que su
anciano abuelo, el rey, legó tres cofres
cerrados. El primero de ellos era de
madera de acebuche, bastante grande y
pesado. Sobre su tapa, grabado sobre la
dura madera, estaba escrita la palabra
Talentos, y al abrirlo, la niña comprobó
que estaba repleto de monedas de oro y
plata, una fortuna con la que quizás

podría hasta comprar el mundo.

—¿Y collares, había collares y coronas de princesa? —inquirió la chiquilla morena.

—No, solo monedas, pero las suficientes para comprar el ajuar de una princesa, y escucha: el segundo cofre aún era más grande y pesado, fabricado en metal repujado. En él estaba grabada la palabra Compasión y estaba repleto de anillos mágicos. Cada anillo permitía, a la persona que lo llevaba, sentir las emociones de las personas o criaturas en las que pensara.

—¿Y qué había en el tercero, don Arthur? —inquirió la niña, sacudiendo la blanca y arrugada mano del anciano.

—El tercero era el más grande de los

tres, de mármol gris y muy pesado. En él, grabado sobre la dura piedra, estaba escrita la palabra Honor, pero la muchacha desconocía su contenido, porque tenía únicamente dos llaves. Una que abría el cofre de los Talentos y otra el de la Compasión; su abuelo no le había dejado la llave del Honor. El anciano rey le había dicho que debía usar los talentos y que la compasión era algo que siempre debía tener a mano y a plena disposición. El honor, le había dicho, es algo que suele desaprovecharse fácilmente. Para poseerlo, la muchacha debía encontrar por sí misma la llave que abría el arcón. La chiquilla cogió el gran cofre de los

talentos y lo gastó con cuidado. Por cada talento que gastaba se aseguraba de recibir el título de una parcela de tierra y, mientras sus familiares, herederos del trono, iban gastando su tiempo y su herencia en inútiles guerras impulsados por la codicia, la venganza y la soberbia, ella acabó casi poseyendo el mundo entero. Después, cogió el arcón de la compasión; uno tras otro se colocó todos los anillos en los dedos y pudo comprender las esperanzas y los temores de todas las personas y animales del mundo. Cuando hubo acabado con el último de los anillos, los amaba a todos y todos la respetaban y querían, aclamándola y convirtiéndola en su respetada reina. Por último, cogió el

cofre del honor, el más grande y pesado, y buscó una llave para abrirlo. Dondequiera que fuese, ordenaba a sus sirvientes que llevaran todas las llaves que encontraran y que las probaran. Mucha gente le suplicó que rompiera el arcón y viera su contenido, pero la joven rechazó la sugerencia, porque ella creía que la violencia no podía ser la llave del honor. Durante diez años dio la vuelta al mundo sin encontrar la llave que abría el cofre.

—¿Quién la escondía? —preguntó María de la Luz.

—Eso mismo pensaba ella: que alguien la escondía y que ella acabaría por encontrarla. Volvió a salir de su

palacio, llevándose con ella el cofre de la compasión que, aunque estaba vacío, le recordaba que debía sentir lo que cada uno de sus súbditos deseaba y sufría. Cuando alguien se acercaba para darle más llaves, ella lo escuchaba e intentaba comprender y ayudarlo. Pero seguía triste por no encontrar la forma de abrir el cofre del honor. Muchos volvieron a insistir en que rompiera el arcón, pero ella, que se había convertido por entonces en una mujer mayor, se negaba a hacerlo. Obsesionada con encontrarla, volvió a viajar durante veinte años más, pero no consiguió encontrar la llave del cofre del honor. “Poseo el mundo y los corazones de todos sus habitantes” se dijo la mujer ya

bastante anciana. “¿Cómo puede una mujer sin honor gobernar a su pueblo?” Por tercera vez, volvió a salir al mundo, llevándose consigo también el cofre de los talentos, vacío de heroicidades pero lleno de las esperanzas de la magnífica reina. “No he encontrado la llave del honor y no puedo gobernar este mundo ni los corazones de su gente si no tengo honor”, dijo a sus servidores, entregando a cada uno de ellos una parcela de tierra hasta quedarse sin nada. Apenados por perder a su soberana, muchos más volvieron a insistir en que rompiera el arcón, pero la anciana reina se negaba constantemente. En los últimos cuarenta años había

recorrido el mundo tres veces y ya era una mujer muy vieja. De todo el dinero y tierras que había poseído, solo le quedaban tres cofres, dos de ellos vacíos y uno que no podía abrir. “Por un momento, tuve en mis manos todo el poder, todo el mundo y a toda su gente. Ahora he perdido mis talentos”, comentó, observando el cofre de madera vacío, “y he acabado con toda mi compasión”, añadió, mirando el cofre metálico y su interior, “no tengo nada que dejarle a los míos, salvo este cofre del que no poseo la llave”. Pero cuando rozó con su mano la tapa del cofre de mármol, por fin este se abrió por sí solo, permitiéndole ver lo que había en su interior: otros dos cofres cerrados. En

uno estaba la palabra grabada Talentos, y en el otro la palabra Compasión, y cada uno tenía su llave puesta. “¡Ahora lo entiendo!”, se dijo, “el honor no es algo que pueda gastarse o utilizarse, sino algo que hay que conservar. La llave del honor es conservarlo, siempre y en todo momento, no desprenderse de él, y transmitírselo a los herederos como la más valiosa de las herencias. ¡Cómo me alegro de no haberme cansado nunca de cargar con él y de no haberlo roto para conocer su contenido!”. Con lentitud, la ya viejísima reina sacó los arcones de los Talentos y de la Compasión fuera del arcón del Honor, y lo cerró de nuevo; entonces hizo llamar

al más inteligente y capaz de sus nietos, que era un muchachito de quince años. “Ven aquí”, le dijo, “soy una mujer cerca del final de mi vida y me gustaría regalarte estos tres cofres...”.

—¡Oh! preciosa historia, don Arthur. ¿Te ha gustado, María? —preguntó la duquesa a la pequeña.

—Me temo, señora, que el cuento era demasiado profundo para una niña tan pequeña —dijo el anciano, observando a la chiquilla, que descansaba dormida con la cabeza sobre su pecho.

—Sin duda, tal vez para ella sí, pero no para su madre, que nunca lo había oído y que tiene suficiente madurez para entenderlo y atesorarlo en su corazón y enseñárselo cuando ella sea lo bastante

mayor. Gracias de nuevo, don Arthur, gracias por abrir ese cofre que es su corazón y regalarme uno nuevo de sus talentos, sus palabras siempre me conmueven el alma y la conciencia.

—Un placer, teniendo tan eficiente oyente —respondió el hombre con una sonrisa que embellecía su aniñado rostro.

—Ahora, deje que yo le haga a usted un regalo. —A una señal suya, la gobernanta trajo un hatillo de papeles—. Gracias, doña Gregoria, haga el favor de ver cómo va el almuerzo y avise a don Francisco de que iremos a verlo al estudio.

—Sí, señora.

—Tenga —continuó la mujer cuando la gobernanta abandonó el patio—. Estas son las escrituras del terreno que linda con sus tierras y las de García, Pepe me las dio en vida y ahora son de usted.

—Señora, yo le...

—Deje que acabe, por desgracia es solo una parte del todo, el resto ha pasado, al igual que este palacio a manos del nuevo duque de Medina Sidonia, mi cuñado; un buen hombre que me permite disfrutar de esta casa y que, lo más importante, me ha prometido no desprenderse de sus tierras en Sanlúcar mientras yo viva, en el convencimiento de que deseo pasar el resto de mi vida

en este lugar.

—Gracias, duquesa, es mucho lo que nos ofrece, no sé cómo... Mi hijo y yo y todo cuanto representamos le estaremos eternamente agradecidos por esto.

—No, don Arthur, nada es poco para el hombre que me regala la experiencia que da la inteligencia y los años de vida con solo el poder de la palabra. Ahora, tengo una nueva sorpresa para ustedes, quiero que conozcan a alguien; deme a la niña, es hora de jugar y aprender, no de dormir.

Lentamente, la mujer, arrodillada frente al hombre, despertó a la chiquilla dulcemente, colmándola de besos, para luego tomarla de la mano y acompañar a sus visitantes hacia el interior, al paso

lento del hombre más anciano.

Caminando hacia el extremo más alejado del patio, Cayetana abrió una puerta conduciéndolos por un pasillo interior hasta el extremo opuesto del caserío, allí un amplio patio de flores les dio la bienvenida. Cuando alcanzó el final del jardín interior, la mujer volvió a abrir una puerta doble acristalada que daba a una luminosa sala presidida por un enorme ventanal, que se abría hacia la ciudad que bullía a sus pies.

La habitación, encalada en un blanco luminoso y de techos altos colmados de vigas, estaba repleta de caballetes, óleos, acuarelas y olor a pintura.

En el centro, aparentemente ajeno a la

visita que acababa de turbar la quietud del lugar, un hombre de cincuenta años, cabello largo blanco y amplias patillas, vestido solo con camisa y pantalones sujetos con un ancho fajín amarronado, se esforzaba en mezclar algún tipo de colorante sobre un cacillo de barro.

—¡Maestro, don Francisco! —gritó exageradamente la duquesa—. ¿Don Francisco?

Dejando a la niña de la mano de su invitado más joven, la duquesa caminó hasta tocar el brazo del hombre, que se giró bruscamente a enfrentarla.

—¡Señora! —El rostro redondo del caballero tornó de la sorpresa a la alegría cuando reconoció a la duquesa—. ¿Ya han llegado sus invitados?

—Sí, permítame, Paco, que te presente a los señores O'Brien, don Arthur y don Manuel. —El hombre caminó, acompañado por la mujer que sujetaba su codo, hasta los caballeros pelirrojos—. Señores, les presento al maestro don Francisco de Goya, pintor de cámara de nuestro monarca, su alteza Carlos IV.

—Y amigo de su excelencia, espero —acabó el hombre con un gesto de clara devoción hacia la mujer.

—Por supuesto, aunque aún debe pintar un retrato en el que me vea hermosa —le riñó ella.

—Un placer, caballeros.

—El placer es nuestro, don

Francisco, soy seguidor de su trabajo desde hace años; y lamenté mucho su decisión de dejar de hacer retratos.

—¿Desea usted un retrato, señor O'Brien? —inquirió el hombre, que hablaba excesivamente alto como suelen hacerlo aquellos que han perdido parte de audición.

—¡Oh, no!, no para mí, pero mi hijo. Él es algo menos feo que su padre, hasta diría que puede parecer guapo, y me gustaría que fuera retratado por alguien que viera la bondad que hay en su mirada.

—¡Padre!, no creo que guapo sea un adjetivo aplicable a mi persona —gruñó el hombre más joven, intentando disimular inútilmente el color rojizo que

había asaltado sus blancas mejillas.

—No crea, don Manuel, los rubios y los pelirrojos son raras criaturas en esta tierra de Cádiz, y ciertamente, a mí me parecen extrañamente atractivos — apuntilló la duquesa con coquetería.

—Gracias, señora, un cumplido que ciertamente no merece mi persona, pero que agradezco viniendo de tan hermosa mujer.

—¡Ah!, ¿entonces aceptarás como favor personal hacia mí retratar a mis queridos amigos, Paco? —inquirió la mujer hacia el pintor.

—Por supuesto, pero insisto en hacer el retrato de ambos. Don Arthur, tiene usted una mirada que desearía plasmar

en un cuadro.

—Bueno, si ese es el precio por inmortalizar a mi hijo, dejaré que ensucie un lienzo con este rostro decrepito y feo...

—Y lo hará, se lo aseguro, don Arthur, Paco es incapaz de mentir acerca de lo que ve.

Abandonando al pintor, Cayetana tomó el brazo de ambos invitados dirigiéndolos hacia una de las paredes donde varios retratos de una mujer morena, que pronto identificaron con su anfitriona, reposaban apoyados sobre sus caballetes.

—¡Fíjense! Dígame don Manuel, ¿en realidad soy tan fea como me veo en ese cuadro? —preguntó la duquesa con

gesto coqueto.

—No seas presumida, Cayetana —le reprendió el pintor, conteniendo un gesto de humor—. Ya no eres una niña y, aunque para mí sigues siendo la mujer más hermosa, no tienes la lozanía de los quince años.

—No te he preguntado a ti, Paco, ya sé cómo me ves, no haces más que plasmarlo cuadro tras cuadro. —Luego, girada hacia sus invitados, se separó de ambos para encararlos de nuevo sujetando sus caderas en gesto de reto—. Pero contesten, ¿me ven así?

—Yo tampoco la veo así, querida —aclaró el pintor ante el silencio forzado de los dos hombres—. Pero su belleza

no es algo que pueda plasmar en un cuadro, no es solo una hermosura exterior, unos ojos o una piel maravillosa. Toda usted es hermosa, cada gesto y cada pestañeo que hacen que nadie pueda apartar los ojos de usted cuando la observan. ¿Mujeres hermosas?, a miles, pero ninguna lo será hasta la tumba más que mi señora, porque la belleza es Cayetana y sale de cada poro de usted.

—¡Ah!, pero quiero que me plasmes hermosa para los que me vean cuando yo ya no esté para permitirles ver mi “belleza interior”.

—Eres hermosa, señora, pero también vanidosa.

—Y usted orgulloso, maestro, usted

orgullosa —rió la duquesa.

*Alrededores de Doñana, junio de
1863 (hoy)*

Tal como el cielo amenazaba, la llovizna azota de nuevo el paisaje. Dolores da la bienvenida al sonido de las gotas dispersas; pues, después de haber hablado sin parar casi cuatro días, ahora no tiene mucho que decir, y su mudo interlocutor no está allí; así que el silencio había empezado a ser opresivo.

Él se ha ido del improvisado campamento. Se centra en recoger las escasas ropas antes de que vuelvan a

empaparse, y las resguarda bajo el trozo de lona que les ha servido de refugio. Los tres caballos todavía mordisquean las escasas briznas, que crecen en roeles dispersos sobre la tierra.

No hay mucho que hacer en esa tierra yerma, ni siquiera arbustos con bayas para entretener el tiempo y el hambre, ni un río donde amenizar su mundo arrojando piedras para contar sus saltos antes de hundirse. Sabe que él volverá, aunque las gotas de agua no son lo suficiente intensas para hacerle desistir de aquello que esté haciendo. Volverá pronto porque allí están sus caballos.

Cuando el leve aguacero cesa, dos horas después, Dolores juega haciendo surcos con un palo sobre la tierra

húmeda en un afán de hacer que el tiempo corra deprisa. No sabe dibujar, así que sus garabatos son simples monigotes, rayas verticales y horizontales y textos sin sentido.

Poco a poco va cubriendo todo el suelo a su alrededor, montones y montones de símbolos inconexos, hasta que nota la tierra levemente menos profunda en una zona apartada colina arriba. La muchacha retrocede unos pasos para observar la parte alta de la elevación en todo su ancho. Se empieza a dar cuenta que quizás ese montículo, que corona la loma en la que se encuentra, no es natural; de solo unas diez varas de altura, la forma es

levemente escalonada, constituida por terrazas horizontales de tres varas de ancho y media de altura. Curiosa, se acerca de nuevo.

Como suponía, la pared no está formada por tierra, sino por sillares de piedra de un palmo de alto por dos de ancho; bastante homogéneos aunque irregulares, cubiertos de tierra apelmazada. Vuelve a recoger el improvisado pincel de palo, y escarba entre las juntas que mantienen unidos los bloques. La pared desnuda va apareciendo poco a poco ante ella.

Una vez ha descubierto un trozo de lienzo, decide subir la primera terraza. Como esperaba, al arañar de nuevo la pared, descubre que la construcción

sigue en ascenso.

Está en el quinto nivel cuando sus pies tropiezan con una diminuta estatuilla. Se agacha para tomarla entre las manos y limpiar los restos de tierra depositados sobre ella. Virándola hacia la luz del sol analiza el trozo de terracota, parece un exvoto de una mujer con amplios atributos femeninos; sobre la cabeza porta una toca labrada en la piedra y su único brazo un cayado.

La muchacha desciende hacia el campamento, para envolver su tesoro entre girones de tela y guardarlo en las alforjas de su compañero; puede que en Sanlúcar encuentre algún libro que le dé una pista del origen del hallazgo.

Durante una hora más rebusca toda la elevación, con la esperanza de encontrar algún otro objeto. Finalmente, agotada, desciende para sentarse en el borde de la primera terraza y esperar. El tiempo transcurre lento mientras escudriña el horizonte esperando ver su figura caminando de regreso.

Casi es medio día cuando él aparece entre los matorrales a la derecha, muy alejado del sendero por el que se fue, y que ella lleva horas vigilando, esperando que aparezca. Sus manos vacías se mueven a cada paso, mostrándole que la cacería no ha sido

fructífera esta mañana. Se ha sentado en la piedra junto a ella mostrando las palmas de sus manos.

—Podemos esperar un poco, aún no tengo demasiada hambre. Ya encontraremos algo; si no, ese caballo que nos sobra tiene una grupa bastante succulenta, ¿no crees? —Dolores ríe ante su propio y absurdo chiste.

Él la hace silenciar con un gesto de la mano y una embaucadora sonrisa. Escudriña a su espalda y muy lentamente toma la mano de la muchacha para hacer que se levante. Girándola por los hombros, la enfrenta hacia el origen del pequeño sonido a sus espaldas; en el límite de la loma en que se encuentran, un conejo los observa elevando las

orejas.

Ella no se mueve, su compañero tampoco; así que, tras dos minutos de inmovilidad, ella gira la cabeza para observar su rostro. Él le sonríe, a pulgadas de sus ojos, señalando la izquierda con un leve gesto de cabeza a la vez que levanta una mano con tres dedos en alto.

Uno, dos, tres... cuando baja el último se separan bruscamente en direcciones opuestas, cayendo sobre la víctima como gatos salvajes. Dando manotazos sobre la tierra húmeda, Dolores tropieza con su acompañante.

Han sido solo unos segundos, pero acaban rodando ladera abajo, enredados

piernas y brazos, y la risa le hace comer arena en la caída, antes de detenerse sobre las espaldas unos pasos más abajo. Otra carcajada la obliga a respirar de forma ahogada, y la sensación aumenta cuando gira el rostro para enfrentar la diversión del hombre a su lado. Es el mejor rato que ha pasado en los últimos meses, y cree que casi merece la pena el batacazo y haber perdido la presa.

—Bueno, de todas formas estaba demasiado flaco —habla. Él sonrío de nuevo, como si entendiera sus palabras, y acaba volviendo a hacer sonar su melodiosa risa de barítono cuando le muestra el conejo, que se retuerce entre los dedos de su mano derecha—. ¡Oh..!,

espero que no pretendas que ahora sea yo quien lo remate, ¿verdad?

Cuando Dolores regresa, tras haberse perdido un rato para hacer sus necesidades y, sobre todo, para dejarlo a solas con su víctima, él ya está ensartando el animal despellejado en un trozo de rama y lo coloca en un espeto para asarlo. Vuelve a sonreírle y a asombrarse de la capacidad del hombre para sobrevivir en un paisaje tan yermo.

—Nunca me he divertido tanto consiguiendo mi propia comida. He cazado con mi padre solo alguna vez; no me gusta hacer daño, y te juro que voy a

sentir cada bocado que dé a ese pobre conejo. No te alegres, tengo tanta hambre que soportaré mi conciencia el resto de mi vida; y no pienso darte ni una pizca de mi parte. —Sin hacer un ruido mientras la escucha, él se concentra en agitar las brasas, para conseguir llamas más altas—. ¡Oye...! ¿No crees que así se quemará por fuera? —ella habla, intentando elevar la carne del fuego.

Él se limita a sujetarle la muñeca con delicadeza, obligándole a soltar la presa.

—¡Eh, caballero... una dama podría ofenderse por esos modales tuyos! Aunque ¿sabes?, creo que necesito darte un nombre: ¿mano rápida?, ¿cazador de

conejos?, ¿hombre silencioso? —La mujer se coloca la mano en el pecho cuando le habla—. Me parece que hemos tardado mucho tiempo en decirnos nuestros nombres, aunque no sea una presentación muy formal: yo soy Dolores, Dolores. —Vuelve a mirarla fijamente sin pestañear, pareciendo solo levemente afectado cuando ella alarga el brazo, tomándole la muñeca para colocarla sobre su propio esternón—. Dolores, Dolores.

—Dolores —pronuncia por primera vez—. Dolores —repite. Luego coloca las manos de ambos sobre su pecho, en el hueco que deja abierto la camisa, para hacer que ella oiga lo que parece

un nombre—. Adonái.

—Adonái —dice la muchacha, dejando que la palma de su mano descansa un instante en la piel desnuda del hombre—. Encantada de conocerte, Adonái.

Serenamente, el hombre aparta la mano de Dolores, deshaciendo por completo el contacto, para volver a coger el cuchillo, afilando el borde contra la piedra en la que se sienta. Lo prueba sobre una gruesa rama y, satisfecho, lo devuelve a la funda que cuelga de la cintura de sus pantalones.

Abandonan el campamento una hora después del inesperado buen almuerzo, aunque levemente soso, a ella ese conejo le ha parecido un manjar. Desde

que oyó su nombre, Dolores no ha vuelto a escuchar ningún fonema saliendo de la boca del hombre, y ella no ha hecho ningún intento de volver a hablar con él; solo el rítmico golpeteo de los cascos de los caballos los ha acompañado desde entonces.

Capítulo 5

Los buscadores de tesoros

Alrededores de Toledo, primeros de noviembre de 1807 (56 años antes)

A las siete de la mañana, Louis Dubois, general del ejército francés y profesor de historia antigua de la Universidad de la Sorbona en época de paz, se dirigía a la plaza del pueblo montado sobre un robusto caballo

castaño. El hombre cabalgaba a la cabeza de la décima columna del ejército de su alteza imperial, Napoleón I. En su camino, sonrió y saludó a sus propios soldados, a los que conocía por su nombre y apellido, costumbre heredada de su labor como docente.

Dejando adelantarse a su primer teniente, permitió que el hombre condujera la columna mientras él se separaba, para moverse e intentar orientarse por entre las callejuelas abandonadas.

Bajo el mando del comandante Jean Andoche Junot, las tropas francesas habían entrado en España el 18 de octubre de 1807 por los Pirineos, cruzando su territorio a toda marcha

antes de que el otoño se recrudeciera; y a Dubois le constaba que las primeras unidades llegarían a la frontera con Portugal antes de acabar ese mes de noviembre. La excusa de la invasión, permitida por el rey español, Carlos IV, era llegar hasta Portugal, aliado de Inglaterra en esos momentos.

Solo su joven ayudante siguió a Dubois cuando desapareció en dirección al final de las casas derruidas. El hombre se acomodaba sobre su caballo intentando contener la tensión que lo acribillaba; estaba emocionado, eufórico e impaciente, como corresponde a alguien que sabe que el momento que tanto ha deseado está al

alcance de la mano.

Convencido de que aquella sería la pista definitiva, azuzó al caballo cuando los restos de la abadía asomaron al coronar la loma que daba fin al pueblo. Allí abajo, a la izquierda, aún cubiertas por un leve manto de niebla, distinguió los recios muros de piedra. Con un último gesto, llevó al animal hacia la entrada cubierta de zarzas e higueras salvajes del edificio en ruinas.

A una señal suya, su acompañante sujetó su montura, mientras él se abría paso entre los ramajes para buscar un acceso al interior del patio que rodeaba el edificio. Tras varios intentos frustrados, por fin halló una grieta lo suficiente amplia para que un hombre de

su robustez se colara por ella; con envidia, comprobó que su joven sirviente pasaba con poca dificultad.

Al otro lado, solo algunos frutales viejos y pelados de hojas por el otoño hacían pensar que aquel había sido un huerto fructífero. Donde los cascotes caídos del edificio principal no ocupaban la tierra, lo hacían arbustos y ramajes de todo tipo, entretejidos hasta casi hacer imposible caminar entre ellos. Lentamente, el general consiguió alcanzar la pared del edificio principal y pasar a través de uno de los postigos de las amplias ventanas laterales, abiertas por el viento y el tiempo.

Consultando una vez más el antiguo

plano que había llevado consigo, se dirigió hacia donde debería estar la sala de lectura.

En la vieja biblioteca reinaba un silencio absoluto, un silencio que parecía susurrar historias a través de las mohosas piedras. Relatos gestados hacía muchos años, siglos incluso, historias que pedían respeto por los tiempos pasados. El hombre caminó, haciendo retumbar las botas de montar sobre las losas del suelo. El soldado raso que lo acompañaba permaneció discretamente en la puerta de la estancia, observando el caminar elegante de su general.

El monasterio propiamente dicho ya no existía; hacía unos años los últimos monjes habían abandonado el lugar al

carecer de fondos para las costosas reparaciones que el antiquísimo edificio requería, y habían pasado a formar parte de otra comunidad en la ciudad de Toledo. Deshabitado por unos meses, un grupo de monjas de clausura habían sido informadas de que tal vez podrían pasar allí sus últimos años de vida, sin tener que pagar abusivos alquileres, y se habían mudado. Conocedoras del fin anunciado del edificio, no se habían molestado en trabajar o adecentar el huerto exterior, sobreviviendo con la caridad de los escasos vecinos, que aún poblaban el lugar, y con la elaboración y venta de dulces. Tampoco habían vuelto a poner ni una sola piedra en su lugar, ni

un vidrio roto, ni una sola teja de la techumbre, pero se jactaban de mantener medianamente limpio el interior; monjas ancianas a juzgar por el desorden y el polvo acumulado sobre los estantes, evidencia de un abandono continuado.

El primer derrumbe de la nave había arrasado parte de la pared lateral y un improvisado montón de sacos, rellenos de piedras y arena, sujetaba la mitad del antiguo techo de vigas de madera. El hombre suspiró desesperado, puede que la cubierta no aguantara las próximas nevadas. El historiador, que ahora vestía de uniforme, tembló de ira frente aquel despropósito. Como muchas de las joyas de ese país, aquella acabaría perdida en el recuerdo para las futuras

generaciones.

Suspirando, el general Dubois apartó las ideas que lo asaltaban. Aunque lo quisiera, y pusiera a trabajar a todos sus hombres en aquel empeño, no salvaría más que una milésima parte de las antigüedades que se había tropezado desde que había pisado la península, y se temía que aquella no tardaría en desaparecer bajo aquel techo en ruinas.

Su mirada horadó la oscura habitación, intentando aprovechar los vestigios del primer sol matutino que se colaba entre los sacos amontonados. Sonrió, al parecer algunas eficientes monjas de la orden habían conseguido salvar la mayor parte de la biblioteca

del antiguo monasterio y la habían trasladado a un lugar más a cubierto. No, la lluvia no acabaría con aquellos documentos valiosísimos, aunque sí lo harían el moho y la humedad del lugar si antes no lo hacía el derrumbe del edificio.

Sus fuentes le habían informado que hacía unos cien años los diarios habían cambiado de localización. El primer prior del lugar se había preocupado de almacenarlos a buen recaudo. Por desgracia para la historia y por fortuna para él y su emperador, la antigua orden había desaparecido tras las últimas desamortizaciones, y todo el material de la nutrida biblioteca había sido almacenado sin concierto en el lugar en

el que se encontraba en esos momentos. La construcción pasó por varios usos en el proceso: iglesia, hospedería de peregrinos y almacén de grano, para acabar recibiendo a un puñado de religiosos sin hogar, y cuando estos fueron diseminados por el estado, se convirtió en la última residencia de la media docena de monjas ancianas.

Dubois aspiró una bocanada profunda, llenándose los pulmones del olor rancio de la humedad y los años que rezumaban las paredes apulgaradas, respiró el aroma de los cientos de crónicas, anales y códigos allí almacenados. La historia de miles de personas recogidas en unas pocas líneas

sobre los inmensos libros de registros, bodas, nacimientos y defunciones.

Sí, como todas las bibliotecas de cada uno de los conventos y monasterios que había visitado, en aquellos montones de pergaminos agrietados la historia aún parecía viva, y dispuesta a responder cada una de las preguntas que él estaba deseando hacerle. Durante dos horas, rebuscó entre las cajas y bultos apilados.

El hombre alargó la mano hasta uno de los baúles amontonados en la parte más oscura. Rápidamente, sus dedos reconocieron el escudo sobre la tapa.

—¡Traiga aquí la luz, soldado! —gritó al muchacho parado junto a la puerta—. Pero no se le ocurra dejar que

esa vela manche nada —lo amenazó, señalando el precario cirio que se tambaleaba sobre la estrecha palmatoria.

—Con mis respetos, señor, no entiendo qué podría manchar que no esté ya lleno de polvo y suciedad.

—No sea insolente e ignorante, joven. A pesar de la evidente falta de disciplina del muchacho, el hombre no fue capaz de reprenderlo mucho más duramente. El chaval era apenas un chiquillo de doce años; solo unos años mayor que su propio hijo, al que le había recordado desde el momento en que lo vio por primera vez sirviendo el almuerzo de la tropa; y razón por la cual

lo tomó a su servicio, para evitar que acabara en primera línea del frente.

—Lo siento, señor. Mi madre siempre me ha dicho que...

—Hablas demasiado Tonet, ya me lo has dicho —acabó por él el hombre mayor—. Bien, no importa, pero procura que nadie te oiga cuando cometes esos terribles errores, o tendré que castigarte. Soy tu general, y debes mostrarme respeto siempre.

—Sí, mi señor, por supuesto, mi señor.

—Ahora alumbra este montón de polvo que, aunque no lo creas, tiene el poder de ganar mil batallas.

—¿En serio mi general?

—Sí, mil y una, diría yo.

Rebuscando en el interior del baúl, el hombre acabó por encontrar parte de lo que buscaba. Con cuidado, extrajo el bulto envuelto en un lienzo de lino que se había tornado amarillento con los años. Lentamente lo abrió, dejando al descubierto los importantes documentos. El pequeño librito, más fino que un dedo y de menos de un palmo de altura, estaba encuadernado en unas rústicas tapas de piel de becerro color marrón, que habían sido cosidas al interior del pergamino con gruesas puntadas. Con delicadeza, el hombre lo abrió hasta encontrar la primera frase escrita: «Veintiséis de junio del año de nuestro Señor de 1604... el viaje ha sido...».

Con cuidado, caminó hasta las pequeñas rendijas de luz, que ya se colaban en la sala, y se sentó sobre uno de los sacos amontonados para examinarlo. El coronel se sabía ansioso, casi apostaría que nadie había leído jamás ese manuscrito desde que fue depositado en el interior del baúl por su autor.

Dubois suspiró, reconociendo la autenticidad del documento, y exasperándose por momentos cuando, de regreso al arcón, se desesperó sacando todo su contenido y el de las cajas de los alrededores, para descubrir que entre sus manos solo estaba el primero de los doce diarios que había ido a

buscar. Y que el resto habían desaparecido y, con ellos, el enclave exacto de lo que buscaba.

Durante cinco años había investigado y recogido material, cruzado fuentes y documentos, crónicas e investigaciones de tres docenas de historiadores. Había revisado pergaminos de hacía siglos, relatos en griego y latín, hasta ir engarzando poco a poco los fragmentos de una época y una historia escondida en el recuerdo durante milenios.

Todo para acabar perdiendo el último eslabón de la cadena justo en ese momento. Un eslabón que ahora tenía roto entre los dedos en forma de un papel acartonado y quebradizo con la tinta difuminada en muchos lugares.

Resignado, se dedicó a repasar el escrito. Con atención, descifró la inclinada letra.

En el texto se mencionaban varios emplazamientos; el autor había seguido sus propios pasos erráticos en la búsqueda del lugar; pero, como él, había llegado a los mismos caminos sin salida. Todo aquello hubiera sido interesante si lo hubiera conocido hacía cinco años, cuando perdió el tiempo siguiendo pistas erróneas; pero ahora el documento no le aportaba nada nuevo, ningún camino para seguir.

Por un momento se irguió para pedir al muchacho que alumbrara de nuevo, y en ese segundo, cuando la gota de cera

caliente cayó sobre el pergamino, lo vislumbró por unos instantes. Ahí abajo, oculto de alguna manera, y escrito con una tinta que solo el calor intenso dejaba ver, había algo.

—¡Vámonos de aquí, muchacho!

—¿Lo ha encontrado señor?

—A Dios gracias, creo que sí. —De un solo gesto el hombre se encaminó hacia la salida, volviendo a cubrir el tesoro que portaba entre sus manos con el viejo lino e introduciéndoselo bajo la ajustada casaca militar—. ¡Creo que lo hemos encontrado!

Tumbado sobre el espartano catre militar, Dubois volvió a girar el

documento. Aunque le había costado decidirse, finalmente había descosido cada hoja y ahora reposaban sobre su cama. Lo que tenía en ese momento ante sí no era un escrito. Calentando un pañuelo de algodón, colocó el tejido estirado sobre la cama, volviendo a recolocar sobre él las hojas. Poco a poco el puzle comenzó a surgir. Dibujados sobre cada pliego, lo que parecía un plano o un mapa detallado de algún lugar extraño comenzó a ver la luz. Por desgracia, el dibujo estaba desordenado y era casi imposible de distinguir con claridad. Le llevaría una eternidad volver a juntar las piezas y realizar una copia que no precisara de

calor para revelarse ante sus ojos.

Sobre el dibujo se distinguían breves retazos de una especie de caligrafía de trazo fino, totalmente ilegible si no se encajaban correctamente las hojas. Además, el pergamino parecía ser más antiguo de lo que se suponía que debía ser. ¿De dónde podía proceder ese escrito? ¿Se trataría de un documento original y no simplemente una copia realizada por el hombre que había redactado los diarios?

Dubois sintió que las manos le temblaban ante sus suposiciones. A la luz oscilante de la vela, empezó a copiar cada uno de los trazos, que aparecían durante solo un par de segundos hasta ocultarse de nuevo cuando la

temperatura del paño volvía a descender; solo dándole el tiempo suficiente para hacerse una rápida imagen mental de un par de dedos de ancho.

Le resultó bastante más difícil con los fragmentos que acababan en el final de las hojas. Cansado y convencido de que aquello le llevaría muchos días, decidió contar con la luz del día para hacer mejor el trabajo.

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

Adonaí. Dolores repite el nombre

mentalmente, nunca lo había oído y se pregunta qué podrá significar. Se han detenido, y ella se desliza del caballo reajustando la manta sobre los hombros, dejando escapar un gemido de cansancio. Mira alrededor: es mediodía y, frente a ellos, lo que parece un pueblo abandonado y ruinoso los observa en silencio. Él camina, adentrándose en una de las cinco calles, de no más de cien pies de largo, que conducen a una plaza central. Tira de las riendas de sus dos caballos, Dolores lo sigue a unos pasos con su propio animal.

A pie, el hombre inspecciona unos minutos las pocas casas por las que pasan y que, aunque arruinadas, aún permanecen levantadas. Registra el

tranquilo recinto abandonado, examinando cada vivienda, cada cobertizo; buscando cualquier señal de vida.

Convencido de que no hay más que polvo y rastros secos, los dirige hacia el pozo que señala el centro de la plaza principal, la única plaza. Agotada, Dolores camina tras él. No se oye más ruido que el canto de las chicharras en el espeso aire del mediodía. La muchacha arrastra las alpargatas de esparto por el hirviente suelo empedrado, preguntándose cómo él soporta caminar descalzo sobre esas piedras convertidas en brasas.

Cansada, niega con la cabeza

mientras, apoyada contra el brocal del pozo, se seca el sudor de la frente. Él ha sacado un cubo repleto de agua amarillenta. A pesar de su aspecto poco salubre, Dolores sumerge un trozo de tela para mojarse la nuca y el canal entre los senos.

—No puedo seguir, Adonaí. — Aunque el agua fresca le corre por la piel, el aire casi quema—. Ahora mismo daría mi vida por poder caminar con el torso desnudo. Embutida en esta manta no tardaré mucho en alcanzar la temperatura de ebullición. —Sonríe ante sus propias palabras—. ¡Oh!, vuelvo a ser provocativa. Manuela me tiraría de lo que quedan de mis trenzas por semejante desvergüenza; aunque, ¿qué

dirías tú si me vieras así? ¿Quizás entonces no pensarías que soy solo una niña malcriada? No estoy tan delgada como puedo parecer con este saco deforme —le habla, observándolo con lo que sabe no es una mirada inocente. Dolores acaba vertiendo el resto del agua sobre su propia cabeza—. Será mejor que enfríe algo mis ideas, tanto calor y tanto hablar sola creo que está derritiendo mi sentido común. —Vuelve a utilizar una mirada de mujer fatal, a la vez que se pega la manta mojada sobre la piel, delineando sin pudor el cuerpo bajo ella.

Es el calor lo que la hace ser provocadora. Eso, al menos, es lo que

ella se esfuerza en creer.

Con brazo ágil, él le arrebató el cubo de zinc para volver a sumergirlo en el pozo. En menos de un minuto vuelve a tenerlo lleno de agua. Con un gesto rápido, vierte todo el contenido sobre su propia cabeza, para luego agitar el cabello empapado, como si de un perro se tratase. Vuelven a estallar en carcajadas de forma sincronizada.

—En serio, estoy agotada. Sé que es demasiado arriesgado permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Aunque hace unos días que no hemos visto señales de los asaltantes, ¿cierto? —Ella intenta hablar en serio cuando recuperan algo de compostura—. ¿O solo he sido yo quien no ha visto esas

señales? —Dolores golpea con el puño cerrado el cubo que permanecía en equilibrio sobre el brocal, haciendo que rebote sobre la arena seca junto al pozo —. Odio este monólogo infinito, ¿por qué no enviaron a alguien con quien pudiera comunicarme? —El joven permanece impasible, aunque el balde ha golpeado uno de sus pies desnudos, antes de rodar por la suave pendiente—. No, no me malinterpretes, me encanta tu compañía, no la cambiaría por nada del mundo. Me siento más segura a tu lado de lo que he estado nunca; y sé que el peligro todavía sigue ahí, y que puede que la próxima vez no tengamos tanta suerte.

Antes de que siga hablando, él le toma la mano para guiarla de regreso al camino. Desandan varios cientos de pasos en silencio, hasta que el hombre se agacha junto a un rastro casi imperceptible. Rodea con su dedo lo que parece la huella de un caballo.

—Están aún por los alrededores — afirma Dolores—. ¿Quizás puedas hablar con ellos? —Intenta inventar gestos, para que comprenda lo que quiere decir—. Seguro que aunque no quieran hablar conmigo, ellos hablarán también tu idioma; diles que mi padre les pagará si nos dejan en paz. —Cree que la ha entendido cuando él agita la cabeza negando bruscamente. Agotada,

no tiene más opción que seguirlo cuando vuelve a montar en su caballo para continuar la marcha.

5 de mayo de 1808, Castillo de Marracq, Bayona (Francia). Francia ocupa gran parte de Europa Occidental y Central (55 años antes)

Por lo general, el emperador de los franceses despachaba las audiencias privadas en su más reservada casa del centro de la ciudad; al menos desde que había llegado a Bayona. Si además su hermano y futuro rey José I, que sería impuesto a los españoles por él mismo, estaba tan cerca como ahora, prefería

lugares algo más discretos; especialmente cuando trataba temas tan delicados como el que tenía entre manos. Por supuesto, no le convenía para nada que sus indagaciones llegaran a oídos de alguien que no pudiera controlar al ciento por ciento; mucho menos tratándose del que pronto sería el hombre más importante de España; fuera o no su propio hermano. Por desgracia, en ese asunto tenía que actuar rápido y con decisión; y su espíritu inquieto no le permitía aplazar para más tarde escuchar las noticias que el general tenía para él.

Si sus indagaciones estaban en lo cierto, lo que llevaba cinco años

buscando estaba al alcance de la mano; o al menos, al alcance de un buen puñado de soldados y piezas de artillería; justo las fuerzas precisas para mantener el dominio sobre la península; y lo que era más importante, las manos del recién nombrado, y molesto, teniente general Wellesley[4] lejos de su preciada recompensa.

Pero para su incomodidad, se encontraba en el Castillo de Marracq, su residencia oficial mientras estaba en la zona; el lugar elegido por él para reunirse con los volubles Borbones: el actual rey español Fernando VII y su derrocado padre, el que fuera rey Carlos IV, que había sido obligado a abdicar tras las revueltas populares auspiciadas

por su propio hijo. Carlos había cedido la corona tras casi veinte años de reinado, dejando un país dividido y a las puertas de una guerra.

Plantado frente al gran espejo del despacho, Napoleón observó su propio aspecto mientras controlaba la impaciencia. Una expectación fruto de su deseo de saber lo que había hallado la expedición secreta enviada a la Comarca de la Serena en Badajoz, y la inquietud sobre el resultado de la reunión que tendría lugar en poco menos de una hora con el monarca español y su progenitor. Ambos acontecimientos estaban mucho más ligados de lo que nadie sabría nunca; y el éxito final del

primero dependía de cómo se desarrollaran las cosas en el segundo.

Atusándose el pelo, sonrió a su propia imagen. A los cuarenta años, el emperador continuaba sin poder disciplinar sus cabellos y, a pesar de haberlos cortado siguiendo la moda reinante, aún seguían empeñados en enroscársele sobre orejas y frente en un caótico descontrol. Había engordado muchas libras en los últimos años; ya poco quedaba de la figura elegante, aunque algo pequeña, del joven general. Solo su tez amarillenta, los ojos grises, la nariz patricia y una mandíbula prominente, aunque redondeada por la grasa acumulada en un cuello sensiblemente más rollizo, recordaban

al hombre que salió de Córcega. Atrás quedó también la vestimenta desaliñada, que una vez evidenciara una escasa tendencia a preocuparse por su aspecto personal.

Vestido de uniforme, condecorado y almidonado como correspondía al hombre más poderoso del mundo, rezumaba una inteligencia superior, una extensa imaginación no exenta de sentido común y, como suele ocurrir con algunos personajes no muy dotados físicamente, un desborde de simpatía que alternaba con enojos que él mismo manejaba según necesidad. Era plenamente consciente de que su personalidad despertaba

simultáneamente admiración y desprecio; amor y odio.

El fuerte taconazo a sus espaldas lo trajo a la realidad.

—¡A sus órdenes, su alteza imperial!
—Louis Dubois, el que fuera pacífico profesor y actual general del ejército francés, se mantuvo erguido, mientras aguardaba la reacción del hombre que controlaba media Europa.

—¡Ah, general! Veo que ha llegado a tiempo, ¿dónde están esas maravillas que prometió traer?

—Permítame... —Con un gesto hacia los hombres que permanecían en las puertas dobles, abiertas de par en par dando acceso a la amplia sala, les indicó que pasaran—. Déjenlo todo

sobre esa mesa, los objetos señalados con un lazo rojo sobre el escritorio del emperador. —Los cuatro soldados cargaban dos enormes cajas de madera cubiertas con sendos lienzos blancos. Cuando retiraron los paños que las cubrían, el interior abierto quedó expuesto. Lentamente fueron extrayendo y desempaquetando los objetos, envueltos en paños de lino, y depositándolos con sumo cuidado sobre las superficies de ambas mesas.

Napoleón observó en silencio mientras evaluaba, uno a uno, los objetos que iban siendo exhibidos. Las vasijas fenicias fabricadas en alabastro y alegremente decoradas, los frascos

para unguentos realizados en vidrio coloreado y las pequeñas figuras femeninas en terracota atrajeron su atención solo por unos instantes. Cuando el último objeto fue desembalado, los soldados salieron cerrando las puertas a sus espaldas, dejando solos al general Dubois y a su emperador.

—Así pues, ¿hemos encontrado el lugar? —preguntó impaciente Napoleón.

—Me temo que no, señor. Ya hablamos de que posiblemente era solo un yacimiento puntual, tal vez un centro religioso; está demasiado tierra adentro para encajar en las descripciones dadas en las fuentes que hemos consultado. Los textos griegos que encontré ocultos en el diario no estaban completos; el jesuita

posiblemente se limitó a dividirlos y ocultarlos entre sus propios manuscritos. Sin la totalidad de ellos no será fácil encontrar el lugar, pero gracias al que encontré en Toledo hemos llegado hasta la Serena. —Dubois se acercó a la mesa que contenía las piezas no marcadas en rojo—. Como puede ver, se trata de objetos de civilizaciones muy antiguas, tal vez coetáneas, pero perfectamente estudiadas y catalogadas. Creo que solo lo que he señalado pertenece a lo que buscamos; espero encontrar pistas del emplazamiento original en el yacimiento de la Serena. Aunque, por las catas que he realizado, parece que se trata de un lugar aislado y no demasiado grande.

—Entonces volvemos a estar lejos de encontrarlo.

—Bueno, el avance es importante y ya sabemos que la fuente es del todo fiable. Solo tenemos que encontrar el resto de los diarios y daremos con el emplazamiento principal, y de allí a las...

—Perfecto, perfecto. No hace falta que lo diga en alto; nunca podemos estar seguro de quién escucha tras las paredes. —Lo interrumpió abruptamente Bonaparte.

Dando varios pasos se situó frente al escritorio. Contempló con detenimiento los objetos desplegados sobre el tablero de la mesa. Con meticulosidad y

expectación, tomó entre sus dedos la pieza que destacaba de entre todas ellas: la preciosa escultura de un caballo fabricado en bronce de más de un palmo de altura; fundido en dos trozos y ricamente enjaezado con arreos y lo que parecía una manta sobre el lomo.

—Devuelva estas cosas adonde estaban y ordene que lo vuelvan a cubrir todo, Dubois.

—¿Cómo dice, su alteza imperial? — Las palabras del atónito hombre fueron expresadas con una mezcla de espanto, sorpresa y el miedo que siempre le producía el hombre parado ante él.

—¡He dicho que ordene que lo cubran todo! ¿Está usted sordo desde su última campaña, general? ¿Acaso fue herido y

nadie me ha informado? —En dos pasos, el emperador se acercó hasta situarse a media vara de distancia. A pesar de la amplia diferencia de altura, claramente a favor de Dubois, Bonaparte continuó acosándolo hasta arrinconarlo contra la repisa de mármol gris sobre el formidable tiro de la chimenea—. Tal vez, ¿es que simplemente cuestiona mis órdenes? ¿y, en consecuencia, mi capacidad de decidir lo mejor, conveniente y más adecuado en cada situación?

—No, mi gene..., mi..., su alteza imperial, ni mucho menos. Debo estar perdiendo el oído a consecuencia de esos cañones ingleses.

—Ya me parecía, ya. —Aún entre sus dedos, la figura del caballo de bronce forjado llamó de nuevo su atención—. Una pena hacer desaparecer otra vez algo tan hermoso. —Alzó la mano para colocarlo sobre la repisa de la chimenea, que apenas alcanzaba con todo el brazo estirado.

—Permita su alteza imperial que le ayude. —Se apresuró a expresar el altísimo militar —. Yo soy más grande.

—¡Apártese! —gritó en un exabrupto el emperador mientras, en un último esfuerzo, colocaba por él mismo la estatuilla, que quedó instalada en el filo con precario equilibrio—. Veo que además de sordo es usted un poco

idiota. No señor, usted no es más grande que yo, usted es solo más alto. No olvide esa diferencia. —En dos pasos se apartó hasta sentarse de nuevo tras el enorme escritorio que presidía la estancia—. Deje de temblar como una niña y venga aquí, no meriendo piezas tan gordas y altas; además, tengo ilustres colegas esperándome. Ya que está aquí me servirá de escribiente. Coja papel y tome nota de lo que le voy a dictar.

Con presteza, el militar tomó el asiento frente a la mesa, alargando los brazos hasta alcanzar el tintero y un pliego de papel, y aguardó un par de minutos mientras su alteza pensaba.

—Españoles[5]: después de una larga agonía, vuestra nación iba a perecer. He

visto vuestros males y voy a remediarlos. Vuestra grandeza y vuestro poder son parte del mío. Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos a la corona de las Españas; yo no quiero reinar... —El emperador continuó pronunciando durante unos instantes— han sido vuestros antepasados y mirad a lo que habéis llegado. No es vuestra culpa, sino del mal gobierno que os regía. Tened suma esperanza y confianza en las circunstancias actuales, pues quiero que mi memoria llegue hasta vuestros últimos nietos y que exclamen: es el regenerador de nuestra patria. Dado en nuestro palacio imperial y real de

Bayona, a 25 de mayo de 1808, Napoleón, emperador de los franceses, rey de Italia, etc. Asegúrese de que lo traduzcan al español y se publique. Muy bien, general. Eso es todo. —Mirando hacia la chimenea, volvió a suspirar—. Mis planes tendrán que esperar un poco más. Recuerde volver a poner todo donde estaba; aplazaremos la búsqueda unos meses. —Levantándose en un gesto enérgico, obligó al militar a arrastrar con rapidez su propia silla, en un intento de evitar permanecer sentado ante su soberano—. Ahora, acompáñeme abajo. Vayamos a ver a esos dos individuos y salvemos a los pobres españoles de ellos mismos.

En el trascurso de la siguiente hora, la

corona de España pasaría, al menos en sentido figurado, por la cabeza de cuatro hombres distintos.

Capítulo 6

Daños colaterales

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

Dolores despierta con el primer rugir del viento. Nubes enormes, aunque dispersas y blancas, atraviesan el cielo aún oscuro a gran velocidad, empujadas por la fuerte brisa. Por debajo, cree distinguir el sonido de gritos y choques

metálicos; y de nuevo, el sonido de un trueno. Todavía dormida, tira de la manta apretándola aún más a su alrededor, intentando conservar el calor.

Desde aquella vez en la cueva no han compartido el mismo lecho. Cada noche, él se mantiene tumbado a unos pasos sobre su propia cama de arena y, aunque las madrugadas no han sido tan frías desde que se alejaron de la sierra, Dolores sigue añorando el calor y el olor de su piel junto a ella. A su lado observa la manta de su compañero, abandonada.

Cuando el cielo vuelve a retumbar, empieza a ser consciente de que quizás no sea el sonido de una tormenta lo que flagela el aire.

—¡Disparos!, ¡Adonái! —El nombre queda retenido en su boca por la mano que la sujeta desde detrás.

Con el simple movimiento de un brazo, el hombre la gira para enfrentarla, mientras le hace mantener el silencio con un gesto de sus dedos sobre los labios.

—Te entiendo —le comunica ella con señas cuando se levanta, procurando no hacer ruido y atenta a sus indicaciones.

Con nerviosismo, lo sigue. Saliendo del amparo de las rocas que los cobijan, se dirigen hacia la loma que tienen a la derecha. El viento parece traer el estruendo desde ese lado. Una mirada hacia atrás le permite a Dolores

comprobar que él ya ha retirado los caballos, cargando todas sus pertenencias menos las dos mantas, y los ha atado a un árbol mucho más allá; listos para que salgan al galope, pero lo bastante lejos como para que no los delaten sus relinchos.

Silenciosamente, el joven la guía a través de la empinada ladera, hasta que la obliga a tumbarse sobre su propio vientre a escasos pasos de la cima. Desde allí los ruidos empiezan a ser cada vez más nítidos, aunque los disparos y gritos parecen ir cesando poco a poco.

Arrastrándose, él se acerca para mirar desde la cumbre hacia el otro lado, después de mandarle con señas

que permanezca tumbada detrás.

Ella tarda solo dos minutos en desobedecer su orden y seguir sus pasos hasta situarse junto a su cuerpo. Con una mirada de reproche, él la insta a bajar la cabeza, a la vez que la cubre con un trozo de ramaje; tarde, ella comprende que su cabello rojo debe refulgir sobre la piedra blanquecina como una llamarada.

Al otro lado, el paisaje vainilla que precede al amanecer muestra una extensión enorme de campiña y, a unas doscientas varas de distancia, bajo el pie de la colina en la que se encuentran, distinguen el desastre. Aparentemente, un grupo de bandoleros ha esperado en

uno de los cruces la llegada de una caravana de carros de temporeros, y los restos quemados y saqueados, que aparecen ante su vista, apenas muestran la crudeza de lo que allí ha sucedido.

—¡Dios santo! —murmura la mujer, cuando comprende que la media docena de bultos desmadejados y dispersos por el suelo no son montones de ropa vieja, sino cuerpos sin vida en las posturas menos naturales posibles.

Aún se oyen los cascos de algunos caballos rodeando los restos de los carros; una decena de hombres con aspecto de buhoneros se pasea entre los cuerpos a pie, al menos otros seis más permanecen en sus monturas.

Un hombre sobresale de los otros, no

por altura, ni por robustez, ni por edad, tan solo su actitud desafiante y erguida lo distinguen; un rostro absolutamente inolvidable, oscuro y anguloso, con la nariz larga y la cabeza totalmente rapada y decorada con extraños símbolos tan solo en su lado derecho. Fibroso y delgado, pero con músculos pronunciados sobre la piel color aceituna brillante. Al contrario de los demás, no porta cuchillo ni fusil, tan solo un cayado adornado con un lazo negro; permanece en su montura agitando su brazo libre únicamente para dar órdenes al resto.

Dolores ha oído demasiadas historias para dudar de lo que hacen cuando se

agachan sobre los cuerpos todavía calientes. Pero ver en directo cómo rematan a un adolescente, degollando su garganta, hace que el estómago se le agite. Su acompañante parece notar dónde tiene la mirada y le obliga a bajar la cabeza, hasta que su cara se entierra en su cuello, luego la consuela en silencio acariciándole el pelo.

—¿Están muertos, verdad? —susurra ella sobre su piel.

Unos gritos desesperados les hacen levantar el rostro de nuevo. Una figura femenina corretea entre los cadáveres perseguida por dos salteadores, que gritan y ríen jugando a alcanzarla. Tan asustada que ni siquiera piensa dónde pone los pies, cae rodando cuando

tropieza con el cuerpo sin vida de lo que parece una niña de no más de diez años. Vestida tan solo con una larga camisa y un cuchillo en su mano derecha, la mujer intenta esquivar a sus perseguidores. Lleva el pelo pelirrojo suelto, surcado de escasas hebras grises que evidencian a una mujer de más de cuarenta años, aunque delgada y bien proporcionada aún. Calza botas de hombre, demasiado grandes para sus pies; los cordones sin atar la hacen tropezar de nuevo, cayendo de bruces sobre la arena, a unos palmos del único carro que, aunque prendido en llamas, parece no haber sido aún tumbado del revés y saqueado.

Dolores observa, como en un sueño,

cómo trata de levantarse de nuevo, mientras uno de sus acosadores pisa el vuelo de su camisa haciendo que le sea imposible.

Una, dos, tres veces se eleva para volver a caer sobre sus rodillas víctima de esa travesura sádica; hasta que decide gatear para apartarse del peligro. Inútilmente se aleja unos palmos, para encontrarse de frente con los pies de un segundo asaltante. Desesperada, su grito vuelve a atravesar el silencio, roto ahora tan solo por las risas y el crepitar de alguna llama sin extinguir. El aullido parece divertirles y ella acaba por erguirse pesadamente, no antes de que un tercer hombre se aproxime. Mostrando el cuchillo, la mujer se

enfrenta a los tres asesinos blandiendo el arma cuando se gira, acorralada junto al carro, dando vueltas sobre sí misma.

—Tenemos que hacer algo Adonaí. Van a matarla. —La muchacha habla al oído de su compañero, haciendo el gesto de levantarse, para hacer no sabe bien qué.

Un largo puñal atraviesa el aire con un siseo audible, amortiguado por un gemido cuando se entierra en el pecho de la mujer, dejándola clavada sobre las maderas del carro aún en llamas.

Dolores vuelve a caer sobre la tierra, esta vez sin perder detalle de la visión que tiene frente a ella.

Los gritos de la mujer aumentan de

volumen hasta llegar al punto de ser insoportables cuando el hombre que lo ha lanzado, situado a unos veinte pies, se aproxima alejando, uno a uno a empujones, a los hombres que la rodean. Con su propio cuchillo perdido, incapaz de desprenderse de la madera, la mujer se sacude sobre sí misma, tratando de cubrirse las piernas con los restos de su camisa.

Las carcajadas de los asaltantes vuelven a arañarle las tripas a Dolores; a su lado, él se agita presa de la misma impotencia que ella siente. Son más de veinte y ni ella ni su compañero serían más que otro entretenimiento si hicieran el más leve movimiento para intentar salvarla. Ya está muerta, solo pueden

rezar para que sus últimos minutos no sean una pesadilla.

La mujer herida tiembla cuando el bandido, un enjuto hombre de más de cincuenta años erguido frente a ella, la examina unos instantes antes de rasgar de un tirón la tela que la cubre, desde el cuello hasta la ingle, desnudando el cuerpo de la mujer a la vista de todos. Un cuerpo blanco donde la suciedad del suelo no lo ha tocado, con un enorme reguero de sangre desde el herido hombro derecho hasta la mitad del muslo. Introduciendo la rodilla entre las piernas, el asaltante la obliga a separarlas, antes de desatar sus propios pantalones.

Solo necesita medio minuto para descargar su lujuria, profanando el cuerpo, casi inmóvil, que ha dejado de luchar y gritar para solo llorar en silencio.

Agitando los brazos en señal de victoria, el hombre se vuelve hacia sus compañeros mostrando su miembro semiflácido. De la cadera extrae un puñal que acerca a la garganta gimiente de la mujer. Desesperada, a las puertas de la muerte, el instinto y el pudor de la mujer la obligan a usar las escasas fuerzas que le quedan para cubrir su pecho herido, segundos antes de ser degollada en un solo giro de muñeca.

Con un movimiento de brazo, el joven

vuelve a su compañera a la realidad. Arrastrándose sobre las piedras sueltas, ambos reculan durante varios segundos, descendiendo sin despegarse del suelo y sin perder de vista la cima de la colina. Buscan a tientas el camino de regreso, procurando hacer el mínimo ruido. Saben que el silencio y el sigilo son las únicas armas que pueden salvarlos en ese momento. Sin saber dónde sitúa cada una de sus extremidades en el descenso, ella confía ciegamente en el hombre que la precede, y que con las manos la obliga a rectificar la posición de sus tobillos sobre los endebles asideros en los que se apoya.

El miedo y la necesidad de apresurarse parecen hacer que la bajada

sea infinitamente más lenta de lo que fue la subida. El pánico bloquea cualquier pensamiento racional que Dolores hubiese podido tener unos minutos antes; únicamente sabe que deben salir de allí, bajar y huir hacia sus caballos sin volver a mirar atrás.

Al notar la tierra plana bajo sus pies, se vuelve para correr, pero él alarga la mano, rápido como una serpiente, apresando su muñeca y deteniendo el gesto. Ella eleva la vista hacia sus ojos, solicitando una respuesta; pero el hombre se limita a arrastrarla hacia donde sus mantas siguen tiradas. Vacila, presa del miedo que la agarrota.

Parece que empieza a reaccionar

cuando él le clava los dedos en el antebrazo, antes de apartarse dejándola tambaleándose sobre sus pies. Ve cómo él se dirige a recoger su manta y echarla sobre su hombro, mientras con algo de arena cubre los rescoldos de la pequeña hoguera que utilizaron para hacer la cena el día anterior. El hombre le señala su propia manta y los surcos que han hecho con sus cuerpos al dormir sobre el suelo. Entendiendo el mensaje, Dolores recoge el trozo de tela a la vez que esparce la arena, disimulando y haciendo desaparecer los restos de su presencia.

Cuando el hombre cree que han destruido todas las huellas, la toma en brazos cargándola sobre su hombro

izquierdo. Ella no protesta, intuye que es incapaz de pronunciar una palabra; él se dirige a los caballos caminando sobre las piedras.

En el camino la mujer observa que ya se había ocupado de destruir cualquier otra señal de su presencia, antes siquiera de haberla despertado. Los caballos están a más de cien varas de distancia, en una zona pedregosa en la que las pezuñas no han dejado ninguna huella.

Cuando alcanzan la superficie sin arena, vuelve a depositarla en el suelo y la insta a correr hacia los animales a la máxima velocidad. En su vida ha trepado al lomo de un caballo de una

forma más rápida. Sin mirar atrás se lanzan al galope.

El sonido de las herraduras no es más que un eco amortiguado, así que Dolores mira extrañada la figura de los caballos frente a ella; él ha cubierto con paños las pezuñas de las monturas haciendo que, a pesar de cabalgar sobre suelo duro, el ruido sea mínimo. La mujer baja la cabeza, comprobando que su caballo también lleva los improvisados patucos. Mira hacia atrás, cerciorándose de que no están dejando huellas sobre el terreno; solo una nube de polvo blanco, que va decayendo conforme se alejan, alerta de su paso.

Han cabalgado durante horas, hasta que el sol alcanzó su cima y mucho más. Y durante todo ese tiempo, el nudo sobre la garganta de la mujer no ha descendido. El hombre hace girar su caballo y, apretando las bridas para detener la marcha, se gira hasta enfrentarla. Están junto a otro arroyo, esta vez mucho más estrecho y tranquilo. Ella frena su montura y, antes de darle a él la oportunidad de seguir cabalgando, baja disparada hacia el suelo tropezando y se aleja hacia unos matorrales.

Con las rodillas hincadas en la caliente tierra, doblada sobre el abdomen, su estómago se convulsiona en arqueadas vacías durante varios

minutos. Solo aire y gemidos salen de su cuerpo deshidratado cuando él, arrodillado a sus espaldas, le sujeta la frente y el cabello.

No está segura de si quiere llorar o gritar; no sabe si golpear el suelo que la rodea o a su acompañante; así que no hace nada de eso; únicamente se relaja, lentamente, hundiéndose entre sus brazos, mientras todas esas lágrimas, que no acaba de expulsar, le escuecen detrás de los ojos.

—La han violado, la han matado... y no hemos movido un dedo, no he movido un dedo. —El silencio le contesta de nuevo, el silencio y las manos que acarician sus brazos en una comunión muda—. Sé que no teníamos nada que

hacer, pero el saberlo no me hace mejor persona, Adonái. No nos hace mejores.

El viaje se convirtió desde ese momento en una pesadilla. La oscuridad del asalto de Aguastempladas no le había mostrado a Dolores la dura realidad. Tan solo los restos de sangre, que aún perduran en la pechera de su camisión inútilmente lavado, la hacen intuir la crudeza del ataque. Sin embargo, ahora tiene recuerdos vívidos, claros y sonoros en su mente. Puede recordar el rostro de cada uno de los asesinos, la expresión de sus caras, y el miedo y la angustia en los ojos de la mujer. Las noches son largas y aterradoras; los días, incluso peores,

mirando siempre a sus espaldas.

Su acompañante le ha enseñado a buscar agua en las raíces y bayas de plantas que crecen en medio de la nada, ya que según ella cree él procura alejarse de los caminos más transitados.

Ha aprendido a cazar en silencio, a pescar con sus propias manos y a seguir pistas invisibles sobre la arena, las rocas, en los troncos de los árboles. Desde hace dos días, el silencio y horas y horas de nada y sol han sido sus únicos compañeros de viaje.

Fragata Victory, buque insignia de la marina británica, Bahía de Cádiz (España), Sitio de Cádiz, enero de

1812; Guerra de Independencia española (51 años antes)

Desde que su padre le contó la historia, encontrar los diarios era una auténtica obsesión para Arthur Wellesley. Al igual que a su progenitor, la leyenda lo había cautivado, absorbido e incluso, a ratos, pensaba que hasta había anulado su propio pensamiento racional. Hombre inteligente, frío, serio y ambicioso, había conseguido ser el general más joven del ejército británico; una gran proeza frente a sus iguales y un triunfo para alguien que había nacido simplemente como uno de los hijos menores de un conde irlandés casi

arruinado.

Pero todo eso era insuficiente para cerrar la úlcera que permanecía abierta en su interior. Una herida que seguiría supurando mientras no desentrañara el secreto. Llevaba años preguntándose porqué su padre lo había elegido a él. Porqué, de entre sus numerosos hermanos, había sido el destinatario de ese regalo. Un obsequio envuelto en hiel que su progenitor le ofreció dos años antes de su muerte, acaecida ya hacía mucho; al fin y al cabo, por aquel entonces él solo era un muchacho de nueve años. Con una sonrisa pensó que tal vez fuera su afición por la música, compartida con su padre, lo que había provocado esos múltiples momentos de

camaradería e intimidad y finalmente había llevado a las confesiones del conde. Fue una tarde, tras su sesión diaria de violín, cuando le detalló lo que llevaba siendo su obsesión secreta durante años.

Y allí estaba él, casi treinta años después; siguiendo, cual sabueso, la pista que lo había llevado a Cádiz. Se maldijo por ser tan iluso, por no haber comprendido mucho tiempo antes cuál era el verdadero motivo que impulsaba a los franceses a luchar por conseguir entrar en el tómbolo que formaban la isla, en la que se asentaba la ciudad, y el istmo que la unía al continente. Uno de los últimos bastiones de la resistencia

española que ya soportaba casi dos años de asedio.

¡Sesenta mil franceses acantonados en las ciudades de alrededor enzarzados en recuperar un trozo de tierra insignificante! Estaba claro que debía haber pensado mejor en las razones del soberano francés. Si bien era cierto que los restos del desgajado y casi inexistente gobierno español se refugiaban en la ciudad, sabía que lo que aquella resistencia mínima podía preocupar al emperador no justificaba los medios puestos para conseguir el enclave.

¡Ah, sí!, el sagaz francés había husmeado también las pistas que ocultaban las robustas murallas de

arenisca de la ciudad; pistas definitivas hacia su objetivo final; y se había lanzado a por ellas. Afortunadamente él se había dado cuenta a tiempo, justo antes de perder definitivamente la ciudad, y había logrado que su gobierno enviara a Cádiz un ejército angloespañol; desafortunadamente, aún no había logrado hacer desistir a los franceses de su sitio.

El ahora comandante en jefe de las fuerzas británicas en la península caminó por los jardines de proa de la enorme fragata. El buque de guerra, aunque reparado en multitud de ocasiones, no había recuperado su esplendor después de Trafalgar, y sobre

sus mástiles, casco y cubierta eran visibles las cicatrices de la batalla. El navío partiría al amanecer en lo que posiblemente sería su travesía final; retirado del servicio activo acabaría anclado indefinidamente en el puerto de Gosport. El que pronto dejaría de ser buque insignia, permanecía anclado en la Bahía de Cádiz, alejado del alcance de los cañones franceses.

La noche cerrada facilitaba vislumbrar las hogueras que señalaban las posiciones enemigas en la cercana playa; a sus espaldas, la ciudad de Cádiz dormía, o al menos parte de su población; sorprendido, Arthur oyó la algarabía de las fiestas que retumbaban más allá de las murallas. Esos españoles

parecían estar siempre contentos, a pesar de las penosas circunstancias que los rodeaban.

—¡Señor!, el caballero que esperaba ha llegado. —El capitán del velero habló, cuadrándose ante su superior.

—De acuerdo, hágalo entrar.

—Es un hombre muy anciano y enfermo; viene con su hijo, comandante, ¿quiere que también entre?

—Que lo decida él mismo.

Cinco minutos después dos hombres pelirrojos atravesaban la puerta del camarote del capitán. El anciano, un venerable octogenario de juveniles y expresivos ojos verdes brillantes, lo miró con descaro. La piel nívea del

hombre, de una palidez casi transparente, brillaba sobre la blancura de su pañuelo pulcramente anudado; solo leves retazos de cabello, rojizo aún, adornaban su cabeza. Vestía un traje oscuro, impecablemente confeccionado pese al cuerpo extremadamente encorvado, bajo y grueso del hombre. Su hijo, de una edad superior a la suya propia, era una copia algo más alta y mejorada del viejo.

—¡El hombre, por fin! —La voz de Arthur O'Brien, hablando en su inglés natal, era profunda y gutural, nada acorde con el aspecto físico del anciano —. Como ve, he decidido aceptar su amable invitación, comandante.

—Se lo agradezco. Y también que

haya accedido a acudir al barco para nuestra entrevista. Siento las incomodidades para subir a cubierta, señor. Pero se supone que no estoy en la ciudad, no me puedo permitir caer en manos de los franceses y ya sabe que hay miles de ellos en pocas millas a la redonda.

—Sí, una molesta presencia, sin duda. Él es mi hijo: Manuel O'Brien.

—Caballero. Tomen asiento, por favor. —Con un gesto de la mano, les señaló los sillones frente a la amplia mesa del capitán de la nave. Una vez acomodados sus invitados, Wellesley tomó su propia silla junto al escritorio —. Sospecho que sabe por qué lo busco.

—Supongo que por la misma razón por la que lo hizo su padre, el conde de Mornington, durante veinte años; la diferencia es que usted sí me ha encontrado —respondió O'Brien.

—Sé que existen los diarios.

—Cierto, como también sabrá que, al igual que el resto de nobles y personas acaudaladas de Cádiz que se han refugiado en la ciudad, he sido declarado traidor al rey José I y mis tierras y bienes han sido confiscados.

—No pretenda hacerme creer que no los ha traído consigo.

—Claro que no, comandante; no insultaría su inteligencia con tal patraña; ni usted me creería tan simple como

para hacer algo tan absurdo. Mucho menos cuando sé de buena tinta que conoce, si no su contenido concreto, la importancia de lo que en ellos hay escrito; y las derivaciones si cayeran en manos inadecuadas.

—¿Y bien?

—Bueno, eso depende de sus intenciones, de hasta dónde piensa llegar en todo esto. ¿Torturará a un anciano? o, tal vez prefiera obligarme a confesar mientras veo cómo torturan a mi único hijo. —Con una socarrona risa, se volvió hacia el hombre situado en silencio a su derecha; su hijo le devolvió el gesto irónico.

—¡Por los cielos, caballero!; me ofenden sus palabras. No soy ningún

asesino, ni un vulgar ladrón. Como tampoco lo era mi padre; no deseo algo que no me corresponde, pero...

—¡Ah!, la curiosidad, el afán de conocimiento, el poder en sus manos. Algo difícil de resistir. ¿Cierto? —El gesto de leve asentimiento le aseguró a O'Brien que estaba ante un hombre que compartía con él mucho más que un nombre de pila—. Le entiendo, yo mismo he vivido con esa sensación durante años, hasta que encontré lo que buscaba; y le aseguro que la comprensión de lo que hallé me superó. Desde ese momento apenas puedo descansar pensando lo que ese conocimiento ha colocado sobre mis

hombros. ¿Acaso quiere compartir conmigo parte de ese peso?

—¿Estaría dispuesto a cederlo? —El interés de Wellesley hizo que se inclinara sobre la mesa, acercándose a su interlocutor.

—No, comandante. Me temo que ese privilegio se queda para mi hijo. No puedo permitir que nadie más lo sepa.

Durante unos segundos el silencio cortó el aire entre los tres hombres, roto tan solo por las suaves olas que a intervalos regulares golpeaban el casco del barco.

—¿Qué desea, comandante? —Por unos instantes, los agudos e inteligentes ojos de O'Brien parecieron taladrar hasta los más íntimos pensamientos del

militar—. ¿Dinero... o gloria? —Con un gesto de sus manos, el anciano agitó el aire a su alrededor—. No, no responda; sus condecoraciones lo hacen por usted —añadió, señalando la engalanada pechera del militar—. Además de todos los periódicos de Inglaterra. Aunque tarde, siempre procuro que me lleguen. —Irguiendo la cara, volvió a interrogarle con el gesto—. Pero soy curioso, en cualquier caso responda a mi pregunta.

—Ambos, por supuesto —añadió el hombre más joven—. La gloria que da el dinero y el dinero que permite alcanzar la gloria.

—Lo suponía. Pero sabrá que la

velocidad con el que adquiriera el primero influirá en la obtención de la segunda, ¿no es cierto? Sé muchas cosas de usted, señor; cosas que no aparecen en los periódicos; conozco las finanzas de su hermano el conde y de todos sus otros parientes. De hecho, controlo mucho de lo que usted piensa son su dinero y negocios, y los de todos los Wesley. Que no le engañe mi apariencia inofensiva y decrepita, muchacho; tampoco crea que me escondo entre estas murallas porque no tengo adonde ir o porque la amenaza de Napoleón y su títere José I sobre mis tierras y propiedades confiscadas me haya arruinado. No, esa pérdida no supondría para mi patrimonio más que una

milésima parte de lo que soy y tengo. No pretendo pecar de inmodestia, pero está ante un hombre muy poderoso; a pesar de que hace años que salí de Irlanda, y de no ostentar ningún título nobiliario, mi familia es antigua y poseo importantes contactos en Dublín y Londres; relaciones mucho más grandes de lo que imagina; ya sabe... poderoso caballero es don dinero; y un país y un rey como el nuestro necesitan mucho dinero cuando es azotado por la guerra durante años. Y yo, yo tengo mucho dinero. Puedo hacer que se arruinen con un simple gesto todos los Wesley, o Wellesley como prefieren llamarse desde que viven en Londres, que habitan

sobre la faz de la tierra, incluida toda su familia; o puedo llevarle a usted a ese lugar con el que ha estado soñando desde hace años.

—¿Y qué lugar diría usted que es? — lo retó el futuro duque de Wellington.

—¿He dicho lugar? Bien, debo haber errado la palabra; esos lugares, con los que sueña.

—Hable, hable, caballero, ilústreme sobre esos lugares, si es tan amable.

—Uno... —habló O'Brien, levantando el índice de su mano derecha—, por supuesto, es el destino al que lo llevarían esos diarios que tanto codicia y que perturbaron los sueños de su padre durante más de veinte años. El otro. — El dedo corazón de O'Brien también se

extendió frente a los ojos de Wellesley —. ¿Será tal vez que codicia el asiento del primer ministro?

El semblante de Wellesley se distorsionó unos segundos ante las palabras acertadas del anciano.

—¿Y usted, O'Brien?, ¿qué es lo que usted codicia? —El tono elevado hacía retumbar un leve eco sobre las paredes de madera del barco—. ¿Quiere la gloria, la fama, el recuerdo de las próximas generaciones? ¿También codicia la inmortalidad para sí mismo?

—¡Oh, no! —El anciano sonrió, señalando su propio cuerpo—. ¡Míreme!, no soy ni de lejos tan alto y de buen porte como usted. ¿Acaso cree

que desearía permanecer en las mentes de todos durante siglos? No, ¡por los cielos!, que nadie más que mis coetáneos sufran esta visión. —Sonrió de nuevo antes de hablar otra vez—. Hay cosas en este mundo, muchacho, cosas más importantes que usted, yo y la gloria. No pretendo que entienda mis razones ni mis acciones, pero tampoco puedo permitir que las entorpezca. Le aseguro que esos documentos y todo lo que significan nunca estarán a su alcance. Pero estoy dispuesto a facilitar su segundo sueño, siempre que me ayude a deshacerme de ese otro intruso que pretende encontrarlos.

—Bonaparte —aseguró el general con tono serio.

—Así es. Si está de acuerdo con mis términos pronto será recompensado, ¿acaso le apetecería ser conde[6]? —El hombre pelirrojo observó con diversión el amago de sonrisa que rompía los rasgos serios del militar—. Y además, estoy dispuesto a permitir que su curiosidad duerma apaciguada; voy a mostrarle un atisbo de lo que con tanto ahínco investigaba su padre y que usted desea conocer.

—¿Me permitirá ver los diarios?

—Mucho más, mucho más. ¡Olvídese del mapa, le llevaré hasta el mismísimo tesoro!

Capítulo 7

Los comerciantes

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

El joven ha perdido parte del miedo que le atenazaba los últimos días. Poco a poco regresa a las rutas más transitadas, apartándose del desolado paisaje que les había rodeado durante toda la semana. Lleva días sin encontrar

huellas de sus perseguidores y casi ha podido dormir de un tirón la última noche. Debe regresar, completar su misión y devolver a la mujer a su familia.

Volviéndose sobre su montura, la observa otra vez. Le es complicado ver en ella a la niña caprichosa que conoció menos de tres semanas atrás. El sol ha teñido su piel blanca con un suave color canela, él sonrío al comprobar que ese tono vuelve incluso más brillantes y salvajes sus ojos de gata. Hace dos días que no utiliza el ungüento para las quemaduras solares, ya no lo necesita, se ha limitado a aplicarle el extracto de las hojas directamente sobre la piel, lo necesario para atenuar la fuerza del sol.

Está visiblemente más delgada, pero el ejercicio continuo ha convertido sus muslos y brazos en puro músculo. Durante unos segundos, recuerda las nalgas duras y torneadas que por unos instantes ha entrevisto esa misma mañana mientras ella subía a su caballo. Agita la cabeza desechando las imágenes, molesto consigo mismo porque tales pensamientos solo lo distraen de su misión.

Sí, ha cambiado, pero no solo físicamente; sigue siendo gritona, caprichosa y en algunos momentos, más de los que a él le hubiera gustado, realmente provocadora; pero ahora nota que ha dejado de ser una chiquilla, de

golpe y de forma irreversible. Y, a cada instante, tiene que reconocer que es más parecida a la mujer que él ama intensamente y por encima de todas las cosas; muy parecida física y mentalmente hablando. «Búscame», le dijo Luz al despedirse. Y en esos momentos, mientras caminan de regreso, reconoce la verdadera profundidad de sus palabras.

Sabiendo que pronto llegarán a las inmediaciones de donde se suele asentar un campamento gitano, y que habrá hombres en los alrededores, galopa retrocediendo sobre sus pasos para sujetar las riendas de Dolores; quiere estar junto a ella cuando se encuentren a alguien. Sorprendida por su proximidad,

ella le dedica una de sus radiantes sonrisas de dientes blanquísimos, mostrando la leve separación a la altura de los incisivos centrales; ese pequeño defecto le confiere a su rostro un pícaro encanto.

Es difícil que alguien esté cabalgando bajo el calor del mediodía, pero no puede permitirse el lujo de correr riesgos innecesarios llevando consigo a alguien tan valioso; adentrarse en ese territorio, lejos de las ciudades y repleto de bandidos y hombres sin escrúpulos, con semejante mujer es como cabalgar con media docena de caballos purasangre árabes. Una pelirroja de ojos verdes rasgados, tan joven y bonita, será

codiciada por cualquier bandolero que ponga la vista sobre ella. Así que en principio, salvo que le sea completamente necesario, no tiene intención de acercarse demasiado a ningún sitio habitado.

Menos mal que él no es de los que hablan demasiado. No es que no sea sociable, se dice montando junto a la muchacha; pero siempre ha preferido escuchar a expresar sus propias ideas. Esas las guarda para sí, conocedor de que la información puede llegar a ser la mejor arma contra un enemigo. No, no es muy hablador, pero tres semanas sin mantener una conversación, salvo con sus caballos, es más de lo que cualquiera soportaría. Ella, en cambio,

no parece tener ningún problema, habla sola continuamente, aunque realmente siempre se dirige a él, para finalmente contestar sus propias preguntas.

La tarde llega lentamente, de nuevo tras horas de monótono cabalgar en silencio. Un silencio que se rompe justo en el instante previo a la caída del sol. Y es que, mucho antes de que el sonido de los cascos llegue a ellos, la nube amarillenta se eleva sobre el horizonte.

—¿Qué pasa? —Dolores ha notado cómo él ha cambiado la posición sobre el caballo, y rompe el silencio con la pregunta.

Erguido sobre la montura, no se vuelve hacia su interlocutora; mira intentando enfocar el bulto que se aproxima, entrecerrando los ojos deslumbrado por la puesta de sol. Caballos, y deben de ser varios a juzgar por la polvareda que levantan. Nota cómo ella se aproxima, agarrándole el muslo sobre los pantalones; la rigidez le hace clavarle los dedos.

Tiene miedo.

—¿Qué pasa, Adonái? No son los bandoleros que nos persiguen, ¿verdad?

Él retira su mano, separando uno a uno los dedos que se niegan a abandonar el contacto. La mira unos segundos, tratando de transmitirle calma.

Finalmente se enfrenta en la dirección de los extraños; ninguna escapatoria es ya posible.

Los jinetes los han visto y se dirigen al galope hacia ellos. Resignado, tira de sus caballos, colocándose junto a ellos, de forma que tapen al máximo la figura femenina a sus espaldas.

Son solo cuatro; algo más aliviado comprueba que no parecen bandidos, más bien un grupo de gitanos comerciantes de ganado. Solo portan cuchillos y dos antiguos ejemplares de rifle, enganchados torpemente sobre sus caballos, que es dudoso que aún funcionen. Visten pantalones de paño grasientos, mezclados con camisas de payos con mangas y cuellos cortados

desde las costuras. Los que cabalgan al frente parecen algo más viejos, por encima de los cuarenta; los otros dos pueden ser sus hijos, a juzgar por el parecido de los rasgos alargados. Menos preocupado, aunque sin separar demasiado la mano del cuchillo sobre su cadera, endereza el cuerpo enfrentándose al cabecilla.

—¿Te has perdido?

La voz aguardentosa y ruda, incisiva, habla en el dialecto caló y llega acompañada de olor a alcohol. Aunque no se tambalean sobre los caballos, sus compañeros parecen incluso algo menos sobrios. El joven sonríe para sus adentros, esos cuatro no supondrán

mucho problema si deciden atacarlos.

—Buen día —saluda, manteniendo sus manos donde sean claramente visibles a la vista de los hombres.

El joven no tiene intención de provocar ningún enfrentamiento si le es posible; cualquier lucha podría acabar con la mujer herida, y allí, en medio de ninguna parte, una lesión leve no podría ser curada adecuadamente. No, repartirá sonrisas cínicas si es necesario.

En silencio, Dolores observa la espalda erguida de su compañero, dejándose ver lo mínimo para evaluar a los extraños; ha empezado a temblar desde el momento en que comprobó que no eran caballos de campesinos los que se dirigían a ellos; no entender

prácticamente ni una palabra de lo que hablan la hace sentirse incluso más desconcertada y nerviosa.

El pelo negro del hombre le tapa la visión movido por el viento; sus fuertes espaldas, su altura y el porte erguido lo diferencian de los otros gitanos situándolo en otro nivel de varón, dejando traslucir la herencia guerrillera que emana. Su aspecto hace que los demás tiendan a moverse con extrema cautela.

Un suspiro de alivio recorre el cuerpo de la mujer, algo le dice que matará sin pestañear a cualquiera que se acerque a ella.

—¿Vienes a comerciar, muchacho? —

pregunta finalmente el hombre más viejo.

—Te equivocas, voy de vuelta a casa, ya comercié con todo lo que tenía para vender —responde.

El brazo que agarra la brida del caballo de Dolores se tensa en un movimiento solo visible para la mujer. Ella continúa examinando a su compañero. Bajo la camisa puede ver los músculos tirantes de la espalda, esperando el siguiente movimiento de los desconocidos.

—Ningún hombre por debajo de los ochenta años diría que no tienes nada para vender. —Moviendo su caballo, el extraño se sitúa en una posición que le permite ver lo que esconde—. Eso que

tienes a tus espaldas vale mis veinte mejores caballos... y mi mujer también, si la quieres. —Las palabras son coreadas con risas y gritos de sus compañeros.

Comprendiendo que ocultarla no hará más que alargar la conversación, deja que Dolores sea casi completamente visible.

—Te he dicho que nada de lo que llevo es para vender. ¿Tendré que hablar en otro idioma? —Las risas cesan de pronto ante sus palabras. Los gitanos, claramente conscientes de la fuerza del hombre, cambian sus expresiones vistiéndolas de desconcierto y un leve temor.

—No, amigo, no hará falta; no somos tus enemigos y este hombre no tiene suficientes caballos para pagar una mujer como la tuya. De cualquier forma, dudo que mi hijo me dejara cambiarla por su madre —bromea, volviéndose hacia el hombre joven a su izquierda. De nuevo las risas parecen relajar el momento de tensión—. Yo soy Joel. Es casi el atardecer y llevamos todo el día cabalgando; si quieres, esta noche compartiremos la cena contigo y con tu compañera.

—Adonaí. —Aunque receloso, asiente con la cabeza diciendo su nombre, consciente de que una negativa puede humillar el orgullo de aquellos

hombres, y que, por otro lado, al aceptar la invitación está obligando a Dolores a pasar un rato desagradable, ya que no puede asegurarle con palabras que aquellos hombres no suponen ninguna amenaza para ellos.

—Muy bien, compañero, media legua al norte nuestras familias nos esperan en un lugar agradable para pasar la noche. Hoy hemos tenido muy buena caza y...

—Mirando hacia los lados, Joel se acerca a su oído hablándole en susurros — mi mujer es fea como el pecado, pero cocina el mejor conejo que hayas probado.

—Muy bien, Joel, estoy deseando conocer el conejo de tu mujer. —Las risas del hombre esparcen aun más el

olor a orujo sobre su delicado olfato.

—Ja, ja, ja. Estoy seguro de que después de probar el de la tuya ninguno te sabrá igual. —El hombre habla, mirando directamente a Dolores con ojos apreciativos, mientras él da gracias a los cielos porque ella no entiende ni una sola palabra de lo que hablan.

*Vitoria, España, junio de 1813.
Última etapa de la guerra de
Independencia española. Francia se
dispone a desocupar España (50 años
antes)*

Era el final. La batalla, el país y la

corona se habían perdido. Las tropas francesas, que escoltaban a José I, huían de España fustigadas por las tropas británicas, españolas y portuguesas al mando del duque de Wellington.

Para el general Louis Dubois la pérdida era mucho más inmensa. Debía abandonar la posibilidad de seguir la última pista que lo llevaría hacia su descubrimiento; justo cuando casi creía poder alcanzarlo con los dedos. El contexto político, en el que con seguridad quedarían los gobiernos españoles y franceses tras la guerra de la independencia española, le imposibilitaría volver al país en bastante tiempo. Mucho peor sería enfrentar la ira del emperador, al que

prácticamente había prometido entregar la situación exacta del emplazamiento.

Con paso enérgico, saludó al soldado que custodiaba la casa donde llevaba residiendo junto con toda su familia los últimos meses. Mientras atravesaba el hall, uno de los jóvenes cadetes que ayudaban en la cocina le indicó dónde estaba su esposa.

Tres largos pasillos lo llevaron hasta la puerta del salón, en el que ella cosía sentada junto a un ventanal abierto de par en par.

—¡Nos vamos mañana! —La mujer elevó los ojos castaños desde su labor de bordado para enfrentar a su esposo —. Partiremos a las siete de la mañana

hacia la costa. Lleva lo mínimo, los barcos están a rebotar de soldados y solo disponemos de un camarote para todos. Tendremos que adaptarnos a dormir los cinco en dos camastros.

—¿Mañana? ¡No podemos salir mañana! ¡Marcus no puede viajar! Sabes que tiene sarampión, no lo dejarán subir a bordo.

—¡Demonios!, pensé que ese niño ya estaba mejor.

—Es cierto, ya no le sube la fiebre y las pocas manchas que le quedan están secando; pero no le permitirán embarcar mientras sea tan evidente lo que tiene, aunque ya no contagie —le aclaró su esposa.

—No puedo permanecer aquí, ni

dejaré que los pequeños lo hagan. Marcus deberá quedarse.

—¡No abandonaré a mi hijo! —La mujer se levantó, haciendo resbalar su labor de costura hasta el suelo.

—¡No vamos a abandonar a nadie, mujer! Recuerda que tienes dos hijos más pequeños que dependen de ti. Partiremos mañana los cuatro. Marcus es lo suficiente mayor para estar sin ti unos meses y lo bastante pequeño para que ningún español le haga nada. Escribiré una carta a mi hermana, sabes que ella vive en Sanlúcar, le pediré que se ocupe del muchacho hasta que podamos volver a por él.

—No me gusta, Louis. ¿Cómo le diré

a mi hijo que nos marchamos sin él?

—Yo me encargaré de explicárselo.

Antes de esperar el permiso de su mujer, Dubois salió de la estancia en dirección a la habitación de su hijo mayor.

El hombre entró en el amplio y oscuro aposento renegando en voz alta.

—¡Maldito matasanos!, ¿por qué se empeñará en mantener esta oscuridad?

De un solo gesto, retiró los paños rojos que cubrían los vidrios maltrechos de las anchas ventanas; dejó que el aire caliente del exterior y la clara luz del sol de junio atravesaran la estancia, hasta iluminar el frágil cuerpo sobre la cama. El muchacho, blanco como la nieve donde la enfermedad no había

atacado la piel, y con el cabello oscuro, agitó los párpados intentando enfocar a su padre.

—¿Padre?, me duelen los ojos. —El chiquillo se quejó ante la súbita claridad.

—Te acostumbrarás en unos instantes, Marcus. Tengo que hablar contigo de hombre a hombre y quiero verte la cara.

—¿Hemos perdido la guerra?

—Parece que sí, pero eso ya lo sabíamos tú y yo. —Sentándose sobre el colchón, el hombre tomó la mano de su hijo.

—¿Y los diarios, padre?, ¿los has encontrado? No dejarás que se los queden ellos, ¿verdad?; llevas años

buscándolos y te mereces encontrarlos. ¡Volverás a Francia como el más grande descubridor de la historia!

—Sí, hijo, pero no mañana... y recuerda, nunca debes contar a nadie lo que sabes, me podrían acusar de alta traición y toda nuestra familia sería ejecutada.

—No, padre, ni una palabra, ya sé que solo lo debo hablar contigo y cuando el lugar sea seguro.

—Bien, Marcus, eso espero, ahora tengo algo que decirte, mañana...

Durante la noche siguiente, una tormenta de verano en el Golfo de Vizcaya cambiaría para siempre el futuro de Marcus Dubois.

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

Aliviado, el joven nota que la muchacha está algo más tranquila desde que él se acercó para tomar su mano durante unos segundos, asegurándole con la mirada que todo estaba bien. Ninguno de los gitanos le ha hablado en castellano, posiblemente el aspecto extranjero de la mujer los confunda. A su vez, ella parece asimilar que, como él mismo, ninguno conoce el español, salvo de forma rudimentaria.

Ese tipo de grupos, y a pesar de las leyes que se lo han prohibido una y otra

vez, se empeña en comunicarse entre ellos en su propia lengua, derivada del romaní y adaptada a los giros y la gramática española. En muchos casos, expresándose en un castellano mal pronunciado y conjugando las frases de forma inadecuada; introduciendo palabras caló que hacen difícil el entendimiento para los payos, especialmente para los de origen acaudalado cuyo español es mucho más refinado.

Ella se limita a observarlos y sonreír; parece disfrutar admirando el pequeño campamento, compuesto por una docena de carromatos dispersos habitados por aproximadamente treinta gitanos, entre hombres, mujeres y niños que se agrupan

en el exterior y conversan aprovechando el frescor que trae la caída del sol.

En cambio, a él, habituado a ese paisaje, lo que más le sorprende y agita sus sentidos es el sabroso olor a tentadora carne guisada. No lo ha notado con anterioridad, pero siente la lengua pegada a la parte superior de la boca, hinchada y seca después de tres semanas de comer su odiosa carne seca de caballo, aderezada con sorbos de agua sucia los días que han tenido suerte.

Sonríe, está seguro de que ella hubiera muerto de inanición si hubiera sospechado, siquiera por un momento, que estaba comiendo caballo.

¡Ah...! ese conejo huele realmente

delicioso, y se relame pensando en el placer que le espera y en la posibilidad de ahogarse en un chorro de agua fresca. Definitivamente deberá replantearse su vida como gitano errante, tal vez está entrando de cabeza en la madurez, y su cuerpo, acostumbrado a las comodidades de los señores andaluces, se resiente cada vez más en ese tipo de aventuras.

Plenamente consciente de que la mayoría del campamento se reúne en torno a la hoguera central, y de que todos aquellos ojos están puestos en la extraordinaria criatura de cabello cobrizo que se aprieta a su cadera, mientras se aproximan para compartir la cena con sus anfitriones, el joven agarra

la cintura de Dolores, señalando a todos, si aún no ha quedado lo suficientemente claro, quién es su dueño.

Ella vuelve a tener miedo; sabe que aún padece pesadillas nocturnas sobre el ataque a la caravana. Él mismo se ha despertado en varias ocasiones con el corazón agitado, dispuesto a enfrentarse a dos docenas de hombres, para salvar a la mujer clavada sobre el carro, la mujer de cabellos pelirrojos, que por unos instantes luce el rostro de Dolores. Sentados, de nuevo ocupando casi el mismo espacio, observa cómo la muchacha aprieta con nerviosismo la piel de cordero que les sirve de estera.

—Shhhh, Dolores —dice,

descendiendo hasta su oído a la vez que le acaricia el hermoso cabello; ahora limpio y de rizos definidos por obra y gracia de la mujer, realmente fea pero inmensamente agradable, de su anfitrión. Finalmente, deposita un ligero beso en su sien que ella retribuye con una enorme sonrisa de gratitud y aspecto de estar más relajada.

Mientras comen la sabrosa cena, habla con los miembros del grupo, la mayoría de las veces teniendo que contestar más de una curiosa pregunta a la vez. De vez en cuando, se levanta un poco de brisa y él se descubre embelesado observando cómo se agita el cabello, brillante como una llamarada, de su compañera. En esos

instantes, comprende las miradas de asombro y envidia que le dirigen cada uno de los hombres allí congregados.

—Eres muy valiente para cabalgar en solitario con una muchacha así, más aún sabiendo que Cayetano el Negro anda buscando una mujer de pelo rojo. —Joel le habla con un tono repentinamente serio para un hombre tan jovial.

—¿Por qué haría el Negro algo así? —contesta el joven—. Dudo que desee tener hijos pelirrojos, siempre busca andaluzas de piel oscura para engendrar a sus nuevos asesinos.

—Oh, no, me temo que esta que busca no tendrá la suerte de dormir en su cama de pulgas. Según he oído andaba tras

ella para vengarse, creo que mató a su hijo mayor y a su sobrino.

—¿Andaba tras ella?, ¿ya no lo hace?

Adonaí tensa los músculos del cuello mientras habla, al comprender que es de Dolores de quien hablan, y que aquellos hombres muertos en el cortijo no eran simples subordinados de Cayetano el Negro.

—Al parecer la encontró hace unos días, arrasó la caravana en la que se escondía y la mató; dicen que su hermano, Josuel, la degolló con sus propias manos.

—¿Y cómo sabían qué mujer tenían que buscar?

—Encontró a su sobrino con los pantalones bajados sobre un charco

procedente de su propia garganta, abierta de lado a lado; en el puño aún mantenía un mechón de pelo rojo. No hay muchas mujeres con ese color de pelo en esta zona de Andalucía, encontrarla no le llevó mucho tiempo.

El joven tiembla imperceptiblemente unos segundos, comprendiendo el peligro inconsciente que han corrido durante casi tres semanas. Siempre ha sabido que los bandoleros que los perseguían eran hombres de Cayetano el Negro; conoce perfectamente sus costumbres y hasta las huellas que dejan sus caballos, pero nunca pensó que la venganza movía al propio Cayetano, el hombre más sanguinario que ha nacido

en Andalucía en el último siglo.

La noche es hermosa; Dolores podría decir que la leve brisa refresca agradablemente el calor del día y hasta juraría que, si agudiza los sentidos, consigue oír como fondo el sonido rápido y continuo del agua de la diminuta cascada en la que se ha bañado esa tarde con ayuda de sus anfitrionas.

Lo cierto es que ha sentido pánico cuando él ha permitido que la apartaran y la arrastraran hacia el río; pensó que la ahogarían sin que él moviera un solo dedo. Pero aunque a tirones, las sonrisas de las mujeres la han acompañado todo el tiempo mientras le lavaban el cuerpo

y el pelo. Incluso le han regalado uno de sus vestidos de suave lana, aunque ella cree que tapa aún menos que su manta poncho. Si Manuela la viera en esos momentos, rezaría tres rosarios por la salvación de su alma.

Sí, ellas son realmente agradables; hasta le han facilitado un peine y dos collares de cuentas de colores que ahora le adornan el pecho. Ellos sin embargo son un problema. Sentada junto a su compañero, rodeando la hoguera frente a la que han cenado, comparten la noche con todo el grupo de lo que parecen simples comerciantes de ganado. Cada vez que Dolores mueve la cabeza sorprende algún par de ojos mirándola.

Y no es curiosidad lo que ve; se siente como una potra en una manada de caballos en celo. Por eso, sigue arrimándose a su compañero, al que parecen divertirle mucho las maniobras del hombre que se sienta a su lado. Piensa que es el patriarca del grupo por el respeto con el que se dirigen todos a él. El mismo hombre flaco y de rostro alargado que se encontraron en el camino y que parece, a juzgar por cómo se divierten, ha hecho gran amistad con el joven. El mismo que le sonrío mostrando sus dientes picados cada vez que, sin evitarlo, ella se gira para encararlo y comprobar dónde se sitúa; inevitablemente, su cercanía ha aumentado peligrosamente desde que el

orujo empezó a correr por el grupo.

Dolores no suele beber, como tampoco suele bañarse ni comer con gitanos; ni pegarse a un hombre tan descaradamente como lo hace ahora con su acompañante. Pero hace semanas que su vida no es lo que era, así que acepta el jarrillo de la fuerte bebida que el joven le ofrece; supone que él lo ha hecho en un gesto de broma, o eso parece, por la cara de asombro que ha puesto cuando ella ha aceptado.

Tras un leve trago, el líquido le atraviesa la garganta como una bocanada de fuego. Pero no piensa mostrar la menor debilidad ante las decenas de pares de ojos que la escrutan; así que

mira desafiante a su público y vuelve a beber un segundo sorbo, esta vez mayor. Evidentemente ha sobrestimado su aguante, porque ese segundo trago le araña la garganta como si por ella descendiera un gato salvaje, provocándole tal ahogo que la hace ponerse de rodillas para toser doblada sobre la cintura.

No sabe qué ha dejado visible en esa postura tan poco apropiada, pero ha sentido claramente la mano que ha llegado hasta su trasero desnudo.

Aun antes de recobrar la respiración, de un salto se endereza, haciendo que la falda baje hasta su límite inferior, apenas unas pulgadas por debajo de las rodillas y se coloca, sin pensarlo

siquiera, sobre el regazo de su sorprendido compañero. Él no atina más que a sujetarla por la cintura, para evitar que ambos caigan hacia atrás, y a abrir las piernas para mantener el equilibrio.

Una leve mirada a su izquierda la hace temblar cuando el patriarca le guiña visiblemente su ojo arrugado; ella se vuelve hacia el joven, agarrándose a su cuello. Los otros gitanos se han reído a carcajadas ante la cara de sorpresa de su acompañante.

Abochornada, entierra la cara en el hueco de su hombro, oyendo cómo él le habla en su idioma, posiblemente interrogándola acerca de su actitud.

—Sé que no me entiendes, Adonaí,

pero, por favor, no me quites de aquí, ese gitano sin dientes me acaba de pellizcar; no pienso moverme de donde estoy.

Aunque los rizos sueltos le cubren a Dolores casi toda la cara en esa posición, aún puede ver su rostro sobre ella. Él le dirige una sonrisa burlona y mete la mano bajo su vestido, para acomodarla entre sus piernas; por unos momentos duda de si la ha entendido cuando sus dedos le acarician la piel unos instantes. Levanta la cara retirando el pelo completamente, para observar su gesto mientras él habla en voz alta. Los otros hombres que los rodean vuelven a reír, esta vez mucho más sonoramente, ante las palabras del hombre.

Desorientada se gira sobre sí misma, intentando entender qué les provoca tanta risa; sus movimientos parecen provocar aún más hilaridad. Finalmente, se queda mortalmente quieta cuando observa al jefe del grupo dar un codazo a su acompañante, para luego mover las caderas de forma claramente descriptiva.

De espaldas a él, encajada entre sus muslos, no alcanza a ver ni entender la respuesta de su compañero, pero nota cómo vuelve a arrimarla hasta su torso, encerrándola entre sus brazos.

Su mente de señorita virginal comprende, aunque tardíamente, el tipo de conversación que está teniendo lugar.

No suele ser mojigata, pero le molesta ser la protagonista de una conversación, especialmente ese tipo de conversación, y no entender lo que se dice. El hecho de que el joven haya participado en ella sin ningún reparo le molesta.

Enfadada, pega la barbilla al pecho y escudriña a su alrededor, rodeada de rostros rubicundos y divertidos. Sí, es una muchacha, una señorita, pero no tan tonta como para no comprender lo que se cuece a su alrededor. Ha visto animales, caballos, cerdos, perros y gatos haciendo eso que hacen hembras y machos de todas las especies. Ha oído las conversaciones desinhibidas de las sirvientas después de pasar la noche con el hombre de sus sueños; y una vez, hace

tres años, escondida en la cuadra, permaneció casi hora y media oculta, atrapada entre la puerta y una pareja de empleados de su padre que adoptaron, ante sus asombrados ojos, las más increíbles posiciones anatómicas que jamás habría imaginado.

Con el corazón retumbando, consciente de lo delicado de la posición, estira las piernas, con lo que acaba colocando la parte posterior justo en el hueco de la pelvis del hombre, hasta rozar sus pantalones; y empieza a erguirse hacia atrás, advirtiéndolo cómo él reacciona ante el avance, colocando sus manos a ambos lados de sus caderas, en lo que cree es un intento de reducir el

roce que inevitablemente se va a producir.

Azorada, aunque decidida, se apoya sobre las palmas de las manos y, bajando la cabeza, se impulsa de nuevo hacia atrás para vencer su oposición con un brusco movimiento. Inmediatamente es consciente de su éxito, cuando comprende que ha logrado atrasar aún más de lo que estaba su cuerpo, golpeándolo.

El quejido sordo a sus espaldas le indica que ha dado de lleno en el blanco.

Tras unos instantes, él explota en una enorme carcajada que la agita casi completamente, haciendo que se una a él unos segundos después. Luego, todo el

campamento parece participar de la diversión.

Se aparta, para permitirle al hombre recuperar la compostura mientras se disponen a pasar una velada junto a sus anfitriones. Su agitada respiración, durante más de diez minutos, y la forma en que él contesta, utilizando solo monosílabos cada vez, le confirman que tardará bastante más que ella en recuperar la calma.

Uno de los hombres, uno bajo que se mueve con agilidad, acerca más leña a la hoguera para avivar el fuego, en tanto otro prepara el tabaco que se disponen a fumar. Si cierra los ojos, ella casi puede creer que está en una velada en el

cortijo; sentada sobre el sofá del salón mientras sus invitados toman vino y comentan trivialidades. Solo que, allí, nunca estaría apoyada en el pecho de un hombre, y que no entiende una palabra de lo que se dice. Si estuvieran hablando en castellano, podrían muy bien haber pasado por burgueses, contando historias y haciéndose bromas unos a otros. Las voces guturales parecen subir de volumen cuando el tiempo y el alcohol empiezan a correr, en un tono de discusión, pero amigable.

De vez en cuando alguien ríe y, poco a poco, el sopor la atrapa en un duermevela.

Isla de Santa Helena, océano Atlántico (a casi 700 leguas de distancia de la costa occidental de África), 25 de abril de 1821 (42 años antes)

Fue el 25 de abril de 1821 cuando Napoleón Bonaparte, exemperador de los franceses, se sentó por última vez por sus propios medios; si bien habría que matizar que, pese a sus esfuerzos, para los últimos movimientos de acomodación sobre el lujoso sillón, tapizado en verde inglés, necesitó la ayuda de su inseparable asistente personal y general de brigada, Charles Tristán, conde de Montholon.

La butaca, colocada estratégicamente junto al ventanal del comedor de la villa de Longwood House, permitía a su ocupante una vista cenital de la llanura azotada por los vientos en la que se situaba la construcción. Desde su último trono, el hombre, de solo cincuenta y un años, gastado por la enfermedad, las derrotas y la desesperación, contemplaba el movimiento sinuoso de las espesas ramas de un gran helecho gigante, único habitante de la amplia y rocosa campiña que se extendía ante él; una acuarela monótona hasta el horizonte donde el paisaje se fundía en la amalgama de azules que formaban el cielo y el mar atlántico.

Era media tarde y, como cada día de los últimos tres meses, amputadas por la enfermedad sus esperanzas de deambular por las rocallas que daban al mar, se sentaba en el mismo lugar a aquella misma hora. A pesar de sus ansias de lucha, era consciente de que el final estaba próximo.

—¡He dicho que no quiero y no quiero! —De un manotazo, rechazó la taza de té que le acercaba su asistente.

—Señor, debe tomar la medicina, y no creo que sea bueno con el estómago vacío. —Charles Tristán insistió, acercando la loza humeante.

—No creo que mi estómago esté precisamente vacío —dijo en un

ronquido, mientras se acariciaba el abultado vientre.

Desde su juventud, el que fuera emperador de los franceses había estado aquejado del estómago; sufriendo una continua pesadez y un recurrente dolor agudo, que algunos de los médicos que lo habían tratado describieron como una posible afección hepática. Pero él no era iluso, no se engañaba y últimamente sospechaba que había algo más; o bien le estaba atacando un cáncer de estómago, la misma dolencia que había acabado con su padre o, como sospechaba desde hacía semanas, su enemigo tenía un nombre más humano y unos medios más rápidos para acabar con él. ¿Arsénico?, ¿belladona?,

¿cicuta? No tenía suficientes conocimientos científicos para decidirlo. En cualquier caso, el nombre del producto en cuestión le era indiferente: veneno sin lugar a dudas; así como el del hombre que se lo administraba: traidor.

—¡Tristán!, ¡Tristán! —Haciendo un esfuerzo, consiguió elevar la voz, para llamar al hombre más joven que se alejaba con la taza de té.

El conde se volvió justo en la puerta.

—Dígame, señor.

—Tráigame una bebida para aplacar mi estómago; pero no se le ocurra traer té, ¿quiere ahogarme con esa maldita costumbre inglesa? ¡Café!, el más negro

que encuentre.

—No sé si el doctor estaría de acuerdo, creo que el café es demasiado...

—Soy un moribundo, conde. Un hombre derrotado a las puertas del averno. ¿Me negará un último deseo? — El tono sarcástico de Napoleón no pretendía suplicar, sino imponer su voluntad—. Traiga una para usted también. Eso, si es capaz de compartir mi bebida.

Acompañado por los ecos de la risa de Bonaparte, el conde se alejó en dirección a la cocina. Tristán solo necesitaba tirar de la campanilla para que uno de los sirvientes acudiera con rapidez. A pesar de ser un soberano

destronado, Napoleón seguía infundiendo respeto por cada poro de su piel, y los criados, internos en la casa, no osarían hacerlo esperar un segundo más de lo necesario. Pero el conde prefería alejarse al menos unos minutos del enfermo; ese distanciamiento le permitía serenarse y convencerse de que cuanto hacía era, única y exclusivamente, lo que debía hacerse.

Cuando regresó, cargado con una pequeña bandeja con dos diminutas tazas calientes, la mirada acerada de Napoleón se cruzó con la suya por unos instantes; algo que no ocurría con asiduidad si el conde podía evitarlo.

—¿Mis criados no desean servirme,

Tristán?

—He preferido que su alteza sea molestado lo menos posible. Como ve, puedo cargar con facilidad con la tarea.

—Encomiable su devoción hacia mí. Venga aquí. —Con la mano derecha señaló la butaca situada a su lado, separada tan solo por una pequeña mesita de su propio sillón—. Siéntese, hábleme de nuestra amiga Europa, ¿qué noticias llegan del viejo continente?

—Le puedo decir poco más que ayer, señor; ya sabe que no ha llegado ningún barco desde hace diez días.

—Sí, el mundo se mueve despacio en este limbo en el que estamos. —Con pulso tembloroso, alargó ambas manos para tomar entre ellas la taza que se le

ofrecía—. Un limbo en el que solo se me permite pensar.

—¿Y qué piensa, señor?

—¡Ah, cientos, miles de cosas! Pero sobre todo pienso en mis errores y mis aciertos; en las batallas ganadas y en la guerra perdida.

—¿La guerra? —preguntó Tristán, mientras tomaba su propia taza, abandonando la bandeja sobre la mesa auxiliar antes de sentarse en la silla que le había señalado el emperador—. ¿Cuál de las guerras perdidas?

—Guerras no, guerra; en definitiva, solo hubo una al fin y al cabo; la guerra entre Napoleón y los suyos y el resto de Europa, del mundo.

—¿Y qué piensa sobre ella?

—Que la juventud es un mal por el que todos tenemos que pasar. Me equivoqué al usar mis armas. Era oro lo que debí arrojar a mis enemigos, no mis balas. La astucia y no el valor es lo que forjan los imperios, las grandes civilizaciones; el dinero lo que mueve el mundo y no la pólvora. —Con un soberano esfuerzo, alargó el brazo para depositar la taza sobre la mesa—. Lástima que lo entienda justo en este instante, cuando ya no se me permitirá vivir la otra mitad de mi vida. —Girado hacia la ventana, dejó de hablar.

—Nada es eterno, todos tenemos que morir algún día —susurró Tristán sobre

el borde de su propia taza.

—Sí, y yo estoy dispuesto; lo que no quiere decir que me resigne a ello. No, no quiero ser inmortal.

—¡Usted ya es inmortal!

—Gran cosa, sí, señor. Hagamos un trato, Tristán: a cambio de mi supuesta inmortalidad me quedaré con su juventud y sus próximos cuarenta años de vida.

—Yo no soy nadie, no le gustaría estar en mi piel. Mi paso por el mundo tal vez no lo recuerde nadie dentro de solo cien años; pero usted, ¡usted es grande!

—No se subestime, puede que sea más recordado de lo que piensa[7]. — Con agónico esfuerzo, intentó

inútilmente alcanzar de nuevo la taza—. En cuanto a la grandeza, siento informarle de que tampoco ella es inmortal. Todo puede acabar desapareciendo. La arena, un terremoto o el agua pueden acabar en un día con una civilización que ha perdurado milenios, borrar de un plumazo años de historia y ocultar ese esplendor para las generaciones futuras. ¿Qué no hará con un simple hombre? Créame, he visto lo que hace el tiempo y la naturaleza con la grandeza y he pasado mucho de mi vida tratando de desenterrar parte de ella. Lo irónico es que llegué a encontrar mucha, por desgracia no consideré que fuera suficiente. Es difícil decir basta cuando

se llega a atisbar una fracción de todo lo que hay oculto. —Napoleón permaneció en silencio unos instantes, observando la pasividad de su interlocutor ante sus inútiles intentos por alcanzar la bebida. Finalmente, desistió de un segundo sorbito de café, para volver a recostarse sobre el sillón—. Dígame, Tristán, ¿por qué sigue al lado del derrotado? ¿Qué es usted en realidad?: ¿un soldado?, ¿un amigo?, ¿o un mero comerciante?

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

Para cuando amanece, el hombre ya ha salido de la carreta que sus

anfitriones les habían cedido. El orujo que bebió la noche anterior empieza a pasarle factura a Dolores en cuanto levanta la cabeza del mullido colchón.

Él regresa, encontrándola despierta y preparada para partir; y ahora la mujer se encuentra triste porque tienen que volver a marcharse. Ayer, cuando vio a esos hombres cabalgar hacia ellos, no podía imaginar que sentiría alejarse de esas familias tan solo unas horas después.

Nota a su acompañante algo distante; anoche, justo antes de acostarse, también lo advirtió, cuando ya dentro del carro situó su colchón de lana en el extremo más alejado al de ella. Entonces lo

achacó a que posiblemente él también había bebido más de la cuenta y no quería aparecer como un borracho excesivamente patoso.

Hoy está sobrio y mucho más frío. Ignorando su actitud, ella sale para encontrar a sus caballos perfectamente pertrechados y una bolsa de provisiones ya preparada. En menos de una hora han desayunado y se han despedido de sus nuevos amigos; aunque, para su disgusto, no ha podido resistirse al abrazo del jefe, ante la sonrisa irónica del joven. Él salta sobre la silla de su gran caballo blanco, coge las riendas del animal de carga y se dirige hacia ella para indicarle el sentido en el que deben marchar cabalgando de nuevo.

Después de recorrer el borde del río durante horas, el hombre hace aminorar el paso de sus monturas y empieza a observar el horizonte, Dolores cree que busca algún punto de referencia conocido. Todo lo que la mujer puede ver es la abrupta sierra que aparece frente a ellos y el páramo desierto al otro lado del río; ninguna señal o camino mínimamente visible o más transitable que cualquier otro. De hecho, si no supiera de antemano que él conoce perfectamente por dónde ir, pensaría que está perdido.

Él desciende de su caballo y se

acerca hasta agacharse a la orilla del río. En ese punto tiene más de diez varas de ancho y parece que es imposible de vadear.

Un minuto después el hombre se yergue observando la otra orilla con detenimiento. Agudizando la vista, Dolores logra distinguir lo que ha llamado su atención: las siluetas de varios hombres, montados a caballo, que parecen acercarse al río. Esta vez, la muchacha comprueba rápidamente que no son gitanos.

—¿Comerciantes? —pregunta.

—Bandoleros. —Dolores se sorprende cuando, inesperadamente, él responde a su pregunta con un deje despectivo, en lo que parece es una

palabra utilizada también en su lengua.

—¿Bandoleros? —repite más que pregunta. Él se gira asintiendo y señalando el río, que los separa de los desconocidos con su fuerte caudal—. No pueden cruzar el río y supongo que esa es una buena noticia —piensa ella en alto.

Perfiladas por el malva y el naranja de la puesta de sol, las siluetas se van ampliando a medida que se acercan a la orilla opuesta. Son siete hombres, todos ellos españoles armados y tocados con sombreros cordobeses. Aunque ella sabe que se suelen disfrazar de comerciantes y vendedores ambulantes, y que normalmente hacen su vida

negociando con los pequeños pueblos y aldeas de la región, también ha oído decir que esos grupos de hombres no siempre se dedican a negocios legales. Comercian con productos manufacturados, como herramientas o telas, a cambio de aceite, frutas o ganado, pero también con armas de fuego y pólvora, y en ocasiones, atacando a incautos viajeros. Concretamente estos, demasiado armados para ser solo comerciantes, los miran desde la distancia durante unos instantes.

El aire es tenso, y da gracias a Dios por ese accidente natural que los separa. Uno de ellos sonríe, haciendo que su boca se tuerza en un gesto involuntario,

a la vez que retira el sombrero de su cabeza para dedicarle a Dolores una irónica reverencia; luego, gritando a sus compañeros, hace dar la vuelta a su gran caballo gris. Segundos después, se desvanecen al desaparecer tras un tupido grupo de árboles.

Aunque ella ha esperado largo tiempo conteniendo el aliento, su compañero tarda unos minutos más en volver a montar en su caballo y dirigirlos en el sentido contrario al que llevaban los bandoleros al otro lado del cauce. Afortunadamente, el próximo paso vadeable del río está a más de una legua.

—Espero que ese grupo también haya

tenido suerte, y ya estén al otro lado del río —comenta, aliviada, una vez que han cruzado.

Cuando se despierta a la mañana siguiente, después de otra noche a la intemperie, el paisaje está inundado por la luz del sol, pero ella está sola. Él se ha ido; y ella echa de menos la calidez de su cuerpo junto al suyo. Recuerda vagamente que anoche se despertó, asustada tras una de sus pesadillas recurrentes. Intentó volver a dormirse, pero en el silencio absoluto de la noche, las pisadas de los animales y hasta el aletear de algún murciélago se amplificaban en sus oídos aterrados,

impidiéndole cerrar siquiera los ojos, pese a que la oscuridad era una negrura absoluta.

Sin pensarlo mucho, se levantó y se introdujo bajo la manta del hombre. Aunque despierto, no hizo ningún movimiento para impedir la maniobra, permaneciendo rígido unos instantes; luego pareció relajarse y le abrió los brazos. Consciente de su asalto, ella no pudo evitar pegarse incluso más, enredando una de sus piernas entre las de él; la calidez de su abrazo la relajó hasta tal punto que ha dormido de un tirón hasta ahora. Se siente recuperada y con bastante hambre.

Permanece acostada un rato,

observando las nubes que se desplazan perezosas en el día ausente de viento. Por unos instantes, recuerda que la mujer del patriarca gitano le obsequió con un hatillo de pequeñas tortas dulces que casi había olvidado. Su estómago ruge de hambre, así que se levanta con calma; sus extremidades, aunque bastante acostumbradas ya al ejercicio diario, suelen amanecer rígidas y doloridas. Se acerca hasta las bolsas donde tienen los pertrechos; utiliza un poco de agua para lavarse la cara, y el nuevo peine, mucho más adecuado que el minúsculo que tenían, para domar en parte sus rizos.

Cuando acaba, registra la alforja del hombre buscando algo que también ha

recordado. Aun buceando en el interior de su talega, lo ve acercarse por el rabillo del ojo.

—Creo que podemos desayunar antes de irnos, ¿no? —habla y sigue rebuscando en su bolsa; sabe que se arriesga a que la aparte bruscamente, pero decide aventurarse.

—Tenemos tortas dulces —le dice, señalando con la barbilla el par de piezas que ha separado para cada uno—. Ayer descubrí un tesoro en tus alforjas y llevo toda la noche soñando con dos cosas. —Continúa registrando, dejando que él la observe intrigado; no parece molesto por su actitud—. La primera una humeante taza de café. —Extrae una

pequeña bolsa repleta de café tostado y molido, moviéndola ante sus ojos y llevándola a la cara para aspirar exageradamente su aroma—. ¡Mmm! La segunda, ese trocito de tela que tienes bajo el pantalón.

Por unos instantes, casi cree que él entiende sus palabras cuando los ojos del hombre se abren y su garganta se agita levemente. Luego, desecha la idea, porque su rostro sigue tan impassible como de costumbre durante unos segundos. Finalmente, él se acerca para tomar con delicadeza la bolsa de café de entre sus dedos, y se gira buscando algo para prepararlo.

Unos minutos más tarde, el olor del café fuerte, filtrado a través de un paño,

la hace parpadear; él le alcanza un pequeño jarrillo, levantando la vista del fuego. Sus ojos oscuros no retiran la mirada y eso la calienta mucho más que la bebida recién preparada. Toma el vasito, murmurando un agradecimiento. No sabe de dónde ha sacado ese lujo, puede que lo obtuviera a cambio de algo en el campamento gitano, pero aunque sin azúcar ni las nubes de leche con las que suele adornarlo, a ella le parece un manjar de dioses.

Él recoge sus pocas pertenencias mientras Dolores apura el café hasta los posos.

Capítulo 8

La vida es sueño

*Alrededores de Doñana, 25 de junio
de 1821 (42 años antes)*

Llegaron al lugar bien entrada la tarde. Arthur observó a su acompañante arrugando el gesto. Manuel O'Brien lo había sorprendido como jinete; nunca hubiera esperado que alguien de su escasa estatura y elevado peso manejara

un semental tan alto y fogoso con esa soltura. Poco a poco detuvieron el trote de sus caballos. Wellesley miró a su espalda y le fue complicado seguir el sendero, apenas distinguible sobre el arenoso horizonte. Una sucesión de gujarros, redondeados y levemente blanquecinos, que habían ido siguiendo a intervalos aproximados de diez varas, revelaba el camino solo a ojos muy entrenados. Estaban en medio de la nada. Adyacente a lo que parecía el fin del camino, destacaba una pesada piedra blanca de varias toneladas de peso, que claramente no se correspondía con el paisaje que la rodeaba.

—Vaya, caballero, veo que es capaz de ver que eso no debería estar ahí —

habló O'Brien, cuando comprobó donde estaban fijos los ojos del ahora duque de Wellington—. Hay mucho que ver en este desierto paisaje, siempre que se sepa lo que hay que buscar, claro. En caso contrario, solo verá arena, dunas, molestas charcas y marismas de agua inservible por su salinidad.

—¿De dónde ha salido eso?

—Quién lo ha puesto ahí sería una pregunta mucho más inteligente.

—Entonces, ¿quién lo ha puesto ahí?
—Aún sin saber el motivo, ya que solo había hablado con él en un par de ocasiones, Arthur no podía evitar que este O'Brien le cayera realmente simpático. Especialmente sorprendido

por el hecho de que detrás de aquella apariencia bonachona e insulsa se escondiera, al igual que había ocurrido con el difunto Arthur O'Brien, una mente tan brillante—. Tiene que ver con los diarios, ¿verdad?

—Todo tiene que ver con los diarios, incluso esas lenguas de mar que se adentran en la tierra, y esas dunas que caminan sin freno ocultando todo a su paso, excelencia. —Descendiendo del caballo con sorprendente agilidad, Manuel invitó a su acompañante a seguirlo rodeando el monolito—. Venga conmigo.

El hombre pelirrojo desapareció detrás de la roca antes de que Arthur terminara de atar su caballo en una

solitaria retama. Cuando llegó junto a O'Brien, vio una segunda piedra, algo más pequeña que la anterior, que ocultaba en parte al hombre que permanecía agachado a la sombra de ambas.

—Siento decirle que yo sigo viendo solo arena.

—Es lo único que hay, al menos en el lugar en el que estamos; arena y estas dos piedras, que no pertenecen a ninguna cantera o afloramiento rocoso en muchas leguas a la redonda. Solo estaba resguardándome del sol, no pretendía enseñarle nada más aquí. —Dando un par de pasos, el duque comprobó cómo O'Brien rebuscaba en sus alforjas hasta

extraer un pañuelo blanco de cuello—. Siento la molestia, milord, pero a partir de aquí deberá llevar esto.

—No pienso vendarme los ojos, si es lo que pretende. Su padre prometió enseñarme...

—El tesoro —lo interrumpió Manuel—. Y usted aceptó no ver el mapa, ¿cierto?

—Cierto, pero... Pensé que...

—Hizo un pacto con mi difunto padre, él ha cumplido con creces; de hecho, creo que existen pocos lores en Inglaterra con tal cúmulo de títulos, ¿me equivoco? A veces pienso que el viejo dejó los cabos demasiado bien atados con respecto a usted; no creo que siquiera llegara a sospechar el efecto

rebote que produciría sobre la sociedad inglesa presentarlo como el mayor héroe nacional. En fin, supongo que otro hombre se abrumaría con ello, pero usted lo lleva, permítame decirlo, con absoluta elegancia.

—Nunca pedí ninguno de esos títulos.

—Pero su sueño era ser un héroe nacional.

—Soy un héroe nacional por mis propios actos, no lo olvide; la leyenda es mía.

—Por supuesto, nadie lo pone en duda, milord, y yo menos. Espero contar con la ayuda de ese héroe si algún día la necesitara.

—Claro, únicamente tiene que

pedirla, señor O'Brien, solo pedirla. — El duque se giró y agachó para permitir que el hombre más bajo le vendara los ojos—. Supongo que con el nuevo ambiente político, y la habilidad de su familia para meterse en líos, no tardará en necesitarla.

—Y la pediré, no lo dude, ya que, así como la leyenda es suya, la cancelación de la deuda es mía. Ahora le mostraré lo prometido, lástima que mi padre no viviera para ver su cara.

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

Vuelven hacia la sierra, y Dolores

quiere creer que el hombre está buscando el camino más corto para regresar por fin a casa. Si no es así, lo odiará toda la vida, porque su cuerpo no cree que aguante muchos días más de esas interminables jornadas. Los senderos se hacen estrechos y peligrosos a medida que suben de altitud, así que los caballos no son fiables para montarlos y tienen que ir a pie la mayor parte del tiempo. En realidad, es ella la que tira de su propio caballo en las zonas más abruptas, como si arrastrara de la mano a un niño reticente.

El frío vuelve a retornar cuando el sol se oculta; gracias a sus amigos comerciantes, la piel de cordero que

carga sobre los hombros la aísla bastante. Él tiene su propia piel, aunque solo la utiliza para dormir, pues supone que arrastrar no solo uno, sino dos caballos, lo hace sudar bastante durante el día. Dolores cree que no tardarán en llegar a la cumbre de esos montes si siguen ascendiendo.

Poco antes de caer desfallecida, observa que se dirigen a lo que parece una cabaña de pastores o carboneros; aunque bastante amplia, el techo semiderruido por uno de los laterales le indica que lleva bastante tiempo sin utilizarse.

—Dime que dormiremos a cubierto esta noche, Adonái. Te pagaré lo que me pidas a cambio de un colchón; no me

importa si tiene piojos o pulgas o bichos de cualquier tipo, al fin y al cabo llevo tres semanas compartiendo cama con toda clase de insectos. —Sonriéndole, él los enfila hacia la casita.

La puerta está solo entornada; el joven no tiene ninguna dificultad en abrirla levantándola levemente de sus bisagras. A pesar de su estado, el refugio resulta muy acogedor. Los muebles están desperdigados, pero parece haber más lujos de los esperados: una mesa con tres sillas, una pequeña chimenea con restos del último fuego y una cama con lo que parece un colchón de paja. Un palacio.

Dolores jamás ha podido conciliar el sueño fácilmente, menos fuera de su casa, de su dormitorio y de su cama. Pero había creído, inocentemente, que tres semanas tumbada sobre la tierra de esos arenales habrían curado su insomnio. Esa noche hay algo en su estómago que, pese a haberlo intentado en todas las posiciones, la impide disfrutar por fin de un colchón después de tantos días. Y eso a pesar de que, aunque algo blando, lleno de tolondrones y muy lejos de su magnífica cama, sabe que es lo mejor que ha visto o verá posiblemente en mucho tiempo.

No podría contar las veces que ha

girado en la cama cambiando de postura; arriba y abajo; a un lado y otro hasta acabar de nuevo sentada en el colchón. Masajea su cuello y su sien. No tiene frío, a pesar del aire fresco de la noche, y de vestir solo la especie de camisola recortada que ha quedado tras desechar las zonas estropeadas por la sangre de lo que fuera su camisón; puede que debido a no haber parado ni un minuto sobre el colchón. Sobre el suelo de la cabaña, acostado en las pieles de cordero, el hombre parece dormir a pierna suelta.

Ella se dirige hacia la ventana.

Solo uno de los dos toscos vidrios permanece en su lugar, aunque atravesado de parte a parte por una raja.

Apoyada sobre el alfeizar, observa el exterior; bajo la negrura de la noche una porción de luna aparece en el horizonte, apenas iluminando la sierra frente a ella.

A su espalda oye un pequeño barullo de pieles cuando él se despierta, y siente cómo se sitúa tras ella, escasamente a unas pulgadas.

—¿No puedes dormir, Adonaí? Tú también notas ese peso en el abdomen, ¿verdad? —habla justo en el instante previo a que él la roce.

Ella no se gira, continúa observando el paisaje que apenas se vislumbra entre las sombras. El hombre ha puesto sus brazos a ambos lados de ella, apoyados también sobre la ventana. Nota como él

se agacha hasta su altura, hablándole muy cerca del oído, como asegurándose que el viento no se lleve sus palabras, suaves, e indescifrables para ella.

—Sí, tienes razón, es una bonita noche —dice, colocando las manos sobre las del joven—. No puedo dormir, te extraño junto a mí, Adonaí. —Se gira levemente, casi rozando la cara con su mejilla—. Estoy muy cansada, solo quiero dormir un rato. —Es una noche extraña: está agotada, no ha dormido y él está muy cerca, a una pulgada de su espalda—. Deberíamos volver a la... —le habla, y lo nota más cerca.

Cree morir cuando él atrapa en un puñado todo el cabello de la mujer, para soplar sobre su cuello. Una, dos, tres

veces, llenando los pulmones y soltando el aire muy, muy despacio. Hasta que deposita un pequeño beso sobre la piel.

Sin saber muy bien cómo actuar, ella se separa de su cuerpo, aunque continúa estrechando su mano derecha. No habla, solo se gira tirando de él en dirección a la cama.

—Aquí hay sitio de sobra para los dos. Si no descansamos, no tendremos fuerzas para ir mañana a ningún sitio. Por favor, deja que duerma junto a ti, no me pienso mover —dice Dolores por fin, ocupando un mínimo espacio sobre el colchón, adoptando una posición encogida—. Ven. —Con la mano señala el hueco a su espalda—. Prometo

intentar no molestarte durante la noche.

Lentamente él se sitúa tras ella, apretando pecho sobre espalda, rodillas sobre pantorrillas, hasta reducir el espacio entre ellos a la nada. Dolores arrastra la mano del hombre hasta su propia cintura, manteniéndola bajo la palma abierta. Puede sentir el movimiento de su torso rozándole la espalda, sus yemas instaladas en su abdomen, el calor de su palma sobre el vientre.

—Gracias, Adonái.

Catedral de Santa Cruz (ciudad de Cádiz), 20 de agosto de 1823 (40 años antes)

Mientras el duque de Wellington, escoltado por cinco de sus hombres, caminaba por las estrechas callejas que desembocaban en la plaza, pensó que el lugar que O'Brien había elegido era realmente especial: la catedral exhibía una gran cúpula, amarilla y ampliamente visible desde cualquier punto de la bahía, que la hacía un lugar de encuentro inconfundible.

El camino desde la cercana playa de la Caleta no era demasiado peligroso; las pocas fuerzas militares, que aún resistían el segundo asedio que soportaba la ciudad en poco más de once años, descansaban de la dura

jornada, y no habían encontrado más que un par de jóvenes imberbes vigilando la orilla. Ambos dormían plácidamente, aferrados a sus viejas e inútiles armas. Apoyados sobre los pilares de madera hundidos en la blanca arena, que sujetaban los Baños del Real, no habían movido ni un músculo ante la presencia de los intrusos.

El grupo de hombres siguió su camino, mientras Arthur repasaba mentalmente los acontecimientos que habían llevado a un nuevo asedio de la castigada ciudad. Por segunda vez, la misma generación de españoles se había lanzado a la rebelión contra un monarca. En este caso, el receptor de su insurrección era precisamente el rey que

ellos mismos habían deseado con ahínco, y repuesto en el trono de España tras la derrota de Napoleón, poco tiempo antes. Luchaban contra la pretensión de Fernando VII de derogar de nuevo la constitución liberal de 1812, redactada durante el primer sitio, y acabar con el breve periodo liberal, instituido en 1820; el rey pretendía restablecer el absolutismo. En respuesta a la petición de ayuda del propio Fernando, ante la sublevación de sus súbditos, Francia había intervenido militarmente entrando de nuevo en la península en abril de ese año.

El ejército francés, que sería conocido como los Cien Mil Hijos de

San Luis, aplastó rápidamente las fuerzas españolas en Cataluña y ocupó Madrid sin resistencia, siguiendo camino hacia el sur en persecución de los liberales, que finalmente habían acabado refugiados en Cádiz, con Fernando VII atrapado como rehén. Los liberales se encontraban ahora acorralados, de nuevo tras las puertas de la misma ciudad fortaleza y de nuevo asediados por los franceses, soportando continuos bombardeos.

La mente militar del duque sabía que aquello era la crónica de una derrota anunciada; la ciudad no duraría demasiado cercada de esa forma y bloqueadas todas sus entradas, aunque contara con tan ilustre prisionero.

Verdaderamente los franceses habían aprendido de errores pasados.

Lo cierto es que a él no le importaba demasiado cómo acabara todo; al contrario de lo ocurrido durante su anterior viaje a España, esa no era su guerra. Estaba allí de incógnito, como Arthur Wellesley, no como un militar británico y no para luchar, sino solo para devolver una promesa y rescatar a un hombre; y sobre todo, para asegurarse que nadie descubriera lo que ocultaban las marismas de Doñana. No sabía a ciencia cierta si la nueva presencia de los franceses y su prontitud al acudir a la llamada del rey español encubría algún otro fin, como había

ocurrido con Bonaparte. Así que no se arriesgaría a dejar a un hombre, que podía mover la balanza de Europa en uno u otro sentido de forma definitiva, al alcance de nadie que él no controlase. Había acudido en persona para asegurarse que O'Brien salía de allí cuanto antes, y volvía a controlar los diarios y el emplazamiento.

¡Cielos!, aún le temblaban las piernas al recordar lo que O'Brien le había mostrado.

Con paso enérgico, aunque silencioso, se dirigió hacia la entrada lateral de la enorme iglesia.

Ya en el interior, la espectacular obra, aún inacabada, le volvió a sorprender gratamente. No se trataba de

las sobrias construcciones religiosas de su país natal; además de la atrevida cúpula exterior, la variedad de los materiales empleados en el interior iban desde valiosos mármoles genoveses en altares a baratas piedras calizas, llamadas ostioneras por la gente del lugar, para los muros.

A causa de la falta de financiación y los continuos retrasos y parones en las obras, motivados por los enfrentamientos recientes que habían tenido lugar en los últimos años en el país, y especialmente por los asedios sobre la ciudad, muchas partes del templo permanecían expuestas a los rigores del tiempo. Eso, y la situación

del edificio junto al mar, estaban provocando que la piedra empezara a desmoronarse poco a poco, incluso antes de haberse concluido la construcción. Era por esa razón por lo que las bóvedas del templo estaban cubiertas por viejas redes de pesca que impedían que los cascotes cayeran sobre los fieles y los albañiles.

Evitando colocarse bajo las mallas más cargadas de escombros, el duque caminó hacia uno de los laterales de la gran nave central. Necesitó unos instantes para que sus ojos se adaptaran a la súbita oscuridad.

—¡El mismísimo duque en persona viene a rescatarme! —Desde una de las naves laterales, la voz que le habló en

perfecto inglés estaba cargada de un cantarín acento español.

—¿Otra vez le encuentro en esta ratonera, O'Brien?, veo que no aprende de sus errores pasados. —El hombre pelirrojo se acercó, ofreciéndole la mano.

—Cierto, aquí me tiene, secuestrando al hombre que tantos habían deseado como rey hace apenas una decena de años. —Sonriendo, Manuel estrecho la mano de Wellington—. Si bien, es cierto que yo particularmente nunca le he tenido demasiado aprecio ni he sido partidario de Fernando como soberano. Creo que incluso ese José que nos regalaron era más adecuado para el

cargo; al fin y al cabo poseía parte del espíritu luchador de su hermano Bonaparte y algo menos de su ambición. Lástima que no sea usted español, necesitamos una mano firme como la suya y una reputación de héroe; y con ese calzonazos no llegaremos a ningún sitio, ni siquiera disponemos de un sucesor medianamente adecuado, como ocurrió con sus Hanover, aquí no hay un príncipe para sustituir al rey loco.

—Cada nación tiene el gobierno que se merece —recitó Wellington.

—Veo que ha leído al conde de Maistre, y me extraña en alguien tan marcadamente británico.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes, O'Brien. Estaré encantado de

continuar esta charla en el barco, pero debemos coger el bote que hemos dejado en la playa y abordar el barco para zarpar antes del amanecer. Mis informadores me han avisado de que los franceses no esperarán a que acabe el mes, en unos días intentarán tomar la ciudad.

—Un momento, no puedo dejar aquí a mi Luz. —Girando sobre sus talones, Manuel se adentró de nuevo en la nave lateral.

—No hace falta, las calles están suficientemente alumbradas.

Arthur caminó tras el otro hombre, hasta detenerse bruscamente cuando una menuda figura, vestida de luto, se

levantó de uno de los bancos.

Era una mujer, muy joven a juzgar por las delicadas manos que elevó hasta su cabeza para retirar la mantilla negra con la que se cubría.

—No, me refiero a mi hija: Luz Bella. Manuel empujó levemente a la muchacha hasta colocarla bajo uno de los candelabros que alumbraban el recinto.

—Encantada, excelencia. — Asombrado, Arthur contempló el rostro más hermoso que había visto en muchos años.

—Ciertamente su hija es una Luz Bella, O'Brien, tiene usted más tesoros de los que un hombre merece. — Con gesto marcial, el duque saludó a la muchacha que le sonreía—. Señorita,

será un placer remar para alguien como usted.

Una señal de su brazo les indicó el camino hacia un nuevo comienzo.

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

Los sueños son tan reales como nosotros mismos. Tanto como los sentimientos, miedo o alegría, odio o deseo, que pongamos en ellos. Aunque nunca se repite, a Dolores el sueño, en esencia, siempre le llega del mismo modo; pasando de la oscuridad completa a un atisbo de luz. Realmente no hay

color, solo un blanco y negro ajado en el que el espacio y el tiempo se pierden en lo profundo de un abismo. Desciende, nota que cae desde la superficie hasta las profundidades de su inconsciencia, hacia ese lugar donde habita su propio yo.

Hoy se mueve casi flotando, cubierta de nada, dejando que la brisa que recorre la estancia acaricie la superficie de su cuerpo, sin encontrar nada entre el aire y ella misma. Está en su propio dormitorio, rodeada de sus muebles y libros.

Entonces la ve, un súbito relámpago de color en este mundo gris que la rodea: la manta en la que él se envuelve cada noche, abandonada, olvidada,

solitaria sobre el suelo. Se agacha, tomándola hasta acercarla a ella para olerla.

Por unos segundos cierra los párpados en un afán de dibujar la imagen del hombre en su memoria, sobre el lienzo negro que existe más allá de los ojos. Tal vez, conjurando su presencia junto a ella.

La mujer se dirige hacia la cama. El áspero tacto de la lana le hace cosquillas sobre las mejillas y la piel del vientre, sobre toda la superficie desnuda que siente su contacto. Se detiene antes de acostarse, el tiempo necesario para ponérsela sobre los hombros, cálida y oscura, contrastando

sobre la pálida blancura de su cuerpo.

Hundida en el colchón, nota que alguien entra. No hay luz alumbrando la habitación, no hay pasos ni palabras, pero puede sentir cómo se aproxima.

No se vuelve, permanece de cara a la pared, esperando que llegue a ella, con pasos silenciosos aunque amplios, en solo unos segundos. La tela de su sábana cruje aplastada por el empuje de unas rodillas; en ningún momento se gira para comprobar su identidad, ella no lo necesita; no ve su cara, pero sabe que su olor, el sonido de su respiración y el tacto de sus manos, le dirán sin ningún lugar a dudas quién es su visitante.

Acaba por tumbarse junto a ella, el colchón cede bajo su peso, haciéndola

rodar levemente hasta él. No la roza.

Este es su sueño pero, desgraciadamente, no gobierna sus movimientos lo suficiente para hacer que se aproxime un poco más. Sigue sin tocarla. Ella tiene la sensación de no ser una mujer, tan solo una marioneta, inmóvil, sin voluntad propia, con la esperanza de que él actúe por ella.

Justo antes de que empiece a temblar agitada por la necesidad de sentirlo más cerca, por fin él alarga un brazo manteniendo en un puño el pelo que a ella le cae sobre los hombros.

La mano abandona su cabello para aproximarse al cuello, apoyando solo una yema en la manta que la cubre, aún

sin llegar a tocarla. Desciende, deslizándose sobre la manta, recorriendo cada pulgada de su columna con solo la punta de los dedos, como un diminuto duende que marchara descalzo por la escalera de su espalda, vértebra a vértebra, hasta llegar al final. Entonces comienza el ascenso, a la vez que sus dedos arrastran la manta en su lento caminar. Una mano de palma abierta le abarca la cintura. Con un lento movimiento, la acaricia.

Permanece quieta, expectante, dejándolo hacer.

Aún en su sopor, comprende que esa noche el sueño no es como siempre, cuando todo comienza a cambiar levemente: por fin esta vez ha

conseguido tener el control de sus actos y puede moverse. Aprovecha ese atisbo de autonomía para acercarse más, ondulando su cuerpo sobre el de él. Lleva un brazo hacia atrás, buscando, ansiando tocar. No es momento de titubear, así que atrapa el brazo del hombre para arrastrarlo, bajando por su propio vientre.

Él tarda unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hace su dedo índice se desliza sobre ella, en círculos concéntricos, cada vez más pequeños; ella comienza a retorcerse entre sus brazos, y su experto movimiento se prolonga unos minutos. Desesperada, empuja su mano. Sabe que a través de

sus labios entreabiertos solo surgen jadeos, mientras se mueve sobre su brazo una y otra vez, en un baile ancestral.

Su voz, hipnótica, comienza a susurrarle en el oído, a menos de una pulgada, un momento, y la mujer se vierte sobre su palma abierta, gritando su nombre, en un último movimiento. En solo unos segundos la noche, el sueño y la inconciencia comienzan a abandonarla, haciéndola descender, en caída libre, a la realidad de ese colchón; se despierta sofocada, sudorosa y con la mano del hombre atrapada entre las piernas.

En un movimiento acompasado se separan.

Colocándose de pie frente a él, lo observa sentado en el borde del colchón. No sabe si lamenta más no haberse dado verdaderamente cuenta de que lo que ocurría era la realidad o la cara de asombro con la que él la mira, alternando sus ojos desde su rostro a sus dedos, visiblemente cubiertos con restos de sangre. Se arrodilla ante él, tomando su mano. Aún intenta dilucidar si está en un sueño o no. La leve molestia entre las piernas le confirma que tal vez debe estar despierta. Él sigue observando su mano, ahora entre las de ella.

—No vale nada, Adonaí. No te preocupes, no ha pasado nada.

Dolores le agarra la barbilla con los

dedos, en un intento de que él la mire a los ojos. No sabe qué está pensando, y hoy más que nunca lamenta no poder dialogar con él. Sin embargo sigue hablando, porque aunque él no parece mover un solo músculo de su rostro, oír su propia voz la tranquiliza.

—Sé que no es lo que has oído sobre las payas, Adonaí, pero para mí la virginidad no es un valor. Sí, aún estaba ahí, supongo que inconscientemente he absorbido lo que mis mayores me han enseñado a lo largo de los años, pero siempre he sabido que no dudaría un segundo en cambiarla por un momento de pasión con el hombre que amara. —Acaricia su barbilla—. Aún no me lo había confesado a mí misma, Adonaí,

pero hace días que sé que tú ibas a ser ese hombre. Así que no te preocupes, porque nadie más que tú visitará nunca el lugar en el que has estado.

De un salto él se endereza, apartándose con algo de brusquedad; no es la actitud que hubiera pensado jamás de él y Dolores no alcanza a reaccionar ante ella, quedando paralizada en el mismo lugar en que está. El hombre evita volver a mirarla y se dedica a recoger cada una de sus cosas, metiéndolas sin ninguna ceremonia en las bolsas. Luego desaparece de su vista.

En menos de media hora Dolores tiene que levantarse de la cama en la que

ha permanecido sentada observándolo entrar y salir sin verla siquiera.

Sabe que debe vestirse y seguirlo, si no quiere que la abandone en ese mismo momento.

Capítulo 9

Luz Bella

Goleta inglesa Anne Mary, travesía Gibraltar-Puerto de Bristol, 24 de agosto de 1823 (40 años antes)

Con una de sus manos sujetando el grueso pañuelo gris, que le cubría la cabeza, y la otra sobre la barandilla de madera, húmeda y pegajosa por el agua salada, Luz contemplaba el inmenso añil

frente a ella.

Agarrando fuertemente la pañoleta sobre sus cabellos, evitó que los rebeldes rizos volaran libres bajo la brisa que aumentaba por momentos. El viento continuó bailando sobre la cubierta de la goleta; silbando a ratos entre las jarcias de las velas que habían sido desplegadas para alcanzar la mayor velocidad del navío.

Aún permanecía allí cuando, media hora después, la espesa niebla que cubría el océano se elevó hasta envolver las planchas de madera bajo sus botas de cordones. La mañana estaba nublada, no quedaban ninguna de las estrellas que había contemplado la noche previa; ni siquiera la luna era visible en el cielo.

Junto a ella, con las piernas estiradas y abiertas, obligándose a mantenerse erguido a pesar del fuerte oleaje, el duque de Wellington se detuvo, observando la nada por encima del hombro de su pasajera. Solo había mar en millas a la redonda.

—¿Se encuentra mejor, señorita O'Brien?

—Nunca había navegado —contestó en inglés la voz suave de la muchacha—. Aunque creo que mi padre lo ha hecho docenas de veces y cada vez es una agonía para él. Lleva dos días encerrado en el camarote y no creo que lo veamos antes de arribar a puerto.

—¿Y usted?, ¿se ha mareado?

—Durante las tres primeras horas, y especialmente cuando salimos del Golfo de Cádiz.

Luz tampoco apartó el rostro del mar en aquella ocasión, continuó observando el balancear de la goleta. En unos segundos el tortuoso viaje de huida de la ciudad sitiada le atravesó la memoria. Subidos al bote de remos, que los ingleses habían ocultado en la cercana playa, vieron poco a poco alejarse en el horizonte la oscura silueta de la catedral, con la luna brillando sobre la chillona cúpula amarilla. Como había afirmado, el propio duque se turnó con sus hombres para remar. Un carro repleto de barriles de vino y una carroza

los estaban esperando en la cercana playa de la Cortadura, pasado el Castillo de San Fernando, que defendía la entrada a la ciudad desde el istmo que unía Cádiz y la cercana isla de León. Ella había viajado hasta Gibraltar en el coche del duque, que la había presentado como la hija de un noble inglés, él mismo, de regreso a Inglaterra con una reserva de los fantásticos vinos que se producían en aquella provincia. Su padre no había tenido tanta suerte, agazapado entre los barriles y cubierto con una mohosa lona, sufrió todo el viaje en solitario.

—Luego solo he sentido aburrimiento y pena —concluyó al fin la muchacha.

—¿Pena?

—Sí. —Fue entonces cuando giró el rostro para observar la cara, curtida por la edad, del hombre—. Somos personas, excelencia, no ratas para abandonar el barco que se hunde.

—No nos estamos hundiendo.

—Ya sabe que me refiero a España, milord, no a este navío. Sé que mi padre corría peligro si nos quedábamos en Cádiz. Aunque él nunca ha sido un liberal declarado, las amistades que ha forjado en los últimos años y el hecho de ser encontrado en la ciudad eran pruebas suficientes para ser acusado de traición al rey; pero él nunca ha rehuido un enfrentamiento, y me sorprende que lo haga ahora.

—España ha sufrido una gran confusión en los últimos años; hablamos de un pueblo llano que se alzó en armas contra un invasor extranjero y que aclamaba el regreso de su monarca. Pero el caso es que aquellos que levantaron a ese pueblo, esa otra parte del pueblo español, la que pensaba, los burgueses, los intelectuales, no querían realmente volver a ese pasado absolutista, cultivaron ese clima de cambio y caminaron hacia un futuro reformado, creando las Cortes de Cádiz y redactando una Constitución. No piense que su padre no es un liberal declarado. Me consta que ha luchado, puede que no en el campo de batalla,

pero sí en los despachos, salones y consulados. Y muchos lo saben, señorita.

Girando levemente el cuerpo, Luz siguió observando al hombre parado a su lado. Pocas personas la amilanaban como aquel que tenía ante ella, y no solo era el hecho de saber que la observaba uno de los mayores héroes militares de los últimos siglos; aquel hombre rezumaba poder aun sin conocerse su identidad.

Despegando sus ojos de los del hombre, miró a su alrededor, pero no vio a nadie, toda la cubierta parecía desierta.

—Soy consciente de que no tienen pruebas para ajusticiarlo; sí para

quitarnos lo que hay en suelo español, pero mi padre es muy rico, y podemos permitirnos perder las propiedades que tenemos en Cádiz y Sevilla.

—No será necesario perder nada. Tengo muchos contactos en el gobierno de este país, y varios hombres de mi confianza ya han arreglado todo; nadie acusará a su padre de nada. De hecho, no habrá constancia de que haya estado en suelo español durante los dos últimos años y, por supuesto, nadie dirá que ha pisado Cádiz durante el secuestro del rey Fernando.

—Eso de lo que habla costará mucho dinero y esfuerzo. Le aseguro que no merece la pena por un trozo de tierra en

medio de la nada y unos cientos de monedas y muebles. Deberíamos habernos quedado hasta el final y arrastrar las consecuencias de nuestros actos. No me gusta huir.

—Hágame caso, hacer que vuelvan sanos y a salvo en pocos meses a Pradobajo vale todo el oro que yo pueda gastar. Tal vez algún día comprenda que la presencia de su padre en ese lugar es algo esencial. —Con un gesto de su mano, el hombre retiró el mechón de cabello rojo que le impedía ver el rostro de la muchacha con claridad—. Le aseguro que su padre no huye, camina de regreso a la batalla y seguirá allí por mucho tiempo, como antes lo hizo su abuelo; y a pesar de los cambios que se

produzcan a su alrededor él permanecerá. Su labor es más importante que cualquier ideología que surja.

—Tal vez no acabo de entender bien el inglés milord; porque, si lo que he creído comprender es cierto, me está hablando de mi propio futuro.

—¿Qué edad tiene, Luz? —La muchacha elevó el rostro y torso frente al hombre; era consciente de que su aspecto, menudo y delgado, la hacía parecer mucho más joven de lo que era. Por esa razón siempre prefería entablar sus conversaciones sentada frente a una mesa, donde solo sus ojos y su inteligencia fueran juzgados por su

interlocutor.

—Quince, milord.

—Parece usted mayor —habló el hombre, observando los agudos ojos de la muchacha.

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

El día transcurre amargo y silencioso. Dolores no sabe muy bien si acercarse para pedirle perdón, gritarle a la cara o simplemente seguir como hasta ahora; callada, hundiendo el cuello entre los hombros observando adónde la lleva.

Han bajado al valle casi sin darse cuenta, sumida en sus propios

pensamientos, intentando descifrar su actitud.

Finalmente, poco antes del anochecer, él se detiene frente a la orilla de un río; aunque ancho, no es demasiado caudaloso ni profundo. Descabalgando, irónicamente ella se pregunta si es el mismo y lo vuelven a encontrar periódicamente una y otra vez.

Observa como él desata una de sus alforjas colocándola junto a sus pies. Luego deposita también su piel de cordero y un cuchillo. Sin decir una palabra, monta en su caballo blanco, alejándose al galope, dejándola allí anonadada y abandonada. Sorprendida, solo atina a girar la cabeza para

observar lo que la rodea: su propio caballo, el otro animal que han usado para cargar y su escasa bolsa de ropa.

—¡Vete al infierno, Adonaí! —grita a su espalda, aunque ya es imposible que él la oiga.

Luego, pateando enojada la bolsa, que él le ha dejado entre los pies, y se acerca a su caballo. El roce del hocico sobre las manos aparta levemente la absoluta sensación de soledad y abandono en la que ha quedado.

—No te preocupes, pequeño, volverá a por nosotros. No puede ser tan absolutamente hijo de perra.

La noche ha caído esperando

inútilmente a que regrese. En la bolsa que le ha dejado ha encontrado lo que supone eran todas sus provisiones: tres trozos de carne seca, un par de tortas dulces y un puñado de café. También tiene agua en abundancia en el río que transcurre a sus espaldas; así que supone que su agonía será lenta, ya que no padecerá sed mientras muere de hambre. Dolores no se atreve a encender una hoguera; sospecha que ahuyentaría a las alimañas, pero tal vez su luz atraería a otro tipo de bestias que ahora le parecen mucho más peligrosas. Así que come un trozo de carne, aderezado con abundante agua fresca, y se enreda entre las pieles, dispuesta a pasar su primera noche en

solitario.

Las horas pasan, haciéndole sentir que casi puede tocar cada segundo que avanza. No puede dormir; y no es solo el miedo lo que la mantiene alerta y despejada. Sigue sin entender qué ha pasado y el no saberlo la hace sentir indefensa. No puede luchar contra lo que no conoce o no entiende. Su mente inventa excusas, que va desechando una tras otra para justificar su actuación. Finalmente se queda con solo dos posibilidades. O bien cree que su padre lo matará si sospecha que la ha deshonrado, o está felizmente casado con alguna otra, y ha sido tan tonta de encapricharse y ofrecerse descaradamente a alguien que no es

libre.

Por fin, después de horas, su mente se debió hundir en las profundidades de la inconsciencia, porque luego no recuerda nada más hasta bien entrado el amanecer.

La mañana transcurre tan lenta como la noche. Aunque el tiempo parece acelerarse algo cuando ella decide pescar en el río con sus propias manos. Esa acción, que tan fácil le ha parecido cuando la realizaba él, es una misión del todo imposible para su cuerpo mucho menos rápido e infinitamente más ruidoso. Frustrada, ve cómo los peces

escapan, uno a uno entre sus dedos, sin casi poder rozar sus escamas unas décimas de segundo.

Más tarde de lo habitual, vuelve a degustar la carne salada, esta vez agotada y con el pelo aún mojado tras la infructuosa pesca.

Después de comer, se desviste para dejar que su traje de lana se seque al sol y utiliza el camisón hecho jirones para cubrirse.

*Cortijo de Pradobajo, mayo de 1828
(35 años antes)*

Única hija de su padre, Luz Bella O'Brien Martín, digna representante de

su sangre irlandesa, era una belleza de piel de alabastro y cabellos de fuego, conocida en toda Andalucía por el poder y dinero de su familia y por la fuerza de su carácter indomable. Los escasos afortunados que contemplaron suelta su abundante cabellera rizada, juraban que le rozaba las caderas, en una gloriosa nube que enmarcaba un rostro esculpido y digno de una princesa. Pero eran sus ojos el rasgo más llamativo, ojos rasgados de gata, verdes y con reflejos ámbar. Su figura, menuda aunque de generosas curvas, atraía a los hombres como la miel a las abejas; una gran hermosura en apenas cinco pies y medio de altura, que arrasaba por donde

pasaba.

Caprichosa, inteligente y atrevida; hermosa, ocurrente y poderosa. La heredera de Pradobajo, arropada y atendida por decenas de criados, no conocía el fracaso, ni el desprecio, ni el desamor. Demasiado inalcanzable para el mundo que la rodeaba, pensaba que todo giraba en torno a ella como eje y ombligo de su universo conocido. Más allá de su mortalidad, no era una muchacha común de diecinueve años, no la obsesionaba ni preocupaba el amor de un hombre; sabía que, como todo en esta vida, llegaría a ella cuando lo deseara, tras un leve gesto de su regia cabeza.

Ignoraba que detrás de las paredes de

su mundo de encajes, lazos y sedas había algo más. Puede que fuera la ausencia de madre, muerta de fiebres cuando Luz contaba solo tres años, o la naturaleza bondadosa y pacífica de su padre los que la construyeron y moldearon, convirtiendo lo que hubiera podido ser una magnífica joven en una muchacha vana, presumida, antojadiza, temperamental, intolerable, egoísta y superficial.

Creendo que acabaría domando a la caprichosa jovencita en la que se estaba convirtiendo su única hija, Manuel O'Brien la había enviado durante los últimos doce meses a un internado de muchachas, con la ilusión de que la

tornaran más obediente, más manejable; pero, en cambio, su hija había abandonado el lugar convertida en una jovencita aún más temperamental, expulsada por sus escapadas nocturnas y por sus travesuras continuadas.

Suspirando por enésima vez, el hombre pasó la mano por sus escasos cabellos pelirrojos, observando a su hija sentada frente a él en el despacho. Estaba claro, nada en ella, salvo el color del pelo, le pertenecía; Luz no solo había sido obsequiada con los hermosos rasgos de su madre, sino también con su descaro y carácter impetuoso. Y él, cansado de haber luchado y soportado con paciencia a su hija durante tantos años, sin el apoyo de

su difunta esposa, se enfrentaba a la muchacha de nuevo, mientras Luz se negaba, por quinta vez, a aceptar una proposición de matrimonio de un pretendiente del todo adecuado.

—No puedes hacerlo otra vez, Luz. ¿Cómo eres capaz de volver a negarte? Tienes casi veinte años, ya deberías estar casada desde hace un año, o al menos prometida. Te he permitido hacer lo que has deseado, elegir a tu futuro marido, y no has hecho más que alentar a esos pobres muchachos para después despreciar sus avances en cuanto les doy permiso para cortejarte. —La última frase elevó el tono de voz, tan por encima de lo que Luz estaba

acostumbrada a oír, que casi le hizo temer a su padre por primera vez en su vida—. No tienes la mejor de las reputaciones, ¿lo sabes, verdad? Cabalgas como un chico, bebes con los muchachos, como si fueras una moza cualquiera; y te han visto besando a la mitad de la población masculina de Andalucía. ¡Y sabe el cielo qué habrás hecho cuando nadie te ve! —bramó, haciendo temer a Luz que puede que esta vez hubiera colmado el vaso de la paciencia de Manuel. Aparentemente tan fría como un témpano de hielo, la pelirroja se limitó a jugar con los rizos que le caían libres a los lados del rostro durante unos segundos, para acabar descansando las manos sobre el

regazo del ligero vestido de verano, profusamente adornado, perfectamente digno de una señorita de su posición—. ¡Fíjate!, pareces una princesa, siempre engalanada. Nada te importa más que el último encaje o la última moda que llega desde Francia. Piensas que el mundo no es más que una enorme tienda repleta de todo lo que se te antoja de la que no tienes más que tomar y coger a capricho. —El ligero mohín en los labios de Luz surtió el efecto deseado, como si hubiera tocado la palanca que controlaba el corazón de su padre—. No, no me malinterpretes, sé que eres una chica decente y que no has dejado que nadie se te acerque más que para

unos besos tontos; pero incluso esos jugueteos, que tú consideras inofensivos, pueden hacer que tu honra se vea mancillada. Los hombres son animales y esos que crees son tus amigos no dudan en ir contando historias acerca de lo que les has permitido que hagan contigo. Por eso es tan importante que te cases antes de que ninguno hable más de la cuenta, y el joven Jesús Moore es un hombre de lo más adecuado.

—Si me hubieras preguntado antes de darle permiso para pedirme en matrimonio delante de todos sus parientes, le hubiésemos ahorrado parte del bochorno.

—¿Preguntarte? ¿Para qué? ¿Para darte la oportunidad de rechazar a otro

posible marido? ¿Qué fallo le ves en esta ocasión? No tiene más de veinticinco años, es educado, inteligente y, según he oído hablar a tus amigas, muy atractivo. Además, te vieron besándote con él en la fiesta de la primavera, con lo que supuse que no te repugnaba su compañía.

—Lo cierto es que no me gusta — habló con ese gesto burlón que sobrepasaba la paciencia infinita de su padre.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—Piensa que es un regalo para cualquier mujer, su ombligo y su ego son tan grandes como su fortuna y su masculinidad tan pequeña como su

inteligencia. Ni siquiera se planteó la posibilidad de que yo pudiera rechazar tal dechado de virtudes. Me casaría con un aparcerero antes que con alguien tan presumido.

—Muy bien. —El resoplido de Manuel fue tal, que Luz presagió que tal vez había acabado con el aguante de su padre de forma definitiva—. Espero que el próximo hombre en pedir tu mano esté a la altura de tus expectativas, porque juro que te casarás con él aunque sea ese aparcerero del que acabas de hablar.

Pese a su fría actitud, Luz sabía que sus ojos casi reflejaron parte de la preocupación por lo que su padre había anunciado. Él era un hombre amable, pero cuando tomaba una decisión era tan

inamovible como una montaña.

—Sé que no hablas en serio, padre... yo... —ella habló, levantándose para acercarse al hombre.

—¿Que no hablo en serio? Ponme a prueba, Luz, y verás cuán en serio hablo. —La muchacha retrocedió, sorprendida por la vehemente reacción de Manuel.

—Ya hablaremos cuando te calmes y regreses de Inglaterra, padre.

—No, pequeña. —A la vez que hablaba, el hombre posó las manos en sus hombros—. Temo que la próxima vez que hablemos sobre este tema será para comunicarte el nombre de tu futuro marido.

—Debo ir a... a bañarme —Luz habló

con un leve temblor de labios, mientras se giraba hacia la salida—. Ya nos veremos en la cena, padre.

Con frío desdén, la muchacha atravesó la estancia, irguiendo su cuerpo más allá de lo humanamente posible.

Manuel estuvo tentado por unos segundos de llamarla para rectificar su posición, pero sabía que haberse atrevido a llegar hasta allí era un enorme paso y que cualquier movimiento hacia atrás sería un error. Se trataba de una cuestión muy importante; se sentía mayor e incapaz de dominar a una mujer como ella; tenía que pasar esa responsabilidad a alguien más joven y de más carácter. Además, estaba la cuestión del honor familiar, y

esta vez no podía permitir que su hija volviera a jugar con ningún pobre enamorado ni que lo volviera a poner, a él mismo, en evidencia ante toda la región.

Alrededores de Doñana, junio de 1863 (hoy)

Apoyada sobre un tronco, Dolores casi está a punto de dormir de aburrimiento cuando escucha el ruido, leve como el caminar de un enorme gato. Casi sin darse cuenta, comprueba que él ya está a solo unos pasos del campamento; se aproxima lento,

dejándola verlo ahora con claridad. Está segura de que lleva varios minutos observándola, cerciorándose de que nadie más que ella se aposta junto al río.

La rabia que se ha acumulado en ella durante las últimas horas acaba por surgir cuando él esboza una leve sonrisa irónica, arrojando a sus pies varios pescados engarzados en un mismo alambre mohoso.

Ella se levanta, casi no puede mantener la boca cerrada sin pedir una explicación, pero finalmente se contiene. Ese silencio, que se han autoimpuesto, dura ya demasiado tiempo como para romperlo así como así, y una invisible mordaza sigue cerrando los labios de Dolores. Pero conoce otras formas de

expresar lo que realmente siente, el miedo que ha sufrido creyéndose abandonada por una de las personas que pensaba no lo haría jamás. El terror de que le hubiera pasado algo, de no volver a verle.

Sin esperar más, se adelanta hasta colocarse frente a él.

Él duda unos instantes, unos segundos, sorprendido por su cercanía, hasta tornar de nuevo su rostro en una sonrisa, que el revés de la mano derecha de Dolores borra de cuajo en una sonora bofetada.

No lo ha sentido, pero de pronto la ha tomado bajo su brazo derecho, cargándola como un saco.

En pocos instantes se ha metido con ella en el río, arrojándola en un movimiento seco en el agua fría. La impresión y la pequeña corriente hacen que su levantar sea lento y torpe, mientras comprueba cómo él observa todos sus movimientos sin pestañear.

Dolida, totalmente empapada y furiosa se yergue ante él. La está mirando, directamente por primera vez; pero no ve su rostro, desciende los ojos hasta posarse sobre su cuerpo, sobre la camisola mojada que ahora se adhiere como una segunda piel, dejando ver todo lo que no puede ocultar.

Respiran acompasados. Están demasiado cerca, casi tanto que siente el

calor que emana de él. Los sonidos del entorno parecen haber desaparecido: el leve viento, el suave arrullo del agua, el aleteo constante de un pájaro. No hay más que su propia respiración y el latido de la sangre en sus muñecas.

Dolores no ha sentido eso antes, no quiere olvidarlo y necesita algo más. Algo que le han dicho que no debe imaginar, que no debe desear, que no debe experimentar. No sabe si es lo mismo que ve en los labios entreabiertos del hombre, en sus brazos tensos, en las manos que ahora agarran sus hombros acercándose cada vez más, haciendo que tenga que levantar el rostro para enfrentar su cara. Inocentemente, ella le ofrece su boca.

Quiere morir, llorar de rabia e impotencia cuando, con un brusco movimiento, él acaba haciendo que caiga de nuevo en el agua. Despechada y herida en su propio orgullo. Dolida y tan necesitada de eso que no le ha dado que le duele todo el cuerpo de anhelo.

Se levanta con torpeza y vergüenza, abrumada por el choque del agua fría y por el orgullo irlandés que late en sus sienes; el orgullo amarrado con lazos de impotencia y furor que la obliga a gritar, a insultar al hombre que se aleja sin mirar atrás, haciendo chapotear fuertemente el agua bajo sus piernas.

—¿Dónde crees que vas? —habla, por primera vez después de dos días. Lo

impele con toda la fuerza de sus palabras, contemplando cómo él se aparta a cada paso de sus enormes zancadas.

No se voltea a mirarla, no parece oír su voz, ni el abrumador galope del caballo que ahora corre en el interior del pecho de Dolores.

—¿No me has oído, gitano?

No es un insulto, no lo debería ser si sus labios no hubieran escupido veneno cuando lo pronunciaba. No es más que un apelativo de su linaje, pero casi puede oír como la palabra rebota sobre sus hombros

—¡Vete!, ¡huye, maldito bárbaro!

Cree que va a morir aplastada, arrasada por el cuerpo enorme que se

dirige hacia ella de nuevo, por esa fuerza de animal descontrolado que la mira sin ver más allá de sus ojos y de los labios que acaban de romper el silencio de la tarde. Está muerta, estrangulada, ahogada tal vez bajo las aguas de este río que ahora la moja. Solo un segundo y sus manos casi la rozan para contenerse a menos de una pulgada, paralizadas en el instante en el que, por primera vez, ella oye su voz entonando algo más que palabras ininteligibles o una vieja canción gitana.

—Una iglesia. —El hombre se ha detenido, tragando saliva antes de volver a hablar en un perfecto castellano desprovisto de acento—. Hay una

iglesia a dos horas de camino, coge tus cosas, ya comerás cuando llegues.

Se vuelve, dejando que el enorme sol del atardecer acaricie su cuerpo mojado. Se aparta para que ella entienda toda esa absurda broma. Sabe su idioma, ha entendido cada palabra, cada frase que dijo, todo eso que habló sin saber quién era realmente el hombre que la acompañaba.

El rostro de Dolores vuelve a estar húmedo; no por el agua del río. Esta vez son sus lágrimas de muchacha las que le mojan la piel. Lentamente, una a una, atravesando su cara hasta caer sobre el incontrolado torrente del río que sigue corriendo entre sus piernas.

*Cortijo de Pradobajo, junio de 1828
(35 años antes)*

Lo iba a hacer. Luz nunca lo hubiera creído, nunca, pero finalmente parecía que la realidad golpeaba por fin a su puerta; esa puerta que encerraba todo lo que le era familiar: las fiestas, los vestidos, las risas despreocupadas, los juegos de salón; esa puerta que su padre había abierto de par en par esa misma mañana negándose a cualquier negociación. Ella había escuchado el anuncio con aparente frialdad mientras desayunaba, intentando que el trozo de pan que tragaba en ese momento no se

aferrase a su garganta.

—Jesús Moore ha vuelto a pedir hablar conmigo mañana a la tarde, Luz.

—El tono era enérgico y, aunque pretendía demostrar desapego, ella casi podía creer que solo con escarbar en la dura superficie del hombre que la miraba desde la otra punta de la mesa, volvería a tener a su padre amable y cariñoso—. Supongo que sabes lo que eso significa. —Luz tragó un sorbo de café; no porque tuviera sed, ni porque no tuviera nada que contestar, sino porque el trozo de pan seguía aferrado a su posición—. No dudes ni por un instante que te casarás con él, si es su deseo.

Finalmente el mendrugo cedió, permitiéndola respirar.

—Prometiste que me darías al primero en pedir mi mano; mi aparcero aún puede aparecer, padre. —Sin más se levantó, dejando sobre la mesa la servilleta, que había estado cubriendo su regazo, con la máxima suavidad. Luego desapareció del salón.

Cinco minutos después, alejada de la vista de los habitantes de la casa, Luz pudo dar rienda suelta a su rabia, su furia y su miedo.

Corrió como nunca había hecho hacia las caballerizas, donde ensilló su yegua, por primera vez en su vida sin la ayuda de un mozo de cuadras, y montó

subiéndose en un banco de madera. Luego cabalgó, con el corazón en la garganta, en busca de la única persona que sabía que jamás la abandonaría a su suerte.

Pradobajo y Aguastempladas compartían río, sierras, dunas, marismas y límites. Había querido el caprichoso azar que, en la inmensidad de ambas propiedades, sus primigenios dueños hubieran decidido construir las casas principales a menos de media legua de distancia, compartiendo el acceso al fértil valle. En tan curiosas circunstancias, no es de extrañar que sus moradores fueran o grandes amigos o los peores enemigos posibles durante generaciones enteras.

Cuando Alfonso García y Luz Bella O'Brien se conocieron, ella aún cargaba enormes pañales. Pero una mirada de sus ojos rasgados bastó para que el chico, demasiado grande y desgarrado para sus diez años, quedara absolutamente prendado de la diminuta pelirroja. Así que, a pesar de que sus padres habían sido una de esas generaciones de pausa entre el odio de sus abuelos y el más que probable de sus descendientes, sin duda a ellos les unía una amistad del tipo que el tiempo y la familia no podían deshacer.

Luz cabalgó hacia Aguastempladas siguiendo la ruta del río; algo menos fácil para el caballo, debido a la

profusión de ramajes y piedras en el camino, pero mucho más directa. Por tanto, no le sorprendió cuando la señora García quedó atónita ante su presencia súbita y nerviosa en los escalones de la casa principal.

—¿Dónde está Alfonso? Tengo que hablar con él urgentemente.

—Luz O'Brien, tus modales dejan mucho que desear, aunque eso siempre lo he sabido. Mi hijo no está en casa y, sinceramente, creo que deberías volver a la tuya, peinar ese pelo de zanahoria y sacudirte el polvo del vestido.

La alta y gruesa andaluza siempre la había mirado desde su muy superior altura, pero en ese momento, subida tres escalones más arriba de Luz, la

diferencia entre ambas mujeres podría haber amilanado a cualquier muchacha.

A cualquiera que no se hubiera llamado Luz Bella O'Brien. Sin apenas mirar a su oponente, Luz subió las escaleras, adentrándose en la casa.

—¡Alfonso, Alfonso! Soy Luz, ¿dónde estás, Alfonso?

—¿Pero nunca aprenderás a ser una auténtica señorita? No me engañas muchacha..., te advierto que no te saldrás con la tuya, he visto cómo... — Las palabras no llegaron a los oídos de Luz, mientras se alejaba de su anfitriona gracias a la velocidad de sus cortas pero muy ágiles piernas.

—¡Hola, Luz! —don Antonio García,

padre e increíblemente feliz esposo, la saludó desde su escritorio.

Muy al contrario de su mujer, el padre de Alfonso era un hombre amable y jovial, tan parecido en el trato a su hijo, que Luz casi tenía que sofocar el deseo continuo de besar su abdomen, ya que su escasa altura no le permitía acceder a las mejillas.

—¡Hola, señor! Busco a Alfonso.

—Seguro, no hace falta que des detalles, he oído tus gritos casi desde que saliste de Pradobajo. Me extraña que él no te haya escuchado desde el picadero de caba..., bien, chica de mente ágil, ya nos veremos. —Mucho antes de que él hubiese terminado, Luz atravesó la parte señorial de la casa para

dirigirse a la de servidumbre, y de ahí acceder a los establos y el picadero—. Deja a los chicos, Mercedes. Me gusta esa muchacha.

Luego dejó de oír la conversación de los dueños de la casa, aunque sospechó que la contestación de doña Mercedes no era merecedora de su atención.

Como había dicho su padre, Alfonso estaba en el picadero. Ya, desde la puerta, Luz distinguió la alta figura del joven. Con sus más de siete pies de altura, el imponente porte de su amigo no dejaba de quitarle el aliento a Luz, aunque estaba acostumbrada a contemplarlo. En ese momento, vestía pantalones negros de montar con botas

altas y llevaba la amplia camisa blanca abierta hasta el pecho y suelta por la cintura. Su piel morena, sus cabellos negros rizados y perfectamente cortados, aunque algo revueltos por el ejercicio, y su rostro de rasgos viriles y cincelados, eran el perfecto complemento a un cuerpo fuerte y ejercitado. Pero era la dulzura de su trato, la especial sensibilidad en todo lo que hacía, lo que le resultaba arrolladoramente irresistible a Luz. Desgraciadamente, ella lo veía como a un hermano, y Alfonso recompensaba ese sentimiento con un amor fraternal que solo ellos dos eran capaces de entender en profundidad.

Viéndolo desde la escalera, a unos

cincuenta pasos, agachado sobre uno de los jóvenes mozos de cuadra, susurrándole algo al oído mientras le sujetaba los hombros en un abrazo que parecía realmente amable, Luz reconoció que era un hombre de trato cordial y cariñoso con todos los empleados de su padre.

—¡Alfonso! —Aparentemente sorprendido al oír su voz, el joven se apartó del chico, empujándolo levemente por los hombros de regreso a las caballerizas. Luego se giró hacia la conocida y querida voz, regalando la mejor de sus sonrisas. En pocos segundos, el cuerpo ligero de Luz se encontraba entre sus brazos, aferrada a

su cuello como si de una niña se tratase.

—¿Qué ocurre, Luz? Estoy sudado y lleno de polvo, llevo horas con los caballos, deja que me lave. — Inútilmente, intentó apartarla de él.

—Lo va a hacer, mi padre lo va a hacer. Tienes que ayudarme, Alfonso, no quiero casarme y menos con ese petimetre estirado de Moore. —Ella permaneció con el rostro oculto en el cuello del hombre. Allí se sentía segura, querida. Ya no necesitaba llorar de forma imperiosa.

—Sssh, Luz, tranquila, ya se nos ocurrirá algo.

A la mañana siguiente, aún con los

ecos de los gritos de su madre en los oídos, Alfonso García se plantó en Pradobajo y pidió la mano de Luz Bella O'Brien a un sorprendido, y muy agradecido, don Manuel O'Brien.

*Londres, mediados de junio de 1828
(35 años antes)*

Manuel O'Brien caminaba hacia el edificio del parlamento, en ese momento atravesaba el puente sobre el Támesis, acompañado por dos de los cuatro sirvientes que habían navegado con él desde el puerto de Cádiz, hacía ya ocho días. El coche de punto que los había

traído no podía cruzar a aquellas horas de la mañana sin quedar atascado sobre el puente, debido a la afluencia de ciudadanos.

Con decisión, Manuel había descendido del carruaje y se había arriesgado a mojarse los bajos de los pantalones, atravesando las escorrentías que la abundante lluvia había provocado en las calles que rodeaban Westminster. Ya podía diluviar todo lo que quisiera en aquella tierra en la que habían nacido sus antepasados, él seguiría caminando aunque acabara mojado como una sopa, la prioridad era hablar con el primer ministro y nada lo detendría, a no ser que el Támesis acabara por desbordarse.

La carta, que llevaba escondida bajo el chaleco para evitar que se mojara, abrió cada una de las puertas que se encontró en el camino hacia el hombre que, detrás del rey, gobernaba uno de los países más poderosos del mundo. Los hombres que lo acompañaban debieron quedarse en la entrada del viejo palacio, sentados a la espera de su regreso.

—El primer ministro lo espera en su despacho, señor O'Brien —habló el hombre de mediana edad, cubierto aún con una toga negra y peluca blanca, que aguardaba en el exterior del despacho, tras leer el documento que le entregó el hombre pelirrojo: un salvoconducto que

había sido enviado a Pradobajo hacía cinco semanas, unido a la carta en la que se le solicitaba una nueva entrevista—. Acabamos de cerrar la sesión de hoy, como ve hemos tenido la visita del rey —añadió, señalando sus prendas de gala—. Su excelencia ha entrado unos minutos a refrescarse antes de recibirle; si me permite su gabán y su sombrero los colgaré en esa percha, para que se sequen junto a la ventana —terminó, haciendo hincapié en lo mojado de su indumentaria.

A instancias del hombre, Manuel retiró la húmeda prenda, quedándose únicamente con la fina chaqueta de verano, y se la ofreció junto al sombrero de piel de castor, que se temía había

quedado totalmente arruinado. El ambiente húmedo del viejo edificio, acrecentado por la corriente de aire que atravesaba la sala, motivado por la ventana y la puerta que daba al patio central abiertas, lo hizo temblar levemente a pesar de estar a principios de junio.

Con paciencia, esperó junto a la entrada a que el hombre acabara de colocar las prendas y volviera el rostro de nuevo hacia él.

—Tome asiento, caballero. Serán solo unos minutos. Hoy hemos tenido una sesión bastante movida.

—Sí, ya he oído algo, los católicos de Irlanda se les suben a las barbas de

nuevo, ¿cierto?

—Y un español como usted, católico, apostólico y romano se alegrará de que nos den dolores de cabeza continuos.

—No se lo negaré, a pesar de mi apellido y aspecto he nacido en España. No me gusta cómo su país trata a los católicos, ni apruebo la escisión de la iglesia de Roma. Lo que sí lo siento de veras es por el primer ministro.

—¿Qué lamenta en mi nombre, O'Brien?

Manuel giró de improviso hacia la voz que partía de la puerta a su espalda, rápidamente reconoció el tono calmado y sereno del hombre, a pesar de hacer años que no lo oía.

—Cualquier cosa que le afecte en su

mandato, excelencia —respondió Manuel con una sonrisa, mientras observaba la figura inconfundible del duque de Wellington, aún togado, junto a la entrada. El hombre, próximo a los sesenta años, todavía conservaba casi todo el cabello, blanco en su mayoría, y el porte militar que lo distinguía.

—Me alegra verlo, caballero. Gracias, Duncan, puede dejarnos, el señor O'Brien es un viejo amigo.

El secretario se retiró, saludándolos y cerrando la puerta tras él, mientras el duque le indicaba la entrada de la habitación que era ahora su despacho como primer ministro de Gran Bretaña.

—Veo que sigue escalando

posiciones, milord —dijo con sorna O'Brien, admirando la magnífica y lujosa habitación.

—Si le aseguro que no quería este escalón en concreto, ¿me creerá?

—Aunque le parezca increíble, así es. —Manuel se sentó en la elegante silla, tapizada en rojo, al otro lado del gran escritorio de madera de nogal—. Hay glorias que es mejor dejar para otros, ¿no es cierto? Lo sé y le comprendo.

—Estoy cansado —aseguró el hombre, sentándose sin retirar la toga que cubría sus hombros, limitándose tan solo a abrirla a la altura del pecho—. Muy cansado de luchar contra muros de piedra —añadió, pasándose la palma de la mano por los cabellos en un gesto

algo nervioso.

—Sí, la cabeza de algunos pares de muchos reinos suele estar fabricada en granito de la mejor calidad —bromeó O'Brien.

—Pues no conozco mucho la española, pero le aseguro que la roca inglesa lo es..., sí, realmente dura. Bien, cuénteme las noticias que trae.

—Buenas y malas, como cada vez que nos vemos. Mis hombres estuvieron en Toledo, creo que no tenemos que temer nada de los franceses. El general Dubois ciertamente estuvo en los restos del monasterio y encontró el primero de los diarios. Sé que localizaron el emplazamiento de la Serena, pero no

avanzaron mucho más. Supongo que su posición en la península no les daba suficiente seguridad, y prefirieron aguardar a dominar la situación completamente antes de abrir la caja de los truenos. Estoy seguro de que Napoleón no dijo una palabra a nadie, no se fiaba ni de su sombra, menos aún en los últimos años.

—¿Y el profesor?, ¿y Dubois?

—Murió en un naufragio tras la derrota de Vitoria, él y casi toda su familia. Era un hombre fiel al emperador y estoy seguro de que tampoco dijo una palabra a nadie, y de que se hundió con toda la información.

—¿Y el emplazamiento de la comarca de la Serena? —interrogó el duque.

—Lo dejaron como estaba. Hay que reconocer la profesionalidad de Dubois, nadie diría que allí hubiese algo más que acebuches y encinas diseminadas.

—Así pues, los franceses quedan definitivamente eliminados de la ecuación.

—Por descontado, ahora nos quedan los españoles.

—Que supongo seguirán sin tener idea de lo que hay bajo sus pies.

—Así es, pero sigo sin poder hacerme con la mayoría de las tierras periféricas.

—¿Ha encontrado algo más fuera del emplazamiento?

—No mucho, y en su mayoría oculto

bajo las aguas o la arena. No será fácil que nadie lo encuentre si la zona sigue como hasta ahora; por fortuna esa tierra es inservible para el cultivo y el pastoreo. Pocos son los que atraviesan esos eriales y mis hombres se encargan de que no quede nada a la vista.

—¿Y Aguastempladas?

—¡Ah, ahí está la magnífica noticia!

—O'Brien sonrió mientras hablaba—.

¿Recuerda a mi hija?

—Nadie con ojos en la cara la olvidaría después de verla, ¿qué ocurre con ella?

—Se casará con el único heredero de los García, si todo va bien. Algún día uniremos Aguastempladas a Pradobajo, y por fin el control total quedará en

manos de mis herederos. Todo ha sido repentino, conozco al muchacho, y ciertamente no pensé que llegara a casarse jamás. No me había preocupado, eso daba a mi hija o a mis futuros nietos la posibilidad de acabar por comprar la propiedad. Pero ciertamente esta solución ha sido sorprendentemente mejor de lo que hubiera pensado.

—¡Magnífico!, y mi enhorabuena a la pareja.

—Gracias, por supuesto mi hija y yo mismo estaríamos encantados de su presencia en el evento.

—Se lo agradezco, pero no me atrevo a dejar mi país sin timón.

—Lo comprendo, aunque a un hombre

acostumbrado a ver el suyo sin timón y sin velas no le parecería extraño — sentenció con un deje de tristeza O'Brien.

—Veo que el Deseado sigue sin dar un heredero a su país.

—Cierto, Fernando no parece un buen semental a pesar del tamaño que pregona poseen sus atributos masculinos. Tres esposas y un único bebé muerto a los pocos meses no hablan muy bien de él. Y las noticias que llegan de Madrid no son muy esperanzadoras. ¿Una reina joven que sigue sin admitirlo en su alcoba por mucho que insista el Papa? Me temo que acabaremos teniendo a su hermano don Carlos como rey.

—Puntilloso asunto, sin duda. La intervención de Pio VII en los asuntos del tálamo de su majestad trajo muchos comentarios jocosos, incluso hasta Londres. Mal futuro para el país, no creo que ninguno de ambos hermanos posea el carácter de un buen rey, y sin herederos a la vista me temo que a los españoles les esperan años difíciles — añadió Arthur, levantándose para dirigirse hacia la vitrina de donde extrajo una licorera y dos vasos de cristal tallado.

—Así es, aunque Fernando moduló algo su política tras los acontecimientos de Cádiz del 23, con su política absolutista moderada, que algunos han

tachado hasta de liberal, ha provocado un profundo descontento en los círculos absolutistas, lo que ha favorecido a su hermano, el infante Carlos María Isidro. Como siempre, quien a todos quiere contentar a nadie acaba por satisfacer.

—No todo son malas noticias, O'Brien, ya sabe que a río revuelto ganancia de pescadores. Estos cambios de poder pueden propiciar la venta de los terrenos próximos al enclave, según usted me dijo muchos pertenecen al clero. Si conseguimos hacer brotar la semilla adecuada, y el país sigue perdiendo colonias, pronto habrá quienes pidan a gritos la venta de los terrenos de la iglesia, entonces usted estará ahí para hacerse con ellos.

Nuevas desamortizaciones nos darán nuevas oportunidades para ampliar la zona de seguridad alrededor del lugar.

—Hemos previsto una nueva bajada para julio, cuando nos aseguremos que no habrá posibilidades de lluvia. Furriá, el historiador, quiere seguir una pista que piensa le llevará a encontrar nueva información. Pero necesito que me asegure un clima de calma política.

—No creo que haya problemas, por el momento don Carlos se cree asegurado su derecho a la sucesión mientras Fernando no produzca un heredero, y las noticias que me llegan es que la reina sigue sin estar por la labor. No, le aseguro que al menos tenemos un año de

tranquilidad relativa.

—Bien, en ese caso, excelencia, volveremos a bajar al emplazamiento.

Capítulo 10

El villano

Alrededores de Doñana, julio de 1863 (hoy)

No debió alejarse, pero está demasiado furiosa como para permanecer quieta. No, no debió apartarse sola; Dolores sabe que están demasiado cerca de un campamento gitano y, aunque puede que sean tan

pacíficos como los que encontraron días atrás, también esos caminos solitarios pueden ser propicios para bandoleros y asaltantes de todo tipo. Aunque nunca han hablado de esos peligros libremente frente a ella, ha oído rumores, y sabe que su padre nunca la ha dejado salir del cortijo con menos de cuatro hombres custodiándola. Pero, como de costumbre, su orgullo es infinitamente más grande que su temor. Tenía que retirarse; eso o golpear con todas sus fuerzas la cara de aquel embustero redomado.

Por eso, víctima de su espíritu indomable, ha caminado sin rumbo hasta perder la noción de dónde se encuentra; luego, consciente de estar totalmente

desorientada, siguió caminando, aunque una parte de su mente, esa que parece aferrarse a la lógica, le ha gritado que se detuviera. Está enfurecida y empieza a tener miedo.

—Maldito cerdo embustero —habla por fin entre dientes, añadiendo insultos a cada paso que da—. Falso, mentiroso, embaucador hijo de perra.

Finalmente, se detiene cuando se encuentra el remanso de un río. Observándolo, deduce que puede ser el mismo en el que se ha bañado de forma involuntaria hace un rato; se tranquiliza cuando comprende que podría llevarla de regreso al campamento. Agotada, se sienta sobre una piedra, esperando a que

la rabia cese lo suficiente para al menos permitirle abrir los puños de las manos, agarrotados por la ira que la corroe.

—¡Vaya!, ¡qué visión más hermosa tenemos aquí! —Siente cómo la espalda se le envara cuando la mano de un hombre cubre su hombro, acompañando el movimiento con las palabras en español.

Cuando la rodea, tapando completamente el sol, solo atisba a ver su silueta recortada frente a ella. Enojada consigo misma, maldice en silencio su falta de cuidado al mismo tiempo que se yergue de un salto, apartándose de él; solo para tropezar con un muro de carne a sus espaldas que le sujeta los hombros.

De un plumazo su ira hacia su acompañante ha desaparecido, tornada en una rabia contra su propio carácter irreflexivo. Sabe que está en una situación muy peligrosa; y esa sensación aumenta cuando reconoce la sonrisa torcida del hombre erguido frente a ella. Es uno de los hombres del grupo que dejaron al otro lado del río, el que la saludó cuando se cruzaron.

—Nos volvemos a encontrar. ¿Dónde has dejado a ese gitano pestilente que te acompañaba? —Viste como un hombre casi elegante y, aunque las ropas están manchadas del polvo del camino, el corte es impecable. Dolores sonrío levemente, porque en la situación en la

que se encuentra aún es capaz de fijarse en detalles como ese—. ¿No me oyes?, ¿acaso no entiendes el castellano? Bueno yo lamento no dominar el inglés, pero te aseguro que mi lengua domina otro lenguaje y, para lo que tengo previsto, eso me bastará. —Un gemido parte de la garganta de la muchacha cuando el hombre a sus espaldas agita el pecho bajo una aguda carcajada—. ¡Ay Juan, nuestra noche será muy acogedora en unos brazos tan blancos y suaves! —dice el hombre frente a Dolores.

—Él está cerca —le advierte ella, en lo que teme no es más que un hilo de VOZ.

—¿Cómo dices? Oh, sorpresa, parece que nuestra hermosa mariposa entiende

el español. ¿Te has perdido, bonita?

—No, no me he perdido. Y diga a este animal que se aparte de mí. — Mientras habla, golpea la espinilla del hombre tras ella. El porrazo no parece afectarlo más que la picadura de un mosquito, y vuelve a soltar una desagradable risotada sobre su cabeza.

—¡Ay, cariño!, no te preocupes, te aseguro que él no te tocará. Al menos en muchos días, no comparto mis mujeres con alguien tan sucio. —El olor agrio que le llega desde la espalda, le confirma a Dolores que sus palabras deben ser ciertas—. Vamos a hablar, no demasiado tiempo, claro; tienes un acento refinado, así que puede que saque

algo de tu rescate cuando tú y yo hayamos terminado. Ningún padre me negaría la recompensa de rescatar semejante tesoro de las manos de un gitano. Entre tanto, te llevaré con todo gusto al paraíso... tantas veces que perderás la cuenta. —Su sonrisa y su mirada lujuriosa cuando le desliza la mano, desde el cuello hasta el comienzo del pecho izquierdo, la hacen temblar de miedo y repulsión—. Llévala, Juan, parece agotada y no muy dispuesta a seguirnos. Quiero apartarme de ese gitano lo más rápidamente posible.

—¿Dónde vamos?, ¿al campamento? —El llamado Juan habla, cargándola sin ninguna ceremonia, ignorando las patadas y los puñetazos de sus

extremidades. Cuando Dolores se gira, puede ver la deforme cara redondeada por el exceso de peso.

—Sí, al campamento y a volar de este sitio; no me voy a jugar la piel con el novio de esta preciosidad.

—¡Dejadme ir! No soy su novia. El gitano solo me acompaña a casa de mi padre... Si me lleváis hasta él sin hacerme daño, os pagaré una buena recompensa, es un hombre importante.

—Sí, eres una buena chica. —Aunque lo pretenden, sus palabras no la tranquilizan—. Una señorita fina, joven y bonita a la que seguro no le importará pasar un rato con su valiente rescatador.

—No... se te ocurra... tocarme... —

habla, intentando evitar los golpes irregulares sobre su abdomen a cada paso del enorme barril de grasa que la lleva a hombros.

—No te preocupes, cariño, nos gustará a ambos. Yo, y mi pequeño amiguito aquí presente, somos unos chicos cumplidores. Jamás hemos dejado a ninguna hembra descontenta —conversa alegremente, agarrando su entrepierna—. ¿Verdad, Juan?

—Cierto, señorita, nunca he oído ninguna queja sobre el pequeño Víctor.

—No tan pequeño, Juan, no tan pequeño —interrumpe divertido el segundo hombre—. Supongo que te refieres al gran Víctor.

Dolores retiene todo el aire que

puede antes de soltarlo en un grito con el nombre de Adonái, haciendo que el hombre que la carga suspire, momentáneamente sorprendido. Luego empieza a moverse como un pez sobre el secuestrador, luchando con uñas y dientes, repartiendo golpes sobre su espalda y patadas sobre su pecho con toda la fuerza de la que es capaz. Una fuerza que demuestra ser tan inútil como una mosca sobre un elefante. El hombre llamado Juan vuelve a sujetarla con fuerza, mientras su compañero le golpea brutalmente las nalgas.

—¡No seas tonta! No vamos a hacerte daño, siempre que te comportes. Solo me apetece que nos demos algunos

achuchones; luego, si te portas bien, puede que te lleve con tu queridísimo papá.

Posiblemente nunca haya gritado tanto como en ese momento. Buscando fuerzas en el pequeño cuerpo que le ha tocado en suerte, la muchacha aprieta los dedos sobre la espalda del hombre que la carga, hundiendo las uñas hasta que la tela cede dejando que llegue a la piel blanda y fofa.

—¡Víctor!... quítame esta gata de encima, la muy puta me está arañando.

Tomado desprevenido, intentando huir de sus uñas, la empuja hacia delante y gira el rostro lo bastante para permitirle llegar hasta él; con los puños entreabiertos, Dolores golpea con fuerza

la nariz, para dirigir sus dedos hasta los ojos sorprendidos del hombre.

No sabe cuánto daño llega a hacerle, pero los ha clavado en la piel todo lo que ha podido antes de aterrizar con fuerza sobre la espalda. Desde esa postura solo acierta a distinguir el cielo sobre su cabeza.

El golpe la mantiene sin respiración unos instantes, hasta que recupera el suficiente aire para volver a gritar.

Dolores se sienta, encontrándose con un paisaje imprevisto. Sus atacantes están tumbados sobre el suelo, en una posición poco natural. Otro chillido le surge de la garganta.

—Deja de dar esos alaridos, Dolores;

ya te he oído y supongo que los amigos de estos dos también.

Antes de que se vuelva hacia la voz, una figura le pasa ante los ojos para golpear con el pie el rostro del hombre llamado Víctor. Ella observa todo como si se tratara de una obra de teatro.

—¡Déjame ya, bruto! Llévate a esa zorra si quieres, pero puedo pagarte bastante; al fin y al cabo seguro que no te han dado mucho por devolverla a su casa.

Algo más tranquila, Dolores se aparta el pelo de la cara para contemplar a su compañero. No entiende cómo ha tumbado a los dos asaltantes en el tiempo que ella ha tardado en sentarse. Él permanece erguido sobre el tal

Víctor, con las piernas levemente flexionadas en posición de ataque, una mano agarrando el cuchillo que ha extraído de su funda. No aparta los ojos del hombre que tiene bajo él.

—¿Me oyes? —El hombre sigue hablando entre dientes, despidiendo la sangre que le brota de una herida en los labios—. Puedo pagarte bien y te prometo que la chica acabará volviendo a su padre.

—Vete, llévate ese montón de mierda que te acompaña y sal de mi vista. —La voz le surge directamente desde el pecho.

—¿No te tienta el dinero, entonces? Seguro que no te sobra; podrás

comprarte un puñado de zorras gitanas para divertirte, ¿qué más te da lo que le pase a ella?, aunque, si te has encaprichado, puedo sujetártela para que la pruebes; después de mí claro, y antes de mi amigo el gordo.

—¡Es mía! —ruge, golpeando de nuevo las costillas del hombre.

—¡Vale, idiota! Deja de pegar. — Después de escupir junto a sus pies, se apresura a levantarse, instando a su compañero a alejarse arrastrando las piernas.

Él los observa marcharse, aún en actitud defensiva, mientras desaparecen. Luego, se acerca, poniéndose junto a Dolores, tan alto como siempre, mucho menos humano, infinitamente más

peligroso. Presta atención al punto donde las dos figuras que se alejaban han desaparecido, y gira para mirar los ojos de la muchacha, con el poder hipnótico de una serpiente. No habla, pero su examen la intimida.

Aun antes de permitir que se levante sola, la agarra del antebrazo.

En un instante, Dolores vuelve a estar elevada sobre una espalda que la sacude sin miramiento a cada zancada. Ella nota cómo bufa enfadado, mientras reniega en su idioma atravesando el follaje hasta el campamento; casi ríe cuando descubre que no se encuentra más que a unas cincuenta varas de donde la atacaron. Él ya ha recogido las cosas y, sin

ceremonia, la conduce hasta su caballo, y la lanza, más que deposita, sobre él. Le entrega las riendas, y se aparta para montar, sin decir una sola palabra, su propio animal. En pocos instantes vuelven a ir al galope.

Efectivamente, tal como le había dicho él, en dos horas se encuentran en la puerta de una pequeña iglesia perdida en la campiña. Sin ningún cuidado, él la hace descender del caballo entregándole la bolsa con sus escasas pertenencias.

—Tu padre vendrá a buscarte muy pronto. —El joven observa y saluda al hombre, vestido con sotana, que ha salido a la puerta del edificio; este le

devuelve el gesto con una sonrisa—. Aquí estarás a salvo. —Luego se gira para volver a montar.

Antes de que se aparte del todo, Dolores lo sujeta por el antebrazo. Él se para, observa sus dedos delgados y blancos sobre la piel morena, y luego enfrenta su mirada.

—¿Por qué, Adonaí?

—No me corresponde a mí hablar, Dolores. Hay cosas que ni tú ni yo controlamos y que no entenderías, algún día espero que me perdones.

Sin decir nada más monta, alejándose de su mundo.

*Fiesta del verano, casa del Alcalde,
Sanlúcar, julio de 1828 (35 años antes)*

Candelabros, velas y candiles de petróleo alumbraban y creaban un ambiente amarillento y viciado por el humo del combustible mal quemado. El aire estaba repleto de una mezcla de aromas que iban desde los perfumes dulzones de las damas, la comida que reposaba en las extensas mesas junto a la pared, y la cera de las velas.

Luz Bella no había visto tantas fuentes de iluminación para alumbrar una misma estancia en toda su vida. La exagerada puesta en escena le resultó excesiva y acalorada; las lámparas, además de

crear un ambiente extremadamente artificial de claridad solar, aumentaban considerablemente el calor reinante en la sala atestada de gente, haciendo que los que hacía unas horas podrían haber sido preciosos vestidos de colores para damas, y suntuosos trajes de gala y pañuelos de cuello con lazos muy elaborados para caballeros, no fueran más que capas sudadas de telas, arrugadas por el roce y la humedad reinante en el ambiente. Los atuendos de las señoras estaban adornados con flores, encajes o plumas que en ese momento caían sin gracia hacia los lados. Solo las joyas parecían mantener su resplandor, aunque rivalizaban en brillo con los escotes cargados de sudor

de las mujeres.

El calor empezaba a hacer mella en las personas más ancianas. Poco a poco la muchedumbre se fue trasladando a los jardines exteriores, mucho menos profusamente adornados.

En las paredes circundantes, las mesas de bufé, adornadas con manteles perfectamente almidonados de elaborados bordados de flores, sostenían fuentes de loza pintadas a mano repletas de carnes horneadas con verduras, aves y pescados cocidos en salsa, mariscos y frutas recién cogidas.

La multitud, que aún permanecía en la claustrofóbica sala, atacaba con ansia las viandas antes de salir al exterior en

busca de aire y frescor.

En pocos minutos, tras haber presentado los oportunos respetos a los anfitriones y asegurarse su parte de los deliciosos manjares, la sala fue quedando desierta, salvo por algunos ancianos demasiado cansados o enfermos como para hacer el esfuerzo de levantarse de sus cómodos butacones.

En los patios exteriores algunos de los invitados habían improvisado una pista de baile al ritmo de la amortiguada música que les llegaba desde el salón principal, otros formaban pequeños corros de tertulias. Los más atrevidos paseaban en parejas, aprovechando la casi absoluta falta de iluminación exterior, buscando los rincones aun más

oscuros y alejados.

En un momento dado de la noche, el violinista, el violonchelista y el flautista habían escapado del calor sofocante del interior y habían instalado su propia orquesta en el exterior. Agobiado y sudoroso, el pianista seguía intentando animar el interior mirando con envidia los instrumentos fácilmente transportables de sus compañeros, mientras tocaba una triste melodía, acorde con su propio estado de ánimo y el de los pobres abandonados a su suerte en el caluroso salón.

Luz había llegado de las últimas, pues el trayecto desde Pradobajo era bastante largo. Pero desde entonces el tiempo le

había resultado demasiado lento. Durante todo el rato no había hecho otra cosa que saludar a conocidos en un flujo constante de caras, tantas que casi le costaba recordar a quién, y a quien no, había ya saludado.

Había comprendido que la fiesta del alcalde de la ciudad, como cada temporada, era uno de los grandes acontecimientos del año; todo el que era o pretendía ser alguien en Sanlúcar estaba allí. Por unos minutos, extrañó el flujo constante de pretendientes que desde el anuncio de su compromiso, apenas tres semanas antes, se había cortado de raíz. Le pareció increíble llegar a añorar que le recitaran poesía burda, o plagiada en el mejor de los

casos, en el oído; el intento de robo de besos furtivos en el jardín, o la forma en la que solían secuestrar su mano después de una presentación formal.

—¿Te encuentras bien, Luz? No pareces divertirme. —Alfonso la interrogó con una repentina arruga de preocupación que le hizo fruncir la frente.

Mirando hacia arriba, Luz intentó ocultar un amago de sonrisa tras su abanico. ¡Oh!, claro, la presencia de su imponente novio haría que cualquier posible pretendiente huyera lo más rápidamente posible. Tenía que reconocer que para quien no lo conociera, la altura y corpulencia de

Alfonso haría desistir a cualquier otro hombre.

—¿Yo?, estoy perfecta —habló pensando que realmente era él quien se merecía ese calificativo—. Parece que nuestros anfitriones han logrado encajonar en el mismo espacio a toda Sanlúcar con un evento grandioso, sofisticado y realmente caluroso.

—¿Quieres que demos una vuelta por los jardines? Supongo que todos esperan que nos perdamos entre la floresta para besarnos apasionadamente.

—Te advierto que, con el calor que estoy pasando, si te atreves a poner ese cuerpazo sobre mí tendré que golpearte con el abanico.

—De acuerdo, guardaré mi lujuria

para tus amigas. —Bajando la vista, Luz resiguió la mirada de Alfonso hasta el grupo de jóvenes que les sonreían y saludaban con risitas.

—Conocidas, y si miras a alguna más de dos veces, te mataré.

—¿Con el abanico?

—Con el trabuco de mi padre.

—No te preocupes, querida, te aseguro que tú serás la única mujer de mi vida.

—Me alegro, no me gusta mancharme de sangre. Iré a hablar con mis amigas y a oír los últimos cotilleos, te dejo que vayas a hacer lo que sea que hacen los hombres comprometidos o casados.

—Mejor iré a fumar y tomar una

copa, lo otro seguro que no te gustaría. —Con una radiante sonrisa, Alfonso se apartó justo antes de que Luz lo alcanzara con su abanico.

—¡Ah!, aquí tenemos a la afortunada señorita O'Brien. Felicidades Luz, has cazado el faisán más jugoso. — Macarena Castillo era muy bonita, muy rica y muy ácida. Por eso a Luz le encantaba.

—No querida, solo te he dejado libre el camino para que elijas entre todos los demás. —Sonrió, contemplando a la chica morena. Era bastante más alta que Luz, pero eso no era algo poco corriente, delgada y de ojos negros

almendrados.

—¿Qué hombre te gustaría como esposo, Macarena? —preguntó otra de las cuatro jóvenes que formaban el corrillo.

—No pido demasiado realmente, alguien joven, guapo, rico, elegante, cariñoso, y que me adore... Como veis, ¡cualquiera podría servir! —respondió ella con exagerada frivolidad.

—Bueno, como buenas amigas intentaremos ayudarte y que sigas mis pasos hasta las escaleras de la iglesia de la O. —Luz fingió recorrer la sala con la mirada, atenta a todos los hombres allí presentes—. Supongo que lo de guapo y joven no es algo negociable.

—Sería muy bien recibido, pero en absoluto imprescindible, siempre que viniera acompañado con un buen montón de dinero y el permiso para buscarme un amante adecuado —continuó bromeando Macarena.

—En ese caso, creo que me centraré en los hombres de mejor aspecto, prefiero no andar oyendo cotilleos de mi mejor amiga.

—Confío ciegamente en tu criterio, Luz.

Ella se encogió de hombros, volviendo a escudriñar el jardín, ahora algo más iluminado por las velas que los criados habían empezado a sacar desde el salón desierto. Juguetona, Luz fijó la

vista sobre un grupo de tres hombres, acomodados en la barandilla del balcón que daba al jardín, y habló de nuevo.

—Podemos empezar por ese agradable grupito. —Con un leve gesto de cabeza, indicó a sus amigas, sin lugar a dudas, a quiénes se refería.

—Permíteme que te felicite por tu exquisito gusto, Luz —apuntilló Macarena, observando a los hombres, apoyados sobre los codos, que parecían ajenos a los ojos fijos en sus personas. La imagen resultaba realmente agradable; dos de ellos, Jesús y Javier Moore, ambos hermanos, rubios y más que favorecidos por la naturaleza, y un desconocido moreno de piel blanquísima que destacaba como una

perla negra junto a los otros. Sus facciones, perfectamente cinceladas, reflejaban las sutiles huellas de la vida —. ¡Vaya sorpresa! Dime por favor que es rico y agradable.

—Es Marcus Dubois, francés y, aunque no muy rico, supongo que agradable. Pero siento decirlo que he oído que es un flojo, mujeriego y sinvergüenza reconocido que nunca ha trabajado en su vida y que no tiene intención alguna de casarse a no ser que encuentre una mujer rica —comentó la cuarta muchacha, una morena algo gruesa.

—No me importa lo más mínimo —aseguró Macarena—. Voy a casarme con

ese hombre, aunque no sea capaz de mover un dedo para trabajar. De cualquier forma me sirve con que se tumbe en una cama boca arriba vestido de aire, ya trabajaré yo por él. —La risa de sus amigas coreó la desvergonzada declaración.

Sanlúcar, julio de 1828 (35 años antes)

A sus veinticinco años, Marcus Dubois era un hombre muy bien plantado. Sus ojos castaños, típicamente franceses, refulgían sobre una piel demasiado clara, un rostro agradable de medidas perfectas y una boca llena y

sensual. Consciente de todo su potencial, sonreía a la naturaleza, que le había regalado tanto, y aprovechaba cada pulgada de su hermosa persona para obtener todo lo que el mundo le podía ofrecer. Él, en contrapartida, no dudaba en considerarse a sí mismo un premio que otorgaba sin miramiento a toda mujer, hombre o muchacho que considerara digno de su persona.

Alargando la palma de la mano sobre su mejilla, acarició la incipiente barba, haciendo que los músculos del brazo derecho se tensaran, protestando por los excesos de la noche. El vello negro del pecho se agitó levemente con un profundo suspiro.

Despertar en una cama extraña no le era una sensación ajena; una diferente cada noche, ya fuera un burdel, un hotel, el último salón de juegos que lo hubiera aceptado o, como hoy, la casa de una amante. En realidad en su vocabulario no existía el concepto hogar; no había un lugar adonde ir después, al final del día, tras un extenso viaje. No se acordaba o, si lo intentaba, debía ir más allá de los últimos quince años para buscar ese sitio, ese recuerdo en el que podía haber existido algo remotamente parecido a un hogar. No importaba, él no lo necesitaba, había aprendido a prescindir de muchas cosas y esa era solo una más de tantas.

Nieto de un adinerado comerciante marsellés e hijo de un oficial del alto mando de Napoleón, sus padres y hermanos murieron en un naufragio cuando él contaba diez años, dejándole una gran fortuna y una tía solterona y amargada como único pariente. Ya poco quedaba de un capital que había ido desapareciendo bajo la inútil dirección de una mujer simple y unos abogados demasiado avispados.

Cuando alcanzó la mayoría de edad, decidió que lo poco que quedaba no le daría ni un día de inútil preocupación, y se dedicó en cuerpo y alma a acabar con una fortuna que había tardado dos generaciones en ser levantada. Al fin y

al cabo, era joven, educado, atractivo y parecía rico. Era cuestión de tiempo que embaucara alguna acaudalada heredera y la hiciera soñar que él era su príncipe francés. Desgraciadamente, el tiempo para alcanzar esos planes se le acababa poco a poco. Ya no era tan rico, aparentar costaba demasiado, y sobre su hermoso rostro de niño empezaban a aparecer leves líneas regaladas por una vida de excesos incontrolados.

Sus espaldas protestaron la extrema blandura del colchón que lo soportaba; quizás en esos momentos la posibilidad lejana de tener una cama propia le pasara por la mente, sutil, muy levemente. Miró hacia el techo cruzado de finas vigas de madera. A pesar de las

altas paredes, el calor se acumulaba en la estancia y las gotas de sudor continuaban, como durante toda la pasada noche, recorriendo los pliegues de su frente hasta descender hacia la almohada.

Despertar con una mujer desnuda a su lado tampoco le era extraño; una mujer desconocida y encantadora, al menos eso le revelaba la vista de su espalda. Aunque, desde hacía unos dos años, el sexo de su compañero de cama era una sorpresa cada mañana. A veces, lo que parecía la atractiva espalda de una muchacha se tornaba en la no menos agradable vista de un joven bien proporcionado.

El hecho lo tomó por sorpresa la primera vez, tras una loca jornada de alcohol y opio; ese día, hizo salir al hombre de la cama con varias contusiones sobre las costillas. La segunda vez decidió que la vida era demasiado breve y hermosa para desaprovechar oportunidades y observó, no sin sorpresa, que su cuerpo no rechazaba lo que sus ojos veían. A partir de entonces la única regla en la vida para Marcus Dubois fue no tener ninguna, sobre todo en lo que a placeres sexuales se refería. Ahora no sería capaz de decidir qué era lo que prefería. Aunque, si le preguntaran, posiblemente confesaría que uno a cada lado de su

almohada sería la elección correcta, dar y recibir, ¿no era lo que decían las Sagradas Escrituras?

Sus ojos revolotearon desde el techo al cuerpo a su izquierda; era realmente hermosa, con piel de vainilla, tan clara como a él le gustaba. Si conseguía abstraerse del color de pelo, podría soñar que era ella, la única mujer que hacía latir su corazón helado. Aunque sería de nuevo solo un sueño, uno de tantos desde hacía unos meses.

No sabría decir cuándo comenzó, cuándo empezó a ir a su cama casi a diario, en el silencio de la noche, a entregarse en sueños entre sus brazos. A veces cambiaba la forma de su cuerpo, pasando de leves curvas a una

voluptuosidad desmesurada; podía ser menuda, como una niña en sus manos, o alta, tanto como él, apretando con fuerza en su abrazo cada uno de los músculos tensos de su propio cuerpo. Pero había algunas constantes en esas fantasías: su rostro, su pelo de un color imposible y esos profundos y expresivos ojos verdes. Luz Bella.

La conoció en una inútil fiesta de sociedad, un ave del paraíso en una jaula repleta de insulsas palomas. Tres fiestas infructíferas más tarde consiguió una invitación para Pradobajo y, entre más de sesenta invitados, logró subir a su dormitorio sin ser visto, para observar y tocar sus cosas: los cepillos

con los restos de cabellos rojizos, su perfume dulzón, el cajón con las medias, la ropa interior. Quizás fue entonces cuando empezó su pequeña y secreta obsesión. Seguro que no era la más hermosa, ni la más inteligente, ni siquiera la más interesante mujer que se había cruzado en su camino; pero estaba allí, casi inalcanzable; vivía, comía, respiraba, dormía, tocaba, abrazaba, sonreía y no era precisamente a él. Estaba solo a unos pasos de distancia, pero parecía no prestarle más atención que a un gallo nuevo en su extenso corral. Él, al que ningún ser humano, hombre o mujer, se le había resistido. Nunca sería suya y esa, en último extremo, sabía que era la razón de su

insaciable inquietud.

Había tocado su piel cientos de veces, acariciado su espalda desnuda sobre la cama, la suave curva de sus senos, el arco de su cuello, los entreabiertos labios rojos. Había oído sus jadeos secretos bajo las sábanas y la había visto sonar y reír, y llorar de placer.

Sí, la había tocado, pero solo a través de sus sueños y en el cuerpo de cada amante anónima que llegaba a él.

No pensaba que fuera amor, ¡Dios!, ¿qué era eso del amor?, no más que una ñoña palabra; amor solo lo sentían los cobardes, los débiles, los desesperados, y él no era nada de eso, él era un

superviviente. No había amado a nadie en toda su vida; quizás su madre, porque él alguna vez tuvo una madre que lo acarició y besó, le inspiró cierto sentimiento difícil de describir; tal vez eso era amor.

No, definitivamente no amaba a Luz Bella; quizás solo la deseaba físicamente, pero él podía controlar perfectamente sus necesidades. Aunque en ese sentido no es que fuera un monje, conocía lo que inspiraba en los demás; una mirada, una sonrisa y cualquiera estaría en su cama al final de la noche.

El movimiento al otro lado del colchón lo devolvió al contexto de aquel dormitorio, a la realidad de su desierta existencia, y a la certeza de la ausencia

de esas ensoñaciones que la noche le traía.

—¡Buenos días!, aunque creo que aún no ha salido el sol. —Tumbada sobre la almohada, con la abundante cabellera rubia resbalando por los hombros, era una visión. Una imagen que de forma inmediata hizo reaccionar a su cuerpo —. Veo que te vuelves a alegrar de verme.

—Siempre me alegro de verte, Sara. —Él se giró, para enfrentar su mirada.

La joven viuda era una compañera de cama esporádica desde hacía año y medio. No eran amigos, aunque su relación casi se lo hubiera parecido a los observadores de la pareja, y no

tenían absolutamente nada en común, salvo sus encuentros sexuales. Solo una leve sonrisa, y la mujer rodó hasta él, colocándose a horcajadas sobre su cuerpo desnudo.

—Pero no tengo tiempo ahora —dijo Marcus, con una delicadeza que le era inusual, y se movió, agarrando su cuerpo hasta colocarla de nuevo sobre el colchón, apurando en un último momento el roce de sus caderas y haciendo una mueca cuando su erección matinal rozó la suave piel de mujer—. Podremos seguir en otro momento. —Con un gemido, se volvió sobre su estómago y abandonó la cama, sabiendo que era inútil intentar dormir.

Con la leve cadencia al andar que lo

caracterizaba, atravesó desnudo la habitación hasta la terraza, arrastrando tras de sí la fina sábana de algodón gris, abrió los postigos de madera y avanzó hasta apoyarse sobre el alféizar. La luz de la luna se filtró en el interior del cuarto y convirtió la figura del hombre en una silueta negra y plata.

Aún estaba amaneciendo, aún era un hombre medio despierto, aún sentía el frescor de la noche y una mujer seductora y dispuesta lo esperaba en la cama. ¿Por qué no volvía a terminar con eso para lo que su cuerpo estaba tan preparado?. «Pero no es lo que quieres, ¿verdad Marcus?». Se preguntó a sí mismo. Nada salvo ella podría

satisfacer este vacío en tu estómago.

No tuvo conciencia de que los minutos pasaban hasta que la sombra de su propio cuerpo sobre la entrada de la habitación le gritó que estaba amaneciendo.

No recordaría cómo, pero allí estaba, de nuevo frente a la cama, desnudo, dejando caer la sábana a sus pies. Observando la sonrisa irónica y sensual de su acompañante:

—¿Lo pensaste mejor?

*Fiesta en la casa del juez de paz,
Sanlúcar, finales de julio de 1828 (35
años antes)*

Luz no debía estar en esa fiesta. Lo cierto era que, por una vez, había cedido a los deseos de su padre en contra de los suyos propios; así que allí se encontraba, rodeada de la crema de la sociedad de Sanlúcar. Las más ricas, hermosas e insulsas muchachas casaderas en un conjunto variopinto que reunía todo lo que Luz despreciaba. Esa noche no estaría su amiga Macarena, y ni siquiera Alfonso asistiría, pues la recolección de la última cosecha y el enfriamiento de la relación con su madre, desde que anunció su boda con Luz, lo tenían muy ocupado, y no lo había visto desde la noche de la fiesta en casa del alcalde.

Aquella prometía ser una velada bastante aburrida.

Solo habían pasado tres minutos desde que cruzó la puerta de entrada, cuando una presencia a su espalda llamó su atención. El viento había arrastrado consigo la fina arena de las cercanas dunas del otro lado del río Guadalquivir, y el hombre intentaba retirar el exceso de su elegante sombrero y su sobretodo, antes de entregarlo al criado que aguardaba en la puerta. Luz notó con cierta diversión que aquel joven estaba excepcionalmente bien vestido, con elegantes pantalones ajustados y chaqueta negros que, de manera muy clara, lograban rebelar las

líneas esbeltas y fuertes del cuerpo que cubrían. Su cabeza descubierta dejaba ver un pelo muy oscuro y tenuemente ondulado en el cuello, nariz fina y levemente larga, boca amplia y ojos inteligentes. Era un hombre algo más alto que la media, aunque no demasiado, y muy fibroso. Luz reconoció sus rasgos de algún otro evento y, aunque no sabía su nombre, estaba segura de que sus miradas se habían encontrado en alguna otra ocasión. Tenía un rostro de una belleza casi adolescente, si bien supuso que debía estar más próximo a los treinta que a los veinte, y la sonrisa que bailaba en sus ojos y labios denotaba un humor que a Luz se le antojó cáustico.

—¡Hola, Luz!, veo que has llegado

antes que tu padre. —Con paso decidido, la esposa del juez se aproximó a ellos, dándoles la bienvenida con una enorme sonrisa—. Querida, eres una preciosidad. ¡Ah, señor Dubois!, permita que le presente a esta jovencita: Luz Bella O'Brien.

—Un placer, señorita O'Brien —murmuró Marcus con una leve inclinación.

—Caballero.

Aunque sus modales parecían perfectos, el reflejo que se podía intuir en las profundidades de sus ojos provocaba un extraño cosquilleo en el estómago de Luz.

Sin saber por qué, retrocedió un paso,

extendiendo su mano enguantada hacia el hombre. Inquieta, permaneció rígida, mientras él secuestraba su mano entre las suyas bajo una penetrante mirada, hasta que ella acabó retirándola con más brusquedad de la que pretendía.

—Si me disculpa, señor Dubois, creo que ese que llega es el coche de mi padre. —Sin dejar que él respondiera, atravesó los pasos que la separaban de la entrada y salió a respirar el aire limpio del exterior, abochornada por no haber podido refrenar el impulso de escapar de su cercanía.

Hotel Mercí, Sanlúcar, agosto de 1828 (35 años antes)

—He oído que tu amada se casará con Alfonso García. —Sara habló, dibujando el esbozo de un árbol seco sobre el pliego de papel que reposaba en la espalda desnuda de Marcus. Un leve movimiento de contracción en los músculos del hombre, le hizo emborronar parte del tronco—. Quieto, veo que te altera la noticia, querido. — Con desidia, apartó el papel para dedicarse a dibujar directamente sobre la piel desnuda.

—No sé de qué hablas. —El cosquilleo del extremo del carboncillo lo hizo unir los omóplatos en un acto reflejo—. No me agrada que me

embadurnes.

—A mí en cambio, no hay lienzo que me guste más. —Con la yema del dedo índice, garabateó el contorno de la flor de lis que estaba trazando, desde el hombro a la mitad de la columna—. Creo que la boda será pronto.

—¿Dónde oíste eso? —Girándose, dejó al descubierto su pecho desnudo y tomó por las muñecas las manos de la mujer.

—Por lo visto el compromiso será oficial antes de acabar el verano —cuchicheó en su oído—. Parece que el señor y la señora García tienen bastante prisa por casar a su díscolo hijo. Ya sabes, para acallar las malas lenguas.

—¿Qué es exactamente lo que tienen

que acallar? No me gustan las adivinanzas.

—Al parecer al muchacho le gusta ponerse a cuatro patas, ya me entiendes.

—¿Me hablas de ese tipo de más de siete pies y espaldas de estibador? Oh, vaya, vaya, eres una fuente inagotable de noticias.

—¿Qué cínico eres!, pensé que tú mejor que cualquier otro comprendería ese tipo de comportamiento.

—Olvidas, pequeña, que a mí normalmente me gusta estar encima. —Mientras hablaba la hizo volverse de cara al colchón—. Aunque no te lo negaré. —De un solo gesto, desnudó el leve camisón que cubría su cuerpo—.

Estoy abierto a cualquier sugerencia. — Con movimiento brusco de las manos, le levantó las caderas, exponiendo el excitado cuerpo de la mujer. Dudó apenas unos segundos antes de decidirse a penetrarla en un único movimiento violento. Los envites del hombre eran bruscos y poco gentiles—. Ella es muy rica. —Golpe—. Y muy hermosa. —Golpe—. Un premio demasiado jugoso para ese inútil. —El sudor descendía por su cuello, goteando sobre la espalda de la mujer—. Y yo necesito una novia rica. —Unos minutos de gimoteos sordos y arremetió contra ella con brutal rudeza por última vez. Empapado y exhausto, rodó sobre la espalda—. ¿No crees que seríamos una combinación

perfecta?

Capítulo 11

El médico

*Cortijo de Pradobajo, julio de 1863
(hoy)*

El día ha amanecido caluroso, y tras cuatro jornadas de duro camino bajo un sol calcinante, el hombre resopla contento de alcanzar su destino. Galopa con nuevo ímpetu al entrever el pasaje franqueado de árboles que lleva a su

hogar: Pradobajo.

Néstor O'Brien, doctor en medicina y heredero de una de las mayores fortunas de Andalucía, desmonta, antes incluso de que el caballo castaño detenga la marcha frente al imponente caserío.

Entra con largas zancadas por la puerta, sacudiendo sus pantalones de paño, ahora varios tonos más claros, tratando inútilmente de apartar el polvo que la larga cabalgada ha depositado sobre la prenda; la camisa y los antebrazos desnudos requieren de mayor dedicación. Justo antes de entrar en el salón principal, se detiene ante la mirada atónita del joven criado, cuyos ojos asombrados tratan de conectar el conocido rostro de su patrono con la

indumentaria informal que lleva.

—Señor, me, me... alegre de que esté en casa.

—Veo que no llevas el tiempo suficiente con nosotros para asimilar mi aspecto —dice Néstor, al tiempo que lanza el cinturón con el cuchillo y una alforja a las manos del hombre sin perder el paso; el sirviente apenas alcanza a cogerlos antes de que toquen el suelo—. Entra en la cocina y cuenta lo que acabas de ver. Alguien te informará de forma inmediata, ahora no tengo tiempo para explicaciones.

Tras dejar a Dolores en la puerta de la iglesia y cabalgar para informar a Alfonso García del paradero de su hija,

el camino de regreso ha sido menos rápido de lo deseado. Sumido en sus propios pensamientos, Néstor se distrajo imperdonablemente; a un par de días de Pradobajo, el caballo que montaba tropezó con una madriguera de conejos y quedó inútil de una de las patas delanteras. A pesar de haber intentado entablillar el hueso fracturado utilizando sus amplios conocimientos de medicina, estaban demasiado lejos de cualquier lugar habitado y tuvo que obligarlo a caminar para encontrar agua y comida para ambos; desgraciadamente el esfuerzo fue demasiado y no pudo hacer nada por el animal, teniendo finalmente que sacrificarlo. El incidente le costó dos días, hasta que consiguió una nueva

montura en una aislada finca, regentada por unos conocidos; a cambio de unas monedas y la promesa del retorno del animal en unos cuantos días. Y lo que era más doloroso, la tristeza de acabar, utilizando su propio cuchillo, con la vida de un compañero con el que llevaba más de diez años.

—¿Está mi madre en el cortijo?

Deja el pasillo, antes de esperar contestación, y entra en el estudio. Trabajando en su escritorio, oculta tras un bloque de libros apilados, apenas distingue los rizos rojos de Luz Bella.

—Como siempre, entras en mi casa sucio y apestando a caballo —habla Luz sin necesidad de levantar la vista,

reconociendo el caminar de sus pies descalzos sobre el piso de piedra.

—Te olvidas decir que con un hambre de lobo.

—Pasa a asearte y roba cuanto quieras de la cocina, luego preséntate ante mí como es debido.

Sin hacer caso a sus palabras, el hombre retira los tres primeros libros del montón, descubriendo el elegante rostro tras ellos. Vestida con una camisa blanca de escote bajo y una amplia falda gris, oculta parcialmente por la mesa, la mujer le da la bienvenida con una leve caída de párpados que derrama su mirada por todo su atuendo.

Algo nervioso, él retira los mechones de cabello negro, que han escapado de

la deshecha coleta, y se sienta de lado en la silla colocada frente a la mesa; ignorando el suspiro de impaciencia de la mujer, estira las largas piernas.

—Siento molestarte, pero me gustaría hablar unos minutos.

—¿Acaso me equivoco al suponer que has traído a mi nieta y que está perfectamente sana?, porque sabes que es lo único que deseo oír en estos momentos —dice Luz, cuando queda claro que él no va a dejarla hasta haber dicho lo que trae en mente.

—No tienes que temer, he dejado a esa gata salvaje en una iglesia, a un día a caballo de Sanlúcar. Alfonso irá por ella y te la traerá en un día o dos. —

Respira unos segundos, para añadir—: Sana, salva y pura, tal como la encontré.

—¿No has podido con ella? —La comisura de sus labios se distiende en una amago de irónica sonrisa—. ¿Ni siquiera has aguantado hasta traérmela aquí? Debe ser más parecida a mí de lo que pensaba.

—No es más que una niña mimada y demasiado sincera. —Él intenta mantener un tono impersonal.

—Ya veo que te gusta.

—No entiendo cómo Alfonso García ha sobrevivido junto a ella estos años —habla él, ignorando su comentario—. Vas a tener que atarla corto, creo que deberías replantearte tus planes, no me ha parecido el tipo de persona que se

conforma con hacer lo que se espera de ella.

—Te subestimas, querido, creo que en estos momentos debe estar suspirando por los rincones.

—¿Qué pasará ahora? —habla, apartando con un gesto de la mano su comentario.

—Ahora tienes que marcharte cuanto antes. Presumo que ella no sabe quién eres ¿cierto?, ¿no le habrás dicho que eres mi hijo?

—Literalmente casi no le he dicho una palabra. No te preocupes, en unos días no se acordará de mí.

—Rezo para que no sea así. Bien, las circunstancias y ese ataque de los

renegados nos han obligado a cambiar algo los planes, aunque creo que todo será para mejor.

—Pero, en cambio, quieres que desaparezca por un tiempo. ¿No va eso en contra de lo que hablamos?

—No un tiempo, querido, quiero que desaparezcas por varios años. —La cara perpleja de Néstor casi la obliga a reír —. Vas a ir a Madrid, he conseguido una vacante de cirujano en el Hospital General.

—¿No hablarás en serio?, una especialidad de cirugía me llevará al menos siete años.

—Mi amor. —Las palabras son cariñosas, el acento sarcástico—. Estoy segura de que a ti no te llevará más de

tres o cuatro, lo suficiente para que nuestros planes maduren.

—¿Quieres que me marche durante cuatro años? ¿A cientos de leguas de distancia?

Néstor se yergue en la silla. Las palabras de Luz lo asombran y quemán a un tiempo. Ella es la mujer menos maternal que ha conocido, pero para él ha sido la mejor madre del mundo.

—Créeme, esto que hago es el mayor sacrificio que he hecho en toda mi vida. —Por un segundo casi podría jurar que sus ojos brillan con reflejos acuosos. Instantáneamente el momento pasa y ella vuelve a sonreír—. El doctor Moresco habla maravillas de tu destreza como

médico, pero necesito que seas el mejor; y tus habilidades como cirujano serán un regalo inesperado e impagable. No te preocupes por no ser aceptado en Madrid, allí solo te conocen como mi hijo, Néstor O'Brien, alguien mil veces más rico que todos ellos juntos. Además, esos estirados no son capaces de distinguir un andaluz de origen árabe de un gitano, y tú realmente casi no pareces ninguno de los dos. —Una leve pausa para volver a recorrerlo con la mirada—. Al menos cuando vistes decentemente y proteges tu piel del sol durante unos meses.

—¿Acaso me estás pidiendo que me esconda?, ¿que oculte mi origen?

—No, solo te estoy pidiendo que

actúes, ¿podrás hacerlo? Al fin y al cabo, sabes mejor que nadie quién eres; quizás solo tendrás que disimular un poco esa mitad de sangre del pueblo que parece hervir en tus venas. Un leve cambio en tu aspecto, para parecer menos silvestre.

—No soy un actor y conoces el orgullo que siento por pertenecer a mi pueblo.

—Cierto... ¿y cuánto estás dispuesto a hacer por tu pueblo?

—Ya lo sabes, tengo mucho por lo que pagar, todo lo que me pidas, aunque me gustaría comprender dónde nos llevarán tus maquinaciones.

—Maquinaciones, maquinaciones. Me

ofende viniendo de ti, creo que si hay alguien que comprenda a la perfección lo que hago ese eres tú.

—¿Comprender?, sabes
perfectamente que llevo años haciendo ciegamente cada una de las cosas que me pides.

—Algún día puede que todo surja ante ti claro como el agua, hasta entonces te vuelvo a pedir que creas en mí.

Luz alarga la mano por encima de lo que queda del montón de libros, rozando con sus yemas la bronceada muñeca del hombre. Él levanta la mirada hasta cruzar sus oscuros ojos con la profundidad verde de los de su madre; unos instantes en los que cualquier duda

posible desaparece de un plumazo.

—Dime qué quieres que haga — responde resignado.

—Por ahora me conformo con que te desprendas de esa coleta. —Señala el grueso mechón de pelo que cae sobre su hombro derecho, recogido con una cinta de piel.

—¿Sabes?, alguien me dijo hace unos días que mi pelo era glorioso, que lo conservara así siempre —habla, mientras toma el afilado abrecartas de la mesa de palo de rosa y agarra con su mano libre la mata brillante y negra; lentamente corta el cabello por encima de la cinta de cuero que lo ata, entregándoselo, aún unido en un solo

mechón, a la mujer frente a él—. Toma, guárdalo por mí, por lo que volveré a ser algún día —dice levantándose de la silla—. Sin embargo, antes de irme me gustaría que me explicaras qué ganaremos si me alejo todo ese tiempo.

—Dudo que lo entiendas aunque te lo cuente. —Lo observa unos segundos, hasta que la mirada del hombre la obliga a explicarse, al menos levemente—. Está bien, si alguien puede entenderlo supongo que eres tú. Las mujeres somos seres difíciles... —La sonrisa irónica de Néstor la hace silenciar por unos instantes—y las de mi familia, supongo que especialmente difíciles. —Él vuelve a no hacer ningún comentario, aunque el gesto de su boca es bastante elocuente

— Una mujer nunca ama locamente a su primer amor, solo al último; Dolores necesita madurar y tu presencia aquí no haría más que hacerle ver que es demasiado joven para saber lo que desea.

—¿Entonces?, no tengo nada que hacer.

—¡Ah, mi amor! Pero un sueño, un sueño puede durarle a una mujer toda la vida, querido. Y tú, ahora, eres su sueño; el tiempo solo hará que te desee con mucho más ímpetu y, si es la mitad de mujer que creo, cuando vuelvas a ella no te dejará volver a ir jamás, aunque le vaya la vida en ello.

—Lamento comunicarte que el amor

de madre te ciega, Luz Bella. —Se gira con una leve carcajada—. Nos vemos a la hora del café.

Sonriendo, sale por la puerta un segundo antes de encontrarse de frente con Isaac. El hombre viste elegantemente, conservando tan solo el pelo levemente largo.

—¡Hola, hijo!, ¿cómo fue tu viaje?

—Lento, peligroso y afortunado — habla, tocando con su mano el hombro del hombre mayor, solo una pulgada más bajo que él —. La muchacha está con su padre y llegarán pronto.

—¿Y bien?

—Yo me marcho mañana, habla con Luz Bella. —Sin decir nada más, se separan.

—¡Adonaí! —Oye la voz de la mujer cuando apenas ha dado un paso fuera de la habitación. Lentamente se vuelve para ver cómo ella se levanta del sillón y mira el trofeo de su cabello sobre su blanca palma.

—Gracias —habla ella.

En cuatro zancadas se acerca para tocar con la yema del dedo índice la frente de la mujer, justo en el centro, entre las cejas doradas, y baja recorriendo lentamente la nariz hasta el extremo levemente respingón.

—Gracias a ti, mi luz bella.

Sanlúcar, agosto de 1828 (35 años)

antes)

Las ferias en Sanlúcar eran un acontecimiento importante. Para un pueblo muy dependiente del comercio de ganado y caballos, este tipo de eventos reunía a lo más granado de la población en torno a establos, rediles y corrales, como si de salones de baile se tratase. La familia que conseguía llevar hasta sus tierras los mejores galardones aseguraba un año de prosperidad en el que sus productos, independientemente de que no tuvieran que ver con el ganado, eran reclamados en toda la región por su calidad. Por eso, durante la semana que duraba, la feria centraba toda la atención de los más ricos e

importantes hacendados.

Que un toro fuera mejor que otro no parecía una cosa importante hasta el momento en que ambos ejemplares, portando el nombre de sus amos en el cuello, paseaba sus muchos quintales por el redil de exhibición. Entonces, cuando el público coreaba el nombre de su dueño al paso pesado y lento del enorme animal, todo pasaba a ser una cuestión de honor familiar, en el que el tamaño de los cuernos, el lomo y sobre todo los testículos del toro enorgullecían a su propio amo. Por supuesto, a nadie se le ocurría comentar durante la exhibición de vacas la semejanza de ningún atributo bovino con el de su

dueña.

Cuando la res de los García apareció ante el público aglomerado en el redil, los murmullos se generalizaron alabando la robustez y el porte del animal y, sobre todo, los inmensos atributos mamarios de la susodicha.

Luz, subida en una de las gradas asignadas a los más privilegiados y vuelta hacia sus amigas, no había reparado en el animal hasta que oyó la voz sorprendida y exageradamente alta de su amiga Macarena Castillo alabando al bovino.

—¡Vaya!, no es difícil identificar a la vaca de doña Mercedes, semejantes atributos son únicos e irrepetibles.

Desgraciadamente, lo que había sido

expresado con el fin de alegrar únicamente a sus amigas, coincidió con un súbito silencio general del recinto, haciendo que todas las miradas confluyeran sobre el grupo de amigas, y especialmente sobre la muchacha pelirroja que, vuelta de espaldas, rompió a reír a carcajadas.

Unos segundos, y el foro al completo, salvo honrosas excepciones, arrancó a desternillarse ante la ocurrencia. Desafortunadamente para Luz, dos de esas excepciones fueron su muy amargada suegra y un sorprendido Alfonso, que acudió a reprender con dureza a su prometida.

—Supongo que estarás contenta —le

increpó, apartándola de sus amigas y sujetándola por el codo.

—Lo siento, Alfonso, sé que no ha tenido gracia pero no he podido. —Otro inoportuno ataque de risa hizo silenciar a Luz.

Por unos minutos no pensó lo que dijo ni oyó lo que le decían, intentando elevar la voz por encima de la de su enfadado prometido.

—Me has defraudado.

Fue lo último que escuchó después de oír un largo y airado discurso por parte de Alfonso, y sus correspondientes y propias réplicas cortantes. Luego, dando un bufido, Alfonso la miro fríamente, antes de girarse frente al asombro de toda la concurrencia, que no parecía

haber perdido detalle.

Sin pretenderlo, Luz acabó alejándose de la cara enfurruñada de doña Mercedes y del inusitado desprecio de Alfonso. Lo único que deseaba era dar un paseo a solas al aire libre, alejarse caminando, a ser posible durante horas, hasta que el enfado que en esos momentos bullía en su pecho se hubiese calmado. Al fin y al cabo, no consideraba que fuera para tanto; y lo que más le dolía era que él no creyese que, aunque se había reído como una tonta, no había sido ella realmente la instigadora del asunto.

Así pues, casi se alegró cuando tropezó con el rostro sonriente de Marcus Dubois. No lo veía desde el momento en que la mujer del juez los presentara, y ese día una extraña sensación que no acertaba a entender la había hecho apartarse con rapidez. Sin embargo, el hombre que ahora la miraba divertido no la asustaba lo más mínimo.

—Señorita O'Brien, me alegra volver a verla. —Luz pensó que no tenía importancia si conversaba con el hombre unos minutos; después de todo, aunque en ese momento estaban algo ocultos tras los establos, les rodeaban cientos de personas.

—Lo ha visto todo, ¿verdad? —

Encontró cierto alivio cuando él volvió a sonreír con diversión.

—Todo. —De acuerdo, ¿por qué no relajarse en su compañía? Al parecer a él le importaba bien poco si se había comportado o no como una buena nuera y si había gritado o no a su futuro marido delante de media ciudad—. Todo, incluso las semejanzas, aunque creo que esto último es tan evidente que sobran las explicaciones. ¡Cielo santo! No podré volver a mirarla sin pensar en ordeñarla. —A Luz le resultó imposible no echarse a reír ante la idea.

Se dirigieron, casi como si se hubiesen puesto de acuerdo, hacia el extremo de las caballerizas, siguiendo un sendero de grava que pasaba frente a

los animales expuestos. En esa zona empezaba la floresta que separaba Sanlúcar del recinto de la feria. Había zonas de sombra protegidas del sol y de la vista por varios pinos.

Luz aprovechó un tronco caído para sentarse unos minutos, pues no deseaba alejarse mucho más en compañía de un hombre que apenas conocía, y cuya fama no era demasiado conveniente. Sentada en equilibrio, para evitar que la suciedad y la resina se le pegaran a la falda, se dedicó a contemplar el suelo. No se percató de que tal vez llevaban demasiado tiempo callados, hasta que la voz de Marcus rompió el silencio.

—He deseado hablar con usted desde

que nos presentaron —oyó sobre ella. Luz levantó la barbilla con una sonrisa para contemplar al hombre erguido ante ella. El cabello negro con reflejos lustrosos, debido al aceite usado para mantenerlo fijo, parecía irradiar la luz solar. Él, consciente de su atractivo felino, le devolvió el gesto—. ¿No piensa asistir a la entrega de premios? —preguntó Marcus.

—Por supuesto, solo deseo relajarme antes de regresar. Por nada del mundo me perdería el momento en que la vaca de mi futura suegra sea galardonada con el primer premio. —Ambos sonrieron ante el doble sentido de la frase—. Aún tardarán algo en dar los resultados, volveré dentro de un momento.

—¿Podría acompañarla entre tanto?

—¿Por qué no?, al fin y al cabo el campo es de todos, ¿no? ¿Paseamos? — Luz se levantó, tomando el brazo que él le ofrecía.

—He oído que se casará pronto con el señor García, mi... mi enhorabuena señorita. —Luz observó la cara del hombre, preguntándose qué era lo que hacía brillar de ese modo sus ojos.

—No tan pronto, si doña Mercedes puede evitarlo.

—Bueno, seguro que hay montones de posibles suegras que estarían deseosas de darle la bienvenida a su familia, es bien sabido que cualquier compromiso siempre se puede romper.

—¿Por qué dice eso? Pienso casarme con Alfonso en menos de dos meses, y lo haré le guste o no a doña Mercedes.

—Muy bien dicho, me gustan las mujeres que saben lo que quieren realmente, aunque el resto del mundo no comparta tal desperdicio. —Tal como él deseaba, ella captó la sutil referencia a la existencia de algo que ella no conocía sin inmutarse visiblemente, pero rumiando en silencio sus palabras—. La feria termina mañana, supongo que entonces volverá al cortijo de su padre.

—Aún no lo he decidido, hay tantas cosas pendientes antes de una boda —comentó ella, intentando mantener el tono de una conversación intrascendente

y educada—. ¿Y usted, caballero?, ¿qué hará cuando finalice la fiesta?

—Para mí la fiesta no suele acabar nunca, señorita... aunque supongo que ya lo habrá oído.

—Lo cierto es que ciertas cosas no llegan a los oídos de las señoritas solteras tan rápido, ni en tanta abundancia, como creo que lo hacen a otros menos delicados; pero sí, he tenido noticias de sus digamos... hazañas. Aunque he de confesarle que su comportamiento esta mañana está siendo bastante adecuado, pese a su fama.

—Bueno, debería advertirle que algo que hacen muy bien hombres como yo es aparentar ser inofensivos frente a muchachas inocentes.

—¿Y qué le hace pensar que yo soy una muchacha inocente?

—Nada en absoluto, Luz. —Ella se detuvo repentinamente ante el uso de su nombre de pila, y la conciencia de su mano libre acariciando el brazo con el que ella lo tenía agarrado.

—Creo que es hora de descubrir a los premiados, señor Dubois. —Las palabras abandonaron sus labios poniendo especial énfasis en el uso de su apellido.

—Desearía que me considerara un amigo, Luz. —El hombre volvió a utilizar su nombre, ignorando el hecho de que ella no parecía desear ese trato tan distendido.

—¿Por qué?

—Me gustaría seguir viéndola. Hay cosas que no podemos prever cuando saldrán a la luz y yo soy un hombre paciente, y usted un premio que merece paciencia. —El pecho de Luz se agitó; ese tipo de comentarios le eran usuales, pero nunca lo había esperado después de ser una mujer comprometida.

—Siento decirle que no me interesa ninguna otra relación que no sea de amistad.

—En fin, lamento oír eso. Aunque ya le he dicho que soy paciente, y esperaré a ver lo que ocurre cuando le exija a su magnífico novio que cumpla sus deberes.

—No sé qué está insinuando, Alfonso es el hombre más cumplidor que existe, puede preguntar a cualquiera.

—Seguro que cualquier hombre de los que lo conocen en profundidad asegurará que es muy cumplidor. ¿Puede decir lo mismo usted o cualquier otra mujer? —Luz se apartó de forma abrupta de Dubois, empezando a entender lo que trataba de insinuar.

Hacia unos días había oído una extraña conversación de ese tipo entre dos de sus criadas, pero se había negado a intentar comprender en profundidad lo que realmente habían querido decir.

—No le consiento... —comenzó a hablar, antes de que él elevara la mano

en señal de paz.

—Siento ser yo el que se lo diga, pero es usted una mujer demasiado joven y hermosa para ser desperdiciada en semejante bulo de matrimonio.

—Y supongo que demasiado rica. Yo también he oído cosas de usted, Marcus, —Él sonrió irónicamente cuando ella movió la cabeza, derrotada por haber pronunciado su nombre de pila—, señor Dubois, sé que anda buscando una mujer rica para intentar sacar a flote sus negocios arruinados.

—No negaré que esperaba que rompiera el compromiso cuando conociera la verdadera naturaleza de su prometido, y que pensaba pedirle permiso a su padre para cortejarla.

—Pues le informo de que hay otras herederas disponibles, y que yo no lo estoy. —Él alargó la mano, tomando un rizo suelto de la muchacha entre sus dedos.

—De momento, ya le he dicho que soy un hombre tozudo y paciente. Esperaré a que su novio la bese. Porque aún no lo ha hecho ¿verdad? Ningún hombre con sangre en las venas dejaría a una mujer así virgen hasta la noche de bodas.

—Insolente, él no es un hombre como usted...

—¡Por supuesto que no es un hombre como yo!, no lo dude nunca. Intente intimar con él, luego acuda a mí cuando

desea sentir lo que es tener un hombre de verdad entre las piernas.

La mano de Luz subió en un arco alto, hasta golpear la barbilla del hombre en un puño cerrado. Enderezándose mientras se tocaba el lugar que ella había golpeado con saña, él volvió a hablar.

—¡Vaya!, no me ha dado una bofetada sino un puñetazo. Más puntos a mi favor señorita, es usted demasiado fogosa, sin duda. —Se inclinó para acercarse a ella, hasta que el calor de su aliento le llegó al lóbulo de la oreja—. Apostaría a que debe ser una gata en la cama.

Sus pensamientos racionales y la ira momentánea la abandonaron durante esos breves segundos en los que su

aliento le rozó la piel.

Se giró, enfrentándose a sus ojos, dispuesta a golpearle aun más duramente si decidía hacer algún otro avance.

—Nos vemos, dulce Luz. —Luego se marchó, despidiéndose con una leve inclinación.

Cuando el eco de las pisadas sobre la grava del camino desapareció, Luz acertó a respirar por fin, sintiendo una mezcla de rabia, desesperación y duda por cómo había transcurrido la conversación. El hecho de que su vida fuera a cambiar tan radicalmente en los próximos meses, la hizo temblar de incertidumbre por primera vez desde que Alfonso le había planteado lo que

entonces le pareció la solución más lógica a sus problemas y a su amistad.

Nunca había pensado seriamente que habría algo más después, que tendrían una noche de bodas y una vida posterior como marido y mujer, que habría hijos, y que para llegar a esos hijos deberían compartir cama y muchas otras cosas. Por unos momentos, la conversación con aquel odioso hombre la llevó a plantearse si sería capaz de hacer todas esas cosas con Alfonso.

Y sobre todo, si él sería capaz de hacerlas con ella.

Capítulo 12

Pradobajo

*Cortijo de Pradobajo, julio de 1863
(hoy)*

Para Dolores, el viaje ha pasado como en un suspiro, desmontando solo para comer, dormir y cuando ha pedido hacer sus necesidades. Tanto su padre como el resto de los hombres ni siquiera han necesitado de ello, pues se han

limitado a adelantarse o retrasarse unos minutos para preservar su intimidad. Son un grupo de más de veinte personas, todos hombres y una sola mujer, ella misma. Está claro que Alfonso no quiere volver a arriesgarse a perderla. Tal como le prometió su acompañante, la tarde que la abandonó en la iglesia ante la mirada asombrada del cura por su escasa y rústica vestimenta, su padre no tardó ni dos días en ir a por ella.

Han cabalgado a un ritmo ágil, sin descanso bajo el sofocante sol diurno. Afortunadamente para la castigada piel de la mujer, Alfonso había sido informado de su falta de prendas y llevaba consigo su propia ropa, entre la que había dos sombreros de ala ancha.

Desde que partieron, la piel de su rostro se ha tornado menos rojiza y se presenta mucho menos despellejada. Dolores lamenta en silencio que su rescatador no pueda verla ahora que debe presentar un aspecto mucho menos ajado. Vuelve a recriminar sus pensamientos y vuelve a recordar con bochorno todo lo que ha salido de sus labios durante los últimos días. ¡Maldito embustero embaucador!

Cuando llega a la conclusión definitiva de que no se dirigen a Aguastempladas, se vuelve asombrada hacia su padre, que cabalga a su izquierda.

—¿Por qué no hemos continuado en dirección a casa, papá? —Se endereza

en la montura, intentando desprender algo de la rigidez de su cintura, adaptándose de nuevo a ropa encorsetada y a volver a montar sobre una silla—. Me gustaría volver cuanto antes, no me importa lo destrozado que haya quedado, te prometo que puedo soportarlo. Todo menos seguir sobre un caballo ni una hora más.

—No vuelves a casa, Dolores. —Ella lo mira asustada, y teme que el ataque de los bandoleros haya arrasado la bella propiedad que era Aguastempladas—. No te preocupes, los daños, aunque graves, no son irreparables. Desgraciadamente no llegamos a tiempo de evitar la muerte de Juan Vega y uno de sus hijos; el doctor asegura que

Ernesto Vega salvará la vida, aunque ha perdido tres dedos de una mano y le quedará una cojera para siempre. Le he prometido a su madre que les proveeré de todo lo que necesiten ellos y toda su familia. Gracias a su ayuda no hubo más víctimas y los destrozos no son irreparables. Pero tú no vas a volver allí por algún tiempo; creo que he dejado que crezcas demasiado libre. Irás a vivir con tu abuela Luz, la madre de tu madre. Ella es una gran señora y te convertirá en una auténtica señorita, cometido en el cual es evidente que yo he fracasado completamente.

—No conozco a esa mujer, padre. Y por lo que he oído, no tengo ningún

deseo de hacerlo. En cuanto a ser una señorita, sabes que tengo mucha más cultura que cualquiera de esas melindrosas de Sanlúcar, y que puedo actuar como una dama; no es necesario alejarme de Aguastempladas. Si lo deseas, aceptaré a algún otro profesor y prometo comportarme bien.

—Ya está decidido. Además, es tu abuela quien es realmente tu tutora; así ha sido desde que naciste, yo no puedo hacer nada si ella te reclama. De todas formas, hija, Luz es una mujer muy valiosa y creo que te vendrá bien una influencia femenina. A partir de ahora tendrás que aparecer en la sociedad y ella vive parte del tiempo en la ciudad, lo que hará que puedas conocer a gente y

posiblemente algún potencial y adecuado marido.

—¡Solo tengo diecisiete años, no pienso casarme en mucho tiempo!

—Casi dieciocho, Dolores, y a tu edad hay muchachas que ya traen a su primer hijo en camino. Eres una mujer muy hermosa y la heredera de un importante patrimonio. Tu abuela sabrá presentarte a los hombres adecuados y sabrá distinguir qué es lo que conviene a tu futuro.

Dolores calla, no quiere seguir esa discusión que parece ha perdido definitivamente. De todas formas, hace meses que desea escapar de su existencia monótona en el cortijo, y ¿por

qué despreciar esa oportunidad? Si solo una parte de lo que ha oído decir de su abuela Luz es cierto, supone que la vida junto a ella no tendrá nada de aburrido.

Cansada de tantos días de viaje, no piensa combatir en ninguna batalla inútil o perdida; y a pesar de que el orgullo se lo pide a gritos, esperará a ver de nuevo lo que le depara el destino. Sabe que, a veces, es más inteligente doblarse en la dirección que sopla el viento que mantenerse rígida y acabar con el ánimo quebrado.

Cuando la imagen de lo que supone es Pradobajo aparece ante ella, empieza a valorar a su abuela. Una mujer enérgica, madre soltera en un mundo en el que los hombres, y concretamente los esposos,

son los dueños de la sociedad, ella ha sido única ama y señora del mayor cortijo de Andalucía durante casi cuarenta años; ha hecho de esa tierra la más productiva y lujosa de todo el reino. La imagen que aparece ante sus ojos es impresionante.

Mucho más extensa que Aguastempladas, con tierras de cultivo más ricas y aprovechadas, el paisaje, verde y rico en colores, es verdaderamente un regalo para la vista. Un bufido apreciativo le surge de la garganta. Ansiosa, se mantiene atenta inclinándose hacia delante en el caballo, para poder distinguir cualquier mínimo detalle. Lo que parece una calzada

particular de piedra los lleva al pie de la escalera de entrada que da paso a la enorme casa. Nunca ha visto una vivienda tan grandiosa, construida en piedra encalada de blanco para conservar el fresco en su interior; el tejado rojizo realizado a dos aguas asegura la impermeabilidad en esa zona de escasas pero torrenciales lluvias.

La casa, arrogante y poderosa, es al parecer la imagen precisa de su dueña; forma un cuadrado perfecto dominado por un campanario en el frontal derecho y un impresionante patio central, al que se accede por una puerta de doble hoja, lo suficientemente amplia como para permitir el paso de hasta cuatro caballos alineados tirando de un carro.

El mayor consuelo, mientras se aproxima, es que por fin podrá pisar tierra y bajarse de la montura, aunque duda que las laceraciones en la piel sensible de sus nalgas tarden poco en desaparecer. Si puede evitarlo, no volverá a montar una de esas bestias en toda la vida.

Cuando por fin se detienen, Dolores se da cuenta de que ha perdido cualquier noción del tiempo, y no podría afirmar el número de días que han transcurrido desde aquella aciaga noche en la que abandonó Aguastempladas. Parpadeando, concentra su memoria en esos instantes, intentando contar e identificar cada una de las noches

transcurridas.

Una mujer delgada y refinada, aun en su atuendo gris, es la primera en atravesar la puerta que parece el acceso al edificio principal y bajar los elegantes escalones que la separan del patio. Saluda y dirige una sonrisa de bienvenida a todo el grupo, examinándolos detenidamente; en sus oscuros ojos, Dolores cree distinguir un claro reconocimiento cuando posa la mirada en ella.

—Está claro que usted es la señorita Dolores —habla, acercándose aún más. A su lado, un hombre realmente grueso y de mediana altura se aproxima para sujetar las manos de la muchacha, ayudándola a descender del caballo. A

su alrededor todos sus acompañantes también descabalgan—. La reconocería en cualquier parte; es idéntica a su abuela, como dos gotas de agua. Él es Luis Marín, el capataz; yo soy la gobernanta del cortijo, Ana Osorio. Vengan. —La muchacha saluda levemente al hombre orondo, mientras la señora Osorio sigue hablando. Parece realmente excitada cuando la arrastra hacia el interior—. Permítame el placer de darle la bienvenida a Pradobajo, señor. —Se inclina hacia Alfonso, que los sigue a pocos pasos—. Nos esperan en el salón.

Se internan en la oscura vivienda, la muchacha apenas tiene tiempo de

observar los rostros asombrados de los criados que la contemplan por primera vez.

Muchos pasos de extenso pasillo hasta llegar a la que parece la habitación principal de la casa: un enorme salón presidido por un piano de madera crema y un gran sillón orejero; junto a la puerta hay dos altos jarrones decorados con motivos florales. Aunque muy amplia, la construcción sigue manteniendo los techos bajos y la oscuridad reinante ayuda a dejar fuera el abrasador sol.

—Por favor, Alfonso, pasa y preséntame a tu hija. —El susurro surge de la mujer sentada en el sillón que domina la estancia.

Los ojos de Dolores tardan una

eternidad en acostumbrarse a la penumbra que reina en todo el edificio; las ventanas están cubiertas con opacas esteras tejidas en fibra vegetal, para conservar el frescor de la noche y preservar las estancias del calor exterior. Afina los sentidos, hasta que sus ojos distinguen con claridad las facciones de la mujer.

Allí está su abuela, diez veces más bella de lo que jamás habría imaginado; su propia imagen mejorada y curtida por la madurez de lo que apenas parecen cuarenta años. Debe parpadear para asegurarse de que la vista y las sombras no la engañan en su percepción; esa no debería ser la imagen de ninguna abuela,

mucho menos la abuela de alguien que casi alcanza los dieciocho años.

La mujer se levanta para acercarse adonde están. Elegante, altanera y erguida pese a su pequeña estatura, con el perfil de una estatua de alabastro y la piel blanca y transparente de una reina; Dolores nunca pensó que una pelirroja pudiera resultar tan avasalladoramente hermosa. No puede tener duda del parentesco que las une; no obstante, si le preguntaran, diría que esa mujer no podría ser mucho mayor que su madre.

—Pareces más joven de lo que pensaba —suelta a bocajarro, sin pararse a pensar lo que dice. A su derecha nota el envaramiento instantáneo de su propio padre.

—Y tú mucho mayor. Si sigues dejando que el sol arrase tu rostro parecerás mi madre en tres años —le contesta ella. No parece ni ligeramente abrumada por la falta de tacto de la joven, aunque leves arruguitas aparecen en los extremos de sus bellos ojos verdes, mientras la observa con mayor detenimiento—. Ya veo que me espera una ardua labor. ¿Te permites hablar sin saludar ni presentarte debidamente? ¿No te han enseñado a mostrar respeto a tus mayores? Voy a tener mucho trabajo con esta chiquilla. Aunque es posible que... —La deja de lado para hablar con su padre, como si no fuera más que un mueble, o acaso una yegua mal domada.

—No me gustas, abuela. —Dolores sigue sin poder retener las palabras. Aunque siente cierto placer cuando descubre que vuelve a tener su atención. Placer que solo le dura unos segundos cuando ella vuelve a anularla con su respuesta.

—¿Tengo aspecto de desear tu adoración? No, no pretendo gustarte, y no te he dado permiso para llamarme abuela. Con tu físico nadie creerá que sea cierto.

Permanece mirando a la joven con aire ausente, hasta que consigue que esta se remueva sobre los pies inmóviles. Dolores sabe que está calibrándola, juzgándola, sopesando sus defectos. Su

examen parece prolongarse sin molestarse en disimular el incómodo silencio que las envuelve.

Finalmente, considera que es demasiado insignificante para perder su tiempo, y vuelve a darle de lado para centrar su atención en su padre y en la señora Osorio.

—Acompáñala Ana, llévala a su dormitorio; que se asee y descanse, ya hablaremos en la cena. Sígueme, Alfonso, hablaremos en el despacho. — Se dirigen hacia la estancia del fondo, aunque Dolores aún puede oír sus palabras unos instantes más—. Me sorprende que no me la hayas enviado antes, Alfonso, pero...

Su abuela se vuelve con media

sonrisa rígida antes de cerrar la puerta que comunica las dos habitaciones, desapareciendo ambos tras ella. Ana ha aparecido frente a la joven, instándole con un gesto a seguirla.

—Tenga paciencia, señorita, ella es mucho más de lo que aparenta. —Pese a la seguridad que desprende la mirada amable de la gobernanta, Dolores no acaba de creer que aquella mujer fría sea algo más que eso, una bonita muñeca de porcelana, dura e inexpresiva—. Oh, no ponga ese gesto de duda. La conozco desde que yo no era más que una niña. Deje que el tiempo le cuente lo que ella nunca le dirá, le aseguro que la sorprenderá.

—¿Y por qué no te limitas a contármelo tú?, parece que conoces muy bien todo lo que rodea a mi abuela, a mi padre y a mí misma.

—Es usted impaciente, por lo que veo. Joven e impaciente, pero a veces es mejor que sea el tiempo el que hable; no hay nada más claro que los hechos y las realidades para hacernos ver la verdad.

—Si pretendes llenar mi cabeza de acertijos, te aseguro que no es un buen momento. Por favor, llévame a mi habitación, y deja que sea yo quien decida que realmente no me gusta mi abuela y que no quiero estar en esta casa ni un minuto más de lo necesario.

—Por aquí entonces, señorita —

habla, indicándole una escalera de subida; construida en piedra blanca, pulida y elegante, como todo en esa casa.

—Puedes llamarme Dolores, no me gustan las distinciones de clase; aunque supongo que mi abuela me azotaría si me oyera.

—Claro que la azotaría, pero no por permitir que la llame por su nombre de pila, sino por llamarla a ella abuela. No sabe los esfuerzos que hace por mantenerse joven; creo que lleva días temblando solo de pensar que tendrá que presentarla como su nieta. Igual la viste de falda corta y trenzas otra vez. — Sonríe, abriendo la tercera puerta de la izquierda—. Aquí es, puede

acomodarse; como ve, sus cosas ya han llegado —. La muchacha no se sorprende cuando contempla varios baúles que le son claramente conocidos. Al parecer, su padre ha sido sincero cuando le ha comentado que viviría en Pradobajo a partir de ese momento—. Las muchachas la ayudarán cuando decida deshacer sus cosas, descanse.

Ana ha cerrado la puerta al salir. Así que ahora Dolores dedica el tiempo a contemplar la habitación en la que se encuentra. A su alrededor, la amplia estancia aparece oscura, misteriosa y solitaria. Su imaginación salta rápidamente, sugiriéndole que esas sombras susurran secretos incidentes

que el tiempo no parece olvidar.

Agudiza la mente para recordar todas las insinuaciones veladas que la han rondado desde que tiene memoria; peligros insinuados, misterios ocultos silenciados a su paso. Las preguntas, tantas veces lanzadas por ella, que siempre quedaban sin respuestas. ¿Quién era su madre?, ¿por qué ningún recuerdo de ella permanece en Aguastempladas?, ¿de qué falleció realmente?, ¿fue ella quien la mató al llegar a este mundo? Manuela insistía en su inocencia, en negar que fuera su propio nacimiento la causa de su muerte, pero sin embargo, entonces ¿por qué nadie le habla de su enfermedad?, ¿por qué su padre no recuerda el color de los ojos de su

esposa cuando le ha preguntado, y varía del azul celeste al verde agua?, ¿es realmente hija de su padre? Nada de él ve en ella cuando observa su imagen en un espejo, mientras que todos le recuerdan que es la viva imagen de su abuela; cosa que, debe confesar, es más cierta de lo que jamás hubiera imaginado. Ahora está en el que fue el hogar de su difunta madre, pero se siente realmente perdida, mucho más que en los páramos de los que acaba de ser rescatada.

En esa oscura habitación cree, más que nunca, que sus sueños infantiles acaban de desaparecer de un plumazo, y que a partir de ahora es otra Dolores la

que regirá su futuro, mucho más madura, sensata y acaso insensible que nunca.

Cuando se reclina sobre el colchón, cubierto con una colcha de seda roja bordada en gris, las vibraciones que parecen desprenderse de las paredes que la rodean despiertan sus turbadores pensamientos, esos que siempre se agolpan en los más oscuros rincones de su cerebro. ¿Qué razón tenía su madre para escapar de una casa como esa? ¿Acaso es realmente su abuela la arpía de la que todos hablan? ¿Cuánto tardará ella misma en intentar escapar y volver junto a su padre? ¿Qué poder ejerce esa mujer sobre él y en qué medida?

Cortijo de Pradobajo, agosto de 1828 (35 años antes)

Ser amigo de los gitanos no estaba bien visto; aunque realmente a un hombre como Manuel O'Brien, lo que se dice podrido de dinero, ese pequeño defecto podía serle perdonado fácilmente. Además, siempre era bueno acudir a su origen irlandés para justificar sus acciones poco ortodoxas; ya era sabido que eran tipos excéntricos y siempre se comportaban de manera muy poco escrupulosa. Sin embargo, permitir que un gran clan gitano mantuviera un campamento permanente en sus tierras era algo que Manuel

tomaba más como un deber que como el regalo de un hombre bueno; totalmente consciente de que la que ahora llamaba tierra de los O'Brien había sido arrebatada a esos mismos hombres por sus propios padres.

Manuel, que había luchado con todas sus fuerzas para mantener los logros de las Cortes de Cádiz, sufría por haber perdido la batalla contra el absolutismo, y sufría especialmente por sus amigos, que solo por breves años, y gracias a la Constitución de 1812, gozaron de ser considerados españoles de pleno derecho. Las cosas habían empeorado mucho en los últimos años para el pueblo gitano, pues el rey incluso había promulgado leyes aún más duras, en las

que restringía la participación de estos en las ferias de ganado, apartándolos de su principal fuente de ingresos.

Luz nunca había compartido ese tipo de actividades altruistas con su padre; ni lo entendía ni tenía necesidad de hacerlo; pero en esa época de su vida cualquier excusa que le permitiera escapar de la férrea vigilancia a la que la tenía sometida la señora Mercedes era bienvenida. La mujer, empeñada en manejar a su futura nuera con un lazo tan corto o más que los que atosigaban los cuellos de su esposo e hijo, no cesaba de dar órdenes y directrices a la nueva pareja. Luz debía tragarse el orgullo una y otra vez, ya que no tenía ninguna

intención de volver a contrariar a Alfonso antes de la boda; aún tenía que bajar la cara para esconder su sonrisa cuando oía hablar de vacas.

Así que, cuando Manuel sugirió que lo ayudara con la preparación de un par de carros, con provisiones y otros artículos de primera necesidad para llevarlos al campamento gitano, al hombre le sorprendió la buena disposición mostrada por la muchacha.

Ese día, Manuel paseaba a todo lo largo de su bien cuidado salón. La amplia habitación, restaurada por su mujer pocos meses antes de morir, era retocada y reparada cada año a fin de mantener el estado en que ella hubiera deseado verla. La seda de los dos

divanes había sido renovada ese mismo verano, aunque encontrar el tono exacto de verde había llevado casi más de dos años. El suelo de piedra, abrigado esa mañana bajo el férreo mandato de Luz, le hizo pensar en que pronto quizás la echaría de menos. A pesar de los modales, a ratos díscolos, de su hija, debía reconocer que como ama de una casa del tamaño de Pradobajo había demostrado una eficiencia abrumadora desde que tenía apenas trece años. Pradobajo llevaba muchos años siendo uno de los mayores cortijos de Andalucía, y Manuel reconocía que en parte la prosperidad de los últimos tiempos se debía a que Luz había

empezado a interesarse en los libros de cuentas, tanto del cortijo y las propiedades anexas, como de las inversiones realizadas en compañías navieras y bancarias por todo el país y gran parte de Europa. La última entrada de capital, procedente de la puesta en marcha de una importante línea marítima que unía varias capitales del sur con las más comerciales del norte, se debía por entero a la insistencia que había tenido su hija en afrontar los riesgos.

—No me interesan tus gitanos. —Luz no pudo evitar expresar su opinión—. Los eludo siempre que puedo. —Manuel volvió a suspirar, observando a su hija elegantemente vestida.

—No quiero que te intereses, tan solo

que los dejes en paz y no hagas caso de lo que hablan en Sanlúcar.

—Por mí pueden estar todo lo en paz que deseen, ya te he dicho que no me interesan.

—Escucha, hija, esto es muy importante para mí.

—Muy bien, ya que es tan importante oiré lo que tienes que contarme —añadió Luz, que vio sonreír a su padre ante su claudicación.

—Siéntate unos minutos —habló él, señalando el sillón recién tapizado—. Supongo que has oído comentarios sobre el clan de gitanos que vive en nuestro cortijo. —Luz asintió, todos en Sanlúcar hablaban de él.

Ella se había preguntado muchas veces qué impulsaba a su padre a permitir que más de doscientos gitanos, que apenas hablaban castellano, utilizaran sus tierras para vivir, sembrar, criar ganado, cazar y reproducirse como conejos, según comentaban en la ciudad.

—Esas personas son buenas gentes que nunca han hecho daño a nadie — continuó Manuel—. No son un grupo agresivo y nunca han robado o agredido a nadie; a pesar de contar con algunos de los mejores luchadores que he visto en mucho tiempo, solo pelean por distracción. Además, creo que les debemos al menos permitir que vivan en paz, ya que sus antepasados habitaban

esta tierra mucho antes de que llegaran al continente los primeros...

—No es necesario que me des un discurso, padre —lo interrumpió la muchacha—. Acepto tu palabra, y supongo que es tolerable permitirles que vivan en paz si no dan ningún tipo de problemas. ¿Por qué me dices esto ahora?

—Pronto estarás casada y, aunque confío en el buen criterio de Alfonso, tal vez me equivoque y quiero que me prometas algunas cosas antes de irte de casa. —Luz asintió, de nuevo en silencio—. Como sabes, un día Pradobajo y todo el resto de mi herencia irá a tus manos. El contrato prematrimonial con Alfonso asegura que él no tocará una

sola moneda de tu herencia, que por supuesto pasará a vuestros hijos junto con Aguastempladas. Debes comprender que vuestra boda os hará dueños de una parte muy importante de terreno, cosa que es mucho más de lo que hubiera esperado. Sé que siempre habéis sido grandes amigos, a pesar de doña Mercedes, pero no pensé que Alfonso se decidiera a pedir tu mano. En fin, afortunadamente para ambos, lo ha hecho, y creo que es un buen hombre que te tratará con el suficiente respeto.

—Yo también confío ciegamente en Alfonso, padre.

—No es de tu matrimonio de lo que quería hablarte. Ese campamento que

está en nuestras tierras, sus gentes han habitado en los alrededores de Doñana durante cientos de años antes de que tu abuelo naciera. Aunque él obtuvo las tierras por medios totalmente legales, creo que los primitivos habitantes no estarían de acuerdo con que el lugar que les ha pertenecido desde siempre pase a alguien que vino del otro lado del continente. No voy a devolver lo que mi padre me legó, pero tampoco voy a despojar a hombres, mujeres y niños del lugar que les vio nacer. Esto es algo que no decidí yo, sino mi padre, y es un trato de honor con el jefe del campamento, que he mantenido en su memoria, y que ahora te pido a ti que continúes.

—¿Quieres que te diga que nadie

echará a esas personas de mis tierras?

—Quiero que me lo jures por todo lo más sagrado que tengas, Luz. —La muchacha se levantó del sillón, observando unos segundos a su progenitor.

—Esto es importante para ti, ¿verdad?

—El honor siempre es importante. Un hombre puede perder su juventud, su dinero o su familia por motivos ajenos a su voluntad, pero el honor es lo único que puede ser capaz de conservar a demanda.

—Muy bien, padre, tienes mi promesa de que esas personas tendrán un lugar donde vivir y me encargaré de que mis

hijos prometan lo mismo.

—Gracias. —Luz se giró hacia la puerta para marcharse—. Luz, quiero pedirte algo más. Sé que eres una mujer de palabra, pero me gustaría que conocieras a esas personas. Así nunca tendrás la tentación de olvidarlos a su suerte.

—¿Quieres que te acompañe al campamento?

—Sí, voy a llevarles esos carros que hemos preparado. Este ha sido un verano demasiado caluroso y la cosecha no ha resultado muy buena, ¿querrás acompañarme?

—¿Por qué no?, realmente no tengo nada mejor que hacer.

El campamento, enorme, se desparramaba a lo largo de varios cientos de varas. A Luz le sorprendió lo aparentemente cerca que estaba de su propia casa, apenas a tres cuartos de hora de camino a caballo, y que nunca se hubiera tropezado con ninguna de aquellas personas. Su situación, en el lateral de un remanso del río, permitía ubicar los carromatos al abrigo de un grupo de árboles. Luz supuso que en invierno los carromatos serían movidos y trasladados a un lugar más alto, fuera de las crecidas estacionales de agua y en una posición más soleada sobre los bancos de arena que bordeaban la orilla

del río. Solo algunos chozos de madera y piedras, situados en la parte más elevada, rodeaban y ampliaban el campamento.

La llegada de las carretas fue acogida con algarabía por un puñado de niños despeinados y descalzos que saltaban a ambos lados de los vehículos, acompañándolos desde varios cientos de varas antes de llegar al centro del campamento. Las mujeres, mucho más peinadas y bien vestidas de lo que Luz hubiera esperado, salieron a recibirlos, instando a los chiquillos a apartarse de los elegantes visitantes.

Luz observó que, aunque había hombres bastante curtidos y con aspecto peligroso, no se veían armas por ningún

lugar. Supuso que tal cantidad de hombres disuadiría de cualquier intento de agresión simplemente con su mera presencia. Sonriendo ante la bienvenida calurosa de las mujeres, acompañó a su padre hasta el enorme carromato del patriarca gitano. El carro, recubierto con alfombras tejidas de esparto, mantenía un interior fresco a pesar del sofocante día.

Luz notó como casi todos los hombres la miraban con curiosidad; y ella, al contemplar a sus mujeres de coloridos vestidos, piel morena y cabello negro, comprendió que su aspecto llamara poderosamente la atención.

Cuando atravesó los escalones de

entrada contuvo inconscientemente la respiración; había oído en Sanlúcar que los gitanos no se bañaban jamás, salvo para algunas muy honrosas ocasiones, como eran ciertas ceremonias. Sin embargo, segundos después su cuerpo la instó a respirar en una bocanada de aire que le llenó los pulmones de forma abrupta.

Muy al contrario de lo esperado, el ambiente estaba cargado de un aroma dulzón pero en absoluto desagradable; mezcla de cuero, madera quemada y algún tipo de hierba aromática, en el que, aunque lo intentó, no logró distinguir el olor de cuerpos sudados, pese a que en el interior del carromato había otras cinco personas más, sin

contarlos a ellos dos.

Al menos tres minutos fueron necesarios para que los ojos se le adaptasen a la penumbra del interior.

—Entre, don Manuel. Bienvenido sea y bienvenida sea su mujer. —El hombre, que hablaba en un castellano algo brusco, se sentaba en el centro franqueado por otros dos a cada lado.

—Gracias, Joshua, lamenté mucho la repentina muerte de tu padre. Vicente fue sin duda un gran y leal amigo y un magnífico patriarca del pueblo. Hoy me acompaña mi hija Luz, mi heredera y futura dueña de todo cuanto poseo; yo ya no tengo mujer.

—Bienvenida entonces, doña Luz.

Algo más dilatadas sus pupilas, Luz distinguió los rasgos maduros del hombre; aunque no aparentaba más de cuarenta o cincuenta años, su piel estaba curtida y algo arrugada por el sol. Lucía amplias patillas y el cabello, más largo de lo considerado normal en un hombre, atravesado de hebras grises sobre el negro azabache del fondo.

—Quedaos y compartid nuestro café y nuestra conversación —continuó el patriarca.

Dos hombres más jóvenes, sentados a cada lado del jefe, se levantaron para ceder sus posiciones a los recién llegados.

—Este es mi sobrino, Cayetano —

habló a Luz, señalando a un joven delgado excesivamente moreno, de unos veinte años, no demasiado alto, aunque fibroso y ágil, que agitó la cabeza en un saludo hacia Luz—. Y este es mi hijo, Kore. Deja tu asiento a nuestra invitada, hijo mío.

El aludido vestía como los demás, pantalones de paño y alpargatas; solo el chaleco verde que llevaba, sujeto al frente con una lazada, impedía ver su torso en totalidad. Tal y como iba ataviado, era como si tuviera el pecho al desnudo. Ningún payo, bracero o burgués se había mostrado ante ella de ese modo y, aunque el resto de los hombres jóvenes allí congregados llevaran la misma indumentaria, el

efecto sobre Luz fue exponencialmente diferente. Era joven, entre los veinte y veinticinco, alto, ancho y de constitución fuerte. Algo menos moreno que los demás, aunque un pelo igual de oscuro y largo le caía también hasta la mitad de los hombros.

Luz no logró ver su cara claramente en la oscuridad pero, curiosamente, el corazón empezó a latirle con fuerza.

Manuel la tomó por el codo y se adelantó, instándola a sentarse junto al patriarca, y luego ocupó su propio sitio. Ella oyó a su padre hablar a los gitanos en su propio dialecto mezclado con palabras castellanas durante varios minutos. Mientras, era consciente de la

presencia del hombre llamado Kore sentado a su espalda, tal como el llamado Cayetano, permanecía a la de su padre.

La conversación cesó de pronto con una frase de Joshua en un claro tono de mando que demostraba su estatus como líder.

—Gracias en nombre del pueblo, O'Brien. Ahora mi hijo os acompañará a conocer a los nuevos miembros.

Todos se prepararon para abandonar el carromato. Luz, poco acostumbrada a la postura que su vestido de amazona la había obligado a soportar durante toda la conversación, tropezó con su propia falda cuando se erguía, perdiendo el equilibrio durante unos segundos.

La rápida intervención del hombre situado a sus espaldas le hizo recuperar la verticalidad, sujetando su mano mientras ella se giraba para contemplarlo. Se encontró con una mirada negra fija en la suya, y contuvo el aliento. Era realmente un hombre extraordinario, de ojos oscuros sobre un rostro elegante y exótico. La nariz recta y la mandíbula decidida le daban un aspecto de perfección masculina que ella no había visto antes.

—¿Se encuentra bien? —La voz, en un castellano muy acentuado, era profunda. Al parecer, Luz no era capaz de contestar. Su boca se cerró envolviéndolos en un incómodo

silencio. Era consciente de que nunca había reaccionado así ante ningún hombre. Trató de no pensar lo que aquella respuesta de su cuerpo significaba, qué era esa necesidad que de pronto se agarraba a su vientre—. ¿Se encuentra bien? —volvió a repetir. Luz siguió sin reaccionar, hasta que su padre se acercó, apartándola con un gesto suave de los brazos del joven.

—Creo que hace demasiado calor para ese traje que llevas, Luz. Nunca entenderé cómo podéis soportar las mujeres estar dentro de esos artefactos apretados.

—Ya me encuentro bien, padre —habló por fin, recuperando enfadada la compostura—. No es el calor, sino la

longitud de mi falda lo que casi me hace caer.

—Pues me alegro de que el curandero estuviera ahí para sujetarte. —Luz giró la cabeza justo a tiempo de ver salir al hombre de la tienda.

Luz y Manuel fueron acompañados por el hombre llamado Kore; ella permanecía a una vara de distancia, mientras el joven conversaba con su padre en caló. Cinco minutos después de oírles hablar sin entender nada en absoluto, la paciencia de Luz se colmó y produjo un sonoro carraspeo, inmediatamente advertido por los dos

hombres, que se callaron para mirarla interrogantes.

—De acuerdo, Kore, o bien hablas mi idioma o bien me enseñas el tuyo, pero ya has oído que todo esto será mío en el futuro y prefiero entender a mis... digamos, ¿inquilinos? —La boca de Manuel se abrió, como cada vez que su hija lo ponía en una situación difícil.

—Luz, creo que...

—No, señor, la señorita tiene razón. Mis disculpas, madame. —El gesto de reverencia posterior fue realizado con maestría, aunque era claramente burlesco. Pese a todo, no logró, como pretendía, ofender o ridiculizar a Luz, sino que le arrancó una sonora carcajada.

—¿Entonces, eres el curandero? Me gustas, hombre salvaje.

—¡Luz, por Dios! —Aunque apenas a media vara, Luz ni siquiera oyó a su padre y continuó observando al hombre más joven.

—En cambio, a mí no me gustan las mujeres tan blancas, y menos con ese color de pelo.

—Me alegra oírlo, no estaría segura mientras me enseñas tu idioma y tus costumbres si sintieras inclinación por mujeres de pelo rojo. —Luego miró la cara asombrada de su padre y volvió a hablar—. ¿Te parece bien que venga una hora cada día?, suelo ser rápida aprendiendo, pero me casaré pronto y

puede que a mi marido no le guste que ande contigo; aunque le asegure que no te gusto, ya sabes que los maridos no suelen ser muy crédulos.

—Te prohíbo que vuelvas al campamento sola, Luz, no está bien para una mujer soltera.

—De acuerdo, entonces tú vendrás conmigo, y cuando no puedas traeré a Alfonso. ¿No querías que conociera al clan?, ¿qué mejor forma que conociendo su idioma y sus costumbres? Además, Kore ha dejado claro que yo no le gusto, por lo que estaré tan a salvo con él como con el cura; hablando de curas...

—Luz acabó con la discusión dirigiéndose a la construcción que parecía el eje del campamento—. ¿No

me digas que habéis construido una iglesia?

—Fue parte del trato para permitirles quedar —le aclaró Manuel—. Todos los habitantes del campamento están bautizados en la fe católica y tienen nombres españoles, y hay un párroco que pasa algunas temporadas entre ellos y da misa todos los domingos.

—¿Y tú qué opinas, curandero? ¿No va eso en contra de tus intereses? ¿No se retuercen de ira tus creencias?

—No hay que luchar contra los cambios, señorita, a veces hay que adaptarse y tomar lo bueno que te ofrecen. —Luz caminó hasta situarse muy próxima al alto gitano.

—¿Quieres decir que eres un auténtico hipócrita? —le susurró, haciendo que se inclinara para oírla bien.

—Quiero decir que deseo vivir en paz, yo, mis padres, hermanos e hijos.

—¿Tienes hijos?, pareces joven.

—Aún no, pero los tendré, y si puedo evitarlo, no lucharán nunca.

—Vale, vuelvo a decírtelo, aunque supongo que tu opinión sobre mí no va a cambiar: me gustas. —Luego ella se giró hacia la entrada de la pequeña iglesia, dejándolos a ambos asombrados.

Como había prometido, Luz volvió al

día siguiente. Como también había prometido, Manuel la acompañó. Kore les presentó al grupo de veintiocho gitanos que habían llegado desde el norte buscando la paz que reinaba en la tierra de los O'Brien.

Entre ellos se encontraba su primo Cayetano, el hermano de este, Josuel, y sus respectivas familias, mujeres y madres incluidas. Luz noto que este grupo los miraba con algo más de recelo que el resto, lo que no le extrañó, pues no parecían estar acostumbrados a ser bien tratados por los payos. Cuando acabaron las presentaciones, Kore y ella se sentaron junto a unas mujeres que trabajaban la lana y empezaron sus lecciones del dialecto caló.

—Supongo que tú también estás bautizado, ¿no? —Kore asintió con la cabeza, concentrado en distribuir unas tablillas de madera sobre el suelo arenoso—. ¿Y cuál es tu nombre cristiano?

—Ya me lo preguntarás cuando sepas hacerlo en mi idioma, entonces te contestaré todo lo que quieras saber.

—Así que los gitanos sois tan presumidos como los payos, y piensas que, como te he confesado que me gustas, haré esfuerzos por aprender tu idioma rápidamente con el premio de poder averiguar todo de ti. —Ella le cogió las tablillas que aún le quedaban, para acabar de repartirlas frente a ellos

— ¿Qué es este galimatías?

— Mi lengua.

— Me gusta tu lengua, y me gustan los retos, ¿empezamos, hombre de mis sueños? —Kore sonrió a pesar de no querer hacerlo. Afortunadamente, Manuel hablaba en ese momento con su padre, y ninguna de las mujeres allí reunidas entendía lo que esa caprichosa mujer hablaba.

¡Demonios!, iba a ser muy difícil resistirse sin tumbarla a la primera ocasión dentro de uno de los carrromatos y tomarla como el salvaje que ella proclamaba que era. Un verdadero esfuerzo.

Cortijo de Pradobajo, julio de 1863
(hoy)

Dentro de aquel edificio de piedra, después de una noche de reparador sueño en la que Dolores ha dormido como no recordaba y en la que, a pesar de lo que temió cuando desnudó su cuerpo para meterse entre las sábanas, ningún fantasma parece haber osado turbar su descanso, gira en círculos, reteniendo el aliento mientras atraviesa el pasillo que la separa del comedor. Hoy sus ojos, que aún no han sufrido la claridad del sol, son capaces de distinguir las bellas molduras y los cuadros que adornan las paredes.

Aligera el paso cuando su estómago protesta hambriento; anoche no bajó a cenar tal como ordenó su abuela. No por afán de desobedecerla, aunque reconoce que la acción era realmente tentadora. No, no bajó simplemente porque cayó dormida como un bebé.

—Debo advertirle —Ana le está sirviendo una taza de café— de que doña Luz ha insistido en que usted la llame por su nombre.

—Mientras no insista en los vestidos cortos y las trenzas —bromea la muchacha, mordiendo un trozo de pan tostado—. No te preocupes, no pretendo hacer de mi estancia en esta casa una batalla continua. —El café, justo a la temperatura adecuada, sorprende a

Dolores por su aroma intenso—. Me gustaría que me avisaras de todo aquello que creas conveniente, Ana. Sé que tengo fama de difícil, pero creo que he madurado en los últimos días y...

—Eso espero, y si no es así, lo harás pronto. —El silencio se hace en la habitación cuando Luz habla atravesando la puerta.

Son poco más de las ocho y la mujer se ve fresca como una rosa blanca. Salvo por el tintineo de la taza de Dolores sobre el platillo, ningún sonido acompaña sus pasos hasta sentarse a la cabecera de la mesa.

Uno de los criados, que había permanecido recto junto a la ventana

cuando Ana, sentada al lado de la joven, ha servido el café, reacciona entonces rápidamente; situándose de pie junto a la exposición de alimentos en recipientes de plata, el hombre se presta a entrar en acción para servir a la señora de la casa. La mesa es lo bastante amplia como para acomodar más de diez personas pero, de repente, la presencia de la mujer parece acaparar todo el espacio.

—Espero que hayas descansado, Dolores, ¿te satisface tu habitación?

Dolores no puede evitar, aunque le incomoda, sentirse aturdida en su presencia. Ella levanta por fin la cara del plato, que hasta entonces absorbía toda su atención, para instarle a

contestar su pregunta.

—Sí, Luz Bella, es una habitación magnífica y la cama es realmente cómoda.

—Basta con que me llames Luz, casi nadie dice mi nombre completo. Y sí, supongo por la forma en que has dormido de una sola tirada que el colchón es de tu agrado. —La joven, reponiéndose de su presencia, intenta saborear su desayuno en silencio—. Siento tener que dejarte, pero hoy mismo debo viajar a la ciudad por unos asuntos importantes. Mira a tu alrededor todo lo que quieras, Ana te ayudará en lo que necesites; cuando regrese tendremos una extensa charla sobre lo que se espera de

ti. —Le dirige una seca sonrisa de excusa que casi no acaba de salir de sus labios. Aparta cualquier interés sobre su persona para concentrarse en el desayuno, sin volver la vista ni una sola vez mientras Dolores la contempla—. Si has terminado, puedes retirarte, no me agrada que me vean comer.

La muchacha tarda solo unos instantes en entender que la está despidiendo, y enrojecida se levanta bruscamente.

—Buen viaje, abuela. —Se aparta, sin detenerse a ver la mirada de cólera que sabe la acompaña al salir de la estancia.

Los días siguientes son aburridos.

Después de recorrer la vivienda durante todo el primer día, no encuentra nada interesante para pasar el tiempo. Paradójicamente, empieza a desear la vuelta de Luz; al menos los enfrentamientos dialécticos con ella prometen ser muy interesantes.

Han pasado cinco días desde su partida y Dolores ha decidido entrar en el despacho de Luz Bella. Ana la ha mirado con terror cuando le ha comentado sus intenciones, de lo que ella deduce que ese es el auténtico sanctasanctórum de la casa. Estupendo, mayor motivo para adentrarse en él sin pedir permiso.

La habitación la sorprende por su

austeridad. No cree que una mujer decore tan sobriamente su lugar de trabajo, así que supone que ese fue originalmente el despacho de su bisabuelo, el hombre que preside la habitación con su imponente retrato.

Por unos minutos, Dolores contempla el rostro del irlandés que le regaló su excéntrico color de pelo y su piel transparente. Parece un hombre grueso, con aspecto amable y de no más de cincuenta años.

Luego se gira para contemplar el resto de la amplia estancia. La madera de palo de rosa llama la atención; el trabajo de marquetería es delicado y profuso, tanto en las sillas como en el lujoso escritorio y en las decenas de

estanterías repletas de libros que alcanzan la altura del techo. Se aproxima para leer algunos títulos. Le sorprende comprobar la abundancia de textos médicos y de economía, así como latín, griego y matemáticas. En un rincón, dentro de una estantería apartada de grandes puertas de cristal, se agrupan los filósofos y autores clásicos.

Uno de los títulos atrae su mirada, una versión ilustrada de la *Iliada*. Sin poder evitarlo, aunque la intención en un principio era no tocar nada para no dejar huellas de su paso, tiende los brazos para abrir las hojas de vidrio y cogerlo del estante que se halla justo a la altura de los ojos. Conoce el libro

casi de memoria, pero no puede prescindir de abrirlo por la primera página y deleitarse en los dibujos, perfectamente elaborados y coloreados, que dan forma a lo que únicamente existía en su imaginación.

Permanece casi un cuarto de hora de pie, ojeando uno a uno los dibujos, sumergida en la historia, hasta que una sensación le recorre la espalda: la certeza de que está siendo vigilada, como un conejo que se sabe observado desde el cielo por una rapaz. Muy despacio, sin mover más que levemente el cuello, acierta a levantar la vista para ver lo que hay a sus espaldas a través del reflejo sobre las puertas de cristal. Lo que encuentra la sorprende; a pesar

del elegante atuendo, el porte del hombre que se halla en el umbral de la puerta es inconfundible. Piensa que no debe ser un hombre real, sino una estatua, tallada en piedra y colocada allí con el único fin de socavar su serenidad. Sus facciones, aunque borrosas, le son notoriamente conocidas; nariz delgada y algo pequeña, los párpados de largas pestañas, pómulos demasiado fuertes y barbilla decidida. También está ahí su boca, una boca gruesa y grave. Con dificultad, vuelve a respirar, tomando suficiente aliento como para girarse hacia la visión. Antes siquiera de verlo, el sueño se desvanece cuando oye su voz, diferente aunque muy parecida a la

de Adonaí.

—¿Necesita ayuda?

Se gira para observar el rostro del joven en un hombre de más de cincuenta años. Un rostro serio, aunque amable y aún muy atractivo. No hay duda de que debe ser un pariente muy cercano a juzgar por el parecido; él es también musculoso, aunque algo menos alto. Viste con elegancia, permitiéndose presumir de su origen tan solo conservando la melena, levemente larga, recogida en una cola que ve cuando él se gira para observar como Ana entra en la habitación.

—Ya me ocupo yo de la señorita, señor. —Él continúa mirándola unos instantes, deteniéndose en su rostro;

Dolores entiende que apreciando cada diferencia con su abuela. Sometiéndola al mismo escrutinio que ella misma le ha prodigado con Adonái. Algo turbada por ese examen mutuo, carraspea y cierra el libro con brusquedad.

—Hola, Dolores, bienvenida a Pradobajo. —No parece un hombre de muchas palabras, así que supone que ha de agradecerle el esfuerzo que ha hecho.

—Gracias...

—Isaac.

No agrega nada más, ella tampoco intenta prolongar la conversación, ni con gestos ni con palabras; y ve cómo se marcha.

—Ana, ¿quién es ese hombre? —

pregunta, un segundo después de quedarse solas. No puede olvidar el parecido que ha vislumbrado entre él y el hombre que no la deja dormir por la noche—. No es el capataz, pero no parece un criado, ¿sabes si está casado o tiene hijos? —Sus preguntas no parecen sorprenderla, y en cambio cree verla sonreír levemente.

—Es Isaac, un gitano, y debe tratarlo con respeto. Aquí todos lo hacen o se arriesgan a sufrir la ira de su abuela y no, no está casado. —Dolores sospecha que deliberadamente obvia contestarle a la pregunta de los hijos.

—¿Qué relación tiene con mi abuela?, ¿para qué lo tiene aquí? No lo había visto antes y sus manos no son las de un

agricultor ni sus ropas las de un aldeano.

—Él vive aquí, con su abuela... ya me entiende. —Azorada, la mujer la mira titubeando. Aunque asombrada, la joven entiende sus palabras, pero desea confirmarlo de sus labios.

—¿Vive aquí?, eso es evidente, me ha dado la bienvenida, te pregunto qué es para mi abuela.

—Es el amante de tu abuela, niña. — La voz dulce de Luz la hace sobresaltar —. ¿Es eso lo que deseas que te confiese esta pobre mujer? Ya lo sabes, es mi amante, el hombre con el que me acuesto cada noche, ¿tienes algo que decir?

—Yo, Luz.... no, me parece todo

adecuado, solo que...

—¿Por qué no nos casamos si ambos somos libres? ¿Por qué me empeño en vivir en pecado? Porque, entiende este mundo, muchacha, todos son capaces de tolerar un amante, sea cual sea su origen, para una mujer que no es doncella, ya sea soltera o viuda. Nadie se entromete en lo que hago en mis aposentos lejos de sus miradas; pero ni uno solo acataría las órdenes de un gitano, que no es de su cultura, y que se comportara como un propietario; todos se revelarían a sus órdenes y yo no deseo hacer pasar por ese trago a uno de los pocos hombres de mi vida que merecen mi respeto. Para mí es mi marido, para él soy su esposa, y eso es lo único que importa. —La

desafía con la mirada—. ¿Serás capaz de aceptarlo o escaparás de aquí como una virgencita asustada?

—No. —Los ojos de su abuela se abren con burla, instándola a seguir—. No estoy asustada y no escaparé.

—Bien, me alegro; y me congratula que no niegues que seas virgen, o tendría que arrancarle los testículos a ese gitano que mandé a buscarte.

Se aparta justo antes de que sea capaz de preguntar por Adonái. Al menos, ya conoce la identidad de quien lo envió a por ella.

Campamento del pueblo, septiembre

de 1828 (35 años antes)

—Llegas tarde, Roja. —Mientras Luz detenía el caballo, Kore se acercó sin intentar ayudarla a descender.

—No ha sido culpa mía, esa mujer me odia y yo a ella. Y no me llames Roja. —Ante la pasividad de él, la muchacha saltó del alto semental, agarrando el vuelo de su falda para evitar tropezar.

—Todo el mundo lo hace en el campamento. Dicen que más que luz eres fuego, con ese color de pelo y ese temperamento, y casi ni te entienden cuando hablas. En cuanto lo hagan no volverán a llamarte por tu nombre jamás.

—Me da igual, que me llamen como

quieran, no voy a perder el tiempo hablando con bárbaros incultos.

—Lo haces conmigo.

—Tú no eres bárbaro, ni inculto; eres un hombre muy inteligente, Kore, y me gustas, ya lo sabes.

—Lo sé, Roja. ¿Quién es esa a la que odias tanto? —Juntos caminaban hacia la zona donde trabajaban las mujeres cada día.

—Ella también me odia, es doña Mercedes, la madre de mi prometido. Ya sabes que estoy prometida ¿verdad?, pero no eres celoso, supongo.

—No deberías hablar mal de la mujer que pronto será tu madre. —Tomándola de la mano, la hizo detener frente a él.

—No es mi madre, nunca he tenido madre y no creo que doña Mercedes se parezca remotamente al concepto que tengo de madre.

—Si es la madre de tu esposo será tu madre también, en eso los payos sois igual a nosotros. Deberías mostrar respeto. Yo lo haría con la madre de mi prometida si no fuera ya mi propia madre.

—¿Qué dices? Tú no tienes prometida y desde luego no es tu hermana y, debes saber que yo sí soy celosa. —A pesar del ramalazo de miedo que la recorrió, Luz intentó parecer divertida.

—Ven, Roja, quiero que la conozcas; y sí, tengo prometida, es mi hermana y

me da igual si estás celosa. — Tomándola por el vuelo de la manga, la hizo atravesar el campamento.

Luz seguía enfadada, pero empezó a sospechar que tal vez él no estaba bromeando como pretendía pensar.

Casi la arrastró hasta su propio carromato, llamando cuando llegaron allí.

—¡Carmen! —gritó, parado ante la entrada.

Poco después, la manta que la cubría se apartó para dejarle ver a una muchacha realmente alta. La boca de Luz se abrió sin poder evitarlo. La chica, de no más de doce años, sonreía hacia Kore mostrando el rostro más bonito que había visto en ese campamento; un

rostro demasiado blanco y delicado y un cabello negro como el del propio Kore, pero mucho más ondulado, aunque ella lo mantenía estirado en dos apretadas trenzas

—Carmen, saluda a la Roja. Realmente se llama Luz, es la señora de estas tierras y, a veces, mi amiga. — Luego tradujo a la muchacha sus palabras en el idioma que Luz empezaba casi a entender.

La muchacha no habló, tan solo saludó con un gesto de la mano derecha y una amplia sonrisa. Luego, antes siquiera de que Kore volviera a hablar, Luz tiró de él, apartándose unos pasos de la muchacha.

—¿Estás loco? No es más que una niña, ¿acaso eres un monstruo depravado? No te puedes casar con ella, ni siquiera le ha crecido el pecho. —Las palabras salían atropelladas de sus labios mientras apretaba el antebrazo del hombre.

Con una sonrisa, Kore le apartó lentamente cada dedo y habló.

—He dicho que es mi prometida, no que me vaya a casar con ella dentro de un mes.

—No lo entiendo.

—Hay miles de cosas que no entiendes cuando sales de ese mundo de lazos y encajes en el que te mueves, Luz.

—¿Ahora me vuelves a llamar Luz?

Explícame lo que no entiendo, soy bastante inteligente debajo de estos lazos y encajes. —Con mano firme, volvió a sujetar su antebrazo.

—Es mi hermana. —Con otra sonrisa volvió a desprender los dedos, que en segundos volvieron a aferrarse más a su antebrazo—. Pero no es hija de mi padre ni de mi madre.

—Entonces no es tu hermana, ¿qué historia es esa?

—Mi padre la encontró en la campiña, unos bandoleros habían atacado y robado a su gente. Mataron a sus padres, posiblemente temporeros italianos que venían a la vendimia; pobres como ratas por lo delgada que estaba.

—¿Posiblemente? ¿Acaso ella no recuerda a sus padres?

—No sabemos nada de lo que vio o sufrió, nunca ha pronunciado una palabra desde que la encontramos; al principio ni siquiera nos entendía cuando hablábamos. No tenía más de cinco años, por lo que no les servía ni para entretenerlos o venderla a algún burdel, supongo que por eso la acabaron abandonando; pensaron que el frío, el hambre y la sed terminarían con el testigo de lo que habían hecho.

—¡Dios mío! —Luz no solía conmoverse fácilmente, pero giró la cara hacia la muchacha, que ahora volvía a sonreírle—. ¿Y por qué es

ahora tu prometida?

—No es de los nuestros y jamás ha hablado. Aunque en cinco años será la mujer más guapa que haya en el campamento, ninguno de los hombres del pueblo querrá a una muda como la madre de sus hijos, pese a ser perfectamente capaz e inteligente.

—¿Y tú te sacrificarás?

—No, no será un sacrificio, ya ves que es muy bonita; es mi deber tomarla si nadie la quiere, y me temo que no lo harán. Son tan idiotas que no ven más allá de su silencio y, aunque todos la desearán en su cama, ninguno la aceptará como esposa.

—Pero tú no la puedes querer de esa forma. No es más que una niña y la

quieres como a una hermana, ¿verdad?

—No voy a dejarla sola, será mi mujer y la querré como a tal.

—No lo voy a permitir, Kore. — Ahora el brazo de Luz reposó sobre el abdomen del hombre.

—Siento decirte que aunque la tierra te pertenece, los hombres sobre ella son libres y yo entre ellos.

—Pero tú me prefieres a mí, y no intentes negarlo, no soy tan tonta.

—¿Olvidas que tú te casarás dentro de un par de semanas? ¿Qué dirá tu marido?

—No voy a engañar a mi marido, no hablo de engañarlo, yo... —La risa de Kore volvió a estremecerla.

—Soy un hombre, Luz, no un caballo en tu cuadra. ¿Quieres que seamos amigos?, ¿amantes? Pero, ¿no engañarás a tu marido ni dejarás que me busque una mujer? ¿Te has preguntado lo que yo deseo?

—No sé lo que quiero, ahora deja que me vaya, mañana hablaremos, de tu jerga y de esas estúpidas tablillas tuyas.

Luego caminó erguida hasta su caballo, mientras llamaba a su padre, que continuaba hablando con los primos de Kore.

El viaje de regreso le pareció interminable. Casi no habló, dejando

que Manuel comentara los proyectos de mejora del campamento. Entre brumas, oyó la posibilidad de buscar a un enfermero permanente que acudiera al menos una vez al mes a inspeccionar los trabajos de Kore. Aunque Manuel confiaba en el curandero, pensaba que tal vez entre ambos podrían mejorar el estado de salud del clan de una manera más efectiva.

Luz intentó seguir la conversación, pero a cada paso del caballo el rostro hermoso de la muchacha italiana aparecía para reírse de ella.

Una niña, una mocosa le iba a arrebatarse al hombre que había hecho vibrar por fin su corazón. Reconocía que sus sentimientos eran, al menos,

confusos y tremendamente egoístas; entre Kore y ella no habría nunca más que esos intercambios de frases cortantes e insinuantes y las miradas de deseo que habían cruzado en ocasiones. Había sido sincera cuando había afirmado que nunca engañaría a Alfonso, era su amigo y pronto sería su esposo y lo quería, desgraciadamente solo como a un hermano; pero aquello iba a cambiar, tenía la fuerza de voluntad suficiente para hacerlo. Sin embargo, no había previsto que tendría que compartir su amor platónico con una mujer de carne y hueso.

Luz descendió de un salto, ante la mirada atónita del muchacho que

sujetaba a su montura. Los últimos viajes al campamento habían perfeccionado su técnica. Kore se había reído de ella las tres primeras veces que había necesitado ayuda para desmontar y la había menospreciado, afirmando que si alguien no era capaz de manejar por sí mismo un caballo no debería montarlo. Desde entonces había saltado segundos antes de que nadie la tocara. Aunque los primeros intentos casi le habían costado una torcedura de tobillo.

—¡Luz!, debes tener cuidado, no te gustaría que te llevara en brazos a tu propia boda por haberte lastimado un pie —Manuel habló, aunque solo la espalda de Luz y el asombrado mozo parecieron oírle.

Subió los escalones que la separaban de su dormitorio de dos en dos, algo realmente asombroso para una mujer de su tamaño, y abrió la puerta enérgicamente, cerrándola inmediatamente de un portazo. Luego gritó una y otra vez con todas sus fuerzas, mientras se desprendía del apretado traje de montar.

—¡No!, ¡no!, ¡no voy a permitirlo! — El sombrero, la fusta y las botas acabaron estrelladas contra las puertas del armario.

—¿Señorita, le sucede algo? — La cara de la espantada criada apareció por el resquicio de la puerta, justo lo suficiente para ver volando la chaqueta,

que se estrelló contra la cara interna de la puerta un segundo antes de volver a cerrarse.

—¡Sal de aquí, Ana! Voy a hacer mucho ruido, así que diles que no entren hasta que yo decida bajar, ¿me oyes?

—Sí, señorita. —La asustada muchacha contestó desde el otro lado, aún apoyada en la hoja. Conocía el carácter de su ama, pero nunca había explotado de esa manera; era una mujer enérgica pero comedida en sus actos; no chillaba, ni jamás la había visto llorar, ni siquiera cuando un caballo la calló rompiéndole la muñeca y el pie derechos—. ¿Quiere que avise al doctor?, ¿a su padre?, ¿se encuentra herida?

—No, solo déjame sola, y que no entre nadie por esa puerta o sí vas a tener que avisar al doctor. —El sonido de algo muy grande, haciéndose añicos sobre la pared, le confirmó a Ana que su señora hablaba realmente en serio.

Ya no quedaba nada para romper en la habitación. Los vestidos habían salido por la ventana seguidos por los zapatos. Por el ruido que le llegaba desde abajo, ella supuso que al menos tres criados estaban ocupados recogiendo cada prenda que había arrojado; empezó a lamentar no haber tenido unas tijeras a mano para poder rasgar las ropas de

parte a parte, quizás eso hubiera servido para sofocar su rabia.

—¡Maldita tonta, egoísta, ilusa, enamorada...! —Luz habló al reflejo que le devolvía el amplio espejo, situado sobre la pared, un segundo antes de ver cómo se hacía añicos bajo la madera de la silla que ella misma acababa de arrojar.

Sanlúcar, septiembre de 1863 (hoy)

No ha vuelto a buscarla. Dolores ha esperado, soñado y llorado cada día y cada noche; siempre en silencio y siempre sola; no puede permitirse un segundo de debilidad en ese territorio

extraño que aún no ha aprendido a dominar.

Primero lo odió, luego lo añoró. Ahora cada día cree estar más hundida en sí misma; porque pensar en él le encoje el corazón hasta el punto que cree no poder volver a respirar. Luego, paulatinamente, el aire vuelve a invadir sus pulmones y sigue viviendo un día más. Se odia, lo odia, lo necesita y cada día cree que lo añora más.

Tres semanas después viajó con su abuela a Sanlúcar. También ha llegado a odiar la ciudad, a pesar de que reconoce que es hermosa. Ya la había visitado unos días con su padre, pero en esa ocasión han permanecido allí mucho

más tiempo del deseado.

Luz Bella se empeñó en cambiarle todo el vestuario; y ahora su dormitorio está repleto de baúles recién estrenados llenos de vestidos a la espera de que la habitación junto al dormitorio sea acondicionada como enorme vestidor. No cree que viva suficientes años para ponerse tal cantidad de trapos.

De cualquier forma, reconoce el exquisito gusto de Luz a la hora de vestir y la facilidad con la que derrocha, sin reparar en gastos, supone que con el afán de convertirla en la joven más elegante de Andalucía. Dolores, sin embargo, aprovecha cualquier descuido para visitar la biblioteca de la ciudad. En unas pocas semanas su deseo de

conocimiento de las costumbres gitanas ha aumentado de forma apabullante. Si no puede verlo, al menos quiere saber todo lo que pueda sobre él.

El tiempo en la ciudad le parece eterno; algo le dice que debe volver a la zona que él conoce, ya que, si en algún momento se le pasa por la cabeza volver a buscarla, quiere facilitarle el trabajo al máximo. Una población como Sanlúcar, con miles de habitantes, es el lugar menos probable para volver a encontrarlo.

La casa de su abuela en la ciudad es una magnífica y reciente construcción situada en la parte nueva, donde la nobleza y alta burguesía de Sevilla han

instalado sus residencias veraniegas; es hermosa, espaciosa y elegante. No tiene nada que ver con el cortijo, y está llena cada día; todos los habitantes de Sanlúcar parecen querer brindarle pleitesía a la poderosa Roja. Ella, fría como una serpiente, tolera las visitas con impávida hospitalidad en el mejor de los casos, o simplemente hace que Ana despida amablemente a los más inoportunos.

Poco a poco la muchacha ha ido entendiendo su forma de ser; Luz no habla mucho, pero cuando lo hace reconoce que su conversación es lo suficiente estimulante como para ayudarla a olvidar.

Sus charlas duran hasta bien entrada

la noche y en ellas discuten conceptos filosóficos o matemáticos acompañados de una copa o dos de suave manzanilla o de jerez dulce. Dolores nunca hubiera pensado que Luz fuera alguien a quien interesasen ese tipo de temas; y cuando le sugirió que deseaba seguir estudiando antes de plantearse una posible boda, le sorprendió que no la desanimara cortésmente, sino que le planteó la posibilidad de que acudiera al ateneo durante el tiempo que estuvieran en la ciudad, y se ofreció a presentarle a los principales contertulios de las reuniones que allí se producían y a buscarle un tutor para los meses que viviera en Pradobajo. La desconcertante mirada de

gélidos ojos, con la que le obsequió a continuación, le hizo dudar de si hablaba en serio. Solo que, para entonces, ella ya había comprendido que su abuela jamás bromeaba.

Los días consisten en pasear por las calles y jardines de la ciudad, o visitar las tiendas de ropa para renovar el vestuario. A veces Luz obliga a Dolores a acompañarla a alguna casa, y ella supone que su intención es hacerla entrar en la sociedad bien a la que el estatus de su padre parece abocarla sin remedio. Esas damas suelen ser amables, aunque las conversaciones son vanas, limitándose a chismorrear y charlar sobre otros miembros de esa selecta sociedad, de los que ni siquiera ha oído

nombrar. Luego, con el tiempo, va conociendo a los protagonistas de cada uno de los cotilleos, que a su vez hablan de los demás; así el círculo parece cerrarse englobándolos a todos. Por supuesto, es consciente de ser la auténtica novedad: la nieta de Luz Bella O'Brien. Desgraciadamente, su fingida educación les impide informarle de los cotilleos que circulan sobre su persona. Sonríe irónicamente, porque solo Adonái y ella conocen el más jugoso que hubieran podido imaginar.

También ha conocido a muchos caballeros, e indudablemente todos se han mostrado atentos y encantadores. Si no es suficiente la enorme fortuna de su

padre, el poder de su abuela asegura una sonrisa en cada rostro. Dolores sospecha que la ven como una magnífica potra de cría con pedigrí y un montón de dinero en las alforjas; lo bastante buena para ser esposa de los más jóvenes y muy prometedoras como nuera de los mayores.

Ha tenido bastantes ofrecimientos para pasear, leer o tomar algún refrigerio; incluso han acudido a varias fiestas en las que de pronto todos parecen deseosos de bailar con ella. Después de negarse las dos primeras veces, su abuela la llamó aparte y le prohibió volver a hacerlo; al parecer una de las obligaciones de cualquier muchacha en edad casadera es entretener

los bailes danzando con cualquier pisaverde que desee pasar el rato.

Durante su estancia en la ciudad, el mayor de todos sus admiradores ha sido un prometedor joven llamado Pedro Jurado; casi cinco años mayor que ella, rico, guapo y no demasiado estúpido. No parece participar activamente en la caza de la heredera que parece asediarla, aunque en discreto silencio se pasa todo el tiempo pendiente de ella. Dolores lo tolera, porque su conversación es brillante y no intenta tocarla a la menor oportunidad. Supone que su bello rostro cuando sonrío la ayuda a sobrellevarlo; eso, o el buen comportamiento con sus semejantes, que

de pronto parece asaltarle, lo que la impide destrozar rudamente cualquier expectativa que él haya puesto en su futuro como pareja.

Lo cierto es que su nuevo corazón sensible parece no ser lo suficientemente duro como para decirle claramente que la deje en paz. Así que ha empezado a tolerar unas atenciones que no significan nada para ella, no alivian el dolor por la traición y abandono de Adonaí, y la dejan completamente indiferente.

Capítulo 13

El amante

Alrededores de Sanlúcar, septiembre de 1828 (35 años antes)

Marcus Dubois era un hombre impresionante; ese era el único adjetivo que acudía a la mente de Alfonso cada vez que lo miraba, siempre a escondidas y a ser posible en la distancia.

Sí, un hombre físicamente

extraordinario, pero evidentemente peligroso. Un peligro más allá del riesgo físico; la elevada estatura y constitución de Alfonso García lo habían librado más de una vez de una paliza de algún hombre ofendido por sus insinuaciones. ¡Cielos!, era tan difícil identificar adecuadamente las señales sexuales. Cuando acertaba, las compensaciones posteriores suplían cualquier hipotético peligro; pero un paso en falso con alguien tan frío, calculador y peligroso podría acabar con años de disimulos y encuentros clandestinos.

Lo cierto es que a Alfonso sus pequeños escarceos amorosos nunca le habían parecido tan peligrosos como

ahora. Siempre estudiaba a su próximo objetivo durante semanas, evaluando su comportamiento y las posibilidades de los encuentros que podrían establecerse en la más absoluta intimidad. Y esos momentos de espera hacían que el premio final fuera incluso más excitante y apreciado.

Pero acercarse a Marcus le estaba costando más de lo habitual; existían esas señales, no era tan inepto como para no verlas, pero también intuía el peligro de dejar la puerta abierta a ese hombre. Lo había visto mirarle con descarado deseo, tan claro como el cielo en una tarde de verano. Los hombres eran mucho menos complicados

que las mujeres en ese sentido. Alguna vez había sentido la tentación de probar con el sexo femenino, ya que no era un hombre que hiciera ascos a nada, aunque tuviera sus preferencias claramente definidas, y el resultado, en esas raras ocasiones, había sido de lo más variopinto: acertando plenamente ante una caída de ojos insinuante o recibiendo una sonora bofetada de alguna viuda ofendida por su leve avance.

Sí, decididamente las mujeres eran menos claras. Los hombres, sin embargo, eran criaturas sencillas; si había deseo, no tenía más que observar la presencia de un abultamiento encantador en su pantalón y una mirada a

los ojos acuosos para entender la señal. Un leve giro de cabeza hacia la puerta y esperar a que la presa lo siguiera incondicionalmente hasta algún lugar apartado. Luego no hacían falta palabras, ni besos en la mayoría de los casos, solo manos y jadeos incontrolados. Generalmente el intercambio de una tarjeta, con la dirección de algún hotel discreto y una fecha anotada en el reverso, recibida un par de días después, era suficiente señal para comprender que había voluntad de alargar la relación durante un tiempo.

Desde luego, esas señales estaban en Marcus, con mayor frecuencia en sus últimos encuentros en salones de bailes

y clubes de caballeros; pero Alfonso seguía sin atreverse a dar el paso final.

Las indagaciones que había mandado realizar le habían traído más indecisión si cabe. Le informaron que cuando estaba sobrio su compañía era soportable, aunque relativamente distante y fría; pero todos coincidían en que cuando bebía había que tenerle miedo. Aún no tenía muy claro la razón de ese sentimiento que él empezaba a compartir. Según sus informadores, nunca le había hecho nada verdaderamente malo a nadie; pero aun así presentía, sin poder evitarlo, que había algo muy podrido bajo ese aspecto glorioso, algo que podría llegar a convertirlo en un peligro potencialmente

letal. Ese era un pensamiento perturbador; que le hacía dilatar una aproximación definitiva, pues obligaba a Alfonso a examinar con detalle las consecuencias de ese paso final.

Pero, ¡ah!, la mirada de esos ojos marrones prometía tal cúmulo de recompensas que seguía dispuesto a arriesgarse por mucho que su mente le gritara que huyera.

Esclavo de sus pasiones, consciente de que cada vez le era más difícil ocultar a su familia y al resto del mundo sus inclinaciones sexuales, se preguntaba por qué no podía parar, por qué no podía ser como la mayoría de los hombres; al fin y al cabo era rico, joven

y, según la imagen que le devolvía el espejo cada mañana, alguien marcadamente viril y masculino. Bueno, la naturaleza tenía un humor bastante ácido en según qué cuestiones.

Tras cada relación, con el orgullo y el cuerpo doloridos, saboreando aún el sabor y el olor del otro hombre, juraba que sería la última vez. ¡Santo Dios!, ¿qué clase de persona permitía soportar ese tipo de trato? No los normales en una relación homosexual, no; el tiempo lo había hecho cada vez más sumiso, un esclavo para cualquiera que quisiera utilizarlo para su propio placer. Sin que jamás, fuera cual fuera la petición, dijera no. Al principio, la mañana amanecía con una sensación de

liberación y placer; pero la escalada iba en aumento, un poco más al filo cada vez. Entonces, simplemente se sentía como lo que entendía que merecía ser: una auténtica fulana de esquina, usada y tirada a la cuneta.

En fin, todo acabaría muy pronto.

Tal vez no del todo, no era tan iluso; conocía su falta de voluntad en el tema, pero se había jurado a sí mismo que su matrimonio sería el punto de inflexión en su vida. Por respeto a su prometida fundamentalmente, ya que su propio respeto carecía de poder para hacerle cambiar de actitud. La presencia de su esposa haría que las incursiones en la decadencia se espaciaran en el tiempo, y

así disminuiría la pendiente de su caída inexorable.

Luz Bella O'Brien, una mujer conocida en toda la provincia, una joya del más alto calibre; su confidente, su amiga durante los últimos diez años y muy pronto su esposa y amante. Ella había sido la fuerza que lo ataba a la realidad cuando todo lo demás flaqueaba. Él, con sus más de siete pies de altura, era consciente de que la pequeña pelirroja apartaría de su camino la pesada piedra que apenas era capaz de mover un palmo por propia voluntad. Luz, tan enérgica, inteligente y arrolladora como diminuta y hermosa, no lo dejaría caer en ningún pozo más.

Tenía casi veintiocho años, sin lugar

a dudas era el momento del cambio, de adquirir responsabilidades, de tener hijos a los que dejar la enorme propiedad de Aguastempladas y la incalculable fortuna familiar basada en la cría de ganado y cereales. Por eso, conseguir pasar algunas horas con Marcus Dubois se le antojaba como el punto final a una vida desenfrenada antes de sentar la cabeza.

Desafortunadamente, nunca pensó que su pequeño encaprichamiento le costara una vida de dolor.

Tras instar a su caballo a que aflojara el paso, Alfonso entornó los ojos,

protegiéndolos del brillante sol matutino, para observar las espaldas de los tres hombres que cabalgaban delante de él.

Marcus Dubois, aunque no tan alto y fornido como los otros dos, encabezaba el grupo. Pero no necesitaba una mayor fortaleza física para demostrar sus dotes de mando, simplemente se erguía sobre su montura clavando a intervalos las espuelas en los flancos de su caballo, y sacudiendo sin piedad las riendas. Alfonso, amante de los caballos, sintió aprensión al contemplar el trato que profería al animal pues, por lo que había observado, era un caballo no demasiado nervioso y obediente que no necesitaba semejante castigo.

Marcus giró sobre su montura, enfrentando la mirada de Alfonso, que, como siempre, notó la descarga de ansiedad que atenazó sus músculos ante aquella sonrisa ligeramente inclinada.

Luego, algo azorado y temeroso de que su mirada de deseo fuera advertida, desvió la vista hacia Jesús y Javier Moore, los otros dos jóvenes que los acompañaban. Ambos habían sido muy buenos amigos de Alfonso, hasta que el mayor de ellos, Jesús, se empeñó en acosar a su querida Luz, pese a que esta insistió en no tener ningún interés en la relación.

Era cierto que en un primer momento había flirteado y alentado al muchacho,

pero eso, conociéndola, no era nada novedoso. A Luz le gustaba ser el centro de atención y coqueteaba siempre, lo que no significaba que llegara nunca mucho más allá de un beso con sus apasionados pretendientes. Había sido la insistencia de Moore en pedir la mano de Luz lo que aceleró su compromiso y la boda que se celebraría en tan solo veinte días. En el último mes Jesús parecía haberse resignado a perder la novia en favor de su amigo, y buscaba muy a menudo recuperar su antigua amistad con Alfonso.

El paseo fue una sugerencia de Marcus durante una ajetreada partida de cartas la noche anterior, en el que las miradas insinuantes y los roces de

piernas por debajo de la mesa lo habían tenido encendido durante toda la velada. Sospechaba que era una maniobra de claro acercamiento de Marcus, y ambos habían tenido que resignarse a postergar cualquier encuentro en solitario cuando ambos hermanos estuvieron interesados en acompañarlos. Alfonso rabió de impaciencia. La noche anterior había dormido excitado como un colegial ante la idea del encuentro que sabía llegaría pronto. Pero la presencia de esos dos no les permitiría ningún momento a solas.

Alfonso sentía el nerviosismo atenazar sus sentidos; su boda estaba demasiado cercana y la presencia de su mujer en su propia casa le permitiría

mucha menos libertad de lo que lo hacía su estatus de soltero. Si aquellos dos inútiles tenían pensado que iban a pasar una jornada de desenfreno, pasando de un burdel a otro y ahogándose en alcohol, se estaban llevando un buen chasco.

Por el momento se habían limitado a cabalgar sin alejarse demasiado de Sanlúcar; y solo pararon para desayunar en una posada totalmente decente, en la que la mujer más atractiva era una matrona embarazadísima de casi cuarenta años. Sin embargo ambos, como obedientes corderos, seguían dejándose guiar por Marcus.

—Creo que es hora de regresar a la ciudad, no podemos olvidar que hoy es

domingo y nuestra familia debe estar preparándose para ir a misa en este preciso momento, ¿no crees, Jesús? — preguntó el menor de los hermanos—. Nuestra madre se estará preguntando dónde hemos ido a montar tanto tiempo. —Jesús Moore, al parecer deseoso de acabar con la aburrida mañana de domingo, asintió rápidamente ante la sugerencia de su hermano y se despidió con un gesto del sombrero.

—Señores, encantado de cabalgar con ustedes —habló Marcus, mientras los dos hombres se alejaban con algo de prisa.

Antes de que desaparecieran de su vista, se aproximó a Alfonso hasta que

sus caballos unieron las grupas. En esa posición Alfonso quedaba demasiado alto respecto a él, pero Marcus no tuvo ninguna necesidad de instarlo para hacer que se inclinara, situando el oído junto a sus labios.

—Hablando de cabalgadas, Alfonso, creo que tú y yo tenemos algo pendiente. —Un estremecimiento de anticipación se aferró a los intestinos de Alfonso.

—Yo... —El aliento del otro hombre había encendido a Alfonso de una manera alarmante, haciendo que apenas atinara a farfullar monosílabos.

—Lamentablemente hoy no tengo mucho tiempo, recibirás una tarjeta mía los próximos días, espero que hagas lo que te pido, porque te estaré esperando

con impaciencia.

—Claro. —Nada más acertó a salir de su boca, mientras Marcus se alejaba con una sonrisa de triunfo en los labios; dejándolo más anhelante y excitado de lo que recordaba haber estado en toda su vida.

Cortijo de Pradobajo, noviembre de 1863 (hoy)

Dolores ha regresado al cortijo, y él sigue sin volver, al menos fuera de sus sueños. Lo sigue echando de menos violentamente; por supuesto, ella no deja que su desespero interno salga fuera,

pero cada día siente que le falta algo. Poco a poco su mente consciente doma su corazón, haciendo que evite pensar en él durante el día. Las noches son algo distinto.

Ha descubierto que los criados de Pradobajo son bastante agradables; después de la fría lejanía con la que la trataron los primeros días, cree que por fin han entendido que, aunque tiene el rostro de su abuela, no es tan distante como ella; a todos les parece sorprendente que recuerde cada uno de sus nombres. Ella misma se sorprende, pues hace solo unos meses era una muchacha huraña y callada. Es curioso que el roce de la muerte, el miedo, la desesperación y el desamor la hayan

convertido en mejor persona.

Tal vez solo se ha dado cuenta de que hablando y relacionándose con otros el tiempo pasa mucho más deprisa. Luz no suele hablar con los criados, siempre usa a Ana como intermediaria, salvo que no tenga remedio. No sabe si se supone que eso es lo que ella debe hacer, pero su espíritu rebelde la empuja a contradecir a su abuela al menos en ese caso.

Ya casi se ha acostumbrado a tener una criada personal. En Aguastempladas, Manuela era la única que la peinaba y la vestía o arreglaba la habitación. La chica que ahora la ayuda es Lupe, una alegre muchacha de ciudad,

quien, aunque con amplia tendencia al cotilleo, a veces cree que tiene mucha más idea que ella de lo que supone ser una auténtica señorita.

Después de meses sin noticias, hoy ha ido a los establos a recuperar su caballo, el mismo que él le regaló. Aunque nunca ha disfrutado de una cabalgada, necesita alejarse de cualquier ser humano. Monta sin silla, a horcajadas sobre una manta, y sin pensar en nada más se lanza al galope sin dirección. Cuando está segura de su soledad grita al aire, hasta perder la voz mientras el viento arrastra las lágrimas que no puede retener sin acabar por volverse loca.

Aguastempladas, septiembre de 1828
(35 años antes)

Alfonso y Luz Bella se conocían de toda la vida, desde que ella no era más que una muñequita despierta e inteligente que se colgaba a su cuello a cada oportunidad. Sí, se querían y en su futuro como pareja se amarían de forma natural, como todo en su vida en común.

Eso al menos era lo que había creído Luz hasta el momento en que Marcus Dubois habló con ella. ¡Maldito hombre!, no podía negar que había sembrado la duda en su cabeza.

Sentada en el patio trasero, observaba

cómo Alfonso hablaba con el mozo de cuadras. Los gestos, que hasta hace unos días le habían parecido fruto de su naturaleza amistosa, empezaban a molestarla; ¿no se acercaba demasiado al muchacho?; ¿acaso era necesario que se apoyara en sus hombros cuando hablaban?; ¿tocar el pelo despeinado del joven tenía alguna otra intención?

Luz agitó la cabeza por enésima vez, observando cómo Alfonso se acercaba. Era realmente un hombre de un físico impresionante y, por unos segundos, sintió cómo su piel se erizaba de expectación; desde luego sería muy fácil amarlo como lo haría una mujer enamorada. Un cuerpo recio, firme, joven y muy hermoso que seguro haría

vibrar al suyo con un placer que hasta ese momento solo había imaginado.

—¡Hola, cariño! ¿Llevas mucho tiempo espiándome? —preguntó Alfonso, de nuevo Luz notó esa sensación de haber sido pillado en un renuncio reflejada en el rostro del hombre.

—¿Acaso hay algo que merezca la pena ser espiado? —Luz notó que el joven se envaraba algo ante su contestación, así que cambió rápidamente de dirección—. He venido a dar un paseo con mi novio, hoy no hace tanto calor y recuerdo que hace unos días me prometiste perderte conmigo entre los setos.

—Si mi madre te oye hablar de esa forma desvergonzada sí que tendremos que perdernos entre los setos por una temporada.

Alfonso se detuvo frente a ella, enderezando la posición de su camisa dentro de los pantalones, con un gesto que a la muchacha le pareció algo nervioso.

Luz volvió a enfadarse consigo misma por ver fantasmas donde puede que no los hubiera. Tal vez estuviera jugando al juego que le había propuesto Marcus, pero no podía seguir con la incertidumbre que la amenazaba cada hora de cada día; quería saber la verdad y estaba dispuesta a descubrirla esa

misma mañana.

Subida en un banco construido a modo de poyete que rodeaba todo el patio, alcanzó a poner sus brazos sobre los hombros de Alfonso.

—No hay nada que desee más en este mundo que perderme por una temporada... contigo... entre los setos — habló, atrayéndolo hasta pegar descaradamente sus pechos sobre el tórax del hombre—. Voy a besarte como nunca lo han hecho en tu vida, Alfonso. Así que decide si quieres que lo haga aquí, donde tu madre nos verá en cuanto aparezca por esa puerta, lo cual supongo no tardará más de cinco segundos en hacer, o me coges como solías hacerlo entre los brazos y me llevas detrás de

esos árboles de ahí.

—¡Me pido los arbustos!

Con una carcajada, Luz sintió satisfecha cómo Alfonso la cargaba, como si no pesara más que una chiquilla de diez años, y se internaba con ella en el bosque, dando grandes zancadas que le indicaron que él también deseaba aquello.

Cuando Alfonso supuso que estaban lo bastante alejados, se sentó sobre un tronco doblado manteniéndola sobre su regazo. Con su buen humor de siempre, él elevó la mano derecha y le acarició la mejilla con el dorso.

—Muy bien. No hacía falta darme ese tipo de ultimátum. ¿Por dónde quieres

que empiece a devorarte, Luz? Pero luego no te quejes si no puedo parar, llevo semanas queriendo tocarte, ¡eres tan bonita! —Se inclinó hacia ella, apoyando la cabeza en el hueco entre el hombro y el cuello de la mujer, con delicadeza, evitando que su peso descansara en los finos huesos—. Tan bonita y tan chiquitita. ¿Sabes?, nunca he tocado a alguien tan pequeño como tú, no sé si seré capaz de no hacerte daño.

—No lo harás, Alfonso, no podría estar más segura en los brazos de otro. —Se estremeció cuando los labios de Alfonso empezaron a descender por su cuello en suaves caricias—. Yo, yo voy a estar bien —dijo ella, y siguió lentamente con la mano la curva del

brazo del hombre.

Alfonso suspiró profundo, parecía algo nervioso por sus avances. Sus miradas se cruzaron; la de él era algo sorprendida, pero la disfrazó con una sonrisa.

—Estás jugando con fuego, Luz, no sabes lo que puedes provocar en un hombre; imagino la frustración del pobre Jesús Moore si le hiciste algo parecido.

—¿De qué hablas?, nunca he tocado así a nadie, Alfonso. —La indignación de Luz hizo sonreír al joven—. Tampoco me había sentado antes en el regazo de ningún hombre.

Aunque pretendía parecer enfadada, no apartó la mano, que siguió jugando

con el borde de la camisa de algodón que le cubría el tórax a él, haciendo que poco a poco fuera saliendo de la cintura de los pantalones.

—Pues si no lo has hecho te aseguro que en segundos vas a conocer a fondo una parte importante de la anatomía de los hombres —habló, sujetándola por la cintura, haciendo que se apretara sobre él.

—¿Puedes besarme? —pidió ella.

—Desde, desde luego, cariño, aunque...

Ella se inclinó, antes de que él dijese algo acerca de la decencia y de lo que su madre pensaría si los viera.

El joven tuvo que guardar silencio cuando ella pasó la mano detrás de su

cabeza. Lentamente Luz cerró los párpados y apretó sin titubear los labios contra los de él en un beso breve antes de retirarse; envalentonada, se volvió a aproximar para rozar la punta de la lengua contra sus bordes. Alfonso suspiró con un sordo gemido y se abrió para ella. Estaba claro que él no era nuevo en ese juego. Contenta con su efusiva respuesta, dejó que él tomara la iniciativa. Con los brazos la estrechó aun más, la hizo girar y la atrajo hacia él.

El beso dejó de ser delicado y sus manos apretaron levemente la blanca piel de la muchacha. Su toque pretendía ser cortés, cuidadoso, como si el más

mínimo asomo de fuerza fuera a quebrarla. Luz notó cómo él temblaba al contenerse; la confusión que habían provocado las palabras de Marcus empezó a esfumarse con cada roce.

Sintió que su cuerpo se relajaba sobre el pecho de Alfonso, dejando que sus manos la recorrieran; un pequeño suspiro salió de su boca cuando los dedos de Alfonso tocaron la cara interna de sus muslos. Luz abrió las piernas, para permitirle un mayor acceso, a la vez que deslizaba sus propias manos bajo la camisa abierta de él.

—¡Dios mío!, ¡que desvergonzada! —
La voz chillona de doña Mercedes atravesó el silencio del bosque, mientras Alfonso se enderezaba de un salto

haciendo que Luz cayera de nalgas sobre el suelo, con la falda a la altura de los muslos—. ¡Antonio! ¡Antonio! ¿Has visto algo parecido? ¿No tienes nada que decir a esta descarada?

El hombre apareció corriendo a pocos pasos, y sorprendentemente sonreía a pesar de lo embarazoso de la situación.

—¿No vas a decirle nada a tu hijo, Antonio? —insistió la mujer.

—¿Qué quieres que le diga, mujer?, ¿qué su novia tiene las piernas más bonitas que he visto en años? Y que, después de todo lo que ha llegado a mis oídos últimamente, esta es la imagen más hermosa y deseada que podía

haberme encontrado. —Tomando a su mujer por el codo, la giró de regreso al cortijo—. Deja en paz a los muchachos, mujer. —Luego, antes de desaparecer entre la vegetación, se volvió hacia los jóvenes—. Tienes una hora antes del almuerzo, hijo mío, acaba con lo que habías empezado y luego ven a comer.

—¿Pero qué dices?, esto es una vergüenza y esa muchacha es una desvergon...

Las palabras de doña Mercedes se perdieron bajo los empujones de su marido.

—No sé tú, pero mi entusiasmo ha caído en picado ante la visión de mi madre —habló Alfonso, señalando el frente de sus pantalones—. Siento

haberte tirado al suelo de esa forma, deja que te ayude, cariño. —Sin el menor esfuerzo, Alfonso elevó a Luz, sujetándola por la cintura hasta situarla frente a sus ojos. Con una sonrisa volvió a devorarla en un último beso—. Ya seguiremos con nuestra conversación cuando doña Mercedes no vigile. — Luego la volvió a depositar en el suelo y caminaron hacia la casa.

Alfonso no lo notó, pero Luz respiraba realmente satisfecha por primera vez desde hacía días.

Cortijo de Pradobajo, 1 de enero de 1864 (hoy)

Pasar el año nuevo en Pradobajo como si fueran una familia ha sido idea de Dolores. Alfonso no ha podido negarse, aunque encontrarse de nuevo con Luz Bella le rompe el corazón. Por ella, por lo que el tiempo ha hecho con la mujer; no físicamente, sigue casi tan bonita como la recuerda, sino con su alma, ahora tan dura como una piedra. Y por él, porque los años le hacen sentirse cada vez más solo, y ni siquiera cuando Dolores vivía en Aguastempladas la sensación fue menor. No porque no ame a su hija, al contrario, duda que nadie pueda quererla de la forma que lo hace él. Es diferente, nunca pensó que lo

diría, pero se siente viejo y añora una mano que sostenga la suya antes de dormir. Esa mano que siempre ha creído y deseado sería algún día la de Luz.

Sentado en el salón de Pradobajo, contemplando a la mujer colocada frente a él, no puede evitar intentarlo de nuevo.

—Deberías casarte conmigo, ser mi mujer y apartar de tu lado a ese gitano maloliente con el que te revuelcas. ¿No deseas tanto ser la dueña de Aguastempladas?, así tendrías eso que has anhelado durante toda tu vida.

—Lo siento, Alfonso, llegas demasiado tarde; ya tuviste esa oportunidad una vez y la despreciaste. Y recuerda, Aguastempladas ya me pertenece. ¿Quieres ofrecermelo de nuevo

algo que es totalmente mío? —Luz se levanta, para caminar erguida hacia la puerta, sabiendo que el hombre contempla su paso delicado y orgulloso —. En cuanto a ese gitano apestoso, te aseguro que su olor es cien veces mejor que el de muchos payos. Además, ¿te consideras capaz de darme todo lo que él me da?, creo recordar que tenías otro tipo de preferencias.

—No seas sarcástica, Luz; sabes muy bien que puedo comportarme como tú quieras, lo otro son solo ciertos caprichos que me permito de vez en cuando.

—Caprichos que nos han costado muy caros. —La mujer agita la mano en el

aire ante el intento del hombre de contestar—. No, no me malinterpretes, creo que ya te ha quedado claro que no te censuro, ni a ti ni a nadie; sé muy bien que lo que cada uno hace tras la puerta de su alcoba, ahí debe quedarse. Pero, aunque alguna vez se me hubiera pasado de nuevo por la cabeza ser tu esposa, nunca toleraría compartirte con nadie.

—No te hablo de compartir, sabes que te quiero, ni siquiera te darías cuenta. Soy capaz de satisfacerte completamente, yo...

—Pero lo sabría, Alfonso, lo sabría. De cualquier forma, no tengo nada que decidir, no es a ti a quien deseo en mi cama, nunca lo hice, y nunca te dije que lo hiciera.

—Entonces ¿lo prefieres a él?

—Como siempre lo he hecho, ¿acaso lo has dudado alguna vez? Ya tengo a mi hombre, ahora solo me falta Aguastempladas.

Empeñado en seguir hablando con ella, angustiado por no volver a verla de nuevo en meses, el hombre avanza hasta impedirle franquear el arco de la puerta con su cuerpo.

—¡Aguastempladas! ¿Qué hay en ese pedazo de nada en medio de marismas y arenas? ¿Por qué has dado tu vida a cambio de un trozo de tierra de nadie?

Sabe que la mera mención del lugar la hará reaccionar, es lo único que parece importar a la mujer que tiene frente a él.

—¿De nadie?, fenicios, romanos, árabes y ahora españoles. Todos han peleado por ella, muchos han muerto bajo ese sol, han derramado su sangre sobre las claras arenas de lo que tú llamas nada. —Mientras habla, las venas de su cuello palpitan bajo cada palabra, bajo cada frase dicha lenta, delicadamente, sin dejar entrever la furia que pulsa en su interior—. Pero lo cierto es que no les pertenece a ninguno, y no lo hará en tanto a mí o a mi familia nos quede un soplo de vida.

—Porque es tu pedazo de gloria, ¿no es cierto, Luz? Y, como todo lo que llega a tus manos, prefieres destruirlo antes de verlo en manos de otro.

Alfonso se aparta, permitiendo que Luz atravesase la puerta bajo el arco de su brazo en dirección al despacho.

—Sí, puede que sea cierto, pero te aseguro que ese trozo de tierra seguirá siendo de sus legítimos dueños —dice ella, girándose para apoyarse sobre la mesa.

Más de cinco minutos después de que la presencia de Alfonso desaparezca de su vista, Luz sigue apoyada sobre el escritorio de palo de rosa; las manos, unidas sobre el regazo, hacen girar el anillo de oro de su padre. Piensa que tal vez debería mandarlo a achicar por

tercera vez, pues la edad le hace perder peso y sus dedos vuelven a resbalar en el aro de oro.

Ha pasado más de media vida intentando borrar y rectificar en parte el error garrafal que cometió años atrás, pero el peso de la culpa sigue apretando su garganta en momentos como ese. El labio le tiembla levemente pese a sus esfuerzos por controlar los recuerdos; hace mucho tiempo que no deja que las lágrimas le broten de los ojos, pero últimamente se está convirtiendo en una costumbre necesitar unos minutos de concentración para evitar que sus ojos empiecen a humedecerse. ¡Señor!, ¿acaso la vejez trae consigo ese tipo de debilidad que ha controlado por años?,

¿acabará siendo una abuela tan emocional y maternal? Inclina la cabeza hacia el anillo, para que los rizos que caen desde su sien cubran en parte su turbación.

Y recuerda.

Hotel Mercí, Sanlúcar, finales de septiembre de 1828 (35 años antes)

La tarjeta, escrita con letra elegante, seguía en su puño. Caminando por el amplio hall, Luz seguía recriminándose su falta de fe en Alfonso. Pero necesitaba estar segura o de lo contrario se pasaría el resto de la vida

preguntándose qué habría ocurrido si hubiera acudido a la llamada de aquel hombre.

Subió las escaleras hasta el primer piso del elegante hotel. Solo alguien muy adinerado podría pagarse semejante lugar; se preguntó de qué manera lo hacía Marcus, si era cierto, tal como la habían informado, de que sus finanzas se hallaban bastante deterioradas. Desde el rellano de la escalera divisó el número de la habitación que buscaba, el 103; antes de atravesar el largo pasillo hacia su destino, se detuvo unos segundos para volver a leer el anónimo.

Si le interesa conocer a su novio en profundidad acuda a la habitación 103

del hotel Mercí, el sábado a las nueve de la noche. Entre sin llamar.

Su amigo M

No estaba firmada más que con una inicial, pero a ella no le cabía duda de a quién pertenecía esa M: a Marcus, el hombre que seguía atormentándola con sus duras palabras. Plantada frente a la puerta, fue consciente de que de nuevo jugaba al juego que él manejaba. Pero, ¿qué remedio tenía?, no era una mujer que permitiera que nada se escapara a su control; si había algo de Alfonso que debía saber quería conocerlo de primera mano, aunque luego ese conocimiento le partiera el corazón.

Ese mismo corazón que martilleaba en su pecho mientras abría la puerta que la separaba de la realidad; una realidad que no acertó a entender en un primer momento.

La habitación estaba en silencio en ese instante, y al fondo, a unas cinco varas, situadas en un ángulo que casi las ocultaba de sus ojos, había dos figuras, una junto a la otra.

Luz se giró para cerrar la puerta en silencio y apoyarse sobre la hoja. Sabía que no estaba bien, pero necesitaba oír la verdad.

A pesar de estar de espaldas conoció perfectamente el cuerpo corpulento de Alfonso; el otro era Dubois,

elegantemente vestido de negro y blanco. Marcus estaba situado de tal forma que podía verla, pero ni siquiera desvió la vista hacia ella un segundo. Luz era consciente de que sabía que ella estaba allí. Alfonso, ajeno a su presencia en la habitación, siguió de espaldas concentrando toda su atención en el hombre frente a él, a solo unos pasos. Llevaba una chaqueta color café, que realzaba su buena apariencia.

—¿Puedo ofrecerte una copa de brandi? —Luz notó cómo Alfonso movía nervioso las manos dentro de sus bolsillos y negaba el ofrecimiento de Marcus—. ¿Qué deseas entonces de mí?

—¿No lo sabes?, no creo que necesites que te lo explique —contestó

Alfonso. Luz apretó los dientes para mantener el silencio.

—Parece que tú lo tienes muy claro, pero yo prefiero dejar las cosas bien amarradas. Dime exactamente lo que quieres. —Marcus elevó el rostro hacia el otro hombre, retándolo a hablar.

—Quiero tenerte en mi boca, Marcus. Sin que él hiciera nada para detenerlo, la mano de Marcus se apoyó bruscamente en el pecho de Alfonso. Sabía que Luz quizás aún no había entendido bien el mensaje y necesitaba que le llegara alto, claro y sin ningún tipo de duda. Sujetándolo por la solapa de la chaqueta, lo obligó a arrodillarse ante él.

Alfonso protestó levemente ante el agarre, aunque temblaba de expectación mientras permitió que lo situara de rodillas. Su corpulencia le permitía mirarlo aún al pecho, así que Marcus lo instó a agacharse aún más sobre sus piernas, hasta que sus nalgas tocaron los talones.

—¿Es esto lo que quieres en tu boca?
—Alfonso no trató de apartarse, Marcus lo tomó por el cabello, apretando la cara contra su propia ingle—. Dime, ¿es esto, verdad?

—Sí. —Luz, aún sin querer entender muy bien las palabras de Alfonso, permaneció en silencio. La risa de victoria de Marcus, le arrasó el corazón.

—¿Y qué quieres más? —Su agarre se hizo más fuerte—. Quieres que te tome como a una mujer ¿verdad? ¿Te ofrecerás a mí?

—Sí, por favor.

—No sé, soy muy grande, ¿podrás con todo?

—Soy un hombre acostumbrado, podré con todo lo que tengas para mí... por favor. —Mientras hablaba, Alfonso restregaba el rostro contra el pantalón de Marcus.

—Así me gusta, que supliques. Muy bien. —Levantando la mirada, Marcus enfrentó directamente los ojos de Luz que, apoyada contra la jamba de la puerta, doblaba entre los dedos el ajado

trozo de cartón—. Una última pregunta: ¿querrás que te lo haga todo delante de tu prometida o le pedimos que salga de la habitación? —Alfonso dejó de respirar, girándose hacia la entrada—. ¡Oh, vaya, creo que se acabó la fiesta!, ¿ya no quieres chupármela?

Alfonso usó su colosal fuerza para empujarlo mientras se levantaba, enviándolo a través de la habitación a casi tres varas de distancia.

—¡Hijo de puta, te mataré por esto! —gritó. Se pasó la mano por el cabello antes de mirar a Luz —. Yo no..., no quería que lo supieras así, Luz, yo...

A pesar del hilo de sangre que corría por su labio, la risa de Marcus reverberó en toda la habitación.

—No te atrevas a acercarte a mí, Alfonso. Aléjate, no me toques. —A la vez que hablaba con sorprendente serenidad, ella tanteaba el pomo de la puerta.

—No, Luz, esto no tiene nada que ver con nosotros, deja que hablemos. —La mujer abrió la puerta de un tirón y desapareció, dejando tan solo el ruido de sus faldas al sacudirse. Desolado, Alfonso miró al hombre que aún reía sobre la pared—. Si te veo a veinte pasos de mí te partiré la cabeza —amenazó.

—No lo creo, veo que aún estás listo para mí. —Marcus se enderezó, acercándose a Alfonso hasta tocarle el

frontal de los pantalones con la punta de una uña—. Tu novia no va a volver y yo te he prometido darte algo que te gustará de verdad.

—No. —El sonido fue más un gruñido que una palabra.

—¿Seguro? —Marcus llevó la uña hasta los labios, rozándola con la lengua—. Allá tú, entonces me marchó, tengo una novia desolada a la que consolar; ya nos veremos en un sitio menos concurrido.

Ante la ira de Alfonso, Marcus recogió su sombrero, mientras limpiaba los restos de sangre de sus labios, y salió por la puerta silbando una melodía.

Cortijo de Pradobajo, enero de 1864
(hoy)

Por alguna razón esta noche se ha sentido inquieta, permaneciendo al borde del sueño durante lo que le han parecido horas interminables; y molesta, oyendo en los oídos el martilleo de sus propios latidos. Dolores da vueltas a derecha e izquierda, arriba y abajo, tapándose y destapándose a intervalos.

Hasta que la mañana irrumpe en un suspiro; supone que finalmente el sueño llegó a ella sin darse cuenta. Afina los sentidos para reconocer donde se encuentra; el reverente sonido de las

teclas de un piano la ha despertado con una suave cancioncilla infantil. Despierta por completo y mira la luz que entra por la ventana; no deben ser más de las ocho de la mañana, es un día fresco y nublado.

Se levanta, colocándose una gruesa bata celeste a juego con el camisón.

Recorre el pasillo hasta la escalera y desciende siguiendo el sonido de la repetitiva melodía hasta encontrarse en la puerta del salón. Contempla la enorme estancia dominada por el piano crema y a su abuela inclinada sobre las teclas; la mujer solo utiliza un dedo de la mano derecha, jugueteando más que interpretando la nana.

Ella está vestida con un elegante traje

de mañana y perfectamente recogidos sus rizos sobre la nuca despejada; involuntariamente, la muchacha alisa sus propias guedejas enredadas. No se gira para mirarla, aunque Dolores sabe que es consciente de su presencia cuando el sonido se hace más espaciado en el tiempo. Luz piensa unos instantes lo que quiere decirle.

—Buenos días, Dolores. —Habla aún sin girarse—. Siento no haber pensado en ti cuando me he sentado delante del instrumento, no estoy muy acostumbrada a tener invitados en casa y los criados hace horas que están despiertos. — Dolores no acaba de dilucidar si sus palabras son o no una velada crítica por

la hora a la que se ha levantado—. Nunca aprendí a tocar, ¿y tú?, ¿sabes interpretar?

—Mi padre diría que soy terrible cuando me acerco a uno de estos. Supongo que tiene razón, Dios no me ha regalado el don de la música.

—Es un don poco frecuente ese. He oído decir que los hombres son mejores intérpretes; sus manos, más grandes, permiten una mayor ligereza y agilidad a la hora de tocar.

—¿Es tuyo?

Luz se vuelve levemente para mirarla casi de reojo unos segundos, y retorna a golpear la tecla bajo su dedo.

—¿El piano? No, ya te he dicho que yo no toco bien, es de mi hijo; lo compré

hace quince años, me aseguraron que perteneció a Juan Crisóstomo Arriaga.

Aunque no sea una virtuosa del piano, su cultura le permite reconocer el nombre del famoso compositor. Lo que Dolores no acaba de comprender es a quién se refiere cuando habla de su hijo. Que ella sepa, Luz Bella solo ha tenido un embarazo y por tanto solo un hijo: su propia madre.

—El sí tiene manos de concertista, aunque lamento decir que últimamente encuentra pocos momentos para regalarme su música —le aclara Luz.

—No sabía que tuvieras otro hijo. ¿Dónde está ahora? —pregunta, intentando reflejar solo cortesía y no la

repentina curiosidad que la fustiga.

—Hay muchas cosas que tendrás que ir conociendo poco a poco, aún eres joven y podrás aprender mucho. Él está en Madrid. Es cirujano, manos de concertista, ya sabes..., trabaja en el Hospital General de la ciudad. Supongo que coincidiréis en algún momento, suele ir y venir, aunque últimamente su trabajo lo tiene absorbido y le deja poco espacio a la familia. —Se gira, dejándole ver cómo sus ojos parecen levemente turbados, un segundo apenas. Luz se recompone inmediatamente, no antes de que ella haya descubierto lo que puede sea lo único que la perturba en este mundo—. Si yo fuera una matrona corriente, me oirías decir

orgullosa que es un muchacho muy inteligente, y que con apenas veinte años ya era médico. —Agita los rizos de su hermoso recogido en un gesto de negación—. Pero no soy tan vulgar como para caer en esas trivialidades, ¿no crees?

—Tal vez, y si yo fuera una nieta corriente, me asombraría haciendo un mohín con la boca. —Hace una parodia de sí misma cuando habla con voz meliflua—. ¿Médico a los veinte años? ¡Oh!, por favor, si aún no está casado pediremos una dispensa papal y me casaré con ese portento de hombre, aunque pase de los cuarenta.

—No, no es tan viejo como eso. Y tú,

pequeña, deberás hacerte valer mucho para merecer a mi niño. —Por primera vez, Dolores cree vislumbrar una nota de humor en sus palabras—. Pasemos a desayunar. Debo tomar la costumbre de tocar cada amanecer, así me aseguraré de que no haraganees toda la mañana.

Obviando una respuesta sarcástica, la muchacha la sigue hasta la mesa, donde las aguarda la comida ya preparada.

—¿Cómo se llama tu hijo, Luz? — Dolores lanza la pregunta de pronto, aunque Luz no parece inmutarse mientras continúa con el desayuno.

—Néstor O'Brien Martín. Si no vas a comer esa estupenda torta me la puedes pasar; aunque Ana volverá a decir que no entiende dónde acaba todo lo que

como; o como diría tu padre, soy tan áspera que ni siquiera la comida se asienta en mi estómago.

—Así pues, como mi madre, él lleva solo tus apellidos —insiste.

—Es conocido por todos que no he estado casada nunca, ¿qué apellido quieres que lleve un hijo mío? Gracias, me encanta este sirope dulce. —Vuelve a dejarla sorprendida robando de su plato la última torta, abandonando cualquier norma de cortesía en la mesa. Voluntariamente, la muchacha evita insistir en el tema después de que su abuela vuelva a desviar cualquier posibilidad de que la interroge respecto a su hijo.

—Ayer oí decir a uno de los criados que una vez estuviste prometida a mi padre, ¿por qué acabó casado con tu hija, Luz?

Evidentemente, la forma de cambiar de tema no parece demasiado sutil, a juzgar por la mirada, mucho más helada de lo habitual, que le dedica la mujer.

Pradobajo, a finales de septiembre de 1828 (35 años antes)

—Pasa, Alfonso.

La criada, que había acompañado al joven hasta el despacho de Manuel, se retiró con discreción tras las palabras

de Manuel O'Brien.

—¿Quieres tomar asiento?

Alfonso permaneció de pie en silencio, negando con la cabeza. Su aspecto, aunque bien vestido y limpio, parecía alarmante. Tenía ojeras y el pelo rizado estaba revuelto, como si sus dedos hubieran caminado sobre él una y otra vez.

—Dice que no habrá boda y que no quiere volver a verte —añadió Manuel.

—Lo suponía. —Finalmente retiró la silla situada frente a su futuro suegro y cayó pesadamente sobre ella. La madera protestó con un chirrido por el súbito peso—. Tengo que hablar con ella, Manuel, por favor...

—No sé lo que os ha pasado, pero

está muy enfadada, tienes que arreglarlo, no voy a permitir que esta boda se anule cuando faltan solo cuatro días. Todo está preparado, tu madre ha hecho grandes gastos y ya hay gente instalada en Sanlúcar que ha venido desde muy lejos.

—Lo comprendo, le aseguro que no hay otra cosa que desee más en el mundo que casarme con ella, pero...

—Convéncela, no he querido insistir para no aumentar su dolor, pero debes hacerle comprender que o se casa contigo el domingo o se casa con otro hombre; pero el próximo lunes será la esposa de alguien.

—¿Ese desgraciado de Moore ha

vuelto a pedir su mano estando comprometida conmigo?

—No, no te alteres, no lo ha hecho; pero tengo algún otro que sí, y le daré su mano aunque patalee delante del sacerdote.

—No habrá necesidad, solo permítame hablar con ella.

—Bueno, creo que entre este berrinche y el de hace dos semanas ya no le queda nada en su alcoba capaz de ser arrojado, puedes entrar sin peligro.

—¿Hace dos semanas?, no tuvimos ningún enfado hace dos semanas. — Alfonso preguntó intrigado cuando se levantaba.

—Bueno, ¡quién sabe! Las mujeres, y Luz en particular, tienen un genio

extraño, puede que alguno de sus nuevos vestidos no fuera de su gusto. —Muy a su pesar, Alfonso ensayó una sonrisa antes de salir de la habitación—. Sube y suerte.

La puerta estaba abierta. Desde el umbral Alfonso vio la figura menuda de Luz sentada sobre la cama. Era tan pequeña que los pies le colgaban desde el colchón; jugaba haciéndolos bambolear adelante y atrás como una niña.

Ella casi no levantó la mirada cuando habló.

—Pasa, te estaba esperando, oí que

llegaste hace unos minutos. —
Abarcando la cama, señaló lo que la rodeaba—. Como puedes ver no tengo nada que arrojarte, lo he roto todo durante las últimas horas y las criadas se han ocupado de retirar los trozos. Ven, no pienso pegarte, aunque desearía tener el doble de tamaño para alcanzar esa cabeza de chorlito que tienes sobre los hombros.

Alfonso se adelantó un par de pasos, aún indeciso; luego, el amago de risa en los labios de Luz le devolvió el valor. Nunca hubiera pensado que lo recibiera con una sonrisa en la cara.

En dos zancadas se arrodilló frente a ella, hundiendo la cara en los pliegues de su falda.

—¿Es eso lo que realmente deseas, lo que necesitas? —Mientras hablaba, la mano de Luz viajó hasta sus rizos negros, enterrándose en ellos como si acariciara el lomo de un gato.

—Me temo que sí.

—¿Por qué?, no lo entiendo.

—Yo tampoco, y te juro que me lo he preguntado miles de veces. ¿Crees que no odio como soy? ¿Sabes lo que es vivir sintiendo lo que siento dentro de un cuerpo como el mío?

—Entonces, ¿me has mentado todo el tiempo?

—No, no mi amor, es distinto, yo... tú..., tú eres lo que más quiero en este mundo, daría mi vida a cambio de la

tuya, lo sabes.

—Pero me engañarías, lo harías aunque estuviésemos casados.

—No lo sé, tal vez fuera diferente, tal vez lograra controlarme.

—No lo permitiría, lo entiendes ¿verdad? No podría vivir compartiéndote con nadie, sospecharía de cada persona que se te acercara, si te encontrara con algún otro...

—No puedo prometerte más de lo que me prometo a mí mismo cada día. — Aún con la mejilla sobre su rodilla, Alfonso comenzó a acariciarle el tobillo —. Pero te juro que te amaré siempre, te trataré con cariño y a mi lado nadie te hará daño.

—No necesitaré que nadie más me

haga daño. —Tomando su rostro le hizo mirarla a la cara.

Sorprendido, contempló, casi por primera vez, lágrimas en los ojos de Luz.

—Mírame, ¿cuándo me has visto llorar, Alfonso? Me has roto el corazón, mi amor, y lo vas a seguir haciendo durante nuestra vida de casados. Pero te juro que estas serán las primeras y últimas lágrimas que veas salir de mis ojos.

—Yo...

—Shhh... —La mano de Luz se posó en sus labios, atajando el amago de protesta de Alfonso—. No tengo alternativa, Marcus Dubois ha pedido mi

mano, y mi padre me obligará a casarme con él si te rechazo; prefiero casarme con una serpiente antes que con ese hombre. Nos casaremos el domingo, voy a ser tu mujer y tú vas a cumplir como un hombre. Y te juro, por lo más sagrado, que si me engañas una sola vez te mataré, a ti y a tu amante, sin ni siquiera pestañear.

—No es necesario que me amenaces, yo te juro...

—No, no quiero tus promesas, no las necesito. Solo dime que entiendes lo que acabo de decirte, porque es lo que te espera si quieres seguir adelante con esta farsa.

Capítulo 14

Demonios

Pradobajo, finales de septiembre de 1828; fiesta previa a la boda de Alfonso y Luz (35 años antes)

Luz Bella supuso que la idea había sido de su padre. Últimamente la había sorprendido mostrándose como un hombre enérgico en sus decisiones, pero nunca hubiera creído que fuera tan cruel;

aunque bien era cierto que él no podía conocer toda la historia, pues entonces quizás no se hubiera atrevido a invitar a Marcus Dubois a la fiesta de despedida de su hija.

Sí, supuso que solo se trataba de hacerle recordar su ultimátum; si no se casaba en dos días con Alfonso la entregaría en la misma iglesia a aquel hombre frío y cruel; incluso le había mostrado los papeles firmados que aseguraban el cambio de novio de última hora si era preciso.

¡Ah, si su padre supiera el dolor que le causaba permitiendo su sola presencia!

En cuanto lo vio aparecer el estómago se le subió a la garganta y tuvo que

apartarse del corrillo de muchachas que la acompañaban para dirigirse al aseo y refrescarse el cuello. Luego regresó rápidamente, porque tenía que asegurarse que no se acercaba a menos de diez pasos de Alfonso. Se odió por ese nuevo signo de debilidad; la vida iba a ser muy dura intentando sofocar los celos agresivos que iban tomando forma en su pecho.

Desde lejos observó cómo Alfonso miraba al hombre; primero con asombro, luego con rabia, finalmente la observó a ella y el gesto de sus ojos le devolvió algo de calma. En ese momento comprendió que Alfonso no volvería a acercarse a él; su rabia y su odio habían

logrado derrotar los otros deseos que lo asaltaban.

Una de las criadas se aproximó a ella para entregarle una nota.

Por unos instantes tuvo el presentimiento de que aquello sería una trampa, tan vil como la de hacía unos días. Pero su naturaleza valiente la obligó de nuevo a enfrentarse a todo lo que la vida tuviera para ofrecerle. La tomó entre los dedos y se alejó de la mujer con la que hablaba pidiéndole disculpas, desplegándola bajo la luz de un candil para leerla.

Querida Luz: Las chicas y yo te hemos preparado una sorpresa como adiós a tu vida de soltera. Por favor, te

esperamos en el patio trasero, ven en cuanto puedas.

Macarena

Luz sonrió, sus amigas solían tener un humor bastante ácido, así que un sentimiento de impaciencia por conocer la sorpresa se apretó en su pecho mientras abandonaba el salón repleto de invitados, rumbo a su encuentro. El patio trasero estaba algo alejado de la casa principal, pasados varios caminos desiertos y más allá de los jardines principales.

Cuando llegó al lugar del encuentro no había nadie. Una pequeña señal de alarma retumbó en sus oídos durante

unos segundos. Algo le decía que saliera de aquel lugar desierto y volviera al salón repleto de personas.

Giró sobre sus talones, encarando el camino de regreso, y caminó a través de un pasillo porticado, con pared de ladrillos a un lado y columnas a otro.

Sin un ruido previo, una mano se posó en su cuello desde atrás. Ella tembló levemente, a pesar de ser una noche algo fresca, la calidez de aquellos dedos logró traspasar hasta el pulso que latía en su garganta. No apretaron, los dedos tan solo se limitaron a demorarse acariciando el arco de su cuello, luego notó cómo su captor cogía aire lentamente. La sensación de miedo la atenazó unos segundos.

En un instante todo cambió, aquellas manos dejaron de ser delicadas para sentir cómo el cuerpo, muchísimo más grande que el suyo, la empujaba desde detrás haciéndolos acercarse a la pared. El movimiento de su asaltante fue tan rápido, y la fuerza empleada tanta, que no acertó a pedir ayuda antes de encontrarse de cara a la pared, con las manos en la espalda sujetas por un brazo férreo que apretaba haciendo que casi perdiera la respiración.

La mano que retenía las suyas la soltó, para apoyarse sobre su cintura, forzándola a continuar manteniendo la boca cerrada con la otra; su rodilla la mantenía pegada contra la pared. Sabía

que estaba inmovilizada y que el escaso espacio no le permitía ninguna maniobra de evasión. Lo sabía ella y lo sabía su asaltante, que comenzó a relajar la pierna con la que la retenía.

Unos segundos y el cese de su empuje empezó a dejarle un hueco para volver a respirar con holgura. Luz sentía el corazón en la garganta mientras su rápido cerebro buscaba alguna salida a su situación. Un corazón que se aceleró cuando notó cómo una mano comenzó a palpar su cuerpo sin ninguna consideración, desde la cadera izquierda, bajando lentamente por el glúteo y el muslo, deteniéndose unos segundos en apretar la carne bajo su mano.

—¡Suéltame!, voy a matarte.

—Veo que empiezas a conocer mis caricias, Luz —Marcus habló, haciéndola girar hasta mirarlo de frente.

Continuó arrinconándola contra la pared con toda la envergadura de su cuerpo, y bajó la cara hasta su altura; ella sabía que tenía que reaccionar, pero no quería parecer asustada. Así que le mantuvo la mirada unos segundos, hasta que él giró la cabeza levemente alejándose de sus ojos y oyó cómo la olía, despacio, en profundas inhalaciones, manteniéndose a menos de una pulgada de su piel, rozando tan solo con su nariz los rizos que le caían a los lados de la cara. El hombre se movió

lento hasta hacerle sentir su aliento en el lóbulo de la oreja.

Ella estaba empezando a agitarse en un temblor incontrolable mientras comenzó a fluir por el total de los poros de la piel; su mente consciente envió órdenes que el cuerpo se negó a reconocer. Estaba sudando por el miedo que la atenazaba y se estaba derritiendo por la respuesta de su caprichoso cuerpo a ese descarado contacto; y era consciente de que si seguía tan cerca él lo iba a notar.

—¿Qué crees que estás haciendo? —acabó por fin de articular—. Debí suponer que la carta no era de Macarena. ¡Quita! —Y aunque no se movió, consiguió que él volviera a mirar

sus ojos en tanto ella intentaba recuperar el pulso.

—Te huelo, ¿sabes?, puedo olerte. Estás madura y deseando todo lo que yo voy a darte. Puedes negar cuanto quieras cómo te sientes, porque yo conozco la verdad.

El hombre colocó su mano derecha en el blanco cuello de la mujer, bajando hasta el borde del vestido con suavidad, mientras que con uno de sus muslos le rozó la unión entre las piernas en un movimiento oscilante.

El súbito descaro la trajo de golpe a la realidad. Sacando fuerzas, ella logró apartarlo lo suficiente como para elevar la rodilla y descargarle un fuerte golpe

en la entrepierna.

—¡Ahora yo puedo oírte, Marcus! — le gritó, empujándolo para liberarse completamente de su presencia.

Aunque pensaba que no era un gesto muy valiente, la muchacha corrió por el jardín, dejándolo doblado sobre sí mismo de dolor mientras gritaba obscenidades.

Luz corrió de regreso a la casa, casi a oscuras. Pero la propiedad era inmensa y se había alejado tanto de la casa principal que nadie la podría oír desde esa distancia, menos aún teniendo en cuenta el alboroto formado por la fiesta.

Cuando llegó al final de la arcada,

atravesó uno de los patios traseros y empezó a notar algo de luz procedente de la casa principal, pero estaba demasiado apartada, por lo que giró hacia la zona de la servidumbre. Tanteó hasta encontrar la escalinata que sabía estaba allí.

Subió lentamente, procurando no errar el paso y arriesgarse a romperse un tobillo; intentando que sus zapatos hicieran el menor ruido. No sabía lo lejos que estaba su perseguidor, pero prefería ocultarse a arriesgarse a pedir una ayuda que puede no llegara.

La casa, una sucesión de barracones alineados que servía de hogar a la multitud de criados de Pradobajo,

parecía desierta. Aunque había iluminación en el exterior, no recordaba haber estado allí jamás; como ama solo se limitaba a enviar a alguien si necesitaba buscar a una persona en particular. El pensamiento de que todo sería diferente si se hubiera molestado en conocer dónde vivían sus empleados, y poder saber adónde la llevaba realmente esa escalera, la hizo renegar de su propio comportamiento. Desechando los pensamientos poco halagüeños, continuó ascendiendo.

Un brazo férreo la rodeó por la cintura obligándola a girarse, y entonces sí abrió la boca y chilló cuanto sus pulmones le permitieron.

—¿Así que realmente no eres la mujer

fría que aparentas?, gritas como cualquier otra muchacha asustada. Pero siento decirte que este no es el momento, tal vez a la salida del baile, si no hubieras intentado aparentar ser valiente hubiera sido una buena ocasión. Ahora nadie puede oírte, estamos a mucha distancia y tu padre ha dado la noche libre a los criados que no tenían que atender a tus invitados.

Luz cerró la boca, puede que más adelante tuviera que utilizar sus cuerdas vocales y el rasgarlas ahora en un grito inútil no le serviría de nada. En silencio miró los ojos de su asaltante. Reconoció la inteligencia en ellos, así como la crueldad; una vez más él había sido más

listo que ella.

—Muy bien, pequeña, no me ha gustado ese rodillazo, pero no te preocupes, solo noté una leve incomodidad que desaparecerá en cuanto abras tus piernas para mí. — Sintió de nuevo su aliento junto a la oreja, ardiente y húmedo, mientras que el brazo se apretaba en sus costillas empezando a dificultarle la respiración —. Tú y yo vamos a entrar en un pequeño nidito de amor que he preparado, y vamos a pasarlo tan bien que volverás a esa fiesta y dirás a todos que has cambiado de novio.

—¡Estás delirando!

—Shhh... ¿Qué piensas que dirá tu padre cuando entres ahí después de

haber retozado conmigo?

—Te matará cuando le diga lo que has hecho.

—No, es un hombre de honor. Ha prometido que me casaré contigo si no lo haces con Alfonso, y él no va a querer una novia mancillada.

—¡Mi padre no me obligará a casarme con mi violador!

—Pero no te voy a violar. ¡Ah, los hombres son tan poco delicados y efusivos cuando aman tan profundamente como yo! Solo tengo que confesar arrepentido que no he podido resistir tus insinuaciones, a nadie le extrañará. Has calentado durante años la entrepierna de la mitad de los jóvenes de ese salón. Tu

suegra te vio hacerlo con Alfonso. Mi enhorabuena, si has conseguido que una mujer le levante el ánimo a alguien como él, debes ser increíble.

—No me voy a casar contigo, yo...

—Tranquila, te gustará; y yo te tendré a ti y tu dinero. No soy tan malo, ¿sabes? Tal vez incluso llegue a quererte un poquito, eres una cosita preciosa. Te sugiero que no pelees y que aceptes tu futuro. Puede que ahora te parezca horroroso, pero estoy decidido. Grita si lo deseas, nadie te oirá. Llora si quieres, no me importa.

Luz abofeteó su mejilla, ahogando un sollozo cuando el golpe le dolió más a ella que a su agresor. No, no vertería ni una lágrima, no rogaría, sabía que era

inútil ante aquel hombre.

Ignorando la mirada asesina que ella le dirigió, Marcus se agachó para tomar el vuelo de su falda levantándolo hasta la cintura de la mujer.

—¿No vas a luchar?

—No, voy a dejar mi fuerza para el instante en que te raje la garganta de lado a lado.

—Bien, mientras esperamos ese momento nos divertiremos juntos. —De un solo tirón desgarró la ropa interior de Luz.

Una súbita oleada de pavor arrasó el cuerpo de la mujer. Había decidido permanecer impasible, no darle ni un minuto de poder, no permitirle el placer

de doblegarla con su superior fuerza física. Pretendía hacerle sentir indiferencia ante su ataque.

Pero no pudo.

El miedo atroz la hizo agitarse contra él, mover sus brazos, golpear y arañar todo lo que alcanzaba mientras gritaba de terror.

—¡Déjame, déjame! Dios, ¡que alguien me ayude!

—Dios no te escucha en este momento, solo yo, no malgastes tus fuerzas inútilmente; estate quieta o te dolerá mucho más.

Luz levantó el rostro y, aun cuando él seguía golpeando su estómago para detenerla, una leve alegría pasó como un rayo por ella cuando comprobó que le

había arañado la mejilla y el labio le goteaba sangre por la comisura; al parecer sus esfuerzos no habían sido del todo vanos.

—Bien, así, descansa. No soy un monstruo, no me gusta pegar, prefiero que vengas a mí por propia voluntad.

—¡Estás loco! Me das asco. —Las palabras le salieron atragantadas, mezcladas con las lágrimas de frustración que ella intentaba retener a toda costa.

Lentamente fue recuperando el pulso, sin saber adónde mirar observó su propio vestido, rasgado desde el cuello hasta el ombligo; no recordaba el momento en que había ocurrido, ni cómo

sus pechos habían acabado en las manos del hombre que ahora la tocaba lentamente, como si fuera el mejor amante del mundo.

—Así me gusta, tranquila.

No, no iba a resignarse, pero necesitaba unos segundos para pensar; su cuerpo pequeño no era rival para un hombre de su tamaño.

Como en un sueño, vio cómo una de las manos de Marcus abandonaba su pecho para bajar hasta la cintura de su propio pantalón. Con dedos ágiles, él abrió los botones liberando su miembro. Luz sintió miedo, aquello le haría mucho daño. Sin saber dónde poner los ojos, se quedó mirando cómo sobresalía de la mano que lo apuntaba hacia ella.

Sobreponiéndose al miedo se echó a reír. Al principio no pudo evitar sonar algo forzada, entrecortada por el miedo; pero luego rio histérica, mientras notaba cómo él se tensaba sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Eres patético. —Señalándolo con los dedos, continuó hablando—. Eso es, patético, das pena... veo que no has visto lo que Alfonso tiene para mí. —Pretendió volver a reír, pero la risa cesó cuando comprendió que la jugada no iba a salir bien; él no era tan iluso como para tragarse semejante cuento, y era totalmente consciente de su propio cuerpo.

—No, putita mía, aún no he visto lo

que tiene Alfonso; pero ya tendré tiempo, igual quieres unirte a los dos en ese momento.

Con la paciencia agotada, la giró, haciéndola arrodillarse de espaldas a él. Él jadeaba con fuerza mientras le levantaba la falda sobre los hombros, pero ella se esforzó en mantenerse en silencio. La mujer deseaba insultarle, pero se había quedado sin palabras.

Desgarrando los restos que quedaban de su ropa interior, el hombre apartó la tela hasta dejarla totalmente expuesta, luego le pasó la punta de un dedo desde el principio de la columna hasta los rizos rojizos. Con la mano libre sujetó su cabeza apretando el cuello, obligándola a descender contra las

piedras del suelo.

El aire nocturno le acarició la piel, mientras intentaba escapar de su propio cuerpo, alejándose de la muchacha despreocupada que había sido. Abruptamente, el hombre tras ella le abrió los muslos. Sintió cómo la observaba, supuso que satisfecho con la degradación de su víctima. Pasó sus manos sobre ella una y otra vez. Luego bajó los dedos, internándose lentamente. Luz se sacudió dejando escapar un gemido angustiado; volvió a agitarse intentando apartarlo.

—¡Quieta! —La mano volvió a apretar su cara contra la piedra, lacerando la mejilla sin piedad contra la

rugosidad del suelo—. Tengo algo para ti. —Movi6 su mano, haciendo que de forma involuntaria los fluidos aparecieran. Notando la humedad, Luz intent6 in6tilmente volver a moverse—. No puedes negarme lo que tu cuerpo desea. —Presion6 un poco m6s fuerte uniendo otro dedo al primero—. Me alegro por ti, querida, no quiero hacerte da1o. —Otro gemido entrecortado pareci6 decidirlo a seguir, retirando sus manos se acerc6 para impulsarse dentro de ella con un movimiento brusco de caderas.

Con ambas manos apoyadas en el suelo, Luz resisti6 el dolor lacerante que la atraves6 como una daga. Ancl6 las piernas, soportando c6mo el hombre se

movía sin piedad.

—Muy bien, así..., ¿no has sido tan malo, verdad? Te prometo que la próxima vez no te dolerá.

—No me ha dolido —mintió ella, mordiendo su labio para no chillar—, y no habrá próxima vez.

—Sí ha dolido —le murmuró en el oído, retirando la mano que sujetaba su cuello para apretar una cadera en cada mano—, y sí, habrá otras veces.

Le hizo abrir más las piernas, para continuar empujando con fuerza. El cuerpo de Luz se arqueó, en un intento de seguir su vaivén para minimizar el dolor. El pareció entender que empezaba a colaborar y aulló sobre su

espalda.

—¡Acaba de una vez si no tienes nada mejor para mí, me espera una fiesta! — le interpeló ella.

Con una última embestida, sintió cómo la llenaba con su semen, cayendo agotado sobre su espalda; ella cedió bajo el peso, desmoronándose sobre el duro suelo.

—¡Maldita zorra deslenguada!, has estado a punto de hacer que tenga que volver a empezar. Me gustas. —La mano sudada de Marcus se arrastró sobre la mejilla que no se aplastaba sobre el suelo, haciendo que ella se agitara de asco—. Vamos a ser una pareja muy interesante tú y yo.

Lentamente salió de ella para sentarse

a su lado. Las gotas de sudor le recorrían la cara y el aspecto del hombre, pese a la repugnancia que ella sentía, le pareció el de un joven muy atractivo. Antes de que él pudiera abrocharse el pantalón, Luz se levantó de un salto y, resistiendo el dolor que sentía por todo el cuerpo, corrió como si la persiguiera el mismísimo diablo.

Nunca pensó que había tanta distancia entre la casa principal y la de los criados. Nunca sintió que su cuerpo pesara tanto; y nunca subió unas escaleras más rápido de lo que lo hizo cuando comprendió que él había logrado

entrar antes que ella en el salón de baile atestado de gente.

—¡Señor O'Brien! he hecho algo terrible, yo... —Oyó decir a Marcus.

La música cesó, los bailarines abandonaron la pista para dejarla entrar en la enorme sala. Consciente de ir casi desnuda, apretando precariamente el frontal de su vestido desgarrado, descalza, despeinada y golpeada, atravesó ante la mirada atónita de sus invitados hasta el lugar donde Marcus Dubois, con un aspecto solo levemente mejor que el suyo, hablaba ya con su padre.

No tenía tiempo para mucho, no podía pensar claramente después de lo que había pasado, pero sabía que por nada

del mundo podía permitir que aquel hombre volviera a vencer.

—No, tú no has hecho nada, no podías defenderme —dijo ella, mientras a pasos lentos se acercó a ambos hombres.

La cara de horror de su padre no necesitó de ninguna palabra para ser entendida.

—¿Quién ha sido? —Desde atrás, la voz furiosa de Alfonso le llegó claramente.

—Yo..., no he podido evitarlo — Marcus habló, alejándose algo del airado novio.

—¡Un gitano...! —Las palabras brotaron por sí solas de los labios de

Luz, mucho antes de ser pensadas y asimiladas por su cerebro—. Marcus ha intentado impedirlo, pero no ha podido..., ha sido...

—¿Quién de esos apestosos bárbaros? —Alfonso se acercó hasta tomarla por el brazo—. He visto cómo te miraba el curandero, ¿ha sido él?

—No, él no ha sido. Eran otros tres mucho más bajos, pero no les vi bien las caras, iban cubiertos y...

—¿Te han violado, Luz? —No podía negarlo, si se casaban él lo sabría; sin poder evitarlo, Luz asintió.

—¡Oh, cielos!, qué vergüenza —la voz de doña Mercedes acalló los susurros del resto—. Mancillada por tres gitanos, ¡tres gitanos...! Ya decía yo

que esos viajes al campamento no traerían nada bueno. Se ha paseado delante de todos ellos y a saber qué les ha dicho para que vengan a buscarla hasta aquí. —Tomando el brazo de su hijo lo apartó de ella.

—¡Alfonso, yo no he hecho nada! — No sabría distinguir si era pena, asco o indecisión lo que vio en los ojos de Alfonso mientras era apartado por la mano férrea de su madre.

—Por supuesto, la boda queda anulada, no pretenderá que mi hijo cargue con un bastardo gitano, ¿verdad, Manuel? Todos son testigos de que él se ha portado honorablemente, pero las circunstancias no son las que eran.

—Yo lo haré, yo me casaré con ella.
—Marcus dio un paso al frente, acercándose hasta Luz. En un movimiento ágil, y pese al estado de su cuerpo, ella se apartó, agarrándose al brazo de su padre.

—¡Juro que solo me casaré con el hombre que mate a quien me ha hecho esto! —Antes de que la última palabra saliera de su boca, Luz se arrepintió; lamentablemente, sus palabras no fueron entendidas más que por el hombre al que estaban dirigidas.

—Hecho entonces, ¿quién me acompañará a ese campamento a vengar a una de nuestras mujeres? —Marcus gritó en la última pregunta.

Las palabras de horror de Luz no fueron oídas bajo las exclamaciones de venganza que salieron de las gargantas de los hombres y mujeres presentes en el salón.

—¡Vayamos a matar a esos criminales!

—¡Echémoslos de nuestras tierras!

—¡Muerte a los gitanos!

—¡Un momento! ¡Esperen! No pueden atacar el campamento, no estamos seguros que hayan sido hombres del pueblo. —Los gritos desesperados de Manuel apenas fueron oídos por la turba que empezó a salir de su propiedad.

Poco a poco el salón quedó desierto. Ni siquiera sus propios criados habían

desoído la llamada a la batalla. Era tan profundo, tan arraigado el miedo y el odio visceral a los gitanos que nadie se planteó otra forma de arreglar sus diferencias.

Agotado, Manuel se apoyó sobre una de las mesas cargada con las viandas que casi no habían sido tocadas.

—¿Qué has hecho, hija? ¿Qué has hecho, Luz Bella? —habló sin mirarla a la cara, meciendo sus cabellos rojizos.

—Liberar una legión de demonios, padre. Tal como siempre predijiste que haría.

—Va a ser una carnicería. — Irguiéndose se apartó de la mujer, que seguía aferrando los lados rasgados de su vestido—. Tengo que avisarlos antes

de que sea tarde. No salgas del cortijo, hablaremos cuando todo se tranquilice. Entonces me dirás qué es lo que ha pasado realmente.

Luego desapareció en dirección a los establos.

*Cortijo de Pradobajo, mayo de 1864
(hoy)*

—Tengo que ir a la ciudad. — Dolores está en el zaguán, sentada sobre su mecedora preferida, leyendo un interesante tratado de historia de España escrito por el padre Juan de Mariana, que ha encontrado en el despacho de

Luz.

Con reticencia, despega los ojos del tomo para observar a su abuela en la entrada. Ella ha permanecido silenciosa, esperando claramente su atención.

—¿Quieres venir? —insiste de nuevo

Luz.

—Me gustaría acercarme al Ateneo, si vas a estar el tiempo suficiente. Pero si lo que pretendes es ir de compras no me interesa tu invitación; aún tengo más de veinte vestidos sin estrenar, y me temo que aquí en el cortijo no tendré demasiadas ocasiones.

—El que no tengamos invitados no es una excusa para que no cuides tu vestuario. Ya sabes que no me agrada verte vestir como una criada, Dolores.

—Siento defraudarte en ese sentido, pero me molesta tener montones de tela bajo las posaderas cuando leo, o sudar como un jornalero cuando puedo estar más fresca con algo simple y cómodo.

—Tal vez deberíamos abandonar las intenciones de buscarte un esposo entre los caballeros de Sanlúcar y centrar nuestras atenciones en algún patriarca gitano, posiblemente toleraría mejor tu falta de decoro y tus ropas.

—Tal vez, quizás sea buena idea. Solo tengo que hacer lo contrario que has hecho tú con Isaac, vestir yo misma como una gitana en lugar de hacer que mi gitano vista como un caballero.

—¡Descarada! —exclama Luz con

una semisonrisa—. Me marchó en media hora, pero no pienso ir con alguien tan mal vestido, ve a cambiarte.

—¿A qué vas a la ciudad si no tienes intenciones de comprar? —Están sentadas una frente a otra en la pequeña calesa descubierta. Dolores ajusta las amplias faldas del elegante vestido de paseo, esperando la respuesta de su abuela.

—Soy una mujer de negocios, Dolores. Me dedico a muchas cosas además de a comprar chucherías, ocupación en la que confieso gasto bastante tiempo. Pero comprenderás que todo ese dinero que derrocho viene de

algún lugar.

—¿Entonces no tienes una máquina que convierte el plomo en oro, como dicen tus empleados?

—No, solo una montaña repleta de tesoros. —Ambas ríen alegremente unos segundos antes de que Luz continúe hablando—. El juez me ha mandado llamar. Han detenido a un hombre del grupo de Cayetano el Negro; piensan que puede ser su hermano, Josuel, y necesitan a alguien que lo identifique.

—¿Y tú eres esa persona? No sabía que conocieras a ese grupo de asesinos.

—No debes aventurarte en tus conclusiones, Dolores. A veces las personas no nacen malvadas, solo son

arrastradas hacia el infierno por las circunstancias.

—He visto cómo actúan esos hombres, Luz. Y no creo que ninguna circunstancia justifique esa crueldad. — Dolores tiembla al hablar, recordando el asesinato de la mujer de la caravana y de todos sus compañeros.

—No estoy justificando a esos hombres. Cayetano el Negro es un loco sanguinario que no sabe adónde dirigir su odio y se dedica simplemente a esparcirlo, alcanzando a todo aquel que tiene a su alrededor, incluida su propia familia.

—Yo lo he visto en acción. Montado a caballo, limitándose a ordenar mientras sus secuaces hacían el trabajo

sucio. Pero su aspecto, salvo por esas siniestras marcas dibujadas sobre su cabeza rapada, no es diferente al de cualquier otro gitano de cierta edad.

—Son precisamente sus tatuajes los que lo hacen distinto. Dicen que representan los nombres de todos sus parientes y amigos muertos.

—Todos tenemos muertos en nuestro pasado y no por eso asesinamos, violamos y saqueamos.

—Quizás sus muertos sean diferentes.
—Luz desvía su atención al embarcadero, donde la barcaza que cruza el Guadalquivir hasta Sanlúcar los espera—. Ya hemos llegado al muelle. Luis, cuando crucemos, para junto a la

Plaza del Mercado, deseo comprar frutas y pescados frescos.

Dolores no protesta; su abuela le ha dejado claro que la conversación ha terminado y, cuando eso sucede, es consciente de que nadie la haría cambiar de opinión. El grueso capataz detiene el carruaje y las ayuda a bajar.

Alrededores de las marismas de Doñana, campamento del pueblo, septiembre de 1828 (unos 35 años antes)

Luz había llegado al campamento gitano, a lo que quedaba de él, tan pronto como su caballo se lo había

permitido. Las luces aún anaranjadas de los rescoldos habían guiado su camino la última media legua. Empezaba a amanecer y un leve viento le acercó el olor de la muerte. Sabía lo que iba a encontrar, desgraciadamente no albergaba ninguna duda, y ese conocimiento le apretaba en el estómago.

Los gitanos habían abandonado sus chozas, en su mayoría arrasadas, y se habían marchado en los pocos carromatos que no habían sido quemados; habían desaparecido de ese lugar donde habían vivido durante décadas. Los gritos de los hombres moribundos debieron de haberse oído

hasta hacía pocas horas, pero, como la noche, como el viento, habían pasado por ese lugar solo por un tiempo para desaparecer luego en el recuerdo.

Se concentró en no mirar a su alrededor, aunque no pudo evitar sentir el aleteo de los buitres que la sobrevolaban. Enfrentó su caballo para apartarlos de los restos de lo que un día fuera un hombre, ahora tumbado grotescamente como una marioneta de trapo, cubierto de sangre y hollín; tan destrozado que no sabría decir su edad ni su origen, ¿gitano?, ¿payo?

Desistió de su inútil batalla por apartar a los carroñeros cuando empezaron a descender en docenas sobre su festín. Aunque se resistió,

volvió a lanzar la vista hacia el desgraciado. Calzaba unas botas que le indicaron, tal como había imaginado, que solo habían quedado los cuerpos de los payos. Los gitanos, inmensamente respetuosos con los suyos, se habían marchado llevándose a sus hijos, ancianos, heridos y muertos.

Bajó del caballo, la falda le estorbaba para andar entre el cúmulo de escombros, así que la recogió sobre su cintura para recorrer palmo a palmo los restos.

¿Había sido ella?, ¿era realmente la culpable de la desolación que la rodeaba? —¡Dios santo, perdóname!, porque yo no seré capaz de hacerlo —

pensó.

—¡Padre!, ¡Padre! Manuel O'Brien, ¿dónde estás papá? —Nadie respondió, solo se oía el crepitar del fuego que se extinguía, los ruidos provocados por las peleas entre los buitres y el graznido de algún cuervo que luchaba por un trozo de piel—. ¡Padre! —Sintió que las lágrimas empañaban su mirada mientras se dirigía al sendero que llevaba a la sierra.

Vio la figura, dibujada entre la niebla de humo, recortándose y volviéndose nítida a medida que se aproximaba: su curandero. Él no aguardó a que ella se aproximara y se giró para encarar el camino ascendente.

Luz volvió para tomar las riendas del

caballo y, montando con dificultad, lo siguió.

Poco menos de veinte minutos después debió desmontar y seguir a pie, hasta que el animal se negó a subir y no tuvo más remedio que abandonarlo, atado entre unos arbustos.

Tardó más de una hora en ascender las escasas cuatrocientas varas que la separaban de la cueva. Él la esperaba en la entrada; su piel ya no era hermosa, surcada por cientos de arañazos que empezaban a tomar una coloración amarronada. Señales de la batalla que había vivido hacía unas horas. Sus ojos

también habían perdido parte del lustre de la juventud. La muchacha sospechó que su aspecto debía ser muy parecido cuando no apartó los ojos de ella.

—No has tardado mucho en llegar, Luz. —La voz ronca, que tanto la había cautivado, era ahora mucho más oscura —. ¿Qué es lo que buscas?

—¿Dónde está mi padre?

—¿Tu padre?, ¿y quién es tu padre?

—No seas absurdo, Kore, sabes perfectamente quién es mi padre, el señor de Pradobajo.

—Aquí ya no hay señores, Luz. En la tierra del hombre, en la tierra del pueblo no conocemos a tus señores, ya no.

—Busco a Manuel O'Brien.

—En ese caso sígueme.

Lo acompañó, aún extrañada y enfadada por su extraña actuación, pero calló, porque su principal cometido en ese momento era encontrar a su padre y llevarlo de vuelta a casa.

Lo siguió al interior de la cueva, hasta que se paró frente a dos camastros sobre los que descansaban los cuerpos de sendos hombres. Distinguió perfectamente la cabeza pelirroja de su padre y avanzó hacia él. El gitano la paró a un par de pasos, colocando una mano sobre el hombro de la muchacha.

—Intentó detenerlos, pero una bala se ha cruzado en su camino; le ha perforado un pulmón y no puedo detener la hemorragia. Lo siento, tardará un par de

días pero morirá; aún está consciente, puedes hablar con él y decirle adiós.

Deshaciéndose de su contacto, se apartó, caminando hasta su padre.

Echado boca arriba, el hombre contemplaba lo que lo rodeaba con movimientos caóticos de sus grandes ojos castaños, lo único que se movía con libertad en un cuerpo postrado e inmóvil. El torso desnudo de Manuel, oculto en parte con telas y algún tipo de unguento, subía y descendía lentamente.

—¿Luz?, ¿eres tú? —El silbido de sus pulmones al hablar le confirmó que el diagnóstico del curandero era acertado —. Acércate, no puedo moverme y desde aquí no te veo. —En dos pasos más la mujer se colocó sobre el jergón

— No llores pequeña, no llores.

—¿Me has visto llorar muchas veces, O'Brien?

—Hoy no deberías empezar a hacerlo, hija. Ni todo el llanto del mundo haría que volvieran las almas que han caído hoy. —Las palabras de su padre le laceraron el pecho, apretando si cabe aun más el nudo que llevaba horas oprimiéndolo—. Agáchate. Quiero que me prometas una cosa; hemos dejado que ocurra algo imperdonable, muchas personas han muerto hoy. No debes permitir que esto vuelva a ocurrir.

—No, te lo prometo, no pasará mientras yo viva.

—¡No! —Con un supremo esfuerzo,

atrapó la mano de la muchacha—. ¡No! Una vida es demasiado poco tiempo, no debes permitir que ocurra nunca más, de ningún modo. —La tos le impidió continuar por unos segundos—. Ni en diez vidas, Luz, ni en diez vidas. —La miró mientras caía en un lento sopor.

—Te lo prometo, padre, ni en diez vidas —habló, arrodillándose junto a él para descansar su cabeza sobre la mano abierta del hombre.

Media hora más tarde Manuel volvió a pronunciar su nombre.

—¿Qué necesitas?, ¿agua? — Volviendo a agarrar su muñeca, el hombre la instó a descender, hasta poder colocar los labios sobre su oído.

—Ve a mi despacho. —La voz

silbaba con cada expiración de aire, atravesando la herida sobre el pecho—. ¿Recuerdas el día de tu cumpleaños?, ¿recuerdas lo que te mostré?, ¿la habitación? En el escritorio de palo de rosa, hay una llave que abre la caja tras el cuadro. Busca los planos y el proyecto en su interior, hazlo, ¡hazlo! — Con el último grito volvió a reposar la cabeza sobre el jergón.

Llevaban todo el día encerrados en la montaña; durante la mañana, Kore se ocupó del caballo de Luz conduciéndolo a una zona de pastos y se encargó de que tuviera agua.

El segundo hombre murió esa misma tarde, según le contó Kore en las pocas frases que intercambiaron. Era uno de sus tíos, demasiado herido para viajar.

—¿Cuántos, Kore?

Ella sabía que no necesitaba decir nada más para que él la entendiese. No quería herir aún más a su compañero haciéndole recordar, pero le era preciso conocer la extensión auténtica del error que había cometido.

—Hemos incinerado a diecisiete. Tres eran niños de menos de diez años, cinco mujeres. Mi madre ha marchado con más de treinta heridos, los que podían ser transportados sin perecer, aunque entre los niños había al menos

tres que no pasarán de la primera noche. Ella los cuidará, su padre era el antiguo curandero y nos enseñó a ambos todo lo que sé.

Sentados junto a la pequeña fogata que calentaba la fría cueva, velaban al hombre, que se apagaba lentamente sobre el camastro situado a menos de dos varas.

—Tu familia...

—Mis padres están a salvo, mi madre tiene una pierna herida pero solo le quedará una cojera, no le impedirá atender a los heridos con ayuda de Carmen. A ella la he podido proteger y no ha sufrido daño, pero ante mí mataron a dos de mis sobrinos mayores y a mi hermano. Mis dos primos han perdido a

sus mujeres e hijos.

—Volveré a Sanlúcar, haré que detengan a los responsables, yo...

—Olvídalo, Luz —habló el hombre con calma—. Mi pueblo nunca ha sido nada para los españoles; no existimos, se limitan a ignorar nuestra presencia o a mirar hacia otro lado cuando pasamos. Lo cierto es que es lo que queremos, lo que hemos buscado durante cientos de años, simplemente que nos dejen vivir, habitar la tierra que nos ha visto nacer y que nos olviden. Deja las cosas como están, ninguno de los asaltantes acudirá a las autoridades, solo un par de ellos perdieron la vida; ellos dirán que sus muertos sufrieron algún accidente de

caza y los enterrarán. En cuanto a nuestros caídos, ni los míos ni yo contamos como vivos en ningún lugar, ¿quién nos añoraría estando muertos?

—¿Dónde están todos?

—Escondidos, ¿acaso crees que nos quedaríamos aquí esperando a que volvierais? —La miró fijamente y, en ese momento, ella comprendió que él conocía todo lo que había sucedido.

—Lo sabes, ¿verdad?

—Tu padre habla en su delirio, se pregunta una y otra vez por qué lo has hecho.

En un solo movimiento, Luz se arrojó de rodillas frente al hombre, a una pulgada de él, pero sin llegar a rozarlo. No lloró, solo hundió la cabeza sobre

sus propios muslos, hasta que el suelo áspero le tocó la mejilla.

—¡Perdóname! No lo pensé. ¡Kore! Simplemente lo dije para evitar casarme con un hombre que me había atacado, que me había violado, no creí que ocurriría algo así.

—La línea que mantiene la paz entre nuestras gentes es muy frágil, Luz. No puedo perdonarte por ser tan ignorante y egoísta, no después de lo que ha pasado. Tampoco voy a dejar que tú te perdones, vas a cumplir la promesa que le has hecho a tu padre, yo me encargaré de ello.

El curandero permaneció rígido, aunque los dedos le quemaban por el

deseo de tocar los rizos rojos, que estaban tan solo a una pulgada de sus yemas.

—¡No! —Irguiéndose de nuevo, la muchacha lo enfrentó con renovada fuerza—. Esa es mi tarea y no voy a dejar que nadie lo haga por mí; mi promesa es mía, también mi error, mi responsabilidad, mi pecado y mi penitencia. No necesito que nadie me empuje para pagar por ello.

Lentamente el hombre se levantó, para alejarse hacia la entrada. Aunque lo deseaba con toda su alma, no dio ni un paso para consolarla. No lo daría ese día, ni tampoco en los próximos años.

—¿Te hirió, Luz?, ¿necesitas que te atienda? —habló desde la distancia,

mirando hacia el exterior, procurando apartar cualquier signo de emoción en sus palabras.

—Solo donde ningún curandero podría sanarme. —Tocando el vuelo de su falda, la muchacha recordó los restos de sangre sobre sus muslos, los arañazos en pantorrillas y antebrazos, el dolor sobre la mejilla lacerada. No había pensado siquiera en limpiarse cuando se cambió a toda prisa el destrozado traje de fiesta, para salir a buscar a su padre —. El resto no es más que sangre reseca que acabará por curar y desprenderse.

—Conozco formas de evitar las consecuencias, si es que las hay.

—Espero que no, pero si es así nada

va a cambiar, no voy a dejar que ningún hombre me toque en mucho tiempo, Kore; ni siquiera tú; ni para sacar de mi cuerpo algo que no debería estar ahí.

—Sea entonces tu voluntad, aquí estaré cuando me necesites.

—No, no me voy a engañar con algo que no puede ser. No estarás para lo que deseo de ti ni cuando realmente te necesite. Cumplirás con tu deber como yo aprenderé a hacerlo con el mío, pero viviré sabiendo que puedo contar contigo para todo lo demás. Gracias.

Seguía arrodillada junto al jergón minutos después de que su padre hubiera expirado.

—No hay nada que hacer, ha muerto.

La voz levemente acentuada del hombre atravesó el oído de Luz. Sabía que él tenía razón y que ese momento marcaba el final de una época y el principio de algo que ni ella misma sabía adónde la llevaría. Perdidas sus ilusiones, su juventud y al hombre que era su única familia, la joven se aferró a la mano inerte, como si el no soltarla hiciera su presencia en la tierra más real.

—Llévame con tu pueblo, quiero hablarles, les debo una disculpa y la promesa de un futuro.

—Sabes que no serás bien recibida.

Lentamente, Luz soltó la mano fría de

Manuel para posar su palma sobre el pecho tremendamente caliente del joven.

—No, no espero música y aplausos, solo que oigan lo que he de decirles.

—Muy bien, he preparado una pira para él junto al río. Puedo rezar por su alma cristiana, los vuestros se han encargado de enseñarme bien el rito; pero no esperes de mí un enterramiento, nuestras verdaderas creencias no lo permiten.

—¿De dónde habéis salido tú y los tuyos, Kore? Y no intentes hacerme creer que no sois más que un clan de gitanos corriente, no como los que andan por los caminos. ¿Me lo contarás algún día? —La muchacha contempló el rostro serio de su compañero unos segundos,

antes de suspirar derrotada—. Quizás los papeles de mi padre me ayuden a entenderos mejor. Si no, espero que el tiempo lo haga. Aunque también es posible que tú y yo nunca hablemos el mismo idioma. La pira estará bien. Gracias de nuevo.

Alrededores de Doñana; a tres días de camino del antiguo campamento gitano, septiembre de 1828 (unos 35 años antes)

La tormenta se alejaba, una tormenta seca de nuevo, sin permitirles recuperarse del camino y la batalla,

ahogándolos más en el sufrimiento y la desesperanza, agotando las minadas fuerzas de los heridos. Si no encontraban agua suficiente, muchos más morirían por enfermedades debidas a la falta de higiene en heridas que en principio eran leves.

La curandera oteó el cielo encapotado; el viento y los años junto a sus mayores le volvieron a susurrar que esa noche tampoco llegaría la preciada lluvia. Llevaban una semana escondidos en las vegas de las marismas, y el campamento que ahora ocupaban no podría mantenerlos mucho más tiempo; necesitaban agua no salada y encontrar otra fuente de comida que no fueran los escasos conejos y la menguante

provisión de carne seca, que habían llevado en su huida.

Sabía que aún les perseguían, pero volver a su antiguo campamento era un suicidio, allí habían quedado varios cuerpos de hombres de Sanlúcar; hombres con padres, hijos y parientes que clamarían más venganza en un círculo interminable de dolor. Ni siquiera el ulular del búho la trajo de vuelta de sus pensamientos, nada hasta que el hombre apartó la pesada manta que cerraba la entrada al carromato y se colocó en silencio tras ella.

—¡Míralos!, no puedo oír sus voces desde aquí, pero me llega su rabia — dijo ella.

La mujer no se giró hacia el patriarca, permaneció erguida frente a su marido mientras le hablaba. Desde su mayor altura, observaron a los hombres jóvenes al pie de la pequeña colina. Conocían qué era lo que discutían entre ellos, la pareja era consciente de que aquellos hombres solo necesitaban ponerse de acuerdo en cuándo y cómo, pero no tenían duda de dónde irían y qué harían cuando llegaran allí: obtener venganza, matar.

Apartado de los otros, arrodillado junto al barranco, el grito desgarrador de Cayetano llegó a sus oídos en un crescendo lento que acabó con un quejido de dolor. Sus hermanos

abandonaron la discusión para secundarle con sus propios rugidos de sufrimiento.

La sanadora se estremeció. Los hombres siguieron aullando al viento cada uno de los nombres de las almas perdidas, todos los asesinados durante la lucha; nombres que atravesaban el aire seco del atardecer en una letanía que clamaba venganza. Unos gritos que presagiaban el inicio de otra batalla, una más en la guerra que tanto le había costado ya a su pueblo. Una guerra que había sido perdida en el mismo instante en que los primeros invasores pisaron el suelo de la península.

—No tendrán paz hasta que tomen vida por vida, sangre por sangre. —El

patriarca tomó a su esposa por los hombros, apretando sin querer la piel bajo sus dedos mientras hablaba. Como a ellos, la rabia también le corroía las entrañas, el deseo de tomar las armas y cabalgar hasta acabar con los asesinos; sin embargo, con un movimiento de cabeza apartó esos pensamientos suicidas—. No podemos permitirlo, si dejamos que la venganza vuelva a tomar nuestras mentes no habrá hijos a quienes dejar nuestra historia, nuestra cultura, ni nuestra sangre. El pueblo desaparecerá y nuestros asesinos habrán conseguido su objetivo. No pueden verlo en este momento, su juventud y el dolor les ciegan, pero nos enfrentamos a un

enemigo invencible, inmortal, eterno. Mataremos a diez y vendrán cien detrás. Ganar una batalla no es una opción para quien ya ha perdido la guerra.

—Tienes que hablar con ellos —rogó ella—. Ya he oído decir a algunos jóvenes que van a reunir armas y salir para acabar con los asesinos. Es un suicidio, morirán si los alcanzan, o no los encontrarán, y temo que cuando lo comprendan paguen su ira con gentes inocentes.

La noche pasó, otra noche de dolor y rabia. Cayetano deshizo el nudo que mantenía sus piernas cruzadas desde hacía horas; el dolor en las

articulaciones era un bálsamo que le recordaba que él aún seguía vivo. Él y los hombres que habían acabado con la vida de su mujer y su hija de dos años; esos hombres que habían permitido que él lo contemplara todo, mientras era agarrado por brazos y piernas. Los mismos que luego le habían dejado vivir para recordar eternamente la vergüenza de no haberlas salvado.

Sacó el cuchillo de la funda que le colgaba en la cintura. Una hoja afilada y pulida por la mano de su mujer muerta. De pie, ante la inmensidad del amanecer, elevó los brazos para cortar, uno a uno, cada mechón de su cabello oscuro. El viento fue apartándolos de su

lado a medida que caían arrastrándolos por las arenas doradas. Cuando el pelo no era más que un amasijo de hebras desiguales, utilizó el mismo cuchillo para rasurarlo, hasta hacer que la piel de su cabeza comenzara a sangrar en miles de sitios. Ni siquiera entonces el dolor lo hizo pestañear.

Pronto, muy pronto saldría de caza; diez, cien, mil hombres por cada miembro del pueblo muerto, por cada gota de sangre vertida.

Localizar el nuevo campamento no le fue difícil a Kore. Su padre se había encargado de dejarle pistas ocultas a lo largo del camino; señales que solo el

ojo del hombre era capaz de distinguir.

Luz cabalgó en silencio tras él durante día y medio; pararon solo para comer y dormir un par de horas antes de volver a montar en sus animales. Casi no hablaron, no por rencor, sino porque no había nada más que decirse.

Durante el trayecto la voluntad de Luz se fue forjando, el dolor absorbiendo, el rencor hacia su verdugo creciendo. No precisaba pensar en un futuro que no le importaba más que para cumplir los deseos de su padre y su propia venganza. Necesitaría tiempo, pero para ello tendría toda una vida; paciencia, aprendería a buscarla; inteligencia, usaría la que había desperdiciado

durante tantos años; y mucho odio.

No, no necesitaría odio, pensó, el odio le sobraba.

Al mediodía de la segunda jornada los carromatos aparecieron en el horizonte. Ya desde esa distancia distinguieron los restos de la batalla en las maderas astilladas y las esteras desgarradas de los carromatos, los heridos tumbados a la sombra de los escasos arbustos y el lastimero llanto de un niño.

De cerca, el paisaje fue aún más desolador; no llegaron chiquillos corriendo a darles la bienvenida, ninguna mujer les acercó agua a los viajeros.

—Espera aquí, Luz. Debo hablar con

ellos antes de que te vean. No puedo protegerte si deciden descargar su ira en ti.

Descabalgando, Kore se aproximó a los suyos, dejando a Luz con ambos caballos a veinte varas de los carromatos más cercanos. La primera en aparecer fue una mujer embarazada de más de cuarenta años. El hombre la reconoció, era la hermana menor de su propia madre.

—¿Te atreves a traerla a nosotros? — Los gritos llegaron a Luz. Conocía lo suficiente del idioma para entenderla con claridad—. La Roja es la muerte. La Roja, ya lo decía mi padre, y el padre de su padre, ese color solo trae desgracia.

¡Deshazte de ella, Kore! ¿A qué estás esperando? No debimos dejar que pisara el campamento, ¡mira su pelo! es el color de la ira, el fuego que ha arrasado nuestro pueblo y ha quemado los cuerpos de nuestros hijos y maridos. ¡Mis dos hijos!, muertos, mi marido moribundo en ese carro, y ¿aun así te atreves a traerla de nuevo a nosotros? —En una carrera la mujer se plantó frente al caballo de Luz sin que el hombre alcanzara a detenerla, pese a su enorme vientre de más de seis meses de gestación.

—¡Acaba conmigo, mujer! —La voz de Luz, en perfecto dialecto caló la detuvo en seco—. Haz lo que mi mano no se atreve a hacer. —De un solo salto

bajó del caballo—. Dale el cuchillo, Kore, deja que me libere.

—¿Estás loca? —El brazo de Kore sujetó los hombros de la gitana, y con cierta sorpresa comprobó que esta ya no forcejeaba, sino que miraba asombrada a la mujer que de pronto hablaba su propia lengua y se ofrecía libremente para acallar su rabia.

—¿Por qué has vuelto, Roja? —El jefe gitano se acercó mientras hablaba.

—Tengo mucho que pagar, Joshua, y he venido a saldar la deuda.

—¿Crees que lo harás si dejas que esta mujer te asesine?

—Si es lo que necesitáis, me parecerá un trato correcto. Si no, podéis escuchar

lo que he venido a decir.

Parada ante el patriarca, Luz comprendió que su aspecto nada tenía que ver con el de la mujer que había sido. El traje estaba desgarrado en varios sitios, el cabello enredado le caía hasta la cintura y, sobre su tez, el dolor de los últimos días debía dibujarle en el rostro surcos inconfundibles.

—Pasa Roja, mi hogar ya no es lo que era, aunque ninguno realmente lo seamos ya, ni creo que volvamos a serlo jamás; pero está a la sombra y podemos sentarnos mientras te ofrezco carne seca y un sorbo de agua limpia.

Luz siguió al hombre hasta un carromato colocado en una pequeña loma. En el interior, la que supuso era la

madre de Kore atendía a un niño de no más de cuatro años sobre un camastro. Cuando ellos entraron, la mujer se marchó discretamente.

—Habla, Roja, te escucho. —Joshua le indicó un trozo de piel de oveja sobre el suelo, mientras él y su hijo se sentaban frente a ella.

—No podéis regresar —dijo ella cuando todos se hubieron acomodado.

—Ya conozco esa verdad, mujer. ¿Hay algo nuevo que puedas decir?

—Mi padre me dio unas indicaciones antes de morir. Sé que era un hombre previsor, y sé que había temido que las cosas pudieran llegar a este punto. ¿Te habló de algún otro lugar donde

podríais establecer el campamento?

—Eres una mujer valiosa, Roja. Tu razonamiento es cierto. Los últimos dos años don Manuel estaba nervioso, el clima de inseguridad política y los acontecimientos producidos en otras ciudades con los grupos gitanos lo tenían preocupado; creía que tus gentes volverían su ira contra nosotros. Pensó en otro lugar, donde nadie pudiera volver a acabar con nuestra tranquilidad. ¿Qué te dijo mi amigo antes de morir?

—Me indicó un lugar donde estaríais a salvo y habló de unos planos y unos papeles que me aclararían sus deseos. He de volver a Pradobajo, todo está allí. Tendré que buscar ayuda, supongo que

no puedo hacerlo todo yo sola, y ninguno de vosotros estará a salvo hasta que los ánimos se calmen en Sanlúcar, y eso puede ser mucho tiempo.

—No tenemos tiempo, el agua es escasa, hemos perdido nuestro ganado y grano, y aquí no hay caza para todos. —Joshua miró a su hijo—. Hay que buscar un río y bosques con caza.

—Conozco el lugar —lo interrumpió Luz—. Nadie os encontrará, pero solo unos pocos deberán conocer la forma de salir. Mi padre me llevó allí hace un par de años, no creo que nadie sepa de su existencia y así debe continuar; tenéis que prometer que nadie contará nada de lo que vea durante el trayecto. Esto es

muy importante, mi padre lo tenía muy claro y el padre de su padre; si algo de lo que veréis en el camino trasciende, lo que estamos a punto de construir no tendría ningún valor para los españoles, ¿me comprendes?

—El pueblo es gente de palabra, Roja. Yo te doy la mía y me ocuparé de que lo hagan cada uno de los míos.

—De acuerdo entonces, preparaos; solo podréis llevar los animales más jóvenes y los carros más pequeños, el acceso es difícil, y habrá que desmontarlos en algunas zonas. Nos marcharemos lo más pronto posible.

El alboroto que llegaba desde el exterior hizo silenciar a la muchacha.

—¡Joshua!, sal cuanto antes. —La

mujer del patriarca volvió a entrar y lo que Luz vio en su rostro no presagiaba nada bueno—. Es Cayetano y sus hermanos; han formado un grupo con los hombres jóvenes que han perdido a casi todos los suyos, quieren volver a pelear. —Todos se levantaron con rapidez y, antes de que Kore pudiera evitarlo, Luz salió al exterior.

—Tu primo está muy herido, hijo mío, temo que no podré controlarlo. Cubre a la mujer cuando salgamos del carro —el hombre habló, mientras tocaba el brazo de su hijo.

Al salir, el enfrentamiento ya se había

producido. Los supervivientes del campamento que aún se mantenían en pie formaban corro. En el centro, una mano de Cayetano sujetaba el cuello de Luz, levantándola sobre las puntas de los pies mientras la otra extraía una daga de su cinturón. En pocos segundos el filo acarició el abdomen de la muchacha. Kore sabía que nada podría hacer si el otro hombre decidía acabar con ella.

—¡Quieto!, déjala —gruñó.

El corazón acelerado de Luz trató de seguir enviando sangre a su cerebro, privado de oxígeno por la mano férrea del hombre. No podía moverse, si lo intentaba el puñal atravesaría sus entrañas. Sentía las miradas de todos sobre ella; miradas de odio en su

mayoría, aunque entre la multitud acertó a ver algunas de sorpresa, temor e incluso misericordia por la mujer a punto de morir.

—¿Es esta acaso tu mujer, primo?

Girándose hacia el otro hombre, Cayetano apretó aún más su presa, haciendo que Luz casi dejara de tocar el suelo bajo los dedos de sus pies.

—Sí, es mi mujer, ¡suéltala! — contestó Kore, ante el rostro desencajado de los presentes, ante la mirada atónita de Luz y la tristeza reflejada en el rostro de Carmen—. Deja que viva y te juro por todo lo más sagrado que un día te entregaremos al responsable del ataque.

—Entonces hoy vivirá, pero aléjala de mi ira. —De un solo golpe envió a la mujer rodando unos pasos; Luz permaneció encogida sobre sí misma, antes de detenerse y quedar agazapada en el áspero suelo—. Esperaré a que cumplas tu palabra, Kore. Entretanto... ¡Oídmе, hermanos!, ¿volveremos a huir o a escondernos de nuestros atacantes como desde hace miles de años?, ¿no somos conejos!, ¿yo no soy un conejo! Y ninguno de mis hijos volverá a morir como si lo fuera, asesinado por la mano de un invasor. ¿Habéis olvidado de dónde venimos? ¿Quiénes fueron nuestros padres y abuelos? Yo os digo, no, no lo he olvidado y no lo haré. Voy a

luchar, voy a matar y voy a morir de pie. No agazapado y escondido en las marismas. Hoy, hoy es el día, hoy vengaremos a nuestros familiares y hoy el pueblo renacerá —gritó, abriendo los brazos ante los suyos, mientras aún blandía la navaja.

—¡No! —La voz de Joshua era alta sin llegar a gritar—. El pueblo debe seguir viviendo y para ello tendremos que olvidar las afrentas. Han muerto muchos de los nuestros, pero hemos luchado valientemente y nos hemos defendido, incluso matando a algunos antes de escapar. No habrá más disputas.

—¿Y olvidar de nuevo a los que han sido asesinados? ¿A las mujeres

violadas? ¿A los niños heridos? Si es eso lo que el pueblo quiere, entonces este hombre ya no desea pertenecer al pueblo. ¿Quién me seguirá? ¿Quién desea dejar de huir y ocultarse como hicieron nuestros antepasados? ¿Quién me acompañará a morir?

—Yo, y mis hijos, los que han sobrevivido. —Josuel dio un paso, para colocarse junto a su hermano, formando un frente común contra su propio jefe.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Y yo! —Luz perdió la cuenta cuando llegaron a quince los alineados frente a ella.

—Sea como habéis decidido. —

Joshua extrajo lentamente y les arrojó a los pies el cuchillo que portaba en la cintura—. Ahí tienes todo lo que tendrás del pueblo en esta guerra, Cayetano. ¡Marchaos!, matad si así lo deseáis, morid. Pero no lo hagáis en nombre de este pueblo si queréis que siga existiendo.

Noviembre de 1828 (unos 35 años antes)

Kore se acercó a Luz con la intención de ayudarla a descender del caballo por primera vez desde que la conocía. Ella no se lo permitió; descabalgó, haciendo resbalar su cuerpo sobre el costado del

animal.

La mujer se veía exhausta; la última cabalgada había durado siete días bajo un invierno que se acercaba a pasos agigantados. Aunque durante el día el sol era mucho menos sofocante y el descenso de temperaturas era de agradecer, las noches se habían vuelto cada vez más frías, y el viaje de regreso a Pradobajo había minado sus escasas fuerzas. Pero ni una sola palabra de queja, dolor o protesta había salido de sus labios en todo el trayecto. Ni siquiera en ese momento, tras casi dos meses fuera de su casa, permitió que él la tomara del brazo para ayudarla a caminar hasta la entrada del edificio.

Ocho semanas en las que cada día había sido una lucha contra el camino, en un viaje interminable hasta el corazón de Doñana y más allá, hasta atravesar las mismas entrañas de la sierra; un viaje hacia la tierra prometida.

—Ya puedes volver con los tuyos, Kore. —Luz se paró a pocos pasos de las escaleras que conducían al interior de la enorme vivienda—. Puedo acabar yo sola. No dejes que te atrapen mis hombres; supongo que pasará un tiempo hasta que podáis dejaros ver algunos de vosotros. Necesito consultar los planes que tenía mi padre; cuando los conozca, buscaré personas de confianza para enviaros ayuda e informaros de todo. Creo que yo no podré volver a montar

en los próximos siete u ocho meses.

Ningún gesto hizo pensar al hombre que aquella certeza le causara el más mínimo pesar a la muchacha.

—¿Estás segura?

—Tanto como pueda estarlo una mujer que nunca ha pasado por eso. Pero sí, creo que no tengo dudas. —Por un instante, Kore pensó que le enfrentaría por fin la mirada, sin embargo, Luz permaneció observando la puerta cerrada del cortijo—. No te preocupes, este... pequeño contratiempo no cambiará los planes para el futuro, solo los retrasa levemente.

La mujer no se giró hacia su acompañante; erguida, arrojó sobre las

piedras del sendero de entrada los objetos que había llevado consigo y aún conservaba: su sombrero de tela, ahora cuarteado y descolorido; y la capa de su traje de montar. Vestía una falda, cortada más arriba de las rodillas desde hacía días, como única prenda cubriendo sus piernas desnudas; los paños de tela en forma de enaguas, que adornaban los bajos del vestido, habían sido utilizados como vendas para los heridos mucho tiempo atrás.

No hubo despedida, caminó hasta la puerta para apoyarse sobre la madera y golpearla; posando la frente sobre ella descansó, aguardando a que respondieran a su llamada.

Kore montó de nuevo. Con un

movimiento de sus poderosas piernas, instó a su caballo a cabalgar de regreso mientras sujetaba las riendas del animal que había montado Luz. Durante todo el camino de vuelta oró. Rezó tanto sus propias oraciones como las de los hombres que una vez más volvían a ser sus enemigos. Rogó porque protegieran a la mujer que amaba y estaba abandonando cuando ella más lo necesitaba.

Madrid, 10 de abril de 1865 (hoy)

Néstor desciende iracundo las escaleras del hospital. Aquello es

intolerable. Él, que ha soñado con que al menos su media identidad como burgués le permitiría el derecho a opinar, tiembla de rabia ante las noticias que circulan por los pasillos del edificio; noticias muy preocupantes que le hacen pensar de nuevo en un importante retroceso sobre los logros ya alcanzados, más de cincuenta años antes, en la constitución de 1812.

En este caso la pérdida ha comenzado hace unos meses, en octubre, cuando el gobierno del actual presidente Narváez emitió una circular en la que se establecía expresamente, entre otras cuestiones, la prohibición de que desde las universidades se lanzaran, por cualquier medio, opiniones que

defendieran la tolerancia académica y la libertad de cátedra frente al dogmatismo. Néstor no es un docente puramente hablando, sus aportes a la vida universitaria se han limitado a algunas clases prácticas y contadas ponencias magistrales, pero conserva el espíritu universitario y las relaciones y amistad con diferentes profesores y catedráticos, que conoce desde sus días de estudiante en Sevilla.

Las conversaciones de los pasillos se van perdiendo conforme atraviesa la puerta de salida. El débil resplandor amarillento, que a aquellas horas emiten las antorchas de gas, ilumina el camino que le lleva hasta el café Oriental,

haciéndole agudizar la vista para ubicarse entre las calles que comienzan a volverse desiertas. No es común tal silencio en esa parte de la ciudad, pero las noticias que le han llegado en los últimos minutos le hacen sospechar que los sucesos de la noche son responsables en gran parte de la ausencia de caminantes.

Con paso ágil, se dirige al establecimiento donde sabe a ciencia cierta que oirá de primera mano y sin adulterar las noticias reales de lo sucedido. El Oriental es uno de los principales bastiones del pensamiento progresista y liberal, a él acuden tanto doctos en multitud de materias como cierta parte de la población que apenas

sabe leer. Todo el mundo puede oír las lecturas públicas de libros y manifiestos, así como participar en las numerosas tertulias políticas que se producen frente a un café, un puro o un vaso de vino.

Toma la acera del paseo de las Delicias y sube hasta Atocha, buscando la esquina de Preciados donde se encuentra el local. La noche es fría, a pesar de estar en abril, y las calles conservan la humedad de las recientes lluvias, haciendo brillar las baldosas del empedrado. Tarda casi cuarenta minutos en alcanzar su objetivo, y en ningún momento se topa con ningún coche de alquiler, que le hubiera

ahorrado parte de la caminata.

El local bulle, tal como había sospechado, iluminando la esquina en la que se erige, con las luces de su interior refulgiendo a través de las múltiples y amplias cristaleras que adornan su fachada de madera.

—Deberíamos salir de aquí cuanto antes —afirma el primer desconocido con el que se tropieza justo a la entrada—. Los civiles acabarán por aparecer por aquí, no seré yo el que me quede a esperarlos, digan lo que digan esos politiquillos.

—¿Sabes con certeza lo que ha ocurrido? —interroga Néstor, sujetando al hombre por el codo y refrenando su impulso de salir del local. El gesto de

sorpresa es notorio en la cara del extraño, que lo observa algo cohibido por su evidente diferencia de altura y fuerza.

—Yo no sé nada señor, ni siquiera sé leer, trabajo en la trastienda fregando vasos y estaba aquí por esa razón.

—No soy policía, no vengo a acusarte de nada, pero te agradecería que me contaras qué ha ocurrido. Vengo desde el hospital y allí solo han llegado algunas noticias imprecisas.

—Dicen que la guardia civil ha atacado la concentración de estudiantes que se había formado en la Puerta del Sol.

—¿La que estaba convocada para

protestar por el cese de Castelar y la destitución del rector de la universidad?

—Sí señor, el Castelar ese, el fulano que decía que la reina se estaba quedando con el dinero del pueblo español para ella misma. —Sin poder retenerlo un segundo más, el hombre se le escapa haciendo resbalar el grueso tejido del gabán que sujetan los dedos de Néstor—. Y dicen que en la zona se encontraba también una unidad de Infantería y otra de Caballería, casi un millar de hombres armados que han cargado con disparos y bayoneta calada contra los manifestantes. Yo me marchó, señor, pregunte dentro —añade en un gesto final de cortesía, mientras ya tocan sus zapatos los escalones de salida.

O'Brien camina conmovido por la noticia unos pasos, casi sin percatarse del continuo ir y venir de cuerpos de un lado a otro del local, con los que choca mientras avanza. Tiene bastantes conocidos que habían afirmado irían a aquella concentración, él mismo lo hubiera hecho si no hubiera tenido que permanecer en el hospital.

Se trataba de una mera protesta estudiantil frente al abusivo poder central, un abucheo público sin acción violenta por lo ocurrido a Emilio Castelar y Ripoll, conocido detractor del régimen de Isabel II. En represalia por las críticas a la conducta de la reina, que ha vertido en diversos escritos, se le

cesó de su cátedra en la Universidad Central de Madrid. Las noticias son ciertamente cada vez más preocupantes, por unos momentos duda en volver al hospital, si se confirma la noticia habrá muchos heridos que atender. Una carga de caballería sobre la población civil indefensa es sin duda alguna un gesto de soberbia crueldad.

—¡O'Brien! —Néstor tarda unos segundos en identificar el origen y el recuerdo de la voz, que pronuncia su apellido por encima de la algarabía y el descontrol que reina en el lugar.

Varios hombres tropiezan con él, haciéndole casi tambalearse pese a sobresalir por encima de las cabezas de la mayoría; al otro lado de la sala,

identifica sorprendido al hombre que lo llama. Se trata de don Antonio Machado y Núñez, antropólogo, zoólogo y catedrático que conoció durante sus años de estudiante en Sevilla. En unos cuantos pasos atraviesa con dificultad el lugar hasta llegar al caballero delgado, que a su vez lo mira extrañado.

—He pensado por unos instantes que me había equivocado, O'Brien, no hubiera pensado en hallarlo aquí — mientras habla el hombre, de unos cincuenta años y cabello y bigote canosos, se empina sobre los pies intentando alcanzar el hombro de su interlocutor—. Siempre supe que tenía sólidas ideas, aunque no era dado a

meterse en asuntos espinosos, pero nunca le hubiera situado en este café.

—Ya ve profesor, finalmente no he podido abstraerme de la realidad social —contesta Néstor.

Sin necesitar hablarse, ambos hombres caminan al unísono hacia la sala trasera del establecimiento, que parece un lugar menos ruidoso. Néstor observa que el hombre cojea sensiblemente; no le extraña que de nuevo haya caído por algún terraplén en la búsqueda de algún hallazgo que apoyara su fe ciega en las revolucionarias teorías de Darwin. Él mismo cayó preso de las hipótesis de la evolución de las especies tras escuchar los apasionados discursos del hombre

frente a él.

—¡Cielos, qué caos! —acaba hablando el caballero más anciano cuando Néstor cierra la puerta que comunica ambas estancias—. ¿Tiene alguna noticia nueva, O'Brien?

—No, profesor, en realidad esperaba que usted me contara algo. Todos parecen desinformados, y yo el que más.

—Las noticias son cada vez peores, me temo. Habrá oído que lo que se preveía sería una simple concentración pacífica frente a la Puerta del Sol, en protesta por la destitución de Castelar, ha acabado en una carga militar; nuestro estimado ministro de la Gobernación no se ha andado con medias tintas.

—¿Bravo ha ordenado al ejército cargar contra los manifestantes?

—Y contra mujeres y niños indefensos. Me temo que habrá muertos, y sé que han herido incluso a transeúntes que no participaban en la concentración.

—Esto traerá consecuencias —afirma Néstor, sentándose en una de las butacas de la sala. Desde esa posición sabe que el hombre hablará con mayor comodidad, mientras se dirige a él sin tener que elevar el rostro.

—Muchas, me temo. Ahora deberíamos irnos de aquí, si buscan recortar cabezas este es uno de los primeros lugares que caerán.

—Un nido de progresistas liberales,

como suelen llamarlo. —Néstor se levanta del asiento—. Yo iré al hospital, es posible que necesiten todas las manos disponibles.

—Permita que le acompañe, si mi cochero no me defrauda estará esperándome un par de manzanas más al sur, y me gustaría ayudar dentro de mis posibilidades. Aunque hace años que no ejerzo la medicina creo que aún puedo coser más de una brecha.

—Le aseguro que nadie dirá una palabra sobre sus habilidades para el bordado, don Antonio —afirma Néstor ante la sonrisa de Machado.

Quince minutos después, el carruaje

ha recorrido las calles con sorprendente rapidez y permanece detenido frente a las escaleras del hospital, con ambos hombres todavía sentados en su interior.

—¿Y dígame, O'Brien, aún está interesada su exquisita madre en los estudios prehistóricos y zoológicos?

—Por supuesto, ya sabe cómo es cuando se embarca en uno de sus proyectos.

—Bien, porque necesitaré su apoyo.

—Por supuesto, y lo tendrá, tal como nosotros contamos con el suyo para el proyecto de los alrededores de Doñana.

—No sabe cuánto me alegro. Ya pasé magníficas tardes con su madre hablando de mi trabajo en esas

marismas, y soy el primero en conocer el valor que encierran para la vida natural. Al final del verano regresaré a Cádiz, y me gustaría volver a verla, pondremos en marcha el proyecto. Dele recuerdos de mi parte. —Poniéndose en pie, el hombre da fin a la conversación para abrir la puerta del coche y dirigirse a la entrada del edificio, donde ha empezado a congregarse un nutrido grupo de personas—. Creo que tenemos trabajo, doctor.

—Así es, doctor. Y mucho, me temo.

Capítulo 15

María

Sanlúcar, diciembre de 1828 (unos 36 años antes)

—¡Vaya! Aquí está la bella y rica señorita O'Brien. —La voz de Marcus Dubois seguía siendo dulzona, tal como ella la recordaba.

Antes de girarse hacia su agresor, Luz tragó saliva unos instantes, demorándose

en cerrar lentamente la sombrilla que la protegía del suave sol del mediodía de diciembre.

A su lado, Ana tomó su mano con conmoción; la muchacha era la única que conocía la historia completa, ella era el único momento de debilidad que se había permitido su señora durante los últimos meses. Luz sintió cómo se desprendía de su joven y fiel criada todo el odio que debería surgir de su propio corazón, y que ella atajaba de manera tan firme.

—¡Hola, cerdo! —Luz no se agitó; su rostro, esculpido en fina porcelana, permaneció impasible observando al hombre—. Por desgracia, las balas perdidas solo aciertan a los hombres

buenos como mi padre. El demonio cuida bien de los suyos.

—Seguirás siendo la única mujer que adoro mientras me insulta, Luz. ¿Dónde te has metido?, temí que alguno de esos bárbaros te hubiera raptado realmente. Casi tres meses sin volver, siento no haber sido más paciente.

—¡Querido!, ven a ver estos sombreros. —La joven, que salía de la tienda situada junto a ellos, refrenó un gesto de sorpresa cuando vio a la muchacha—. ¡Luz!, Dios mío ¿estás bien?, todos temíamos que podías estar muerta o algo mucho peor. —Mientras se aproximaba a ella, Luz no pudo evitar devolverle la sonrisa a su querida amiga

Macarena Castillo—. Siento lo de tu padre, ya oí que murió en ese desgraciado suceso del campamento. — El rápido movimiento de Macarena evitó que Luz se apartase antes de ser besada en la mejilla—. ¡Tenemos tanto de que hablar!

—¡Señora Dubois! —De la tienda salió una joven cargada con dos sombreros de plumas—. Creo que he encontrado justo lo que desea.

—Un minuto, Luz, ahora salgo. — Totalmente sorprendida, vio cómo Macarena se alejaba, desapareciendo en el interior del local.

—¿No esperarías que te aguardara tanto tiempo, verdad? —La voz de Marcus retumbó en sus oídos segundos

después de que su propia esposa desapareciera en el interior de la tienda. Luego el hombre la siguió, dejando a Luz con sus pensamientos.

—¡Señora Dubois!, ¿qué has hecho Macarena?, ¿qué has hecho?

*Aguastempladas, marzo de 1828
(unos 36 años antes)*

—¡Que esa desvergonzada aparezca en mi propia puerta buscando a mi hijo después de todo lo que ha pasado! — doña Mercedes paseaba arriba y abajo, arrastrando los pesados zapatos sobre la castigada alfombra roja del salón.

—Tranquilízate, solo ha pedido hablar con Alfonso, y él es lo suficiente mayor para entender lo que hay en juego. Además, supongo que no eres tan ilusa como para pensar que si no es ella la que se casa con tu hijo, conociéndolo a fondo como lo conoce, no lo hará nadie, no después de todo lo que corre por ahí.

—Mientras hablaba, don Antonio García permanecía relajado sobre el sofá, con las piernas cruzadas, observando las idas y venidas de su mujer.

—No, no, no sé a qué te refieres. Alfonso es un hombre magnífico, joven, rico y muy atractivo, un gran partido para cualquier muchacha decente.

—No hablo de sus atractivos como

hombre, hablo de sus actitudes como tal y... tú eres perfectamente consciente de lo que digo, tal como lo soy yo. Que no hayamos hablado nunca del tema no significa que no exista, o que seamos ciegos ante él. Si esa muchacha acepta a tu hijo, y rezo para que lo haga, me dará igual quién sea el padre del niño, porque me temo que será el único nieto que conoceré en mi vida.

—¡Por encima de mi cadáver, Antonio! ¿Me oyes? ¡Por...! —Mercedes calló cuando la puerta que daba al salón se abrió de improviso, dejando ver el cuerpo pequeño y visiblemente en estado de gestación de Luz.

—No será necesario, señora, no voy a casarme con nadie, ni su hijo tampoco,

por lo que hemos hablado —aclaró la muchacha, justo antes de volverse para dirigirse a la salida de la vivienda.

Mientras abandonaba el cortijo, bajo los gritos e insultos de la señora García, Luz recordaba el acuerdo al que acababan de llegar Alfonso y ella. Aún sentía las piernas débiles tras haber rechazado la tierna proposición de matrimonio de su amigo. Él estaba dispuesto a reconocer al bebé como su propio hijo, y ella casi había estado tentada de aceptar; pero la promesa hecha ante su fallecido padre la ligaba moralmente. Había jurado no casarse más que con el hombre que acabara con la vida de Marcus y cumpliría su

palabra; esa y todas las demás dadas desde aquella noche. Cuidaría del pueblo y entregaría a Marcus a Cayetano, en su nombre y en el de Kore, aunque lograrlo le llevara toda una vida. A cambio, había logrado arrancar a Alfonso la promesa de que Aguastempladas no pasaría a otras manos que no fueran las del hijo de Luz; de una u otra forma lo conseguirían, bien por matrimonio, si era una niña, o por la compra del terreno por los O'Brien; de esa manera, el secreto que acompañaba a su familia desde hacía setenta años permanecería con ellos y, lo que era infinitamente más importante, el campamento gitano continuaría aislado y a salvo de los ataques, asegurándose

además de que ya no tendrían que depender de la buena disposición futura de los García.

—¡Luz!, espera. —La voz de Alfonso la detuvo antes de bajar los dos últimos escalones. En dos zancadas el hombre se colocó bajo ella, de forma que ambos rostros quedaron a la misma altura.

—Tienes cierta facilidad para superar nuestras diferencias, Alfonso —bromeó Luz.

—No tanto como hubiera deseado, soy tan torpe cuando quiero expresar lo que siento. Piénsalo, Luz, por favor. Por el niño, por ti, por mí. Eres lo que más quiero en este mundo, no sé si puedo perderte.

—No vas a perderme, vivimos muy cerca, quiero que vengas a verme cada vez que tu madre se gire.

—Perdona otra vez por abandonarte en la fiesta. Ese hombre saca lo peor de las personas; cuando se ofreció para casarse contigo entendí lo que había ocurrido y tuve miedo de matarlo con mis propias manos delante de todos. Luego volví a hablar contigo y ya no estabas. Regresé a Pradobajo cada día durante dos meses, casi creí morir cuando llegaron las noticias del asalto al campamento y tú no aparecías, yo...

—Debo irme, tu madre te necesita más que yo en este momento. Pero recuerda, algún día pediré que cumplas

lo que prometiste.

—Y yo lo haré encantado.

—Lo sé, lo sé.

Pradobajo, mayo de 1865 (hoy)

—¿Algún día hablaremos de mi madre? —Dolores termina de preguntar y separa los ojos del volumen que está leyendo, para encontrarse que Luz la mira desde su parapeto de libros.

Suelen pasar mucho tiempo juntas, y sin embargo no hablan demasiado; Luz trabaja en su escritorio mientras ella se dedica a leer o a ocuparse de sus estudios para el Ateneo. El tiempo pasa lento, aunque mucho menos tedioso que

cuando se dedican a tomar el té mirándose en silencio.

—¿Hoy has decidido que quieres investigar a tu progenitora?

—¿Por qué no? Normalmente no cuentas nada, aunque a veces consigo atraparte en momentos de debilidad y poco a poco voy encajando los retazos de mi historia familiar. ¿Será hoy acaso uno de esos días afortunados en los que logro extraerte información? —Aparta el libro, dejándolo sobre el suelo a sus pies, y recoge las piernas, estirándose sobre el diván que ocupa—. ¿Y bien?, ¿qué pasó con ella?

—¿Con tu madre? Yo la maté, Dolores. A ella y a tu verdadero padre.

—Luz se levanta de su escondite tras el cúmulo de papeles, para ocupar el sillón situado frente a Dolores—. ¿Quieres que siga hablando?, ¿o prefieres la felicidad que da la ignorancia?

—¡Habla! —le increpa, enderezándose sobre sí misma; la muchacha respira lento y trata de controlar la tensión que acaba de agarrotar cada uno de sus músculos al oír su sorprendente confesión.

—Yo los maté. No físicamente, la Roja no es tan cruel como dicen, ¿o no has llegado tú misma a esa conclusión tras casi dos años? —Dolores no contesta, aunque ha dejado de apretar la mandíbula, liberando sus dientes del exceso de presión al que los había

sometido segundos antes—. Murió en parte por mi culpa, por no vigilarla y no educarla como hubiera podido, por no haberle dado el maravilloso padre que tú tuviste; siempre es responsabilidad de una madre esa parte. Y lo hicieron ellos mismos cegados por la avaricia, la ambición y la codicia. María lo tenía todo, al menos todo lo que el dinero podía comprar, pero me temo que no le pareció suficiente. Tardé tiempo en comprender que tal vez ella tenía parte de razón. Por favor, escucha.

Luego le ha presentado al hombre que la engendró y a la muchacha hermosa, inteligente, alocada y falsa que fue su madre durante menos de una hora antes

de abandonar este mundo tras darle a luz.

—¿Y por qué acabé siendo la hija de Alfonso García? —pregunta cuando Luz acaba su relato.

—Porque un jabalí se cruzó en el camino de tus padres, para su desgracia y tu fortuna. Siento decírtelo, pero dudo que con Frank hubieras llegado a ser la mitad de lo que eres gracias a tu padre. Pero esa parte de la historia te la contaré en otro momento.

Sanlúcar, mayo de 1844 (unos 21 años antes)

Frank llegó a la península en la

bodega de un barco británico. Su gorra de cuadros, unos pantalones de peto azules con los bolsillos repletos de agujeros, una camisa blanca que había conocido mejores momentos y un par de botas eran sus únicas posesiones, además de una mente ágil, el cuerpo fibroso y de mediana altura de un hombre de veinte años y una orden de búsqueda por robo de caballos en su país, Irlanda.

Tres días tardaron los miembros de la tripulación en descubrir al polizón. Él solo necesitó una pequeña tanda de golpes al embarcar y todo el tiempo del trayecto hasta el puerto de Cádiz, para descender del barco por su propio pie y

bajo el abrazo de un sonriente capitán, que había descubierto en él la personificación de su hijo, muerto hacía solo un par de años. Su madre siempre le había dicho a Frank que sería capaz de vender abrigos en el desierto.

Trabajó duro los primeros meses en todo cuanto pudo encontrar, cambiando de ciudad cada vez que las pequeñas sustracciones, de lo que él denominaba salario de entretenimiento, eran descubiertas.

Quiso el destino, o tal vez el propio demonio, que acabara en Sanlúcar sentado en la acera frente a una casa solariega. A pesar del fuerte viento reinante, que le hacía tragar la tierra procedente de la cercana playa,

aguardaba para ser contratado como mozo de cuadras, cuando aquella joven surgió ante él.

Si tenía algo dentro del pecho, en aquellos momentos se agitó como una locomotora cuando la etérea belleza desplegó su sombrilla y descendió lentamente por los escalones de la entrada principal.

—Ni lo sueñes, muchacho. —El joven, apenas dos años mayor que él y sentado también a la espera de trabajo, codeó su brazo.

—¿Quién es? —interrogó Frank.

—María O'Brien, la hija de la dueña. La Roja te cortará las pelotas si te atreves solo a mirar a su linda pequeña.

Fue, en ese preciso momento, cuando Frank decidió que la virtual posibilidad de perder parte de sus atributos masculinos tal vez mereciera la pena a cambio de la fantástica visión que tenía ante él.

—¡Vamos!, me he cansado de esperar en la puerta a que salga el capataz, quizás necesitemos algo más que una presentación formal —dijo, mientras golpeaba el hombro de su interlocutor y se levantaba caminando directo hacia la muchacha, que aún luchaba intentando evitar que el fuerte viento, procedente del sur, la arrastrara escaleras abajo junto a su sombrilla.

*Cortijo de Pradobajo, mayo de 1866
(hoy, han pasado casi tres años desde
que Dolores vive en Pradobajo)*

Néstor suspira. En momentos como ese se cuestiona hasta su propio nombre. No es fácil ser diferente en todos lados, y lleva años pagando un elevado precio por no acabar de pertenecer a ningún sitio.

Hace tiempo que ha dejado de ser el muchacho atrevido y zarrapastroso que llegó allí atravesando las marismas. Sonríe cuando el recuerdo del viaje, suavizado ahora por el tiempo transcurrido, le llega a la memoria. De

aquella vida, de lo que un día fue, ya no le queda más que una fea cicatriz en el antebrazo y el reflejo involuntario de acariciar la invisible melena, cuando las obligaciones del trabajo le exigen concentrar toda su mente en algún asunto.

Ese es su tercer año en Madrid y se siente envejecido interiormente. Muchas veces se ha preguntado qué habría sucedido si no hubiera robado aquel trozo de papel, el que tanto hizo cambiar su vida. No tiene dudas, seguiría allí, en el pueblo, casado con alguna bella gitana, padre de media docena de chiquillos morenos.

Emancipado de preocupaciones. Libre del destino de decenas de

personas. Sin que el recuerdo de todos aquellos que confiaron en sus manos de cirujano ciegamente para acabar muriendo, sin que él pudiera hacer nada por impedirlo, toque cada noche a la puerta de sus sueños.

Colocándose bajo el retrato de Manuel O'Brien aguarda la llegada de Luz. No se sentará, tampoco caminará nervioso de izquierda a derecha frente a la ventana. Sabe que ella lo hará esperar al menos diez minutos, es su forma de hacer sentir su autoridad. No se dejará manejar; aguardará hierático sobre las altas botas de montar con las manos entrelazadas en la espalda.

Espera.

Finalmente, se vuelve hacia la puerta y observa el conocido par de ojos verdes que lo miran desde abajo.

—Estoy equivocada o... ¿es posible que sigas creciendo a tu edad? —pregunta Luz, elevando la orgullosa barbilla—. Aunque, tal vez soy yo la que mengua, el tiempo pasa demasiado rápido para todo lo que deseo hacer. —Muy a su pesar, Néstor sonríe, y la calidez de la mirada verde le confirma que el esquivo hoyuelo de su mejilla ha vuelto a cautivarla—. ¡Oh, cariño! ¿Cómo es que ninguna arpía se te ha quedado? Las mujeres de ahora deben tener arena en las venas si no se lanzan a por ti como gatas en celo.

—Nadie se atreve a robar lo que es de la Roja, Luz Bella.

—Tienes razón, despellejaría a la primera que se te acercara sin mi permiso a menos de un palmo.

—¿Por qué me has llamado?

—¿Tan feliz eres en esa tierra a la que te desterré que te molesta venir a verme? El famoso cirujano no tiene tiempo para visitar a una anciana.

—No te pega ese adjetivo Luz, tampoco ese sarcasmo. Sabes que no eres una anciana y sabes que si yo no hubiera querido, no me hubiera vuelto a alejar de mi gente. Explícate, Luz Bella, y dime porqué estoy aquí.

—Siéntate, por favor —habla,

señalando la silla frente al escritorio, mientras ella se sitúa al otro lado—. Tenemos problemas, Alfonso...

—¡Cielos!, ese hombre, ¿acaso no es capaz de mantener los pantalones puestos?, ¿qué edad tiene? Debería dedicarse a jugar con sus nietos.

—Tal vez tendrías que hablar con Dolores y proponerle esa idea tuya para mantener a Alfonso ocupado.

—No tienes gracia, Luz Bella, no te regodees en mi desgracia, yo...

—¡Oh! ¿Eres desgraciado, mi amor? ¿Acaso has echado de menos a mi hermosa nieta? Creo recordar que la llamaste gata salvaje y niña mimada. — La sonrisa de Luz, entre divertida y sarcástica, vuelve a hacer que el

hoyuelo reaparezca en la mejilla de su hijo.

—Adoras hacerte la malvada, ¿eh, Luz? ¿Tan profundo has asumido el papel que ya eres incapaz de controlar el personaje que representas? —Néstor se apoya sobre el escritorio que los separa, sonriendo de nuevo.

—¿No te engaño, cierto?, debe ser cosa de familia, Isaac siempre sabe cuándo lo hago. —Ella alarga la mano derecha hasta tomar la del hombre—. La señora Dubois vino a verme.

—¿Cómo está? —Néstor sabe que esa pregunta le duele a su madre, aunque se esfuerce en parecer indiferente.

—Sobrevive. ¡Cielos!, si la hubieras

conocido hace cuarenta años... era tan guapa, alegre. Está enferma, me ha dicho que tiene un bulto en el pecho.

—¿Quieres que la visite?, tal vez pueda hacer algo.

—No, está muy avanzado, le han dado solo unos meses, pero creo que es feliz ahora que sabe que todo acabará; me siento tan responsable. —La mano que lo sujeta, aunque pequeña en comparación con la suya, le aprieta sobre la mesa.

—No puedes cargar con todos sus pecados.

—No sé, me pregunto si quizás yo le hubiera podido moldear, si le hubiera inspirado otro tipo de sentimientos, no era tan malo entonces.

—No te engañes, siempre ha estado podrido; entonces era joven y no había aprendido a hacer un daño profundo, no tenía salvación entonces y no la tendrá nunca. Ese saco de estiércol acabará pagando por todo lo que hizo, nosotros nos ocuparemos de ello. —Luego, el hombre recuerda la visita de la mujer—. ¿Qué te contó ella?

—Hace un mes hubo un suicidio, un muchacho, apenas quince años.

—¡Quince!, ¿quién era?

—Uno de los hijos de Juan Vega, el pequeño, ¿lo recuerdas? El padre era empleado de Aguastempladas, murió en el último asalto de Cayetano el Negro.

—Sí, él y uno de sus hijos, gracias a

ellos pude sacar a Dolores de esa ratonera. ¿Cómo ha ocurrido?

—En Sanlúcar hay un local, van hombres adinerados buscando diversión. Sé que hay chicos que se ofrecen a satisfacer sus fantasías, la mayoría por propia voluntad y son lo suficiente mayores para saber lo que hacen. Pero hay algunos clientes que piden muchachos más jóvenes.

La cara de Néstor se torna mucho más seria bajo las palabras de Luz.

—Dime que Alfonso no ha caído tan bajo como...

—No, no, él no, no es de ese tipo; a él le gustan maduros. Prefiere alguien que lo maneje, y ya supondrás que eso no es fácil para un muchacho, aunque seguro

que babearía por alguien como tú.

—¡Por todos los demonios, Luz! —La sonrisa de Luz le hace agachar la cabeza —. Te gusta provocarme ¿eh?, sigue.

—Marcus no tiene esos escrúpulos, siempre le ha gustado dominar y no desaprovecha ese tipo de oportunidades. Al parecer cada vez es más cruel; el chico no soportó mirarse al espejo al día siguiente y se ahorcó. Por desgracia no es el primero que ha sufrido después de tratar con Marcus y los suyos. Pero ahora nos toca más de cerca. Dubois dice tener algún tipo de correspondencia entre el muchacho y Alfonso; supongo que obligó al chico a escribirla de alguna forma. Alfonso me lo ha contado

todo y afirma que la carta es falsa, que casi no conoce al muchacho; yo le creo. Marcus está chantajeando a Alfonso y quiere que le venda Aguastempladas; ya sabes que lleva años detrás de él para conseguir el cortijo, y no podemos permitirlo. Alfonso tiene una deuda conmigo, pero venderá si no conseguimos recuperar la carta.

—¿Y? —Néstor sabe que ahí es donde él entra en acción. Supone también que no se va a tratar de un simple hurto—. ¿Quieres que entre en su casa a robar el papel?

—¡Claro que no!, ¡acaso crees que lo guarda debajo de la almohada! —Agarra la mano de su hijo aun más fuerte—. Tenemos que acelerar los planes, no hay

tiempo que perder; Cayetano el Negro tiene que conocer el nombre de quien mató a los suyos y tiene que hacerlo ya.

—¿Y piensas mandarle un anónimo?

—Pienso hacer que lo persiga y mate, pero ya te iré contando los detalles.

—¿De qué hablas?

—He localizado un chico gitano que frecuenta el local; aún no parece muy centrado en sus preferencias y se disfraza para aparecer por allí, pues supongo que sus familiares lo abochornarían y reprenderían si descubrieran que anda por la ciudad y su pequeño secreto.

—¿Quieres ofrecerlo como carnaza a Marcus?, ¿qué edad tiene?

—Quince.

—¡Modérate, Luz! No podemos ser tan crueles y salvajes como aquellos a los que combatimos. —Néstor se levanta, apartándose bruscamente de la mesa.

—¿Y por qué no? La crueldad es lo único que me ha hecho fuerte y me ha permitido que llegemos hasta donde estamos hoy. ¿Crees que mi brazo vacilará un solo instante si hay alguna posibilidad de evitar la derrota?

—No siempre el bien final puede justificar cualquier actuación. Me estás hablando de un muchacho de apenas quince años, si algo fallase...

—¿Y todos los que le precedieron?,

¿y el hijo de Juan Vega? Él al menos contará con nuestra protección todo el tiempo, y tiene a su familia, que vengará cualquier leve vejación que pueda sufrir.

—No cuentes conmigo.

—Necesito que seas tú. Alfonso no es de fiar y Marcus debe llegar a conocerlo y convencerse de que el muchacho es dado a ese tipo de favores. A ti no se te ha relacionado con mujeres en los últimos años, y siempre has sido muy discreto, creerá lo que nosotros le hagamos ver.

—Tus palabras no dejan mi hombría demasiado bien. ¿Y si acaba interesándose por mí?

—¡Oh, vaya...! El aguerrido gitano

teme que le toquen el trasero.

—No tiene gracia, Luz.

—Te aseguro que no, y puedes jurar que lo digo con todo el conocimiento posible. —El silencio corta el espacio entre ellos cuando la sombra de lo ocurrido a la propia Luz planea sobre ambos.

—No lo veo claro y no contarás conmigo esta vez. —Con un fuerte giro de piernas, Néstor enfila la puerta.

—Lo haré contigo o sin ti, Adonaí; sabes que lo haré, aunque tu presencia hará que duerma mucho mejor cada noche. ¿No querrás dejar a ese pobre niño al capricho de la Roja, verdad?

Con la mano en el picaporte de la

puerta, Néstor se gira bruscamente antes de salir.

—En cuanto al asunto de Madrid, ¿piensas viajar por ti misma? Creo que escucharían más a una mujer como tú que a alguien con mi aspecto; ya me han dicho más de una vez que con un parche en el ojo sería un perfecto corsario.

—Si te cortaras algo el pelo tal vez los engañarías mejor. ¿Has avanzado algo en ese tema?

—Creo que sería preferible que viajaras hasta allí. Todos me reciben con los brazos abiertos cuando les duele la cabeza, el lumbago o tienen diarrea, pero se cierran en banda cuando les hablo de cesiones, animales, cotos o tierras.

—Necesitamos avanzar, Adonaí, no podemos detenernos después de haber llegado tan lejos. —La mujer camina hasta colocarse junto al hombre—. Gracias a las gestiones de Wellington pude comprar mucho de lo desamortizado a la iglesia, y casi hemos acotado las tierras del norte, pero aún nos queda el terreno del duque de Medinaceli, lo que la duquesa Cayetana cedió a mi abuelo hace años no es suficiente para hacerme sentir tranquila.

—Tuve un encuentro con el doctor Antonio Machado en Madrid.

—¿Le insististe en lo esencial de su ayuda para el proyecto?

—Algo hablamos, pero fue durante la

noche de San Daniel. Como comprenderás, no tuvimos demasiado tiempo para intercambiar opiniones. De cualquier forma, creo que lo tienes lo bastante impresionado como para hacer cualquier cosa que le pidas, Luz Bella.

—No me gusta que se rían de mí, Adonaí, ni siquiera tú, y lo sabes.

—¡Dios me libre de reírme de la poderosa Roja! Jamás se me ocurriría, y tú también lo sabes. No sueles ser modesta, ¿a qué viene ese arranque?, ¿tal vez la dama empieza a perder su seguridad?

—¡Deslenguado! —ataja Luz, alargando la mano para golpear el brazo derecho del hombre—. De acuerdo, entonces tendré que ir yo misma a hablar

con esos hombres de cabezas duras. Necesito tener todo el terreno posible, y necesito que nuestro proyecto se lleve a cabo hasta el final.

—¿Para qué ceder los terrenos una vez conseguidos?

—No lo cederemos todo, nuestra familia seguirá controlando Pradobajo y Aguastempladas, así las entradas principales quedarán bajo el dominio de los O'Brien y la vigilancia del pueblo, pero no puedo acapararlo todo.

—¿Por qué no?

—Porque sería un farol sobre mi cabeza, sobre la cabeza de los O'Brien y finalmente sobre el lugar. Una misma familia no puede poseer tanta tierra sin

ser pasto de las envidias y la avaricia. Cualquier leve cambio en el país o un giro en el gobierno pueden hacer que se expropien terrenos, y no sabemos en qué manos acabarían en ese caso. Mira lo que ha sucedido con la iglesia en varias ocasiones, y permíteme que te recuerde que han manejado los hilos del mundo durante siglos. No, no me arriesgaré. El proyecto es la mejor solución, nadie querrá reclamar esos eriales, que no sirven para nada, si son ya de todos.

—Espero que tengas razón —acaba el hombre, aún con una sombra de duda.

—Bien, ahora márchate, y recuerda lo que necesito que hagas por mí —añade Luz, haciendo que el hombre finalmente tuerza el gesto al recordar el pedido

inicial de la mujer, y al chico de quince años que pretende usar para sus propósitos.

—Me marchó, Luz. Espero tus órdenes.

Luego, con amplias zancadas, se encamina con enfado hacia la salida.

Dolores sube la escalera deprisa, súbitamente avergonzada porque la puedan descubrir espiando; aunque únicamente ha logrado distinguir retazos de una discusión.

Llega a tiempo al primer descansillo antes de que los pasos enérgicos del visitante atraviesen la puerta principal,

dejando un sonoro portazo como despedida. Sin poder contener su curiosidad, trepa hasta su cuarto, desde una de cuyas ventanas puede observar a todo aquel que sale del cortijo.

Se sorprende al ver la espalda de un hombre alto y muy moreno; el pelo negro, peinado pulcramente, aunque levemente largo, refleja tonos añil bajo el potente sol del mediodía. Desde su otero puede contemplar cómo habla con el capataz; a su lado, la figura esbelta y elegante del extraño destaca como un halcón frente a una rolliza perdiz. Luis le entrega las riendas de un caballo tordo gesticulando palabras que no alcanza a oír.

En un afán de investigar mucho más,

abre sutilmente las ventanas, rezando porque las hojas se desplacen suavemente sobre sus bisagras, lentamente, hasta que las voces, amortiguadas por la leve brisa, llegan a ella.

—Ya debería estar acostumbrado a su humor; al menos a usted le deja terminar las frases, doctor.

—¿Frases?: sí, Luz Bella, es lo único que acepta como respuesta. —De un salto monta sobre el inquieto animal, que gira un cuarto de vuelta haciendo que permanezca de frente. Dolores casi está a punto de vislumbrar su rostro, pero finalmente, en un giro brusco, el caballo le vuelve a mostrar la grupa, así

como la espalda del hombre—. Esta vez pide demasiado, no puedo hacerlo.

—Váyase, ya se le pasará, aunque lo siento por los que nos quedamos aquí; rodarán unas cuantas cabezas antes de que logre aplacar su humor. —El capataz mantiene sujetas las riendas.

—De acuerdo, hazme saber lo que ocurre.

Con un saludo, el hombre coloca el sombrero sobre su cabeza mientras espolea el caballo hacia la salida.

Repentinamente sobresaltada, Dolores se oculta tras la cortina cuando la vista de Luis se alza hasta cruzarse con la suya.

*Sanlúcar, septiembre de 1844 (casi
22 años antes)*

María y Frank permanecían de pie. Los fuertes pasos del señor Dubois retumbaron en el pasillo que los separaba de la entrada mientras ellos intercambiaron una mirada de complicidad.

—¿Estás tranquila? —Con la punta de los dedos, el hombre rozó el cuello de la mujer, segundos antes de que las pisadas atravesaran el umbral de la puerta del salón donde se encontraban.

—Sí —respondió ella con voz apenas audible—. No te preocupes, estoy bien.

—¡Buenos días, señores! —La fría

mirada de Marcus los recorrió a ambos unos instantes—. ¿A qué debo tan sorprendente visita? —Entró en la habitación, a la vez que se retiraba el sombrero y los guantes, dejándolos sobre la mesa que presidía la estancia—. Señorita O'Brien, ¿señor...? —Mirando a Frank, enmarcó la ceja derecha en un gesto de interrogación—. Me temo que no nos han presentado adecuadamente, caballero.

—No, me temo que no —dijo Frank después de unos segundos de silencio, durante los cuales ambos hombres se observaron—. Me apellido Moulton, Frank Moulton.

—¿Y qué quiere, señor Moulton?

—Sé que hace años que nuestras

familias están... —intervino María.

—¿Enfrentadas? —Marcus terminó la frase por ella.

—Podría decirse que esa es una palabra algo excesiva —terció Frank.

—Espero que no sean tan obtusos como para acudir a mi casa a echarme en cara antiguos rencores, que ni siquiera tienen que ver con ustedes. En especial con el señor Frank Moulton, aquí presente —los desafió Marcus.

—Hemos venido a ofrecerle un negocio muy interesante, no a vengar viejas afrentas.

—¿Un negocio, señorita O'Brien?, supongo que estará al tanto de que no soy un hombre necesitado de nuevos

negocios.

—Estamos al tanto de que es un hombre que no teme arriesgarse en un negocio lucrativo, y estoy seguro de que no lo hará en cuanto escuche lo que venimos a ofrecerle.

—Disculpe, señor Moulton... ¿En calidad de qué viene usted acompañando a la señorita O'Brien?

—No creo que eso sea de su incumbencia —protestó María de forma airada.

La sonrisa de Marcus le confirmó que ese recato inocente que trataba de mostrar no lo engañaba en ningún momento, y que era plenamente consciente de la relación íntima entre ella y Frank.

—Al contrario, me temo que quizás sea el hombre más interesado en lo que a usted se refiere. —Sonrió, consciente de que ella también sospechaba la verdadera relación de parentesco que los unía, y que esa era en parte la causa de que hubiera acudido precisamente a él.

—¿Tiene intención de seguir jugando con nosotros, señor? Hemos venido a ofrecerle algo exclusivo, algo que si se conociera por el público en general podría desencadenar una nueva guerra en España, pero ya veo que es incapaz de olvidarse de sus prejuicios.

—Disculpe, señorita O'Brien. — Marcus torció el gesto, borrando la

sonrisa de sus labios—. Me esforzaré por olvidar esos prejuicios con respecto a su acompañante. Aun así, me resulta muy extraño que me pida ayuda, a mí precisamente, cuando es obvio que su madre es mucho más rica y poderosa, y dispone de muchos más contactos para afrontar cualquier tipo de empresa de la importancia que están sugiriendo.

—No podemos contar con ella, puesto que precisamente lo que pretendemos puede ir en contra de sus intereses. Espero que sea discreto y no diga una palabra de lo que vamos a contarle. Pronto comprenderá que lo que le ofrecemos será beneficioso para todos nosotros.

—¿Qué será beneficioso?

—Eso es lo que estamos intentando explicarle, señor.

—Muy bien, dispongo de unos minutos. ¿Por qué no se sientan e intentan explicarme de qué diablos están hablando?

—¿Ha oído hablar del tesoro de Tartesos? —anunció entonces María.

—¿Qué? —La mezcla de asombro, incredulidad y decepción curvó los rasgos normalmente agraciados de Marcus.

—Seguro que ha oído hablar de ellos. Una civilización próspera, avanzada y rica, dueña de importantes minas de plata y oro perdida en el olvido durante milenios que...

—Siento comunicarles que mi tiempo es demasiado precioso para perderlo en sandeces de ese tipo —habló Marcus, claramente enfadado, mientras se levantaba del asiento en el que se había reclinado pocos segundos antes—. ¡Claro que he oído esas tonterías! Como he oído hablar de El Dorado, y de todo ese oro que supuestamente corre por los ríos de Alaska, y de los diamantes del tamaño de huevos de gallina de Sudáfrica.

Como un perro que no acierta a encontrar el lugar adecuado donde tumbarse, se paseó de un lado a otro observando a sus inesperados invitados. No acababa de creerse que lo tomaran

por alguien tan estúpido como para quedarse sentado mientras le contaban una sarta de ridículas mentiras que ni siquiera un aldeano analfabeto creería.

Se detuvo frente a su hija, mirándola de arriba abajo. Ella, erguida, le sostuvo la mirada. Ya había oído rumores acerca del carácter de aquella muchacha, ninguno muy halagador para un padre, aunque él no fuera lo que se dice un dechado de virtudes. Pero, intentar timarlo de una forma tan burda insultaba su inteligencia.

—Sabemos cómo llegar a él. —La muchacha habló, con aire de desafío—. Supongo que sabes que si existe es algo que no tiene precio.

—¿Si existe? —Marcus negó con la

cabeza, intentando asimilar el hecho de que ella se atreviera a tutearlo, pues nadie lo hacía a su alrededor, ni siquiera su esposa o sus hijas.

—Te diré más cuando lleguemos a un acuerdo adecuado. Solo necesitas ver algo que te he traído. —María levantó sus faldas hasta la rodilla, dejándole ver la bolsa cosida en el bajo de su enagua. Una bolsa de color rojo que destacaba sobre la blanca ropa íntima. De su interior extrajo un trozo dorado del tamaño de una ciruela que entregó al hombre—. Toma, puedes enviarlo a examinar, pero no harán más que confirmarte que se trata de oro; entretanto, Frank y yo sacaremos carros

enteros del lugar donde encontraron ese, con o sin tu colaboración. Estoy segura de que habrá hombres de negocio más avisados en Sanlúcar.

—Y ¿por qué maravillosa cabriola del destino desearíais compartir vuestra suerte con algún hombre avisado de Sanlúcar? —Marcus frunció el ceño—. ¿Por qué no mantener la boca cerrada y quedaros con todo? No parecéis ni de lejos el tipo de buenos cristianos con afán de compartir.

—Porque necesitamos hombres, caballos y provisiones para extraer el oro, y no tenemos ni el dinero ni la posibilidad de montar ese tipo de expedición sin levantar las suspicacias de Luz Bella O'Brien. —La voz tensa y

seria de Frank hizo a Marcus dudar durante unos segundos, hasta que finalmente movió la cabeza en gesto negativo, más para él que para sus invitados, mientras apoyaba la cadera sobre la mesa central enfrentándose a sus miradas.

Era consciente de que estaba siendo objeto de un timo burdo, pero la mera implicación de Luz Bella en el asunto y la remota posibilidad de hacer algo que la hiciera modificar el gesto pétreo e impertérrito de su rostro lo tentaba más que nada en el mundo. Llevaba casi veinte años en una batalla silenciosa con aquella mujer. Desde el momento que había confirmado que ella estaba

embarazada de su propio hijo, no había dudado que todo el odio que pudiera albergar su pequeño y hermoso cuerpo estaba concentrado en su persona, y reconocía que alguien tan inteligente y fuerte como ella tenía mucho para dar. A cada paso, a cada posible negocio o acción que había emprendido en su vida ella le había puesto una o varias zancadillas, que había ido sorteando con mayor o menor esfuerzo y resultados dispares. En parte le agradecía en silencio hacerle la vida menos tediosa de lo que hubiera sido en realidad si no la hubiera tenido esperándole en cada recodo del camino; pero en muchos casos su perseverancia le había costado bastante dinero y, sobre todo, el odio

profundo de su esposa. Eso no se lo podía perdonar.

Macarena había llegado a él ilusionada, hermosa, feliz y enamorada. En menos de un año, Luz Bella le había llenado la cabeza de historias, la mayoría ciertas si era sincero consigo mismo, pero que nunca debería haber conocido en condiciones normales, y había hecho de su relación conyugal un verdadero infierno. Macarena había demostrado ser tan rencorosa, inteligente y bruja como guapa y rica; afortunadamente, en ningún momento le había negado el acceso a su cama. No le apetecía demasiado volver a forzar a una mujer, y necesitaba dejar la enorme

fortuna que tanto le había costado conseguir a un hijo varón. Por el momento solo había habido niñas y un único niño que había sufrido en el parto, y casi era incapaz de comer por sí mismo cuando ya tenía casi seis años. Desgraciadamente, temía que la edad fértil de Macarena estaba llegando a término.

El silencio casi se hizo palpable mientras Marcus los contemplaba.

—¿Nos escucharás?

—¿Acaso tu padre no te ha dicho que no debes tutear a tus mayores? — Marcus por fin sonrió a la mujer sentada frente a él.

—Como ya sabes, no he tenido el gusto de que me presenten a mi padre,

aunque quizás desees ocupar su lugar por unos momentos para enseñarme ciertas normas de educación.

—¡Oh, no, señorita O'Brien! Me temo que ya tengo demasiadas damas a las que llamar hijas..., tal vez, si el destino no la hubiera honrado con el sexo equivocado, podría tentarme su oferta.

—¿Escuchará lo que hemos venido a contarle?

—Hace unos minutos me han comunicado que el hombre con el que tenía una reunión se encuentra enfermo; por fortuna para ustedes dispongo de algo de tiempo. Hable, señor Moulton y, por su bien, no haga que me arrepienta de haberles atendido. —Luego abandonó

el apoyo de la mesa para tomar asiento en una silla de respaldo alto, desde la cual aún podía mirarlos por encima del hombro, posición en la que se sentía mucho más a gusto.

—No sé si habrá oído hablar de Juan de Mariana, un jesuita e historiador de la segunda mitad del siglo XVII —comenzó Frank—, fue el autor de una monumental historia de España en treinta volúmenes, y para realizar esa empresa tuvo que leer y traducir...

—Les informo, por si no lo saben, que aunque soy francés llevo casi treinta años aquí y por tanto conozco muy bien la historia de este país.

—No pretendo darle una lección de historia, señor, solo recordarle los

sucesos que nos llevarán hasta el oro.

—¡Ah, el oro! Muy bien, continúe —
le instó sarcástico.

—Como decía, el jesuita leyó y consultó multitud de códigos y documentos para realizar sus estudios; era un hombre obsesionado con la verdad, usó cada una de las informaciones de los cronistas anteriores hasta donde le fue posible, cuidando especialmente las descripciones de los lugares donde tenían lugar los hechos que relataba. En un principio el padre Mariana identificó la ciudad mítica de Tartesos con Tarifa, pero luego, pocos años antes de su muerte se desdijo, aunque no llegó a

plasmar en un nuevo volumen sus últimos descubrimientos.

—Y, por tanto, no tenemos ni idea de lo que descubrió. —Marcus pretendió terminar abruptamente el relato de Frank.

—Mientras el jesuita se encontraba moribundo en Toledo, víctima de una larga enfermedad degenerativa producto de la vejez, hubo un muchacho que convivió con él día y noche, ayudándolo a realizar los actos más imprescindibles —continuó, sin aparentar molestarse por la nueva interrupción—. El jesuita le confió a él sus últimos escritos, pensamientos y hallazgos, entre ellos la verdadera ubicación de Tartesos.

—¿Me está diciendo que Juan de

Mariana encontró los restos de la civilización perdida? ¿Y por qué no fue él mismo a por todos esos supuestos tesoros?

—Por aquel entonces era un hombre de casi setenta años que había vivido entre las paredes de un monasterio casi toda su vida y bajo el voto de pobreza de la orden; no era el tesoro lo que lo tentaba a buscar, sino el afán de conocimiento. Al parecer llevó a cabo una expedición desde Toledo hasta la zona de la Bética, acompañado de otros dos jesuitas. La empresa fue disfrazada como un viaje de recogimiento al Monasterio de la Rábida, en Huelva, pero la realidad fue otra. Los tres

hombres se adentraron en las marismas del Guadalquivir durante tres semanas y media. A su regreso Juan de Mariana lo hizo solo y aparentemente desorientado, y desde entonces abandonó definitivamente la búsqueda de la civilización perdida, para recogerse en su celda hasta morir. Sin embargo, dejó constancia de ello en varios escritos, afirmando una y otra vez que sus indicaciones primeras situándola en Tarifa eran erróneas.

—Y toda esa información la tiene porque...

—Tenemos en nuestro poder los diarios y las notas de Juan de Mariana escritas durante los años previos a su viaje al sur, y las notas finales que dictó

a viva voz antes de su muerte. Mi bisabuelo los localizó hace años en unos baúles propiedad de uno de sus antepasados, precisamente el hombre de cuyo puño salieron dictados por el propio jesuita, y yo los he encontrado en poder de mi madre —dijo María. Los sagaces ojos de la muchacha habían percibido un leve cambio en el rostro del hombre. Envalentonada lo observó desafiante.

—Y si ese tesoro está ahí, esperádonos. —Marcus trató de mantener la frialdad, consciente del gesto de sorpresa que por segundos había surcado su cara; un leve temblor sacudía sus piernas desde el momento

que había oído hablar de los diarios. Se esforzó por detener el gesto de euforia que atrapó su pecho. Como si lo tuviera ante él, recordó la historia que le había contado su padre meses antes de su muerte—. ¿Por qué ninguno de sus parientes lo ha sacado a la luz? ¿Por qué la señora O'Brien no ha ido a por él?

—Me temo que no puedo responder a esa pregunta, yo misma llevo años haciéndomela; solo le puedo decir que creo que hay algo más en esas marismas a lo que mi madre le da un valor muy superior al del oro, y que solo a través de esos diarios podremos llegar a conocer.

—Muy bien, si decidiera participar en esa locura, ¿cuánto necesitarían?

—En principio viajaríamos nosotros dos solos y, una vez localizáramos el lugar y confirmáramos la existencia de la mina, habría que llevar hombres suficientes para extraer el oro, nos llevaría mucho tiempo, como supone.

—Supongo que me está hablando de un lugar que se encuentra en las tierras de Pradobajo.

—No creerá que soy tan idiota como para señalarle el lugar —Marcus frunció el ceño ante la interrupción de María—. Deberá confiar en nuestra palabra hasta ese momento y...

—Si entramos en las tierras de otro estaremos cometiendo robo. ¿Por qué no intentar comprar el lugar?, así

podríamos excavar y sacar cuanto quisiéramos sin parecer ladrones de tumbas.

—El lugar no está en venta.

—Todo en este mundo está en venta, señorita, solo hay que encontrar el precio adecuado. —Observando la cara de ambos jóvenes, Marcus desechó la idea de insistir sobre la situación del supuesto tesoro—. Si parten cuanto antes, ¿cuándo creen que estarán de vuelta?

—En una semana, quizá dos. —Frank se encogió de hombros de manera evidente—. Y ello si salimos en un par de días. Deberíamos disponer de algo de dinero; mi prometida no puede sacar nada del banco sin el permiso de su

madre y yo no dispongo en estos momentos de capital. Tal vez si usted pudiera adelantarnos algo. Por supuesto puede quedarse con el trozo de oro, como señal de nuestra buena fe y de que no intentamos engañarle. Como comprenderá vale bastante más de lo que le estamos pidiendo como adelanto.

—¿Su prometida?, no tenía ni idea de tan... agradable noticia.

—Aún no es oficial, señor Dubois, y le rogaría que no dijera nada. Por supuesto no viajaría solo por esas marismas y dunas con una muchacha de buena familia si no tuviera intención de desposarla.

—No debería viajar con una

muchacha a esa tierra desierta en ninguna circunstancia, señor Moulton. No me negará que es algo en lo que una mujer no debería implicarse.

—Soy bastante capaz de cuidar de mí misma, señores.

—No se preocupen, a mí realmente me importa bien poco cualquier cosa relacionada con el buen nombre de la señorita. Solo me inquietaba levemente su salud; pero si usted como prometido no ve ningún inconveniente no seré yo quien lo haga. —El hombre se levantó, aunque continuó hablando—. Entonces, yo les adelanto el dinero, me quedo con este pedrusco que ustedes afirman que es oro y ¿quieren que espere aquí?

—Bueno, si desea acompañarnos... —

Los ojos, de un color casi transparente de Frank, lo retaron durante unos segundos—. Serán un par de semanas bajo el sol.

—El lugar adonde piensan ir es duro. —La boca se apretaba con desaprobación mientras la mirada imponente se posaba, alternativamente, sobre la muchacha y el hombre más joven.

—Somos conscientes de lo que tenemos en contra, caballero. María y yo hemos hablado del viaje, y no nos gusta, pero las circunstancias que nos rodean lo hacen necesario. Ya conoce a la señora O'Brien. En fin, como supondrá, nuestra relación no tiene demasiado

futuro en las circunstancias presentes.

—Conozco a Luz lo suficiente para afirmar que su relación no tiene ningún futuro, sean cuales sean las circunstancias. En cuanto a ese viaje...

—Luego respiró profundo, intentando apartar de él cualquier resto de interés paternal hacia aquella muchacha—. Muy bien, de acuerdo. ¿Cuánto dinero será necesario?

Capítulo 16

El oro del tonto

*Madrid, 16 de diciembre de 1866
(hoy)*

Si alguien atravesara la Plaza de los Carros en esa tarde de invierno, se cruzaría con el hombre que con paso enérgico rumia su propia derrota.

Un hombre de cincuenta años, grueso, calvo, solitario y encorvado a pesar del

robusto taconeo de sus lujosas botas de montar, sucias a aquellas horas tras el largo caminar entre la maraña de callejones hediondos, por los que ha deambulado sin descanso. Pero no hay nadie, el frío y la helada que amenazan retienen a los viandantes en sus domicilios; al fin y al cabo es domingo.

Desde hace cinco horas, el hombre recorre los tres barrios que rodean la céntrica y desierta plaza. Salpicada de viejas posadas, regentadas en su mayoría por veteranos excombatientes ingleses, que fueron olvidados tiempo atrás por sus superiores, su familia y su país, el lugar es conocido por los madrileños como el barrio de la Latina.

Nadie sabe realmente la razón por la

que parte de los restos del ejército inglés, que un día llegó a liberar el lugar, acabó afincándose entre sus calles, repletas de viviendas provistas de numerosas ventanas, a veces sustituidas por estrechas balconadas de forja; pero lo cierto es que el muestrario de vecinos está compuesto en su mayoría por cojos, mancos y tullidos en general; perros abandonados por su madre tierra.

A pesar de su aún no muy avanzada edad, el caminante jadea mientras se esfuerza en continuar la marcha. Podía haber enviado a uno de sus múltiples criados a buscar al inglés que necesita, pero no se acaba de fiar de ninguno de

ellos. La conspiración para derrocar a una reina no es cosa para delegar en subordinados.

Si el transeúnte girara a la izquierda en lugar de a la derecha, tal vez su viaje no sería tan inútil, ni su defunción tan inminente; pues encontraría por fin el objeto de su búsqueda en la capilla de San Isidro, arrodillado frente al altar, intentando purgar sus múltiples pecados. En ese caso, la muerte le perdería la pista, al menos por un tiempo.

Emboscado bajo la marquesina de la parada del coche de postas, a medio camino entre un burdel y la taberna donde acaba de trajinarse un chicote y un trago de pésimo vino, el exmilitar aguarda a su víctima. Con un aspecto

desharrapado y sucio, oscurecido por la sombra del atardecer, pasa por ser una mera pieza del decorado decadente del lugar.

Si, por otro lado, el caminante levantara el rostro, apartando la vista de la suciedad que soportan sus, hasta esa misma mañana, impolutas botas de piel, el hombre podría lograr entrever el brillo de la luz rojiza del cercano burdel brillando sobre la hoja del cuchillo que porta el asesino.

Pero lo cierto es que, aunque no se puede saber si el cansancio y la edad que soportan sus huesos le permitirán esquivar el golpe del brazo homicida y la posterior puñalada mortal en el

vientre, tal vez el final podría ser diferente.

Probablemente entonces, la vieja Marquesa, nombre con la que es conocida la más antigua de las mujeres que prestan su servicio en el cercano prostíbulo, no abriría la puerta en ese instante, encontrándose los pies del moribundo de improviso, tropezando y acabando despatarrada sobre el agresor, que apenas es consciente de lo que se le viene encima; y es que la vieja marquesa es bien conocida por aquellos que gustan de mujeres de amplias, muy amplias carnes.

Y si, por fin, el sereno, impulsado por la necesidad de beber algo. No agua, solo algo, no apareciera por el recodo

cercano en dirección al burdel descubriendo toda la escena y llamando a las autoridades y sanitarios, Néstor no se encontraría frente a esa camilla, con el cuerpo de un presunto asesino difunto sobre ella, y una víctima que aún lucha por aspirar sus últimas bocanadas de aire tumbada sobre la alfombra de la morgue.

—¿Por qué me habéis traído a ese aquí? —habla al fornido mozo que ha llevado el último cuerpo cubierto con una raída sábana gris, depositándolo sin miramiento sobre el viejo felpudo—. Llévalo arriba, ¿no ves que aún respira?

—Ya lo he notado, doctor, se ha quejado todo el camino en el carro que

lo ha traído, pero no hay nadie arriba que pueda coserle la raja del vientre... pensé que usted... —Con un gesto de su pierna golpea la cadera del cuerpo cubierto; el moribundo apenas gruñe por la brusquedad del hombre—. De cualquier forma no creo que dure mucho y al final lo tendré que bajar aquí, ¿no?

—Bien. —Néstor sonríe ante la franqueza realista del tipo—. En ese caso, coloquemos al difunto en el suelo y al vivo sobre la camilla ¿no crees que es más lógico? —La boca semiabierta de su interlocutor le demuestra al médico que, o bien el mozo no entiende la palabra lógico, o no está muy acostumbrado a trabajar con el significado de la misma—. Aunque,

mejor movemos el cadáver a ese poyete. Tómallo de las piernas, yo cargaré por los hombros, una, dos y... —dice, agarrando el cuerpo por las axilas y señalando con el gesto la loza junto a la pila de manos.

Afortunadamente, el hombre parece conocer los números, al menos hasta el tercer dígito, ya que acompaña el movimiento del doctor siguiendo el ritmo. Antes de acabar de soltarlo, la mente ágil de Néstor reconoce el golpe mortal sobre la sien del desafortunado.

—¿Qué le ha herido?

—La vieja Marquesa, señor.

—¿Una marquesa le hizo esa brecha en la cabeza?

—No una marquesa verdadera, doctor. La vieja Marquesa es la puta más vieja y gorda de la Luna, un burdel de la plaza de los Carros. Ya sabe, en la Latina, de donde salen los carros de mercancías y las postas. La mujer ya debería haber dejado la profesión, tiene más años que mi abuela y pesa al menos quince arrobas; creo que cayó sobre él —dice, reprimiendo infructuosamente un estremecimiento de terror—, y lo golpeó con el tacón del zapato. Esa pierna debe pesar por sí sola quintal y medio. De cualquier forma, el desgraciado no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir, aunque no le hubiera dado de lleno en la sien con el calzado; seguro que lo ha

reventado por el peso, estuvo más de quince minutos sobre su abdomen antes de que, entre cuatro hombres, logaran levantarla.

—Una muerte horrible, sin duda — expresa Néstor, procurando que la sonrisa que aflora a sus labios no estalle en carcajada. Realmente no sería una actitud demasiado profesional.

—No se apiade de él, doctor, no es más que un sucio ladrón y un asesino. Ya ve cómo le ha cosido a navajazos la barriga al señorito —acaba el mozo señalando el bulto que cubre al herido.

Néstor inspira profundamente. El hombre herido, al que reconoció nada

más colocarlo sobre la camilla, finalmente ha muerto unos minutos antes, víctima de una hemorragia masiva causada por la herida en el vientre. Al frente, el cadáver del asesino lo mira desde la dura piedra del poyete; aunque lo ha intentado de diversas formas, no ha logrado clausurar los ojos de párpados demasiado secos, que han sido testigo de sus vanos intentos por salvar a la víctima.

Aún después de lavarse las manos, los ojos del asesino lo sieguen observando. Normalmente no se hubiera ocupado de los difuntos ni un minuto más; de hecho, él no debería estar en la morgue, su lugar habitual es la consulta

amplia, limpia y luminosa del primer piso. Ni siquiera debería estar en el hospital, es domingo, pero no tiene familia en Madrid, y su casa lo agobia por el silencio; allí al menos puede hablar con los sanitarios y enfermos cuando deambula por los pasillos. Todo parece ir contracorriente ese día. Mal, desde el mismo instante que cometió el error de bajar él mismo a buscar el par de fórceps que había encargado hacía unos meses y que por error fueron entregados en el depósito. Evidentemente nadie había sabido dilucidar para qué servía aquel extraño aparato, si no era para destripar cadáveres.

Su paso por el lugar iba a ser rápido:

bajar, recoger el instrumento y volver a su despacho durante media hora más; luego a casa a descansar.

En teoría.

En pocos segundos su tarde de relax se convirtió en una vorágine y en dos horas intentando recomponer al pobre desgraciado, para acabar perdiéndolo sobre la camilla de la helada morgue. En fin, al menos el mozo se va a ahorrar el trabajo de mover el cadáver.

Vuelve a cerrar los párpados del asesino, y vuelve a ver cómo la mirada vidriosa se empeña en observarlo. Encabezado en hacer su voluntad, Néstor mueve el cuerpo desde su posición decúbito sobre la espalda,

hasta girarlo apoyado de costado.

Entonces es cuando las tijeras, que ha empleado para suturar las heridas de la víctima, quedan enganchadas en el bolsillo de la chaqueta del hombre, haciendo que el papel que hay en su interior caiga a los pies de Néstor. Aún antes de terminar de agachar el torso para recogerlo, las palabras escritas sobre el pliego llegan a sus ojos e inmediatamente a su memoria.

—Manuel Gil, Federico Baltazar...

Rápidamente reconoce el nombre del segundo fallecido, Baltazar. Le parece normal que el asesino conociera a su víctima. El médico está a punto de preguntarse quién será el tal Manuel Gil cuando ante sus ojos resalta el tercer

nombre escrito. Luego, con sorpresa, observa las manos y dedos del asesino muerto.

Una hora más tarde, por encima de la medianoche, Néstor aún continúa en el mismo sótano con olor a humedad y muerte. Simón Casas, sargento adjunto del comisario, pequeño, barrigón, cansado y con barba de quince horas, maldice entre dientes mientras relee el papel entregado por el médico.

—¿Y cuál de ellos dice que lo llevaba, doctor?

—El de la brecha en la cabeza — explica Néstor, por tercera vez en solo

media hora—. El de su derecha, el otro es Federico Baltazar.

—¿El político demócrata? —inquire el agente— ¿Lo conoce?

—Es, o era, uno de los benefactores del hospital. Uno de los buenos, según he oído, bastante generoso. Lo he visitado a menudo en su casa; a él y a toda su familia.

—¿Qué cree que estaría haciendo un hombre como él solo en medio de ese barrio?

—¿En serio piensa que puedo saberlo? —Las cejas de Néstor se arquean significativamente.

—Bueno, no realmente, pero cualquier ayuda sería bienvenida. Se va a armar una buena, un ricachón y un

politiquillo asesinados; dos en uno, me refiero a que el hombre era las dos cosas a la vez: político rico, vamos. Lo que está claro es que el otro era un ladrón vagabundo.

—Yo me centraría en la lista.

—¿Cómo dice?

—El papel: aparecen un conocido demócrata y Prim[8] en la misma lista, ¿no le parece extraño? —dice Néstor, señalando el tercer nombre, escrito con refinada caligrafía en el documento que siguen sujetando los dedos del sargento.

—Bueno, viéndolo así... —El sonido de pasos que se acercan hace enmudecer al policía.

Néstor rápidamente reconoce al

comisario en el hombre que llega. Es un personaje habitual en las tertulias y fiestas sociales más importantes. Sacudiéndose el polvo de la levita, en tanto se retira el sombrero, el caballero, de amplias patillas, escaso cabello y bigote gris, camina directo a su subordinado, procurando sin demasiado éxito no rozar los miembros extendidos del par de cadáveres, situados a ambos lados del pasillo por el que debe pasar.

—¡Casas! —dice sucintamente, dirigiéndose hacia su sargento—. ¿Malas noticias?

—Comisario —saluda el primer policía a su superior—. El elegante es un ricachón con influencias políticas, señor —resume, señalando con un

ademán del rostro el cuerpo de la víctima—. El otro fulano aún no ha sido identificado, pero llevaba esto.

Alargando el brazo, Casas le entrega la nota manuscrita.

—¿Lo ha registrado delante del doctor? Ya sabe lo que le he dicho de implicar a civiles en cualquier investigación.

—El doctor encontró la nota mientras movía el cadáver.

—Pues el doctor no tiene aspecto de ganarse la vida moviendo cadáveres —a la vez que habla, el comisario mira apreciativamente el corte de la chaqueta y los pantalones de Néstor, claramente visibles después de que el cirujano se

haya quitado la bata salpicada de la sangre de la víctima.

—No, en realidad mis clientes suelen moverse por sí mismos. Aunque, a veces, como estos dos desafortunados, dejan de hacerlo después de visitarme.

—¿No tienen mozos para hacerlo? Parecería que en un hospital tan enorme deberían trabajar cientos de ellos.

—Los trajeron cuando estaba aquí por casualidad. Ese... —Señala con la cabeza al difunto en cuestión— aún respiraba. Por desgracia no he podido detener la pérdida de sangre.

Mientras habla, Néstor nota el paso de una tercera persona descendiendo hacia el sótano.

Tarda medio segundo en identificar a

Juan Prim en el hombre que aparece bajo el arco de la puerta de la morgue. El marqués de Castillejos, de estatura media y poblada barba castaña, parpadea levemente quitándose el grueso abrigo que porta sobre la levita oscura. Cuando sus ojos se acostumbran a la tenue luz del depósito, el hombre habla con voz enérgica.

—¿Y este? —inquire hacia los policías, dirigiendo el gesto hacia Néstor.

—No muevo los cadáveres —interrumpe el joven antes de que el comisario o el sargento contesten—. Soy médico. Intentaba salvar al señor Baltazar, y encontré la lista con su

nombre de una forma meramente accidental. —La mirada del médico reta al político a cuestionar de nuevo su posición en la sala.

—No acabo de entenderlo. ¿Tengo el gusto de hablar con...? —Prim parece comprender a qué se refiere Néstor, cuando el sargento le alarga el arrugado trozo de papel con los nombres escritos.

—O'Brien, Néstor O'Brien.

—¿Usted es el hijo de...? No se parece a...

—Sí, soy su hijo —contesta de forma cortante. El hombre respira hondo por enésima vez en su vida, cansado de la sorpresa que produce su parentesco con Luz Bella.

—De acuerdo, ya ve que no hay nadie

a quien salvar aquí. Vuelva a su casa doctor, es tarde. Casas, ordene que avisen a la familia de don Federico y que sepulten al vagabundo en una fosa común. Cierren el caso, como ven se trata de un intento de robo frustrado.

—¿Vagabundo? —interviene Néstor—. Curioso vagabundo que escribe con letra elegante, o al menos sabe leerla.

—¿Cómo sabe que la ha escrito él? ¿O por qué piensa que sabía leerla?

—¿Para qué entonces llevaría la lista en el bolsillo si no podía leerla?; además, evidentemente distinguió al menos uno de los nombres —aclara, señalando el cadáver de Federico Baltazar—. Y no he visto ningún

vagabundo con manos tan finas o uñas mejor cortadas.

—Debería ir a dormir, doctor.

—Todos deberíamos dormir — contesta el aludido, observando las amplias bolsas bajo los ojos de Prim.

—Y usted debería ocuparse de sus asuntos. —Esta vez, una mueca cómplice suaviza el tono severo del marqués.

—Todos deberíamos ocuparnos de nuestros asuntos. Yo, de mis enfermos y no de los difuntos, ellos... —continúa, señalando a los dos policías— de los muertos y los asesinos y, usted ¿del resto de los españoles, señor?

—Veo que aunque no le corre la misma sangre de Luz Bella, la hiel sí es

idéntica.

—No acabo de dilucidar si elogia o insulta a mi madre, y eso no me gusta.

—Elogio, por supuesto, elogio, su madre es una mujer inolvidable, sin duda alguna, de las más hermosas e inteligentes que he conocido. Y con importantes contactos, he de añadir.

—Sí, sabe manejarse en los negocios.

—Los negocios, el clero y la política; casi me desmayo cuando el viejo Wellington apareció en la puerta de mi despacho, rogándome que utilizara mis contactos, para que su madre se hiciera con la mayoría de las tierras retiradas al clero en el valle del Guadalquivir durante las desamortizaciones del 50.

—Los O'Brien eran irlandeses, como el duque, no le debe extrañar que se conozcan.

—¿Conocidos simplemente? No, doctor, el duque no haría ese viaje por un simple conocido, ni insistiría tanto en que apoyara los intereses de su madre. Por cierto, curiosos intereses.

—Ya sabe, las mujeres de su edad suelen embarcarse en ese tipo de causas sociales.

—Sí, claro: pobres, vagabundos, huérfanos... ¿pero animales y pájaros?

—La madre naturaleza es importante, señor, debemos protegerla para nuestros hijos.

—No dudo de la verdad de sus

palabras y de las de su madre, pero permita que me sorprenda que salgan de sus labios.

—Como hijo le aseguro que bajo su aparente coraza late un corazón sensible, caballero, que no le engañe su genio.

—Sin duda me engaña, y me apabulla, aunque un hombre de mi tamaño haga mal en confesarlo. —Suspirando, vuelve a leer los nombres escritos sobre el papel—. Supongo que la indiscreción de mis subalternos me costará algo más que una felicitación navideña, ¿verdad?

—Señor, nosotros no hemos cometido ninguna... —Las palabras de Casas son cortadas por el fuerte golpe del comisario sobre su hombro, justo antes de que Prim continúe hablando.

—No me refiero a ustedes, no sea zopenco. —Prim mira de reajo al comisario, que consulta su reloj de bolsillo aparentando distracción. Girándose de nuevo hacia Néstor, habla —. De acuerdo, la fortuna le ha sido favorable en este caso, doctor. No vamos a regatear en este asunto. Le concertaré una cita con Guerra; ya me ha informado de las peticiones de su madre, intentaré convencerlo para que coopere. Dígale a su madre que haga las gestiones rápido, me temo que se avecinan tiempos de cambio y no sé cómo encontraremos el panorama durante los próximos años. —Señalando a su alrededor, continúa hablando—.

Espero que eso sea suficiente y olvide lo que ha visto aquí.

—Siempre que usted no olvide la promesa que acaba de hacerme.

Alrededores de Doñana, finales de septiembre de 1844 (22 años antes)

El sol irradiaba fuego en lo alto, sobre sus cabezas, y a sus pies, tras haber calentado las brillantes arenas claras. Frank tuvo que admitir que María era realmente una mujer fuerte, a pesar de haber nacido entre algodones, sedas y encajes. Podía odiar la futilidad de sus vestidos de seda y sus aires de señorita bien, pero reconocía que bajo esas

capas el corazón fiero de su madre latía con fuerza.

Cierto que la Roja no era santo de su devoción. Todo cuanto había oído sobre aquella mujer le hacía temer por sus atributos masculinos si llegara a descubrir lo que habían maquinado, pero también debía reconocer que era una mujer muy valiosa e inteligente, y muy guapa, incluso más que su hija, con esa cabellera roja que le daba el aspecto salvaje de una leona.

Diez días de camino y el sol seguía siendo un enemigo cruel, a pesar de que ya casi despuntaba el mes de octubre. Al frente, delante mismo de sus ojos, se alzaban por fin las sierras que llevaban

días buscando.

De nuevo extrajo el arrugado mapa de la cintura de su pantalón. El papel, ajado y prácticamente cuarteado en ocho trozos, había ido perdiendo la tinta poco a poco; en esos instantes, lo que un día fue un claro dibujo azul, no era más que restos de color marrón pardo en el que las letras, que indicaban los puntos de referencia, habían desaparecido. Por fortuna, ya habían llegado a su destino y el camino de regreso estaba claro en su mente, así como en el mapa paralelo que había ido diseñando a lo largo del trayecto.

—Bien, mi amor. —Tomando a María por el codo, Frank la ayudó a erguirse desde el suelo, en el que habían tomado

un frugal almuerzo a la sombra de dos altas piedras—. Ahí está tu herencia, aguardando nuestra llegada. —Luego giró, para ver el estado en el que se encontraban los cuatro caballos, dos de ellos atados en la trasera del pequeño carro en el que habían colocado todas sus posesiones, y que les había servido de hogar durante los últimos días—. Pronto podremos volver a casa y descansarás sobre un colchón de plumas, como corresponde a una mujer tan exquisita.

—En estos momentos me conformo con un poco de paja, Frank, te lo aseguro.

Hacia ya doscientos años, Juan de

Mariana había pasado por aquel mismo lugar, por el mismo páramo semidesierto. Desde las cumbres de la sierra, las mismas piedras que habían dado sombra al jesuita, contemplaron hieráticas a la pareja que caminaba bajo ellas. A medida que se aproximaban, las cimas se apartaban hacia el cielo, descubriéndoles sus verdaderas dimensiones.

Frank contó los pasos que debía recorrer desde las enormes rocas, que les habían cobijado durante el almuerzo: setenta pasos al frente y ciento diez a la derecha, hasta descubrir la hendidura sobre la inmensa pared de piedra, recubierta del follaje y la broza de la zona.

Cuando llegaron al lugar señalado en el mapa, el hombre elevó los ojos al cielo dando gracias, casi por primera vez en su vida, a cualquiera que los observara desde el más allá. Aulló al viento ante la mirada atónita y sonriente de su mujer. Luego se liberó del peso de sus alforjas y armas, para escalar los diez pies de subida que lo separaban del interior de la montaña.

—Tenemos que subir un poco, deja lo que lleves de peso. Ya bajaremos luego a por lo que necesitamos para pasar la noche. —Cuando señaló a los caballos, la cara de María palideció un poco—. He dejado los caballos a la sombra y no parece que sea un lugar muy transitado,

no habrá problemas.

—Puede haber animales ahí dentro. No podemos ir desarmados.

—Llevo un revólver, no te preocupes y dame la mano. —Se volvió y la ayudó a elevarse para empezar la subida. María asintió con la cabeza, pero era obvio que aún se sentía reticente a abandonar sus armas.

El ascenso y la búsqueda de la entrada hacia las galerías que aparecían en el mapa les llevaron media hora.

Luego caminaron por docenas de pasadizos alumbrados por el farolillo de aceite que portaba Frank, un largo y cansado viaje hasta que el pasaje se

abrió en una enorme cúpula de piedra, tal como les indicaba el plano.

Lo que vieron al final del camino les retuvo el aire en el pecho. Instintivamente María se aproximó para coger la mano de Frank.

—¡No es oro!, ¡no hay oro!

Con una carcajada, Frank se dio media vuelta y tomó a la mujer en peso dando giros sobre sí mismo mientras aullaba. El grito resonó en las paredes de la enorme galería abovedada en la que se encontraban, haciendo que el eco repitiera el sonido casi indefinidamente, tanto que María tuvo que golpear los hombros del hombre para hacerse oír.

—¡Déjame en el suelo y saca la

pistola, rápido, Frank!

Torpemente, María se enderezó sobre sus rodillas cuando Frank la dejó caer para buscar su pistola entre las ropas.

Unos segundos que fueron suficientes para que el gitano atrapara entre sus manos a la mujer y colocara la navaja en el blanco cuello. Frank no necesitó girarse demasiado para comprender que estaban rodeados por una docena de ellos, y que nada tenía que hacer frente a ese grupo, con la pistola aún enterrada entre los pliegues de su camisa.

—No la toques, asqueroso bastardo, o te rajaré —dijo, elevando la voz que, de nuevo, rebotó entre las paredes de piedra—. Podéis quedaros con todo, pero suelta a mi mujer y deja que nos

vayamos, no diremos nada.

—No, seguro que no diréis nada. Pero no seré yo quien decida lo que será de vosotros. Al pueblo le corresponde esa decisión y mi deber es llevaros ante él. —Frank se sorprendió cuando el alto gitano habló en un castellano culto, solo salpicado de un leve acento—. Nos vamos.

Para asombro de la pareja, en lugar de hacia el exterior, el grupo se adentró aún más en la caverna portando antorchas.

—¡No podéis secuestrarnos! —María habló, mientras intentaba liberarse del agarre del hombre—. Mi madre te matará cuando se entere, es la Roja.

—Ya te he conocido, María —habló Kore—. Y tu madre es quien me ha enviado, al igual que a ti y a tu hombre, hay poco en toda Andalucía que no maneje la Roja.

*Casa de Luz Bella en la ciudad,
Sanlúcar, octubre de 1844 (22 años
antes)*

—Te sienta muy bien la ropa de caballero, Kore —Luz hablaba con el refinado hombre sentado frente a ella, sorprendida por la elegancia con la que las ropas se ajustaban a la perfección de su cuerpo—. Tal vez algún día puedas

acompañarme a algún acto social en Sanlúcar. Harías rechinar los dientes de la mitad de mis conocidas. —El hombre no respondió, limitándose a esbozar una tímida sonrisa ante la audacia de Luz—. Es un peligro que te presentes ante mí así, hace mucho tiempo que no estoy con un hombre, y no hay nadie parecido a ti en este pueblucho. ¡Qué zorra afortunada es esa mujer tuya! ¿Ya tiene pecho?

—Murió hace casi dos años.

El silencio flotó entre ellos unos instantes, roto por el profundo suspiro de Luz.

—No voy a mentirte diciendo que lo siento por ella, aunque sí por ti. —Kore supo reconocer la sinceridad en las palabras de la mujer. Luego hubo otro

ligero silencio—. ¿No quieres quedarte entonces?

Él apoyó los dedos abiertos sobre los antebrazos del sillón, resistiendo a duras penas el instinto que le impulsaba a tomar, en ese mismo instante, lo que ella le ofrecía.

—Aún quedan cosas por hacer. Tal vez más adelante.

—Puedo esperarte, al fin y al cabo llevo dieciocho años haciéndolo. Pero no me hagas rogarlo más. Sabes que no me gusta arrastrarme delante de nadie, pero no sé si podré evitarlo la próxima vez que te vea.

Luz se puso de pie para servir un par de copas de jerez.

—Toma, vamos a relajarnos y hablemos. ¿Los encontrasteis?

—Sí, pero tarde, lo han visto. No pudimos evitar que vieran la entrada.

—¡Maldita sea esa entrometida! —De un trago acabó con su vino—. Sabes que no puedo dejarla ir.

—Lo sé.

—Ellos lo han buscado, ¿los tienes en el campamento, verdad?

—Sí, no podrán salir si no es con un guía del pueblo o un mapa adecuado.

—Pues allí permanecerán hasta el fin de sus días. Como todos los que se han acercado demasiado al lugar. A partir de hoy quiero que, además de los hombres permanentes del interior,

coloquéis guardianes en todas las entradas, especialmente en la de las pozas. He oído decir en el cortijo que de nuevo, como en la época de mi abuelo, algunos campesinos las usan en invierno para bañarse, aunque lo he prohibido terminantemente; no podemos permitir que lo hagan, podría ser peligroso. Si los guardianes encuentran a alguien demasiado cerca haz que los lleven al campamento y que les proporcionen todo lo necesario para vivir cómodamente, pero no podrán volver. Hacía años que no teníamos esos problemas, que se vuelvan a disfrazar tus hombres, procura que parezcan seres de otro mundo; los campesinos suelen ser supersticiosos y, si alguno escapa,

correrá la voz de que de nuevo hay una presencia infernal en los túneles y seguro que las visitas cesarán. En cuanto a mi hija y su prometido, quiero que los tratéis bien, pero no os fieis de ellos; tratarán de huir de cualquier forma posible, pero me temo que no se irán lejos sin volver a por lo que vieron en la montaña. —Volvió a servirse, mientras observaba cómo el hombre probaba levemente de su copa, apenas rozando los labios con la bebida—. No sabía que no bebieras.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—¡Vamos!, márchate o empezaré a conocerte a fondo en este mismo

instante.

*Casa de Luz Bella en la ciudad,
Sanlúcar, noviembre de 1844 (22 años
antes)*

—¿Dónde se ha metido esa embaucadora? —La mano de Marcus empujó sin ceremonia a la mujer que cubría la puerta de la vivienda.

—¡Ah!, el señor Dubois me honra con su presencia. —Luz obvió la falta de delicadeza que el hombre había esgrimido con Ana, y se dirigió erguida hacia él—. De acuerdo, gusano, no pienso andarme con rodeos, sal de mi casa si no quieres que mis criados

pongan tu asquerosa persona de patitas en la calle, a ser posible desde alguna ventana del piso superior.

—¿Dónde está esa zorra que llamas hija y su aguerrido prometido? —A pesar de la poca fuerza física de Luz, el gesto de su mirada hizo detener al hombre a pocos pasos del umbral.

Ella era si cabe más diminuta de lo que recordaba, pero el halo de poder que emanaba de su persona refulgía como un escudo infranqueable. Sí, debía admitir que temía a aquella mujer.

Pero moriría antes de confesarlo.

—Tu hija me debe mucho dinero y lo que es peor: me ha intentado timar, y eso es algo que nunca he consentido ni lo

haré. ¿Quieres que todos los embaucadores de Andalucía acudan a mí como a un pardillo?

—Allá tú si dejas que te engañen. En cuanto a mi hija, se ha marchado con el que era su prometido. Afortunadamente, ya es su esposo y he dejado de tener responsabilidades sobre su persona. Busca a Frank si tienes algo pendiente con su mujer.

—Llevo un mes buscándolos, como seguro ya sabrás, y no hay rastro de ellos, por eso vengo a que tú pagues sus deudas.

—¿Y me corresponden porque...? — La ceja levantada de Luz acompañó la entonación de su pregunta.

—Porque eres su madre y las deudas

de los hijos las deben pagar sus progenit... —Marcus se detuvo antes de terminar la frase, soltando una carcajada final— ¡Eres una bruja, Luz O'Brien!

—Reclámale a su padre, tal como has dicho, es deber de sus progenitores. — Luego se giró para acabar con la discusión.

—Dime al menos si ha sido cosa de ella o has sido tú.

—No sé a qué te refieres.

—A esto. —Marcus extrajo del bolsillo de su chaqueta la pepita de oro del tamaño de un huevo, que había colgado en una cadena de piel—. ¿Fuiste tú?

—Sigo sin entenderte, pero eso que

tienes en la mano me pertenece y te agradecería que me lo devolvieras, sea cual sea la forma en la que lo has obtenido.

—¿Así que es tuyo? Entonces el tesoro de los tartesios es una realidad, y está esperando en algún lugar de ese desierto entre las sierras y marismas que compraron tus abuelos.

—¿No me digas que mi hija y su marido te engañaron con el oro del tonto? —Luz acabó la frase con una sonora carcajada que atravesó de parte a parte el orgullo del hombre—. ¿A ti? —Volvió a reír, esta vez doblándose ligeramente sobre su cintura.

—No permito que nadie se ría de mí, Luz, puedo matarte con mis propias

manos sin apenas despeinarme.

—Es típico de los incautos y tontos pagar sus frustraciones con los inocentes, ¿acaso te duele demasiado admitir que te han engañado?

—No me han engañado, el oro existe y sé que te has encargado de hacer desaparecer a los testigos. No me extrañaría que fueras capaz de matar a tu propia hija.

—No lo dudes ni por un segundo. — Luego tomó la pepita de las manos del hombre—. Ven aquí, aunque tal vez debería dejar que siguieras creyendo que existe ese magnífico tesoro, y venderte a precio de oro un pedazo de erial inservible. Pero, ver la cara de

necio que vas a poner cuando descubras cómo te han timado merecerá la pena.

Luz caminó hacia una de las habitaciones al final del pasillo que se abría a su derecha. Era un despacho, bien iluminado por dos grandes ventanales. Hizo tocar una campanilla y esperó en silencio a que acudiera una de las criadas.

—¿Señora? —La muchacha saludó a ambos con la cabeza después de hablar.

—Ve a la cocina y trae un par de cuencos de madera, y pide a Ana que traiga el aceite de vitriolo que tenemos en las estanterías de la limpieza.

Una nueva carcajada azotó a Luz mientras giraba entre sus dedos la brillante piedra.

—¿Qué? —Marcus aún la miraba con ira.

Riendo, Luz dio unas palmaditas en el brazo de uno de los sillones.

—Toma asiento. —Luego, se dirigió hacia su propia silla, a dos varas de distancia.

Ambos se sostuvieron la mirada silenciosos durante los minutos que Ana tardó en atravesar la puerta, cargada con los objetos pedidos y unos gruesos guantes de piel.

—Tienes que ponerte esto, si te cae alguna gota sobre las manos te quemarás —habló dirigiéndose a Luz—. ¿Para qué lo quieres?, ¿no estarás pensando arrojárselo a la cara? —dijo, mirando

hacia el hombre sentado a su derecha, que de forma instantánea se levantó antes sus palabras, provocando de nuevo la hilaridad de su anfitriona.

—No te preocupes, Ana, para él tengo reservado placeres más refinados. Bien, vamos con ello y hagamos que esta basura salga cuanto antes de mi casa. — La mujer vertió unos dedos del ácido sobre cada cuenco—. Dame tu pepita de oro —dijo, extendiendo los dedos. Ante la cara alucinada de Marcus, el material se comenzó a deshacer en cuanto lo sumergió en el ácido, perdiendo el lustroso brillo—. Esto es pirita, lo llaman el oro del tonto, por su semejanza con el verdadero metal precioso, pero con ausencia de valor. Lo

guardaba porque era un regalo de mi madre. Supongo que nuestro retoño lo encontró en mi caja fuerte, y se hizo una idea equivocada de su valor y de su origen. —Luego tomó su propio sello de oro, agarrándolo con un trozo de tela de algodón, para sumergirlo en el vitriolo —. Esto sí es oro verdadero, resistente, e inalterable frente al ácido. ¿Quieres introducir tu dedo para comprobar que no te estoy haciendo un truco de magia?

Marcus agitó la cabeza, mientras permanecía pensativo observando las manos de la mujer. Luego, por fin enfrentó su mirada.

—De acuerdo, veo que he sido engañado, pero aún creo que tienes algo

oculto en algún lugar al otro lado del río y voy a ir a por ello, aunque tarde años en encontrarlo.

—Vida, solo hay vida ahí dentro, aunque seas reacio a creer que pueda existir algo así en ese trozo de infierno. Y puedes buscar tu tesoro cuanto quieras, tal vez acabes por descubrir que lo que tú y yo llamamos tesoro no es precisamente lo mismo. —Con manos lentas se retiró los guantes uno a uno, antes de dejarlos sobre la mesa y enfrentar la mirada del hombre—. Ahora sal de mi casa, porque no quiero estropear ese magnífico sillón, y lo haré cuando te arroje estos cuencos si no desapareces de mi vista.

Alrededores de Doñana, noviembre de 1844 (22 años antes)

Era poco después del amanecer, el grupo de cinco personas se movía al paso lento de sus caballos. La seca arena, que se acumulaba en días de calma sobre el suelo, parecía flotar en el aire ocultando en parte, tras un velo de polvo, la amplia extensión que habían recorrido desde que salieron del cortijo, mucho antes del alba.

Poco a poco, los hombres que acompañaban a Luz fueron apagando cada una de las antorchas que habían alumbrado su caminar en silencio bajo

la noche estrellada. Esa mañana tendrían de nuevo viento de levante, y la bruma de arena que empezaba a moverse con las luces del naciente día así lo pregonaba a voces. Viento diurno, aire que solo se movía impulsado por el calor del sol sobre la caliente arena. A su derecha, la superficie cristalina de una laguna aislada reflejaba las nubes blancas que cruzaban el cielo; al frente, la luna en cuarto menguante aún permanecía reacia sobre el horizonte.

Las paredes de la sierra, toscas y pobladas de matorrales, mudaron su color del negro al verde vivo cuando los primeros rayos de sol dieron de lleno sobre la roca. El paisaje de este antiguo lugar, oculto bajo mantos de arena,

parecía estar aguardando la llegada de algo; Luz notó el escalofrío inmediato, hacía casi diez años que no había vuelto a pisar la zona.

Habían abandonado Sanlúcar dos días antes, Luz no podía esperar para advertir a Kore de la amenaza que representaba Marcus. El hombre había salido de su casa más convencido que nunca de que ella ocultaba algo. Tuvo que sujetar el impulso que la obligaba a salir en busca del emplazamiento inmediatamente después de que Dubois abandonara la casa, por fortuna, la mujer fría que había aprendido a vivir en su interior sujetó a su verdadero yo, mucho más visceral. Sabía que Marcus

vigilaría sus movimientos.

Dos días, cuarenta y ocho horas de angustia antes de abandonar la ciudad disfrazada como una de sus sirvientas, mientras otra ocupaba su lugar en el lujoso carruaje de los O'Brien.

Cuando la luz se hizo más clara, pudo ver la figura que avanzaba deprisa a su encuentro. La sonrisa acudió con rapidez a su rostro, a pesar de la angustia que el apresuramiento del viaje le había provocado.

Kore le devolvió el gesto con un movimiento de la mano en señal de saludo, a ella y a los cuatro hombres que la acompañaban subidos aún en los caballos. Luz desmontó de un salto sujetando la falda sobre las rodillas, dos

de sus acompañantes la siguieron hasta encontrarse con el hombre que les daba al encuentro. Sin preocuparse por quiénes los observaban, la pareja se saludó con un largo beso de amantes y un abrazo efusivo.

—¿Qué haces aquí, Luz? —El hombre la apartó unos centímetros de su pecho, para observar su cara mientras preguntaba.

—Lo sé, sé que es una imprudencia, pero tenía que venir a avisar. Es Marcus; creo que sospecha, hay que volver a cerrar y cubrir todo el emplazamiento, me temó que levantará una por una cada roca y cada piedra hasta dar con algo.

Las dos figuras que la seguían se aproximaron algo más a la pareja. Eran dos hombres que no pasaban de los treinta, con las cabezas cubiertas con pañuelos y poblada barba oscura. Sobre el hombro derecho les colgaba un fusil, mientras en el izquierdo llevaban un pico y un rollo de cuerda gruesa, respectivamente.

—Siento el cambio de planes, Kore —dijo el más alto de ellos, alargando la mano para estrechar la que se le ofrecía—. doña Luz no ha querido atender a razones, ya le hemos dicho que el lugar está inestable y que no era necesario que viniera con nosotros.

—No te preocupes, ya conozco

suficiente a doña Luz, nadie puede hacerla cambiar de parecer. Que tus dos compañeros oculten los caballos, vosotros vigilareis la entrada hasta que regresemos. —Aún tomándola de la cintura, el hombre dirigió a la mujer hacia el pie de la montaña—. Ya que has llegado hasta aquí te mostraré lo que hemos descubierto antes de volver a cubrirlo.

Los hombres los siguieron en silencio, bordeando la pared por un camino apenas visible entre el follaje. La pareja desapareció entre las sombras, donde un grupo tupido de árboles ocultaba una entrada. Sus hombres quedaron en el exterior, ocultos entre el ramaje.

A oscuras, Kore palpó la pared interna del pasadizo donde se encontraban, y en el cual la luz diurna desapareció de un plumazo. Lentamente encontró los útiles para prender una tea. La cara de Luz, iluminada por la amarilla claridad, sonrió de nuevo al hombre.

—¿Te he dicho que reluces cuando sonríes? —Le dijo él, asombrado de nuevo por la belleza de la mujer.

—Al parecer, solo lo debo hacer cuando estás cerca, porque hace mucho que nadie ha alabado mi sonrisa.

—Si es así, deberías prodigarla más, vuelves a tener veinte años cuando sonríes.

—Entonces, será mejor que te ate a mí; así siempre tendré una sonrisa a mano.

—¡Ja, ja!, vamos, estoy seguro que ya estás planeando con qué cuerda harás esos nudos.

Todavía riendo, marcharon por unos minutos a través del frío túnel, hasta que el camino se bifurcó. Andando por el pasaje de la izquierda, Kore palpó la pared cubierta de gotas de agua hasta que encontró la grieta escondida. Dándole la tea a la mujer, y colocándose unos gruesos guantes que llevaba colgados de la cintura de su pantalón, quitó las piedras que con tanto cuidado habían colocado sus hombres cuando él

salió hacia unos minutos, amontonándolas en un rincón.

—Uno de los hombres de la entrada vendrá a volverlas a colocar, deja la antorcha en ese rincón, no podemos pasar con ella encendida —le aclaró a Luz, mientras retiraba el último pedrusco—. Pégate a mí y no te apartes de la pared cuando crucemos al otro lado.

Lentamente, la abertura apareció ante sus ojos. El hombre volvió a quitarse los guantes, para suspenderlos de nuevo sobre su cinturón, y tomó la mano de la mujer haciendo que ambos se deslizaran de lado, a través del estrecho resquicio que acababa de descubrir. Cuando cruzaron, desde el otro lado ya no

entraba más que un pequeño asomo de claridad. El hombre se agachó palpando la tierra hasta encontrar una lámpara de carburo, que encendió.

Ella elevó el rostro hacia su acompañante, cuyos ojos oscuros brillaban a la luz de la llama. Luego, se volvió para ver la gruta en la que se encontraban. Las paredes de la amplia cueva, horadadas en la roca por la acción de los ríos subterráneos, descendían hasta más de veinte varas por debajo de sus pies. La belleza de lo que la rodeaba la volvió a dejar sin aliento, como cada vez que observaba el lugar.

Caminando por el estrecho pasaje de

menos de una vara de ancho que bordeaba el precipicio a sus pies, el corazón le martilleó en el pecho observando cómo el borde de la sima en la que se encontraban se precipitaba hacia un vacío cada vez más oscuro, mientras se adentraban en el corazón de la montaña. Oía el ruido continuo del agua muy abajo de sus pies.

Estaba de nuevo en la entrada al pasado, el camino hacia el comienzo, hacia el legendario lugar que tantos otros habían buscado durante siglos, la civilización que atesoró por momentos todo el saber del mundo conocido. Mientras recorría el estrecho paso, Luz volvió a convencerse de la necesidad de mantener oculto ese tesoro,

especialmente en los momentos de inestabilidad que azotaban el país durante el último medio siglo.

Quince minutos después, la roca natural, la belleza de las estalactitas y estalagmitas que había creado la naturaleza, dio paso a otra belleza mucho más humana, pero no menos impresionante. En ese momento, al recorrer con la luz las paredes que habían sido adecentadas de polvo y escombros por los hombres del pueblo que llevaban más de cuarenta años trabajando en ellas, la mujer comprendió que no había error posible

respecto a su hallazgo. El lugar era lo que describían sus fuentes, por fortuna nadie había sabido entender que los círculos concéntricos, que habían aparecido en numerosas representaciones, no se referían a círculos de agua, sino a círculos montañosos, a pasajes subterráneos que llegaban desde el mar, cruzando marismas y se adentraban en la sierra, pasajes que habían ido estrechándose con los movimientos de tierra y perdiéndose en el olvido bajo dunas y agua.

La pareja tardó otros veinte minutos en descender hasta la base de la inmensa oquedad, ayudados por las cuerdas, fijadas con ganchos, que habían sido

colocadas sobre las paredes en los lugares donde la antigua escalera, escavada en la pared, había desaparecido. Trescientos escalones, de vara y media de ancho, aún mantenían su posición permitiendo grandes tramos de descenso fácil; el resto se suplía con cuerdas y enganches y, en algunos tramos, escaleras de madera.

Abajo, la luz volvió a inundarlos procedente de una docena de candiles encendidos. El movimiento de las llamas hacia la derecha le confirmó a Luz el hallazgo de una segunda entrada, mucho más accesible a carros, que había sido de nuevo disimulada tras su descubrimiento hacía cuatro años.

—Todo es como siempre había oído narrar a mi abuelo. Las historias, esas leyendas, esos cuentos que tantas veces me han relatado eran todas ciertas. — Oyó comentar al hombre parado a su espalda, sobre cuyo pecho ella había reposado su cuerpo—. Todo era real y ha estado miles de años a nuestro alcance sin saberlo.

—Todos hemos perdido nuestra historia en algún momento, Kore, da gracias al cielo por reencontrarte con ella en esta vida.

—Pero habrá que volver a taparlo, no podemos hacer público este descubrimiento sin hablar de...

—Sí, no podemos, habrá que ocultar

la historia y la cultura para preservarlas de la ambición —le cortó ella con un suspiro—. Una pena, pero no nos arriesgaremos, esto se llenaría de curiosos, vuestro pueblo pasaría a ser una mera atracción de feria, y finalmente volverían las luchas por poseer el tesoro. —Elevando el brazo, Luz sujetó la mano que el hombre había depositado sobre su hombro derecho—. Manteneos ocultos, procura que nadie salga del campamento durante mucho tiempo. Yo os enviaré todo lo que necesitéis, y en especial vigila a María y a Frank, no podemos permitir que vuelvan a contactar con Marcus después de lo que vieron.

—No te preocupes, nos ocuparemos

de ellos. —Alargando el brazo libre, el hombre sujetó la cintura de la mujer apretándola contra su cuerpo—. Eso significa que no nos veremos en mucho tiempo, Luz.

—Lo sé, pero te juro que esta será la última vez que nos separemos.

Capítulo 17

Adonaí

Pradobajo, enero de 1867 (hoy)

Dolores sabe que no es digno. No que no sea digno de ella, no se considera por encima de la media; sabe que no es digno en general andar intrigando por los rincones y buscando información. Pero está aburrída, desesperada y necesita entretenerse en algo. Lleva tres

años junto a su abuela y solo ha conseguido que le cuente unas pocas frases sobre su madre, su padre, o sobre ella y sus supuestos hijos.

Los viajes a la ciudad se han vuelto poco entretenidos. Allí tiene muchos amigos, conocidos más bien; en el ateneo es apreciada, al menos como una rareza interesada en los estudios que normalmente atraen a los hombres. Ellos le sonrían, le dan material para su entretenimiento y le recuerdan lo hermosa y joven que es como para perder el tiempo metiendo la cabeza entre libros, cuando podría estar haciendo muy feliz a un hombre; supone que cumpliendo todos sus deseos.

Así que no va a volver a preguntarse

si es o no digno de ella interrogar a una pobre criada sobre los misterios de esa casa.

Están en el despacho; Dolores aprovecha para entrar cada vez que Luz sale a la ciudad. Sabe que su abuela no se molesta cuando lo hace; las librerías repletas ya no son un misterio para ella, debe haber ojeado cada uno de los más de mil ejemplares allí ubicados.

La otra muchacha es joven, lo suficiente para ser tan curiosa como ella misma y bastante charlatana; ya ha conseguido sonsacarle algo sobre la fama de malvada de su abuela en un par de ocasiones. Cree que todos están de acuerdo en su perversidad, aunque muy

pocos dan detalles de esas cosas horribles que ha hecho.

Ella misma le contó que hace unos años compró toda una escuela para cerrarla y derribarla; algo al parecer le había sentado no demasiado bien a su augusta majestad. También ordenó desalojar a más de cien aldeanos, porque habían adquirido la mala costumbre de investigar en las cuevas naturales que compartían Pradobajo y Aguastempladas y, algo inaudito, utilizar las piscinas naturales de agua templada para bañarse en invierno.

Dolores sospecha que pensar que esa era la misma agua que llegaba a ambas casas en forma de manantial sacudió los cimientos de sus principios burgueses.

Incluso algunos afirman que Luz hizo desaparecer a toda una familia de aldeanos que usaron las pozas de agua con demasiada asiduidad; hay quien llegó a especular que esas personas sufrieron enormes y crueles torturas antes de abandonar este mundo, por supuesto de la propia mano de Luz Bella.

—¿Crees que el doctor se parece a su abuelo?, aunque por lo poco que he logrado ver no está tan gordo como él; creo que lo vi subirse al caballo una vez, y su aspecto era ágil y musculoso para un hombre mayor. —Dolores habla, está observando el retrato de su bisabuelo Manuel.

La muchacha, arrodillada a sus pies mientras elimina los restos de óxido del frente de un pedestal, habla levantando el rostro divertida.

—¡Oh, señorita! Le aseguro que no es un hombre mayor, muy al contrario, su cuerpo es joven y más de una daría la vida por echarle un vistazo tal como su madre lo trajo al mundo; sí señora, al menos todas las mujeres de esta casa. ¡Qué espaldas, qué piernas, qué trasero y... qué cara!, ¡ay madre santísima!, ¡morirá en cuanto lo vea, señorita! — Sus aspavientos y su lengua suelta la están divirtiendo enormemente, por eso sigue pinchándola para extraer toda la información que posee.

—Lo dudo, no me gustan los hombres demasiado atractivos, suelen ser excesivamente vanidosos. Pero reconozco que debe ser mucho más agradable hacer el amor con un hombre guapo —responde, devolviéndole algo de sinceridad.

—¡Ah, pero el señor no es solo guapo, señorita!, es amable, inteligente y... diferente a todos los demás señores.

—¿Diferente?, ¿Por qué es diferente?, un hombre es un hombre.

—Ya me dará la razón y acabará, como todas, deseando meterse en su cama.

—¡Lupe!

El vozarrón de Ana corta de raíz la

conversación. Dolores no sabe el tiempo que lleva oyendo, pero su rostro refleja incomodidad ante las palabras desvergonzadas de Lupe. Azorada, la muchacha murmura una disculpa antes de salir de la estancia.

—Si tiene alguna pregunta es mejor que se la haga a doña Luz, señorita. No me gustaría estar en su pellejo ni en el de esa pobre inculta si hubiera sido ella la que hubiera sorprendido esta conversación. No es propio de una señorita andar hablando de un hombre soltero en esos términos.

—¿Quién te dice que quiero hablar como una señorita? —Ana la mira seria—. No quiero reprocharle nada a mi abuela, pero no creo que se me deba

exigir más de lo que ella demuestra.

—La vida ha sido dura para Luz, no quiero que sea cruel.

—Yo no he sido ni pienso ser cruel, Ana. Respeto a mi abuela, creo que he aprendido a valorar la mujer que es y comprendo sus argumentos para vivir como y con quien lo hace. No tienes idea de a qué nivel lo comprendo — habla, mientras abandona el despacho, pensando en su propio gitano, ese al que hace casi tres años que no ha vuelto a ver y que tal vez a esas alturas no sea más que polvo en alguna duna.

Se ha consolado pensando en que si no vino a por ella tal vez solo la muerte se lo haya impedido.

¿Podría llegar a ser más ilusa? Tres años, mil noches y aún sigue viendo sus ojos oscuros en el momento en que le preguntó si algún día podría perdonarlo. Dolores no cree que viva suficientes años para hacerlo.

Alrededores de las marismas de Doñana, campamento gitano; finales de julio de 1845 (22 años antes)

El niño salió del cúmulo de túneles y avanzó en silencio; la noche había caído hacía unas horas, cuando el sol de verano se ocultó en el horizonte arenoso permitiendo que un atisbo de brisa

mitigara el calor del día.

Nadie le prestó atención mientras caminó junto a los viejos carrromatos, frágiles vehículos asolados por el paso del tiempo y por el clima; concebidos como medio de transporte, habían acabado por afianzarse sobre la tierra a base de improvisados pilares de barro y piedra; dispuestos en círculo entorno a una hoguera central, alimentada durante toda la noche por las manos vigilantes del único guardián nocturno.

Tardó cinco minutos en dejar atrás las voces de sus familiares, y continuó hasta oír solo el ladrido del viejo perro pastor que cuidaba el rebaño comunitario; unos pasos, y llegó junto a las escasas chozas de madera dispersas alrededor de los

carrromatos.

Todo el asentamiento, velado por las simas de las montañas y la inmensidad semidesértica que lo rodeaban, no era más que un híbrido entre las dos culturas que convivían en el mismo lugar: la adquirida de sus ancestros y arraigada desde hacía miles de años, heredera de los dioses de los fenicios que un día ocuparon esa misma tierra; y la nueva fe cristiana, afianzada por el sacerdote que vivía con ellos, y repartía la comida y los sermones con igual generosidad.

Desde la ladera de una colina, el lugar se asomaba sobre el valle que quedaba a sus pies, cruzado por un río de crecidas estacionales que variaba

desde unos cuantos palmos a varias varas de ancho entre orilla y orilla. Un mero afluyente que atravesaba la inmensidad del paisaje partiéndolo en dos; convirtiendo esa zona del valle en fértil o árido a su entero capricho.

Hacía casi veinte años que habían vuelto, sin ser conscientes de ello, al mismo lugar que vieran sus antepasados miles de años atrás. Nada de la magnificencia que un día cubrió la reseca tierra que ahora habitaban quedaba visible. El tiempo, el mar y las acometidas de agua habían alejado progresivamente la costa y habían permitido que el polvo cubriera, hasta hacerlas invisibles a ojos no doctos, las ruinas de lo que un día fuera una tierra

rica, culta y próspera.

Era un muchacho fibroso y alto, rápido como una serpiente; igual a un furtivo, caminaba silencioso ocultándose entre las sombras; disimulado en sus ropas llevaba su botín, el trozo de pergamino que tanto le había costado conseguir.

Sin llegar a distinguir del todo el bien del mal, solo era medianamente consciente de la importancia final de lo que portaba: la llave para salir de allí. Esa ignorancia es la que lo hizo dudar unos momentos antes de franquear la manta que cerraba la ajada choza.

—¡Adonaí! —La mujer del pelo rubio cubrió los pasos que los separaban y él

dejó de dudar. Vestida con un rudo traje gitano que no ocultaba su origen inglés, le habló en su propio idioma de mujer española—. Dime que lo tienes, Adonaí.

El muchacho, inconscientemente rozó con la yema de sus dedos el tesoro. Justo antes de extraerlo, volvió a titubear; en el fondo del chozo, los ojos transparentes del payo lo vigilaban. El hombre había cambiado mucho en los últimos meses, una tupida barba adornaba su cara y sobre su bronceada tez los ojos, extremadamente claros, destacaban ansiosos.

El niño retrocedió dando un paso atrás, buscando instintivamente la entrada de la choza; más por duda que por miedo. Las palabras le sonaban

hermosas cuando ella le hablaba, cuando le tomaba las manos y le susurraba en el acento jovial de los andaluces. Pero él era distinto, aun cuando casi no le dirigía la palabra, siempre creía distinguir un retazo de crueldad en sus ojos incoloros.

Muy a su pesar, Frank se alejó para dejar que fuera su mujer la que de nuevo acabara persuadiendo a aquel crío. Perfecto conocedor del poder que ella podía ejercer sobre cualquier hombre que la contemplara, incluso el pequeño gitano caía rendido ante cada una de sus palabras.

—Dame el mapa, Adonaí. —Mientras hablaba, ella acompañó las palabras con

una amplia sonrisa.

Un simple gesto, suficiente para que el niño extrajera lo que ocultaba entre sus ropajes olvidando cualquier duda. Con la mano extendida, su mirada alternó entre el trozo de papel y la mujer parada ante él a la que ofrecía, aún sin ser consciente de ello, todo cuanto le quedaba a su pueblo.

Tan absorto estaba en los bellos ojos verdes que lo observaban, que no sintió los pasos que se acercaron arrebatándole el tesoro que tanto le había costado conseguir. Repentinamente enojado, se enfrentó furioso al hombre que ahora estudiaba con detenimiento el mapa dibujado sobre el pliego.

—¡Es mío! —El orgulloso gitano rabió de impotencia cuando se topó con la mano que, sujetándolo por el cuello, lo mantuvo alejado del trozo de papel —. ¡Maldito payo!

—No hay que enseñar buen castellano a estos ignorantes, María. —Con un claro acento inglés, el hombre acabó la frase con una jocosa risa, que enfureció aún más al chico; inútilmente el muchacho se agitó bajo su brazo intentando recuperar el trozo de papel —. ¿No ves que es solo un salvaje? ¡Aparta si no quieres que te parta la cabeza! —renegó, liberándolo de un empujón.

—¡Perro! —gritó el muchacho,

escupiendo a su agresor.

Frank guardó rápidamente el mapa entre sus ropas, antes de asir de nuevo al niño en un poderoso abrazo que hizo que se levantara del suelo.

—¡El maldito bastardo pesa bastante! —habló, amordazándole la boca con la palma de su mano derecha—. ¿No dices que solo tiene ocho años?, espero que nuestro hijo no sea tan alto, no me agrada que me miren por encima del hombro.

—No le hagas daño, no es más que un niño, y confía en mí.

Con los pies a un palmo del suelo, el muchacho se agitó para liberarse de los brazos de su agresor. Un movimiento inútil hasta que decidió atacar de otra

forma. Serpenteando sobre sí mismo, consiguió abrir la boca lo bastante como para morder la mano que lo amordazaba.

La punzada de inesperado dolor alcanzó para que Frank relajara su agarre. Suficiente para que el chico cayera al suelo en cuclillas, apartándose rodando sobre sí mismo en un movimiento, tan súbito, que el hombre casi no acertó a ver.

En la semipenumbra, Frank fue capaz de distinguir la mirada agresiva del niño arrodillado al fondo de la choza, y la diminuta arma en las manos del muchacho: la hoja afilada de un puñal de sílex.

—¡Desaparece si no quieres que

acabe con tu mísera vida! —le increpó Frank, dudando sobre si atacarlo de nuevo, aún consciente de la punzada de dolor sobre la mano mordida.

Como una culebra, el niño se dejó caer para salir del chozo de madera por un hueco que quedaba entre los tablones a ras del suelo. Inmediatamente arrepentido de su impulso de dejarlo ir, el hombre intentó inútilmente atrapar el pie del muchacho en el último instante, antes de que acabara desapareciendo entre los tablones.

—Ese gitano nos traerá problemas. — Furioso por sentirse derrotado por alguien tan insignificante, se giró para enfrentar la mirada de la mujer.

—¿Tenías que estropearlo todo? —

Con el paso lento de una embarazada, se aproximó increpándolo—. No tenías más que permanecer callado mientras yo lo convencía.

—¿Acaso pretendías que lo lleváramos con nosotros?

—Claro que no, ya me ha quedado bien claro que para ti es un estorbo, pero es alguien que ha nacido aquí, es fuerte y creo que nos hubiera servido de mucha ayuda en el viaje.

—¡Ayuda!, ese pequeño zorro. — Pretendiendo zanjar la conversación, volvió a extraer el plano—. Al menos ha hecho bien su trabajo, ¿crees que nos delatará?

—Estoy segura de que no dirá una

palabra. Su padre lo mataría a golpes si llega a sospechar que ha sido él quien nos ha facilitado la salida.

Ligeramente agotada, la mujer buscó la suavidad de las mantas para descansar.

—Eso espero, saldremos mañana. ¿Ya tienes todo preparado para el viaje, María?

—Está todo en la bolsa, yo puedo cargar la comida y las mantas. El agua la he atado en las angarillas, tendrás que arrastrarlas hasta que encontremos algún pozo. —Aplastando el rubio cabello, ahora peinado con una sencilla cola de caballo, la mujer siguió hablando—. Yanira ya me ha conseguido la tierra para teñir mi pelo, y con estos

andrajos... al menos desde lejos podremos parecer una pareja corriente de gitanos.

Conmovido por el leve temblor que aparecía en los labios de la mujer, Frank se aproximó hasta ella. No solía ser tierno, no era su naturaleza, nadie le había enseñado, pero sabía que amaba a esa mujer que tenía frente a él. Ella y ese hijo no nacido que cargaba en su vientre eran todo cuanto tenía en este mundo, por eso las diminutas lágrimas que recorrían la blanca cara de la mujer se convirtieron en un pellizco sobre su pecho.

—Todo va a ir bien, el mapa es muy claro. En seis u ocho días habremos

salido de este infierno, iremos a por nuestra parte del tesoro de los O'Brien. Y él nacerá en nuestro mundo, ayudado por las manos de un buen doctor y no de una partera inculta.

El abrazo silencioso era observado, contemplado con envidia por los ojos del niño. Acostado sobre el suelo, mirando a través de la rendija que dejaban las maderas que formaban la base del chozo, el muchacho oprimió entre los puños la arena seca de la vera de Doñana, furioso, celoso y temeroso.

Nunca es fácil confesar un delito, una falta, un error. Finalmente, el temor por lo que pudiera pasarle a la mujer

durante el viaje por el territorio semidesértico pesó más que su propia integridad. El niño no se arrepentía de su decisión de confesar, aunque la mirada que vio en los ojos de su padre le hizo difícil mantenerse firme.

De pie, con las manos cruzadas a la espalda, se erguía frente al hombre, mientras los ancianos, presididos por el patriarca, les observaban sentados alrededor. Como un lince acorralado, su propio padre caminaba en círculos dividiéndose entre el orgullo y la tristeza que le habían causado las palabras del niño. Reprimiendo una blasfemia se detuvo para enfrentarse a él.

—Has hecho bien en avisarnos. —El silencio en el chozo, el mayor de todo el campamento, era absoluto, roto tan solo por el crepitar de la hoguera que se consumía en su lateral—. Has cometido un enorme error, Adonaí, pero tu confesión te honra, aunque no te libra de la vergüenza de tu traición.

—El muchacho debe abandonar esta aldea y esta familia, ya no pertenece al pueblo. —El viejo Joshua, togado con una gruesa estola fabricada en piel de nutria, habló sin dignarse siquiera a mirarlo.

El niño asintió levemente, consciente del significado de esa sentencia. Heredero del poder que había ostentado

su familia desde hacía generaciones, no necesitaba girarse para enfrentar la imagen de su propio abuelo. El anciano patriarca, portando el bastón de mando, continuó hablando desde la derecha.

—Busca a la mujer y al hombre. —La voz era ronca, arrastraba las palabras calós—. Han roto su promesa, pero deben volver aquí. Ve por ellos, recupera el mapa y repara el daño que ha hecho tu hijo. —Descansó, con la garganta reseca por lo que debía decir a continuación—. Luego deshazte de este niño —habló, a la vez que con una mano señalaba al muchacho, que finalmente tembló perdiendo el disfraz de luchador con el que había pretendido ocultar su miedo.

Alrededores de Doñana, agosto de 1845 (22 años antes)

—¡Galopa! —Una única palabra, furtiva en los labios de un padre que hacía días que no le hablaba—. Sube a tu caballo y cabalga en dirección a la puesta de sol, hasta encontrar un río. Continúa su curso y verás el cortijo. — El niño no se atrevió a preguntar, sellados sus labios por la sentencia de los ancianos. No le estaba permitido hablar con nadie de los que fueron su pueblo; su nombre gitano no debía volver a ser pronunciado—. Tienes que

entregar este papel a la Roja.

Sin esperar nada más subió al potro. El hombre adulto, parado en la entrada de la cueva en la que la mujer llamada María permanecía dormida, lo observó mientras se separaban. Inútilmente, el niño esperó una palabra de aliento de sus labios, una señal que nunca llegó.

Abatido, encaró el caballo hacia el sol de mediodía clavando los talones sobre sus caderas. Espantado, el animal levantó las patas delanteras para apartarse al galope.

Alejándose de allí, el niño recordó los últimos doce días. Acompañado solo de su padre habían rastreado la zona hasta encontrar a los fugitivos no hacía más de veinticuatro horas; para su eterna

condenación, lo que hallaron aún le hacía temblar de miedo y dolor.

La pareja había tropezado con un jabalí, que les acometió salvajemente. El hombre debió morir por una herida en el muslo pocos minutos después del ataque; ella recibió múltiples heridas y había ido perdiendo cada gota de sangre; durante varias horas siguieron el rastro hasta que por fin se toparon con su cuerpo casi desangrado. Ni siquiera un curandero del calibre de su padre podría mantener ya la vida de aquella mujer.

Entre los dos la transportaron a la cueva de la sierra, un recinto conocido solo por los hombres del pueblo. El

sanador hizo lo que pudo para mantenerla con vida, con la esperanza de que el niño no nacido que tenía en su seno tuviera alguna posibilidad, pero el tiempo se le acababa a pasos agigantados.

Cabalgar durante días no era una prueba terrible para un gitano como él; vencer al miedo, la noche, la soledad, soportar el duro calor del verano andaluz no podía ser un mérito para un hijo del pueblo. Dormir bajo el cielo estrellado, sin más compañía que la de su caballo y el aullar de algún solitario lobo, no debía ser motivo de orgullo. Aun cuando las alimañas que

merodeaban el campamento pudieran ser casi tan altas como él.

Le habían enseñado a soportar el frío, el calor y el dolor. A vencer el hambre, la sed y el cansancio. Tocado por el espíritu de su ancestral linaje, pensaba que la sangre de su familia lo protegía en la noche, y ese sentimiento lo impulsaba a seguir cabalgando sobre el caballo castaño. No tenía miedo a la soledad, a eso que llamaban muerte, no temía a las bestias de las veras, dunas y marismas, aunque nadie mejor que él sabía lo que eran capaces de hacerle a un hombre. ¿Qué podría ocurrirle a un niño como él? Desechó la idea, el miedo acudía como un buitre sobre las mentes

débiles, pensar en el peligro lo atraía, como atraía la carroña a las aves de rapiña.

¿Por qué entonces había de temblar un valiente como él ante la idea de enfrentarse a La Roja?

Quizás porque lo hacían todos. Porque había crecido entre murmullos de su nombre, rodeado de siniestras historias sobre ella. Porque era quien, en las noches insomnes, acudía a sus pesadillas atrapando su cabello entre sus garras de arpía. En esos momentos empezó a creer que enfrentarse a ella podía ser una batalla muy dura. Solo llevaba medio día cabalgando, apenas seis horas desde que vio por última vez la imagen de su padre, y ya le parecía

una eternidad; nunca había permanecido solo tanto tiempo.

Antes del anochecer detuvo la marcha junto a un brazo de marisma; buscó pasto para el caballo y bebió de la calabaza ahuecada que contenía su reserva de agua dulce. Luego se dedicó a rezar y asear su cuerpo cansado, antes de prepararse para pasar la noche.

El niño salió corriendo del agua hacia la orilla arenosa, justo en el recodo de la ría. Como cada vez que oía el sonido del viento o el leve crujir de alguna hoja, volvió la mirada. No tenía mucha experiencia en ese solitario lugar y,

aunque nada de lo que recordaba le daba razón alguna para poner en duda que sus pertenencias y el improvisado refugio que había construido estuvieran seguros, aceleró los movimientos hacia el cúmulo de telas que era su ropa.

Se agachó sobre las prendas, todavía goteando agua profusamente, y rebuscó entre el montón hasta encontrar la pequeña hoja de sílex; giró en redondo, apretando con los dedos el mango de madera. Había aprendido a luchar casi antes de andar, y a los siete años de edad era capaz de acertar sobre un conejo en movimiento con un simple giro de muñeca. En muchas ocasiones, durante el último año, había conseguido la comida para toda su familia de esa

forma. Una comida que, aunque no era necesaria, pues su padre tenía el honor de ser uno de los mejores cazadores del campamento, sabía que llenaba de orgullo el ancho pecho del hombre.

El niño esperó un rato, alerta, girando levemente la cabeza de un lado a otro, y después poco a poco, cuando se cercioró de que nada ni nadie se acercaba, dejó que sus músculos se relajasen. Aún atento a lo que ocurría a su alrededor, se agachó para comenzar a vestirse. Aunque lo intentó, no pudo evitar que su corazón siguiera golpeándole el pecho durante unos minutos más.

Molesto ante ese signo de debilidad,

arrojó el cuchillo sobre la arena clavándolo hasta la empuñadura; no era digno de él asustarse como un gazapo al mínimo ruido.

Una vez seco, agrupó algunas piedras para que le sirvieran de hogar a una pequeña fogata; no había mucha leña, así que solo reunió lo suficiente para calentar su comida y la tierra alrededor durante unas horas antes de dormir.

Acostado sobre el suelo, trataba de mantener su cuerpo caliente. La noche, mucho más fría, empezaba a ser casi completa. Tapado con una leve manta de lana, casi insuficiente para cubrir un tercio de su cuerpo, intentaba maximizar el contacto con la caliente tierra hundiéndose en ella, capturando el calor

del sol diurno atrapado en las arenas de la duna en la que descansaba.

El corazón del niño dio un brinco al oír la leve pisada; sus oídos, acostumbrados al más absoluto silencio, eran capaces de distinguir el desplazamiento de una serpiente sobre el vientre, el aletear de un búho, el caminar de un lobo; y ese parecía uno enorme. El estómago se le revolvió, haciendo que la leve cena le subiera hasta la garganta, donde se convirtió en un nudo cuando el temor apareció en su mente.

Permaneció tendido, totalmente inmóvil, con los ojos muy abiertos atravesando la espesa oscuridad; sin

moverse, casi sin respirar. Volvía a añorar la presencia de su padre, y volvía a odiarse por ese signo de debilidad. Deseaba haber podido conseguir más leña, para mantener a raya la oscuridad y todo lo que se escondía en ella. Finalmente, agotado por el duro día de camino, el miedo y el sueño, acabó por dejar de pensar, de mirar y solo recordó.

Alrededores de Doñana, mayo de 1843 (2 años antes)

La mujer caminaba en silencio; junto a ella su hijo avanzaba a pequeños saltos, yendo de aquí para allá sin casi

detenerse a respirar. El pequeño jugueteaba con los insectos, acechaba a los pájaros e inventaba guerras con las ramas de los árboles.

Minutos más tarde, la mujer aceleró el paso y alargó la mano para sujetar el hombro del niño. Aunque su absoluta mudez no lo hubiera impedido, no habría pronunciado ni una sola palabra. En aquella zona era mejor no hacer excesivo ruido, pero la distancia a la que el pequeño de cinco años se estaba apartando no le dejaba otra alternativa.

—No puedes salir del sendero— expresó en un lenguaje de signos solo entendible por su propia familia.

Sabía que no debía apartarse del

camino trazado por el ganado, claramente visible en el polvo apenas depositado sobre el suelo rocoso. El espacio seguro de tres varas a ambos lados del camino era suficiente para suministrarle las hierbas que había ido a buscar. Hojas y raíces necesarias para que su esposo, el joven curandero, preparara medicinas para las reses. La semana había sido dura, cinco vacas muertas en los últimos días; el Pueblo no podía permitirse el lujo de seguir perdiendo su sustento.

La mujer era alta, casi dos varas de estatura; de huesos fuertes, aunque delgada. Caminaba erguida sobre unas piernas musculosas, acostumbradas a caminar por el áspero terreno en el que

vivía, calzaba unas prácticas alpargatas de cáñamo. Proporcionada, joven y morena, llevaba el largo pelo negro recogido en una cola baja; su piel era levemente bronceada y carente de vello. Los ojos, grandes, redondos y oscuros, estaban llenos de curiosidad. Era el rostro de una niña en un cuerpo de treinta años.

Acarreaba un viejo fusil cargado y atado a la espalda, un gran canasto sujeto en la curva del brazo izquierdo, y una sobrefalda alrededor de las caderas, formando dobleces y bolsillos para guardar objetos. Prácticamente todos los huecos estaban repletos de las plantas recolectadas en el camino; solo le

faltaba encontrar una, pero era la más importante, la raíz con la que su marido prepararía el brebaje que curaría a los animales. Conocía el lugar perfectamente, sabía dónde encontrar lo que buscaba. Únicamente necesitaba adentrarse por unos pasos en el valle, unos minutos tan solo y salir con el preciado cargamento.

Silencio, necesitarían entrar en silencio, era el territorio del jabalí, el camino natural de cualquier animal que atravesara el valle en dirección a la salida. Pero ella no era una mujer corriente, sabía ser cautelosa, silenciosa y rápida. Con un gesto claro, llamó a su hijo sin siquiera pronunciar una palabra.

—No hagas ruido, Adonaí. —Le dijo

con señas. Las manos de la mujer se acercaron en un puño hacia su corazón formando el nombre de su hijo.

El niño, tan delgado y ágil como su madre, acudió rápidamente. Perfectamente instruido, entendía que ahora no debía hacer ruido, así que caminó en silencio sin apenas mover la tierra a su paso hasta colocarse junto a ella.

Los arbustos no eran fáciles de reconocer; esparcidos, escasos y perdidos entre las piedras, solo una mirada experta era capaz de encontrarlos. La pareja caminaba en dirección a un cúmulo de piedras rojizas; tras ellas, protegidas del duro

sol, las plantas podían crecer lo suficiente como para que sus raíces fueran útiles. Cuando se acercaron, la mujer suspiró defraudada, solo había tres pequeños plantones, escasamente suficientes para preparar un poco de infusión. Aun así, decidió inclinarse para extraer las plantas sin separar las raíces.

Agachada en cuclillas, casi estuvo a punto de no reconocer el leve ruido. Con los sentidos alerta, dejó por un instante de hacer lo que la ocupaba, para observar el rostro de su hijo, a solo unas pulgadas del suyo propio. El muchacho asintió sin pronunciar ni una palabra; él también había oído los pasos del animal que se acercaba.

La mujer se levantó levemente para echar una mirada alrededor. Preguntándose si estaba en lo cierto al pensar que era un jabalí el que podía hallarse cerca, empezó a rodear las piedras sin mostrar el cuerpo. Se detuvo y, olvidando sus propios temores, extrajo un cuchillo del cesto que portaba.

Volvió al lugar donde su hijo, aún agachado, la observaba con los ojos abiertos de miedo. Solo pasaron unos segundos, hasta que comprendió que el origen de ese temor estaba a sus propias espaldas.

Volvió la mirada por encima del hombro y contuvo la respiración cuando

por el rabillo del ojo acertó a distinguir un súbito borrón en movimiento. Unos instantes y el animal se hizo visible: un jabalí hembra, no demasiado grande, pero envalentonada por la presencia de cuatro pequeños jabatos a solo unos pasos de ella. La mujer ahogó el gemido que se formó en su garganta, concedora de que el sonido no haría más que asustar más aún al animal.

Lentamente retrocedió, girándose, para colocarse delante del niño.

—No te muevas. —Gesticuló, moviendo solo levemente sus manos.

No sabía cómo, pero a pesar de que creía cubrir cualquier resquicio entre el animal y su hijo, antes de que pudiera sentirlo, lo que parecía un terror

absoluto se adueñó del niño, que echó a correr dominado por un pánico incontrolado, sin percatarse de ello, en dirección a las crías de jabalí, colocándose sin saberlo entre ellas y su madre.

El niño se frenó y giró la cabeza para quedarse observando los ojos de la enorme cerda, aún inmóvil pero lista para atacar. Abrió la boca para chillar, un grito que no salió de su boca, pero cuyo esfuerzo le hizo resbalar y caer de espaldas sobre el suelo.

El jabalí amagó una embestida, ansioso por acabar con el intruso que se acercaba a sus jabatos. Bajo un pánico angustioso, el niño se levantó a medias

para solo atinar a dar dos pasos hacia atrás antes de volver a tropezar, aun más cerca de las crías del animal, que asustadas comenzaron a emitir pequeños gruñidos. En respuesta el jabalí bufó cada vez más agresivo, mientras el niño temblaba bajo el sonido y permanecía paralizado observando cómo el animal se aproximaba.

Un segundo antes de que los mortales colmillos le atravesaran de parte a parte, la sombra del cuerpo de su madre se interpuso entre el animal y su propio cuerpo; aunque no lo bastante rápido como para no sentir cómo el extremo de uno de sus dientes se le hundía en la piel del antebrazo izquierdo. Después, la negrura se apoderó de él para apartar el

dolor.

La mujer trató de ponerse en pie, pues el primer envite había tropezado con el metal del viejo fusil, haciendo que se desprendiera de su espalda, pero evitando que el daño sobre su cuerpo fuera mayor. Volvió a perder el equilibrio cuando un nuevo y horrible golpe del animal sobre la piel desnuda la hizo caer de bruces.

Lo intentó nuevamente, y consiguió enderezarse lo justo para no aplastar con su peso al niño, que había quedado bajo ella; y se quedó allí, herida mortalmente, desangrándose a borbotones sobre la arena y el cuerpo inerte de su propio hijo, sin atreverse a moverse ante el

temor de dejar al descubierto al niño.

Eliminado el peligro, el animal se apartó lentamente de aquel ser, abandonando a ese extraño animal que ya no parecía una amenaza para sus crías.

Estimulada por algún ruido casual, la mujer abrió los ojos al cabo de un rato. Desfallecida por la pérdida de sangre, tiritaba de frío a pesar del aire caliente del mediodía. Bajo ella, el tibio cuerpo de su hijo aún respiraba acompasadamente; sonrió, a pesar de saber cuál era su propia sentencia.

En un último esfuerzo, Carmen alargó la mano hasta alcanzar la culata del fusil. Tumbada, apuntando sobre el infinito horizonte deshabitado, disparó.

La detonación atronó en media legua a su alrededor.

Convencida de que su llamada sería oída, de nuevo se sumió en la espesa alfombra de arena y, haciéndose un ovillo, dejó que el fin llegase.

Alrededores de Doñana, agosto de 1845 (22 años antes)

El niño despertó gritando. Todavía sintiendo el dolor del colmillo que un día atravesó su piel y su carne dejándole una profunda cicatriz casi vertical, blanquecina y levemente rugosa sobre el antebrazo izquierdo, que ahora volvía a

recorrer con las puntas de los dedos en un gesto inconsciente.

Todo a su alrededor permanecía en silencio.

Se puso en pie, por unos instantes no podía recordar dónde se encontraba; su corazón palpitó fuertemente bajo las convulsiones de la larga noche de pesadillas. Por fin había recordado; puede que la vista de los cuerpos destrozados de la pareja, la soledad, el miedo o la presencia de algún animal nocturno, hubiera finalmente abierto ese paso al interior de su mente, al momento en el que perdió a su madre.

Poco a poco el recuerdo consciente de quién era y hacia dónde se dirigía se fue abriendo paso en él. Aún sacudido

por las imágenes del pasado, empezó el nuevo día de camino.

Cargado con sus pocas pertenencias y con la única compañía del joven potro intentaba no pensar en su situación, su futuro ni cosa alguna que no fuera el río, seguir el río. La luz del día llegó paulatinamente, apartando los fantasmas que la noche le había traído, haciéndole replantearse la razón de ese temor nocturno.

Cuando llegó el mediodía había avanzado mucho, pero sin referencias claras en su camino le era muy difícil calcular cuánto de su viaje había cubierto y cuánto le quedaba. Sabía que debía seguir el cauce, continuar su

camino hasta ver el cortijo.

¿Cómo era el cortijo? Había oído hablar de él a la mujer rubia del campamento. Un lugar en medio del valle en el que todo era fácil: comer, beber, calentarse y ponerse a la sombra. Donde no había que buscar leña para la noche ni pastos para los caballos. Un lugar de altos techos y paredes blancas. Pensaba que la visión debía ser maravillosa, pero en el fondo no tenía la menor idea de lo que andaba buscando. Tenía suficiente comida y el agua estaba garantizada, de momento no había por qué preocuparse.

El día se acababa, y el muchacho

abrió un hoyo en la arena del suelo, lo aisló con hierba seca y se acurrucó nuevamente en él para dormir. Esa segunda noche la soledad fue algo menor que la primera. Al menos no aparecieron pesadillas, ni recuerdos voluntariamente olvidados. No deseaba pensar en el mañana, decidió vivir únicamente para el presente, caminando día a día en la dirección de la corriente, soportando los días de calor y las noches de insomnio. Seguir el río se convirtió en un fin en sí, porque era la única forma de dejar atrás su pasado y descubrir adónde le llevaría el mañana. Siempre fiel a su espíritu inquieto, sabía que en todo aquello había algún propósito.

El cuarto día amaneció y el agotamiento del muchacho se unió a la dificultad del potro para encontrar pastos. La orilla rocosa era muy abrupta, provocando que la hierba creciera en sus laderas menos profusamente de lo que lo hacía río arriba.

El niño era fuerte para su edad, obstinado y enérgico; pero la vista de su caballo debilitado por los días de camino empezó a hacer mella en su ánimo. Afortunadamente, tenía abundante agua para beber, pero al quinto día el alimento les comenzó a faltar a ambos. Se sintió débil por momentos, aunque no quería pensar en eso; decidió ir más lento, ayudar al

animal a buscar comida, arrancándola él mismo de aquellos lugares a los que el potro no podía acceder.

La sexta jornada de viaje fue la peor. La falta de alimento le apretaba el abdomen en un dolor constante, una punzada sorda que lo hacía apoyarse sobre el lomo del caballo mientras montaba, oprimiéndose para acallar los ruidos de sus tripas. Agarrado a las crines, se dejó llevar cuando el sueño lo dominó. Un sopor de debilidad provocado por la falta de alimento, el cansancio y los días de sol sobre su cabeza. Ya no pensaba, solo de vez en cuando se limitaba a comprobar que el animal continuaba siguiendo el curso del agua, su único objetivo.

Poco a poco la arena dejó paso a una tierra más oscura, húmeda y rica. El río se volvió más ancho en su curso, lento y amable, mojando a su paso las orillas más bajas de lo que parecía un valle bastante fértil.

Casi no notó el cambio cuando los lentiscos secos dejaron paso a verdes árboles y amplias zonas de cultivo. El aire se volvió algo menos caliente y el seco viento de las dunas cargado de arena dejó de golpear su rostro.

Recuperado por un clima menos agresivo, comenzó a erguirse en su montura cuando los primeros signos de civilización aparecieron ante él en forma de pequeñas casuchas dispersas

en el valle. Al otro lado del río, todo lo que le alcanzaba la vista, mostró la mayor extensión de tierra cultivada que había visto en su vida, vasta hasta el horizonte. Entre las altas varas de cereales y las bajas plantas de algodón, pequeñas figuras vestidas de claro se movían ágilmente.

Tardó minutos en comprobar que eran personas trabajando bajo el sol de la tarde. Temiendo que todo no fuera más que una visión, espoleó levemente su caballo empeñándose en seguir el curso del río. El cortijo, debía continuar hasta encontrar el cortijo.

Derrotado sobre el joven caballo, casi no acertó a ver el grupo de hombres que atravesaba uno de los afluentes por

su parte más baja hasta llegar a él. Seis personas vestidas de marrón y blanco. Un hombre abría el paso mucho más adelante, detrás de él caminaban dos jóvenes, finalmente tres ancianos cerraban el grupo.

—¿Dónde vas muchacho? —
Alargando el brazo, el primer desconocido tomó las bridas del caballo para detenerlo frente a él—. Tu caballo necesita descanso o acabarás con él. —
El niño se perdió en la inconciencia cayendo como una marioneta de trapo en los brazos del sorprendido hombre.

—La Roja —susurró con los ojos cerrados—. Debo hablar con la Roja.

—Muy bien, pequeño, pero antes

beberás, comerás y descansarás algo. Necesitaras mucha fuerza para enfrentarte a esa muj...

Las palabras se arrastraron acompañándolo hacia el final del túnel negro en el que empezó a caer su mente.

Madrid, febrero de 1867 (hoy)

Néstor O'Brien, el doctor O'Brien, tose y estornuda repetidamente. El frío invierno de Madrid se clava en cada uno de sus huesos y articulaciones, haciendo que el resfriado que sufre agarrote sus músculos como si seis hombres le hubieran propinado una paliza. Odia estar enfermo y aborrece esa ciudad que

lo hace temblar de frío como un gatito desvalido durante varios meses al año.

Las palomas se dispersan asustadas cuando cruza con paso enérgico la plaza en dirección al hospital, procurando no resbalar sobre las capas de nieve que cubren el suelo.

¡Maldita sea su estampa, va a llegar tarde! La importante reunión de esa mañana es la culminación de dos años de trabajo, y el condenado resfriado le ha hecho quedarse dormido; además aun debe pasar por el hospital para avisar de su ausencia en las operaciones programadas para el mediodía, cuando la escasa luz invernal es máxima; no puede entrar en quirófano mientras la

nariz le gotee como una fuente. Pero la reunión es trascendental, Luz Bella lo matará si fastidia esa oportunidad única. Gracias a su encuentro fortuito con Prim, el hombre que va a ver está prácticamente convencido de la bondad de sus planes, y pronto parte de la carga que lleva arrastrando casi veinte años pasará a hombros mejores preparados y dispuestos.

A tres calles del edificio, reconoce a uno de los pilluelos que trabajan repartiendo periódicos en los alrededores.

—¡Eh, muchacho!

Cargado con un enorme abrigo, del que le sobran al menos cuatro tallas, el niño de doce años gira, devolviéndole

la sonrisa en cuanto reconoce al eminente y adinerado cirujano.

—¡Buenos días, doctor!, aquí tengo su ejemplar de la *Gaceta*. —Le alarga el periódico a cambio de unas generosas monedas.

—Necesito que hagas un par de recados para mí.

—Claro, doctor, lo que usted diga.

—Estoy enfermo y no me gustaría ponerme peor, necesito que vayas al hospital y avises que tampoco podré ir esta tarde. Luego ven a verme al café de la plaza de la Villa, quiero que me confirmes que han recibido el mensaje, después te pediré que hagas otro trabajo para mí.

—Claro señor, entre y caliéntese con un café, tiene la nariz y los ojos rojos. Me temo que hoy no caerán todas las señoritas a sus pies. —El muchacho se aleja con un guiño.

Detrás de Néstor, un par de lámparas de cristal alimentadas de petróleo hacen danzar sombras sobre la mesa en la que se sienta. El café se ha enfriado pocos minutos después de ser puesto sobre la elegante taza. El burgués que habita en él recuerda con cierta nostalgia la eficiencia de los criados de Pradobajo, pues ninguno de ellos habría cometido el error de dejar enfriar la preciada

bebida.

Son las diez de la mañana, no necesita consultar de nuevo su reloj, la campana de la iglesia del Sacramento martillea en sus oídos mucho más tiempo del deseado. Segundos antes de empezar a dudar del muchacho, que ha enviado con su segundo recado, la puerta del establecimiento se abre dejando entrar el frío de la mañana y al hombre anciano que espera. Lo reconoce al momento, pues tal como le ha comentado Luz, es un hombre realmente bajo y entrado en los setenta. La cabeza, con escaso pelo blanco, está protegida por un sombrero de elegante diseño. Con cierto desagrado, el anciano se desprende de él y del grueso abrigo mostrando un traje

perfectamente diseñado. Inmediatamente después, otro hombre, algo parecido pero un poco más alto y joven, le sigue, volviendo a hacer sentir a Néstor el terrible frío del exterior.

Plantados en la puerta, los recién llegados evalúan a todos los presentes. Aunque sus ojos se cruzan unos instantes con los del médico, no parecen interesarse demasiado en su persona, lo que le obliga a levantarse frente a ellos.

Ajustando el perfecto nudo de cuello, Néstor se acerca carraspeando hacia el hombrecillo, que da un pequeño respingo cuando se gira hacía él, a menos de un brazo de distancia.

—¡Disculpe, caballero!, me ha

sobresaltado, es usted muy alto.

—Lo siento, estoy algo resfriado y no pienso con claridad, no pretendía asustarlo, supongo que puedo parecer algo intimidante.

—No se preocupe, mi tío suele sobresaltarse con facilidad, señor...

—O'Brien, Néstor O'Brien. —Él extiende el brazo hacia el hombre más anciano.

—¡Ah!, ¿es usted el doctor O'Brien?
—Con algo de reticencia, alarga la mano blanca y regordeta que se pierde en el apretón de Néstor—. Yo soy José Guerra y este es mi sobrino Ricardo Guerra. Excuse mi sorpresa, conocí a su madre hace un par de meses y no podía imaginar que su hijo fuera... —La

mirada del anciano lo recorre de arriba abajo sin disimulo.

—Perdone, doctor, mi tío quiere decir que su madre es pequeña y pelirroja, no esperábamos encontrarnos con un hombre tan, tan... —Néstor sonríe ante el azoramiento.

—¿Tan exótico? —acaba por él Néstor.

—No, no quiero decir eso, nosotros...

—No se preocupen, estoy acostumbrado. ¿Nos sentamos? — Néstor señala su propia mesa, preparada para albergar dos comensales más—. Creo que ya saben que soy adoptado, no creerán en serio que el pelo rojo y la piel blanca se transmiten por esa vía,

¿cierto?

—Por supuesto, doctor, es solo que conociendo a su madre pensamos que habría adoptado a un niño más... menos... ¿italiano? —Néstor vuelve a sonreír, le gusta la sinceridad de aquellos dos.

—Sí, italiano, mi madre biológica era italiana. —Llamando al camarero, evita seguir con la conversación—. ¿Qué desean tomar? Les advierto que cualquier cosa caliente deberán consumirla en cuanto la traigan, estas tazas son hermosas pero poco útiles para conservar las bebidas calientes. Gracias por haber permitido que nos reuniéramos algo más tarde y fuera de su oficina. No me encuentro demasiado

bien y a estas horas me ha sido imposible encontrar un carruaje que atravesase la nieve.

—No se preocupe, veo que su aspecto no es muy bueno y nuestras oficinas no quedan muy lejos, comprendo que no está en las mismas condiciones que nosotros para andar por las calles. Café, por favor, mi tío y yo tomaremos café, con unas gotas de leche el mío y sin azúcar —habla en dirección al camarero que acaba de acercarse. Luego, apartando la vista del empleado, el más joven vuelve a dirigirse a Néstor—. Muy bien, doctor, tal como le comenté a su madre por carta, hemos hecho cuanto hemos podido a favor de su causa, pero

los colegas de mi tío siguen algo reticentes.

—No lo entiendo, al fin y al cabo se trata de nuestra propiedad, el tema no supone ningún menoscabo para el país.

—Bueno, le recuerdo que parte del terreno está en la propiedad de otro caballero —el anciano interviene.

—Ya le explicó mi madre que el señor García está de acuerdo con todos los términos...

—Pero existe una heredera, ¿me equivoco? —Sigue siendo el anciano el que lleva la voz cantante.

—No, no se equivoca —admite Néstor mientras da un sorbo a su bebida congelada, ya que necesita pensar su próximo argumento unos segundos;

deliberadamente deja la taza frente a sus labios más de lo necesario—. Pero no habrá ningún problema, firmará el acuerdo en cuanto se le explique de forma adecuada.

—No puede estar seguro de ello, y no haré nada que perjudique la herencia de una muchacha.

—Yo le aseguro que no habrá problemas.

—Siento no estar de acuerdo con usted, no puede saber qué ocurrirá en el futuro cuando el señor García fallezca y su hija se case; su futuro marido será el administrador de todos sus bienes, y cualquier maniobra que hagamos ahora podría ser tachada de delito.

—Le aseguro que su marido no tendrá ningún interés en deshacer lo que nosotros hagamos. —Sin pretenderlo, el tono de voz de Néstor sube un par de octavas. El dolor de cabeza empieza a ser extenuante y desea acabar con ese asunto lo antes posible.

—¡Caballero!, no pretenda hacerme comulgar con ruedas de molino. Ningún hombre despreciaría esa enorme cantidad de terreno de la que hablamos, y usted no puede saberlo con antelación. —El pequeño hombre eleva a su vez la voz haciéndola sobresalir sobre la de Néstor.

—Le repito que no habrá problemas, tiene mi palabra, la de mi madre y la del

señor García, nosotros le aseguramos que... —Baja el tono en la última palabra, procurando contener su impaciencia.

—No sé, siento estar en desacuerdo, pero no me veré envuelto en nada que tenga ni remotamente ningún resquicio y lamento repetirle que usted, con todos mis respetos, no puede asegurar el comportamiento futuro de otro hombre.

—¡Puedo hacerlo porque yo soy ese hombre, señor! La señorita García es mi prometida y nos casaremos antes de que pasen... —por unos instantes duda en continuar con aquella invención— ocho meses —habla por fin. ¿Qué más da si la mentira crece un poco?—. Lo que ocurre es que aún no lo hemos hecho público,

mi madre me matará si no es la primera en dar la noticia.

—¡Fantástico!, mi enhorabuena, doctor. No se preocupe, mis labios están sellados; ya conocí a fondo el carácter de su madre y no querría ponerla en su contra, aunque sea por algo tan insignificante; al fin y al cabo, ya sabemos lo caprichosas que pueden ser las mujeres. —Luego se levanta, dejando la taza aún caliente sobre la mesa—. En ese caso creo que todo saldrá rápido y tal como habíamos previsto, nos veremos dentro de... ¿diez meses? Supongo que querrá pasar un tiempo con su flamante esposa antes de atender otros negocios. —El anciano

extiende la mano ante un asombrado Néstor, que trata de contener su creciente enfado—. Por cierto, traiga entonces a su madre, su esposa y su suegro, así no habrá nada que se interponga en la firma de los documentos.

Con esas palabras los dos hombres abandonan el local, dejando a Néstor rumiando su propio error.

—¡Menudo bocazas! —ruge a la taza de café—. ¡Maldito resfriado!

En un acto reflejo, apura la bebida helada y deposita una propina más que generosa sobre la tapa de la mesa, antes de salir para acostarse durante los siguientes tres días.

Cortijo de Pradobajo, agosto de 1845 (unos 22 años antes)

La tierra se removía bajo sus talones. Pequeña, diminuta si acaso, la mujer del pelo de fuego atravesaba el sendero bajo el sol de mediodía. Tocada con una pabela que apenas sujetaba el destello de su cabellera; delgada, nívea, etérea y tan hermosa como una orquídea blanca desde hacía más de veinte años.

Se apartaban; todos se retiraban bajo el paso recio de sus cortas piernas, bajo el crujir siniestro de sus faldones. La señora no admitía miradas directas, saludos ni ayuda. Ella era el ama y

portaba su poder sobre los estrechos hombros de una mujer de casi cuarenta años.

De lejos, sin sentir la cruel mirada de los hermosos ojos verdes, la mujer podía parecer solo una muchacha; la vida la había tratado bien, conservando inmaculada su piel de terciopelo, el bello porte de su aristocrática figura, el fulgor del cabello que enmarcaba la cara del ángel más hermoso, Luz Bella. El ángel caído.

—¿Dónde está Luis? —preguntó en voz alta, sin dirigirse a ninguno en concreto de los aldeanos que la miraban sin levantar el rostro—. He dicho que dónde está mi capataz. —No gritó, no lo necesitaba, y la voz dulce que

atravesaba el cálido aire de ese día de agosto no engañó a nadie.

Parada, asida a sus propias caderas, giró sobre los talones buscando infructuosamente alguna mirada. No se desesperó, ella nunca lo hacía; no se enfadó, no era necesario; pero el silencio de sus labios durante apenas un par de minutos los hizo hablar.

—Luis está en las caballerizas, señora.

El hombre que hablaba no era un anciano, aunque su cuerpo lo aparentaba; cuarenta o cuarenta y cinco años a lo máximo y la piel tan arrugada y curtida como una vieja bota de aguardiente. Vestía un atuendo barato de

campesino y tenía la mirada baja de un hombre derrotado; pero era el mayor, el más sabio quizás, el único capaz de dirigirle la palabra cuando ella hablaba sin centrarse en nadie en concreto, el único que la conocía desde antes de llegar a ser quien era. Puede que el único que recordaba su sonrisa sincera de niña, su risa y la existencia de un retazo de corazón dentro de su pequeño cuerpo.

—Veo que alguien aún no ha perdido el oído. Bien, Lucio, puesto que parece que no haya nadie más capaz de entenderme cuando hablo, irás a buscar al capataz. Deja lo que haces y tráeme a Luis, hoy no trabajarás más.

Se giró, aún angustiada por la noticia

que hacía solo unos minutos llegó a sus manos en forma de carta. Una pequeña colección de frases aparentemente sin sentido escritas sobre un sucio papel; aunque ella solo permitió que la punzada de miedo que atravesaba su corazón, un corazón que cada vez sentía más insignificante dentro de su pecho, durara únicamente el tiempo de volver a la sombra.

Luz Bella subió lentamente los diez escalones que la llevaban hasta el zaguán de su casa, Pradobajo. Le era difícil adaptar su mirada a la súbita oscuridad. Esos ojos verde agua eran demasiado claros para el sol del mediodía andaluz. Ojos, que como todo

en ella, la hacían tan diferente de los oriundos del lugar. Y, aunque el pinchazo de dolor volvió a ser difícil de soportar, le gustaba ese recordatorio que la hacía sentirse poderosa, única y ama de todo cuanto la rodeaba.

—Doña Luz, ¿qué hago con el muchacho que trajo la carta?

—¿Qué pretendes hacer con ese zarrapastroso, Ana? —hablaba a la vez que sus manos hábiles desataban el sombrero con el que se cubría—. Dale algo de comer y un par de monedas; y no vuelvas a permitir que alguien tan sucio entre en mi casa.

—Claro que no señora, pero casi no pude sujetar al mozuelo.

El ama de llaves era de las pocas

personas capaz de sostenerle la mirada. Tocada con un alto moño, que le dividía el pelo en dos mitades simétricas y que conferían a su rostro la imagen más pura de la tierra que la vio nacer, seguía siendo una mujer bonita a los casi treinta y cinco años; el favor de su señora la había apartado del trabajo duro del campo y de los estragos del sol, permitiendo que su tez suavemente morena permaneciera tersa y joven.

—Ya veo que nadie lo ha podido sujetar, buen dinero debe haber recibido para atreverse a presentarse ante mí de esa forma. ¿Quizás nadie le habló de la Roja?

Aún mientras hablaba, Luz atravesó la

casa en dirección al salón principal, arrojando en su camino el sombrero sobre la silla de enea de la entrada. No esperó la contestación de Ana y caminó hasta enfrentarse a la mirada de ojos negros del joven gitano, que la esperaba en el centro de la habitación.

Con unos ocho años, vestido con una holgada blusa y un pantalón cosido con burdas puntadas, el chico la observaba, sin apartar ni un segundo sus ojos oscuros.

Muy a su pesar, Luz le devolvió una sonrisa. Era un bonito ejemplar, casi tan alto como ella, piel de caramelo y lacio y demasiado largo pelo negro, sujeto en una cola por una leve cinta de cuero.

—¿Aún estás aquí? —Volvió a hablar

empleando un tono severo que sabía reflejaba su verdadera forma de ser, abochornada por haberse permitido regalarle una de sus escasas sonrisas—. ¿Nadie te dijo quién soy?

—Sí, señora, usted es la Roja —el chiquillo habló, elevando más el rostro y, dando dos pasos, enfrentó su mirada a la de la mujer solo a media vara de distancia.

—¿Y no tienes miedo? —Su voz silbaba cada palabra.

—¿He de temer algo?, ¿acaso la señora no soporta las malas noticias?

—¿Cómo sabes que son malas noticias?, ¿leíste la carta? —valoró unos segundos sus propias palabras

observando al muchacho—. Vete de aquí, la mujer de la cocina te dará algo de comer.

Se giró, apartándose de su lado, molesta por haber sucumbido a las palabras de alguien tan insignificante mientras se dirigía al despacho situado a la izquierda.

Atravesó la puerta abierta sin detenerse antes de encarar la enorme mesa de palo de rosa.

Se volvió para apoyar la cadera sobre la madera finamente repujada. Siempre lo hacía, como si el contacto de sus dedos sobre la suave superficie la devolviera al pasado, al tiempo en que su padre trabajaba en aquella misma habitación.

—Leerlo, leerlo, un gitano analfabeto que apenas habla castellano y pretendo que lea una carta —pensó en voz alta observando cómo el muchacho desaparecía de su campo de visión.

Agitada muy a su pesar, volvió a sacar el sucio papel del bolsillo de la falda. Arrugado, desgastada la tinta y apenas garabateadas las palabras, lo leyó por enésima vez.

La he encontrado, pero es muy tarde y el momento ha llegado, ella está muy débil y habrá problemas. Estamos en la cueva del cerro, espero tus órdenes.

No había firma, ni fecha, pero la letra

y el mensaje eran claramente distinguibles.

—¿Me llamaba la señora?

La voz recia que habló desde la puerta la hizo volver a la realidad, desterrando los débiles retazos de amargura que habían empezado a anidar en su mente. No necesitó elevar la mirada para ver la figura del capataz cubriendo el hueco con su redonda apariencia.

—Quiero que galopes hasta Aguastempladas; le dirás a don Alfonso García que me dirijo hacia allí y que espero que cumpla aquello que me prometió.

—¿Debo decirle algo más?

—Nada más, él entenderá de lo que

se trata. —Entonces sí elevó la vista para contemplarlo. Luis Marín, perfectamente vestido a pesar de su excesivo peso, con el cabello y la negra barba pulcramente recortados, era un hombre que aún no había cumplido los treinta—. Ve rápido, te necesitare de vuelta esta misma noche.

Alrededores de Doñana, agosto de 1845 (unos 22 años antes)

El viaje había durado dos días. Dos días subida a un caballo, un viaje demasiado duro para una mujer tan delicada, había pensado Luis Marín

antes de su partida. Ahora, observando con ojos asombrados a su ama, comenzaba a sentir algo parecido a la admiración. Perfectamente peinada y con la ropa apenas arrugada, la mujer alargó los brazos para ayudarse a desmontar por sí sola.

Caminó derecha, erguida en toda su altura, como si de un simple paseo se tratase, en dirección a la cueva escavada en la blanda roca de la sierra. El capataz no intentó ayudarla en su camino, no quería hacerla enfurecer con su proximidad; aunque no fuera siquiera capaz de dar un solo paso de agotamiento, no osaría ofrecerle su ayuda sin que la mujer lo pidiera. No a ella, no a la Roja.

El gitano la esperaba en la entrada. El capataz había visto solo un par de veces al hombre. Era de mediana edad, bastante alto, aún joven y musculoso, tocado con un pañuelo oscuro que le ocultaba en parte el negro cabello, dejando visibles las amplias patillas. Ella no se molestó en saludarlo antes de indicarle el interior de la cueva.

Había mucha luz, más de lo que Luz hubiera imaginado en aquel lugar. Decenas de velas se repartían sobre el suelo arenoso, distribuidas uniformemente formando un círculo perfecto, en cuyo interior reposaba el cuerpo de María; apoyada sobre una manta de rombos rojos y verdes,

aparentemente inanimada, solo el leve ronquido de su respiración arrítmica le confería un soplo de vida. Se la veía muy joven, aunque su pelo, ahora negro, aparecía veteado y mucho más claro en las sienes.

La mujer se acercó sin temor aparente, arrodillándose a su izquierda y manteniendo solo el contacto visual con el cuerpo de la joven.

—¿Se puede hacer algo por ella?

No se permitió tocar su piel, a pesar de que la mano inerte había quedado a una pulgada de sus dedos. Una piel tan blanca y limpia como la suya propia; un rostro tan transparente y claro que las venas azules del cuello eran fácilmente visibles.

—Nada si no queremos dañar al bebé. De cualquier forma, no creo que sobreviviera, perdió mucha sangre por la herida de la pierna, además se ha infectado y no podría conservarla.

—¿Qué sabes de él?

—No pude hacer nada, tropezaron con el jabalí a pocas leguas de la salida de los túneles; una dentellada le rasgó la carne del muslo hasta el hueso desangrándolo. —La voz clara del gitano hablaba en perfecto castellano con un leve acento—. Yo mismo incineraré el cuerpo. El animal se apartó de María solo cuando dejó de moverse, al perder el conocimiento.

—¡Tonta loca insensata! —Luz

resbaló la mirada sobre el cuerpo inmóvil, deteniéndose sobre el abultado abdomen a punto de dar a luz de la mujer—. ¿Tenías que hacerlo, verdad?, tenías que hacerlo.

Angustiada, Luz se elevó antes de que sus manos atraparan los mechones de cabello teñidos de negro. No había apenas testigos, tan solo el sanador, y ante él no había por qué fingir; pero debía mantener su mente fría como hasta ahora, porque el dolor no había hecho más que comenzar y habría otros momentos, otros escenarios y otros espectadores, y no le sería tan fácil dominar el fuego de sus entrañas, ahora rasgadas de dolor.

—Prepárala, la carreta llegará en

media hora, nos iremos en cuanto sea posible; Alfonso nos espera en Aguastempladas.

—No estoy seguro de que sobreviva al viaje.

—Deberá hacerlo, no hemos hecho todo este camino en vano. Necesito que aguante hasta que lleguemos; ya mandé avisar al sacerdote y todo está preparado. —Girándose por fin, acabó por tocar la frente caliente de la muchacha—. Te prometo que tu hijo tendrá todo lo que a ti se te ha negado, hija, todo lo que nunca te he sabido dar.

Sus palabras, apenas audibles, no habían sido oídas por nadie, ni siquiera por aquella a la que eran destinadas.

Inmediatamente arrepentida de ese momento de debilidad, Luz abandonó el suelo para volver a mirar al curandero.

—¿De dónde ha salido ese diablo que me has enviado?

—Veo que sigues conociendo a la gente con solo una mirada. —La sonrisa de orgullo que apareció en sus labios le hizo olvidar por un segundo el triste asunto que la había llevado hasta allí, una bella sonrisa en el rostro de un hombre magnífico.

—¿Acaso no lo has enviado con esa intención?

—Es mi hijo, Adonaí, quería que conocieras a la persona que acabará contigo.

La melodiosa risa de la mujer

retumbó en toda la cueva, rebotando de un lado a otro como el aleteo de un murciélago.

—Por supuesto, debí imaginarlo en cuanto lo vi. —Sostener la mirada del hombre no le fue fácil. Pocas personas la conocían como aquel que la miraba —. Bien, entonces me lo quedaré; así podré asegurarme de que cumple correctamente su cometido; pero aún es pronto, tengo que hacer muchas cosas antes de desaparecer para siempre, y él también tendrá que aprender mucho.

La mujer abandonó la humedad de la cueva para volver a la luz del día.

—Prepara tus cosas, vendréis los dos conmigo a Pradobajo. Tanto tú como yo

hemos guardado bastante luto por los desaparecidos.

—¿Ni siquiera me preguntas si es lo que deseo, Luz? —Kore la había sujetado por la muñeca, a unos pasos de la salida, donde los ojos del capataz no acertarían a ver lo que ocurría entre su señora y aquel hombre.

Ella debió elevar el rostro para enfrentarle la mirada, los ojos negros que la atravesaban de nuevo como desde hacía años, clavándose en su estómago.

—No pienso aplazarlo más tiempo, sé perfectamente lo que deseas. —De un brusco gesto se deshizo de la mano para caminar erguida hacia el exterior, aparentemente segura, confiada y dueña de la situación.

Cortijo de Aguastempladas, agosto de 1845 (unos 22 años antes, 2 días después)

—Haré que preparen tu habitación.

El hombre, elegantemente vestido, hablaba a la vez que se levantaba ágilmente del sillón.

Luz apretaba con sus dedos la ropa teñida de sangre que portaba entre los brazos. Quería olvidar la voz susurrante de quien la miraba desde el extremo de la habitación, haciéndole recordar lo que un día pudo ser su vida. Un segundo de vacilación que no se permitió mostrar

ante el hombre.

—No es necesario, ya mandé llamar al sacerdote. La ceremonia será esta tarde, in artículo mortis. Luego me marcharé, no me necesitas para decir adiós a tu esposa moribunda.

Las palabras salieron de la boca de la mujer con fluidez, con la misma fría indiferencia que había ejercitado durante años, atravesando el aire hasta clavarse en el corazón del hombre moreno, que seguía contemplándola sin dar crédito a lo que oía.

—¿Cómo puedes hablar de esa forma de tu propia hija?, ¿hay algo que te conmueva en esta vida?

Elegante, alto, delgado y moreno; con el negro y rizado pelo peinado y

brillante, Alfonso García, el rico español que llevaba años siendo su amigo la contempló con el rostro desencajado de asombro.

—Ahora será simplemente tu esposa, Alfonso. Tú debes coger su mano mustia mientras abandona este mundo.

—No te creo, Luz, no puedes ser tan cruel como dicen. Te conozco, sé cómo eres en realidad, lo que hay bajo esa fría mirada —continuó, su voz cada vez estaba más cerca, aunque no había dado ni un solo paso en su dirección.

La mujer, angustiada, apretó de nuevo la tela entre los dedos, bajando levemente la mirada para contemplar las blancas manos cubiertas por la sangre

de su única hija. Fue duro llegar hasta ese momento, miles de noches de insomnio, pensando a cada segundo la próxima frase, la próxima acción. No daría ni un paso atrás, no podía permitirse ni un segundo de debilidad.

—Nadie pide tu opinión, únicamente que hagas lo que me prometiste hace veinte años. Cumple y yo olvidaré lo que me debes.

—Al menos, te llevarás al niño.

—¡Niña, Alfonso!, eres padre de una niña, y a partir de hoy es tuya, prefiero no tener contacto con ella —le arrojó las palabras al tiempo que se deshacía de las sucias prendas, los restos del camisón—. Haz que quemen estos andrajos.

Luego cubrió sus cabellos, con la negra mantilla de fino encaje sevillano que había sacado del bolsillo de la falda. Sería la segunda vez que la llevara en su vida y, esta vez, sí, representaba luto.

Cortijo de Pradobajo, septiembre de 1845 (unos 22 años antes)

¿Qué hacía el cachorro gitano con la Roja?

La misma frase pronunciada una y otra vez por distintas bocas, distintos timbres de voz. Ni él mismo acababa de entender lo que había ocurrido con su

vida. De un solo golpe había entrado en un mundo completamente ajeno al que lo vio nacer; un lugar en el que, aunque cualquier cosa que deseara estaba al alcance de la mano, el agua, la comida, la sombra durante el día y el calor en la noche, todo era infinitamente más agresivo. Donde ya no era el heredero del patriarca, el hijo del curandero, el que sería un poderoso hombre del Pueblo. Donde cada día los depredadores lo acechaban en la mirada agresiva de todos los que lo rodeaban, intrigados, ofendidos y puede que celosos de la aparente posición que ocupaba junto a la señora del cortijo.

Ya hacía más de una luna que su padre le envió en su búsqueda, treinta

días desde que atravesó marismas y dunas para llevarle un mensaje a la Roja; una carta escueta apenas garabateada en el lenguaje de los payos; un idioma que hablaba desde los seis años.

Allí de donde venía solo su padre, su abuelo y la extraña pareja de payos que vivía con ellos lo hablaban con asiduidad. Fue la mujer la que le enseñó a escribir lo que su padre le había enseñado a hablar, esa que unos días atrás encontraron moribunda en medio de ninguna parte. La mujer del pelo amarillo que le hablaba, le sonreía y lo abrazaba. Una de las pocas mujeres que le había demostrado afecto desde que

perdió a su madre, hacía casi tres años; víctima, como ahora, del ataque de un jabalí.

De nuevo el jabalí, como entonces, le había arrebatado la mano que acariciaba la suya. Volvía a recordar lo que pasó cuando tenía cinco años, pero rechazaba las imágenes una y otra vez. Aún no estaba preparado para enfrentarse a la realidad. Por el momento, la cicatriz que le atravesaba el antebrazo izquierdo era su única conexión con ese instante.

Volvió a sentir impotencia. Tenía a su padre, pero ya no tenía pueblo, estaba solo; no era digno de ser uno de ellos. No quería que su padre lo notase, pero se sentía vacío, y lo echaba de menos, una voz dulce, el tacto de unos dedos

suaves, susurros y canciones acunado entre los brazos de una mujer.

Puede que fuera por eso que ahora seguía a Luz Bella, para no volver a perder de vista esos ojos del color de hierba recién cortada. Tan idénticas y tan diferentes; aunque muy parecidas en esencia, el rostro era lo bastante distinto, menos redondo el de la mujer del cabello rojo; blanco, delicado y hermoso en ambas. Era solo un niño, pero su mente despierta, curtida en el campo, alerta a los peligros, debería distinguir a un depredador cuando lo veía. La mujer que tenía ante él ahora solo dejaba ver rudeza, crueldad y dolor; no permitía el más mínimo

resquicio en la coraza que rodeaba su corazón. María, por el contrario, parecía toda dulzura, calor, amor. Dos caras en una misma moneda. Había visto muchos luchadores en su vida, distinguía perfectamente el valor cuando aparecía ante él, y notaba que la mujer de fuego era un auténtico guerrero. Muy a su pesar, empezaba a comprender que la pareja del campamento no era más que simples carroñeros en busca de despojos. Había aprendido que la apariencia podía esconder lo que había debajo.

El chiquillo sentía las miradas de todos sobre su persona, percibía cómo susurraban cuando se creían lejos de su presencia; incluso en muchas ocasiones,

sin disimulo, no evitaban murmurar delante mismo de él.

No intentó cambiar la opinión que parecían haber forjado; ya había perdido todo cuanto tenía y no había nada para él ni en ese ni en otro lugar. Su propio silencio le había acompañado desde antes de abandonar el campamento, impulsado por la sentencia de su abuelo. Sin pretenderlo les hizo creer que no los entendía, que no hablaba el castellano; tal vez por eso nadie en el cortijo se molestó en ocultar el desprecio que le tenían. Confuso, no era capaz de captar las razones. No cuando tras observar su aspecto en el amplio espejo del salón, veía un rostro tan moreno o menos que

el de los que se mostraban superiores mirándole altivos, creyéndose mejores que él.

Invisible como cada día, agachado en el exterior junto al ventanal abierto de la amplia cocina, las oyó hablar. Conocía la voz de la mujer más joven, Ana, la que solía guardarle el trozo de torta de maíz más crujiente, la que le obsequiaba los duros y exquisitos caramelos. El niño sabía que era alguien importante en la casa, muy próxima a la señora. Amable, si no fuera porque lo perseguía empeñada en que calzara unas rígidas botas de niño payo.

Observando sus ahora sucios y descalzos pies, recordó el dolor en talones y dedos tras soportarlas durante

varias jornadas seguidas. Afortunadamente, por fin había encontrado la solución perfecta; las llevaba colgadas en el cinturón, pendiendo de sus propios cordones; lo bastante a mano para calzarlas, si fuera necesario, antes de cruzarse con la mujer.

Elevándose un poco se aventuró a mirar a las mujeres. Ana no le parecía una mala mujer, tal vez algo áspera en el trato, pero la mayoría de las veces acababa las frases con un esbozo de sonrisa y una caricia sobre su cabeza.

Siguió observándolas, aunque no estaba allí para espiar; agachado bajo el alfeizar solo esperaba una oportunidad

para entrar en la cocina desierta y tomar algo del delicioso pan dulce que había en la alacena. En su corta vida no había probado algo tan sabroso, un trozo de gloria que se deshacía en la boca como la más fina miel; un placer por el que creía valía la pena jugarse la vida frente a la gruesa cocinera. Sabía que si se lo pedía a la Roja no tendría que robarlo; ella había dicho a su gente que debían tratarlo con respeto, pero era más divertido de esa forma. Había tanto tiempo libre para él en ese lugar. Sin tener que cazar y limpiar conejos, recoger frutas o cuidar a los caballos. Sin necesidad de caminar media legua para cargar agua o moler el grano para hacer pan durante horas. Aunque sin

nadie con quien hablar o jugar, nadie a quien abrazar.

—Huele mal, Ana. —La cocinera era una mujer baja, más incluso que la señora de la casa, aunque diametralmente opuesta: gorda y de rostro picado de viruela—. Ese chiquillo huele diferente a nosotros, no sé cómo la señora lo soporta junto a ella.

—Es solo un niño, mujer, y bien que me aseguro de que esté limpio.

—¡Pero es un gitano!

Sorprendido, Adonaí olió su brazo de forma involuntaria cuando descubrió que era él de quien estaban hablando. Acercó la nariz a su camisa,

arrastrándola a través de toda la longitud de su brazo, e intentó comprender de lo que hablaba la cocinera. Pero su fino olfato solo detectaba jabón, algodón trezado y almidón reseco; el olor de los andaluces.

—Tan español como tú o como yo.

—Sí, Ana, pero, nosotros... ¡nosotros somos normales!; y sigo diciendo que huele mal.

—¿Será por la comida que nos das?

La risotada clara de Ana no hizo que el niño se sintiera mejor. Súbitamente abochornado, abandonó el escondite para dirigirse al río.

Su padre siempre le había recordado la importancia de la limpieza. No podía

permitirse un descuido de ese tipo; si era necesario lavaría su cuerpo dos o tres veces al día, pensó mientras con la cabeza inclinada se esforzaba en aspirar el olor que desprendía. Un aroma que era totalmente diferente al del Pueblo, de raíces quemadas y cuero curtido, un olor que casi empezaba a olvidar.

El niño llevaba minutos tumbado, herido en el alma, de nuevo solitario. La tristeza y el miedo que se había esforzado en ocultar le habían sobrevenido de pronto. No se permitió llorar, hacía meses que no cedía a esa muestra de debilidad; pero las lágrimas

que no llegaron a abandonar sus ojos le producían un enorme picor, haciendo que se frotara con el revés de la mano hasta hacerlos enrojecer. Ni siquiera en esos momentos una palabra salió de sus labios sellados; aunque era consciente de que no había nadie para oírlo, para verlo.

La retirada del sol de la tarde pareció volverle a la vida. Tenía que lavar su cuerpo, volver a ser el niño aseado que su familia amaba. Mirando la fuerte corriente a sus pies, pensó que tal vez el río arrastraría todo lo malo que había en él.

El muchacho se levantó y caminó decidido, hundiendo los pies en el lecho arenoso. Aún con las pesadas botas

colgando del cinto, se adentró en el ancho río. Mantuvo la mirada al frente, contemplando las amplias y conocidas marismas, dejando a sus espaldas las construcciones que ahora le servían de hogar. Siguió sin mirar atrás, permitiendo que el agua le lamiera el vientre, avanzando hasta que sus piernas comenzaron a no ser anclas suficientemente poderosas.

Se giró para comprobar su posición, parpadeó deslumbrado por la luz del sol reflejada sobre la superficie, hundido hasta los hombros; se había alejado muchas varas de la orilla, aunque la distancia con el otro lado no parecía haberse acortado. En ese momento dejó

de vadearlo a pie, zambulléndose de cabeza.

No tenía razón para cruzar un río que por momentos aumentaba su torrente, no había motivos para llegar al otro margen. Aun así siguió adelante.

Nadó, peleando contra el agua. Huyó a ningún lugar, deseoso de sacudir todos sus fracasos. Braceó en un intento de agotarse, hasta que debió hacerlo para luchar por su vida, cuando la corriente empezó a ganar la desigual batalla. Unos minutos en los que su vida no fue más que un juego de azar.

En un supremo esfuerzo alcanzó el otro margen. Se agitó tembloroso, con el cuerpo golpeado y el estómago repleto, creyendo que había tragado toda el agua

del mundo. Agotado, jadeante, lleno de barro; y sin embargo, sintiéndose mucho más limpio que nunca.

Erguido, enfrentó el cuerpo al cálido viento de septiembre. Notaba la humedad del agua recorriéndole la piel, el peso de sus largos cabellos mojados, la carga de sus zapatos repletos de líquido todavía suspendidos de la cintura.

Continuó avanzando, aún no contento con la distancia que había dejado a sus espaldas. Empeñado en caminar aunque la arena seca se apelmazaba en sus piernas mojadas, siguió incluso cuando el calor le quemó las palmas de los pies, haciéndolo gatear para evitar el

contacto.

Finalmente se detuvo derrotado. De hinojos ante la inmensidad del horizonte que aparecía ante él pudo aclarar su mente y empezar a pensar. Quizás mañana acabaría su silencio.

Puede que entonces tuviera algo que decir.

Pradobajo, marzo de 1867 (hoy)

—¡Va a volver, señorita!

La muchacha irrumpe en la habitación con inusitada agitación. Caminando con paso firme se aproxima a las cortinas que visten la ventana, retirándolas sin ninguna consideración a los ojos recién

abiertos de Dolores, antes de que ella pueda hacer otra cosa que resguardarlos con las palmas de las manos y gritar ante la molestia.

—Más te vale que sea alguien importante o te mataré por despertarme de ese modo. —Levanta la sábana que la cubre para taparse hasta la frente—. Y, por favor, vuelve a cerrar esa cortina, me estás destrozando los ojos.

—Perdone, señorita, ¡estoy tan nerviosa! —Con mano firme la vuelve a cubrir, haciendo que la fuerte claridad pase a ser un hilo tenue que entra a través de la puerta abierta y no a raudales como hace unos instantes—. Todas estamos nerviosas, y esta vez

creo que se quedará bastante tiempo. La señora ha pedido que arreglemos su habitación a fondo, y no permite que nadie más utilice ese dormitorio. Debe darse prisa, bañarse y arreglarse, seguro que la señora Luz le dará a usted todos los detalles. —Lupe tiene unos ojos tan negros como las trenzas a los lados de la cara, y la mira como si fuera algún tipo de extraña especie animal aún sin catalogar.

—Supongo que hablas de la reina Isabel, el duque de Alba o alguien de ese nivel, porque si no es así voy a arrancarte esas coletas en cuanto tenga fuerzas para abandonar la cama. ¿Qué hora es?

—La reina, ¡qué cosas tiene señorita!

Es el doctor, el señor O'Brien quien regresa, y he oído decir a Rosa que la señora Ana le comentaba a la cocinera que la señora Luz había dicho que...

—Deja de parlotear y dime de una vez lo que has oído.

Desistiendo de volver a dormir, Dolores se despereza mientras sale de las sábanas.

—Pues eso, que la señora Luz ha dicho que el señor viene a quedarse, que ha dejado el trabajo de Madrid y que ya no estudiará más. ¿Cómo va a estudiar más?, es el mejor cirujano del país. ¡Oh, señorita, ya verá cuando le ponga la vista encima!

—Me alegra que valores a tu señor de

esa forma, y espero no defraudarme cuando vea a esa maravilla.

—No lo hará señorita y él, cuando la vea caerá a sus pies, como todos en Sanlúcar, es usted tan bonita. ¡Ay, señor, qué pareja más hermosa harán ustedes dos en los bailes de la señora Luz!

—Bueno, no creo que baile mucho con mi tío, aunque si evito tener que hacerlo con medio salón le agradeceré al doctor su apoyo.

—¿Pero no es su tío realmente, no, señorita?

—¡Ah!, ¿no?, ¿y cómo explicas eso si es el hijo de mi abuela?

—Pero...

—¿Otra vez hablando más de la cuenta, Lupe? —La voz de Ana,

inusualmente dura para lo que acostumbra, vuelve a sorprenderlas hablando del señor O'Brien.

—Veo que tienes cierta habilidad para aparecer en cuanto hablo del doctor —comenta Dolores entre sonrisas.

—Y yo veo que sigue teniendo suerte de que sea yo quien aparezca y no su abuela. Ya te he advertido que no le gustan los comentarios sobre su hijo.

Cortijo de Pradobajo, septiembre de 1845 (unos 22 años antes)

Sentada sobre la dura mecedora de mimbre, Luz Bella volvió a mover las

caderas en la búsqueda de ese movimiento acompasado que la ayudaba a pensar. Necesitaba centrarse, olvidar y empezar de nuevo. Pero era tan duro, incluso para alguien como ella.

Desesperada, regresó a buscar la mirada triste del niño que la seguía desde hacía un mes.

Ahí estaba, arrodillado a sus pies; lo suficientemente lejos para no importunarla con un roce; lo bastante cerca para sentir el calor de su piel morena, el suave cosquilleo de su cabello, agitado bajo el viento que atravesaba los cristales abiertos del enorme ventanal del salón. Silencioso y cauto, pero también libre ante ella. El único que se atrevía a observar sus ojos

sin apartar la mirada, a negarse a ella sin necesidad de pronunciar un no.

Lo miró y recordó las palabras de su padre. Estirando la mano hacia su cabeza, por primera vez rozó una parte de su cuerpo, los cabellos negros que escaparon como anguilas entre sus dedos.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?, y no ignores mis palabras porque sé que me entiendes perfectamente. —El niño levantó la vista, sosteniéndole la mirada, pero no habló—. Muy bien, ya oí que perdiste tu pueblo y tu nombre, entonces tendremos que darte unos nuevos, ¿no crees?

Inclinándose ligeramente hacia

delante, volvió a alargar la mano para, esta vez, retener entre los dedos los negros mechones. Aún sorprendida consigo misma, Luz Bella instó al muchacho a reposar la cabeza sobre su regazo mientras ella peinaba con su mano la larga melena. Luego, la tarde cayó muy lentamente.

Sanlúcar, noviembre de 1845 (unos 22 años antes)

—No puedes.

—¡No te atrevas a decirme lo que puedo o no puedo hacer, solo límitate a acatar mis órdenes! —Luz caminaba, visiblemente agitada por primera vez en

muchos años, a través del salón de su casa en la ciudad de Sanlúcar.

—Si cerramos la escuela todos esos muchachos perderán el curso.

El licenciado Gutiérrez, administrador de los O'Brien desde la época del padre de Luz, permanecía junto a la puerta, erguido, aunque con los hombros caídos, reuniendo todo el coraje del que era capaz para enfrentarse a la Roja.

—¡Que vuelvan a sus casas!

—Son solo niños.

—¡Son una manada de salvajes malcriados y envidiosos! —Parada frente al hombre, se giró para volver a fijar la vista en el niño, que permanecía

inmóvil junto a la ventana— ¡Fíjate lo que le han hecho!, ¡tres, eran tres contra él solo!

—Pero no ha habido ningún daño permanente. Ya ves que ni siquiera llora, no tiene ningún hueso roto y los morados se irán pronto. Te advertí de que el muchacho era demasiado...

—El muchacho tiene nombre, ¿lo recuerdas? —El tono de su voz seguía siendo mortalmente relajado, solo permitiéndose elevar levemente la voz en alguna palabra suelta. Acercándose se colocó frente a él. Acostumbrada a mirar a todos desde su escasa estatura, Luz se recreó en mirar a los ojos a ese hombre bajo—. Néstor, Néstor O'Brien, mi hijo, único y heredero, no un

muchacho cualquiera. Es a mi hijo al que esa pandilla de auténticos salvajes ha golpeado como a un saco de harina.

—Según tengo entendido, sus asaltantes no han quedado en un estado mucho mejor, incluso uno de ellos ha perdido parte de una oreja de un mordisco.

—¿Acaso hubieras deseado que se quedara quieto mientras lo mataban a golpes?

—No, claro que no, pero sus padres desearán poner una queja y posiblemente sea expulsado.

—¡Expulsado de la nada! Ya te he dicho lo que quiero que hagas: compra ese colegio, desaloja a todos sus

alumnos y derríbalo hasta los cimientos.

—No puedes decirlo en serio, ni siquiera tú, son solo niños.

—¡Hazlo! —esta vez le gritó, parada junto a su hombro derecho, haciendo que el hombre se encogiera hasta hacerse mucho más pequeño.

—Ya ha llegado el doctor Moresco, señora —la criada habló desde la puerta.

—Gracias, Ana. —Luz había caminado hasta el muchacho, que permanecía en silencio; parada frente a él volvió a contemplar el rostro magullado por los golpes y los brazos amoratados y arañados. La ira le agarró el estómago en un puño, mientras elevó el brazo para acariciarle el pelo—. Sé

que ellos están peor que tú, Adonaí —le habló en el dialecto gitano—. Me siento orgullosa de que seas mi hijo, y me ocuparé de que nunca nadie tenga el poder de volver a hacerte algo parecido.

—Debes comprenderlo, Luz. No basta con que le cortes el pelo y le pongas ropas elegantes, lo saben, lo saben todos.

—No pretendo ocultar nada. —Aún girada hacia el muchacho, volvió a contemplarlo con orgullo. A pesar del dolor de los golpes, permanecía silencioso, tan alto como ella, hermoso —. Fíjate, es incluso más blanco que muchos de esos morenos atezados que lo han llamado gitano.

—No es su aspecto, ni el color de la piel; todos saben que Luz O'Brien adoptó a un muchacho gitano y seguiría siéndolo aunque tuviera el cabello tan rojo como tú misma. —Algo envalentonado, el hombre se aproximó unos pasos a la pareja junto a la ventana —. Conozco un internado en Sevilla, allí solo sería...

—¡No!, no pienso alejarlo de mí ni unos pasos. —El sonido de la puerta al abrirse la hizo callar. El conocido rostro del doctor Moresco saludó desde la entrada.

—Señora O'Brien, he venido en cuanto he podido, ¿dónde está el mu...? ¡Oh, Dios santo! —El doctor se acercó

rápidamente al niño, que se apartó de un salto antes siquiera de dejarse tocar.

—Tranquilo, Adonaí, es el médico, deja que te mire, tu padre está en el cortijo y yo no tengo capacidad para curar esos cortes.

Algo más tranquilo tras oír la voz de la mujer, el muchacho permitió que el médico se acercara.

—Puedes irte. —Luz se giró hacia el administrador, que seguía contemplando la escena—. Y recuerda lo que te he pedido que hagas.

—Creo que deberías pensarlo cuando te hayas calmado.

—No tengo nada que pensar, y te aseguro que estoy muy calmada. Ahora vete y trae las escrituras de ese colegio

la próxima vez que nos veamos o... trae tu renuncia. —Aunque acostumbrado desde hacía unos años a los caprichos y la ira de su clienta, el hombre sintió hervir la rabia en las venas cuando encaraba la salida—. ¡Ah!, otra cosa, abogado, quiero que contrates a los mejores profesores de ese colegio y los envíes a Pradobajo. Adonái —habló volviéndose al muchacho—, ¿hay algún compañero de clase que desees conservar como amigo?, ¿alguien que merezca la pena en ese montón de basura?

—Andrés, Andrés y Manuel Castro —contestó, intentando retener los quejidos.

—Ya lo has oído, envía a esos dos al cortijo, estudiarán con mi hijo.

—No eres la dueña del mundo, quizás sus padres no...

—Lleva también a sus padres si es necesario.

Capítulo 18

El agua templada

*Cortijo de Pradobajo, marzo de 1867
(hoy)*

—Buenos días, Luz. —Dolores entra en la sala del desayuno, sorprendiéndose de ver a su abuela aún en ella. Es una mujer que se levanta temprano, muchas veces con la mala costumbre de golpear las teclas del

piano en su eterna nana; esos días la muchacha baja cuando la escucha tocar, sabe que desea verla, hablar con ella. Hoy no ha oído su canción de cuna, por eso es tan extraordinaria su presencia allí—. ¿No descansaste bien anoche? ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien, gracias, Dolores. Aunque no he dormido lo que hubiera querido. Parece que los años llaman a mi puerta, y últimamente noto molestias que antes no estaban ahí. Pero no se lo cuentes a nadie, si te oigo hablar de ello te mataré en tu propia cama. —Sonríe. Y Dolores casi empieza a acostumbrarse a sus escasos momentos de broma.

—No te preocupes, soy una persona poco dada a los cotilleos.

—No es eso lo que había oído últimamente. —Luz eleva el brazo que no sostiene la taza de café, para evitar una réplica—. No, no te disculpes, llevas casi cuatro años aquí, yo en tu lugar ya habría hecho torturar a más de un sirviente para obtener información; y según he oído tú te limitas a preguntar e indagar, no a contar chismes.

—Te he oído decir en más de una ocasión que el conocimiento es poder.

—¿Acaso necesitas poder?

—Bueno, ¿quién sabe cuándo tendré que usar algún arma secreta!, por ahora me limito solo a acumularlas; y no, no necesito poder. He descubierto que simplemente el nombre de mi abuela me

proporciona todo el que preciso.

—¡Come! —Luz le alargaba un plato repleto de pan crujiente—. Vamos a ir al pueblo del Cerro, y quiero que me acompañes. —Con un chasquido de sus dedos, hace que el criado que permanece a sus espaldas le sirva café y luego desaparezca de la sala—. Anoche hubo problemas.

—¿Qué problemas?, ¿en el pueblo del Cerro?

De repente, la muchacha empieza a perder el apetito. Se trata de una pequeña aldea de agricultores y ganaderos. Conoce muy bien a su abuela, cuando Luz habla de problemas no se refiere a una simple cosecha perdida o a un par de reses enfermas. La

muchacha bebe un sorbo de café.

—Cayetano el Negro.

Dolores no sabe si Luz nota cómo la bebida se le queda retenida en la garganta durante un lapso de tiempo mayor de lo normal; observa los ojos de su abuela y, cómo cada vez que oye su nombre, el recuerdo del gitano montado a caballo vuelve claro como el día en que lo vio. Le fue fácil identificarlo cuando más tarde oyó hablar del loco bandolero que se dedicaba a atacar y matar aldeanos y señores; su cayado con lazo negro y su cabeza tatuada son inconfundibles.

—Asaltó ayer la aldea; desde que apresaron a su hermano los ataques se

han multiplicado y acortado en el tiempo. —Dolores asiente con la cabeza para instarla a que siga hablando—. Esta vez han muerto dos hombres intentando defenderse; eran solo ganaderos y no fueron rivales para los esbirros de Cayetano el Negro. Se ha llevado a cuatro mujeres, tres de ellas no pasan de los quince años.

—¿Por qué lo hace? —Los ojos de Luz se agrandan, sorprendida por la pregunta aparentemente inocente—. No, no, no te pregunto eso, ya sé que es lo que hace con ellas, no soy una niña, ¿quiero decir qué le hace comportarse así?

—La venganza, el odio. Los seres humanos somos animales, Dolores, algo

más evolucionados que el resto tal vez; animales a los que nos mueve básicamente el instinto de supervivencia, el deseo de aparearnos y el afán de perpetuar nuestra estirpe. Cuando el rencor entra en esa ecuación el resultado es devastador. Sigue comiendo, Dolores.

La joven le mantiene la mirada un instante, no se mueven, y Luz la observa. Sabe que desea respuestas y ahora es lo suficiente mayor y madura para exigir las.

—¿Me lo contarás o tendré que torturar a tus sirvientes? —Intenta relajar un poco la tensión que parece flotar entre ambas. Los últimos años han

creado un vínculo invisible entre ellas, del que son claramente conscientes aunque nunca hablen de ello.

—Supongo que has crecido y no lo he notado. Por favor, come. Yo he terminado hace un rato; te contaré algo que ocurrió hace mucho tiempo. — Dolores le retira la vista para intentar concentrarse en su desayuno, pero no puede evitar que sus ojos vuelvan a ella —. Como sabes, el ataque de anoche de los seguidores de Cayetano el Negro no es el primero, y por desgracia tampoco será el último que sufriremos. La historia tiene casi cuarenta años. Hubo una tremenda agresión a un campamento gitano. Esos asesinos son hombres que una vez pertenecieron a ese clan. No se

trataba de un grupo corriente de gitanos, procuraban no mezclarse con los que llegaban desde Europa más que para tomar esposas, y mantenían unas creencias y una cultura propias que habían conservado durante generaciones. Ese clan había habitado aquí desde hacía tantos años que ni siquiera ellos eran capaces de recordarlo; mi familia permitió que siguieran en sus tierras hasta el día en que prácticamente fueron masacrados y acabaron desapareciendo en las marismas. Aunque Cayetano y sus hombres más ancianos pertenecieron una vez a ese grupo selecto, ahora no merecen ese honor, ni siquiera los suyos

los reconocerían como tales; son solo alimañas que viven de despojos. Se esconden en la sierra desde hace años, reagrupando sus fuerzas; tienen hijos, y si no los consiguen, roban bebés a los españoles, cuanto más morena tengan la piel, más codiciados; se llevan mujeres, si las suyas mueren de parto o son demasiado viejas para procrear, y cuanto más niñas mejor; luego hacen que esos niños crezcan y tengan sus propios hijos. Entonces, y solo cuando han asegurado la siguiente generación de asesinos, bajan de la sierra, donde sea que se escondan, y vuelven a atacar. A veces ni siquiera se llevan nada consigo, no roban, solo se aseguran de que no quede nada, planta, animal o persona

allá por donde ellos pasan, así el ciclo se cierra; cuando el número de sus hombres se reduce a la mitad, vuelven a su cubil, a rumiar y hacer crecer a los criminales de la próxima generación.

—Pero ¿por qué?, ¿qué puede llevar a los hombres a comportarse de ese modo, a tratar a sus propios hijos como armas de guerra?

—Ya te he hablado del odio, la venganza, el rencor. Después de aquel ataque de hace años todo cambió. Reconozco que aquello fue una masacre terrible. Un grupo de más de cuarenta hombres armados atacaron el campamento gitano. Los romanís eran grandes luchadores, pero no tenían

armas de fuego, solo cuchillos y palos para defender a los suyos. El asalto fue despiadado, murieron mujeres, ancianos y niños; ni siquiera algunos bebés de pecho se salvaron de los disparos de bala —calla unos instantes, y la muchacha traga asimilando sus palabras—. La experiencia me ha demostrado que tanto en el amor como en el odio debemos actuar con el mayor cuidado; como si del agua de nuestro baño se tratara. Si está demasiado caliente nos quemará y acabará por producirnos más daño que beneficio; si la dejamos enfriar tal vez sea demasiado tarde para usarla. Lo mejor es esperar a que tengamos agua templada; así, el amor y el odio servidos a su justa temperatura,

como el agua sobre nuestro cuerpo, reconfortarán y curarán cada una de las heridas del alma. Por desgracia, el loco al que llaman Cayetano el Negro no lo entendió de esa manera; perdió a toda su familia en aquel ataque y, aún bajo el fuego que le corroía las entrañas, él y los que como él ya no tenían nada que conservar juraron acabar con diez hombres por cada gitano asesinado, ya fuera en esta vida o en las venideras.

Sanlúcar, mayo de 1867 (hoy)

—¿Es nuevo en la ciudad, verdad? No le había visto antes y supongo que, si

lo hubiera hecho, no lo habría olvidado —pregunta desde atrás una voz profunda.

¡Demonios! Néstor se gira para enfrentar al hombre que ha hablado. Tener alguien hablando a su nuca es sumamente desconcertante en cualquier situación, pero desde que ha entrado en el maldito club siente todas las miradas fijas en su trasero. Normalmente, su impresionante instinto enfoca todo y a todos dentro de lo que cubre su vista, pero sus sentidos están realmente agitados desde que ha atravesado la puerta del local.

No hace falta ser un genio para reconocer el peligro que le acecha en aquel antro semioscuro, y no es el tipo

de peligro que él está acostumbrado a combatir a puñetazos. Matará a Luz Bella por ponerlo en esa situación.

—¿No lo recuerdas, Ramón? — Desde el lado derecho, le llega otra bocanada de aliento apestando a alcohol, mucho más cerca de su cara de lo correcto entre caballeros vestidos con ropas tan evidentemente caras—. Es el doctor O'Brien. No sabe cuánto me alegra verle justamente aquí, doctor — afirma el segundo hombre que lo ha abordado. Ahora que lo revisa en profundidad, ya que su interlocutor no repara en acercar su cuerpo alto y voluminoso al suyo, se da cuenta de que le es familiar. Sí, aquel individuo suele

aparecer por Pradobajo para hacer negocios con su madre—. ¿Se acuerda de mí, entonces? —La sonrisa de dientes abiertos hace retorcer las tripas de Néstor—. Soy Salazar.

El hombre sigue hablando unos minutos, presentándose a sí mismo como un gran amigo de su madre y un hombre muy rico, sin dejar de presionar las puntas de sus bien cuidados dedos sobre el hombro de Néstor.

—Dejad de agobiar al muchacho — ordena una nueva voz tras él.

Néstor vuelve a sentir la rigidez de su columna ante el nuevo asalto. Cada vez se siente más nervioso, y tener un tercer hombre a sus espaldas no ayuda mucho; tampoco la mano de Salazar, que ahora

ha descendido y toca descaradamente su pecho.

Cuando se gira en busca de una salida, un par de ojos marrones lo miran atentamente desde una tez blanca, al mismo tiempo que una boca le sonríe y le da a la cara frente a él una expresión de clara falsedad.

—Hola, Néstor, ¿verdad?, veo que Luz Bella sigue siendo amante de los gitanos. —Luego, deslizando sin pudor la vista sobre su cuerpo, sonríe— y que su gusto sigue siendo exquisito en ese sentido.

—Me temo que no tengo el placer de conocerles. —Con un pequeño movimiento, el joven desplaza la mano

que soba su pecho mientras habla—. Si me disculpan, he quedado con otra persona y debe estar esperando.

Se gira, considerando eso como una despedida adecuada, y continúa su camino. Ya ha conocido al tercer hombre, Marcus Dubois, su verdadero objetivo; así que deja que el anzuelo entre con fuerza en la carne de ese degenerado.

Con una leve sonrisa, nota de nuevo la presencia a su derecha. Deja que el hombre camine acelerado unos segundos al lado de él, intentando mantenerle el paso con sus piernas sensiblemente más cortas.

—Permítame que le invite a una copa, creo que mis amigos han sido demasiado

efusivos en su trato. Alguien como usted es una rara joya en un lugar como este, no se sorprenda si caen como lobos sobre su persona. —Sabe que no debe mostrar interés; nadie en su sano juicio pensaría que un hombre como él miraría al anciano delgado y encogido en que se ha convertido Marcus Dubois—. Tal vez he sido algo brusco al presentarme, yo también conozco a su madre y me parece una mujer agradable, y por supuesto tanto ella como usted merecen todo mi respeto.

Néstor nunca ha sabido responder a tonterías como esa, por eso simplemente opta por no responder nada en absoluto, mientras se frena para contemplar al

anciano.

—Veo que es la primera vez que entra aquí y naturalmente no está familiarizado con ciertos asuntos. ¿No es así? Lo acompañaré, porque presumo yo estoy aquí con intereses muy parecidos a los suyos, ¿me equivoco?

Néstor desea con toda el alma que no pretenda darle detalles sobre esos supuestos intereses comunes, y se deja acompañar por el hombre a un salón menos concurrido y algo más iluminado. Se estremece ante la sola idea de pasar un rato hablando con él. Además, nota cómo el anciano no disimula el fastidioso gesto de mirarlo de arriba abajo, como si estuviera hambriento y él fuera su próxima cena.

—¿Le he comentado que conozco a su madre hace casi cuarenta años?, una dama magnífica. Una vez incluso pedí su mano, pero desgraciadamente ella sufrió un desafortunado accidente y quedó... arruinada para el matrimonio. —La férrea voluntad de Néstor evita a duras penas que estelle a aquel despojo humano contra la pared más cercana—. Aunque viendo lo joven que se conserva creo que debería haber tragado con aquello, le aseguro que la visión actual de mi mujer no tiene nada que ver con su bella madre. En fin, eso es historia antigua. ¿Qué desea tomar, caballero?

—No tengo tiempo, ya le he dicho que he quedado con otra persona. —El

médico presente que si no sale de allí en los próximos cinco minutos matará a alguien con sus manos desnudas, y aquel tipo se está ganando el puesto a pasos agigantados.

Volviéndose hacia la puerta, acelera su zancada, dejando al hombre unos pasos detrás de él, forzándolo a casi correr para volver a alcanzarlo atrapando su manga.

—Muy bien, ya le enviaré una nota para hablar en un sitio menos concurrido. No sé con quién ha quedado, pero creo que puedo proporcionarle todo aquello que le haya traído a este lugar, y seguro que será más rápido, efectivo y a su gusto de lo que esperaba.
—Luego suelta la presa, dejándolo

marchar.

Para su alivio, Néstor atraviesa el salón principal sin ser de nuevo detenido; aunque varios hombres más salen a su paso con ese fin mientras él, de manera consciente, ignora sus gestos de aproximación antes de poder traspasar por fin las puertas de salida y enfrentarse al aire viciado de esa parte de la ciudad.

Marcus suspira admirando la espalda del hombre que se aleja. Hombros anchos, estrecha cintura, muslos musculosos y un férreo dominio de sí mismo, por no olvidar un rostro que

haría sollozar de envidia al mismísimo Apolo.

Con tristeza, observa su propia imagen en el espejo de la sala. Una vez él mismo tuvo un aspecto parecido; algo menos alto y corpulento, pero hermoso. Mira sus manos, largas, delgadas y arrugadas, y vuelve a compararlas con las del hombre que acaba de marcharse. En fin, el tiempo es un enemigo cruel.

Por fortuna le queda el dinero, y los contactos, y un apetito sexual que no ha disminuido con los años, aunque debe confesar que se ha hecho algo menos convencional que en su juventud, si se puede decir que alguna vez lo ha sido.

Con un suspiro, imagina esos recios muslos apuntalados desnudos frente a él

y todo lo que esa visión le permitirá; los gritos de éxtasis que rasgarán los carnosos labios del doctor, duro y suplicante cuando él obre su propia magia.

Sí, la caza merecerá la pena. Y solo el hecho de pensar que es el adorado hijo de Luz Bella O'Brien casi le hace llegar al orgasmo.

Oculto, como cada vez que ese maldito Dubois se cruza en su camino, Alfonso observa a los hombres que hablan en la sala contigua. No le gusta demasiado aparecer por el local cuando aquellos individuos están por los

alrededores; de hecho, no suelen ser clientes habituales, sino que, según ha oído, prefieren frecuentar otro edificio algo más modesto situado a las afueras de Sanlúcar. Sabe de buena tinta que entre las paredes de aquel otro lugar el cliente puede, por una cantidad de dinero adecuada, disfrutar de una amplia gama de perversiones y vicios, más sofisticados y mucho menos corrientes de los que pueden hallar allí; por desgracia siempre es fácil encontrar personas tan desesperadas que harían cualquier cosa por dinero, y siempre hay quienes poseen el estómago y el dinero suficiente como para pagarlo.

Le ha costado varios minutos asimilar que aquel hombre increíble, que ha

entrado en el local acaparando para él solo toda la atención de los clientes habituales, sea el hijo de Luz. Nunca lo hubiera creído si no lo hubiera visto con sus propios ojos. Si bien, también es cierto que no ha oído que jamás se le relacionara con ninguna muchacha. En fin, esos lugares suelen dar a uno más de una sorpresa agradable, aunque sospecha que Luz no lo verá de la misma forma cuando hable con ella. Y tendrá que hacerlo, no le ha gustado nada la forma en la que Marcus lo ha devorado con los ojos.

A las afueras de Sanlúcar, mayo de

1867 (hoy)

Un escalofrío de inquietud baja por la espalda de Néstor, instándolo a dejar de caminar para echar una ojeada al cielo nocturno. Todos sus sentidos están alerta; el fino oído de cazador capaz de distinguir la pisada de un conejo, el aleteo de un pájaro o la caída de una hoja; la vista aguda; el olfato entrenado.

Una nube cubre la luna menguante, haciendo aumentar las sombras sobre el suelo de las afueras de Sanlúcar; para el doctor O'Brien puede que eso sea un gran problema, dificultando vigilar la aproximación de cualquiera; pero para Adonaí, el gitano, es una ventaja que le permite controlar lo que le rodea, verá a

su acechador mucho antes de que este distinga su presencia.

El ruido llega desde su espalda.

Da media vuelta, describiendo un lento semicírculo, dejando que sus botas desplacen la arena bajo sus pies mientras observa el área que lo rodea; se acuclilla horadando la oscuridad, y extrae la navaja escondida en la bota izquierda, esperando a que su acechador aparezca por el oscuro camino de bajada antes de volver a erguirse. Con un movimiento ágil esconde la hoja en la manga de la chaqueta; en menos de un segundo será capaz de lanzarla con una puntería letal.

Molesto, reconoce el martilleo

acelerado de su corazón, de nuevo la ansiedad, el miedo que precede a la batalla. Néstor reprime el instinto de payo, que lo impulsa a caminar intranquilo de un lado a otro, y espera, obligándose a respirar despacio y profundamente.

Su mirada se pasea por la zona, viendo con ojos de cazador lo que la noche oculta a su vista de burgués. Preparado para enfrentarse con su contendiente; su adversario. Su enemigo y el de su pueblo; la pesadilla y el anhelo de cada uno de sus apenas treinta años de vida. El violador de su madre y el verdugo de su pueblo; el abuelo de la mujer que deberá tomar como esposa. Sonríe, porque no deja de ser irónico

que sus propios hijos puedan acabar teniendo la sangre de ese hombre.

Su respiración se detiene un instante, cuando los pasos sobre la grava se hacen mucho más claros.

—¿Está ahí, doctor? —una voz desagradablemente familiar y con un tinte afectado lo llama.

—Sí. Acérquese lentamente, Dubois. Tenga cuidado donde pisa, el suelo puede ser bastante resbaladizo en esta zona.

El silencio de la noche le lanza el eco de unos pasos excesivamente rápidos para un hombre de más de sesenta años. Cuando su invitado aparece visible y está frente a él, Néstor se queda rígido

por el impacto de mirar los cabellos oscuros de un hombre desconocido de no más de veinticinco años.

—Le presento a mi hijo. Marcus, saluda al doctor O'Brien. —La voz del hombre mayor surge a las espaldas del otro hombre de forma imprevista, sin que este mueva ni un solo músculo para acatar su pedido—. He de confesarle que me ha sorprendido el lugar que ha elegido para nuestra entrevista.

Un cúmulo de alarmas se enciende en la mente de Néstor y frunce el entrecejo, sabedor de que la oscuridad que los rodea impide a sus interlocutores vislumbrar el gesto.

Maldita sea, no ha previsto que se presentara con nadie más. No necesita

más testigos de la humillación a la que se verá obligado a someterse. Respeta toda clase de inclinaciones sexuales, pero aquello en lo que va a entrar de cabeza raya la perversión. Dejando a un lado los inoportunos estremecimientos de asco, habla.

—Me alegro de que haya venido. Hay algo que necesito pedirle y creí entender en nuestra última conversación que era capaz de proporcionarme todo lo que pudiera desear.

—Así es, y me pareció deducir por su nota que lo que desea le va a costar bastante dinero, doctor.

—El dinero no es un problema en mi caso, como ya supondrá. Aunque me ha

sorprendido al presentarse aquí con alguien más —dice, haciendo un gesto hacia el hombre que ha permanecido en silencio a menos de una vara de su padre.

—¡Ah!, no se preocupe, mi hijo no es ningún problema. Desgraciadamente solo hay músculos en su cuerpo.

Néstor intuye por unos instantes un leve tinte de tristeza en las palabras del hombre mientras empuja al otro, mucho más alto y ancho que su padre, hacia el resquicio de luz de luna que atraviesa la maleza; luego la impresión desaparece para dejar paso al sádico anciano de ojos fríos.

—Como puede comprobar no hay nada dentro de esa enorme cabeza

hueca. —La luz muestra la mirada triste de un niño en el cuerpo de un gigante—. Desgraciadamente algo falló en el momento del parto. Supongo que habrá conocido montones de casos parecidos en su profesión. Una pena, un único hijo varón y cinco hijas y mire lo que me ha regalado el destino. —Luego, en un gesto de dulzura que no le parece real, el hombre acaricia el brazo derecho de su hijo en un intento inútil de abarcarlo con las dos manos—. En contrapartida, el idiota es fuerte como una mula, sordo como una tapia y fiel como un perro. No se preocupe doctor, su pequeño secreto estará a salvo en ese almacén vacío que es el cerebro de este muchacho, y se lo

aseguro por propia experiencia, si aún no ha huido de mi lado después de lo que me ha visto hacer, no lo hará nunca.

El amago de asco que acude a la boca de Néstor le impide hablar por unos instantes, mientras digiere la atroz realidad de lo que acaba de confesar el hombre.

—De cualquier forma, me gusta llevar ciertos asuntos de una forma más privada. Siento decirle que no hablaré en presencia de terceras personas, aunque me asegure con informes médicos que se trata de un cadáver. Buenas noches, caballero.

Deseando apartarse de ese individuo, que saca su yo más salvaje de forma tan agresiva, Néstor se dispone a

marcharse.

—Ya debí suponer que volver a tratar con gente de su familia me traería problemas, O'Brien.

La mención de los hechos, acaecidos hace más de veinte años, detiene a Néstor en su gesto de volverse.

—No sé a qué se refiere, Dubois. Que yo sepa mi madre no ha negociado jamás con usted.

Aunque conoce perfectamente a qué se refiere Marcus, su vena investigadora no reprime la oportunidad de conocer lo que sucedió con Frank Moulton y María O'Brien, en los meses previos al nacimiento de Dolores, por un protagonista diferente a Luz Bella.

—No hablo de su madre. ¡Claro!, me temo que ella aún me tiene algo de odio por un leve asuntillo sin importancia en el que nos vimos envueltos hace muchísimos años. Afortunadamente una mujer tan guapa hace que olvide cualquier desavenencia que pudiera haber entre ambos; una lástima que ella no posea tan mala memoria en ciertos aspectos. —Néstor procura que la mano que sostiene la navaja en su puño no se mueva con voluntad propia, atravesando en un solo gesto el corazón del hombre —. Una pena, sí. Teniendo en cuenta, además, que muy pronto seré un inconsolable viudo y su madre es una soltera tan hermosa. Es una lástima que

su absurdo orgullo le impida continuar la relación que un día tuvimos.

La presencia del hijo enfermo del hombre le sirve a Néstor de contención; si en ese momento hubieran estado solos, duda de que no habría acabado de una vez por todas con esa miserable existencia.

—¿Quiere que le arranque la cabeza delante de su hijo, Marcus?

El anciano levanta el rostro en un gesto de sorpresa ante las palabras frías y cortantes del médico.

—Veo que tus cojones te sirven para algo más que para montar a chiquillos, muchacho. —Parapetándose tras el brazo de su guardaespaldas silencioso, Marcus sigue azuzándole, mientras el

joven, aparentemente ajeno a lo que le rodea, se mueve sobresaltado al sentir el contacto de su padre—. Pero te sugiero que los guardes frente a mí. De hecho, si estás interesado me encantaría agradarte. Siempre que yo fuera quien estuviera encima.

En un par de pasos Néstor clava la punta de la cuchilla en la yugular del anciano, a la vez que con la mano libre agarra la garganta del hombre más joven, que apenas retrocede un paso, con la mirada aterrorizada de un cachorro sorprendido.

Con precisión de cirujano, el médico gira la muñeca, presionando las yemas de sus dedos lo suficiente para que el

aire deje de alimentar unos segundos el cerebro del hombre; haciendo que pierda la conciencia y caiga como un muñeco desinflado a los pies de su sorprendido padre.

Retira el cuchillo, que porta una solitaria gota de sangre de Marcus en su punta, hasta la funda, y retrocede un paso introduciendo las manos en los bolsillos de sus pantalones.

Mantiene la mirada del anciano, que lucha entre el instinto de huir y el deseo orgulloso de mantenerse erguido, sin que se le note el temblor que sube por sus cansadas piernas.

Transcurren unos segundos, mientras Néstor deja que Marcus lo examine desde otra perspectiva, que evalúe las

opciones. El médico no llega a entender cómo el anciano consigue no desviar los ojos de sus pupilas, a esas alturas dilatadas por un odio que debe confirmarle que él conoce en profundidad los hechos que ocurrieron entre su madre y el hombre parado frente a él. Está sorprendido de que siga desafiándolo, aún a la espera, siendo conocedor de que si decide lanzarse sobre el anciano este no tendrá ni la más ínfima de las opciones.

—No debería jugar un juego tan peligroso —murmura por fin Néstor—. No debería golpear a una fiera si no está seguro de poder aniquilarla. —Conteniendo la respiración, observa

perplejo cómo el anciano levanta la cara, desafiante.

—Le mataré si le ha hecho daño a mi hijo, O'Brien.

—¡Mírese en un espejo, Marcus!, verá la cara del hombre que lleva años haciéndole daño. —Tocando levemente con la punta del zapato la pierna del cuerpo inconsciente, consigue que este empiece a volver a la vida—. Si hubiera perdido el tiempo en buscar un especialista le habría confirmado que el que no sea capaz de comunicarse con usted no significa que sea imbécil; solo es sordo de nacimiento, sordo como una tapia, por eso no puede hablar, aunque le aseguro que su mente puede funcionar tan rápida como la suya, y que ha

entendido todo lo que ha visto en la miserable vida que le ha dado. —Deja que el hombre asimile sus palabras antes de continuar—. Aún preciso de sus servicios, si está interesado póngase en contacto conmigo, le haré llegar mis necesidades; si me satisface, pagaré lo que pida.

Cortijo de Aguastempladas, junio de 1867 (hoy)

Dolores no desea asistir al baile que su padre celebra anualmente en Aguastempladas con ocasión de la nueva cosecha; pero allí está, no ha tenido

elección. De todos es conocido que al mismo Alfonso no le apasionan esos eventos, mucho menos desde que su hija vive con su abuela y no es la encargada de prepararlo todo; la pobre Manuela lleva cuatro años sufriendo sus histerias previas de más de dos semanas. Ya cuando era ella quien lo preparaba, Alfonso tenía la costumbre de gruñir para luego acabar asistiendo y poniendo, en varias ocasiones, caras largas a sus invitados, dejándole a la muchacha la colosal labor de apaciguarlos.

Ciertamente es una pérdida de tiempo, pero ningún terrateniente puede sobrevivir a la sociedad sin preparar al menos un baile anual para sus vecinos, y ese conocimiento le corroe las tripas

tanto como a ella, aunque Dolores suele disimularlo bastante mejor. La mujer reconoce que quizás ella se sentiría de forma parecida si hubiera sido la comidilla de sus cotilleos durante los últimos cuarenta años. Rumores muy maliciosos que últimamente le han ido llegando a los oídos de forma más cruda cada vez; cree que todos han decidido que, aunque soltera, ya no es la frágil flor que aparentaba, y han resuelto informarle puntualmente de cada uno de ellos, aunque de forma velada como corresponde a la gente elegante.

En cierto modo ella agradece la información, pues conoce a su padre suficientemente y es capaz de filtrarla.

Es consciente de lo que puede o no ser cierto y ese conocimiento hace que lo ame aun más si cabe. Reza para que menos de la décima parte de lo que ha oído sea verdad, en caso contrario comprendería las miradas de odio que el hombre dispensa a sus vecinos. No debe haberle sido tarea fácil sobrevivir en ese mundo hipócrita y agresivo; Dolores empieza a valorar la forma en que Alfonso es capaz de canalizar sus cambios de humor, aunque en ocasiones la furia pueda con él. Por lo que ve, su intención hoy es comportarse tan elegantemente como siempre, a pesar de que la sangre le hierva en las venas mientras conversa con sus vecinos.

Ella ha bajado desde su antiguo

dormitorio y, a medida que se acerca al salón principal, ahora despejado de muebles para servir como pista de baile, las risas, las conversaciones y la música llegan a ella. Su abuela se ha apiadado de ambos, aunque esa palabra no vaya mucho con su carácter, y se ha dedicado a actuar de anfitriona recibiendo a los invitados. El cariño que ha entrevisto entre ella y su padre sigue vivo a pesar de los años, y la dificultad de su abuela para expresar ese tipo de sentimientos. Cree que las diferencias que intuye en sus disputas, cada vez más frecuentes y acaloradas, no son más que la consecuencia de un conocimiento común muy profundo de cada uno de sus

defectos. Quizás vuelva a preguntarles por qué no acabaron casándose entre ellos; aunque sospecha que es ese secreto a voces de su padre lo que acabó con el compromiso.

El recinto ya está lleno de mujeres con elegantes vestidos de fiesta, caballeros de gala y multitud de sirvientes, engalanados con camisas y pantalones blancos, repartiendo copas de vino; la mayoría de ellos, criados y bebidas, traídos desde Sanlúcar para la ocasión.

Dolores camina entre la gente, saludando a cada uno de ellos, nunca le ha costado recordar los nombres y cargos de las personas, y algo tan simple parece elevar el ego de sus invitados

cuando se dirige a todos por su nombre y apellido y les pregunta por la salud de cada uno de sus hijos y familiares. Es sencillo mantenerlos contentos.

Ha visto a su padre y a su abuela cerca de la entrada, rodeados por un puñado de invitados a los que, al parecer, están dando la bienvenida. Como cada vez que está Luz presente, la muchacha nota cómo la seguridad de su padre en sí mismo aumenta; ella tiene el poder de hacerlo brillar de una forma especial, sabe que a su lado se siente mucho más protegido del resto del mundo. Alfonso, moreno, aún delgado y atractivo, y Luz, increíblemente hermosa a pesar de su edad, y tan blanca y

pelirroja. Al verlos de esa forma le entristece que no llegaran a casarse entre ellos; se les ve tan unidos.

Luego, su mirada se dirige hacia el hombre que los observa sin perder detalle apoyado en silencio sobre la pared, impecablemente vestido con su traje oscuro, con la belleza madura de su propio recuerdo. Ante el asombro de Dolores, no son celos, sino una sonrisa de satisfacción lo que aparece en el rostro de Isaac, mientras los contempla moviéndose entre ese grupo de importantes miembros de la comunidad de Sanlúcar.

—¡Buenas noches, señorita García!, tan magnífica como siempre.

De repente se tensa; el hombre a su

derecha no ha sido un invitado habitual en las fiestas de los García, ni tampoco en las de los O'Brien; realmente, ella cree que Marcus Dubois nunca ha sido invitado a ninguna. Lo conoce de alguna otra vez en la que han coincidido, pero suponía que no era bien recibido por sus familiares, ya que en más de una ocasión Luz le ha pedido que no se relacione con él. El hecho de verlo allí le parece de lo más extraño.

Lo mira unos segundos. Es un hombre mayor pero, a pesar de no tener un rostro desagradable, por alguna razón no tiene el aspecto de un abuelo como correspondería a su edad; mira fríamente, y la piel transparente de su

rostro le eriza el vello.

—¿Desea bailar, señorita? —
pregunta el anciano.

—Me temo que no.

Cree que en ese caso Luz no la censurará por negarse a bailar con un invitado. Él le mantiene la mirada, parece incrédulo. Pero no se aparta ni responde indignado, sino que rompe el silencio a su alrededor con una sonora carcajada.

—Por lo que veo su sangre es pura O'Brien, aunque noto también cierta insolencia que me resulta familiar.

—Si me permite, caballero, tengo un salón repleto de invitados a los que estoy deseosa de atender. —Dolores supone que ha notado que él no es uno

de esos invitados, pues se aparta para dejarla continuar.

—Espero que nos veamos muy pronto. —Se inclina en una pequeña reverencia—. Tengo una hija de su edad, me gustaría que se conocieran. Por favor, venga a visitarnos a casa cuando desee.

Ella se aleja sin responder, no es tan maleducada como para decirle en voz alta lo que puede hacer con su invitación y con su preciosa hija.

Luz le tira del brazo cuando apenas se ha separado diez pasos.

—¿No te he advertido sobre ese individuo bastantes veces?

Dolores la mira con incredulidad por

sus injustas palabras; no ha intercambiado ni dos frases con el hombre antes de dejarlo con la palabra en la boca.

—Si no quieres que esté aquí habla con mi padre, él lo ha invitado, ¿no es cierto?

—No, no lo es. —Luz parece preocupada—. A veces debemos hacer cosas que no deseamos, las circunstancias no se pueden controlar siempre. Tú límitate a alejarte de él, ¿me oyes?

—No te preocupes, reconozco que me da dentera, no sé si a causa de la aversión que veo en tus ojos, pero no me gusta cómo me mira. Si es por mi propia voluntad no volveré a cruzar una palabra

con él.

—Perdona, Dolores. Ese hombre saca lo peor de mí. —Ella se acerca un poco, tomándola por la muñeca.

—No lo creo, Luz, me acabas de pedir perdón, nunca lo habías hecho.

Luz sonrío por unos instantes, y su rostro se vuelve aun más hermoso de lo habitual, a pesar de las pequeñas arrugas que le surgen en las comisuras de labios y ojos.

—Ahí está Pedro Jurado, y creo que pronto vendrá directo hacia ti, querida.

—Luz aprieta por un momento la mano, que todavía le agarra la muñeca, antes de alejarse.

Dolores se gira para ver a Pedro aún

a cierta distancia. Aunque está en compañía de varios caballeros más con los que conversa, su atención está sobre ella, y ella le sostiene la mirada antes de sonreír. Mientras él le devuelve el gesto, levanta la copa para saludarla. Dolores desvía los ojos, necesita pensar, el tiempo pasa muy deprisa y sabe que muy pronto volverá a recibir otra proposición de matrimonio de su parte. Será la cuarta, o tal vez la quinta de los últimos dos años. La décima si cuenta el resto de los hombres que han hablado ya con su padre.

Las excusas se le están acabando y, aunque sabe que Alfonso nunca la obligará a casarse si no lo desea, sospecha que su padre no entiende por

qué es tan reticente; por qué no se permite intimar lo suficiente con ningún hombre para llegar a sentir algo parecido al amor.

No puede decirle que ella ya sabe lo que es el amor, y la desesperanza, y el abandono. Y que posiblemente no se case jamás; y no lo hará porque crea que ya no es un artículo de primera mano. Sabe que si hay algún hombre en este mundo que llegue a amar no tendrá ningún pudor en confesarle que no podrá encontrar una virgen en la noche de bodas. No, eso no sería un problema. El problema es encontrar un hombre que desplace a aquel que continúa viniendo cada noche a visitar sus sueños.

Agita la cabeza eliminando esos pensamientos. Está es una fiesta, hoy va a divertirse. Para lo otro necesita estar relajada, pensar, buscar un sitio menos concurrido.

—¿Bailas con tu padre? —Alfonso está a su lado, y su sonrisa le confirma que posiblemente aún no ha puesto la vista encima del señor Dubois.

—Sabes que adoro bailar con el hombre más guapo del baile —contesta, tomando los brazos que él le ofrece, para sumergirse en la calidez de su abrazo—. Papá, el señor Marcus Dubois está aquí, sé que no es alguien de tu devoción. ¿Por qué lo has invitado?

—¿Te ha molestado esa sabandija?

—Ella niega con la cabeza—. Me alegro, no te acerques a él. Tengo negocios con ese gusano y me he visto comprometido a invitarlo, pero espero cerrarlos cuanto antes. No lo volverás a ver cerca de nosotros si puedo evitarlo. Bailemos, y olvídate de tipos tan rancios y feos, seguro que hay más de un joven envidiando a este viejo. Eres lo más bonito del baile, Dolores —hablando la conduce al centro de la pista, en esos momentos bastante llena de parejas, donde comienzan a girar al ritmo de la música.

—Gracias papá, pero tú eres el único hombre al que quiero parecer bonita.

—No sé quién es ese que está en tu cabeza hija, pero llevo años sabiendo

que hay algo que no me has contado, y he esperado pacientemente a que lo superaras.

—No puedo olvidarlo. —El ambiente, la música, el calor de su abrazo y la dulzura de sus palabras, o el tiempo transcurrido sin haberlo confesado a nadie, es lo que supone hace que de repente quiera ser sincera con él—. Creo que jamás lo olvidaré. Pero no te preocupes, no voy a seguir llorando por algo que no puede ser.

—¿Quién es?, ¿qué te hizo? —Su padre parece de repente serio y algo agresivo.

—Nada más grave que tirarme de espaldas sobre agua helada para evitar

que me lanzara sobre él a besarlo. —El hombre se detiene en medio de la pista, intentando contener una mirada de padre ofendido que acaba por hacerla reír—. ¡Oh, papá! No te pega ponerte serio. No te enfades conmigo pero, ¿sabes?, creo que soy tan tonta que lo amaré siempre, aunque él me abandonó sin besarme siquiera, sin mirar atrás, y sin embargo... yo le hubiera permitido hacer lo que hubiera querido conmigo. —Se eleva para besar su mejilla pulcramente rasurada.

—Tu enamorado se acerca hacia aquí, Dolores. Espero que no le cuentes lo que acabas de confesarme, o creerá que tiene derecho a propasarse contigo.

—No dejes que me lo pida de nuevo,

es mi amigo, no quiero volver a herirlo, pero no puedo casarme con alguien a quien no amo.

—Tu abuela me acaba de decir lo mismo. ¿Tal vez se trata de una conspiración? —A pesar de que intenta permanecer serio, sonrío.

—Lo es, supongo. Luz suele ser muy receptiva con mis sentimientos —habla, mientras espera que Pedro se les acerque para tomarla de los brazos de su padre.

—Señor García, ¿me permite que le robe a su preciosa hija?

—Claro.

—¡Hola, Pedro! —Dolores intenta fingir ligereza—. Prefiero salir a tomar

el aire.

—¿Me permites acompañarte entonces?

Con una sonrisa cómplice, su padre se aleja, dejándola en un punto que presente es de no retorno.

—De acuerdo —asiente.

Se teme que, tal como imagina, le esperan veinte minutos de bonitas palabras, roces de dedos y el dolor de volver a partirle el corazón a alguien a quien aprecia.

Cruza el salón tomada de su brazo. Mira a ambos lados deseando que alguien los pare y los retenga en la habitación; pero su acompañante parece decidido a que salgan al jardín, donde nadie los moleste durante unos minutos.

El aire caliente del exterior la estremece, a pesar de no haber casi un soplo de viento. Suspira, resignada y decidida a acabar cuanto antes con aquello, y acelera el paso hasta una zona tranquila aunque bien iluminada. A su lado oye la respiración algo agitada de Pedro, él está nervioso; súbitamente se detiene frente a una balaustrada, respira en profundidad antes de tomarle con relativa fuerza del codo para girarla hacia él.

—Dolores.

—No lo hagas, Pedro. —Dolores le acaricia la mano que reposa sobre su propio brazo.

—Necesito que me des una razón,

sabes que te quiero, te necesito y me estás volviendo loco, y sé que no te soy indiferente. —Tomándola de la barbilla, la hace mirarlo. Ella enfrenta su rostro, un rostro agradable, amable y amigo que le hace dudar de sus propias razones—. Dime que no me quieres, que no sientes nada por mí, y me marcharé para siempre.

—No, no quiero que te apartes de mi vida, eres importante para mí, Pedro, lo sabes. Te quiero, a mi manera, pero no puedo ser tu mujer, yo no...

—No me importa, no necesitas contarme nada que haya ocurrido antes de conocernos. Te juro que no te pediré ninguna explicación, no la necesito, pero dime que te casarás conmigo.

—No es solo por eso, Pedro. —Le rompe el alma ver cómo suplica de nuevo, no quiere hacerle daño, no a él, pero no pretende que sufra el resto de la vida dándole algo que no le pertenece —. Eres alguien muy importante para mí, y porque te quiero no puedo darte lo que me pides. Hay alguien más.

—¿Quién?, ¿dónde está que permite que sigas soltera? ¿Está casado?, entonces no te merece.

—No lo sé. Pero te juro que si algún día me caso con alguien que no sea él, será tu nombre el que mis hijos llevarán con orgullo.

—Me alegro, así solo tengo que buscar a ese hombre misterioso y

asegurarme que desaparezca de la tierra. —Pedro desciende sobre su rostro para sorprenderla con un beso delicado en los labios—. Te quiero, Dolores García, y lo seguiré haciendo a pesar de ese hombre afortunado. La vida es larga, tal vez te canses de esperarlo dentro de un par de años, y creo que podré hacerte olvidarlo.

Vuelve a descender, para esta vez besarla con más profundidad. Le permite hacerlo, porque su roce es tierno y, a su modo, lo ama.

—¿Entramos? —pregunta él cuando se aparta, un minuto después.

—No, ve tú, quiero respirar un poco antes de volver a sumergirme en esa muchedumbre.

—Como quieras, Dolores. —Con un elegante gesto, se separa para besarle la punta de los dedos de la mano derecha, antes de girarse hacia el interior.

Dolores sigue en la terraza cinco minutos después. Está oscuro, aunque sus ojos ya se han acostumbrado a la tenue luz que parte de las luces de aceite, desperdigadas por el enrejado del jardín. Es una bonita noche, cálida y hermosa, con un cielo anormalmente estrellado por la ausencia de luna.

Se apoya sobre la barandilla y respira hondo, llenando los pulmones con el aroma de las flores del parterre a su

derecha. No reconoce su nombre, aunque la fragancia es claramente familiar.

De pronto, siente una presencia. Se vuelve hacia las sombras a su espalda, horadando la oscuridad inútilmente. Entonces el pulso parece que se detiene en sus venas, el corazón se le ralentiza, y el aire deja de alimentar sus pulmones por unos instantes.

Él está ahí, observándola desde unos quince pasos. Pero no es el Adonái que recuerda, no el que ha acudido a sus sueños, no su gitano. Es un caballero, elegante, con el pelo recogido pulcramente hacia atrás, y que mantiene las manos en el interior de los bolsillos de sus impecables pantalones negros,

mientras la observa apoyado en uno de los árboles.

—¿Dónde estabas? ¿Qué demonios has estado haciendo todos estos años? —le increpa Dolores sin poder disimular su sorpresa.

—Añorando el sonido continuo de tu voz —él habla sin moverse de su posición—. ¿Y tú, dónde has estado? —Se separa del árbol para avanzar con pasos largos. Los ojos del hombre permanecen sobre los suyos, aunque la oscuridad casi no permite distinguir su color—. No sabes cuánto te he echado de menos, Dolores. —Se detiene justo a un paso de ella, regalándole una sonrisa.

—¿Que dónde he estado?, ¿no crees

que donde tú me abandonaste? —Sabe que no debería ser tan sincera, es una mujer adulta y sabe manejar a los hombres; no es inteligente hacerle ver cuánto poder tiene sobre ella; pero no puede evitar seguir hablando como si continuase sin entender ni una palabra —. Aquí, aquí y en Pradobajo; esperando a que vinieras a por mí.

Abre los brazos, señalando cuanto la rodea. Vuelve a respirar. Los ojos de la muchacha brillan en la oscuridad cuando permite que él pose las manos en su cuello.

—Te sentaba mejor el pecho al aire, Adonái —habla, señalando su camisa y pañuelo perfectamente colocados.

Sus brazos, totalmente autónomos,

rodean al hombre por la cintura. Dolores entierra el rostro en su chaleco.

—Puedes comprobar cuando quieras que sigo sin tener vello. —El hombre acaricia la piel de su cuello desnudo en lentas pasadas.

—Has perdido color, pareces solo un señorito.

—Sí. ¿Quieres comprobar si mi sabor te parece dulce? —Aunque no la ve, Dolores puede sentir una sonrisa de triunfo sobre su propia cabeza.

—¡No en esta vida!

Por unos instantes el orgullo vuelve a ella, haciendo que casi grite. Se aparta, separándose de su calor, para alejarse en dirección a la casa.

—No lo creo —le oye comentar, mientras ella se concentra en hacer que sus pies se muevan uno delante del otro sin tropezar.

La súbita claridad del salón de baile le asalta las pupilas. Dolores cree tener el rostro desencajado cuando avanza hasta la zona de refrescos, buscando algo para aclararse la garganta reseca. Piensa que todos tienen la mirada fija en ella.

—¿Ponche, señorita?

Desconoce al muchacho que le acerca el vaso desde el otro lado de la mesa, pero le agradece el gesto con una

sonrisa.

—Yo tomaré otro, por favor.

No necesita girarse para sentir la presencia del hombre del que acaba de huir a sus espaldas. Sigue sin comprender qué hace allí, aunque, después de haberlo visto vestido como un burgués, la certeza de que debe ser hijo o sobrino de Isaac no admite dudas. Supone que es el compañero de su abuela quien lo ha invitado.

—Bebe un poco y deja el vaso en la mesa, Dolores. Quiero hablar contigo.

—Paseemos entonces por el salón, comprenderás que no puedo volver a salir al jardín en tu compañía. Ni siquiera deberíamos hablar, al fin y al cabo nadie nos ha presentado

formalmente.

Tomada de su brazo, comienzan a andar lentamente. Sabe que de alguna forma son el centro de atención. Aunque él viste correctamente y su rostro no es más oscuro que el de muchos andaluces, sigue llevando con orgullo un cabello demasiado largo, pulcramente peinado, que lo identifica sin lugar a dudas.

—No creía que fueras tan formal, debes haber cambiado mucho desde que nos vimos por última vez.

—No lo soy, si lo fuera no le dirigiría la palabra a un desconocido, y menos aún pasearía del brazo de alguien tan evidentemente inferior a mí.

—¿Así que me consideras inferior?

—Sabes que yo no. —Ella se detiene para observar su rostro—. Lo habría dejado todo por ti, ¿lo sabes, verdad? Mi vida entre los míos, mi padre, mi dinero; te habría seguido para pasar el resto de mis días en un carromato; habría cocinado para ti, parido a tus hijos, y nunca me habría arrepentido de mi decisión. Solo tenías que haberme hecho un gesto, ni siquiera necesitaba tus palabras.

—¿Y ahora?, ¿lo dejarías todo por mí?

Ella no responde, vuelve a instarlo a andar recorriendo el perímetro del salón, el silencio los envuelve por unos incómodos momentos. En uno de los

giros los ojos de Dolores tropiezan con los de Pedro, que la observan tristes con un signo de claro entendimiento. Supone que no puede controlar la emoción que siente al tener al hombre junto a ella. Sabe que su rostro y sus gestos deben ser muy reveladores de las pasiones tantos años escondidas.

—¿Alguna vez te ha pasado por la mente casarte con él? —La voz la saca de sus pensamientos por unos segundos. Él sabe a quién estaba mirando.

—Nunca, pero creo que a ti sí. ¿Por eso has vuelto? —lo desafía.

—Te lo comerías vivo.

—¿Hablas por experiencia?, no recuerdo haber posado mi boca sobre tu cuerpo ni una sola vez.

La risa del hombre vuelve a atravesarle la espalda.

—Todo se andará, ten paciencia.

—¿Estabas en el jardín, verdad?, has escuchado nuestra conversación.

—Sí, no lo pretendía, pero necesitaba saber tu respuesta antes de volver a hablarte. Es un buen hombre.

—¿Lo conoces?

—Fuimos juntos al colegio durante una temporada.

—No pensaba que hubieras ido al colegio, aunque tampoco sabía que hablaras castellano, o que vistieras como un payo y te invitaran a sus mejores fiestas.

La música acaba cesando ante los

aplausos de las parejas que ocupan la pista.

—¡Doctor O'Brien! Me alegra volver a verlo.

Ella se vuelve para observar el rostro del capataz, Luis Marín. Por unos segundos, Dolores ha pensado que era alguien que había confundido a Adonái con su esquivo tío. Pero la certeza de sus siguientes palabras la saca de golpe a la realidad.

—¿Ya ha visto a su madre, señor?

—No, he llegado directamente desde Sanlúcar, pero volveré a casa con ella y con Dolores.

Con una mano él sigue sujetando su cintura, ahora mucho más envarada que hace unos segundos, y no precisamente

por efecto del apretado corsé.

—Si me disculpas, tengo la sensación de que he perdido algo en el jardín — apenas balbucea Dolores.

Por segunda vez en esa noche huye del mismo hombre para escapar de su propia rabia.

—¿Por qué me has mentido durante más de cuatro años, abuela? —En el reducido espacio dentro del coche que los devuelve a Pradobajo, las palabras de Dolores parecen sobresaltar levemente a la mujer junto a ella —. Al fin y al cabo, no puedo recriminarle nada a Adonái; yo, mejor que nadie, sé

lo que es tener que rechazar a alguien a quien no puedes corresponder; él solo se limitó a dejarme allí y olvidarse de mi existencia. Pero tú, ¿era necesaria la prolongación de esta farsa? Debías ser consciente de que tarde o temprano sabría la verdad, ¿por qué ocultarla?

—Veo que estás realmente enfadada. Hace dos años que no me llamas abuela de manera tan despectiva. —Frente a ellas, las amplias piernas del hombre reducen el habitáculo considerablemente —. Nunca te he mentado.

—Bueno, he de confesar que en ese sentido, ya que en el resto sois completamente diferentes, tú y mi tío os habéis comportado de igual forma. No necesitáis mentir, simplemente no

habláis sobre el tema, un silencio muy útil. Dejáis que los pobres ignorantes os sigan la corriente. ¿Os habéis divertido? Nunca pensé servir de distracción durante un espacio tan largo de tiempo. Felicidades, ha sido un verdadero baño de humildad para la pobre idiota que se creía una mujer inteligente.

—Realmente es tío tuyo solo de palabra, ya sabrás que fue adoptado.

—Claro. La totalidad de los invitados de la fiesta se han ocupado de contarme todo lo que debía haber conocido hace años, y que al parecer es de conocimiento público.

—Hemos llegado.

Por primera vez desde que han subido

al coche, oye la voz del hombre que las acompaña. Se vuelve a hacer el silencio mientras ellas dejan que él las tome de la mano y las ayude a descender. Aun a través de la tela de sus delicados guantes, nota el escalofrío que le recorre la piel bajo su tacto.

Enfurecida por su reacción involuntaria, se encamina a toda prisa hacia las escaleras, donde les esperan dos de los sirvientes.

—Me retiro, ya nos veremos mañana. Toca nuestra canción de nana si tienes algo que decirme, Luz. Si no, pienso dormir hasta que vuelva a caer la noche —se despide.

—¿Que les has dicho qué?

Luz camina por el despacho, como una leona enjaulada, justo antes de detenerse frente a su hijo, que la observa arrellanado sobre el sillón más mullido del salón; las piernas del hombre permanecen cruzadas en un gesto indolente de infinita paciencia.

—Les he dicho que nos casamos en...

—Contando mentalmente, Néstor acaba mostrándole la mano con el número exacto de dedos extendidos— tres meses.

—¿Y has esperado hasta hoy para darme la feliz noticia?

—¿Te olvidas que tenía otra misión importantísima que cumplir por ti?,

además de intentar salvar la vida de algunas personas en el hospital antes de dejar mi trabajo.

—¿Y cómo piensas conseguirlo? ¿Cómo vas a hacer que se case contigo en tres meses? No me ha parecido que se haya alegrado mucho de volver a verte.

—Ya te dije lo que pensaba de tu magnífico plan para que se volviera loca por mí.

—Y lo está, lo ha estado cada día de estos años; lo que no sé es si su orgullo le permitirá perdonarte. Mucho menos antes de que concluya el plazo al que tú, tan alegremente, nos has comprometido.

—Estaba muy enfermo, no pensaba con claridad. Iban a zanjar el asunto sin

posibilidad de volver a retomarlo. No se me ocurrió nada mejor.

—De acuerdo. Sé que lo has hecho lo mejor que podías. —Con un gesto de impotencia, Luz toma la silla frente a él —. Tendrás que convencerla y tendrás que hacerlo muy pronto. La legislatura acabará, y no podemos permitirnos el lujo de volver a empezar con los trámites desde el principio con los nuevos miembros elegidos; no después de estar tan cerca y con Marcus de nuevo rondando el emplazamiento. ¿Cómo va el otro asunto?

—Prefiero no entrar en detalles. — Luz reprime el amago de sonrisa, que sabe incomodará a su hijo—. Me he

puesto en contacto con ambos. El muchacho parece encantado de contar con alguien de la familia con sus mismas... ¿inquietudes? Bajan a Sanlúcar un par de veces al mes, él y dos chicos más del grupo de Cayetano el Negro. Al parecer los envía él mismo para comerciar con algunos estraperlistas; están buscando armas de fuego para los próximos ataques, y artículos que no pueden obtener de otra manera. El mayor de los muchachos ha sido quien lo ha introducido en el ambiente, por lo visto aprovechaba las escapadas lejos de la vista de los hombres del Negro para explorar, digamos... nuevos horizontes. No creo que tenga dificultades en manejar el

asunto, al menos por ese lado.

—¿Y por el otro?

—Por el otro, por el otro posiblemente te haga pagar hasta que dejes de tener dientes en la boca, Luz Bella.

—Sé que hablaste con Marcus en el local.

—¿Me espías?, a lo mejor tu hombre puede hacer él mismo el trabajo.

—No, no te espío, y mi hombre, aunque no dudo de su mejor disposición al trabajo, en todas sus facetas, no creo que sea lo que nos convenga. Sabe moverse en esos ambientes, pero si Marcus se le acercara a menos de una vara de distancia, no dudo que lo

mataría con las manos desnudas.

—¡Alfonso!, no me digas que Alfonso me ha visto en ese cuchitril. — Nervioso, Néstor se levanta, obligando a Luz a girar el cuello en un ángulo incómodo para seguir observando su cara.

—No creo que sea tan terrible.

—¿Que no?, tengo que casarme con su hija en menos de cuatro meses, y me ha visto mariposeando en el peor antro de Sanlúcar.

—Al fin y al cabo él mismo suele frecuentarlo. No creo que le incomode mucho.

—¿Y crees que no le advertirá a Dolores de mi... inclinación?

—Entonces te sugiero que sea

Dolores la que se incline cuanto antes y de la manera más efectiva frente a ti.

—No me puedes estar pidiendo lo que me estás pidiendo, ¿verdad? ¿Quieres que...? ¿A tu nieta? ¿En tu propia casa?

—En su propia cama si es posible. Por experiencia te aseguro que la arena dura y apelmazada del cortijo no es demasiado cómoda.

—Necesito dormir, Luz Bella. —En dos zancadas Néstor toma el pomo de la puerta—. ¿Hablas realmente en serio?

—Tanto que estoy dispuesta a sujetarla yo misma si fuera necesario, pero procura no hacerle daño; no creí que fuera posible, pero he llegado a

quererla y no deseo verla sufrir; está totalmente enamorada de ti.

Tres horas más tarde, Néstor entra en la sala de desayuno saludando apenas con el gesto a los dos criados allí presentes. Mirando hacia la puerta, los invita a salir.

—Dolores, tenemos que hablar — dice cuando se cierra la puerta tras el último.

La muchacha levanta la vista de su desayuno, que de pronto empieza a no parecerle tan apetitoso.

—Acaso hay algo más que decirnos. ¿Algo que he pasado por alto, quizás? —Sin poder evitarlo, ve como él se

sitúa en la silla frente a ella, la misma que suele ocupar Luz.

—¿Me odias? —pregunta Néstor llanamente, después de despedir al último sirviente, que acaba de depositar café en su taza.

—¿Crees que tengo motivos para hacerlo?

—¡Adonaí! —Luz habla mientras atraviesa la puerta—. Por fin te encuentro, necesito hablar contigo, hay algo urgente en Sanlúcar que quiero que hagas por mí. Sígueme al despacho —dice, sin ni siquiera saludar a la joven.

—Un momento, Luz Bella, hay algo que quiero hablar con Dolores.

—No hay tiempo, tienes que partir de

inmediato. El caballo te espera fuera, y Ana ha mandado prepararte una bolsa con comida. —Refunfuñando en voz baja, Néstor sigue a su madre en dirección al despacho.

—Perdóname, Dolores, ya hablaremos cuando regrese —dice justo antes de abandonar la sala.

—Aquí estaré, como en los últimos cuatro años —responde con sorna la muchacha.

—¿Y bien, Luz Bella?, dime qué es eso que no puede esperar. ¿Qué quieres? —dice, mientras la mujer cierra la puerta tras de sí.

—¡Evitar que te pongas en ridículo y

te manden a paseo!

—¡Qué dices!

—¿Crees que no sé lo que ibas a hacer? Dolores, tenemos que hablar, ¿de verdad pensabas pedirle que te perdonara y a continuación suplicarle que se casara contigo?

—Bueno, ¿y cómo quieres que lo haga? No estoy muy acostumbrado a pedir la mano de una mujer, pero por lo que he oído es la forma adecuada.

—Esa mujer... —Luz habla, mientras señala la puerta por la que acaban de entrar, y levanta, uno a uno frente al hombre, los dedos de su otra mano— joven, bella, rica, inteligente y maravillosa que está en el salón ha

despreciado ya diez proposiciones de matrimonio de seis hombres distintos. ¡Diez! Formales, maravillosas y adecuadas proposiciones de hombres a los que en ese momento no odiaba ni la mitad de lo que hace ahora mismo contigo. ¿Necesitas que te aclare algo más mi postura?

—No, supongo que no.

—De acuerdo. Te vas ahora mismo, te emborrachas si lo necesitas y vuelves la víspera de su cumpleaños. Prepararé una fiesta de disfraces, luego ¡hazlo! — La pelirroja se yergue ante su hijo, señalándole el pecho con la punta de su índice derecho.

—Su cumpleaños es en agosto, faltan casi dos meses.

—Suficiente para que te emborraches,
¿no crees?

—¿Qué quieres que haga?

—¿Necesitarás un libro de instrucciones, Adonái? No permitas que piense mal de ti. ¿Entendido? ¿Lo tienes claro?

—Entendido, y está suficientemente claro.

Capítulo 19

La caza

Cortijo de Pradobajo; fiesta de cumpleaños de Dolores, agosto de 1867 (hoy)

Manuela se ha quedado pasmada mientras ve a Dolores contemplar su propia imagen en el espejo de cuerpo entero. La doble hoja permite a la muchacha observar con detenimiento su

reacción, a la vez que también examina su propia espalda. Es consciente de que va a necesitar coraje para bajar al salón con ese atuendo. Nunca antes ha sido demasiado vanidosa, y no obstante hoy contempla, sin pudor y algo de satisfacción, lo que reconoce es el rostro de una mujer hermosa.

Cientos de veces la han comparado con su abuela; pero ahora, por fin, puede entrever esa semejanza, y parte de la sugestión física que se ha negado a reconocer. Y hoy, si ha de ser sincera, da gracias por la imagen que le devuelve el espejo; porque no va a rechazar ningún arma en la guerra que tiene pensado librar.

Su principal arma es el disfraz que

viste, blanco, ligero y suelto desde debajo de los pechos, a los que se ciñe con un cordón dorado cruzado, y cuya caída de fina seda cubre solo hasta unas pulgadas por encima de sus tobillos desnudos, ajustándose a cada palmo de su cuerpo como una segunda piel: Diana, la diosa cazadora. El resto del atuendo, un pequeño arco y un carcaj dorados, descansa en la cama junto a una máscara hecha de plumas blancas y seda.

Se vuelve sobre los talones para observarse de cuerpo entero; el pelo suelto cae en bucles por debajo de la cintura con pequeñas flores blancas ensartadas en los rizos, que parecen haber sido domados por unos momentos.

Sonríe, pensando que se ve bien, aunque algo pequeña, por eso completa su atuendo con unos zapatos de tacón.

Reconoce que se siente más insegura de lo que jamás ha estado frente a un hombre; y ese, que la hace dudar, no es más que el primero que despertó su interés y que no dudó en despreciarla, como a un vulgar insecto que trepara por su espalda. El mismo que se ha presentado al cabo de casi un lustro derribando cada una de las defensas que ha tardado cuatro años en construir. Hoy precisa de todo su arsenal femenino para atraparlo y que sus ojos no se aparten de ella ni un segundo.

Tiembla, a pesar del aire caliente que atraviesa las ventanas abiertas. Y aun

así, se siente más viva que nunca.

—Tráeme una copa de brandi, Manuela —pide a la mujer junto a ella.

—¿Brandi? —El semigrito ahogado de Manuela le hace sonreír a su imagen sobre el espejo.

—Eso dije. Sé que mi abuela guarda uno especial en una licorera de cristal azul, en el despacho. Llama a una de las muchachas y que suban una copa. No, no muevas la cabeza. Necesito entrar en calor antes de bajar.

Sola en su dormitorio, mientras bebe el último sorbo de la copa, piensa que esa noche romperá todas las reglas. El corpiño del leve traje queda algo más alto de lo deseado así que, una vez que

suelta la copa de brandi, hace descender la prenda hasta el límite de la decencia, o incluso más allá. Cuelga el arco y el carcaj en su hombro derecho y se sujeta el antifaz, atándolo por debajo del cabello antes de salir de la habitación.

En el instante en que abandona la seguridad del dormitorio, el corazón empieza a martillearle con ansiedad. ¿Qué dirá su abuela cuando la vea?, ¿y su padre?, ¿y él? De cualquier forma, cierra la puerta y avanza, sin plantearse nuevamente la posibilidad de cambiarse, pues ya no habría ni tiempo ni voluntad por su parte.

Aunque los saludos de compromiso y las presentaciones no son necesarios en un baile de disfraces, ya que la

relajación permite que las identidades permanezcan en relativo secreto, en cuanto ha descendido la escalera todo el mundo ha reparado en ella, en su casi indecente vestido, en su escandaloso pelo rojo y, por supuesto, en su identidad.

Luz Bella es la primera en enfrentarla directamente, tan elegante como siempre, con un vestido de diablesa en brillante terciopelo rojo, que complementa con un tridente en el mismo tono y unos leves cuernecillos sobresaliendo entre los rizos cobrizos. Dolores no entiende muy bien su reacción, pero cree ver un destello de orgullo en su mirada, más que la

esperada recriminación por su atuendo.

Detrás están su padre y Pedro Jurado; ellos sí que están pálidos bajo sus máscaras. La muchacha intenta simular no darse cuenta, cuando un torbellino de gente comienza a rodearla para saludarla y, supone, comprobar que realmente es ella la que está bajo esa escasa cantidad de tela. Aprovecha que varios jóvenes conocidos la alejan de su vista para evitar de momento sus recriminaciones.

—¡Una bella Diosa la que nos acompaña esta noche! —La voz y el porte son claramente distinguibles para todos, aunque el hombre disfrazado de vikingo intenta disimular—. ¿Podría aventurarme a decir quién se esconde

bajo este..., este sorprendente disfraz?

—¡Caballero!, hasta la media noche no podemos pronunciar nombres propios. ¿Quiere acabar con la sorpresa? —Finge estar escandalizada por su intento de desenmascararla.

—Es cierto, deja en paz a la... señorita, José... perdón, señor vikingo.

—Una María Antonieta sensiblemente gruesa la observa desde debajo de una enorme peluca blanca, que ella apenas acierta a mantener erguida.

Bajo el antifaz, los ojos inconfundibles de la señorita Mar Castaño fulminan sin disimulo a Dolores. Ella sabe que nunca le ha caído demasiado bien a la muchacha, pero

desde que José osó pedir la mano de Dolores en matrimonio, ella cree que cayó en picado la poca estima que le profesaba. Ni siquiera el hecho de no haber aceptado la proposición, dejándole el campo libre, pareció sentarle demasiado bien.

—Promete ser una velada encantadora, ¿querría bailar con este pirata, señorita? —Otro de sus amigos, esta vez alguien que conoce del Ateneo, se dirige a ella.

—De eso nada, Barba Negra, debe esperar. Hay caballeros delante de usted que solo esperan a que el padre de la anfitriona abra el baile para poder pedirle uno.

—Efectivamente, y aquí está

precisamente ese hombre —oye a su espalda.

Alfonso, disfrazado de senador romano, la arrastra hasta sus brazos, alejándola de todos ellos.

—Tenemos que ir a la pista de baile para que todos se sientan libres de comenzar —le habla, y con un gesto indica el comienzo a la orquesta—. Ahora, pequeña, explícame de dónde has sacado eso que llevas puesto, y no me digas que ha sido tu abuela, porque ni siquiera ella en sus buenos tiempos osaba ponerse algo tan... tan... bueno, y... tan, tan poco. ¿No ves cómo te mira todo el mundo?, ¿quieres que mate a media población masculina de

Sanlúcar?

Apurando todo su valor, ella eleva la mirada para encararlo directamente. Él la observa, y no es reproche sino profunda vanidad y admiración lo que ve en sus ojos.

—Sí, ya he notado que todo el mundo me mira —dice—. ¿Quieres que suba a cambiarme?

—¡Te lo prohíbo! —Empiezan los primeros compases de música y él la guía, sujetándola con delicadeza entre sus enormes brazos—. ¡Hazlos sufrir por mí, mi vida!, que ellas se mueran de envidia y ellos vean lo que nunca podrán conseguir.

—Será un placer, papá.

Bailan, dejándose llevar por la alegre

música mientras otras parejas se van uniendo progresivamente a ellos.

Una hora más tarde, danzando por enésima vez, Dolores se sorprende de nuevo buscando un rostro bronceado entre la marabunta de disfraces, pero él no está allí.

Por el rabillo del ojo advierte a Pedro a unos pasos; viste lo que supone es un traje medieval, con calzas y sobreveste azul recogido en la cintura con una ancha hebilla. En el siguiente giro lo ve acercarse por detrás de su pareja del momento, un soldado de no sabe bien qué nacionalidad que aún no

ha logrado desenmascarar.

Con gran habilidad, Pedro la roba de los brazos del otro hombre, para hacerla bailar entre los suyos.

Por unos instantes se ha quedado pasmada con la maniobra, tanto que trastabilla los pasos, y el hombre ha de sujetarla para evitar que caiga a sus pies. Nunca le hubiera creído capaz de semejante descaró. Él le sonrío y Dolores le devuelve un gesto de sorpresa, dejando que la arrastre por la pista.

Poco a poco se relaja en sus conocidos brazos, permitiendo que la guíe; cierra los ojos para concentrarse en la música y el momento. Antes de terminar el baile, él acerca su boca hasta

su oído.

—Si no lo hace tu padre, seré yo el que tenga que asesinar a esa panda de inútiles babeantes.

Mueve la cabeza para separarse de la sensación de su aliento en el oído, un contacto que le ha hecho temblar levemente. Nota que está especialmente sensible esa noche, nunca un gesto de Pedro le había hecho reaccionar de esa forma.

—Estás deslumbrante, María —
vuelve a susurrarle.

—¡María!, ¿María? —Con un gesto burlón, ella le golpea el hombro simulando ira.

—¡Ah! Entonces ¿tú no eres mi

hermosa María?, veamos ¿tal vez Ana?, ¿Cristina...? —Con cada nombre, ella le regala un golpe, hasta que ambos rompen a reír— En serio, Dolores, me quitas la respiración, yo...

—¡Shhh!, Pedro, no digas nada, solo baila conmigo —le pide, porque quiere recuperar la paz de hace unos instantes.

—No es esta la danza que quiero bailar contigo.

Un segundo después, nota cómo la acerca contra su cuerpo de una forma totalmente escandalosa. En unos momentos, comprende que la ha llevado hasta la terraza, donde apenas dos parejas más bailan, ensimismados en sus propias conversaciones y arrumacos.

—¡Por favor, Pedro! ¿Qué crees que

haces?

Aunque lo intenta, ella no puede separarse ni una pulgada de su contacto.

—¡Dímelo tú! —Sin ninguna consideración la aprieta contra él, haciendo que sienta aun más su dureza en el abdomen. La repentina sorpresa hace que ella casi pierda el habla—. Vi cómo lo mirabas en la fiesta de tu padre, ¿es él, verdad? —Baja el rostro hasta enterrarlo en el cuello de la mujer—. Debí suponerlo, el hijo de tu abuela, creía que llevaba años en Madrid. ¿Por qué no se ha quedado allí?

Repentinamente, Dolores recupera el control de sus actos, y alarga los brazos, separándose en un gesto brusco.

—Tú no eres así, tú no...

—¿No? —Vuelve a apretarla— ¿No me sientes? Llevo años en este estado, cada vez que te acercas, que me sonríes o me tomas la mano como si no fuera más que tu hermano. Te amo Dolores, te deseo de una forma que no querrías saber.

—Pero yo no.

Ella se aparta, aunque le toma la cara entre las manos manteniendo el contacto, quiere hacer las cosas bien, él es importante para ella.

—Yo no te quiero así, Pedro, y aunque él no hubiera vuelto, nada hubiera cambiado. Nos conocemos hace cuatro años, ¿crees que si pudiera llegar

a amarte de otra forma no hubiera sucedido ya? No puedo controlar lo que siento, como quizás tú tampoco puedas, pero nada va a cambiar, nada, ¿me entiendes?

Él se aparta unos pasos, para caminar inquieto de derecha a izquierda, mientras deja que los dedos de su mano derecha peinen su propio cabello, entonces se detiene frente a ella, suspirando y observándola unos segundos.

—Perdóname, Dolores.

Luego se marcha a través de la escalera que da hacia los patios traseros, sin que Dolores sea capaz de dar un paso para retenerlo junto a ella. Ella contempla unos instantes su espalda

antes de volver a entrar en la fiesta.

Por un momento se encuentra realmente sola en ese salón repleto de gente. Su conciencia le hace lamentar la forma en que ha respondido a Pedro, cree que tal vez ha sido demasiado brusca con él. El recuerdo de su eterna sonrisa vuelve a herir su corazón al pensar que lo ha tratado mal, rechazándolo por enésima vez; como si de un animalillo desvalido se tratara, él tiene la habilidad de hacerla sentir la más cruel de las personas.

Durante unos instantes piensa si tal vez debería rectificar e ir a buscarlo, intentar hacerle entender cómo se siente, hacer todo lo posible para que su

amistad vuelva a ser la de antes.

Y entonces, mientras ve cómo vuelve a estar rodeada por supuestos pretendientes a su mano, cree que la presencia de Pedro junto a ella tal vez disuadiría a esa legión de hombres que de pronto parece haber decidido que es la presa más apetecible del lugar.

Deja escapar un suspiro, se vuelve en dirección a la zona de bailes, e inconscientemente vuelve a escudriñar el espacio en busca de una figura alta y morena, durante unos instantes; hasta que se convence de que no ha llegado. Evalúa las posibilidades de que él esté fuera, pues la noche es lo bastante agradable para pasear bajo la luna.

Justo antes de volver a dirigirse hacia

las puertas de cristales que dan al jardín, oye un murmullo generalizado en la sala. Involuntariamente su espalda se envara, percibiendo un latigazo desde la nuca, cuando se vuelve notando unos ojos clavados en ella.

Allí está él, disfrazado, si puede describirse de ese modo, de gitano: pantalón de fino hilo negro sujeto con tiras de colores a la altura de las caderas, un leve chaleco bordado en rojo y plata del mismo material, y camisa blanca abierta hasta el pecho. El pelo lacio, largo y suelto de nuevo hasta media espalda, se adorna de finas cuentas de colores, enredadas en diminutos mechones a ambos lados de la

cara; lleva antifaz negro, que para nada oculta la identidad de su portador, y una bola plateada del tamaño de un guisante adornando su oreja derecha. Apoya el cuerpo sobre un bastón repujado de más de vara y media de altura, mientras la observa fijamente, desafiando el murmullo de sorpresa que ha creado a su alrededor.

Su escrutinio la deja sin respiración, no puede creer que sea tan descarado de mirarla de una forma que no deja nada a la especulación. Azorada, pese a su fría actitud aparente, comienza a agitarse cuando nota que él entrega el báculo a un criado, para caminar hacia ella, hasta situarse a escasos pasos.

—¡Solo a ti se te ocurriría armar tal

escándalo en mi fiesta de cumpleaños!

Llena de incredulidad, vuelve a mirarlo, recordando la última vez que lo vio con ese tipo de ropa informal; aunque lo que ahora lleva puesto parece un traje de ceremonia bastante engalanado comparado con lo que usó en la sierra.

Ha cambiado, ahora es más robusto, y su piel ha perdido parte del color, posiblemente debido a la ausencia de horas bajo el sol. Se le ve mucho más civilizado; aunque los ojos que la escudriñan a través de los huecos del antifaz son visiblemente más salvajes que hace cuatro años.

—Creí entender que era una fiesta de

disfraces. ¿Acaso María Antonieta y Cleopatra son auténticas o es solo que piensas que es apto para los ojos de una mujer observar el torso semidesnudo de un gitano, pero peca si contempla el de un burgués? —Al tiempo que habla se acerca, bajando el rostro hasta quedar a la altura de sus ojos. De forma involuntaria, ella retrocede un paso e intenta controlar el ritmo del corazón—. Aunque me temo que nos repartimos por igual la atención de tus invitados —continúa hablando mientras se aproxima—. ¿Atenea? o ¿Venus?

—Diana —habla, mostrándole el pequeño arco colgado a la espalda, y aprovecha el espacio que ha creado para alejarse hasta una de las paredes de la

sala.

—¿Por qué te apartas? ¿De veras crees que puedes huir de mí? —murmura él con una sonrisa bajo la máscara cuando la alcanza de nuevo, recuperando el espacio perdido y apoyando sus brazos en la pared, varias pulgadas por encima de los hombros de la muchacha, atrapándola.

—Y si este es el disfraz, ¿quién es el verdadero Néstor?: ¿el cirujano eminente?, ¿el joven heredero?, ¿el hacendado? —Se encuentra agarrotada, casi sin espacio para moverse, e intenta mantener un tono neutro en su voz; fracasando estrepitosamente cuando él vuelve a acercarse rozándole con la

boca la oreja.

—Ninguno, o todos. Cuando encuentres la solución a ese dilema me informas. —Aparta la cara solo lo suficiente para dejarle entrever su sonrisa.

Ella no atina a contestar nada, solo a tragar su propia saliva, mientras repasa el atuendo del hombre pulgada a pulgada. Calza zapatos artesanos de piel y pantalones precariamente anclados en las caderas. Eleva los ojos hacia el chaleco escaso, que revela una estrella plateada de ocho puntas que pende de un cordón de rafia. Dolores nota un exceso de calor y salivación repentino.

—Mírame a los ojos, Dolores.

Ella intenta ordenar a su mente para

que obedezca su pedido, pero no desea permitirle ver cuánto la perturba, y solo alcanza a elevar la mirada hasta sus labios.

—Tuvimos un mal comienzo hace unos años —continúa él—, pero parece que tendremos que tolerarnos, al menos por Luz Bella. ¿Crees que podemos empezar de nuevo?

—¿Me hablarás esta vez y no mentirás?

—No mentí, querida.

—Cierto, poco puede mentir quien no dice una palabra entendible. En cambio, yo hablé como una auténtica bocazas. ¡Señor!, aún me cuesta no sonrojarme cuando recuerdo las cosas que te dije.

Afortunadamente poco queda de aquella niña que estuvo contigo en las marismas y, por lo que veo, tú también has cambiado.

—¿Y te gusta lo que ves ahora? — Casi no puede soportarle la mirada, fascinada por su descaro.

—Lo cierto es que sí, y he de decir que en estos momentos veo bastante.

—Me alegra oír eso —afirma él—. ¿Ya te han enseñado el jardín de rosas? —habla, haciendo que la mirada de la muchacha retorne a su rostro.

—En realidad conozco muy bien cada palmo de esta casa; te recuerdo que he vivido aquí los últimos cuatro años.

—Pero, mi querida... —Dolores empieza a convencerse de que está

coqueteando con ella— seguro que aún nadie te ha mostrado las flores que yo tengo en mente.

Muchos hombres antes la han mirado de ese modo, es imposible confundir el sentido de esas palabras y esa mirada; pero nunca antes el sonido de una voz había recorrido cada porción de su columna vertebral con tal intensidad. Vacila solo unos segundos antes de contestar.

—Estoy deseosa de contemplar todo lo que tengas para mostrarme —le suelta a bocajarro.

El hombre titubea unos momentos mientras mueve la cabeza, intentando asimilar que ella le ha dicho que sí.

Dolores cree que es de las primeras veces que lo ha visto realmente sorprendido.

—Vamos entonces, estoy a tu servicio, te enseñaré todo lo que desees —acaba por articular él.

Involuntariamente, la joven cierra los ojos porque cree que está dispuesto a besarla justo ahí, en ese mismo momento, delante de los más de cien invitados que los observan perplejos desde hace unos minutos.

Dolores espera, medita, y entonces cree comprender.

—Vuelves a reírte de mí, ¿cierto? Me provocas, te pavoneas delante de mí hasta casi hacerme rogar, y luego enfrías mi ardor empujándome sobre aguas

heladas. —Su expresión parece realmente asombrada con las palabras de Dolores— ¿Te gusta este juego cruel? Pues te confundes, no soy una de esas tontas que se arrojan a tus pies para que las pisotees con tu indiferencia—. Él la observa, como si realmente no supiera de qué habla—. He oído durante cuatro años todo lo que cuentan de Néstor O'Brien, aún te recuerdan muchos corazones rotos; rico, inteligente y frío como el granizo.

Dolores respira profundo, porque está a punto de mostrar sus cartas ante ese hombre casi desconocido, pero tan familiar como su propia mano derecha; un hombre con el que apenas ha

intercambiado media docena de frases, pero con el que ha dormido cada noche en los últimos años.

—No, yo no soy una de ellas, yo exijo todo, lo quiero todo —continúa, apuntando su pecho con el dedo índice de la mano derecha.

—Ya te he dicho que estoy a tu servicio, dime lo que quieres y será tuyo, cuando y donde tú digas. Me has cazado irremediablemente, Diana.

—No creo que obtener tu rendición sea tan fácil —susurra Dolores, evitando mostrar el nerviosismo de su voz.

—No podríamos encontrar una derrota más sabrosa, pero nunca lo comprobarás si no te arriesgas.

—¿Aquí?, ¿delante de todos los invitados?

—Si no te importa, sugiero de nuevo el jardín de rosas, realmente me gustan los lugares más privados para según qué asuntos.

Ella sigue contemplándolo con asombro, y sigue dudando de sus palabras. Nunca ha llegado a tal nivel de cercanía con ningún hombre, nunca se ha arriesgado a tanto. Él vuelve a apretar su cintura, obligándola a reaccionar de una manera más rápida mientras le habla.

—¿Nos vamos? No sé tú, pero yo me estoy sofocando por momentos en este salón.

—Bien, sal tú delante, iré en unos minutos, así nadie nos verá salir juntos.

Él esboza una media sonrisa ante las palabras de Dolores.

—De eso nada, no te voy a soltar en unas horas. —Gira la cabeza para hacerle notar los rostros de los que los observan de forma descarada—. Démosles tema de conversación para unas semanas. —Dolores nota cómo él se aproxima. Le vuelve a rozar la mejilla antes de dirigirse de nuevo hacia su oído—. Tocan un vals, bailemos, y sígueme cuando te conduzca hacia las puertas del jardín. —Se aparta unas pulgadas, haciendo que el aire llegue a los pulmones de la muchacha en forma

de bocanada; el aire y la conciencia de donde se encuentra: en medio de una fiesta, en un salón pleno de invitados pendientes de cada uno de sus movimientos—. Vamos entonces.

El brazo del hombre le rodea firmemente la cintura, obligándola, casi sin esfuerzo, a girar al ritmo del vals. Ella se aproxima incluso más, advirtiendo las miradas envidiosas de las otras mujeres jóvenes, y las censuradoras de las matronas. Siente cierto placer perverso, mientras se las imagina acusándola de coleccionar los corazones de los hombres como si fueran meros pétalos de flores secos.

El vals finaliza, dejando paso a un desconcierto de intercambio de parejas,

que él aprovecha para hacerlos salir a través de las puertas que dan al jardín.

La brusca oscuridad la hace tambalear unos segundos al filo de las escaleras que descienden desde la casa; él permanece de pie junto a ella, rozando sus hombros contra la parte superior de la cabeza de la mujer. El hombre le desliza un brazo alrededor de la cintura cuando descienden hacia las sombras frente a ellos.

—Creo que ya podemos quitarnos estas máscaras —dice él, arrojando el trozo de tela sobre un macetero.

—De cualquier modo, dudo que haya alguien en ese salón que desconozca quiénes somos. —Su propio antifaz, el

carcaj y el arco siguen el mismo camino.

—Te sorprendería lo ineptos que pueden llegar a ser algunos.

El esbozo de respuesta de Dolores se corta cuando la yema de un dedo le deambula sobre la mejilla. ¿Hasta dónde quiere llevarla realmente?, ¿es este el juego que ha pretendido al comenzar la noche? Su conciencia educada le recuerda que no puede olvidar quién es, dónde está y las enseñanzas de su padre, su abuela, lo que se espera de ella. Ese embustero reconocido la engañará si le da la menor oportunidad.

Miente y lo sabe.

—¿Podemos bailar unos minutos? — se oye decir a sí misma.

El hombre los dirige escalones abajo

hacia el patio que da paso al jardín. La zona está desierta y pobremente iluminada, aunque los ojos de la mujer casi se han acostumbrado a la penumbra lo suficiente para ver cómo la mira.

—El tiempo que quieras. —Casi puede palpar el halo de impaciencia a su alrededor, y él también parece notarlo; continúan girando al ritmo atenuado de la música que les llega a los oídos—. Pero solo te concedo un poco de tiempo, no creas que olvido todo lo que me has ofrecido y prometido.

Sus palabras disminuyen hasta ser susurros mudos.

Bailan, alejándose paulatinamente de las luces, la música y el murmullo de los

invitados, hasta que él la lleva a un punto más protegido de la vista de los curiosos, junto a un cenador de piedra blanca.

—No sabía que un gitano pudiera ejecutar un vals de forma tan magistral —habla Dolores cuando se detienen.

—Estoy convencido de que Luz Bella te ha cantado cada una de mis alabanzas. Mientes muy mal. Te aseguro que lo haría mucho mejor si no calzara estos zapatos bajos de piel, los zapatos de salón o las botas de caña alta son mucho más adecuados.

—También me ha contado que eres un virtuoso del piano y un magnífico cirujano. ¿Qué más puedes hacer con esas manos, Adonái?

Él se ha quedado inmóvil, como si su pregunta le hubiera conmovido tanto como un golpe fuerte sobre el pecho. Lentamente su mente empieza a comprender el verdadero significado que él ha intuido en la pregunta, haciendo que ella se sonroje incontroladamente. Por fortuna la oscuridad no permite contemplar su mutua sorpresa.

—... yo, no he querido decir... — balbucea, e intenta apartarse unas pulgadas. Él le resuella sobre la coronilla en un amago de carcajada—. No te rías, hombre de mundo, recuerda que soy una señorita soltera que no ha estado con ningún hombre. Yo no...

—¿Has deseado alguna vez estar con otro? —pregunta.

Ella lo considera solo una milésima de segundo antes de arrojarle la verdad.

—No —habla pegada a su pecho—. Soy tan tonta que no sentí nada por nadie hasta que te conocí, y ni siquiera entonces fui consciente de lo que realmente esperaba; luego, nadie me ha parecido lo bastante bueno. Nadie más.

Ahí está su corazón, servido en bandeja de oro; preparado para recibir de nuevo el chapuzón de agua fría. Esta vez aún más patéticamente, al ser consciente del monumental ridículo que está a punto de sufrir. Pero ella cree que si cabe la posibilidad de que lo atrape

esta noche, valdrá la pena cualquier pérdida que pueda sufrir en el intento.

El beso comienza suave, empleando el tiempo lentamente. Un contacto no muy diferente al que ha tenido con otros hombres de forma esporádica; esos besos de prueba que nunca la han conmovido. Pero en un instante todo cambia, su urgencia se hace palpable, ardiente.

Sobrecogida por el arranque de ansiedad que siente, lo empuja en el pecho, hasta que él reacciona para mirarla sorprendido. Luego la toma de la mano, girándose hacia la oscuridad del jardín.

—¿Dónde? —es todo lo que Dolores logra decir, mientras cruzan a grandes

zancadas hacia el interior de lo que parecen arbustos descontrolados.

—Al jardín de rosas, ya te he hablado de él.

Debe casi correr para mantenerse junto al hombre.

—Yo no creo que sea buena idea.

Su paso no se reduce ni un ápice, a la vez que la arrastra por la cintura obligándola a seguir su ritmo.

—Necesitamos intimidad —insiste él.

—Pero, ¿un jardín de rosas?, no sé si es buena idea. Te aseguro que mi piel es tan delicada como aparenta, yo...

Él no parece escucharla y corren, más que caminan, durante varios minutos.

Por fin, el hombre se para ante lo que

parece la puerta de un invernadero. De debajo de un ancho jarrón, extrae una llave mohosa que utiliza para abrir una puerta metálica y entrar en un recinto acristalado, en el que el ambiente es mucho más fresco que en el exterior.

—Pasa, veo que no conoces todo el cortijo. —Con manos ágiles prende un candil de petróleo—. Luz Bella aún no debe considerarte realmente de la familia si no te ha enseñado su pequeño tesoro —mientras habla mueve la mano alumbrando el hermoso recinto que los rodea.

Un formidable invernadero de cristal de más de diez varas de lado aparece ante ellos.

Lentamente enciende dos lámparas

más, que suavemente alumbran el ambiente. Los ojos de la muchacha se abren con sorpresa, para contemplar una gran variedad de rosales trepadores, aparentemente salvajes y de todos los colores imaginables, que tapizan las paredes de la estancia de verde formando enredaderas. En el centro, dos altos escalones los bajan hasta una amplia elipse, donde se sitúan los escasos muebles de la estancia: una mesa de lectura, un par de divanes de más de dos varas, una mesa de té y dos sillas de enea con brazos de madera.

—¿No pensarías en serio que me lanzaría sobre ti en el duro suelo de un jardín de rosas? —habla él, señalando

el diván más próximo, cubierto con una leve sábana color crema.

Dolores se tensa instantáneamente presa del pánico, esto empieza a parecer más real de lo que cree estar dispuesta a soportar. Se gira, subiendo uno de los escalones de regreso, antes de detenerse al encontrar la puerta cerrada y la llave retirada.

Respira lento, intentando no parecer lo que realmente es, una virgen asustada.

Da un pequeño respingo cuando los brazos del hombre la abrazan desde atrás. El escalón que los separa casi compensa la diferencia de altura entre ambos, permitiendo que él le retire el pelo hacia un lado, a la vez que su otra mano aprisiona el estómago de la mujer

en una caricia de dedos abiertos; su voz le resopla sobre la nuca.

—Cálmate. La puerta solo necesita llave desde fuera, puedes irte cuando quieras. Ahora déjame solo que te abrace unos minutos. ¿Qué te ocurre?, no creía que la Dolores que disparó a un hombre entre los ojos y luchaba como una gata contra otro temblara de este modo ante una caricia. ¿Te doy miedo?

—Ella parece volver a relajarse—. Podemos ir todo lo despacio que quieras. No te ofendas, pero conociéndote pensé que yo no sería el primero.

—No tengo miedo al contacto físico —logra articular por fin, consciente de

que cada vez están más cerca del punto de no retorno.

—No sabes cuánto me alegro.

—Tengo miedo de mañana. Sé que te irás de nuevo. Yo...

Sus labios la asaltan cuando se gira totalmente para enfrentar su rostro.

—Siempre hablas más de la cuenta — señala él.

Ella protesta, tratando de apartarse y volver a controlar la situación, pero él toma en su puño su cabello suelto, obligándola a permanecer cerca. Luego lo oye murmurar en su propio idioma mientras la observa.

—Prometiste hablar para que te entienda —vuelve a protestar cuando nota cómo, sujetándola por la cintura, la

baja del escalón y le obliga a andar de espaldas hacia el centro de la habitación.

—La próxima vez te lo diré en castellano, hoy prefiero no asustarte contándote lo que pienso hacer contigo.

Se endereza sorprendida por el obstáculo que aparece tras sus rodillas. No necesita girar el rostro para saber que se trata del diván cubierto con la sábana. Ha de agarrarse a él para evitar caer de espaldas. Sin cortesía, nota cómo la empuja lo suficiente para desequilibrarla y hacer que se siente sin ninguna ceremonia sobre la superficie acolchada; él la sigue en el descenso, manteniéndose agachado frente a ella.

La riada de objeciones que asaltan la mente de Dolores es acallada rápidamente. Siente su rodilla reptando entre las suyas, hasta anclarse haciéndole soportar el peso de su cuerpo sobre ella. Dolores se mueve sobre el colchón, buscando la forma de hacer que él se acomode más íntimamente, pero su tamaño hace que sea una misión casi imposible. Los músculos del hombre tiemblan por el esfuerzo de mantenerla inmóvil sobre el diván.

—¡Estate quieta! Deja que piense con el cerebro unos minutos. No tenía previsto llegar tan lejos esta noche.

Sin pensar lo que hace, Dolores

introduce la mano entre ambos para rozarle. Como si se hubiera quemado, él se aparta arrodillándose entre sus piernas. Su descaro parece haberle sorprendido incluso más que a ella misma, haciendo que ría tontamente ante la cara de asombro del hombre.

—Yo... yo solo quería tocar tu cerebro un instante —murmura ella entre risas.

La explosión de carcajadas resuena en todo el invernadero; Dolores no recuerda haberlo oído reír así desde aquella noche en la campiña, cuando le confesó más de lo necesario.

Él jadea unos minutos intentando controlarse. Con el dedo meñique, la muchacha seca una de las lágrimas que

le ha provocado el súbito ataque de risa y que pende del ojo derecho del hombre, llevándola hasta sus labios para saborearla. Lentamente, él recupera el ritmo de la respiración, observando atónito su acción.

El valor se aparta momentáneamente de la mujer cuando nota que él baja las manos hasta la cintura de sus pantalones, desatando las cintas coloreadas que los mantienen en las caderas. Va a ocurrir.

—¿Dolores? —la voz, engañosamente dulce de su abuela, parece surgir como si fuera su propia conciencia—. Sé que estáis ahí, tengo una llave, pero no me gustaría ver a mi hijo en una situación que no es agradable para ninguna madre.

—Puedes pasar, Luz Bella —susurra él hacia la puerta.

—¡Cielos!, mi padre me matará si se entera de esto. —De un empujón nervioso, ella aparta a su amante sin ninguna consideración.

—¿Dolores?, di a ese donjuán que te abra la puerta que da al huerto, tu padre llegará en menos de un minuto y me gustaría conservar a ese cabeza hueca de una pieza.

Cortijo de Pradobajo, un día después (hoy)

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, Luz Bella? —Es muy temprano, y Néstor empieza a arrepentirse de haber ido tan pronto a desayunar.

Debía haber previsto que su madre estaría allí, y con ella el interrogatorio. Pero tras la larga noche, y después de que los últimos invitados no se hubieran marchado hasta el despuntar del alba, no pensó que solo dos horas más tarde habría alguien allí abajo. Ni siquiera su padre, que apenas duerme cuatro horas al día, ha despertado aún. Pero allí está ella, fresca como una rosa, peinada y pulcramente vestida, interrogándolo con la mirada.

Sí, tenía que haberse quedado en la

habitación, aunque solo fuera para seguir dando vueltas de un lado a otro sin poder pegar ojo.

¡Cielos! No ha conseguido bajar su entusiasmo ni siquiera orando, algo que siempre lo sumerge en una paz mística. No, concluyó que ya que no iba a dormir, ni tampoco se decidía a aparecer en la habitación de Dolores, como realmente deseaba y necesitaba con urgencia, era mejor bajar, comer algo y buscar el río más helado para zambullirse de cabeza.

—¿Entonces...? —La nueva pregunta lo saca de sus pensamientos. Ahí está ella, escudriñándolo y decidida a hacerlo hablar—. ¡¿Lo hiciste o no, Adonái?!

—¡Cielos!, ¿acaso crees que somos conejos? —Néstor suelta la servilleta que tiene sobre el regazo, al mismo tiempo que una palabra soez, mientras se levanta—. Si hubieras cumplido tu parte y hubieses mantenido a Alfonso lejos.

—¿Y qué querías que hiciera? Te encargaste de proclamar lo que ibais a hacer a los cuatro vientos. —Ante la cara de sorpresa de Néstor, Luz baja algo la voz—. ¡Por favor!, solo te faltó subirle las faldas delante de los invitados y tomarla contra la pared allí mismo, luego desaparecéis de la vista de todos. ¿Cuánto crees que tardó el chisme en llegar a los oídos de Alfonso?

—Supongo que no fuimos discretos.

—Bueno, no hablemos de ese tema, vuelve a sentarte. —La mirada desafiante de Néstor hace sonreír levemente a Luz—. Por favor —acaba, en una parodia de educación.

—Gracias, Luz Bella.

—No te lo voy a volver a preguntar, ¿sigue Dolores siendo virgen?

—No. —Néstor traga saliva, se arrellana en la silla, estirando las piernas bajo la mesa, y espera.

—¡Perfecto!, entonces no se negará cuando, como un buen caballero, le pidas matrimonio.

—No, no lo creo.

—¿Por qué? ¿Hay algo que no me has contado? ¿Acaso he descuidado mis

deberes y otro hombre la ha tomado ya?

La mirada de ira de Luz no presagia nada bueno, y Néstor comienza a sentir frío en la nuca. Aunque él es de las pocas personas que no la temen, sabe que sus momentos de cólera no son nada agradables.

—No, no ha habido otro hombre, o al menos eso es lo que ella me ha dicho; pero yo tampoco he estado dentr... bueno sí he estado, pero no con la parte que debería, literalmente hablando no es... aunque a efectos prácticos...

—Realmente pensé que hablar de fisiología humana con un médico no sería tan difícil. A ver si te he entendido, Dolores no es virgen ¿cierto?

—Néstor asiente— pero no ha tenido

relaciones con ningún hombre salvo contigo, que aunque no te has dignado a... meter... tu... eso que deberías... ¡caramba, sí que es difícil!

—Hace cuatro años, rompí su himen con mis dedos —confiesa por fin, deseando acabar cuanto antes con aquella conversación de besugos. Los ojos abiertos de Luz lo miran interrogativos, mientras él extiende los dos dedos centrales de su mano izquierda—. Y no, no fue un accidente durante una exploración médica.

Luz se levanta bufando de un salto.

—¿Y pensaste que ese pequeño detalle no tenía importancia? —grita las dos últimas palabras. De alguna manera,

Néstor presiente que el cerebro de la mujer trabaja rápidamente, a la vez que ella bordea la mesa hasta situarse a su lado—. No puedo imaginar cómo alguien tan absolutamente inteligente como tú puede ser un inútil redomado a la hora de comprender la mente de una mujer.

—No pensé que fuera importante, no hubo relación real, no había peligro de embarazo y se suponía que tu deseo final era que me casara con ella; creí que el hecho en sí podía ser una ventaja para nuestros intereses, aseguraba en parte que ella no aceptara con facilidad ninguna proposición de matrimonio de un hombre convencional.

—No, querido, te confundes. —

Erguida frente a él, su cabeza está a la misma altura que la del hombre sentado, permitiéndole tomarlo de los hombros al hablarle—. Significa que lo que habíamos hablado no es válido. No se casará contigo porque le arrebatas su pureza, ya que lleva años sin ella y prácticamente le ha dado igual.

—Bueno, técnicamente no sería lo mismo.

—Te aseguro que a Dolores le daría exactamente igual, de hecho, conociéndola seguro que dormiría más tranquila, porque al menos su pequeño defecto le habría permitido disfrutar de unos momentos de placer.

—¿Y?

—Lo lamento, pero vas a tener que sudar bastante durante los próximos días, o semanas.

—¿Sudar?

—Que yo sepa, lo hacen todos los hombres cuando se acuestan con una mujer. Tienes dos meses para dejarla embarazada antes de pedirle matrimonio, porque te aseguro que será la única forma en que conseguirás que te diga que sí. Lleva cuatro años soñando con hacerte sufrir y, aunque no te negará su cuerpo, si ve que estás deseando casarte con ella te hará rogárselo hasta que te arrastres, e incluso así te dirá que no.

—¡Embarazarla! —Néstor se aparta

de su madre después de levantarse—. ¿Quieres que la deje embarazada antes de casarnos?

—Absoluta, total y completamente embarazada. Así que ve a dormir, quítate esas ojeras que tan mal aspecto te dan, y piensa cuándo vas a ponerte a trabajar en el asunto.

Dolores es consciente de que si escuchas detrás de las puertas, posiblemente un día oigas algo que no te gustará nada en absoluto. Algo que te helará la sangre en las venas y te hará caer rodando desde cualquier pedestal en el que creas estar situada. Aunque realmente esa no fue su intención, no

puede negar que no se retiró cuando se suponía que debía haberlo hecho, justo en el momento en que comprendió que su abuela y Néstor estaban hablando sobre algo que no tenían intención que ella oyera. Pero no es cobarde, y no puede apartarse sin llevarse la munición adecuada en lo que parece ha comenzado a ser una batalla.

Apoyada sobre la pared exterior de la sala del desayuno, una de las habitaciones pequeñas que dan al gran salón central, oye cada una de las palabras de su conversación, y cada una de ellas actúa como un dardo directo al corazón, haciendo que casi se olvide de respirar.

Si se ha hecho algún tipo de ilusión con respecto al cariño de su abuela, a la posibilidad de que no sea la mujer horrible y sin escrúpulos de la que todos hablan, acaba de descubrir cuán ilusa ha sido durante esos años. No, evidentemente no la conoce en absoluto, y la ha engañado como a una imbécil.

En cuanto a él, bueno, él ha dejado de sorprenderla; solo vuelve a sentirse más mojada y fría que la vez que cayó en el lago ayudada por sus brazos; en fin, esta vez siente que se ha arrojado ella sola a las aguas heladas.

Justo antes de asimilar todo lo que ha escuchado, las sillas en la sala son retiradas con estruendo, lo que le indica

que posiblemente ambos la van a abandonar.

Sin mucho tiempo ni lugares donde esconderse, opta por tumbarse detrás de uno de los canapés del salón, el que está junto al piano; espera que ninguno de los criados, procedente de la cocina, decida entrar por la puerta que queda justo enfrente de donde está ahora, sobre el suelo y con las faldas a medio remangar.

No puede creer en su mala suerte cuando oye, claramente, cómo alguien retira el banco del piano y abre la tapa tocando algunas teclas al azar.

El mundo definitivamente cae a sus pies cuando una hermosa y perfectamente ejecutada balada empieza a resonar en la estancia. Entonces, la

puerta que da a la cocina se abre.

—¡Señor!, ¿puedo...? —La cara rubicunda de Lupe la observa con los ojos abiertos de par en par desde la puerta—. ¿Señori....? —

Afortunadamente, la muchacha no es tan simple como parece, y calla en el momento, en el que Dolores posa los dedos en los labios para pedirle discreción—. ¿Puedo retirar el desayuno, don Néstor?

—Sí, claro, ya hemos terminado. Supongo que Dolores tardará algo en bajar, suele dormir hasta más tarde.

—Pues me parece que hoy la señorita no tiene sueño.

La muchacha desaparece por la

puerta, para volver a aparecer unos minutos después, llevando una bandeja cargada y una mueca en el rostro mientras la saluda, señalándole a Néstor con los ojos casi vueltos. Dolores no sabe qué puede estar imaginando sobre lo que hace en esa postura, pero sospecha que no es nada que le parezca demasiado halagador.

Cuarenta minutos, y ocho hermosas composiciones después, puede levantarse y estirar las piernas y el arrugado vestido mientras abandona la estancia. Da gracias a Néstor, porque ese tiempo y ese ambiente relajante la han ayudado a pensar en sus actuaciones futuras, y a tener claro hasta dónde va a llevar el juego que sus familiares creen

manejar con tanta maestría.

Cortijo de Pradobajo, finales de agosto de 1867 (hoy)

—El tiempo. El tiempo se agota, Adonái —recuerda a la imagen que le devuelve el espejo.

Néstor descarta a un lado el quinto lazo de pajarita, también arruinado como los anteriores en el intento baldío de colocárselo. Luego se detiene para secarse la sudorosa frente con la mano; lleva tres días en ese estado de nerviosismo, desde el momento en que habló con Luz Bella la mañana tras la

fiesta.

Suelta un resoplido de frustración disgustado cuando el sexto, y último, de sus lazos planchados acaba arrugado entre sus dedos. Nunca se acostumbrará a esa moda absurda de vestirse como un dandi para tomar la cena en su propia casa, se le antoja como una inutilidad absoluta.

Finalmente, decide que bajará con el cuello al descubierto; al fin y al cabo su situación con respecto a Luz no mejorará mucho, y continuarán las miradas inquisitivas que le acribillan desde hace tres días.

Realmente el tiempo se le acaba; en cuatro meses, cinco a lo máximo, tiene que volver a reunirse con el senador

llevando a su esposa del brazo.

Decide que cenará y luego se pondrá el dichoso lazo para ir a Sanlúcar, la caza debe seguir; irónicamente su profesión parece haber cambiado en los últimos tiempos, ha desaparecido el eminente cirujano y su actividad se centra en el acecho de presas, presas bastante peligrosas. La trampa se está cerrando entorno a Marcus Dubois, pero le reclama un tiempo que no puede desperdiciar en ese momento; una doble caza que le deja todavía menos posibilidades para continuar con el cerco sobre Dolores.

Para su frustración, sus patéticos intentos de seducción llevan tres días

recibiendo portazos en la cara por parte de ella. La muchacha volvió esa misma tarde de una visita a su padre en Aguastempladas, acompañada de Pedro Jurado después de que, con la mayor de las finuras, ella declinara la oferta que él mismo le había hecho de acompañarla. No, definitivamente no hay ningún progreso en sus avances.

Decidido a soportar las miradas frías que ella le dedica últimamente, abandona su dormitorio.

Maldita sea, no quiere tener que volver a sentirse rechazado. Hasta ahora, no se ha parado a valorar suficientemente lo que es estar acostumbrado a que las mujeres caigan a sus pies con una simple mirada y una

sonrisa; y el fracaso, justo en ese momento en el que necesita con imperiosa necesidad un triunfo, es mucho más amargo. Pero, ¿tiene otra elección? Necesita conquistarla, numerosas y repetidas veces según su madre, y ya va muy retrasado con el asunto.

Hará cualquier cosa que tenga que hacer para conseguirlo, pero necesita tiempo. Cuando hace más de diez años Luz Bella le planteó cuál era su futuro no lo rechazó en absoluto, lo acató, como todo lo que ella le sugería, a pesar de que no conocía a la muchacha a la que se suponía tenía que enamorar y hacer su esposa. Pero eso era el futuro, y

era muy consciente de que cualquier sacrificio en nombre de su pueblo sería un honor. Él, por entonces, era un brillante médico acabado de titularse que lo tenía todo en la vida: dinero, juventud y cada una de las mujeres que quisiera. Y ella, ella no era más que una mocosa pelirroja de doce años a la que ni siquiera había visto.

El tiempo ha pasado mucho más rápido de lo que esperaba, un tiempo que él ayudó a acortar con su mala actuación con los hombres de Madrid. ¡Maldito resfriado inoportuno!

Agita la cabeza mientras baja la escalera. No, enamorar, seducir y casarse con Dolores para obtener el control de Aguastempladas no será

ningún sacrificio. ¿A quién quiere engañar? Lo sería si no la hubiera conocido como lo hizo hace cuatro años, si solo pensara en la fría damisela que desdeña uno a uno a cada pretendiente que se arrodilla ante sus pies; que a él mismo lo ignora o le arroja dardos envenenados cada vez que hablan. Él sabe que esa no es la verdadera Dolores. La que él codicia con una profundidad que le ha costado casi cuatro años aceptar es una mujer valiente, decidida, fuerte y atractiva que lo hace, con solo recordarla, temblar de deseo la mitad de las noches. Pero no tendrá tiempo de seducir a esa Dolores que él ama; no, el tiempo es el que es y

tendrá que retirar capa a capa la Dolores que lo mira altiva para llegar a su hermosa amazona.

Se detiene, contempla durante largo rato la puerta del comedor, y tensa los dedos sobre el pomo antes de entrar. Hará lo que tenga que hacer y hoy será el primer día. Como tantas veces con anterioridad, deja de lado sus propios deseos e intereses y se concentra en la tarea que debe cumplir. Las decisiones fueron tomadas años atrás, y sus propias actuaciones han precipitado los acontecimientos. No puede retrasarlo más.

Decidido, aunque no le gusta lo que se propone hacer, gira el tirador y entra en la habitación dispuesto a enfrentarse

con el día del cambio.

—¡Buenas noches, Adonaí!

Sus pensamientos son interrumpidos por la voz melodiosa y suave de Dolores, sentada al frente de la mesa, justo en el lugar que suele ocupar la dueña de la casa. Le sorprende comprobar que su madre no se encuentra allí, al contrario de como ha sucedido los últimos tres días.

—Luz se ha disculpado, al parecer ella e Isaac han viajado a Sanlúcar esta tarde y no piensan volver en una semana. Aunque... —Dolores se detiene, observando el triángulo de piel que deja al descubierto su camisa sin cerrar— por cómo te has arreglado supongo que

ya sabías que ella no nos acompañaría esta noche.

—Te equivocas. No sabía nada, si hubiera conocido sus intenciones tal vez les hubiera acompañado.

La mente rápida de Néstor sabe que aquello es una maniobra, muy poco sutil, de Luz Bella, para dejarlos solos durante toda una semana.

—No, no creo que te dejara acompañarlos. —Néstor la mira sorprendido, y por unos instantes teme haber dicho en alto sus propios pensamientos—. ¿No crees? —Dolores sonrío, con ese gesto irónico que le ha descubierto en los últimos días, y que tanto molesta al hombre.

—No sé por qué lo dices —responde

él, observándola con detenimiento.

Si no hubiera sufrido sus puyas y desplantes en propia carne durante los últimos tres días, tal vez pensaría que esa noche es él el objeto de seducción, a juzgar por como ella se ha vestido. El bonito traje verde agua de generoso escote se ajusta a ella como un guante, y hace resplandecer la piel clara y los rasgados ojos de su dueña.

—Ya...

Dolores se estira sobre la mesa para tomar su servilleta antes de respirar profundamente y volver a sonreír, haciendo que sus pechos vuelvan a casi desbordar el escote del vestido. Néstor devuelve la sonrisa, consciente de que

ella conoce, y utiliza sin pudor, la parte de su anatomía que sabe le afecta más profundamente.

—¿Cenamos, querida?

—¿Querida? —De nuevo el gesto, y esa vez acompañado de un levantamiento de cejas—. ¡Que formalidad tan hogareña!, casi empezamos a parecer un matrimonio, querido.

Ahora son los párpados de Néstor los que se abren significativamente; y la sonrisa de Dolores, mientras una bocanada de satisfacción recorre los pulmones de la muchacha. ¡Cielos!, cómo ha soñado ella durante años con rasgar el rostro pétreo del hombre, un semblante que apenas refleja ningún

sentimiento de forma no deliberada. Sí, ahí está esa turbación, muy leve, tanto que apenas ha llegado a captarla, pero evidente para la mirada escrutadora de la mujer. Claramente, un resquicio en la armadura del hombre y un paso hacia la victoria.

—Puede servirnos, Juan —concluye la muchacha, dirigiéndose al sirviente situado junto a la puerta.

Con cierta sorpresa, Néstor comprende que, sin darse cuenta, hace unos instantes que han dejado de estar solos en la sala.

No habla durante un rato, se limita a observar su cena y cortar minuciosamente el trozo de carne en

cuadrados casi perfectos, antes de apartarlos a un lado.

La sala de costura está iluminada exclusivamente por la luz de dos candiles de petróleo, colgados a ambos lados del retrato de su madre. No suele entrar mucho en esa habitación, lo que hace a Dolores sorprenderse de haber propuesto venir precisamente a ese lugar tras la cena; la luz, suave y amarillenta, danza sobre el rostro imperturbable congelado en el cuadro; una joven de una belleza delicada y rubia, sentada sobre un banco en un jardín de azucenas lilas. Es curioso contemplar el rostro de su madre en la mirada de una mujer un

par de años menor que ella misma.

—Era una mujer muy guapa. —El sonido de su voz la sorprende, a pesar de ser consciente de su cercanía, a pocas pulgadas sobre su hombro—. La conocí unos meses antes de su muerte. Sus ojos eran exactamente iguales a los tuyos y a los de Luz Bella.

—Pero era rubia, al menos ella se libró de esta pesadilla de pelo O'Brien.

—Sí, un rubio claro como la luz de la luna. Aunque yo prefiero el rojo.

Mientras habla, el hombre sumerge la cara en los rizos que deja suelto el recogido sobre la nuca de la muchacha. Ella le permite acercarse, al contrario de lo que ha consentido durante los

últimos tres días. Horas en las que la mente de la muchacha ha evaluado cada una de sus posibilidades, y en las que por fin ha decidido cuál será y hasta dónde llegará para asegurar el futuro que ha deseado durante los últimos cuatro años.

—No lo dirías si adornara tu cabeza —bromea Dolores, para comenzar con la actuación.

La risa del hombre le lleva una sensación de calor desde el cuello hasta la parte posterior de las rodillas, haciendo que casi se doblen bajo su peso. Va a disfrutar mucho de su venganza.

—No, ¡gracias al cielo! No creo que me sentara demasiado bien. —La

imagen los hace reír a ambos.

—¿Cuánto tiempo vas a esperar para hacerme el amor, Adonái? —le suelta de improviso. Nota cómo él deja de reír, incluso de respirar, para enderezarse a sus espaldas.

—No deberías bromear con esas cosas, Dolores. —Luego, rodea con el brazo derecho su cintura, apretándola sobre su pecho y volviendo a sumergirse en su cuello—. Llevo tres días sin dormir. —Se aproxima, para susurrarle en el oído—. Dime que me detenga en este instante, porque en caso contrario te prometo que vas a contemplar el techo de esta habitación durante las próximas horas.

—Promesas, promesas... ¿Cuándo cumplirás algu...? —Antes de dejarla terminar la frase, la ha vuelto hacia él, tomando su cara entre las manos.

—¡Cielos, Dolores! me pones frenético. Deja que cierre con llave la puerta.

En solo dos zancadas se planta junto a la madera, y el chasquido le asegura a Dolores que la ha bloqueado, evitando que ninguno de los criados los interrumpa.

Dolores tiembla unos escasos segundos antes de recomponerse casi completamente; ha necesitado tres días para alcanzar el valor que ahora intenta aparentar, y no va a volver atrás. Ni un

solo paso de retroceso en su decisión. Va a ganar esta pequeña guerra, y va a utilizar la misma munición que ellos le han lanzado a la cara.

Con el miedo dominado y el pudor perdido, se acerca hasta él para rodearlo con los brazos desde la espalda; quiere desprenderle la chaqueta antes incluso de dejar que se gire tras cerrar la puerta. Él se sobresalta levemente cuando siente sus dedos desabrochando los dos botones que la mantienen cerrada en el abdomen, pero le facilita la labor, encogiendo los hombros cuando ella hace que la prenda se escurra hasta el suelo. Lo gira para enfrentarlo, y saca los faldones de la camisa de sus pantalones.

En un rápido movimiento, él se agacha para tomarla por las caderas y elevarla, cargándola hasta depositarla sentada sobre la tapa de la alta y estrecha mesa que preside la habitación; Dolores ha de anclarse sobre sus hombros para no perder el equilibrio por el camino.

Ya sobre la mesa, sus piernas se separan de forma automática cuando el cuerpo del hombre se acerca hasta casi hacerlos rozar, situando ambas cabezas a la misma altura. Aprieta la frente contra la de ella unos instantes.

—Esto no está bien..., pero, por todos los cielos, continúa con lo que estabas haciendo —habla él, mientras ella

intenta mantenerse erguida, apretando las manos sobre sus hombros cubiertos solo con una fina camisa.

—No, esto no está nada bien — mientras habla, Dolores levanta las manos para desatarle la parte superior de la camisa. Le eleva la prenda sobre la cabeza, para acabar retirándola completamente. Luego se entretiene, permitiendo que sus manos vaguen sobre la piel del hombre.

—Te gusta —afirma. Él permanece en silencio y sus dedos le rozan de nuevo, reclamándole una respuesta.

—Sí, sí —continúa, siendo cada uno de los movimientos de Dolores contestado con la contracción del abdomen de Néstor y un sordo gruñido

sobre el oído de la mujer.

—Esto también te gusta —afirma, más que pregunta—. Quítate los zapatos, Adonái.

Dolores se vuelve a regodear en su inminente victoria cuando comprueba cómo él apenas se sostiene sobre las piernas, intentando retirarse el calzado con temblorosas patadas.

—¿Y ahora? —pregunta abriendo los brazos ante ella, una vez descalzo.

—Ahora, date la vuelta y sácate los pantalones y todo lo demás. Y hazlo despacio, quiero mirar mientras lo haces.

Néstor le devuelve una sonrisa, girándose lentamente para, muy poco a

poco, ir inclinando su torso hacia delante, mientras hace descender la prenda sobre sus piernas. Uno a uno, extrae cada pernil sin enderezarse.

—¿Puedo recuperar una posición menos comprometida? —pregunta, sin dejar de mantener la postura que ella le ha pedido.

—No, creo que esta visión les está encantando al par de criados que acaban de entrar. —Antes de dejarle terminar la frase, él se endereza, girándose hacia la puerta.

—¡Maldita seas! No habrás sido capaz de... —Su mirada de angustia hace que ella explote en carcajadas cuando lo ve cubrir su entrepierna observando la puerta.

—No, pero solo porque no se me había ocurrido hasta ahora. —Dolores siente cómo el hombre se relaja, y él mismo estalla en risas ante su propia sorpresa.

—Eres malvada.

—No sabes cuánto, amor. —Luego le hace una señal con los dedos para que él se acerque hasta colocarse de nuevo entre sus piernas—. Una visión maravillosa, gracias por el espectáculo, ahora deja que toque.

—Creo que ya me he humillado bastante, ¿no? —ella le deja hablar, recreándose en el tacto de la piel de sus hombros—. ¿Podríamos nivelar la balanza?

—No, yo estoy perfecta.

En un gesto brusco, él la toma por las caderas, haciéndola descender de la mesa. La obliga a sentarse sobre la alfombra, deslizándose inmediatamente para arrodillarse a su lado, y acabar tumbados sobre el suelo.

—Me agradecería más si estuvieras también desnuda. Aunque sí, si lo prefieres lo haremos así.

Durante varios segundos, él permanece inmóvil, y se limita a observar la visión que ofrecen: ella elegantemente vestida, reclinada sobre la mullida alfombra, y él con sus piernas desnudas abrazando la falda.

Dolores sabe que tiene el control, que

él solo espera una mirada de asentimiento por su parte, nota cada uno de sus músculos tenso con una necesidad que no puede controlar. Lo atrae hacia ella. La seda del vestido cruje cuando él la atrapa entre sus dedos. En cuanto las manos de Néstor alcanzan la piel desnuda por encima de las ligas, él se separa para mirarla sorprendido.

—No llevas ropa interior —
sentencia.

—Tú tampoco —responde, recordándole que bajo sus pantalones no había más que piel—. Creo que ambos teníamos planes pecaminosos para esta noche.

—Eso parece. —El ronquido de su voz le demuestra a la mujer que el

mínimo control que le quedaba ha desaparecido.

Se coloca sobre ella, apoyado sobre los codos. Sus labios la rozan, la miman, la adoran unos minutos.

Poco a poco las capas de tela que los separan van apartándose hasta quedar piel sobre piel. Dolores abre los ojos hacia el techo cruzado de vigas de madera mientras él se desliza con lentitud.

Se mueven, ajustando el ritmo. Él cierra los parpados, haciéndole ver, tal como ella había pensado, que está totalmente bajo su dominio. Alargando las manos, Dolores clava las uñas sobre su espalda mientras continúa agitándose.

Ese gesto basta para desarmarlo por completo y hacer que se mueva sin ningún cuidado.

Pasan muchos minutos hasta que vuelven a recuperar el aire poco a poco.

—¡Dolores! —habla mientras aún permanecen unidos, haciendo que ella casi no pueda respirar bajo su peso—. Haces que me comporte como un salvaje.

—Es lo que eres, a pesar de tu fina ropa y tus modales. Aunque te cubras de títulos académicos y dinero. Un salvaje, un gitano; mi salvaje, mi gitano, mi amante.

Hotel Mercí, Sanlúcar, Andalucía

*(España); finales de agosto de 1867
(hoy)*

Néstor no ha podido demorar el encuentro por más tiempo. Marcus parece mucho más interesado en él mismo que en el muchacho gitano que pretenden usar como cebo. Su propia resistencia al hombre es parte del problema, supone con resignación; el deseo de control y la emoción es lo que despierta los instintos cazadores de Marcus y no el premio final. Néstor se siente realmente acosado cada vez que se encuentra en la misma habitación que Marcus. Finalmente, ha tenido que asumir los riesgos y ofrecerse como

parte de la carnaza para incentivar los deseos del anciano.

Con cierta ironía piensa que tal vez sea aquello lo que Luz tenía pensado. Como de costumbre, un plan orquestado hasta el último detalle, sin que ni siquiera sus propios sicarios estén al tanto de todo él al completo.

Marcus Dubois posee más dinero del que puede gastar, a pesar de los reveses continuos en sus negocios, ocasionados en su mayoría por Luz. El hombre tuvo buen ojo en elegir a su rica esposa; no, no carece precisamente de dinero y poder. Y sin embargo siempre deseará más, su avidez es aparentemente insaciable e incluye también todo tipo de apetito sexual que el dinero pueda

ofrecer. Está tan endiosado con su propio poder que su ego le impide aceptar que alguien no se ajuste a sus deseos o que algo suceda sin su consentimiento. Alguien como el hombre que se sienta relajadamente frente a él.

Marcus sonríe, pues piensa que tal vez el doctor ha creído que podrá salir airoso con sus pervertidos deseos cumplidos sin pagar el precio establecido por él.

Y no será un valor monetario lo que le exigirá, no, pagará en especias y lo hará quiera o no.

—¿No le agrada la habitación, doctor? —pregunta el anciano mientras camina por la estancia. El nerviosismo,

por la anticipación de lo que vendrá pronto, le hace pasear sin control.

—Hubiera preferido un lugar más discreto. Tengo mucho que proteger y no me gustaría que nuestros pequeños negocios salieran a la luz. Si lo hubiera deseado así, yo mismo me habría dirigido al muchacho sin necesitar intermediarios; de hecho, he coincidido con él en varias ocasiones, pero siempre en presencia de terceros que no merecen ninguna confianza a la hora de negociar un encuentro... digamos más... ¿íntimo?

La mirada fría y tranquila del médico molesta a Marcus, deseoso de encontrar en el hombre restos de la intranquilidad e impaciencia que azotan su propio cuerpo.

—Un muchacho tan joven y precisamente con esas características, no pedía usted algo fácil de encontrar, lo chicos gitanos están muy protegidos por los suyos.

—Estoy hastiado de los rostros negros de los africanos y me molestan las pieles lechosas y el pelo de paja.

—Comprendo que sus gustos son muy refinados, pero no le ha agradado ninguno de los otros.

—Pago muy bien sus servicios, y tengo claro lo que quiero, los dos primeros eran demasiado pequeños, apenas me alcanzaban a la cintura. No soy un asesino, soy médico y conozco el daño que podría hacer en un cuerpo tan

pequeño.

—¿Y el tercero?

—Mi abuelo tiene un rostro mucho más agradable que él, ¿quiere que ni siquiera se me levante?

—No se altere, doctor, como ya le expliqué he arreglado todo para hoy, y creo que será completamente a su gusto, ¿quiere beber algo mientras esperamos?

—No, preferiría no tener que esperar.

—Insisto en que pruebe este vino, es excelente. —Ignorando la negativa de Néstor, Marcus sirve un par de copas ofreciéndole una—. ¿Cree que pretendo drogarle o envenenarle?

El golpe sobre la puerta contiene la réplica de Néstor.

—¡Oh, bien, parece que su espera ha

concluido, doctor! —explica Marcus.

Tras la puerta aparece el rostro de un hombre delgado de piel aceitunada.

—El chico ya está listo, señor.

—De acuerdo. —Luego, girándose hacia Néstor, Marcus sonríe—. Bien, parece que su premio le espera, caballero.

—Supongo que todo será tal como hablamos, no deseo que el muchacho me reconozca.

—Mis hombres se han ocupado de todo; se le ha pagado, por supuesto, y está de acuerdo en no ver la cara de su compañero de... juegos. He preferido que se le atara para evitar tentaciones. Estos muchachos suelen pensar que

pueden obtener beneficios posteriores chantajeando a sus compañeros de lecho si son capaces de reconocer a un hombre poderoso. Puede ir tranquilo, no tendrá forma de retirarle el antifaz del rostro.

—Bien, dígame el número de habitación.

—La 103, en el piso de abajo, puede tomar las escaleras traseras para evitar ser visto. Le esperaré aquí hasta que termine, y hablaremos de cómo pagará mis servicios.

Néstor da por terminado el acuerdo y camina hasta la puerta, soportando el contacto de la palma de Marcus cuando este le tiende la mano. Con la mano libre no puede reprimir el acto reflejo de acariciar el estilete que esconde en la

cintura de su pantalón y que le quema en los dedos, atenazando el instinto primario de acabar con aquella alimaña de una vez por todas. Marcus alarga el contacto infinitamente más tiempo de lo que Néstor cree poder soportar sin mostrar su desagrado.

Mientras camina hacia las escaleras, Néstor reza para sus adentros, pidiendo perdón por los momentos de terror que sabe está sufriendo el muchacho, y ruega para que Luz haya cumplido con su parte del trato y todo esté dispuesto para cerrar la trampa. El pensamiento de que algo no encaje a la perfección le estremece hasta la médula; Marcus es imprevisible, incrédulo y terriblemente

astuto. Y no es posible conocer con antelación qué tenebrosos pozos de perversidad, o de retorcida inteligencia, se esconden en el fondo de su mente.

Por unos segundos duda en el rellano: puede que aquel muchacho esté sufriendo en ese mismo momento, no controla la mente de los hombres de Marcus, y su hijo le pareció especialmente desequilibrado. Además, se enfrenta a la posibilidad de que no salgan las cosas como están previstas, y se encuentre con el dilema de tener que actuar hasta el final o correr el riesgo de abandonar al chico al capricho de un enfadado Marcus, después de haberlo rechazado él mismo.

Finalmente, sus pasos se dirigen hacia

el tercer piso en lugar de descender a la planta inferior. Se sienta en los escalones finales y espera unos eternos cinco minutos. Luego, vuelve sobre sus pasos golpeando de nuevo la puerta de la habitación.

—¿Le hace gracia, señor Dubois? —dice Néstor cuando se encuentra cara a cara con el sorprendido rostro de Marcus—. Soy un hombre muy ocupado y le pago muy bien por sus gestiones.

—¿Qué quiere decir? —contesta el hombre más anciano.

—El muchacho no está de acuerdo con el trato.

—Eso no puede ser, doctor, yo mismo hablé con él. —La voz de Marcus es

aflautada por el evidente enojo—. Estaba de acuerdo, le aseguré que aunque no vería el rostro de su compañero se trataba de un hombre joven y muy agradable... ¡Demonios!, conozco decenas de muchachos que pagarían por yacer con un hombre como usted, doctor, y él va a recibir dinero a cambio.

—Quizás no ha creído al cien por cien sus promesas.

—Entonces, le acompañaré yo mismo.

—No, prefiero aguardar a que vuelva, me ha parecido que no estaba atado y no me voy a arriesgar a que me reconozca o intente hacerlo de alguna manera.

—De acuerdo, quédese aquí y le haré llamar de nuevo, ¡maldito niño!

Cuando Marcus abre la puerta, su rostro muda hacia un blanco mucho más transparente. Frente a él están sus cuatro hombres de confianza, tal como había esperado, pero nadie más.

—¿Dónde está el muchacho?

—En la cama, preparado para la llegada de su amigo, señor.

Antes de que el hombre acabe la frase, Marcus lo empuja haciéndolo a un lado, para atravesar el hall de la espaciosa y lujosa suite, y camina hacia el dormitorio. No necesita entrar demasiado para verlo.

Tiembla. Aquel condenado muchacho

tiembla como las ramas de un sauce llorón, agitándose bajo la leve sábana que cubre su desnudez. Evita enfrentar su mirada enrojecida cuando comprueba que todo está tal como el doctor ha pedido.

—¡Ayúdeme!

¿Llora?, ¿realmente está llorando?, ¿ese muchacho ignorante llora porque tendrá que disfrutar de un hombre como el doctor?, se pregunta el anciano indignado.

—¡Miguel! —Marcus grita, abandonando la habitación—. ¿No le has explicado a ese gitano qué es lo que le espera? El doctor me ha dicho que...

—Me temo que no acaba de creerme, señor. Todo ha estado bien hasta que le

he pedido que se desnudara y se dejara atar. Me ha costado un par de patadas, señor. Y el doctor no ha venido.

—¿Que no ha...? ¿Qué demonios le pasa a ese tipo? Seguro que lo ha oído gimotear desde fuera.

Marcus vuelve hacia el dormitorio. Ahora sí enfrenta la mirada de horror del muchacho. Se gira del todo y pierde la vista en el pasillo a su espalda mientras lo oye.

—¡Ayúdeme!, yo... no quiero hacerlo; he cambiado de opinión, les devolveré el dinero...

En sus palabras, el muchacho mezcla el castellano con los ruidos guturales de su propio idioma y el pánico.

Marcus sonríe de forma irónica. No puede permitir que el doctor no esté satisfecho, necesita que todo se lleve a cabo. Ya ha conseguido la colaboración de un par de sirvientas del hotel, que entrarán en un determinado y comprometedor momento, para sorprender a O'Brien en plena acción. Eso y el testimonio escrito que piensa sacar del joven serán armas suficientes para obtener todo lo que quiera del hombre. Ya lo hizo con Alfonso García y ni siquiera necesitó la participación activa del hacendado; una simple carta escrita por el chico fue suficiente. La jugada resultó ser un auténtico jaque mate; por desgracia la carta fue puesta

en tela de juicio, y finalmente desapareció de su casa.

Esta vez se asegurará además de tener testigos. Pero antes debe convencer al doctor de que todo está controlado.

—¿Qué te ha pasado? ¿No te han dicho el tipo de hombre que te ha reclamado? ¿Acaso crees que podrás encontrar algo mejor en toda tu miserable vida?

Sus palabras son crueles, aunque no tanto como podrían llegar a ser. De hecho, le importa muy poco lo irresistible que le parezca el doctor a aquel chico; podría ser un sapo viejo el que aguarda en la habitación de arriba, simplemente es un peón representando un papel; uno de los miles con los que

ha tropezado en su ya larga vida.

—Vas a mantener la boca cerrada, salvo cuando te ordenen abrirla — amenaza al joven—. Harás todo lo que te digan, y mis hombres vigilarán para que lo hagas con una sonrisa. Estúpido, no eres siquiera lo bastante inteligente para comprender la suerte que has tenido. Ahora...

Los puños que golpean la puerta de entrada callan la diatriba de Marcus.

—Bien, parece que el doctor ha perdido la paciencia y viene a probar lo que ha comprado. ¡Abre, Miguel! — grita hacia la puerta.

Antes de girarse para abandonar la habitación, echa un último vistazo

amenazante al muchacho, que vuelve a temblar visiblemente. Un elocuente gesto de los dedos de Marcus sobre su propia garganta es suficiente para hacer que el chico trague sus lágrimas y haga silencio.

—¡Señor!, creo que debería venir.

A pesar de la gruesa humanidad de Miguel, Marcus vislumbra un grupo de hombres en la puerta. El sexto sentido que le acompaña hace vibrar la alarma en su mente de forma inmediata; girándose levemente comprueba, con algo de alivio, que la situación de los recién llegados les impide ver lo que ocurre sobre la cama, al menos en tanto permanezcan al otro lado del marco de la puerta.

—¿Qué desea? —Antes incluso de poder acabar la pregunta, Miguel se mueve, levemente impulsado por el brazo de un hombre más delgado, dejando que Marcus distinga el afilado cuchillo que reposa sobre el abdomen de su subordinado.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué desean? —a la vez que habla, Marcus se aproxima. En el trayecto se permite observarlos con desprecio.

Seis hombres, claramente romaníes a juzgar por sus rasgos y pieles oscurecidas, aunque visten una indumentaria impecable, tocados con elegantes sombreros. Únicamente el que amenaza a Miguel parece ir armado, y

no solo es la hoja de su cuchillo lo que intimida a Marcus. No, aquel hombre de mediana altura, rostro arrugado por la edad y el sol, delgado y fibroso como un gato silvestre, insufla respeto y peligro en cada uno de sus músculos y en la mirada helada de sus ojos castaños.

—¿Por qué amenaza a mi hombre? — pregunta Dubois, aunque solo le responde el silencio; mientras, el desconocido lo somete a una inspección; Marcus cree ver una chispa de reconocimiento en la mirada del otro.

Luego, lentamente le tiende una tarjeta arrugada y garabateada con un par de frases en castellano, que Dubois sujeta en su puño, en tanto el extraño lo aparta a un lado para dirigirse a la habitación

del fondo.

Superados en número, Marcus deja hacer al hombre. Siguiéndolo a corta distancia, gira entre sus manos el cartón para leer distraídamente las palabras allí escritas a la vez que habla.

—El muchacho está de acuerdo con...

No acaba la frase, solo vuelve a leer la tarjeta, esta vez mucho más lento, e infinitamente más aterrado.

Si le interesa conocer ~~a su novio en~~ profundidad al hombre que mató a su esposa e hija, y que ha secuestrado, golpeado y violado a su hijo, acuda a la habitación 103 del hotel Mercí, el sábado a las nueve de la noche. Entre

sin llamar.

Su amiga M LB

¡Dios! ¡Cuarenta años!

La mujer ha esperado cuarenta años y guardado la misma tarjeta que él le envió; bajo las palabras tachadas, reconoce su propio mensaje, escrito de su puño y letra.

Casi no alcanza a comprender que el extraño es el padre del muchacho que permanece en la cama, y que habla con él en su propio idioma. Entonces, oye un estertor de muerte a sus espaldas.

No necesita girarse del todo para ver cómo cae el pesado cuerpo sin vida de Miguel. En unos segundos, la suite se convierte en un caos y, como en un

sueño, ve a sus hombres luchando contra los intrusos.

El padre del muchacho parece no tener prisa, mientras se entretiene en desatar uno a uno los nudos que sujetan al joven a la cama. Sorprendido, Marcus observa la cara desencajada del chico ante las palabras lentas e indescifrables del hombre mayor.

Cumplido el cometido de liberar al prisionero, el anciano le alarga su propia chaqueta para cubrirlo, y se gira hasta Marcus, retirando el sombrero que le cubre la rapada cabeza. Sonríe ante la aterrada mirada de su enemigo, fija sobre los símbolos tatuados en la mitad derecha de su cráneo.

—Yo... no es lo que... ha sido O'Brien, él me ha... —El sonido balbuceante de sus palabras suena extraño al mismísimo Marcus, mientras retrocede sobre sus pasos, deseoso de alejarse de aquel asesino legendario, que lo observa como si se dispusiera a pisar la cabeza de una serpiente—. Podemos hablar...

Marcus camina, y ni siquiera es consciente del resultado de la batalla a sus espaldas, pendiente de no perder de vista a Cayetano el Negro. No contempla el rostro del primer cuerpo con el que tropieza, pero no necesita hacerlo cuando las caras sonrientes de los gitanos vencedores de la batalla

aparecen a su derecha e izquierda, flanqueándole la salida. Los siguientes cadáveres no necesitan presentación: dos, tres, hasta completar sus cuatro empleados, derrotados y despojados de sus vidas en pocos minutos.

El grito y la sonrisa salvaje de Cayetano el Negro en el instante en que Marcus cruza la puerta de la habitación es lo último que oye el hombre antes de lanzarse en una carrera frenética a través del pasillo y las escaleras del hotel; huyendo por unos momentos, por unas horas, o días tal vez, de la muerte horrenda y segura que aquel padre agraviado le tiene reservada.

Marcus no se detiene hasta entrar en su propio despacho, cincuenta minutos

después, con el corazón acelerado, los pulmones a punto de estallar y el cerebro ardiendo en la búsqueda de una solución imposible. ¡Maldita mujer!

Capítulo 20

Abdicación

Cortijo de Pradobajo, septiembre de 1867 (hoy)

Néstor es consciente de que un hombre no debería ser visto escalando una pared, aunque sea la de su propia casa, en ninguna circunstancia; mucho menos a altas horas de la noche y justo en dirección a la ventana de su huésped

femenina, joven y soltera.

No hay que ser muy listo para suponer el bochorno que soportará si es descubierto por algún criado durante semejante acción. Aunque peor aún es que recibirá una tremenda reprimenda de su madre por comportarse como un tonto; eso, después de sacudirle con sus pequeños zapatos en la zona lumbar.

Claro que la intención de Luz, las pocas veces que acude a ese gesto de violencia física, ha sido siempre castigar su espalda; lugar al que no alcanza desde que él cumplió los quince. También debe reconocer que esos golpes de su madre son más simbólicos que disuasorios; la mujer no tiene mucha fuerza a pesar de su genio vivo, no pega

con saña y, para más inri, el tamaño de los zapatos es realmente diminuto.

Sí, quizás no lo molerá a palos, pero su lengua es un garrote mucho más efectivo que cualquier arma de castigo, y sabe que le recordará la vergonzosa actuación hasta el fin de sus días.

Afortunadamente, su agilidad innata y su preparación le librarán del tercer peligro, uno que sería posiblemente el mayor para cualquier otro hombre que no haya sido sometido a su entrenamiento como guerrero y deportista durante años: caer a plomo desde ocho varas de altura.

Néstor, actuando de nuevo como Adonaí, escala la pared que sube hasta

el balcón de la habitación de Dolores. Agarra con sus dedos los elaborados herrajes que adornan los barrotes y, colgando de ambas manos, se mantiene suspendido unos segundos antes de impulsarse hacia el interior.

Agachado, comprueba que su maniobra no ha sido descubierta antes de acercarse a las puertas, que permanecen abiertas y cubiertas por un ligero visillo de encaje que se mece al compás de la leve brisa.

Han transcurrido tres días desde que hizo el amor con Dolores por quinta y última vez; justo desde que sus padres regresaron, y el recato ha mantenido a la muchacha muy lejos de su alcance. Eso tiene que cambiar. Debe reconocer que

el acto se ha convertido en algo muy agradable y, aunque normalmente tres días de abstinencia no le supone un tiempo excesivo, y no lo debe ser para un hombre equilibrado, no puede esperar mucho.

¡Qué demonios!, desde que habló con los hombres de Madrid, y les aseguró que se casaría con ella, fue consciente, por primera vez en diez años, de que estaban destinados al matrimonio; y desde entonces no ha podido acercarse a ninguna otra mujer sin tener la sensación de estarla traicionando. El solicitado doctor O'Brien sorprendió a todos sus conocidos despreciando una a una a todas las mujeres que se le han

insinuado en los últimos meses.

Lo cierto es que no fue tan duro como hubiera pensado solo un poco antes, al fin y al cabo le bastó con pensar en la hermosa pelirroja para soportar la espera. De ese prolongado celibato autoimpuesto, solo le pesa haber actuado como un adolescente inexperto y tembloroso en la fiesta de disfraces y como un auténtico asno tomándola por primera vez sobre el suelo del salón de costura.

¡Menuda actuación! Gracias a los cielos, ella era tan inexperta, a pesar de su edad, que no notó la mala praxis y espera haber logrado que la olvidase en los siguientes encuentros.

Así que allí está, de nuevo dispuesto

a actuar como un semental en la búsqueda de ese niño que le asegure la mano de Dolores, el aplauso de su madre y el control de Aguastempladas.

Retirando el elaborado visillo, se adentra en el dormitorio. Sus ojos, acostumbrados a la suave luz de la luna en cuarto creciente, protestan con la súbita oscuridad, encogiéndose sobre sí mismos. Unos instantes y su vista, educada para horadar la negrura, comienza a distinguir planos y sombras.

Cuando se mueve en el más absoluto silencio, deja retirada la cortina sobre el respaldo de una silla, permitiendo que la luz de la noche atraviese la oscuridad, hasta definir las generosas curvas de los

pechos y caderas de la muchacha que duerme de lado sobre la cama, cubierta tan solo con un delgado camisón.

De nuevo se asombra de lo que contempla: la mujer es del tipo que hace detener el corazón de los hombres. El salvaje tono de su cabellera no hace sino añadirle valor, provocando que tampoco el aire alcance los pulmones del observador. Y si el osado espectador es capaz de sobrevivir a toda esa belleza, posee un arma aún más demoledora: una inteligencia viva y una naturaleza valiente que la hacen arrolladoramente atractiva.

Sí, su madre tiene razón, lograr que una mujer como esa lo acepte como esposo va a ser una tarea titánica.

Néstor ha soñado con un momento como ese infinidad de veces, desde aquella noche en la cabaña en la que tomó su virginidad de forma tan imperfecta. Acercarse a su cuerpo adormecido y acariciar con sus labios cada una de sus exuberantes curvas, besarla y penetrarla todavía dormida hasta hacerla despertar con el empuje de sus caderas.

Desvistiéndose, mientras se aproxima con el caminar silencioso de un depredador nocturno, alcanza el borde del colchón sin producir más ruido que el leve roce de sus prendas, al caer sobre las láminas de madera que cubren el suelo.

Desnudo, de pie tras ella, la observa unos minutos. El rítmico movimiento de su respiración le confirma que continúa dormida. Sonríe anticipando el placer de cumplir sus deseos.

Lentamente va subiendo, primero una cadera, luego la pierna derecha, el brazo derecho, el tórax y el resto de sí mismo, hasta quedar tumbado tras ella. Seguro de que aún está dormida, se permite aspirar aire algo más relajado, a la vez que frota el rostro contra el pelo que se esparce libre sobre la almohada. La noche no es demasiado cerrada como para no dejarle ver con cierta claridad el brillo del suave y mullido cabello que acaricia; entretanto comienza a acunarse

abrazado al esponjoso cuerpo inmóvil junto a él, disfrutando de tenerla pegada, el amplio pecho contra la espalda suavemente arqueada de la muchacha.

Quizás notando inconscientemente su presencia, ella comienza a soñar de nuevo, como aquella noche en la cabaña. Su cuerpo empieza a agitarse, respondiendo a las caricias del hombre y al deslizamiento de los dedos que retiran la tibia tela del exiguo camisón; estremeciéndose con cada roce, cada beso y cada palabra susurrada sobre sus oídos aún no despiertos; arqueándose en busca de un mayor contacto, mientras de sus labios se escapan breves fonemas, indistinguibles para Néstor, confundidos con lo que parecen leves quejidos. Él

eleva su cuerpo un poco, apoyado en el codo que descansa sobre la almohada, lo justo para comprobar que sigue dormida, aunque sus ojos se agitan en círculos bajo los párpados cerrados; en lo que casi parece una alucinación. ¿Sufre por una pesadilla?

Duda unos segundos en cortar de raíz lo que cree una angustia inútil; aunque, justo antes de que ninguna palabra salga de sus labios, deja de respirar cuando nota cómo ella se frota contra él; una, dos, tres veces seguidas, haciendo que, de forma inmediata, lo que hasta ahora era un amago de anticipación pase a ser un enorme inconveniente.

Él no va a moverse de la posición en

la que está, no lo haría aunque medio cortijo irrumpiera en ese momento en el dormitorio. Vuelve a estirarse, comprobando que sus ojos siguen cerrados, aunque ella continúa hablando en sueños con algún lenguaje primitivo que cree distinguir claramente cuando vuelve a jadear y gira su brazo para acariciarlo. Es evidente, está bajo la influencia de algún sueño, un sueño muy, muy íntimo y muy, muy erótico, respondiendo inconsciente a las caricias de Néstor.

Cuando la mano de Dolores comienza a descender sobre su cuerpo, arrasando con fuego cada palmo de piel recorrida, automáticamente él pasa a rezar todo lo que su corazón místico le permite,

rogando para que no se despierte. Lo toca, o más bien lo aprisiona, de tal forma que explotará muy rápido.

Arqueándose de nuevo, siente cómo ella se le ofrece, tibia, mojada y preparada. Sin poder evitar balancearse, se acopla con un movimiento lento y profundo, consciente de cómo su cerebro, que aún puede entablar mínimas conexiones lógicas, grita que aquello no está bien y que tiene que despertarla.

Con un gruñido gutural, acaba por ceder a su instinto animal cuando cree distinguir las palabras que surgen entre jadeos de los labios de Dolores.

—Adonái..., por favor..., sigue... no

te pares.

Continúa sin entender si está despierta, consciente o no, pero sabe quién está junto a ella y quiere que continúe con lo que hace; no necesita más para obedecerla. Ella es todo calor, blandura y movimiento durante unos minutos y, aunque está a punto de estallar, se contiene, obligándose a centrarse; quiere oírla jadear, aullar de placer, hacerla gritar y ver cómo se deshace como el chocolate entre sus dedos.

—Adoro tu forma de despertarme, Adonái.

Tumbados sobre la deshecha cama, aún esperan a que amanezca. Dolores permanece boca abajo abrazada a la

almohada, respirando lentamente, para deleitarse en ese olor que ha quedado entre las sábanas. Un olor y un recuerdo que la hacen transpirar de nuevo nerviosa, porque aunque en esa posición no puede verlo, sabe que él está ahí, a escasas pulgadas, y la observa acostado sobre su espalda.

Dolores aspira la suave tela bajo su rostro. Cierra los ojos y acaricia las mejillas; suspira permitiendo que un nuevo gemido acabe saliendo de su garganta. Vuelve la cara lo suficiente para encontrar los ojos del hombre, que mantienen la mirada fija en la piel de su espalda.

—¿Desde cuándo estabas despierta?

—habla acabando con el silencio.

—Supongo que desde que te sentí entre mis piernas.

—¿Hay algo más para mí?

La yema de un dedo comienza a dibujar jeroglíficos en la espalda de la mujer, erizando el vello a su paso.

—Tal vez, esta noche te has portado bien. —Ella necesita serpentear sobre el colchón, volver a sentir el roce de la tela sobre su piel.

—Dolores... —Si él dejara de hacer eso con el dedo sobre su espalda, puede que el cerebro de Dolores no siguiera encharcándose bajo cada una de sus palabras.

—Adonái...

—Dolores, creo que... —Se despega

unas pulgadas para dejarla enfrentar su mirada—. Yo, yo, yo creo que te..., creo que esto me gusta, me siento bien.

Ella no sabe si está entendiendo lo que realmente le está diciendo, lo que quiere decirle o lo que desea que le diga.

—Yo también... yo creo, creo que también a mí me gusta —titubea, cohibida por las palabras que acuden a sus labios y que no tienen la suficiente fuerza como para salir.

Dolores se gira hacia la pared, parpadeando bruscamente, en un afán de evitar que las lágrimas que luchan por asomar acaben rodando por sus mejillas. Tal vez también debería apartarle la

mano de su espalda, está empezando a sentir cosquillas en sitios que ni siquiera están siendo tocados.

Necesita que él deje de hablar, porque escucha palabras que no están siendo pronunciadas.

—Bien, muy bien, eso está bien —habla Néstor, apartando su mano de ella.

—Sí, claro, muy bien —acuerda con él.

No hay mucho más que decir; no han hablado de nada o puede que lo hayan dicho todo. Quizás algún día sean lo bastante valientes, pero por el momento esto les sirve.

—Dolores, otra cosa, ¿harías algo por mí?

Ella asiente, atrapada por sus

palabras, intrigada por lo que puede desear pedirle en ese momento, temiendo lo que dirá a continuación. La muchacha se yergue levemente para apoyarse sobre el codo, necesita enfrenarle la mirada cara a cara.

—Creo que deberías hacer de mí un hombre honrado y dejar que hable con tu padre.

La certeza le corroe el espíritu a Dolores, cuando comprende que nada ha cambiado, que él sigue siendo el frío manipulador, el fiel ejecutor de las órdenes de su abuela.

—No, ¿para qué?

Deja asomar un amago de sonrisa, observando la cara de ese golfo; lo

aparta levemente, apoyando con suavidad la mano libre sobre su abdomen.

Sin sentirse derrotado, él recupera el espacio, para tomarle la cara entre las manos, acercándose para volver a besarla.

—Para hacer esto contigo cada noche y cada mañana de los próximos cincuenta años.

Ella arranca la boca de la del hombre y se levanta sobre los codos para mirarlo a los ojos.

—Mi respuesta sigue siendo no. — Dolores sonrío ante su cara de sorpresa —. Pero puedes seguir intentando convencerme todo lo que quieras.

—¿Continúas resentida por lo que

ocurrió hace años? —Sus ojos asombrados tratan de escrutar los pensamientos de Dolores—. ¿No me vas a perdonar jamás?

La toma del antebrazo izquierdo, haciéndole perder el equilibrio y caer de nuevo sobre el colchón. Lentamente desliza sus dedos hasta tomar la mano de la muchacha y besarla con la palma hacia arriba, luego la atrae hasta él con un suave tirón, manteniéndola abrazada unos instantes.

—Tengo que irme —dice cuando por fin se separan.

—Mi sirvienta entrará en unos minutos. Vístete.

Dolores se gira para enderezarse

sobre el colchón y sacar las piernas hasta el suelo.

—Dolores, Dolores. —Él le toma los hombros desde atrás—. Llevo años esperando a que crezcas. Ya no soy un niño, voy a cumplir treinta años muy pronto. Necesito formar una familia, hablar, reír y dormir junto a mi mujer cada noche. —A pesar de la suave caricia de su mano sobre el cuello, Dolores nota cómo su cuerpo se tensa con cada una de sus falsas palabras. Aunque sabe cuán engañosas pueden ser, oír las realmente hace que todo sea más palpable, mucho más cierta toda esa mentira enorme que les rodea—. Tú me gustas. Necesito tenerte cerca, saber que me perteneces.

Ella no puede responder. Entender que él no habla con el corazón, que cada una de sus palabras es un eslabón más de la cadena de mentiras que está tejiendo junto a su madre, la hace rabiar por dentro.

Se levanta, apartándolo de su lado.

—Debes irte —le indica ella, acercándole las ropas que había abandonado sobre el suelo la noche anterior.

A pesar de que su deseo es arrojárselas a la cara, se contiene, depositándolas con lentitud sobre su regazo. No quiere dejarle ver sus cartas.

—Date prisa, Lupe no tardará en llegar y es una chismosa incorregible.

—¿No me respondes? —pregunta él, incorporándose desnudo y apartando las prendas que ella le ha entregado para situarse a su espalda.

Ella se retira el pelo tras las orejas en un gesto nervioso, siente cómo le tiemblan las manos, y reza para que él no note su estado de ánimo mientras responde.

—No.

Simple y llanamente, no. Sabe que no sería capaz de enlazar dos sílabas seguidas.

Él aprieta levemente sus hombros con las manos, para acabar expulsando en un sonoro suspiro el aire que contienen sus pulmones. Luego se aparta para

recuperar su ropa, y ella permanece girada hacia el espejo, que le devuelve su imagen.

Cuando levanta la cabeza, sus ojos se cruzan sobre la pulida superficie por unos segundos.

—¿Has pensado que puedes estar embarazada? —Con un gesto enérgico se coloca los pantalones, cerrándoselos solo a medias antes de hacer pasar la camisa por la cabeza—. No hemos tomado precauciones y creo que nuestra familia ya va bien servida de escándalos y madres solteras.

—Si eso ocurre ya hablaríamos, por ahora no tienes que preocuparte, al menos en algún tiempo.

Luego ella se gira para encararlo

realmente, mientras él alisa su cabello con los dedos. El hombre no vuelve a hablar mientras se calza los zapatos y camina hacia el balcón.

—Dolores —le oye llamarla por fin, justo antes de atravesar los visillos que cubren la amplia puerta—, mañana vuelvo a viajar hacia Madrid, pero solo estaré fuera un par de semanas. Pondré mi casa en venta y empezaré a traer mis cosas, no voy a volver a marcharme si eso es lo que temes. Esta vez me quedaré a tu lado, lo quieras o no.

No dice nada más, desaparece hacia el exterior tan silenciosamente como supone entró.

Madrid, Palacio Real, octubre de 1867 (hoy)

María Isabel Luisa de Borbón y Borbón-Dos Sicilias, Isabel II, alcanzó el trono a la edad de trece años, la condición de esposa con dieciséis y, a los treinta y siete, está a punto de ser exiliada del país que la vio nacer.

La reina, aunque perfectamente peinada y engalanada con su mejor camión de fino encaje de chantilly francés, muestra el aspecto de una mujer corriente entrada casi en los cuarenta, aparentando no ser más que lo que en realidad la ha convertido el tiempo: una

matrona que ha parido más de media docena de hijos y gestado varios embarazos inconclusos.

De caderas y rostro anchos, sus manos y muslos gruesos se apoyan con gesto lánguido sobre los amplios cojines del diván en el que descansa; estirada a todo lo largo, sonríe observando al hombre que entra por la puerta de la adornada Sala de Porcelana del palacio.

La que ahora es usada como sala de costura por la reina, es un espacio profusamente decorado con un estilo barroco tardío.

Quienes, como el hombre que acaba de entrar, la pisan por primera vez, quedan poderosamente atraídos por las decoraciones florales de porcelana

fijadas sobre las paredes y las mesas de nogal, así como por los espejos encastrados en las paredes a ambos lados de las puertas enfrentadas; el conjunto al completo está adornado en un leve matiz verdoso que dota de belleza, aun en su excesiva opulencia, a todo el espacio.

Desde hace dos décadas, y por deseo expreso de la monarca, la sala ha sido amueblada con dos divanes y tres grandes costureros profusamente decorados de papel maché, además de un enorme bastidor para bordar y un telar de dos varas de ancho. Sobre la madera, reposa aún la primera labor comenzada por su alteza real seis meses

antes de la boda con su actual marido, y primo hermano, Francisco de Asís: el bordado, en fino hilo de seda, oro y plata, de un inacabado escudo de los Borbones.

Lo cierto es que ella hace lustros que no coge una aguja. La obesidad desarrollada con los años y su propia constitución provocan que sus dedos, excesivamente regordetes, se comporten demasiado torpemente frente a las labores de costura, haciendo imposible que dé ni una sola puntada en el lugar que debiera.

No por ello deja de pasar las horas muertas en aquella estancia. Siempre la ha adorado, aunque de niña, mientras su severa madre, la reina regente María

Cristina, vivía en el palacio, apenas le estaba permitido entrar en ella. Afortunadamente, hace años que su progenitora ha huido del país, y desde entonces puede disponer del lugar a su antojo.

Posiblemente el uso continuado de la misma no sea más que otro gesto de provocadora desobediencia a la madre exiliada en Francia.

Cuidando no hacer excesivo ruido mientras se adentra en la estancia, Néstor observa el pavimento, compuesto por una elegantísima incrustación de mármoles de colores. Cuando al fin levanta el rostro, contempla los ojos curiosos de la mujer reclinada sobre la

otomana. Con descarada coquetería, la reina le sonrío, atusando su oscuro cabello y recolocando un mechón rebelde tras la oreja derecha, mientras se yergue sobre los cojines que soportan su espalda.

—¡El doctor O'Brien, majestad! — anuncia el lacayo a la espalda del médico.

Tras hablar, el hombre recula en dirección a la salida, sin atreverse a contemplar a su reina vestida con atuendo tan impropio para recibir.

Con una profunda reverencia, Néstor inclina la cabeza frente a la soberana.

—Pase, doctor. Siéntese en esa silla frente a mí.

En dos pasos, el médico se aproxima

al asiento que le señala Isabel dispuesto a ocuparlo.

—No tan lejos, venga, venga, mueva la silla y acérquese un poco —le oye pronunciar justo antes de acabar de colocarse—. Como puede comprobar por lo que me rodea, soy amante de la belleza —dice, mientras con un gesto del brazo indica toda la sala—. Pero mi vista no es la que era y no alcanzo a ver bien a tanta distancia. Siéntese donde pueda verlo.

Néstor obedece, colocando el asiento a menos de media vara de la mujer.

—Ya sospechaba que sería un hombre excepcional por cómo habla de usted la mitad de la corte, doctor.

—Su alteza me halaga al valorar de ese modo mi pericia como médico.

—Sí, también he oído hablar de eso...

—Con una sonrisa, que muestra la falta de dos de los incisivos inferiores, la mujer continúa conversando—. Me ha sorprendido, por su apellido supuse que tendría un aspecto mucho más británico.

—He nacido en Cádiz, mi señora. Al igual que mi madre y mi padre. Mi familia lleva varias generaciones siendo española.

—Sí, conozco bien a doña Luz O'Brien. Una mujer envidiablemente poderosa, he de decir. En fin, supongo que no querrá perder el tiempo. Ya me informó su madre que vendría a comprar

algo, ¿no es cierto?

—Y por supuesto, a curaros ese juanete que no os deja pegar ojo — contesta el médico.

—¡Ja, Ja!, sí, por supuesto, no olvidemos ni por un segundo la excusa con la que habéis entrado en el palacio.

—La mujer sonrío—. Por lo que veo, además tiene usted sentido del humor, y he oído decir que es un hombre muy rico, doctor. ¿Dónde estaba cuando media España y la totalidad de Europa me buscaban un esposo adecuado para reinar este país?

—Supongo que cazando conejos con un tirachinas en las marismas del Guadalquivir, mi señora, me temo que en aquel entonces no os hubiera servido

como marido.

—No crea, cualquier cosa hubiera sido mejor que ese cúmulo de encajes que encontré en mi alcoba. —Una chispa de aguda inteligencia cruza por un momento los ojos ratoniles de la reina —. Aunque sí, supongo que tiene razón, es demasiado joven para mí, o al menos lo era cuando me casaron a los dieciséis, ahora le aseguro que me sirve como está...

—¿Necesitáis mis servicios, mi señora? —pregunta con una sonrisa cómplice el hombre.

—¡Oh!, no me tienta, no pensaba pedirle que se sacrifique por el país, caballero, por el momento solo quiero

que me cure este dolor en el pie. A pesar de todo lo que haya oído de mí no soy esa loba de la que hablan. No le exigiré que caliente mi alcoba. Al menos no lo haré ahora, tal vez hace unos años, cuando aún podía moverme en un colchón, no hubiera tenido tantos escrúpulos.

Adelantándose y alargando la mano, atrapa entre sus dedos la rodilla del hombre sentado frente a ella. Néstor permanece rígido ante el gesto desenfadado de la mujer, pero no siente ni un atisbo de repulsa. Pese a la fealdad de los rasgos cruelmente tratados por el tiempo, reconoce en la mirada de la mujer un atisbo de la joven frágil que ha sido.

Por unos instantes, Néstor observa en silencio a la reina que ha gobernado España durante un período de casi treinta años tras la muerte de su padre, el rey Fernando VII. Un tiempo en el que la monarquía ha ido cediendo progresivamente poder político al parlamento, pero que a la vez ha coartado la participación de los ciudadanos en los asuntos del gobierno. La situación para la reina es muy precaria; los liberales la acusan de suprimir las libertades democráticas durante su reinado, de consentir la corrupción en las instituciones y de permitir falsear los datos electorales, los absolutistas de un gobierno laso y

excesivamente permisivo con el pueblo, los militares de la pérdida de las colonias americanas y del estatus de España como una primera potencia mundial.

La mujer se aleja, volviendo a reclinarsse sobre los cojines cuando el lacayo vuelve a entrar, cargado con una bandeja plateada en la que reposan dos primorosos vasos de cristal tallado y una jarra a juego, medio llena de un líquido amarillo.

—¿Limonada, doctor? —pronuncia Isabel, señalando lo que el criado ofrece —. A pesar de estar casi en noviembre el sol sigue golpeando con fuerza, ¿no es cierto?

La mano de la mujer vuelve a

descansar en la pierna del médico, esta vez muchas pulgadas por encima de la rodilla.

—Tomaré un poco, gracias —musita el hombre, pretendiendo ignorar el avance.

—En cuanto a eso que desea su madre, le diré que hablé con el duque de Medina Sidonia pocos meses antes de su muerte, ya sabrá que don Pedro me debía mucho por haberle permitido volver después de haber alentado las pretensiones de mi tío Carlos al trono, y creo que hubiera podido obtener los terrenos por muy poco dinero. Realmente él ya no usaba esas propiedades desde hacía años, supongo

que desde que fue exiliado. Como coto de caza es un buen lugar, pero en verano hace demasiado calor y en invierno la vida social es casi nula. —La mano que deambula por el muslo del médico la distrae durante unos segundos atrayendo su mirada, como sorprendida de que esa parte de su persona tenga vida propia para desplazarse a sus anchas por el cuerpo del hombre sentado frente a ella —. Por desgracia, todo aquello de lo que hablamos se quedó en nada cuando falleció. La buena noticia es su heredero; conozco bien a don José Joaquín, y le vaticino que usted podrá obtener lo que quiera del nuevo duque de Medina Sidonia a base de dinero. Quizás tarde un poco, pero ese

manirroto tendrá que poner en venta hasta los corsés de su esposa antes de lo que imagina.

—¿Venderá entonces los terrenos? —interroga Néstor.

—Sin duda alguna, aunque quizás tarde unos años, pero creo que esa zona no es la que ustedes ansían con más interés, ¿cierto? En cuanto a la parte que me concierne he hablado ya con Guerra. Daré el visto bueno en el momento en que usted despose a la otra heredera, caballero. —La mano de la reina se retira de la pierna del hombre, no sin antes acariciar unos segundos la elegante tela del pantalón—. Mi enhorabuena, señor O'Brien, he oído

que pronto será un hombre casado. Una desdichada noticia sin duda para la mitad de la población femenina de Madrid y una satisfacción para la afortunada señorita García.

—No tenga ninguna duda de que el afortunado realmente soy yo.

—Y, dígame, ¿también la señorita García es amante de pájaros y ciervos?

—Y felinos, alteza, no os olvidéis de los felinos —puntualiza él.

—¡Ah, sí!, recuerdo esos gatos enormes de aspecto barbado, había uno en el despacho de mi padre en Aranjuez; una belleza, sin duda. Desafortunadamente estaba disecado. Una pena, siendo una criatura tan hermosa, aunque en general confieso que

no soy muy amiga de esos animales; pero comprendo que debemos cuidar su entorno natural, tal como me explicó con elocuencia doña Luz.

—Entonces, entendéis lo que pretendemos al preservar la zona, ¿no es cierto?

—Por supuesto, yo los ayudaré a proteger sus fieras y ustedes a protegerme de las mías. Y me permitirán evitar que al menos una mínima parte de mi pueblo muera de hambre un invierno más. Después de lo ocurrido en el 65 en la noche de San Daniel, no pienso arriesgarme. Castelar me hizo mucho daño al acusarme de quedarme parte del dinero obtenido por la venta de un

patrimonio que, al fin y al cabo, pertenecía a la corona. Un triste desenlace para un proyecto que solo pretendía el socorro de la nación. No, no volveré a tocar un real que no sea mío, pero ya no me quedan muchas más joyas personales para vender y yo, al contrario de la esposa del duque, no creo que pueda sacar mucho por mis corsés. —Sonríe, señalando el amplio contorno de su propia cintura.

—Los O'Brien no permitirán que salga a la venta tan regia prenda, mi señora —habla Néstor, devolviendo la broma.

—¿Puedo entonces confiar en usted, tal como me afirmó su madre?

—Con toda seguridad, su alteza.

—Ya conoce como está la situación, ¿cierto? Reconozco que he cometido numerosos errores y, por desgracia, a veces he creído demasiado en las palabras de los que me rodeaban. Ingenuamente he desperdiciado buena fe y he adolecido de ignorancia en demasiados temas. Sé que no estaré en esta sala mucho tiempo más, poco tardaré en perder de vista un lugar tan sublime y, ¿sabe usted?, aunque no lo debería admitir, me alegro infinitamente por ello.

—No estoy seguro de que el país piense lo mismo cuando pase un tiempo —aclara Néstor.

—Una frase extraña viniendo de

alguien nacido en Cádiz. Hace años que no piso su tierra, y me temo que no lo volveré a hacer. Perdone, pero casi todos los acontecimientos importantes de este siglo han ocurrido allí y, me temo, las revueltas de los últimos años han tenido su simiente en esa ciudad. No, no voy a acercarme a menos de cien leguas de allí, a no ser que me obliguen, como hicieron con mi padre. No seré el próximo monarca que derroquen los exaltados gaditanos, antes abdicaré por mí misma.

—Tal vez hagáis bien en no acercaros, majestad, es cierto que el clima en el sur está bastante agitado.

—Toda España está agitada: la guerra del Pacífico ha sido un revés militar y

financiero, y la exportación de géneros al otro lado del Atlántico ha disminuido de modo alarmante; en estos momentos desde allí solo recibimos peticiones de caudales.

—Hay que hacerse a la idea, señora. España no es lo que era cuando reinaba Carlos I. No podemos anclarnos en el pasado —pronuncia lentamente Néstor.

—Ni yo soy ese rey, ¿cierto? No se preocupe, doctor, ya me hago a la idea de que algún día nada de lo que he conocido seguirá igual. Pero tengo miedo de lo que dejaré aquí. ¿Acabará todo cuando me marche? ¿O surgirán entonces los verdaderos problemas para mis súbditos?

—Quizás sea hora de dejar que sus súbditos se equivoquen por ellos mismos, mi señora.

—Me rodeé o me rodeó una camarilla curiosa, ¿no es cierto, doctor?, curas, monjas, frailes y nobles. Dicen que repartí mal mis intereses, aunque nunca acabé por comprender quiénes estaban a mi lado y quiénes me obligaban a estar con ellos. ¿Acaso es un pecado tan grande querer simplemente vivir? Cuando intenté ser una reina me acusaron de violar la constitución, cuando me aparté del gobierno fui una indolente, si hablaba con los liberales moderados alejaba a los progresistas. Mire mis brazos, caballero, tengo

músculos de aguantar los tirones de unos y otros como si no hubiera sido durante toda mi vida más que una soga en el juego de fuerza de una feria de pueblo —termina con un suspiro—. ¿Y usted a quién le es fiel?, ¿por quién lucha?

—Lucho por mi pueblo, por supuesto.

—¿Por España, entonces?

—No, por mi pueblo —le aclara el médico.

—¿Y no es lo mismo?

—Solo en parte.

—¿Habla de los gitanos, doctor?, ellos también son españoles.

—No, tampoco hablo de los gitanos, hablo de mi pueblo, al que puede que muchos españoles pertenezcan, pero solo unos cuantos lo sabemos y

recordamos.

—Me habla con jeroglíficos, si se refiere a un nuevo partido o corriente de pensamiento, olvídense de intentar explicármelo. Ya me perdí entre centristas liberales, liberales moderados, progresistas moderados, liberales progresistas, demócratas y otros.

—No, no intento confundirla, solo le contesto, lo más sinceramente, a lo que su alteza ha preguntado.

—Bien, en ese caso, es evidente que seguiré siendo ignorante.

La mujer calla unos instantes, para sentarse descansando las piernas en el suelo; reclinándose hacia delante de

nuevo, habla junto al oído del hombre.

—Voy a ser sincera, y no crea que me engañan ni por un minuto —susurra a su interlocutor—. No sé lo que andan buscando, ni usted ni su madre, pero realmente no me importa mientras cumplan la promesa que me han hecho de mantener los hospicios y casas de mujeres que yo no puedo seguir salvaguardando. Hagan eso y tendrán toda la ayuda que esta reina, a punto de abdicar, pueda ofrecerles. Por lo demás, no quiero nada más de ustedes.

—¿Nada, alteza? ¿No me permitirá, entonces, ver sus regios pies, señora? —exclama con fingida indignación, mientras ella se retira unos palmos.

—¡Oh!, por los cielos, ¡claro que sí!

A usted le permito casi cualquier cosa, doctor.

Cortijo de Pradobajo, diciembre de 1867 (hoy)

—¡Ay, Dios mío, señorita! ¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?, llamaré a la señora inmediatamente, me temo que el doctor salió temprano.

Doblada sobre su estómago, Dolores lucha entre la necesidad de detener a esa cotilla y la imperiosa fuerza que la impulsa a vaciar su estómago de todo resto de alimentos. ¡Maldita sea!, dos meses aguardando para dar la noticia y

esa entrometida lo tirará todo por tierra.

—Si te mueves de esta habitación, juro que te mataré, Lupe.

No sabe cómo logra recobrar el habla lo justo para amenazarla, antes de que las náuseas vuelvan a hacerla doblarse sobre la bacinilla en la que está reclinada, arrodillada en el suelo de su alcoba. Una, dos, tres arcadas, en las que solo la bilis abandona su cuerpo; aún no ha desayunado y la cena salió esa misma mañana, cuando las náuseas la atacaron en el mismo instante en que intentó erguirse de la cama.

—No es nada, debo haber comido algo en mal estado, ya me encuentro bien. No es necesario que alarmes a los señores.

—Pero, señorita, ya lleva cuatro días así, no crea que no lo he notado al limpiar la habitación. Y su cara está cada vez más blanca.

—No, ha sido solo hoy, y es por esa sopa de carne tan extraña que comí... — Otra arcada le impide continuar.

—Sí, esto suele pasar cuando una come demasiada carne.

—¿Qué estás insinuando, Lupe?

De pronto se sienta sobre las rodillas, observando a la muchacha, que la mira con una sonrisa cómplice, sentada en la cama con la mayor de las tranquilidades.

—Digo que estas cosas suelen ser la consecuencia lógica cuando una come demasiada...

—Olvídate de la carne, ya te he oído, quiero que me digas lo que estás pensando.

—¿Todo?, ¿o solo es necesario que le haga un resumen?

Ahora es Dolores la que sonrío ante su descaro. Es evidente que es tan cotilla como pensaba, pero mucho menos ilusa de lo que aparenta.

—Mejor empieza con todo, y luego podemos ir recortando.

—De acuerdo, señorita, entonces le recordaré que soy yo quien cambia sus sábanas cada día, muevo sus almohadas y distribuyo el relleno de su colchón, para que el hueco que deja no lo apelmace. Como sabrá dos cuerpos no

dejan el mismo hueco, sobre todo si uno es mucho mayor que el otro; y no le tengo que recordar que usted es pelirroja y de pelo rizado, no morena de pelo liso.

—Comprendo.

—Tampoco es difícil sorprender las miradas que le lanza el doctor, ya sabrá que todas las mujeres de la casa están pendientes de cada uno de sus movimientos, ni ver cómo la atrapa en cualquier esquina para abrazarla, besarla o pellizcarla.

—¿No hemos sido muy discretos, verdad?

—Nadie lo sería con un hombre como él.

La muchacha se levanta para

arrodillarse frente a ella en el suelo, tomándole ambas manos.

—¿Por qué no se lo dice? Es un hombre decente y la quiere de veras. — Los ojos de Dolores bajan hasta el suelo mientras la muchacha le habla, ¡si ella supiera la realidad!—. Permítame que llame a la señora Ana o a la señora Luz, y luego hable con el señor, deje que compruebe que todo va bien. Necesita un médico y él está en todo el derecho de saber que va a ser padre y, si no lo hace pronto, no necesitará que usted se lo confirme para verlo; aún no comprendo cómo no se ha dado cuenta, su abdomen empieza a abultar.

—Últimamente hace frío, no dejo que

me quite el camisón.

—Es médico, señorita, le aseguro que no necesita ver para saberlo. Seguro que ya lo ha notado. Debe estar esperando que usted se lo diga, y convendría hacerlo antes de que él le pregunte.

—Puede que tengas razón.

A la vez que habla comprende que no ha engañado al hombre, recuerda que lleva más de un mes sin tumbarse sobre ella o evitando que cargue con peso adicional en la casa. Ciertamente, ha sido muy tonta.

—Gracias, Lupe, y por favor, no llames a las señoras, ya hablaré con ellas; y, necesito algo más: dime todo lo que oigas hablar sobre nosotros.

—Desde luego, señorita. Ahora

lávese la cara y vístase, y piense cómo le dará la noticia al señor.

La deja arreglando el dormitorio y sale a la terraza, aún en camisón. La mañana está fresca, pero no lo bastante como para no poder disfrutar del calor del sol. Por unos instantes piensa en las palabras de la sirvienta. Hace unos momentos era consciente de que el tiempo se le agotaba; no puede ocultar más su estado y, realmente, ha de decir que no sabe si es lo que desea. Ha buscado con ansia ese momento, tanto como ellos. No han puesto ninguno los medios para evitarlo y ahora ha de dar el paso siguiente.

Observando el paisaje ante ella,

acaricia su estómago; sí, la gestación de casi cuatro meses no debe haber pasado inadvertida al médico. Está claro que es la hora del jaque mate.

Sanlúcar, diciembre de 1867 (hoy)

El hombre camina visiblemente alterado. Lo cierto es que lleva casi un mes en ese estado de ansiedad.

Marcus vuelve a girar el rostro hacia su espalda, maldiciéndose en un murmullo por ese signo evidente de debilidad. Tiene miedo, mucho miedo, y su cuerpo vibra a cada ruido, como lo haría un conejo asustado.

Y no es tan inepto como para

engañarse a sí mismo, aunque está haciendo verdaderos esfuerzos porque su estado no se revele ni ante sus empleados ni, mucho menos, ante su familia. Sin embargo hay reacciones corporales que no puede evitar, como el sudor constante en su cuello y manos, o el gesto instintivo de mirar a ambos lados continuamente.

El caso es que sus esfuerzos por ocultar su desasosiego no se deben a su deseo de no perturbar a los suyos, no lo hace por no asustarlos. Simplemente él no es de los que dejan ver sus debilidades ante los demás.

Y aunque supone que ninguna de sus hijas es tan inteligente como para

maquinar nada contra él, para asecharlo como si fueran buitres aguardando a caer sobre un animal moribundo, tal vez esa herencia, que él mismo sabe que está en sus propios genes, salga a la luz cuando lo vean indefenso. No, no se arriesgará lo más mínimo.

Y sus empleados son mucho menos de fiar. Se ha rodeado de una camarilla entre los que, está seguro, no hay ni un solo individuo que sea capaz de detenerse de hacer lo que esté haciendo ni para dar de beber un mísero buche de agua a un niño sediento. No, si al menos no suponen que pudieran sacar algo de esa acción, tal vez una tarde de diversión si el muchachito es lo bastante receptivo y está suficientemente

desesperado. Marcus sonríe ante ese pensamiento, y la sonrisa casi le duele en las comisuras de los labios. Hace demasiado tiempo que no emplea ese tipo de gestos, se limita a un arqueado de sus pobladas cejas y una inclinaci3n de labios, en lo que no es más que una parodia de una sonrisa.

Está claro para él que siempre se cumplen ciertas máximas, en especial aquella de “cree el ladr3n que todos son de su condici3n”. En su caso no solo un ladr3n, sino tambi3n un embustero, timador y hasta asesino. Y no, no mostrar  ni un signo de debilidad ante nadie.

El cristal de la ancha copa de coñac

que tiene en la mano le devuelve su propia imagen. También le permite ver el gesto de sus propios ojos al mirar de reojo, buscando el sonido que parte de la puerta a su derecha.

Desde hace más de tres semanas ha hecho girar todos los muebles del despacho, situándolos en un ángulo desde el cual ni la silla frente al escritorio ni el sillón, situado junto a la licorera y los vasos, en el que ahora se sienta, le dan la espalda a la amplia ventana que da a la calle, o a la puerta doble que da al pasillo.

Por desgracia, se ha dado cuenta de que con esa acción solo ha conseguido no alcanzar a mirar de frente ninguna de las dos posibles vías de entrada para un

asaltante. Por eso procura no pasar en esa habitación más tiempo del estrictamente necesario.

El hombre acaba por girarse del todo para mirar a su empleado, que aún sujeta el pomo de la puerta.

—¡Señor!, ha llegado un paquete.

—Déjalo sobre la mesa —dice, señalando el escritorio situado a un par de varas de distancia—. Cuando termine mi bebida veré de qué se trata. ¿Ya ha vuelto Seis Dedos?

—No, señor. He vuelto a preguntar hace unos momentos y nadie sabe dónde está desde hace varios días. Pero ya sabe que usted mismo lo mandó a hacer un trabajo.

—Soy consciente de lo que hago, no necesito que nadie lo haga por mí. —La voz brusca de su jefe hace recular unos pasos al otro hombre.

Por unos segundos se mantienen las miradas, Marcus observa los gruesos dedos del hombre, que ahora se curvan sobre el paquete que sostienen. Un paquete casi cuadrado de un par de palmos, envuelto en lo que parece un paño amarillento y sucio, sujeto por una cuerda de cáñamo. La mirada se le detiene en las uñas sucias de su empleado. A Marcus no le cabe la menor duda de que aquel hombre es un canalla; pero eso era realmente lo que buscaba cuando lo contrató. Y no puede

permitirse ni un atisbo de insumisión.

—Quiero que le sigáis buscando. Necesito hablar con él —dice el hombre más anciano.

—Bien, señor, le mantendré informado.

—¿Sabes algo de los hombres que buscaban en Aguastempladas?

—No, nada nuevo. Pero ya sabe que mandaron aviso de que habían encontrado la entrada a una cueva, siguiendo a un grupo de esos gitanos que vienen a comprar suministros a Sanlúcar.

—Bien, manda a otro grupo a seguir sus pasos. No me fio de la Roja, me extraña mucho que alguno de sus gitanos haya cometido un error tan básico. Pero

que no entren en ningún lugar sin pedir ayuda primero. Ya he perdido a dos hombres intentando acabar con ese asesino gitano, no quiero perder ninguno más —añade, pensando con terror en la expresión del rostro de Cayetano en Negro en la habitación del Mercí.

—Me conmueve su interés por sus empleados, señor. —La risa irónica que acompaña las palabras molesta a Marcus.

—No lo hago por cariño, no te equivoques; simplemente no creo que encuentre en muchas leguas a la redonda seres tan podridos como los que ya tengo bajo mi mando. Y no quiero tener que desplazarme hasta Sevilla para

encontrar más carroñeros.

En dos zancadas, el empleado deposita el paquete donde le han pedido, y sale sin decir una palabra más.

Marcus vuela a torcer el gesto mientras lleva su boca hasta el borde de la copa, es un gesto meramente automático; su estómago ya no le permite el placer de un buen vino, simplemente soporta mojar levemente sus labios con el carísimo licor, para volver a depositar el vidrio en la mesilla a su derecha.

Pero sigue mirando al hombre que se marcha, su empleado ha actuado exactamente como él pretende, con rabia y rencor, con odio.

Sigue sonriendo cuando se estira los

puños inmaculadamente blancos de la camisa, sacando a la luz los impresionantes gemelos de oro que los adornan, que por unos minutos acaparan toda su atención. Sí, pronto hasta sus zapatos serán de oro, y no solo sus joyas.

—¡Marcus! —El hombre gira, de nuevo levemente agitado, hacia la voz que tarda unos segundos en reconocer como la de su esposa.

—¿Qué quieres, Macarena? Te advierto que hoy no estoy en mi mejor día.

Ella no parece percatarse de la amenaza encubierta en sus palabras. Realmente, ella últimamente no parece

percatarse de nada, piensa Marcus. Con desprecio observa a la mujer que lo llama esposo. ¡Dios de los cielos!, es increíble lo que el tiempo y la enfermedad han hecho con ella. Tiene que reconocer que él mismo ha aportado muchos granos de arena a aquella montaña decrepita que es ahora mismo Macarena.

Vestida por entero de negro, la mujer lleva las escasas guedejas grises que aún penden de su cabeza recogidas sobre la nuca. Tan estiradas, que el cráneo blanquecino se le trasluce perfectamente. Una estructura ósea que una vez había definido un rostro bello como el de una ninfa, y que ahora simplemente enmarca el rostro de una

anciana de piel cenicienta y ojos hundidos, con menos carne sobre sus huesos que un mísero gorrión.

—Tenemos que hablar. —Con el paso vacilante que la caracteriza últimamente, la mujer avanza hasta situarse frente a él.

Marcus no se levanta, y a ella ese gesto de flagrante desinterés por su condición de señora no la sorprende. Hace décadas que ha aprendido lo que puede esperar del hombre al que un día amó con locura.

Nada, absolutamente nada.

Pero sabe que el final está muy próximo. Un final que desea con toda su alma, aunque ese deseo, que contradice

diametralmente las enseñanzas cristianas que le han inculcado, acabe con ella de cabeza en el infierno. De esa situación solo lamentará tener que volver a verse las caras en el averno con el hombre que, sentado frente a ella, la mira como si no fuera más importante que una cucaracha.

—Tienes que prometerme que enviarás a tu hijo con los franciscanos, Marcus.

—¡No haré semejante estupidez!

—El padre Jaime me ha prometido que estará cuidado, no quiero que sigas metiéndolo en tus asuntos, él es...

—Él es un idiota de capirote, y servirá para lo único que vale, para cuidarme las espaldas.

—Tienes decenas de hombres.

—Ninguno tan fiel, ese inútil me quiere.

La mujer se palpa el pecho visiblemente afectada por las palabras de Marcus.

—No lo permitiré —añade mientras se gira hacia la puerta, caminando lo más erguida que los dolores intensos sobre su columna, en esos momentos repleta de gruesos tumores, le permiten.

—¡Llama al doctor!, gasta de nuevo mi dinero. Vuelves a caminar como un pato —dice Marcus, antes de que ella acabe de cerrar la puerta—. Y no lloriquees, ya te advertí de que hoy no era mi mejor día.

Marcus Dubois se lleva de nuevo la copa a los labios. Sus ojos se desvían desde la puerta que se acaba de cerrar a la superficie de la mesa, donde el paquete que su hombre le ha traído sigue esperando ser abierto. Con un gesto de incomodidad, deposita de nuevo la copa sobre la mesa, para levantarse apoyándose con ambas manos en los brazos del sillón. Sus piernas protestan cuando las obliga a andar después de más de dos horas de inmovilidad.

Se acerca hacia la mesa para tomar el paquete y volver de nuevo al sillón. Durante el camino se ocupa de desatar la cuerda, que no está más que precariamente atada en un lazo simple.

Retirar la tela para descubrir la caja de madera oscura cerrada que está en su interior no le lleva más que el tiempo de volver a estar sentado. Colocando la base sobre sus rodillas, abre con una sola mano la tapa en forma de cofre.

El hombre recula de un salto demasiado rápido para su avejentado cuerpo, aunque no lo suficiente como para evitar que la carne putrefacta le caiga sobre los pantalones. De un manotazo, la aparta, conteniendo las arcadas mientras cuenta mentalmente los seis dedos de la mano seccionada que tiene ante sí.

Los cansados huesos de Macarena

apenas le alcanzan para subir el tramo de escalera que lleva hasta su alcoba, situada en el extremo opuesto a la de Dubois. Con una voz más enérgica de lo que recuerda, llama a su doncella personal. Luego se dirige al cajón secreto del bargueño que le dio su difunto padre como regalo de bodas. Un precioso mueble engarzado en nácar, hueso y carey.

Sus dedos apenas tiemblan mientras extrae el compartimento oculto y, dentro de él, el sobre que robó hace dos semanas.

No había pensado en usarlo, ante el temor de que al hacerlo fuera en contra de los intereses de sus hijos. Pero en ese

momento ya no está tan segura de quién es el verdadero enemigo de su familia.

Si bien los O'Brien, con su antigua amiga al frente, han provocado muchos descalabros en las finanzas de su familia en los últimos años, es consciente de a quién, en último extremo, corresponde la culpa.

—¿Me ha llamado, doña Macarena?
—la mujer, que la ha servido desde que vivía con sus padres, le habla, parada en la entrada de la habitación.

—Sí, pasa y cierra la puerta.

Mientras espera a que la mujer la obedezca, Macarena escribe unas líneas sobre un trozo de papel blanco. Luego une el pliego al que ella ha sacado del bargueño, y los dobla juntos.

—¿Sigue tu hijo en la ciudad?

—Sí, señora.

—Quiero que tomes esto —dice, alargándole ambos escritos—. Que no lo abra nadie, ni siquiera tú. Dile a tu hijo que se lo lleve al Doctor O'Brien, lo más rápido que puedas.

—Sí, señora —dice, tomando lo que se le da. Luego sale por la puerta.

Macarena, finalmente agotado todo su aliento, resbala la mano sobre el respaldo de la silla en la que se apoya desde hace unos minutos. Lentamente el mueble deja de servirle de apoyo y cae junto a ella sobre el suelo de su habitación. Tendida a todo lo largo, suspira mientras cierra los ojos en busca

de descanso.

Cortijo de Pradobajo, diciembre de 1867 (hoy)

La puerta del dormitorio de Dolores se abre y, como cada noche, oye sus pasos silenciosos aproximándose. Nota un tirón en la cinta con que se recoge el pelo sobre la nuca, e igual que una manta rojiza los mechones caen sobre sus hombros y espalda bajo la guía de unos dedos, que los peinan y distribuyen como la mejor de las sirvientas.

Con un gruñido de placer, Néstor acaba por hundir la cara en ellos, apoyándose sobre el arco del cuello de

la muchacha.

—No sé qué usas para lavarlos, pero cada día huelen mejor —le susurra.

Están frente al balcón. Dolores se da cuenta de que él lleva más de un mes sin utilizar la entrada de la ventana, y ni siquiera espera a que los criados se hayan acostado o que los pasillos estén desiertos. Le ha parecido lógico, al fin y al cabo él ha expresado más veces de las que puede contar con los dedos de sus manos su deseo de casarse. Lo que realmente le sorprende es que conociendo su estado no lo haya utilizado como moneda de cambio para obligarla a aceptarlo.

—Toda tú hueles mejor cada día, me

cuesta trabajo alejar mis manos de ti.

—Realmente no haces demasiado esfuerzo. Creo que todos saben que duermes conmigo cada noche.

—No voy a ocultar nada —al hablar le abarca el abdomen con sus grandes manos—. Estoy orgulloso de ti, te quiero, te necesito y si aún no se lo he gritado al mundo es porque estoy esperando a que aceptes mi proposición de matrimonio.

—Lo sabes, ¿verdad?

Las manos del hombre dejan de recorrerle el vientre unos segundos, para mantenerse quietas, mientras le retira el pelo del cuello con la barbilla. Luego aprieta su abdomen con ambas manos, y le deposita un beso en la vena que le

late junto a la garganta.

—Sí, lo sé.

—No cambia nada. No voy a casarme contigo.

Las palabras de la mujer hacen que él se envare, y esta vez se aparta lentamente, mucho más dolido que nunca por el rechazo.

—Prometiste que hablaríamos si había un niño en camino. —Aunque aún no se gira para encararlo, siente cómo su voz se endurece por segundos—. Esto lo cambia todo, he esperado con paciencia, Dolores, pero no voy a permitir que aceptes a ningún otro. No pienses que tu precioso Pedro se quedará con un hijo mío.

—Dije que hablaríamos y eso haremos. —Ella se vuelve para enfrentar el combate cara a cara—. No me voy a casar contigo, y no lo haré tampoco con Pedro ni con ningún otro. Soy una mujer muy rica, tengo a mi padre y tengo a mi abuela, y no necesito depender de ningún hombre; voy a tener a mi hijo y lo voy a criar y educar.

—¿Y yo?, ¿no soy nada para ti? — Hay angustia en su pregunta, tanta que casi llega a engañarla por unos instantes. Luego Dolores se recompone.

—Tú eres y serás su padre siempre. Al fin y al cabo las cosas no cambiarán mucho, vivimos aquí juntos, es casi como si estuviéramos casados, y no te

voy a negar a tu hijo ni tampoco mi cama.

El hombre se aleja unos pasos, para caminar sin rumbo de lado a lado de la habitación, y parece murmurar a la vez que mueve la cabeza negando las palabras de la muchacha.

—Así que soy bueno para darte un hijo y para entretenerte en la cama pero no para ser tu marido. ¿Es eso?, ¿te avergüenzas de mi sangre gitana?

—¡No! —le responde, ofendida por su suposición.

¡Cielos!, lo está haciendo mal, es tan difícil hacerle entender sin confesarle que ella lo sabe todo.

—No, te equivocas, me casaría con Adonaí, con el gitano que conocí, con

los ojos cerrados; ya te dije una vez que te hubiera seguido al infierno si me lo hubieras pedido. Quiero a ese hombre, desde hace años. Es al otro, al doctor, al hacendado, al hombre que conspira con mi propia abuela para obligarme a aceptarle como esposo, al que me ama hasta dejarme embarazada sin tener en cuenta lo que siento, lo que yo misma deseo, es a ese hombre al que rechazo como marido y con el que me negaré a casarme pase lo que pase.

—¡Demonios, lo sabes! —habla, peinando su pelo en un movimiento repetitivo—. Nos has oído ¿verdad?, lo sabes, lo sabes... —Camina inquieto de nuevo— ¿Desde cuándo, Dolores?

—Desde antes de la primera vez.

Él se detiene, moviéndose de improviso para cogerla por los hombros.

—¿Y por qué me has dejado hacerlo?

—Sus dedos aprietan su carne justo por debajo del punto de dolor—. ¿Por qué no me lo has dicho?, teníamos que haber hablado... no, no es lo que crees... yo, yo... ¿No es el momento de decir que te quiero con toda mi alma, verdad? No creerías una palabra de lo que te dijera.

—No —y, mientras contesta, ella no puede evitar soltar una carcajada—. Ni una sola.

—Dolores, ¿te estás riendo de mí?

Su boca se tuerce, vacilando entre la

ira y la risa, para acabar riendo junto a ella durante unos segundos, aún agarrado a sus hombros. Luego, recuperan la compostura para seguir mirándose a los ojos.

—Lo comprendo, yo tampoco me creería si estuviera en tu lugar, pero en realidad eso no importa. —Ahora es ella la que vacila bajo una chispa de furia—. No importa, porque tendré toda una vida para convencerte de lo que siento realmente. ¿Me darás al menos el beneficio de la duda?

—Sí, pero no me voy a casar, te acabo de jurar que...

—Ya lo veremos, acabas de afirmar que no te casarás con el doctor O'Brien, pero que aceptarías a Adonái. —

Silencia sus labios antes de que le replique—. Eso no importa por ahora, tienes que hablar con Luz Bella.

Sin esperar a que tome siquiera una bata, la arrastra hacia el exterior, obligándola a caminar hacia la otra ala de la casa, donde se encuentran las habitaciones de su abuela.

—¿Sabes qué hora es?

Él no le responde, y continúan atravesando los pasillos desiertos.

—Tu padre regresó hoy a casa, no creo que sea un buen momento —insiste ella.

Antes de darse cuenta, los puños de Néstor golpean la puerta de su abuela. Afortunadamente el hombre que abre

está correcta y completamente vestido. Como es su costumbre, apenas habla, limitándose a saludar con la cabeza y decir un escueto:

—Hijos.

—¿Dónde está Luz Bella? —pregunta Adonaí cuando entran, sin esperar a que los inviten.

—¿Ocurre algo, Adonaí? —La voz de Luz llega unos segundos antes de que ella aparezca en la sala de la alcoba. Viene del dormitorio, atándose la bata sobre la cintura—. ¡Ah! ¡Hola, Dolores!, ¿qué ha pasado?

—No se va a casar —Adonaí habla, sin dejar de apretar la mano de la joven.

—¿Y? —Con gesto tranquilo, Luz se recoge los cabellos con una cinta, para

continuar caminando hacia Dolores—. Preferiría que aceptaras, Dolores, supongo que sabrás que sois la comidilla de los criados desde hace meses. Pero, bueno... no soy yo quién para reprocharte nada, al menos mientras tengáis cuidado y no seáis demasiado indiscretos y, por supuesto no te quedes embarazada. Tu padre me mataría si ocurriese antes de una boda.

—Está de más de tres meses. —El rostro de Luz se gira alternativamente de Néstor a Dolores unos instantes—. Y asegura que no se va a casar conmigo.

—¿Es cierto, Dolores? —habla posando sus palmas en el abdomen de la muchacha—. No, no respondas, no es

necesario. Evidentemente lo que había tomado por un aumento de apetito no era tal. —Sus manos suben hasta los pechos; contemplándola ahora con sus ojos, Dolores comprende que ha sido una ilusa pensando que los engañaba; están algo llenos y sobresalen de los límites de la ropa de manera ostentosa, es evidente para cualquiera que la conozca que no se trata de un aumento de peso debido a la comida—. La verdad es que lo sospechaba hace ya tiempo, pero he querido que fueras tú quien confiaras en mí. En fin, hablemos de lo que es ahora importante, ¿por qué no quieres aceptar a mi hijo? ¿Acaso piensas que no es digno de ti?

—No vayas por ese camino, Luz

Bella, no sirve de nada, lo sabe —dice Néstor.

—¿Cómo? —Por primera vez en años, Dolores nota cierta indecisión e incertidumbre en las palabras de su abuela, es la primera vez que algo parece sorprenderla realmente.

—Nos oyó hablar de tus planes hace meses, simplemente se ha dejado llevar hasta este punto para negarnos el triunfo, justo cuando creemos haberlo logrado.

—Realmente eres digna hija de tu madre..., y me temo que a partir de este momento tendré que soportar que me llames abuela, porque no creo que si hubieras salido de mis propias entrañas te parecieras más a mí misma. —Luz

camina hasta sentarse en la cama unos instantes—. No puedo permitirlo.

—¡Me da igual si lo permites o no! — la corta Dolores de improviso—. ¡No me voy a casar! Tal como tú has hecho durante todos estos años, voy a seguir soltera. No dejaré que nadie guíe mi vida ni me obligue a hacer su voluntad.

—Pero, sin embargo, ¿has dejado que él se meta en tu cama? —señala Luz mirando a Néstor.

—Y lo seguiré dejando mientras me apetezca —contesta ella desafiante—. Como tú, tengo al hombre que quiero a mi lado y, como tú, seré la dueña de mi propio patrimonio. —Luego se gira hacia Néstor—. Si lo deseas, seguirás siendo bienvenido en mi alcoba;

además, ya te he asegurado que podrás estar al lado de tu hijo mientras quieras, como su padre con todos los derechos y deberes; pero no te daré el más mínimo poder sobre mi persona o sobre mi herencia.

—¡No puedo permitirlo...! —La muchacha cree que es la primera vez que ha oído gritar a su abuela—. No, Dolores, no puedo hacerlo aunque te comprenda —su voz baja hasta un timbre normal—. Para empezar tu padre me mataría y mataría a mi hijo; pero hay algo mucho más importante que tú, que Adonái y que yo misma, y quizás haya llegado el momento de que lo conozcas. Baja al despacho, Dolores. Isaac, abre

la puerta y llévala dentro —luego, dirigiéndose a Néstor continúa—: Tú, ve al cuarto de tu mujer y trae una bata, vas a conseguir que coja una pulmonía paseándola en camisión con este frío.

En el trayecto hacia el despacho, Isaac casi no ha hablado, pero en contraposición le ha sonreído todo el camino. La belleza madura de su rostro vuelve a agitarle el corazón, comprende que su abuela se apoye en ese hombre para todo lo que hace; refleja bondad, fuerza y seguridad por cada poro de su piel.

—Deberían haberme hecho caso —habla, por fin, cuando entran en la

habitación—. Llevo meses diciéndoles que tienes que saberlo todo, que estarías a su lado.

—No intentes convencerme, tú no, Isaac. Eres de las pocas personas, junto a mi padre, de las que puedo estar segura en este momento. —Se detiene cuando él le posa su amplia mano sobre el hombro.

—No voy a intentar convencerte de nada, solo quiero lo mejor para mi nieto y para la madre de ese nieto; él es quien me preocupa, él y el resto de mi pueblo. Pero tú eres, como tu abuela, una mujer excepcional, y sabrás hacer lo mejor para todos.

—¿Qué tiene que ver tu pueblo aquí?

—Todo, ven, sígueme.

Isaac se sitúa junto al escritorio y empuja parte de la estantería que se apoya en la pared tras el mullido sillón. El mueble cede con facilidad, como si se tratara de una puerta. Tras ella aparece una habitación oculta, que él ilumina encendiendo tres lámparas de aceite.

—Puedes pasar, toma asiento en ese sillón. Te traeré una manta mientras esperamos.

Cuando se marcha en dirección al salón, Dolores puede observar la estancia. Comprueba que realmente se trata de la continuación del despacho, decorada con las mismas estanterías y

muebles de palo de rosa repujado. Hay una gran mesa central sobre la que reposan extendidos varios planos y mapas; ella no alcanza a distinguir qué zona representan, aunque parecen intrincados laberintos. A su espalda, un cuadro del tamaño del de su bisabuelo Manuel representa a un hombre de un aspecto parecido, aunque mayor de los setenta.

—Ese era Arthur, mi abuelo, el hombre que comenzó con todo lo que voy a contarte. —La voz de Luz a sus espaldas la devuelve a la realidad—. ¿Sabes que fue el propio Goya quien pintó este óleo y el de mi padre que está colgado en el despacho?

—¿Son Goyas? —Sorprendida, se

gira hacia su abuela.

—Sí, vivió en el cortijo durante cuatro meses mientras los pintaba, en el 98.

—Este no lo había visto nunca. ¿Por qué esconder una joya así en donde nadie puede verlo? —pregunta.

—Mi abuelo no era un hombre muy agraciado, como puedes comprobar. Consintió que el hombre le hiciera el cuadro porque el maestro se lo pidió él mismo; mi padre decía que don Francisco insistía en que deseaba reflejar la paz interior que emanaba.

—¿Sabes? —pregunta—. Creo que lo consiguió, evidentemente era un hombre anciano, arrugado y como dices no muy

agraciado pero, ¡mira esa mirada!, hace que desees seguir contemplándolo a la espera de que empiece a hablar. —La mano derecha de la joven se adelanta para tocar con la punta de los dedos el lienzo, solo alcanza a la zona más baja, el lugar donde ahora descubre la firma del pintor—. ¿Lo llegaste a conocer?

—Sí, por desgracia murió cuando yo tenía solo seis años. Era un gran narrador de cuentos. —La puerta a sus espaldas se abre con suavidad—. Pasa, Adonái —habla hacia el hombre, que permanece observándolas en el marco de entrada.

Él se acerca, ayudando a Dolores a levantarse y ponerse la bata que le ha traído. Luego la aproxima a la enorme

mesa, haciendo que se siente en uno de los altos bancos que hay a su alrededor, y se queda tras de ella, dejando que se recline sobre él, apoyando la espalda sobre su pecho. Luz ocupa el otro extremo, y espera unos instantes a que Isaac regrese.

Cuando el hombre llega, Dolores le agradece con una sonrisa la pequeña manta de viaje que le entrega a Néstor para que le cubra los hombros; la noche promete ser fría, larga y reveladora.

—Deja que asimile lo que acabo de oír; entonces: ¿vosotros y vuestro clan sois descendientes directos del pueblo Tartesio? ¿Y habéis habitado este lugar durante milenios? —habla mirando a

Isaac, sentado al otro lado de la mesa. Dolores es consciente de que si hay alguien en esa habitación capaz de decirle la verdad es él—. ¿Seguro que no estáis contándome otro cuento?

Por unos segundos el silencio reina en la habitación. Lleva una hora oyendo sin interrupción todo lo que ha contado su abuela; supone que la boca se le ha ido abriendo involuntariamente de forma paulatina.

—¿Y qué hay de esos otros clanes gitanos que andan por el mundo?

Busca cualquier resquicio que pueda encontrar en la irreal historia que acaba de oír. En un gesto nervioso, coloca la palma de la mano derecha sobre el tablero del mueble que los separa.

—No lo sé —responde Isaac—. Tal vez no tengamos ningún origen común. Hay algunas semejanzas en nuestra forma de hablar, en cómo vemos y vivimos la vida, pero puede que no sea más que una adaptación a sus costumbres tras siglos de relacionarnos. Mi bisabuelo insistía en que debíamos tomar pareja solo entre nosotros mismos o entre los clanes gitanos que llegaran a los alrededores, y evitáramos a los payos; mi propia bisabuela procedía de un clan del norte de España. Puede que mis antepasados reconocieran en los gitanos a sus iguales, o simplemente buscaban sangre nueva, pero diferente a la de los payos, para mantener sanos a

las próximas generaciones. Hubiéramos tenido que acabar apareándonos entre hermanos si la religión o la tradición nos hubieran obligado a permanecer puros. Así que ya ves: ¿siempre hemos sido gitanos? ¿O hemos acabado siéndolo en un afán de perpetuidad? Ciertamente no lo sé. —Agita la cabeza antes de volver a mirarla mientras atrapa sus dedos por encima de la mesa —. Solo te puedo decir que yo, los míos y todos los que han recordado mis antepasados durante generaciones, siempre hemos estado aquí, en apenas cuatro días de camino a la redonda. Moviéndonos continuamente a capricho de las aguas del Atlántico y el Guadalquivir. Reconstruyendo nuestras

ciudades a la espera de que un enemigo, una riada, un terremoto o el simple movimiento lento, pero inexorable, de una duna, nos obligara a marchar de nuevo. En algún momento de hace miles de años, perdimos nuestra historia y la capacidad de escribir la lengua de nuestros ancestros; puede que en ese mismo instante decidiéramos hacernos nómadas, dejar de erigir urbes. Solo la tradición oral nos ha permitido conocer nuestros orígenes. Unas raíces que aprendimos a ocultar al resto de civilizaciones que han ido llegando en oleadas, una tras otra; la mayoría eran saqueadores en busca de los legendarios tesoros de Tartesos. De todas ellas

hemos adquirido algo; una muestra que nos ha convertido, para bien o para mal, en lo que somos ahora. Cada nueva invasión, cada nueva civilización que ha llegado a esta tierra ha socavado a nuestro pueblo, haciendo que sus hijos se vayan desperdigando poco a poco — suspira, y aprieta su agarre, obligándola a desplazar la mirada desde los dedos enlazados hacia sus ojos—. No sé de dónde han salido todos esos otros clanes gitanos, la mayoría de las veces creo que en el fondo no tenemos nada en común; no sé si algún día pertenecieron a nuestro pueblo; tan solo conocemos a aquellos que recuerdan nuestros abuelos, nuestros bisabuelos si apuramos mucho; el resto se pierde en la

bruma del tiempo. Muchos se fueron, nadie puede reprocharles que hayan intentado buscar lugares menos agresivos.

—¿Y el futuro de todas esas personas depende de mí?, ¿eso es lo que tratáis de decirme? —mientras habla, Dolores gira la cabeza hacia su abuela soltando la mano de Isaac—. ¿Que no puedo decidir con quién sí o con quién no me caso porque estoy obligada moralmente a cumplir con lo que juraste a tú padre?

Sus palabras no descienden en dureza, aun cuando nota cómo los dedos de Néstor, aferrados a sus hombros, se tensan sobre su piel. Hace media hora que él tomó un banco para sentarse a sus

espaldas y hacer que se reclinara sobre su pecho; luego, los envolvió a ambos con la manta que trajo su padre.

—No, solo te cuento la verdad. No te puedo obligar, como bien sabes; conociéndote sospecho que tu padre tampoco conseguiría imponerte su voluntad. Tú decides qué quieres hacer con lo que has oído —luz se ha levantado de su asiento mientras le contesta.

—Son más de cien personas, Luz, cien seres humanos que dependen de mí.

—Sí, el grupo ha crecido; hemos conseguido encontrar a parte de las familias que habían ido marchándose durante los años más duros de este siglo, y algunos han regresado. Y dependen de

ti ahora; como antes han dependido de mí y de cada uno de los O'Brien que han vivido en esta tierra. La pregunta es si aceptarás esa responsabilidad.

—Y, ¿de verdad creéis que conseguiremos que sigan aquí?, ¿que todo continuará igual por un milenio más? ¿Pensáis que no los encontrará alguien más e intentará echarlos o algo peor? —La fuerza de su discurso hace que quiera retirar la manta que descansa sobre sus hombros, empieza a notar calor mientras habla—. Las he visto, ¿sabéis? He visto las ruinas, y supongo que habrá muchas más en el fondo de las charcas y lagunas, bajo las dunas... ¿Pretendéis que nadie escarbe? ¿Cómo

pensáis evitar que no entren miles de buscadores de antigüedades y tesoros? ¿Ganamos algo con todo esto?

—Tiempo, al menos... —La voz de Néstor la hace estremecerse por unos momentos, lleva casi todo el tiempo en silencio dejando que sus padres hablen —. Los hombres de Madrid están esperando nuestra firma. Han preparado los papeles que presentarán al gobierno; una propuesta de cesión de una gran parte de nuestras tierras para uso como zona protegida y aislada; no pertenecerá a un solo hombre, sino a la totalidad, con el compromiso de que dejarán que mi pueblo vele por mantener las marismas y dunas como hasta ahora. Solo nos permitirán cazar para

sobrevivir, y criar caballos y un número limitado de reses; ningún español tendrá poder sobre las tierras, a menos que se produzca un delito especialmente grave. Gracias a uno de mis profesores de la universidad, el catedrático Antonio Machado y a su trabajo sobre la fauna de la zona, hemos disfrazado la propuesta como protección de una zona con gran variedad de animales; eso bastará por el momento durante algunos años. La próxima generación de O'Brien, tal vez nuestro propio hijo, se encargará de que de una forma u otra la promesa hecha al pueblo se prorrogue en el tiempo, y de que el secreto de su existencia quede protegido.

—Y si ya está arreglado, ¿para qué me queréis? ¿Por qué esa prisa ahora? —lo interroga.

—Es una región muy extensa la que queremos ceder. Estamos pendientes de comprar la parte que pertenece a los duques de Medina Sidonia, pero será solo cuestión de tiempo que lo hagamos; de todas formas, esos son los terrenos más externos y que menos nos preocupan. Mi familia ha ido comprando todo el resto de la zona, pero parte del terreno más importante pertenece a Aguastempladas, y tú eres la heredera; necesitan tu consentimiento y el de tu marido. El gobierno puede cambiar en pocos meses y no podemos permitirnos

el lujo de perder mucho tiempo o arriesgarnos a que los siguientes no estén de acuerdo o sospechen que haya algo más que hermosas aves, ciervos y linceos en esas marismas y sierras.

—¿Algo como el tesoro de los O'Brien? —apuntilla.

—No, querida, el tesoro de los O'Brien es el pueblo, los últimos descendientes de los tartesios, ese grupo especial que conserva la herencia de una raza milenaria que no podemos dejar que sucumba; tú te refieres al problema de los O'Brien, lo que nos ha mantenido sin dormir durante generaciones — contesta sonriente su abuela.

—Solo a ti se te ocurriría llamar problema a algo como lo que me has

contado.

—Ya me darás la razón cuando trates por todos los medios humanos de ocultarlo a los ojos del mundo. — Poniéndose de pie, parece dar por finalizada la charla—. Ahora dime, ¿te casarás con mi hijo?

—Me casaré con Adonaí... —abdicaba finalmente. Nota como él la abraza desde atrás antes de oír su próxima frase — pero él no podrá tocar una sola moneda de mi...

—¡No seas ilusa! —la corta de improviso Luz—. Los O'Brien son cien veces más ricos que los García, él no necesita tu dinero.

—Pero yo sí, abuela —la interrumpe

a su vez, levantándose de su asiento—. Yo sí necesito mi dinero y mi libertad; me voy a casar pero será una ceremonia gitana, no pienso someterme a una boda en Sanlúcar.

—Muy bien, hija. Tendrás tu ceremonia, aunque será tartesia, no gitana; pero habrá también boda católica o el matrimonio no será válido ante los hombres de Madrid. —Dolores se yergue un poco con intención de protestar, pero es silenciada de nuevo por el gesto y la voz de su abuela—. No gruñas, haré que él renuncie por escrito a todo tu patrimonio, a todo lo que quieras, y la boda será aquí, en la capilla, solo ante nosotros y los criados para que den fe como testigos. Luego

haremos que la fecha se adelante un par de meses, para evitar habladurías en la ciudad debido a tu estado. —Antes de que pueda expresar con palabras lo que piensa de las habladurías, su abuela vuelve a cortar el intento—. Ya lo sé, pero tu padre estará más contento y mi hijo será menos golpeado cuando Alfonso se entere.

—¿Y tú no dices nada? —interroga Dolores, girándose hacia el hombre que ha permanecido en silencio a sus espaldas—. ¿Estás dispuesto a firmar todo, tal y como ella dice?

—Aunque te cueste creerlo, sí, haré todo lo que ella me diga... todo lo que tú digas —rectifica antes de que una

palabra de ira salga de los labios de Dolores—. En realidad prefiero que discutáis entre vosotras cuanto queráis y solo me comunicéis finalmente lo que se espera de mí, no soy tan iluso como para intentar mediar entre dos mujeres O'Brien.

—Recuerda que yo no soy una O'Brien, soy García —le asegura, renegando de su segundo apellido.

—Aún no, querida, aún no —la corta él con una sonrisa elocuente.

*Campamento del pueblo, 6 de enero,
día de Reyes, 1868 (hoy)*

A horcajadas, subida a lomos de una

hermosa yegua blanca, engalanada con una manta multicolor que ha sido tejida por todas y cada una de las mujeres casadas del pueblo, Dolores cabalga hacia el árbol más longevo del campamento. Apoya un brazo sobre su vientre, algo hinchado por los más de cuatro meses de embarazo, mientras con la otra mano sujeta las riendas de su montura.

Como manda la tradición tartesia, la ceremonia se inicia justo en el instante en el que el sol se oculta en el horizonte, tiñendo de naranja las arenas de las dunas que tienen a la derecha. Una pequeña procesión la sigue, encabezada por su padre y diez de los parientes

masculinos de Néstor, actuando de guardia de honor de la novia a desposar.

Dolores se entretiene observando los intrincados motivos florales que las mujeres han dibujado sobre su piel, en manos y antebrazos, a modo de hermosos tatuajes temporales.

Viste un ligero vestido de piel de corzo, finamente curtido hasta hacerlo tan suave al tacto como la seda, y decorado con cuentas de cristal y conos de metal. El viento de levante agita la capa corta de piel de nutria, teñida de añil y engalanada con plumas de paloma blanca, que lleva sobre los hombros.

Su pelo, recogido en una trenza suelta sobre el hombro derecho, se adorna con un tocado de oro y cuentas azules que

descansan sobre la frente; se trata de la dote ofrecida por el abuelo de su futuro marido en nombre de su pueblo. Sobre el cuello, una elaborada banda de una pulgada de ancho, tejida en coloridos motivos geométricos, es el único collar que luce. No lleva pendientes, ni pulseras, y sus pies permanecen descalzos.

Cuando se acerca al grupo reunido bajo el viejo tronco del acebuche, solo el sonido de los cascos lentos y pesados de los caballos que la acompañan y el movimiento de los adornos de su tocado de piedras rompen el silencio del valle en el que se encuentran. Respira profundamente cuando alcanza a ver la

figura alta de Néstor flanqueada por Luz y varias mujeres de su familia, incluida su anciana abuela.

Su propia abuela la sorprende gratamente vistiéndola un traje tartesio ceremonial y luciendo, al igual que ella misma, una trenza.

Entre ambas mujeres mayores, la imponente presencia de Néstor brilla; él está vestido con un hermoso atuendo de piel de ternera decorada con fieltro, abalorios de cristal y trenzado en crin de caballo; su cabeza está cubierta con un tocado de tela azul cobalto con forma de nemes egipcio, cubriéndole la totalidad de la cabeza y cayendo verticalmente por detrás de las orejas para amarrarse con un nudo cerca de la nuca, un tocado

que proclama su condición como nieto del jefe y refleja su regreso al pueblo del que un día fue expulsado. Calza botas atadas de piel, y sus piernas se mueven rápido para alcanzar el caballo de la muchacha, bajarla y cargarla entre sus brazos cuando llega a menos de cinco varas de distancia del tronco del árbol.

—Ya sabes que serían las mujeres de mi familia las que te harían bajar sobre una alfombra y te llevarían al interior de un chozo ceremonial, para confirmar que recibo a una virgen como esposa. —Él sonríe mientras la traslada hacia el lugar donde los esperan las mujeres, y donde su abuelo acaba de aparecer seguido de

Isaac, ahora en calidad de sanador más anciano—. Aunque creo que en tu estado vamos a saltarnos ese paso, pero no te apures por eso, tu vientre hinchado es un motivo de orgullo para un guerrero Tartesio como yo, demuestra tu capacidad para darme hijos, tomándote en brazos confirmo que es mi simiente la que llevas.

—Pues tu simiente te va a hacer sudar, no estoy precisamente ligera de peso.

—Tal vez si no te hubieras resistido tantos meses... Ahora callemos, ya hablaremos después de la ceremonia.

Por desgracia, ese pequeño momento de relajación no consigue apartar del todo el temor que siente Dolores. Pronto

perderá su independencia, dejará de ser una única persona para pasar a ser dos y muy pronto tres. Compartirá el resto de toda una vida: alma, mente y cuerpo.

Y no puede evitar seguir teniendo la sensación de que existen más cosas que continúan permaneciendo ocultas a su vista y oídos.

Mueve la cabeza hasta enterrar el rostro en el cuello de Néstor y absorber su familiar olor a limpio, esforzándose en superar los temores que la oprimen y no le permiten disfrutar libremente del momento.

En sus brazos, junto al tronco del árbol que más inviernos ha visto en esta inmensa naturaleza que los rodea, y con

los restos del pueblo que un día reinó en el mundo reunidos a sus espaldas, oye el canto del curandero al que pronto llamará padre.

Más de veinte antorchas y una pira se encargan de dar luz a este día que empieza a morir a pasos agigantados, mientras la canción surge de los labios del hombre. Poco a poco, el humo de las hierbas que se consumen sobre la hoguera invade el ambiente. Un olor dulce que envuelve la escena en un halo de irrealidad.

Deseosa de desprenderse de parte del nerviosismo que la asalta, Dolores se aprieta sobre el pecho de Néstor y respira hondo; pronto, tal como le había advertido él, las propiedades calmantes

de las plantas incineradas penetran en sus pulmones y poco a poco en sus pensamientos, calmando en parte la ansiedad y cualquier resquicio de miedo que pudiera aún conservar.

Su abuela observa, orgullosa, al fuerte gitano que reza en romaní. Dolores no es capaz de entender ni una palabra, pero el sonido la atrapa cuando contempla el rostro de la mujer, hoy más blanco y puro que nunca, ya que no ha utilizado ningún tipo de polvos o aceites. Luego, la mirada de Luz se cruza con la de Dolores, para acabar posándose sobre su hijo.

La muchacha gira el rostro para contemplar lo que sus ojos miran con

tanto interés. La barbilla erguida, el cuerpo firme y los ojos de Néstor, fijos sobre su padre, reflejan el respeto que siente por la ceremonia. A pesar de ocupar casi el mismo espacio que ella, el hombre parece tan remoto y distante, tan inmerso en la profundidad del rito que los rodea, que ella necesita tocar su antebrazo para sentir que sigue a su lado.

Isaac abandona su bastón de curandero para tomar el tocado y el cayado de guerrero y ceder el sitio frente a la pareja a su propio padre. Joshua, sostenido con dificultad sobre sus débiles piernas de más de ochenta años, comienza a recitar las palabras sagradas que los unirán en matrimonio,

para siempre, ante los cielos y los hombres. Néstor repite las palabras de unión, palabras que ella no conoce pero entiende de forma elemental en su enorme significado, produciendo una súbita punzada de duda que desaparece inmediatamente cuando sus brazos la aferran por unos segundos de manera más enérgica. A pesar de ser palabras indescifrables, jamás ha oído una voz más hermosa pronunciando unos votos sagrados.

Embriagada, contempla al orgulloso guerrero que se entrega a ella para toda la eternidad. En un sueño, como si las palabras no salieran de sus propios labios, Dolores pronuncia sus propios

votos, recitando la promesa que ha memorizado, convirtiéndose en la esposa, la hija y la nieta que sus familiares han ansiado desde hace tantos años. Los ojos de Néstor reflejan las llamas de la hoguera cuando levanta el rostro tras decir la última promesa.

La Luna, llena, inmensa y blanca saluda esa unión.

Capítulo 21

La damisela en apuros

*Madrid, Palacio Real, abril de 1868
(hoy)*

Isabel vuelve a estar reclinada en el mismo diván, con la misma languidez de la última vez, aunque en esa ocasión, y Néstor da gracias a los cielos por ello, viste decentemente, como corresponde a una reina y a una mujer casi entrada en

los cuarenta. Su rostro también es serio y circunspecto, nada que ver con la juguetona mujer que conoció meses atrás.

Sobre el brazo derecho, el crespón negro delata el luto por el reciente fallecimiento del presidente del Consejo de Ministros, Narváez, el hombre que ha estado manejando el país con mano firme, haciendo uso cuando fue necesario de la represión de cualquier manifestación subversiva, en todas y cada una de las siete veces que de manera discontinua ostentó el cargo. Un hombre que se ha llevado consigo el último bastión del trono y la solución militar, que hasta ahora ha contenido, a duras penas, la desintegración de la

precaria monarquía.

—¡Doctor! —Un amago de sonrisa acude al rostro de la soberana—. Gracias a los cielos, hay una alegría en esta triste vida que me toca.

—¿Triste? —mientras habla, Néstor se inclina para besar la mano que ella le tiende—. Sé de muchas mujeres que querrían ser tratadas como su majestad, mi señora.

—A cuerpo de reina, como dicen. Siéntese, y no crea lo que cuentan, mi vida no es ni ha sido nunca un cuento de hadas.

—¡Déjela, entonces! —
Inmediatamente, el joven se arrepiente de su excesiva sinceridad.

—¡Ah, muchacho!, es afortunado de estar ante mí y no ante mi bisabuelo o tatarabuelo, ninguno de ellos le hubiera permitido salir de este palacio con la cabeza sobre los hombros después de ese insulto.

—¿Un insulto, majestad?, más bien es un consejo. —Siguiendo las indicaciones de la mujer, se sienta en la silla de brazos que el sirviente ha acercado—. Mi señora sabe tan bien como yo que muchos le piden que abandone la corona, si como muestran sus palabras no es de su agrado, es el momento de hacerlo.

—Ser reina es un deber y un derecho divino, no voy a renunciar a lo que me

pertenece.

—No reniegue entonces de su suerte, ya que la abraza con tanto ahínco.

—Dígame, doctor, ¿se atreve a hablarme así porque es guapo y yo soy una mujer, o porque es rico y soy una reina arruinada? —La mujer se yergue en el asiento.

—Me atrevo porque es la realidad y es lo que mi señora piensa. ¿Acaso prefiere que le mienta? Pensé que me había traído para oír realidades. No me gusta curar con placebos, las heridas abiertas se tratan con fuego y alcohol, la pesadez de estómago con magnesia efervescente y los regímenes agonizantes con la verdad.

—Es cierto, quiero la verdad, ya

tengo demasiados a mi alrededor que se limitan a decirme lo que deseo oír. ¿Qué opina del nuevo presidente?

—¿González Bravo? —Néstor se endereza ante la pregunta directa y ante el nombre—. No tengo gratos recuerdos de su persona. Debo informarle que estuve muy cerca durante los sucesos de la noche de San Daniel, y que conocía a varias de las personas que sufrieron la respuesta de mano dura de ese hombre a una simple manifestación estudiantil pacífica.

—¿Así que no es santo de su devoción?

—¿Santo?, me temo que confunde el adjetivo. En mi opinión su majestad se

ha equivocado, ese hombre ni siquiera es militar y carece del carisma del que Narváez gozaba en las filas del ejército. Si mi señora quería que el ejército la abandonara, el nombramiento del nuevo presidente será la acción definitiva.

—No permitiré que se le vayan las cosas de las manos como ocurrió en aquella ocasión, yo...

—Permita que discrepe, la situación está al borde del caos, señora. Los altos mandos militares no tolerarán que un civil controle el país sin tenerlos en cuenta.

—Enviaré al exilio a quien se atreva a cuestionar la corona y a mí misma como soberana.

—Pues asegúrese de que no vuelvan,

porque si lo hacen no darán un paso atrás.

—¿Me amenaza? —La reina hace el gesto de levantarse del diván.

—¿Vuelve a pedirme que le mienta? —pregunta el médico, sin mudar el gesto de tranquilidad.

—No acabo de ver en usted un amigo o un traidor a la corona, y eso me desagrada.

—¿Prefiere que hablemos de cómo está ese juanete que la atormenta tanto o más que sus súbditos?

—¿También curará mis heridas si mis enemigos pretenden acabar conmigo?

—Procuro tratar a mis pacientes hasta las últimas consecuencias, siempre que

ellos sigan mis indicaciones, ¿lo hará su alteza? Si me obedece, le aseguro que usted y su familia tendrán todo lo que precisen mientras yo siga viviendo.

—De acuerdo, pero le advierto que odio el sabor de la magnesia efervescente. —Acaba ella con cierto humor.

—Nunca esperé una paciente dócil cuando acudí a palacio.

—Estupendo, porque no lo soy en modo alguno.

*Pradobajo, finales de abril de 1868
(hoy)*

Luz había profetizado el desastre. Le

había prohibido, casi terminantemente, que viajara en coche hasta Sanlúcar.

La excusa de Dolores para ir era realizar las compras de última hora antes de la llegada del bebé; la verdad es que necesita salir de la jaula de oro en la que la han encerrado desde hace tres meses. El tamaño de su vientre y el duro viaje son solo algunos de los motivos que argumentó Luz intentando disuadirla de la idea. Dolores aún recuerda sus palabras airadas y cada uno de sus sermones le resuenan en la cabeza.

—Si quieres comprar, puedes enviar a cualquiera de las muchachas. Encárgales cuanto quieras, pide una

pieza de cada color si no estás segura del que prefieres, gasta sin miramientos mi dinero y el de mi hijo, pero en los tiempos que estamos una mujer embarazada de casi ocho meses no puede ir de aquí para allá, y menos aún sin el permiso o la escolta de su marido.

Está claro que debió oír a su abuela.

Pero no es una mujer fácil de convencer cuando algo se le mete en la cabeza, y bien que lo saben Luz Bella y Néstor. Ha intentado hacerlos entrar en razón a ambos y cuando todos los argumentos han fracasado simplemente ha permitido que el tiempo corra a su favor; ha aguardado hasta el día en que él ha marchado en su último viaje hasta Madrid para recuperar las pertenencias

que aún le quedan en la casa que ha ocupado durante los últimos años y firmar los papeles de su venta. En el caso de Luz Bella, simplemente se ha limitado a soportar sus chillidos mientras ella salía acompañada de su capataz y hombre de confianza, Luis Marín, como única concesión a sus demandas; perfecta conocedora de que su abuela no goza de la fuerza suficiente para tomarla en volandas y encerrarla en su habitación, como está segura, si hubiera estado en el cortijo, habría hecho sin miramientos Néstor.

—Si me permite decirlo, señora, no debería haber insistido en viajar. —
Lupe, su joven criada, repite por cuarta

vez desde que han salido del cortijo las mismas palabras.

Muy a su pesar, y aunque vuelva a mandarla callar de forma despectiva, ha de confesar que tiene razón. El camino está inusualmente cubierto de piedras que hacen dar saltos continuos a las ruedas del coche, saltos que a su vez siente en cada uno de los músculos de sus piernas y espalda clavados como alfileres.

—Su esposo se enfadará mucho cuando descubra que ha insistido en el viaje. —Con aire soñador, se aproxima al oído de Dolores, evitando que el grueso capataz, sentado ocupando la totalidad del asiento frente al suyo, pueda oírla—. Es todo un caballero,

mucho más educado y civilizado que cualquier otro hombre que yo haya visto, y la quiere con locura, si yo tuviera un hombre así a mis pies me aseguraría de no causarle el menor disgusto. —La joven posa su mano derecha sobre el vientre hinchado—. Y por lo rápido que ha crecido esta parte de su cuerpo, debe ser una delicia compartir su cama, hágame caso señora, no le dé ningún motivo de enfado.

—Quizás lo prefiera algo disgustado, ¿no crees? —Lupe le sonrío, intentando disimular una carcajada.

—No lo dudo, señora, ese lado salvaje del doctor debe ser irresistible.

Luego Dolores cae dormida presa del

cansancio y el sopor del viaje.

La ha despertado el traqueteo acelerado de las ruedas del coche y el grito de agudo terror de Lupe.

—¡Bandoleros! —oye que la muchacha chilla de nuevo, mientras ella intenta despejar el sueño de su mente embotada—. ¡Protégenos, Dios bendito!

Con la conciencia casi recuperada, Dolores se yergue en el asiento para alcanzar la cortina de la ventana lateral, retirándola levemente para observar el exterior.

El día ha llegado a su cenit mientras dormía. La amplia y plana campiña ha dado lugar a una zona más abrupta,

rodeada a intervalos de grupos de arbustos y árboles pequeños.

Por unos instantes no consigue ver nada, aparte del camino y el polvo que levantan sus propios caballos. Luego agudiza la vista, y ve cómo el terreno se desdobra en dos niveles: sobre el lateral del camino un segundo carril conduce a un grupo de hombres a caballo en una línea que a cada paso se acerca más a la dirección que llevan ellos mismos, hasta un punto en el que irremediablemente sus caminos se cruzarán en los próximos minutos.

Anselmo, el viejo cochero, se esfuerza en azuzar a los caballos hasta el máximo de sus posibilidades; los

viajeros se limitan a aferrarse a las correas que cuelgan desde el techo del coche, sin poder evitar que el movimiento los haga golpearse de uno a otro lado del asiento. Dolores supone que el hombre no puede usar su escopeta al mismo tiempo que intenta que el carruaje no vuelque; y Luis no puede hacer otra cosa que sujetar su voluminosa humanidad para no aplastar como cucarachas a las mujeres en el reducido espacio de la cabina.

Oyen cómo el conductor fustiga con el látigo una y otra vez, gritando a los caballos, para exigirles la máxima velocidad posible; la cabina se sacude y balancea a cada leve desnivel del camino.

Sujetándose sobre el hombro de Lupe, Dolores intenta evaluar a los atacantes. Se aproximan desde tres frentes, en grupos de dos o tres jinetes y, a juzgar por sus ropas y gritos, son evidentemente un puñado de bandidos gitanos. La certeza de ello hace que la muchacha empiece a temblar, como no recordaba haberlo hecho desde que fue testigo del ataque a la caravana y el asesinato de la mujer pelirroja. Aunque aún están demasiado lejos para distinguir sus rostros, intenta desesperadamente asegurarse de que ninguno porta un lazo negro en sus brazos o escopetas.

—¡Detenga el coche, Anselmo! —

grita por fin Luis, dirigiéndose al cochero a través de la pequeña ventana que comunica la cabina con el pescante —. No tenga miedo, señora, no creo que sean más que simples salteadores en busca de dinero fácil, no llevan lazos negros; les entregaremos lo que quieren y luego daremos la vuelta hacia el cortijo, me temo que su abuela tenía razón al no dejarla marchar.

—¡Pero la barca de Sanlúcar no puede estar a más de media hora de viaje! —le grita a su vez Dolores, porque parte de ella mantiene el miedo a que esté equivocado y aquellos sean realmente hombres de Cayetano el Negro—. Si seguimos la marcha encontraremos más viajeros en el

camino, o tal vez no se atrevan a acercarse tanto a la ciudad... —Lo toma del codo, intentando insistir en que no paren.

—No podemos arriesgarnos a tumbar el carruaje en su estado, de hecho creo que ni siquiera debería haber viajado. El doctor me matará si no vuelve de una sola pieza usted o el pequeño.

—¡Padre misericordioso que estás en los cielos! —exclama Lupe cuando notan cómo el coche empieza a detener su camino—. ¡Dios del cielo, protégenos de todo...!

—¡Calla de una vez! Un buen par de pistolas cargadas es lo que necesitamos, no esas absurdas oraciones —habla

Dolores, mientras a duras penas se inclina sobre el abdomen intentando alcanzar el compartimento, oculto bajo el asiento, donde sabe que Néstor guarda las armas—. ¡Ayúdame, Lupe!, ¿no ves que estoy tan enorme que casi no puedo verme los pies? —El grito parece hacer que Lupe reaccione por unos instantes.

—¡Oh, señora!, ¿no pretenderá que nos enfrentemos a esos brutos?

—¿No pretenderás que deje que nos violen y maten sin mover un dedo?

—Me temo que Lupe tiene razón, señora O'Brien. —La gruesa mano de Luis detiene las infructuosas tentativas de Dolores por alcanzar la puerta del compartimento—. No somos rivales

para ocho hombres y solo vamos a conseguir que nos maten a Anselmo y a mí, y que ustedes dos salgan heridas; debemos dejar que se acerquen y darles por las buenas lo que soliciten.

—¿Y si son hombres de Cayetano el Negro? ¿Les dejaremos que nos tomen desarmados? —pregunta, todavía moviendo con ansiedad las manos bajo su falda en un intento inútil de alcanzar las pistolas.

Él se gira lentamente hacia la ventana, recorre con la mirada a los hombres armados, que cada vez están más cerca.

—No puedo hacer otra cosa, confíe en mí, señora, no son gitanos de Cayetano el Negro y no desean más que

nuestro dinero y sus joyas.

El carruaje poco a poco pierde velocidad hasta frenar. El chillido estridente de los asaltantes llega hasta los oídos de Dolores, haciéndola temblar sin poder contenerse. Desarmada, sin ayuda de los que la acompañan, y tan torpe como una anciana, observa cómo los rodean.

En ese momento, mirando de frente sus peores alucinaciones, su sueño de una vida feliz junto a su hijo no nacido y Néstor se está convirtiendo en una pesadilla.

—¡Bajemos, señoras! —las insta Luis cuando la mano sucia de uno de los gitanos abre la portezuela del coche para retirarse inmediatamente hacia

atrás dejándoles la salida libre—. Ya verá como no nos hacen nada en cuanto se den cuenta de que no somos más que dos hombres desarmados y dos mujeres; su estado seguro que es una ventaja adicional.

Prácticamente en volandas, Dolores nota cómo, sujetándola cada uno por sendos brazos, Luis y Lupe la hacen levantarse del asiento y bajar el primer escalón. El gesto tranquilizador que le dedica la cabeza rubicunda del capataz apenas es suficiente para evitar que ella tropiece con el segundo peldaño.

El alarido de Lupe cuando uno de los asaltantes la sujeta sin contemplaciones por el pelo hasta obligarla a arrodillarse

frente a él, mientras dos más golpean en la cabeza y el estómago de Luis haciendo que pierda el sentido, convencen a Dolores sin lugar a dudas de que ha cometido el mayor error de lo que parece será su corta vida.

Debatiéndose salvajemente con el hombre que se le acerca pretendiendo sujetarle el brazo, estira el cuello con la intención de comprobar si el cochero aún sigue con vida. Desafortunadamente, solo logra ver a Anselmo luchando vigorosamente pese a su edad con tres de los atacantes, para finalmente terminar siendo llevado a rastras hacia el lateral del camino, donde su cuerpo inconsciente es lanzado sin miramientos.

—No quiero que le hagan daño a la

señora. —La voz serena, de acento dulzón y asquerosamente conocida de Marcus Dubois sorprende desagradablemente a Dolores, aunque la mano que la sujeta la libere ante su demanda—. Al fin y al cabo somos familia, ¿no es cierto, querida?

—¿Familia?, no creo, las serpientes venenosas nunca han aparecido en mi árbol genealógico —lo corrige, mientras golpea con desprecio el brazo del hombre que vuelve a intentar sujetarla, esta vez con más delicadeza, acatando las órdenes del hombre que, a juzgar por la escena que se desarrolla ante ella, parece haber orquestado todo el ataque.

—Me temo que tendrás que repasar

tus notas, querida, al parecer la abuela Luz no te ha informado de quién es tu querido abuelito.

Una aguda tensión se apodera del estómago de la muchacha, encogiéndolo. Intenta asimilar sus palabras de la forma más serena posible, a la espera de que el hombre que la observa, y ha declarado ser su abuelo, descubra cuáles son sus cartas y qué pretende con ese asalto.

Momentáneamente olvidada por Marcus, ella se dedica a observar a los supuestos gitanos que los han atacado. Cuenta tan solo tres que podrían llegar a ser realmente romaníes, aunque es difícil distinguirlos bajo las capas de suciedad que portan sus cuerpos. El

resto son claramente españoles, y un par de hombres burdamente disfrazados para engañar a quien los observe desde lejos. Parecen algo agitados cuando han descubierto su identidad, y ha visto a un par de ellos susurrando a la vez que le dirigían descaradas miradas.

—¿Me habéis reconocido, verdad? — les grita ella—. Vais a morir si me tocáis un solo pelo. ¡La Roja os hará colgar de las pelotas, imbéciles! ¡Mi marido os sacará los intestinos, pulgada a pulgada, mientras aún respiráis, y luego os dejará morir lentamente, contemplando vuestras propias entrañas!

—¡Calla!

Antes de darle tiempo a reaccionar, el

puño cerrado de Marcus golpea la mandíbula de Dolores con la fuerza de la rabia contenida, haciéndola caer de costado sobre el duro suelo. En un movimiento instintivo ella consigue reducir el impacto extendiendo los brazos, evitando el golpe sobre el abdomen, aunque desgarrándole la piel de las palmas de las manos.

Aún asombrada de que le haya golpeado tan duramente, intenta sentarse para poder mirarle a los ojos.

—A ti... —habla, escupiendo la sangre que le inunda la boca desde el labio superior agrietado— a ti seré yo misma quien te destripe, abuelo. —Si las palabras tuvieran el poder de quemar, el odio concentrado en las

suyas debería ser suficiente para arrasar toda Andalucía.

—¡Vámonos! —grita Marcus a los hombres que se han detenido para contemplarlos—. No os pago para ver el espectáculo, todos moriremos alguna vez, y no creo que ninguno de vosotros sea tan afortunado para hacerlo en su propia cama.

La risa se propaga entre los supuestos gitanos con fingida diversión cuando el anciano habla. Ninguno va a demostrar que las palabras de Dolores le han causado el menor miedo, aunque ella es consciente de que no dormirán en los próximos días.

Marcus se acerca hasta acucillarse

frente a la mujer, ella supone que para inspeccionar el daño que le ha producido en el rostro. Contiene la respiración al percibir que él alarga una mano delgada, blanca y fría, para tomarla de la barbilla.

—No soy un animal, Dolores. —La examina, su tacto es asquerosamente suave, casi tierno, igual que sus palabras —. No me han dejado otra salida, pero no voy a volver a golpearte. Sé que has oído muchas cosas desagradables de mí, pero no te tocaré, y eso me supondrá un verdadero esfuerzo, ya sabes que eres una cosa realmente hermosa... —Le acaricia el mentón, descendiendo los dedos apergaminados hasta el comienzo del cuello— incluso inflada como un

globo y... —Acercándose a su oído le susurra su última amenaza— no voy a entregarte a esos zarrapastrosos, aunque alguno te cambiaría por todo el dinero que les he prometido. Ya ves, el abuelo no es tan malo como te lo habían pintado...

De una patada sobre su espinilla derecha, Dolores lo hace caer de espaldas, para alejarse arrastrándose hacia atrás sobre la falda y las manos heridas.

El sonido de su carcajada seca reverbera en la campiña cuando él se levanta sujetando su pierna golpeada, observándola desde arriba.

—¡Apartad a esta gata salvaje de mí!

—luego le da instrucciones a uno de sus hombres—. Manuel, encárgate tú, ácala y amordázala si no quieres que te arranque un trozo de piel.

Han viajado durante casi tres horas. No la han atado ni amordazado; sospecha que su estado no les inspira el menor temor. Marcus ha permanecido observando el paisaje a través de la ventana, sentado frente a ella en su propio coche de caballos.

—¿Qué es lo que planeas hacer conmigo y mis criados? La chica es apenas una muchacha, si la dejas a esos depravados y la lastiman...

Lentamente, él gira para enfrentarle la

mirada con un brillo burlón en los ojos.

—Me importa un bledo lo que le ocurra a tu muchacha, aunque me parece que uno de mis hombres es casualmente pariente suyo. No te preocupes, ha tenido una suerte del demonio, piensa enviarla de regreso a su pueblo, a más de noventa leguas de Sanlúcar, y me ha prometido que se encargará de convencerla para que no diga una palabra de lo que ha visto. ¡Una pena!, era lo bastante aceptable como para trabajar en alguno de mis locales — dice, apretando los dientes al tiempo que sus manos frías se cierran sobre los puños de Dolores—. ¡A veces me sorprende gratamente lo bueno que

puedo llegar a ser!

—Ya veo. —Uno a uno, ella se desprende del agarre de sus dedos—. ¿Y los hombres?, ¿también habías planeado enviarlos a uno de tus locales?

—¡Oh, no! —Ríe, mostrando una hilera de dientes blancos perfectos y un atisbo de lo que un día pudo llegar a ser un rostro muy hermoso—. El capataz es un tonel de grasa, demasiado gordo para despertar lujuria, ¿no crees? Y el cochero debe tener más de sesenta años... No, realmente quedan descartados para los juegos eróticos.

—¿Cuántas veces te han dicho que eres un viejo verde asqueroso, abuelo?

—Docenas, cada día, al menos en los últimos veinte años, pero antes se

arrodillaban voluntariamente ante mí, puedo asegurártelo.

—¿Qué harás con mis hombres? — ella vuelve a insistir, pues, aunque no desea que la enrede en sus diálogos provocadores, necesita conocer los planes que tiene.

—Supongo que tendré que matarlos.

—¿Cuál es el precio? —le pregunta. Sabe que es un hombre muy acaudalado, su mujer pertenece a una de las familias más influyentes de Andalucía y los negocios, la mayoría ilegales, en los que se ha metido, le han hecho mucho más rico en los últimos años. No, ese hombre que declara abiertamente ser su familiar directo no necesita dinero—.

Ya me has dicho que no me deseas.

—Eh, eh... ¿yo he dicho eso? —Su sonrisa irónica vuelve, y con ella el pellizco en el estómago de Dolores—. No, querida, no he dicho que no te desee, he dicho que no te tocaré. Vales mucho en estos momentos. Mucho más con el premio que cargas. Estoy seguro de que tanto tu padre, tu abuela, como tu precioso y pervertido maridito pagarán el precio que les pida.

—Pero no es dinero lo que quieres. —Obvia intencionadamente preguntarle por qué ha llamado pervertido a Néstor; no quiere escuchar ningún veneno que salga de sus labios, aunque supone que su intención al decirlo era que ella anotase mentalmente su insinuación—.

¿Qué tienen ellos que tú deseas de tal forma que vas a perder la vida por ello? Porque supongo que eres consciente de que lo que les he dicho a tus hombres es lo menos que te harán los míos en cuanto te pongan la mano encima.

—Soy una persona razonable —habla él, frotándose la rodilla con aire pensativo—. Solo tengo intención de reclamar lo que es mío, algo por lo que ya pagué y que me robaron hace más de veinte años, y que me libren de una pequeña molestia que ellos mismos me han causado.

—Si es la belleza y la juventud, siento decirte que no existe ninguna pócima capaz de volver a hacerte

deseable para ningún ser humano, abuelo.

—¡Ah, querida, que deliciosa crueldad la tuya! Sabes encontrar las debilidades de los hombres y escarbar en ellas introduciendo el dedo en la llaga. —La mirada fija y penetrante la registra de pies a cabeza, sin perderse ni un palmo de su persona—. ¡Qué magnífica colección de sangres corren por tus venas!: tu abuela, preciosa, inteligente, decidida y dura como el acero; tu madre, esa puta fría y calculadora; tu padre, el mayor embaucador y embustero que he conocido; y yo mismo, a quien supongo serás capaz de calificar por ti misma. — Con profundo desagrado ella nota que

ese hombre empieza a resultarle atormentadoramente inteligente e intrigante—. Me pregunto: ¿qué tipo de monstruo estás gestando en tu vientre fruto de tu unión con esa magnífica bestia que llamas esposo?, quizás te mantenga con vida aunque no paguen tu rescate, merecerá la pena por echarle la vista encima a ese pequeño bastardo.

—No es un bastardo.

—¡Oh!, lo siento, me dejo llevar por los chismes que han corrido por la ciudad los últimos meses. Claro, tu abuela les tiene acostumbrado a los bastardos de su familia; olvidé que el querido doctor te ha hecho una mujer decente, un poco a destiempo he de

decir. Tal vez debería reclamarle por hacer de mi nieta una zorra, ¿quieres que venga esa afrenta, querida? No me costaría ningún trabajo hacer que tu maridito se arrodille ante mis hombres, tal vez hasta haga que el querido doctor disfrute de ello...

Dolores aparta la vista hacia la ventana, intentando que deje de hablar de Néstor. No quiere que trate de engañarla con sus palabras.

—¿Me acompañas a almorzar? — pregunta de pronto, extrayendo lo que parece un trozo de pan envuelto en papel de una cesta a sus pies.

—No tengo hambre —miente ella, tratando de mantener los ojos apartados de lo que le ofrece.

—No has probado bocado desde hace horas, sería una pena que perdieras a ese pequeño monstruo antes de que viera la luz —habla con tono falsamente dulce—. Estoy seguro de que tienes hambre.

—No es un monstruo, ni un bastardo, y perdí el apetito en el momento en que amplié la familia este mediodía.

—No obstante, serás una buena madre y comerás conmigo.

—¿Me vas a obligar, Marcus?

—Te voy a golpear esa bonita cara si no lo haces.

—Dijiste que no me volverías a tocar.

—Evidentemente mentí, como siempre. —Un brazo, mucho más fuerte de lo que habría esperado de su aspecto

demacrado, se enrosca en el suyo, acercándola hasta rozarle el oído con su aliento—. Me estoy esforzando por comportarme como un abuelo cariñoso. No tienes a la bestia que hay en mí. ¡Come!

Apretándola rudamente, hace que su brazo se extienda para tomar el pan. Ella le obedece al darse cuenta de que quizás necesite toda la fuerza y energías que pueda conservar.

—Buena chica. —La suelta cuando por fin da el primer bocado al trozo relleno de una jugosa carne picada de cerdo. Retrocede, observándola en silencio unos instantes—. ¿Agua?, me temo que no puedo ofrecerte vino.

Con un gesto irónico, le entrega una

cantimplora de la que ella bebe con codicia. No había notado que necesitara beber con tanta ansiedad.

—¿Entonces? ¿Me dirás que harás conmigo? —pregunta ella de nuevo.

—No, solo esperaré a ver qué hará tu familia. —Luego alza su propia cantimplora y bebe—. Faltan horas para que llegemos a nuestro destino, te sugiero que comas e intentes descansar.

Marcus Dubois se hunde en su sillón preferido y repasa las paredes vestidas de madera de su propio y elegante despacho. El esplendor de su casa ha ido creciendo paulatinamente en los

últimos años, a la par que el aspecto de su cuerpo ha ido cayendo en picado, saqueado por el tiempo, las drogas y las enfermedades venéreas que ha contraído. Ni siquiera saber que aquella zorra que le contagió la sífilis ha muerto por sus propias manos le resta algo de odio a la situación. Puede que no le quede mucho tiempo, sus años en este mundo parecen estar contados.

Una llama débil en el interior de una lámpara alumbra la estancia. Lo prefiere así, últimamente no es capaz de contemplar la imagen que el espejo que cuelga de una de las paredes le devuelve. Sobre todo comparada con la del joven enérgico y pulcramente vestido del retrato que adorna la pared

enfrentada. Delgado, fuerte, de cabellos negros, vestido de oscuro de pies a cabeza, un reflejo invariable en el tiempo de sí mismo.

Marcus sonríe enconadamente, el mismo gesto que una vez le valió para que cientos de almas cayeran rendidas a sus pies, una sonrisa que ya no sirve más que para causar miedo.

Sonríe de nuevo, recordando a la muchacha pelirroja.

¡Dios!, es tan parecida a su abuela a esa misma edad. Sí, tanto que ni siquiera ha pestañado de miedo ante él, aunque sabe que se debe sentir aterrada, débil e indefensa. Ríe, sin poder evitar que un ramalazo de orgullo le recorra las

entrañas. Sí, esta sí que es digna descendiente suya, y no esa sarta de tontas melindrosas a las que llama hijas, ni ese pobre inútil de vástago que le ha regalado el destino. Ni siquiera la zorra calculadora de María, que lo engañó tan inteligentemente, despertó en él un sentimiento parecido. Lástima que tenga que deshacerse de ella.

El día del triunfo está muy cercano, encontrará ese lugar que ha soñado durante años y, aunque sabe que no vivirá lo suficiente para saborear su victoria y disfrutar del cúmulo de riquezas que logrará, solo saber que habrá vencido finalmente a Luz le llenará de orgullo, y lo hará ir con cánticos de alegría de cabeza al

infierno.

Mientras tanto, Dolores tiene que seguir con vida, al menos en tanto no obtenga lo que quiere.

Maldice en silencio y traga un sorbo de coñac consultando su reloj. No debería estar en la casa, ya no es un lugar seguro, no desde que ese asesino gitano anda tras él. Pero es el mejor lugar para esperar noticias de Luz. El mensaje ya debe haber llegado a Pradobajo. Es una condenada suerte que Néstor O'Brien esté fuera en esos momentos. Sus hombres le han informado que debajo de ese aspecto de dandi se encuentra un rastreador y un luchador temible. Sí, una verdadera

suerte.

El propio Cayetano el Negro aún está tras él, un desafortunado error que le va a costar bastante caro; tendrá que esperar a que Luz y sus hombres acaben con el asesino y huir, porque toda la furia se desatará en el mismo momento en que encuentren el cuerpo de Dolores.

Pero... ¿adónde puede ir? ¿Debe irse a Francia?, se pregunta. Hay peores lugares para pasar el final de su vida. Al fin y al cabo, ya estuvo allí una vez en su infancia y parece un lugar tranquilo con inviernos suaves. No quiere castigar sus viejos y enfermos huesos con el frío invierno del norte de Europa. Además, habrá que contar con que lejos de allí él no será más que un anciano viudo muy

rico y desconocido. Hace tres meses que su mujer es una muerta viviente. Una pena, una mujer que fue una hermosura en su juventud y que ahora no es más que un fantasma con piernas; incluso en los últimos quince años, en los que se convirtió en una vaca llorona, la prefería, pues al menos podía acostarse con ella de vez en cuando e intentar engendrar el heredero que tanto se le ha resistido. La realidad es que el tiempo ya ha pasado para eso, y en esos instantes solo puede sembrar sífilis en los cuerpos de los incautos que acepten su dinero a cambio de favores.

Unos pasos que se acercan desde el pasillo lo hacen erguirse en el asiento.

—¿Qué quieres? —le increpa, cuando reconoce los rasgos del hombre en la penumbra.

—La Roja ha enviado la respuesta, señor. —El hombre se adelanta para darle la misiva que Marcus lee rápidamente.

—Muy bien, prepara mi ropa y mi carruaje, vamos a salir.

—Sí, señor, enseguida. —El sirviente se retira.

Sonriendo con satisfacción, Marcus se levanta del asiento estirando sus pantalones. Pronto tendrá todo lo que siempre ha querido.

La vista desde la cueva es muy amplia. Dolores lleva cinco días allí. La han alimentado y dado de beber. Han construido una cama con un enorme colchón de plumas, y le han conseguido una silla-mecedora y material para bordar.

Ella nunca ha bordado. Así que dedica el tiempo a balancearse sobre la silla mientras escruta el horizonte.

Marcus se acerca a ella desde atrás, inclinándose sobre su hombro y haciendo que la silla se vuelque levemente bajo su peso.

—Una moneda a cambio de tus pensamientos —le ofrece Marcus.

Muy a su pesar, Dolores sonrío, no

puede negar que sus conversaciones le hacen la espera menos lenta y aburrida. Nota cierto deseo de agradarla en el hombre, aunque no son muestras de cariño, más bien reconoce un placer intrincado en el comportamiento de Marcus, como si le agradara sentir las pullas que ella le lanza. Él le habla de forma amable y cortés, casi como un auténtico caballero. No obstante, ninguno se engaña; se trata de dos depredadores observándose antes del ataque final.

Con aire distraído, ella sigue contemplando el horizonte, calculando mentalmente la distancia a la que están de Sanlúcar. Aunque cabalgaron más de cuatro horas el primer día tras el asalto,

las visitas casi diarias que le hace Marcus le indican que deben encontrarse a mucha menos distancia.

—No tienes monedas para pagar mis pensamientos, Marcus.

—¿Tal vez te seduciría otro tipo de precio?

—Nada que tú puedas tener, me temo.

—¿Nada? —Colocándose frente a ella, observa por unos instantes el lugar donde la vista de la muchacha se pierde en el cálido horizonte—. ¿Qué tal información?

—Me estaba preguntando la hora que sería, intentaba leerla en la altura del sol. —Él sonrío abiertamente ante sus palabras.

—¿Ah? Pensé que las mujeres embarazadas pasaban su tiempo bordando. —Señala el cúmulo de tela sobre el bastidor que ella apenas si ha mirado—. ¿Y qué hora crees entonces que es?

—Las siete y cuarto —le responde ella, sin siquiera mirarlo—. Ahora dame esa información.

El levanta el reloj colgado en su chaleco, observándolo unos segundos antes de arrojarlo sobre el regazo de la mujer.

—Las siete y diez —la corrige.

—Ah, parece que me adelanto algo —habla Dolores, y él le responde con una sonrisa ladeada.

—Tu abuela me ha contestado. — Dolores asiente sin dignarse a mirarlo —. Haremos el intercambio dentro de tres días.

—¿Y lo harás? —pregunta ella con tono sarcástico.

—¿Por qué lo dudas? ¿Acaso tú no cumplirías tu palabra? ¿O crees que no debo pensar que lo haga Luz?

—Si no la cumples ella te matará. Si la cumples, puede que solo te parta las piernas, pero en cualquier caso perderás. Debes de ser muy valiente, o estar muy loco.

—Los valientes son los que caen en las trampas. Yo no soy cobarde, pero tampoco loco o estúpido. Y soy yo el

que tiene algo irremplazable que ellos quieren. —Sosteniéndole la mirada, le toma una de las manos—. ¿Seguro que quieres volver con esa vieja intrigante y su pervertido hijo? —le susurra más cerca de lo que ella hubiera deseado—. Di una sola palabra y cuidaré de ti como nunca lo ha hecho nadie. —Detiene su respuesta, posando el dedo sobre los labios de la muchacha—. Tse, tse... no te hablo de ese tipo de cuidado. Sé que soy un viejo enfermo que no tentaría a una mujer como tú. Olvida a ese medio gitano, hay otros hombres que pueden satisfacerte, yo haré que se arrodillen ante ti, todos y cada uno de los que desees. Deja que cuide de ti y de tu hijo, estoy seguro de que será un hombre

digno de ser mi nieto, y tú, tú eres lo que siempre he deseado como hija. Creo que nosotros dos nos entendemos muy bien.

—No, gracias, tienes razón, no me tientes de ninguna manera, abuelo; de cualquier forma me resulta difícil imaginar por qué querrías ocuparte de mí o de mi hijo.

—Te sorprenderías.

—Señor, ya estamos listos. —El hombre que ha entrado por la puerta apunta a la espalda de Luis Marín.

El capataz observa a la muchacha durante unos instantes. Está demacrado y tiene el rostro golpeado; ella no lo ha visto desde que los separaron el día del secuestro y teme que no lo han tratado

con igual consideración que a ella.

—Deje marchar a la señora, Dubois.

—¡Vamos, Marín!, ¿ahora tienes problemas de conciencia? Creo que mi oro y la vida de tu familia debían haber acabado con cualquier resto.

Dolores mira alternativamente a ambos hombres, sin acabar de creer lo que revelan las palabras de Marcus.

—¿No es cierto, verdad?, no me ha vendido a este criminal. —Luis desvía la mirada para evitar sus ojos. Ella observa a Marcus, intentando confirmar sus sospechas.

—Lo siento, no creí que fuera a dañarla... ¡Dios santo!, es su abuelo... y tenía a mi familia de Sanlúcar amenazada.

—Olvidas mencionar el dinero que has recibido.

A pesar de su grueso cuerpo, el movimiento de Luis es rápido, tratando de cargar contra el hombre que habla. La amenaza de la pistola del esbirro de Dubois posada en su pecho lo detiene bruscamente.

—No voy a permitir que le hagas daño, Marcus, no mientras pueda evitarlo.

—Una lástima... —Luego asiente con la cabeza al hombre que apunta al capataz—. Bueno, ni tú ni ella sobreviviríais mucho tiempo en el lugar al que os voy a llevar. ¡Hazlo!

Antes incluso de que termine la frase,

el sonido amortiguado de la bala que atraviesa el pecho de Luis retumba en los oídos de Dolores, mientras nota el puño que la golpea evitando que salte al cuello de su abuelo.

Otro golpe, en la parte de atrás de la cabeza, y la negrura la absorbe por completo.

Capítulo 22

Sola

Alrededores de Doñana, principios de mayo de 1868 (hoy)

Tumbada, sabe que debe estar tumbada de espaldas y cabeza abajo sobre una pendiente, y no es precisamente un suave colchón de plumas lo que soporta su peso, sino un duro e irregular suelo.

Dolores quiere cambiar de postura, las aristas de lo que parece una piedra se empeñan en ocupar el mismo espacio que su cadera derecha.

Un leve desplazamiento del pie izquierdo la libera en parte de esa tortura a cambio de un inmenso esfuerzo. Gira la cabeza, izquierda, derecha, otra vez izquierda; si bien algo dolorida al menos esa parte de su cuerpo posee movilidad.

No ve nada, aunque se empeña en abrir los ojos hacia un techo o un cielo que solo puede imaginar. Está oscuro y algo frío. En Andalucía, en mayo, solo el interior de una cueva en la sierra podría encajar con el lugar donde se

encuentra.

—Piensa, Dolores, piensa.

Deja unos minutos, hasta que sus ojos se acostumbran a la penumbra y empieza a distinguir sombras, cada vez menos difusas.

Lamenta recuperar parte de la visión cuando en un giro a su diestra distingue los miembros inmóviles de lo que parece un cadáver; no necesita mirar más que sus ropas y su voluminoso abdomen para saber que es Luis, el capataz que, en un intento final por remediar su error, ha dado la vida.

De súbito, la realidad de su situación y todo lo que le ha ocurrido en esos últimos días golpea su conciencia apenas despierta.

Agita los pies uno a uno por turnos, hasta que consigue que la sangre vuelva a correr por ellos, son solo una mínima parte de la totalidad de su cuerpo agotado, pero el esfuerzo casi la hace vomitar.

Una rodilla, logra levantar una rodilla, luego apoya un codo sobre el duro suelo para intentar levantarse, y está a punto de caer de nuevo cuando un pequeño guijarro se clava en el sensible hueso; casi llora, aguantando hasta que la palma de la mano de su otro brazo eleva toda la extremidad y con ella la parte superior del abdomen. Dolores siente que es una pequeña victoria.

Sentada, acaricia su vientre abultado.

—Vamos, pequeño, es pronto para tumbarse a morir. —Con un esfuerzo final levanta su renqueante cuerpo, encaminándose a la escasa fuente de luz que observa al fondo—. Debemos volver a casa y creo que ahí está la salida.

Ante ella hay una entrada del tamaño de una persona que agujerea la pared de la cámara, y la lleva a la única iluminación que evita la oscuridad absoluta de la caverna.

El camino hacia la claridad es lento; la luminosidad, aunque escasa, aún la ciega durante unos instantes clavándose en sus pupilas dilatadas; sus piernas, hinchadas por la retención de líquidos, y

supone que por la inmovilidad de horas inconsciente tras haber recibido el golpe en la cabeza, casi no aciertan a responder a sus deseos.

Tarda minutos en llegar a la entrada, guiándose por unas manos que se agrietan a cada paso con los cantos de las paredes.

El acceso al exterior está parcialmente bloqueado por piedras que alcanzan casi las dos varas de altura, incluida una peligrosa cornisa que se curva en la parte superior; el hueco permite escasamente la entrada de luz, y solo el sonido del viento se cuele desde fuera.

Introduciendo la punta de sus suaves zapatos de paseo en la hendidura de las

duras piedras, asciende ayudándose de los brazos y las rodillas, hasta que su cabello toca el techo. Con una mano, aparta las piedras que supone han colocado sus secuestradores para disimular la entrada a la cueva.

Poco a poco consigue abrir un espacio suficiente para conseguir una estrecha vista del exterior. Por la altura del sol debe ser pasado el mediodía. Por fortuna, su abuelo parece que tenía prisa por marcharse, y las rocas que bloquean la salida son suficientes para disimular la entrada, pero no lo bastante grandes para evitar que sea capaz de liberarse por ella misma.

Por unos instantes siente la ira de una

mujer subestimada por un hombre que la considera un ser inútil, indefenso y simple. Al segundo siguiente da gracias a Dios porque existan personas que piensan de esa forma. Tal vez, si la hubiera conocido mejor, él se habría molestado en atarla de pies y manos antes de abandonarla.

Desliza las palmas una y otra vez sobre el hueco que ha despejado haciéndolo cada vez más amplio, hasta que cree que es lo suficientemente grande para que su abdomen lo atravesase aunque con mucha dificultad.

Parada en la cornisa exterior, desde su torre de piedra, observa el paisaje a más de sesenta varas de distancia bajo sus pies en una caída bastante empinada

y abrupta. Tal como suponía, está en la sierra; abajo y al frente una extensa campiña, a lo lejos dunas, y supone que más allá las marismas y el río, a su derecha e izquierda las paredes escarpadas de los montes. Ningún ser humano en leguas alrededor.

—¿Y ahora qué? —se pregunta en voz alta, recuperando el aliento durante unos instantes tras el esfuerzo—. ¿Nos quedamos a esperar? —interroga a su hijo no nato—. Si tu padre estuviera en Pradobajo, no lo dudaría ni un segundo, sé que él sería capaz de encontrarnos. Pero no está cerca, y aunque Isaac saldrá a buscarnos, hace tanto tiempo que no vive con los gitanos que no

puedo saber si nos encontrará. De cualquier forma, dejaremos señales, con la esperanza de que tu abuelo sea capaz de seguir nuestro camino.

Luego calla, porque sabe que hablar en alto le hace perder unas energías y unas reservas de agua en forma de saliva, que va a necesitar a partir de ese momento si quiere salir de esa pesadilla.

De una cosa está segura: hay un camino de bajada relativamente fácil en algún lugar muy próximo ahí fuera, oculto entre todas esas piedras sueltas y arbustos que tapan la entrada a la cueva. No recuerda cómo ha llegado hasta allí, por tanto ha sido transportada a peso hasta el lugar y, aunque aun en sus

circunstancias actuales sigue siendo una mujer muy liviana, duda que nadie haya cargado por una pared escarpada con el cuerpo del capataz.

Sí, hay un camino, y solo tiene que encontrarlo y empezar a caminar de vuelta a casa.

Tarda casi un cuarto de hora en localizarlo entre la maleza que la rodea. Es un sendero empinado de casi cuatro pies de ancho, que viene desde la base y parece que continúa el ascenso sobre el monte; le separan de él unos cuantos arbustos y pequeños árboles que crecen sin concierto sobre la ladera.

Se gira de nuevo hacia el interior. Regresa sobre sus propios pasos hasta

la cámara principal. No debe de haber tardado más de cinco minutos en volver, pero, sin un reloj para comprobarlo, podría creer que hubiese empleado media hora en el trayecto de ida y vuelta.

La cámara está negra como el alquitrán. Se detiene a descansar y escuchar el silencio, dejando que los latidos de su propio corazón, levemente acelerado, se serenen. Frente a ella, tal como lo ha dejado hace unos instantes, el oscuro cadáver del capataz atrae su atención. Sabe por qué ha regresado y sabe qué debe hacer.

Acostumbra los ojos, muy lentamente, adaptándose a la escasa luz, hasta que lo que hace unos instantes no eran más que

oscuras sombras empiezan a delimitarse en aristas y curvas, definiendo el espacio que la rodea. Con un soberano esfuerzo se encamina hacia el cuerpo inerte de Luis. Se ha quedado sola, está en medio de la nada y, aunque sabe que su abuela y su padre vendrán a buscarla, el único hombre que confía en que la encontraría en mitad del mismísimo infierno está a cientos de leguas de Sanlúcar. Solo depende de ella misma para volver y va a necesitar todo cuanto pueda llevarse. Aunque ello implique saquear un cadáver.

Un par de minutos después de llegar, es capaz de distinguir el color claro de la camisa que viste el hombre.

Desafortunadamente, sobre ella contrasta visiblemente la mancha de sangre seca que le ha manado desde el pecho.

Aún de pie sobre el cadáver comprueba que, pese a la profunda herida, la sangre es escasa. La muerte debió sobrevenirle casi de manera instantánea, un disparo directo al corazón, haciendo que dejara de latir en el mismo momento en que lo atravesó.

Se agacha junto a él para retirarle la chaqueta de los hombros. Para su fortuna, apenas con algunas gotas de sangre junto a los botones, ya que debía llevarla abierta en el momento del ataque.

Se trata de un trabajo casi titánico

debido al peso que tiene que mover hacia los lados para conseguir desprenderle la prenda, primero un brazo y luego otro, girando el cuerpo sobre sus costados; pero sabe que necesitará algo para cubrirse cuando la noche caiga sobre la sierra.

Revisa sus bolsillos totalmente vacíos, y se sorprende encontrando una pequeña navaja, de solo medio palmo, escondida en el dobléz del bajo del pantalón. Su cinturón también acaba sobre la chaqueta extendida en el suelo.

Minutos después contempla las botas que ha logrado quitarle de las piernas. Afortunadamente era un hombre grande con pies asombrosamente pequeños; aun

así, cuando retira sus minúsculos zapatos de paseo, apenas con suela, para calzarse las botas, le sobran más de dos pulgadas en cada pie.

Con ayuda del cuchillo, corta dos tiras de las mangas de la camisa del hombre, para rellenar los extremos vacíos del calzado, pues no puede permitir que sus pies sufran la dureza y el calor del suelo cuando el sol brille de pleno, y esas botas son lo bastante recias como para evitarlo.

Coloca sus propios zapatos junto al cuchillo y el cinturón, y hace una talega con la chaqueta que se cuelga a la espalda. El gran sombrero de tela del hombre es lo último que coge, está tirado a varios pies de donde está y,

pese a que es enorme para ella, le ayudará a protegerse del sol, colocándolo sobre su propia cofia de tela y la sobrefalda del vestido, que se pondrá sobre los hombros en cuanto salga de la cueva.

No mira atrás mientras se aleja, aunque en su mente se despide del hombre que, aunque en principio la traicionó, finalmente ha dado su existencia por ella, y promete encargarse de algunas misas por la salvación de su alma; no está muy segura de creer que en el fondo esas cosas sirvan para algo, pero su corazón le dice que Luis se lo reconocería.

Dolores agradece al cielo ese espíritu poco femenino que siempre la ha impulsado a trepar a los árboles, vallas y tejados. En cierto modo, descender un monte no es mucho más difícil que hacerlo de cualquier otro sitio alto, ya sea construido por el hombre o por la naturaleza, y parece que posee esa intuición innata de saber con antelación dónde justamente tiene que colocar cada pie y en qué momento.

A medida que las fuerzas se le agotan, la marcha se hace más lenta y menos segura. Las piedras bajo sus pies son menos estables y el descenso se complica por momentos, las lascas de

roca que le arañan las manos cuando se apoya no la ayudan demasiado, y teme que esas heridas puedan pasarle factura en el futuro. Así que rasga un par de tiras de sus enaguas para hacerse unos guantes improvisados liándolas sobre las palmas. Debe caminar muy despacio cuando el suelo se hace muy inestable, si pisa la piedra errónea, tal vez parte de la ladera se deslice con ella encima.

No sabe cómo lo ha conseguido, pero su estado de ánimo es muy elevado aun en esos momentos. Al fin y al cabo ya está muerta, y cualquier esfuerzo para escapar de esa verdad absoluta no puede más que hacer que las cosas vayan a mejor; y tiene millones de razones para continuar el descenso, para seguir

andando en tanto tenga fuerzas para poner un pie frente al otro y moverse unos palmos cada vez.

El aire caliente se cuele en sus pulmones, aunque la pared de roca la protege del sol directo. Respira en profundidad, descansando unos segundos sobre su trasero dolorido por la dura bajada.

Ante ella, el camino se bifurca en dos, haciendo que súbitamente una amalgama de incertidumbre descienda sobre ella. Parece tonto perder el valor con el que se ha disfrazado durante los últimos días por algo tan nimio como decidir entre dos posibles caminos, justo en el momento en el que acaba de comenzar

su viaje hacia el infierno; pero esa leve pregunta hace que su mente entre en conflicto, produciéndole lo que solo puede calificar como auténtica angustia ante su falta de decisión. ¿Derecha o izquierda?, una cuestión de simple probabilidad de error.

En ese mismo instante solo añora lo que nunca había creído echar de menos. Desea compañía, una mano que la consuele, una voz que le hable, aunque fuera la de un niño pequeño. Alguien que decida por ella. Ella, la que era tan extraña, tan solitaria, tan autosuficiente.

Cuando está a punto de jugar consigo misma al palo más corto, distingue el tercer camino oculto entre el ramaje, llamándola a voces calladas para que lo

siga. Recorre con la mirada los arbustos, a un lado y otro, en busca de señales que le indiquen el camino que han podido seguir sus secuestradores. Un puñado de hojas arrancadas, una rama quebrada y un par de huellas sobre un cúmulo de arena desperdigada en el tercer camino le indican la dirección correcta.

Las dificultades que presenta el último tramo de bajada, con una inclinación mucho más acusada, la hacen dudar de si ha elegido correctamente. Tal vez debería dar media vuelta y tomar alguno de los otros senderos, pero solo el pensamiento de tener que escalar lo que ya ha descendido la impulsa a

continuar.

Diez minutos más abajo por fin encuentra una cornisa desde la que es capaz de distinguir el final del sendero a los pies del monte.

Abrigada a la sombra del macizo a su espalda, descansa sobre una piedra plana, preparándose para la próxima decisión. Agudizando su mente cansada y embotada por el calor, intenta recordar cada una de las lecciones aprendidas de Néstor en su aventura de hace unos años.

Por la posición del Sol sabe que ha de caminar manteniendo la pared de la sierra a su derecha; hacia la izquierda no existe ningún lugar habitado, solo algunos refugios usados por cabreros nómadas. Abandonar la sierra y caminar

para entrar en la desierta y seca campiña, aunque es el camino más corto, es un suicidio: le sería mucho más difícil orientarse y la alejaría de las bayas y raíces silvestres que cree poder distinguir, y que contienen el agua suficiente para vivir mientras encuentra el río. Si no recuerda mal, la sierra la llevará hasta ese río y este a Pradobajo, protegiéndola del sol durante bastantes horas al día; pero primero debe encontrar esas bayas para comer. Eso último es lo más peligroso, si confunde los frutos puede enfermar del estómago y tener vómitos o diarreas, que acabarían con sus pocas reservas de agua en unas horas.

Aunque no podría afirmarlo, ya que el tiempo empieza a ser relativo, cree que ya han pasado cuatro días. Cubriendo su rostro con el vuelo de la falda, camina de nuevo bajo el sol del mediodía. En esa parte del camino las sierras no son tan altas y las horas en las que soporta el sol han aumentado considerablemente.

Intentando huir del abrasador astro, se acerca al pie de la pared de piedra, justo hasta el límite que la anchura de sus botas le permiten. No cree que nadie haya pisado esa pared inclinada por la que ahora camina.

Poco a poco nota cómo las rocas son

cada vez más blandas bajo sus pies y manos. Necesita agarrarse a los salientes para mantener el cuerpo a la sombra. Unos cientos de pasos más y deberá parar a descansar y beber algo de la última porción de agua, que encontró en los huecos de unas piedras. La oculta del sol bajo la enagua, en un trozo de caña hueca atada en vertical a su cintura para evitar que vuelque. Solo son unos pocos sorbos, pero afortunadamente la ha encontrado casi cada día y parece proceder del rocío nocturno, por lo que está bastante limpia; sin embargo, caminando a ese ritmo y bajo ese calor sabe que no tardará en morir deshidratada si no encuentra alguna otra fuente de agua

potable, por muchas y muy jugosas bayas que coma.

Deben ser pasadas las dos de la tarde cuando, súbitamente, el suelo se desmorona bajo sus pies. Incapaz de agarrarse a nada sólido, su cuerpo desciende hacia las profundidades de la montaña en una lenta bajada por una pendiente; deja que la gravedad la lleve donde desee sin poder resistirse a la caída. Por suerte, el descenso es lo bastante suave como para no dañar su cuerpo.

Cuando el ruido cesa y el polvo que ha levantado el derrumbe cae, contempla asombrada lo que la rodea. El suelo de la montaña, por la que hace unos

momentos caminaba, se ha hundido en el interior de una enorme caverna horadada en las rocas. Las paredes verticales que descienden hasta el fondo a más de cuarenta varas bajo sus pies la observan impasibles, testigos del paso de millones de años, puede que contempladas por primera vez por los ojos de un ser humano.

Ha bajado unas decenas de pies sobre su falda antes de detenerse por completo, y frente a ella, observa las galerías que parten de la cueva principal en diferentes direcciones. Sabe, por sus estudios en el Ateneo, que esas galerías han sido perforadas durante milenios por las aguas subterráneas, al igual que las que atraviesan el subsuelo de

Aguastempladas, así que tal vez quede algo bebible en algún rincón de esa inmensa cúpula en la que se encuentra.

Se levanta con lentitud, pues los días perdida en ése arenal siguen mellando sus fuerzas sin remedio. La caída y el descenso no han ayudado a su trasero ni a su moral. Ante ella, las galerías se dividen en sentido vertical y horizontal por decenas, excavadas profundamente en el terreno; evita las más inclinadas para introducirse en lo que cree es un túnel horizontal. Sabe que no puede adentrarse demasiado, no tiene luz y la que le llega del día, a través del hueco recién creado, solo le alcanza para ver unos pasos más allá; tampoco puede

permitirse el lujo de desorientarse en el laberinto que se abre ante ella.

Agradece el frescor que irradian las paredes, casi tiene que refrenar el deseo de desnudar su piel para refrescarse sobre ellas.

Se detiene, justo antes de cruzar hacia el interior del túnel que tiene al frente; cuando el sonido de sus pasos deja de romper el silencio, cree oír el sonido de la vida al final del oscuro pasillo. Plof, plof, plof... Reza para que el ruido de gotas de agua cayendo no sea una ilusión que le produce la sed.

Un regocijo infantil se apodera de su cuerpo cuando camina adentrándose en las tinieblas, mientras la cadencia del ruido va aumentando a la vez que el

frescor que rezuman las paredes que la rodean.

Unos pasos más y sus grandes botas pisan barro resbaloso, a la vez que sobre sus manos el frío de las piedras deja paso a la humedad del agua. Aproxima los dedos mojados a los labios agrietados, suspirando de placer cuando comprueba que es agua dulce lo que cae por las paredes del túnel en el que se encuentra.

Tal vez, vivan algunos días más.

Tras permanecer más de una hora bebiendo y empapando cada una de las prendas que ha conseguido reunir, sale

lentamente al exterior para enfrentarse de nuevo al calor. Tiene que conseguir recipientes para transportar agua, algún tronco pequeño agujereado o el interior de sus zapatos de paseo de piel, si logra forrarlos de hojas e impermeabilizarlos. Ese es un buen lugar para beber, pero no hay comida y si se queda allí no tiene la seguridad de que alguien la encuentre; además su hijo puede nacer en cualquier momento.

Cuando vuelve a la sala principal sus ojos están tan acostumbrados a la oscuridad, que es capaz de ver con detalle lo que la rodea. Una zona visiblemente más oscura llama su atención.

Pisando con cautela para evitar caer,

se acerca hasta acuclillarse junto a la pared; la emoción la embarga y casi deja de respirar cuando los rayos de sol llegan desde el exterior para desvelar las paredes negras que asoman a ella con toda su esplendorosa belleza.

Cubriendo el lateral de la cúpula de piedra, rompiendo el fondo oscuro como una inmensa daga de cinco pies de ancho, la veta de diamantes refleja los rayos de luz que la iluminan por primera vez en millones de años. La risa la asalta, obligándola a romper en carcajadas ante lo irónico de la situación.

Ante ella está el tesoro de los tartesios, la quimera que perseguía Juan

de Mariana, la fuerza que devastaría los cimientos de todo un imperio si ojos inadecuados vieran esa inmensa riqueza que ahora contempla. La mayor fortuna del mundo ante los pies de una mujer que la cambiaría sin pestañear por un cubo de agua dulce y un trozo de pan duro.

—Muy bien, pequeño, esta noche dormiremos en un auténtico palacio de diamantes —dice a su hijo no nato, y vuelve a salir al sol abrasador para buscar todo lo que necesita antes de descansar—. Mañana, tal vez pernoctaremos en el infierno.

Armándose de valor, abandona la cueva, y el tesoro que no le sirve de nada en ese averno deshabitado que la

rodea. Sabe, por lo que le contó Luz, que esos túneles la llevarían hasta el valle que esconde el campamento gitano, pero sin un guía o un mapa adecuado jamás llegaría ella sola.

Sin otra alternativa, sale al exterior, y camina de nuevo en esta enormidad desértica que la rodea, cargada con un montón de prendas húmedas sobre su cuerpo y menos de tres litros de agua que consumirá en apenas dos días.

Controlando el ritmo de su respiración y de su cuerpo cansado, se aleja en la búsqueda del río, que tal vez le devuelva la vida que ahora pende de un fino hilo. En una última bocanada respira el aire húmedo de la cueva

mientras da una última mirada a la belleza que allí deja.

Con paso lento y piernas temblorosas toma contacto con el suelo ardiente del exterior y con los rayos de sol. La tierra reseca flota perezosamente en el aire. Levanta la vista sintiendo nostalgia del frescor que ha quedado a sus espaldas, luego dirige la mirada a la inmensa nada que se extiende a su alrededor. Toma aire y, aún sin estar segura de hacer lo adecuado, camina sin mirar atrás.

—¿Por qué?

La voz es la de su padre, clara en el silencio que la rodea. Solo puede pensar en cuánto lo quiere y en cómo le gustaría ser la hija que él siempre ha deseado, agradarle, hacer que se sienta orgulloso.

Pero su tono, la cadencia de su pregunta la hace dudar seriamente de haberlo conseguido, defraudándolo una vez tras otra.

—¿Por qué, Dolores? —la llama de nuevo; ahora es capaz de verlo frente a ella.

No entiende qué desea, qué debe contestar, sabe que ha vuelto a fallarle, una vez más, pero no acierta a recordar qué ha sido en esta ocasión.

—¿Por qué, Dolores?

La figura alta se transforma poco a poco en una mujer menuda, vestida para un baile tal vez, elegante y serena como siempre la ha visto; aunque sus ojos cambian progresivamente hasta

mostrarle una angustia que jamás le hubiese atribuido. Es ahora su abuela la que la interroga.

Repite la pregunta, una y otra vez, hasta que su insistencia la lleva de nuevo a cuestionarse a sí misma, conduciéndola hacia pensamientos de los que preferiría escapar mientras la observa acercarse.

—¿Por qué?

La mujer pelirroja se difumina en la bruma de su pensamiento para tomar un aspecto diametralmente opuesto. Esta vez es Néstor quien pregunta.

—¿Por qué vas a dejar que nuestro hijo muera, Dolores?

Su pregunta le atraviesa el pecho, la garganta reseca, el estómago torturado

por el hambre y la sed.

De mala gana abre los ojos.

La claridad le acribilla las pupilas a pesar de estar boca abajo, la arena amarilla desprende toda la luz del sol que incide sobre ella, haciendo que su piel arda, aunque se cubre casi completamente.

Trata de moverse, y nota que su cuerpo aprisiona sus propios brazos, hundiéndolos en la arena que la rodea. Le duele la cabeza, un sonido escondido en algún rincón entre su cuello y su oído martillea en un ruido repetitivo. Lanza un pequeño y sentido gruñido cuando descubre que es su propio latido el que está oyendo.

Desea volver al lugar del que acaba de salir, a ese espacio de ningún sitio en el que podía ver y oír a las personas que quiere, donde ellos sí son capaces de encontrarla. Anhela volver a quedar inconsciente; desgraciadamente, sus deseos no son concedidos. El pensamiento de su propia derrota, de su abandono, le retumba en el cerebro de forma ensordecedora; está despierta, y ya no puede ignorarlo.

La leve brisa continúa siendo ardiente. Inspira profundamente el aire, y un puñado de arena acompaña su respiración, alojándosele en las fosas nasales y en la garganta reseca, haciendo que tosa devolviéndola a empujones a la

realidad de la que no parece que pueda escapar.

El calor de las dunas que la rodean pega los harapos que la cubren a su piel apergaminada, ya que apenas le queda sudor para empaparlos. El cuerpo le tiembla con la sensación de regreso al mundo de los vivos que siente. Con las manos aferradas al tierno suelo bajo sus dedos, intenta erguirse por enésima vez, lo justo para observar cómo los suaves colores del atardecer se filtran a través de solitarias nubes, para iluminar las pirámides de arena que se alzan frente a ella.

Con cada minuto que deja pasar, el sol se hace más amable, permitiendo que su cuerpo se refrigere poco a poco, y

que las arenas a su alrededor dejen de ser brasas hirvientes. Inconcebiblemente, se encuentra admirando un despliegue de gloriosa naturaleza que le descubre el más hermoso atardecer que ha visto en muchos años. Una vista que la deja sin aliento.

Puede que no sea tan mala idea morir después de ver tanta belleza.

Pradobajo, cuatro días antes

—¿Dónde has estado?

Alfonso se ha acercado a Néstor peligrosamente, hasta amenazarlo con su

superior altura. Pocos hombres tienen el poder de mirarlo por encima del hombro como lo hace su propio suegro, pero ni siquiera su altura y su fuerza le hacen sentirse intimidado mientras se detiene a enfrentarlo.

—Conozco lo que haces por las noches. No me engañas, he visto dónde vas y con quién te reúnes, y tal vez debería haber evitado esta boda... — vuelve a hablar en tono amenazador.

—Creo que te equivocas de parte a parte, Alfonso.

La voz de Luz hace que ambos hombres dejen de retarse con la mirada, para observar a la mujer que desciende lentamente las escaleras del cortijo, encontrándose con ellos en el patio de

entrada.

—Ahora no es el momento de recriminar a mi hijo tus propios pecados.

—¿Ha ocurrido algo que deba saber?
—Néstor entrega las riendas del caballo que le ha traído a Pradobajo a uno de los mozos, observando preocupado a su madre—. Es Dolores, ¿verdad?, por eso está él aquí.

—Sí, por eso estoy aquí mientras tú te revuelcas en las camas de tus amantes...
—vuelve a increpar Alfonso.

En un movimiento veloz, Néstor agarra la garganta del hombre, apretando hasta hacerlo arrodillarse frente a él.

Es el grito de Luz lo que lo devuelve

a la realidad de la situación, segundos antes de apretar más allá del punto de no retorno. Con un gesto de desprecio, deja a su presa postrada; con las palmas de las manos en el suelo, Alfonso aún jadea intentando insuflar aire hacia sus pulmones.

—Ahí tienes tu carta de suicidio. Eso es por lo que me he codeado con tus amigos en el club, y por lo que he dejado que me manoseen. —Néstor arroja al hombre caído el sobre que ha sacado del bolsillo de la chaqueta.

—¡Lo has conseguido! —Luz casi grita, sosteniendo el papel con una mano mientras con la otra ayuda a Alfonso a incorporarse— ¿Cómo? Creí que tendríamos que quemar toda la casa de

los Dubois para destruirla.

—No ha sido necesario. Me la ha dado su propia mujer a cambio de apartar a su hijo de las garras de Marcus. Lo irónico es que yo lo habría hecho a cambio de nada. Al parecer encontró la carta en el despacho de Marcus hace unas semanas, antes de que huyera de los ataques de Cayetano el Negro. Sabe que Alfonso es mi suegro y no cree que la carta sea verdadera, solo una maniobra de su marido.

—Yo... lo...siento... —Alfonso habla, mientras apoya su peso sobre los hombros de Luz y caminan hacia la casa —. Tienes que ir por ella. Tú la traerás de vuelta, ¿verdad?

Néstor se para ante la pareja, interrogándolos con la mirada.

—Marcus se ha llevado a Dolores. — El color desaparece del rostro de Néstor cuando oye a su madre—. Quiere Aguastempladas y quiere que acabe con Cayetano el Negro, lleva meses acosándolo y ha matado a muchos de sus hombres, ha llegado a la conclusión de que solo un gitano puede librarle de ese asesino.

—Nadie puede librarle de ese asesino —sentencia Néstor.

—Yo lo sé, tú lo sabes... Pero Marcus no, y no lo creerá aunque se lo juremos.

—Entonces ¿qué quieres que haga?

—Busca a Dolores. Por lo que he

deducido la debe tener en algún lugar en la sierra. Lleva escondido allí desde hace semanas; piensa que no estará seguro en la ciudad, porque Cayetano el Negro lo ha atacado en su propia casa, delante de sus propias narices. El muy imbécil no sabe que estaba jugando con él, como un gato con un pequeño ratón. Se cree que puede despistarlo en su propio terreno, en las marismas, las campiñas, en los montes, ¡y solo está haciendo la cacería más interesante!

—Necesito coger algunas cosas antes de salir, y quiero que me cuentes todo lo que has averiguado hasta ahora.

Alrededores de Doñana, hoy

Néstor ha bajado del caballo contemplando el páramo a su alrededor, y suspira. Hay algo en el ocaso del sol sobre esa tierra que le ha visto nacer que siempre evoca en él un respeto que todavía no ha acabado de entender. Quizás por eso, a pesar de la angustia que siente, no recuerda un atardecer como aquel, en el que el cielo se pinta de malva, rojo y azul en contraste con el amarillo oro de la arena donde se oculta.

No es sino el instinto lo que le asegura que ella está cerca. No hay huellas, la brisa se ha ocupado de borrarlas con absoluta celeridad; ni un

sonido, solo el ruido del viento acompaña sus pasos.

Simplemente vuelve la cabeza y la ve bajo un montón de telas pardas por los días de sol, a varias decenas de varas de distancia. La excitación y el miedo a lo que realmente encontrará cuando esté junto a ella le asaltan por igual, haciendo que permanezca inmóvil unos segundos antes de poder reaccionar. Luego corre como no cree haberlo hecho jamás.

Sus normalmente poco expresivos rasgos se iluminan cuando al tocar la garganta, aún palpitante, entiende con absoluta certeza que ella sigue en este mundo. Acaricia su rostro, una cara delgada en extremo, quemada y sucia

que, cuando la gira hacia él y el sol del atardecer la ilumina, comprende que nunca le ha parecido más hermosa. Tiene los labios agrietados, el pelo enredado, la piel reseca, pero respira. No puede contener la única lágrima que, partiendo de su ojo derecho, surca su mejilla hasta caer sobre el rostro enjuto de su mujer. La leve gota camina hasta encontrar los labios de Dolores, donde una tímida lengua surge para saborear la súbita humedad.

Cuando ella abre los ojos, reconoce en su rostro la misma alegría que él experimenta. Complacido, la observa unos instantes en silencio, nota cada cambio en su expresión, interpretando

cada matiz que cruza su rostro.

—¿Eres mi ángel oscuro? —Un susurro apenas distinguible.

—Al menos me has llamado ángel y no demonio.

—Supongo que la distinción estaría en adónde piensas llevarnos, ¿al cielo? ¿o al infierno?

Con manos temblorosas Néstor palpa el abdomen duro y amplio de Dolores, oculto por un cúmulo de tela.

—¿Llevaros?

—Llevarnos, llevo días hablando con tu hijo, me ha mantenido con vida para ti.

—Dolores, Dolores, Dolores —dice por tercera vez, hundiendo la cara en la curva de su garganta—. Gracias a los

cielos.

Él se mueve un poco, tomándola en brazos con infinita delicadeza. El leve apretón le hace comprender que ha perdido mucho peso en esa semana. Aun sin querer ser brusco, camina a grandes zancadas hacia su caballo; debe darle de beber, aunque lentamente, y hacerle descender la temperatura cuanto antes.

—Dime que eres real, Adonaí... —El esfuerzo por hablar casi la hace arquearse sobre el estómago, pero no hay nada que expulsar de ahí—. Todo me parece como un sueño, no sé si sigo viva. Creía que todo estaba a punto de terminar. Acabo de soñar que llegabas, pero desapareciste de pronto y entonces

tú...

—Shhh, calla, no tienes demasiadas fuerzas para desperdiciar. Ya me lo contarás, tendremos años para eso.

Luego el tiempo se le escapa, como lo hizo la arena entre los dedos. Ella solo recordará imágenes inconexas. Una nueva cueva, agua abundante sobre sus labios aunque lentamente al principio, paños húmedos sobre el cuerpo, pequeñas porciones de sopa y pan, pero ante todo, el roce de la piel caliente de Néstor siempre bajo sus dedos ansiosos.

Recordará volver a casa, recibir el suave beso de su abuela y el abrazo cariñoso de su padre, pero no el camino

que la lleva hasta ellos. Podrá ver a retazos las mantas sobre las que durmió cada noche y el olor de la hoguera que la calentaba al atardecer. Verá todo eso como si se tratara de una serie de imágenes que van y vienen dentro de su memoria, pero no será capaz de establecer relación entre ellas ni ordenar lo que le ha ocurrido en cada momento.

Entonces, un día, amanece en su propia cama, vestida con uno de sus ligeros camisones blancos, con un terrible dolor de cabeza y el rostro y las manos embarrados en una sustancia pegajosa.

—¡Oh, señora! ¿Está despierta?

Nota las piernas.

Tal vez no debería estar tan feliz de hacerlo, a juzgar por las punzadas de dolor extremo que se clavan en sus músculos, como millones de hormigas picoteando cada pulgada de ella. La sensación se eleva hasta los brazos, y continúa hasta agarrotarle la mandíbula.

Pasan muchos minutos hasta que la impresión comienza a descender. Entonces es tan solo miembros doloridos y tobillos inflamados hasta el límite que les permite la piel. Una mujer agotada, reseca e hinchada.

Sospecha que no es una vista agradable; por la poca piel que puede alcanzar con sus ojos, comprueba que

está mudando casi todo el pellejo y alguien la ha vuelto a embadurnar en pomada. Sus labios no deben tener mejor vista, casi no acierta a cerrar la boca de lo hinchados y agrietados que están. Evidencia que pasar la lengua gruesa y reseca sobre ellos es un error en el instante justamente posterior a hacerlo.

Bien, tal vez lo más sencillo sea ignorarlo todo y volver a la inconsciencia.

—¡Señora! ¿Está despierta?

—Déja...me. —Arrastra la palabra con esfuerzo—. No me gusta... quiero... dormir...

—Ya suponíamos que no te gustaría.
—La voz que pensó no volver a oír

llega desde la puerta. Sus músculos protestan airados cuando intenta inútilmente erguirse para ver a Néstor —. Pero, si te duermes ahora, ¿estás segura que volverás a despertar?

—Eres cruel. —Un segundo intento, y de nuevo vuelve a caer sobre el colchón sin haberse levantado más de un palmo de su posición.

—Tu abuelo hizo un gran trabajo.

—Lo sabes. —Las palabras la sorprenden, aunque no debieran hacerlo, ya tendría que estar acostumbrada a sus misterios y medias verdades.

—¿Que es tu abuelo? ¿O que fue él quien casi te mata?

—Ambas, supongo. Y no me hizo

daño, solo un pequeño golpe, pero no soy una flor delicada.

—No, no te golpeó, Dolores. No le era necesario, solo te dejó abandonada, sola en el monte, no necesitaba empuñar una pistola o un cuchillo y hacer el agujero en tu pecho con sus propias manos. ¿Te vas a volver a quedar dormida y a permitir que él se salga con la suya?

—¡Pues ayúdame a levantarme de este maldito colchón y para de darme sermones! —grita cuando cae por tercera vez sobre la almohada.

Adonaí se acerca sonriendo a medias.

—Veo que he dejado de ser tu ángel...

—Mientras la endereza recolocándole dos cojines tras la espalda, ella alcanza

a besarlo en la mejilla.

—Gracias, sabía que me encontrarías, aunque...

—¿Aunque?, ¿estoy perdiendo tu confianza?

—No, no es eso, pero creía que estabas en Madrid. ¿Cómo volviste tan rápido? —La pregunta parece tomarlo por sorpresa, haciendo que se enderece súbitamente.

—Descansa, voy a traer algo de sopa y a limpiarte de nuevo algunos cortes.

De pronto se encuentra sola de nuevo, aún observando la puerta por la que él acaba de salir. No cree que nadie sea capaz de abandonar una estancia de forma tan rápida.

Se entretiene contemplando sus uñas rasgadas y sus palmas agrietadas a la espera de que él regrese con alguna historia inventada. Tiene calor, le duele todo y tiene hambre, y duda que esa situación cambie mucho en un futuro cercano. De hecho, le parece que no tendrá una comida decente en bastante tiempo.

—¿Cómo volviste tan pronto? ¿No has estado en Madrid, verdad? —Néstor todavía no ha dejado la bandeja que carga, repleta de gasas y medicinas, además de un cuenco de sopa, antes de que Dolores lo increpe con sus

preguntas en un tono acalorado—. ¿Dónde estabas?

—Qué propio de mi mujer comenzar por el lado equivocado de la historia — replica él—. Yo soy quien hará las preguntas, si no te importa. ¿Por qué se te ocurrió salir sola?, esperaste pacientemente a que yo no estuviera para escabullirte del cortijo, poniéndote en peligro a ti y al niño —a la vez que habla, él retira lentamente el camisón de la muchacha y comienza a limpiar la piel dañada con extrema suavidad, ayudándose de un paño húmedo para retirar la pomada antigua y sus dedos desnudos para volver a extender una nueva capa—. Voy a tener que atarte a esta cama.

—Es mi abuelo, mi abuelo... y me ha dejado allí, tirada, abandonada en ese desierto para que muriera de hambre, de sed y de miedo... Habló conmigo ¿sabes?, parecía amable y hasta llegué a creer que me tenía simpatía, supongo que solo pretendía que me portara de manera dócil en tanto negociaba con Luz y con mi padre. Aunque sigo sin entenderlo, hubiera sido suficiente que me disparara a la cabeza o al corazón, como hizo con Luis, no entiendo qué pretendía hacer tomándose tantas molestias para librarse de mí, cargándome hasta ese lugar perdido de la sierra. No le he hecho nada en mi vida, ni siquiera había cruzado dos

frases con él, ¿qué razón había para tanta saña, para tanto odio?

—No es contigo con quien luchaba, Dolores —Néstor continúa hablando, mientras le pasa un camisón limpio por la cabeza y ata los lazos sobre el pecho de la muchacha—. Tú solo eras un peón en un enorme tablero de ajedrez. Y, supongo, desde su retorcido punto de vista, abandonarte a tu suerte le parecía mucho menos pecado que matarte con sus propias manos, al fin y al cabo eres su nieta.

—¿Menos pecado? ¿Dejar que muriera en ese infierno? —la ira casi le hace chillar.

—No estoy seguro, quizás una parte de él le decía que lo lograrías —indica

Néstor, sopesando lentamente sus palabras mientras le acaricia la mejilla con los restos de unguento—. Al fin y al cabo, nadie sabe cómo actúa en realidad la mente enferma de ese tipo.

Dolores lanza un gemido cuando los dedos de Néstor rozan su frente despellejada.

—Ahora, Adonaí, dime por qué me mentiste.

—Necesitaba recuperar algo para mí —la voz de Alfonso resuena en el cuadro de la puerta—. No cometas el mismo error que tu padre, Dolores, juzga a este hombre en lo que vale, y te aseguro que es mucho. —Luego, observando al joven sentado junto a su

hija, Alfonso sonríe satisfecho—. Gracias de nuevo por hacer mucho más de lo que yo ser a capaz.

— Pap !, ven a darme un beso y deja de adorar a mi marido, ya se quiere él solo bastante.  D nde est  Luz?, tengo que hablar con ella... He encontrado otra entrada en las laderas... es algo espectacular... pero debemos sellarla antes de que alguien más lo descubra.

— Otra entrada? —Alfonso toma las manos de la mujer entre las suyas, acercándose para besarle la frente con suavidad—.  Qu  se descubrir ?

—Creo que debemos hablar, Alfonso, hay algo que tal vez deberías haber conocido desde hace años. —Mientras habla, Luz atraviesa lentamente la

habitación hasta sentarse a los pies de la cama.

Capítulo 23

Tormenta

Sanlúcar, mayo de 1868 (hoy)

El agua se desploma sin control, arrasando el horizonte como un manto gris plomizo. La lluvia comenzó hace tres días, como un simple aguacero de primavera; ya nadie es capaz de recordar cuándo sucedió que el simple gotear, a ratos cansino, al que el

semidesierto que los rodea les tiene acostumbrado, tornó en aquella tormenta desatada.

Nunca han visto tanta lluvia seguida, ni tan abundante. No, esta vez no se trata de un simple chaparrón repentino o la fina llovizna que cae constante durante toda una jornada en su lento goteo, con los únicos inconvenientes de unas perneras o el vuelo de las faldas calados y cuellos de camisa húmedos.

Es diferente, la llovizna ha derivado en aguacero y este en tormenta. Una tormenta que arrecia con cada hora que transcurre. En ocasiones, el recio viento que acompaña el rugir de los truenos hace que por momentos parezca ir cesando la violencia, leves claros

aparecen a espacios regulares, pero de la misma manera se tornan en espesos y oscuros nubarrones que ciegan cualquier rastro de claridad.

Acostumbrados a esas avenidas caprichosas de agua, los sanluqueños no esperan consecuencias demasiado graves. Tal vez, algunas viviendas anegadas, usualmente las más pobres y precariamente construidas, o algún animal pequeño arrastrado por una corriente de agua demasiado brusca e imprevista. Es sobre todo el ganado recluido en rediles el primero en perecer, incapaz de escapar de sus recintos cerrados mientras estos rebosan de agua.

Nadie teme a la lluvia y nadie se va a defender de ella, a huir a un lugar más alto. Desgraciadamente los cien años de casi sequía los han llevado a pensar que el lugar donde han erigido su ciudad no es sino un valle entre colinas, una tierra anormalmente fértil, próxima a un casi desierto. Fatalmente, ninguno de los más ancianos puede recordar que aquella gigantesca muesca entre las inmensas cordilleras de Andalucía occidental ha sido esculpida por el agua que alimenta el río Guadalquivir durante millones de años, y ese es por tanto el camino que buscará cuando los otros afluentes que bajan desde las cimas que la rodean estén colmados hasta explotar.

De nuevo el agua, como ocurriera hacía miles de años, arrasará el esfuerzo, la arrogancia y la vida del hombre.

Cuando el agua llega, el tiempo se detiene en un segundo. El fango, el lodo, las piedras, los troncos de árboles arrancados, las casas, los animales y los cuerpos de los hombres moribundos son tratados con la misma falta de consideración por la naturaleza.

Entonces el horror, puro y duro, no el miedo, sino el terror más simple, ahoga las gargantas de los asombrados supervivientes que contemplan el lodazal, que cubre lo que un día fue una ciudad próspera junto a las marismas y

al río.

De muchas de las viviendas de madera y piedra no han quedado más que los cimientos. Los enormes edificios públicos, las tres iglesias y los restos del amurallado exterior que una vez rodeara el enclave defensivo castellano, continúan en pie, aunque gravemente dañados en sus fachadas, y han sido invadidos por la maleza, las retamas y el lodo arrastrado desde la sierra.

La tormenta amaina de súbito y el silencio llega, roto por el correr de las aguas desbordadas y el lamento de los moribundos atrapados entre los escombros.

Cuando el padre Luciano baja desde el campanario de la iglesia de Nuestra

Señora de la O, acompañado de los casi treinta fieles que han conseguido refugiarse en el edificio, las noticias que le llegan son tan devastadoras como el escenario que se abre ante sus ojos cansados.

Dirigidos por un desbordado alcalde y lo que queda de la autoridad, los primeros hombres comienzan a distribuirse en cuadrillas desorganizadas para buscar supervivientes.

Don Luciano eleva sus plegarias por cada una de las víctimas y agradece al cielo por cada uno de los supervivientes, asegurándoles que encontrarán con vida a los

desaparecidos y recolocarán piedra por piedra cada una en su lugar.

Son las familias más humildes las más afectadas; acuden en masa a la iglesia para solicitar su protección, agua, comida y ayuda para escarbar entre los restos de lo que fueran sus hogares buscando supervivientes. Don Luciano reparte agua limpia, comida y bendiciones a cambio de rezos, plegarias y alguna promesa de bautizo. Luego envía emisarios a cada uno de los cortijos próximos pidiendo brazos, suministros y, especialmente, personas con conocimientos médicos.

Es así como jornaleros y señores, gentes que nunca se han puesto de acuerdo para nada, excepto el comercio,

y ciertamente nunca para trabajar en grupo, unen sus fuerzas por un breve lapso de tiempo, con el objetivo común de encontrar a sus seres queridos. Los señores trabajan sin descanso, codo a codo con los obreros, campesinos y los comerciantes. A intervalos, cuando unos paran para descansar, comer y curarse heridas menores, el resto continúa su búsqueda de vida.

Llega de nuevo la noche y los primeros grupos de ayuda aparecen, para la paz espiritual y física de don Luciano.

Liberado de trabajos menos intelectuales, se puede dedicar en exclusiva a salvar las almas de los

moribundos. Al amanecer, tras una noche agotadora, tañe la campana para llamar a su congregación a misa, como si fuera un día corriente del año, y después oficia delante de los cientos de heridos distribuidos en el ábside de la iglesia.

Centro de Sanlúcar

En la calle en la que durante más de cien años se habían asentado los vendedores de telas no queda nada más que escombros y enseres dispersos.

El comerciante Andrés Bastida camina entre los restos, arrastrando entre sus brazos dos amplios lienzos de

lo que un día fueran costosas sedas, roja y verde, ahora cubiertas de costras de barro. Mientras marcha con lentitud, repite en voz baja el cántico cadencioso y monótono del rosario que le llega desde la iglesia. Andrés lleva más de cinco horas, desde que el cielo ha dejado de vomitar agua, recorriendo el lugar en busca de su hija menor, una niña de cuatro años. El frío y la humedad que le empapa la ropa le hace casi imposible respirar sin acompañar cada inhalación con un temblor de todo su cuerpo.

La pequeña Ana no debería haber estado allí; su casa está en una zona alta de la ciudad, un lugar que seguramente

ha permanecido a salvo de la avalancha de piedras, agua y troncos.

No, ella no debería haber venido, pero Ana es la única niña entre siete hermanos, la más joven, hija predilecta de un padre viejo y cariñoso. Y cuando la niña insistió en ir a la tienda con él ese día, él no se pudo negar. Paradójicamente, su madre no estuvo muy de acuerdo, aduciendo que el tiempo lluvioso podía producir un enfriamiento sobre la pequeña.

¡Cielos!, no será capaz de volver a casa sin encontrarla. Se está volviendo loco de ansiedad, se siente viejo a pesar de sus apenas cincuenta años, y sus huesos, propensos a dolores, le hacen retardar los pasos, pero no puede volver

a su hogar sin encontrar al menos el cadáver de su hija. Mientras pueda, continuará caminando.

Él es la primera persona que encuentra el grupo de hombres y mujeres que llegan desde Pradobajo. Más de cincuenta, montados en una docena de carros, arrastrados por bueyes y cinco parejas de caballos de tiro.

La situación del cortijo, al otro lado del río, ha demorado su llegada unas horas, a la espera de atravesarlo cuando la marea estuviera baja y la pleamar no hiciera aún más peligroso cruzarlo en las barcazas en que habitualmente se hace el trayecto. Los carros han sido pertrechados con mantas, pan, frutas,

carne seca y agua limpia de los pozos del cortijo. El último porta una carga no menos importante de vendas y artículos médicos, entre los que se cuenta un rudimentario quirófano.

Mientras el comerciante está vuelto, enfrentado a la caravana, el tremendo ruido de un derrumbe le llega desde la espalda. Sus oídos, aún centrados en el cántico religioso, apenas registran el sonido.

Un joven alto y bien vestido salta del primer carromato mucho antes de que los caballos que lo arrastran detengan su paso, cruza corriendo al lado de Andrés, sin casi prestar la más mínima atención al vendedor de telas y, saltando por encima de los escombros, se agacha

entrando en los restos de una casa que apenas sostiene tres de sus cuatro paredes y un tercio del techo.

Si solo hubiese doblado la espalda para entrar y desaparecido de su vista, el hombre no le habría prestado un mayor interés, concentrado como está en encontrar el cuerpo sin vida de su hija. Pero el muchacho se gira, gritándole que se acerque.

—¡Ayúdeme!, necesito que levante esta viga mientras yo la saco. —Una mirada perdida y la leve sensación de que el hombre le dice algo son los únicos detalles que se registran en la mente de Andrés— ¿No me oye?, tenemos que sacarla... ¡José!, ¡José,

llama a mi padre!

Entre brumas, el mercader nota que otros dos hombres siguen al primero entre las ruinas, pasando ambos a pocas pulgadas de él, dejándole solo el tiempo necesario para evitar que pisen sus costosas sedas con las rudas botas de campo.

Luego no entiende nada mientras las voces de los hombres atronan en sus oídos taponados. Dos, o quizás son tres mujeres, siguen a los hombres y los chillidos aumentan.

Cuando el joven alto emerge de las ruinas, cargando entre sus brazos el cuerpo diminuto de una niña, Andrés cae sollozando de rodillas ante él.

—¿Es su nieta, caballero?

Néstor es consciente de que la naturaleza es un enemigo cruel. Su pueblo conoce esa realidad y respeta los alardes de ira de la madre tierra cuando eso ocurre; sabe que el hombre no tiene más remedio que acatar con resignación lo ocurrido y procurar minimizar los daños producidos. Así que no habrá ni tendrán tiempo para lamentarse, aunque posiblemente será sensato investigar por qué razón el desastre ha llegado a ser tan terrible como refleja el aspecto de la ciudad en la que se encuentran en ese instante.

Cuando la petición de ayuda llegó al cortijo, no necesitaron más de dos horas para preparar los carrromatos y encontrar

voluntarios. Casi el noventa por ciento de los empleados de Pradobajo proceden o tienen parientes cercanos en la ciudad, con lo que la mayoría se ofreció rápidamente para ir a prestar auxilio.

Las calles principales están tan cubiertas de lodo, follaje y enseres arrastrados por el agua que no pueden introducirse en ellas con los carrromatos y, por tanto, deciden dar un pequeño rodeo que les permita entrar en el centro del desastre con la mayor parte de la carga que llevan. Es por eso que acceden al centro por una zona nada habitual.

Por suerte la riada ha tenido lugar en domingo y la mayoría de las casas de

esa parte, fundamentalmente comercios y almacenes de mercancías, estaban casi desiertas. No les parece extraño adentrarse más de cien varas sin encontrar ni un alma. Los supervivientes deben estar auxiliando a los heridos un par de calles más al centro, donde abundan las viviendas con respecto a los negocios.

Néstor ve rápidamente al hombre caminando sobre el lodo. Al principio no reconoce su edad, ni su origen social, pues está tan totalmente cubierto de barro que sus ropas no son distinguibles. La lluvia, que lo ha calado hasta los huesos, ha pegado el ralo pelo al cráneo, mostrando severas entradas a ambos

lados de la cabeza.

No, piensa, no es un hombre joven, y necesita ayuda urgentemente, parece llevar horas caminando sin rumbo. Arrastra con él lo que parecen lienzos de alguna tela, varas y varas que han acabado enredadas entre los escombros y las ramas arrastradas y entre sus propias piernas, obligándolo a caminar dando zancadas altas para evitar caer.

Justo cuando Néstor se dispone a llamar su atención con un grito, una de las casas, que aún permanecen en pie casi en su totalidad, se derrumba, cayendo a plomo el techo y la fachada con un estruendo ensordecedor.

Por fortuna, el anciano se encuentra lo bastante alejado como para no verse

afectado por el derrumbe. Néstor suspira aliviado de que el hombre no estuviera más cerca de la vivienda un segundo antes de que la casa acabe de caer y, por supuesto, antes de oír el chillido aterrador que surge del edificio a punto de desplomarse. Hay alguien allí, el grito le ha llegado claro, aunque amortiguado por el atronador ruido de la piedra quebrándose.

Alarmado, salta del carro entrando en el edificio, cubriendo su boca con el pañuelo de cuello para evitar la nube de escombros que se ha formado. Afortunadamente, la lluvia ha empapado tanto los materiales que el polvo apenas persiste en suspensión unos instantes,

permitiéndole orientarse con cierta facilidad entre las ruinas.

—¿Hay alguien ahí?, conteste, vengo a ayudarle.

El hombre tiene que arrastrarse para introducirse entre las piedras y los restos de madera. Es un edificio recio, y reza para que lo que queda de él permanezca en pie el tiempo suficiente para permitirle encontrar a la persona que ha gritado.

Aterrado, Néstor recuerda el suave grito, perteneciente posiblemente a un niño o a una mujer muy joven.

—¿Dónde estás?, vengo a ayudarte, pequeño. —Silencio, roto tan solo por el crujido de las piedras precariamente equilibradas—. ¿Dónde estás?

Detenido en medio de lo que parece un amplio patio, Néstor mira a su alrededor agudizando los oídos. Si fuera otro hombre menos seguro de sus sentidos, tal vez habría abandonado la búsqueda, pero ha oído gritar lo suficientemente claro como para no darse por vencido.

El leve quejido surge desde su lado derecho, un gorjeo ahogado que le tensa todos los músculos, un ruido ampliamente reconocible para sus oídos de galeno: el sonido claro de la muerte inminente.

Girándose, descubre el origen. No se ven más que unas pequeñas piernas desnudas, delgadas, blancas y delicadas,

a pesar de los churretes de suciedad que las decoran, vestidas con un único calcetín que posiblemente era blanco, y que ahora aparece tiznado de polvo y barro. Unas piernas que sobresalen hasta las rodillas por debajo de los restos de una mesa, agitándose espasmódicamente al compás de los intentos estertóreos de su respiración.

Néstor no pierde el tiempo, agachándose junto al cuerpo de la pequeña en dos pasos. Con mano firme sujeta las cortas extremidades, evitando que siga golpeándose contra la madera de la mesa que la cubre y contempla angustiado cómo uno de sus brazos permanece atrapado bajo una enorme viga de madera; desafortunadamente el

extremo ha caído sobre su cuello produciéndole un aplastamiento de la laringe que le impide respirar.

Durante unos instantes, intenta levantar la madera que la cubre para liberarla; pero desiste a los pocos segundos, cuando comprende que él solo no puede sujetar a la niña y a la viga.

Rápidamente sale al exterior para buscar ayuda.

No le sorprende demasiado que el hombre de las telas no le preste apenas atención, parece desorientado y a punto de desfallecer.

Por fortuna, Isaac y uno de los braceros acuden rápidamente y pueden extraer a la chiquilla en pocos segundos.

Néstor contempla el cuerpo de la niña, que sigue sin poder respirar, debatiéndose en movimientos espasmódicos. Hay que insuflar aire dentro de sus pequeños pulmones de forma inmediata.

—Llama a Ana, que traiga mi maletín, José, rápidamente.

Mientras habla al hombre, él y su padre desnudan el tórax de la chiquilla, prestando el mayor cuidado en no tocar el brazo herido. Con manos expertas localiza la nuez sobre la garganta de la niña. Gracias a los cielos, Ana aparece rápidamente seguida de dos mujeres más.

—¡Aquí está doctor! ¿Qué tengo que hacer? —Sin apartar los brazos de la

niña, Néstor indica a la mujer que deje el pesado maletín frente a él.

—¡Ábrelo, Ana!, ahí, ¿ves esa botella color ámbar?, vierte un poco en ese pequeño cuchillo, sí, ese bisturí, el más corto. —Ana, demostrando una tranquilidad pasmosa, hace lo que el hombre le indica de la forma más rápida posible—. Bien, debajo de aquellas gasas hay una pequeña cánula... un tubito, Ana. Sí ese, límpialo también. Ahora dame ese paño blanco. ¡Padre, dame tu dedo índice!

Néstor coloca al hombre en la misma postura que él tenía, señalando claramente el lugar donde piensa hacer la incisión.

—¡Néstor, creo que es tarde, no puede respirar...!

—No, no vamos a dejar que se muera, pero es preferible perder tiempo en limpiarnos antes de hacer la incisión. Bien, ahora lava mis manos... y pon un poco en el cuello de la pequeña.

Con dedos ágiles, Néstor procede a deslizar el dedo desde el punto que señala Isaac hacia abajo, buscando la zona bajo el cartílago. Realiza una incisión justo en la parte anterior del hueco, evitando en la medida de lo posible la entrada de sangre a la vía respiratoria.

—¡Dame la cánula, Ana!

Con mano experta, introduce el tubo

con la lentitud y cuidado suficientes para no dañar las paredes internas de la tráquea. Una vez liberada la entrada, la niña toma una sonora aspiración de aire amplificadas por las paredes vibrantes de la cánula.

—¡Dios del cielo, está respirando!

El asombrado rostro de los que lo rodean no ayuda a controlar el corazón desbocado de Néstor. El joven se concentra en su pequeña paciente, afianzando la cánula sobre su garganta con ayuda de una venda antes de entablillar el brazo fracturado.

—No había visto nada igual en toda mi vida, doctor, es un milagro.

—Me temo que solo es ciencia, Ana.

«Y mucha fortuna», piensa, mientras

algo más calmado se levanta sosteniendo entre sus brazos a la pequeña, acercándola a su pecho para recrearse en el sonido de su respiración.

Es la primera vez que ha intentado una maniobra de reanimación de ese tipo, y es consciente de que ahora que ha conseguido estabilizar a la niña tendrá que recomponer la parte de la laringe dañada, para que pueda volver a respirar por sí misma. Pero eso deberá esperar hasta que el quirófano de urgencia que piensa instalar esté montado. Luego, sale al exterior.

Horas después, esa misma tarde, otros

cinco cuerpos son rescatados de entre el lodo por las propias manos de Néstor, aunque desgraciadamente solo dos mantienen un soplo de vida y únicamente el más joven, un chico de quince años, puede ser salvado por el médico.

Afortunadamente, esa noche, cuando el hombre se sienta durante apenas cinco minutos a comer, ya ha conseguido atender con éxito a más de veinte personas entre hombres mujeres y niños. Gentes que hubieran muerto debido a heridas graves si no hubieran sido operados de urgencia o por desangramiento, al perder alguna de sus extremidades, si la hemorragia no hubiera sido atajada rápida y de forma eficiente por el cirujano. Néstor decide

que a partir de ese momento se quedará en el improvisado hospital a la espera de que le lleguen los heridos, y dejará a sus hombres la labor de desenterrar a los muertos de entre el lodo.

Pradobajo, mayo de 1868 (hoy)

No es el mejor día para nacer. No, ni siquiera la mejor hora. No hoy que precisamente su madre está sola en la cama enorme que ha compartido durante los últimos tres meses.

Dolores lleva poco más de dos horas intentando dormir, pero el viento y los relámpagos continuos, acuchillando el

horizonte perlado de negro que asoma desde su ventana, no le han dejado otra opción. Es consciente de que durante bastante tiempo no habrá más descanso, ni sueño, ni tranquilidad.

Después de unos segundos, el impulso de levantarse del colchón que se hunde, absorbiéndola en su interior, retorna, haciéndose imperioso. Sin embargo, cuando trata de erguirse, un dolor agudo le atraviesa el abdomen hasta hacer que desee gritar. Solo la certeza de que nadie oirá sus lamentos bajo el ruido de los truenos la hace desistir; eso y la conciencia del líquido caliente y espeso que empieza a descender por sus muslos. Tiene miedo.

El dolor vuelve, y grita, esta vez

incapaz de detenerse a pensar en la inutilidad de ese gesto.

—¡Adonaí!

Él no la oye, ni lo haría aunque chillara con la fuerza de cien gargantas. No está cerca, ni siquiera en Pradobajo. Desde ayer por la mañana lucha con la totalidad de los braceros y las gentes de Sanlúcar en intentar rescatar a los supervivientes del desastre que asoló la ciudad hace dos días.

—¡Adonaí! —vuelve a gritar.

¿Por qué no llamar a quien realmente necesita cuando cualquier otro nombre sería igual de inútil en ese aislamiento que la rodea?

No está sola en la casa. Su abuela

sigue allí y al menos tres de las sirvientas, pero son las más ancianas, lentas y sordas como tapias; el resto de las mujeres también viajaron a la ciudad para ayudar. Su abuela duerme en la otra ala de la casa. Decidió dejarlos a ese lado para que su marido y ella se sintieran más tranquilos si hacían algún ruido. Dolores sospecha que también prefiere que no oigan los que producen ella e Isaac.

—¿Dónde estás cuando te necesito, Adonái?

Sabe que él no está lejos por su gusto, es su deber como ser humano y como médico lo que lo aleja de ella. Y a pesar de ser consciente de lo injusto de sus reclamos, oír sus pensamientos en voz

alta le hace aguantar despierta. No debería volver a perder la conciencia, no cree que sea bueno, necesita asistencia cuanto antes.

¿Una hora?, ¿Dos? Vuelve a despertar.

Sigue yaciendo inmóvil, sola, dolorida; la debilidad que le ha producido el viaje por los montes y la campiña le pasa factura de forma cruenta; de nuevo nota las negras nubes de la inconsciencia que la rodean, aplastándola sobre el colchón, impulsándola a seguir durmiendo. No puede volver a sucumbir, su hijo va a

llegar, pronto, mucho antes de lo que debiera, y ambos van a necesitar ayuda.

En un esfuerzo supremo, eleva el torso sobre las palmas de sus manos temblorosas. No tiene fuerzas para bajar de la cama, mucho menos para llegar a la puerta y pedir auxilio. Ninguna criada la llamará hasta bien entrado el día. Entonces puede que ya no haya nadie a quien despertar. A su derecha, la robusta mesa, en la que deposita las velas y los libros de lectura, aún conserva una jarra de agua y dos vasos. Tal vez lo suficiente para hacer ruido. Ahora solo tiene que mantenerse sobre un brazo y hacer que caigan al suelo justo en el hueco entre dos truenos.

Nunca pensó que sostenerse sobre un

único miembro fuera un trabajo tan titánico. Ni que mover una mesita requiriera apoyar todo su cuerpo sobre la madera.

En un impulso final, logra levantar dos de las cuatro patas que le dan estabilidad, pero desgraciadamente la suya desaparece en ese mismo momento, haciendo que caiga sobre el mueble que acaba de tumbar.

Por fortuna, la caída conjunta del mueble y de la mujer produce un ruido atronador al golpear el suelo. Cuando la conciencia la abandona, tumbada sobre su abdomen, reza por no haber dañado a su niño en el camino.

Los párpados le pesan. Abre

levemente los ojos, la vista de las vigas de madera que atraviesan el techo de su dormitorio le confirman que ha sido descubierta, alguien la ha devuelto a la cama y vuelve a estar tumbada sobre la espalda. A través de la ventana, la claridad del día plomizo que acaba de amanecer se filtra hasta ella.

Una presencia a su derecha le hace girar el rostro, suspira apenada cuando no es a Néstor a quien encuentra junto a su cabecera, aunque la sonrisa bastante escasa que le regala su abuela sea todo un presente. Su pelo, tan rojo como el suyo, aunque mucho más largo, cuelga libre como nunca antes lo ha visto. El camisón blanco y la bata apenas cerrada muestran un aspecto descuidado nada

habitual en ella. Ese no puede ser uno de sus abundantes sueños, jamás la habría inventado de esa manera.

La patada enérgica en su abdomen y el dolor sordo y corrosivo que la acompaña le confirman su vigilia. Está despierta.

—Quieta, no debes moverte. —Luz le toma una de las manos, su tacto caliente la sorprende—. Vas a tener a tu hijo.

—No —la negación de Dolores es contestada con una silenciosa de la cabeza de Luz—. No, no puede ser, aún falta más de un mes y... Adonái no está aquí.

—Lo siento, Dolores. —Encierra la mano que le tiene tomada entre las dos

suyas—. Has roto aguas, cuando eso ocurre el niño debe nacer en las siguientes horas si todo está bien. —Un leve apretón para hacer que vuelva a mirarla—. Y, esté o no aquí su padre, él lo hará.

Un sonido que no acaba de reconocer como suyo escapa de la garganta de la joven.

—¡Llámalo, Luz! —Una nueva contracción la hace silenciar—. Haz que lo busquen, necesito un médico, ¡necesito a Adonái...!

Un secuestro, el camino, el hambre y la sed, no puede volver a enfrentarse a la muerte sin tenerlo cerca. Su ruego silencioso le hiere el alma a Luz Bella. Ese alma que ella asegura no tener.

Dolores sabe que es injusta, provocándole más angustia con sus palabras, pero tiene miedo de que todo acabe si él no está allí a su lado. Tal vez sea el embarazo, el cansancio, el miedo al dolor incluso, pero no quiere pasar por nada más sin contar con él.

—Es médico, Luz, el mejor... Tienes que traerlo, el no dejará que nos ocurra nada.

—Yo no dejaré que os ocurra nada, te lo juro, niña.

El sonido de unos pasos robustos, que se aproximan por el pasillo, la hace sonreír ilusionada. Cree que él está allí.

—¿Dónde está la comadrona? —La voz, grave, masculina y amada le hace

volver a temblar—. Quiero que traigan a esa condenada mujer cuanto antes... ¿Dónde está ese demonio de hombre cuando se le necesita? — pregunta su padre, atravesando la puerta.

Dolores es consciente del deplorable aspecto que tiene cuando él se detiene junto al marco durante unos segundos. En un gesto involuntario, Alfonso se aparta el pelo de la cara, dejándole ver la palidez inusual que cubre sus facciones, normalmente morenas.

—¡Papá! ¡Búscalos, papá...! debes encontrarlos y hacer que vengan cuanto antes. El niño está llegando, no puedo hacerlo sola.

El hombre avanza hasta el otro lado de la cama, tomando la mano que Luz le

ha dejado libre.

—No te esfuerces, amor, tienes que reservar las fuerzas. —Luego, dirigiéndose a la otra mujer, le increpa —: ¿Tienes idea de dónde puede estar? ¿Le has mandado buscar? ¿Has mandado llamar a la comadrona? ¿Cuándo nacerá?, ¿está todo bien?

—Supongo que no querrás que te conteste todas tus preguntas en el mismo orden en el que las hiciste. —La rígida mirada que le devuelve Alfonso la hace callar unos instantes—. Mi hijo está en el pueblo, o en lo que ha quedado tras la inundación. Sospecho que no has pasado por el lugar, te aseguro que las imágenes son dantescas, llevan dos días

desenterrando cuerpos de entre los escombros y el fango. A estas alturas ya no encontrarán a nadie vivo, aunque lo seguirán intentando al menos hasta mañana por la tarde.

—¿No había suficientes braceros para apartar los escombros?

—¿Olvidas que mi hijo no es un bracero? Son sus conocimientos médicos los que están salvando vidas, no la fuerza de sus brazos. —Traga saliva levemente, recuperando el tono calmado que la caracteriza, tal vez enfurecida por el leve arranque de ira que ha demostrado—. Es su obligación estar ahí y no lo haré volver. —Sus palabras, aunque sabe que son justas, hieren profundamente a la muchacha—.

¿Lo entiendes, Dolores? —Muy a su pesar, Dolores asiente—. No os pasará nada a ti ni a tu hijo. Eres una mujer muy fuerte, aunque ahora estés un poco debilitada por haber perdido peso. Eres valiente y estás sana y tu hijo es tan fuerte como sus padres. Nacerá, y puede que el que lo haga tan pronto sea una ventaja si es un varón; tal vez tuvieras dificultad para parir un niño de nueve meses grande como su padre siendo tú tan pequeña.

Una anciana que la muchacha no reconoce entra rápidamente. Ella tampoco se ha peinado aún, aunque comprueba que le ha dado tiempo de ponerse un vestido gris, cerrado en el

frente por una interminable fila de diminutos botones. Lleva un vaso en una mano y una jarra en la otra, supone que para sustituir los que ella rompió.

—Toma, bebe.

Su padre le cede el lugar, mientras se aparta para apoyarse sobre la pared derecha del dormitorio. Ella le ayuda a llevar el líquido hasta sus labios. Es una bebida caliente y bastante dulce que le resulta agradable, así que la bebe de un tirón cuando la mujer la suelta.

Después vuelve a fijar la vista en Luz, notando de nuevo una contracción seguida de un dolor que le atraviesa todo el cuerpo; antes de devolverle el vaso a la anciana, este escapa de sus manos junto con un quejido que no

puede retener.

—¿Es normal que duela tanto? o ¿me estoy muriendo?

—Por favor, Dolores, no seas tonta. Traer un niño al mundo es doloroso para cualquier mujer, y cuando es el primero suele prolongarse más tiempo, a veces días enteros. Tienes que descansar, ser valiente y aguantar.

—Eres única para dar esperanzas. — Una segunda contracción la vuelve a doblar sobre el colchón. Tal vez todo aquel sufrimiento sea normal, pero duda que nadie llegue a tener un segundo hijo si soportar ese dolor es lo habitual—. ¡Estoy sangrando! —grita cuando observa la mancha roja entre sus piernas

— ¡Estoy sangrando, abuela!, y... y...
está llegando ahora, demasiado pronto
—deja de hablar cuando un nuevo dolor
agudo junto con una oleada de miedo le
eriza la piel.

—Todo va a ir bien. —Su voz es
serena, sus manos firmes sobre la
muñeca de Dolores, sus ojos no
parpadean, pero ella sabe que le miente.

—¿Vivirá?, ¿viviremos?

—Nunca se puede saber. Muchos
niños mueren durante el parto, pero ese
no va a ser tu caso, vas a parir a mi
nieto y va a ser un bebé sano. Es normal
que algunos niños lleguen antes de
tiempo, y más de siete meses es tiempo
suficiente para nacer, aunque al
principio parezca demasiado pequeño o

demasiado débil.

—¡Vivirá! ¡Puede nacer débil, pero Adonái hará que crezca sano, yo lo haré fuerte!

—Por supuesto —habla Alfonso con voz tranquilizadora—. Y estos dos viejos, junto con su otro abuelo, se encargarán de hacer de él o de ella la criatura más malcriada de toda Andalucía.

—Ahora, relájate, por favor. Voy a cambiarte la ropa, antes no hemos querido moverte demasiado mientras estabas dormida, pero toda esa sangre que ves es antigua. La hemorragia casi es imperceptible en este momento, no vas a perder mucha más, y todo irá bien.

Lentamente Luz le suelta las manos y se levanta para sacar un camisón nuevo y un montón de sábanas dobladas del ropero.

—Ha perdido mucha sangre, señora...
—habla la anciana.

La vieja comadrona permanece estática frente a su ama en el salón del piano. Pese a su edad, que la hace inmune en parte al miedo atroz que inspira aquella mujer en todos sus empleados, no puede pensar solo en lo que le podría suceder a ella misma.

No, tiene familia, una extensa y próspera familia con cinco hijos y más de veinte nietos que viven, trabajan y comen gracias al trabajo y el techo que

les proporciona la señora de Pradobajo. En ese momento, enfadarla podría ser una sentencia para toda su familia, más aún en la situación en la que ha quedado la ciudad por la terrible inundación. Si contraría a doña Luz, la echará del cortijo, y conoce demasiado a aquella mujer poderosa que la mira desde sus fríos ojos verdes. No, no se contentará con despedirla de la hacienda, sino que sus hijos y nietos, hasta sus perros, saldrán con ella, y no serán bien recibidos en ningún lugar en cuarenta leguas a la redonda.

—... y es demasiado pronto para el bebé, aún es muy pequeño..., señora —
continúa.

Erguida, perfectamente peinada y

vestida, Luz sigue observándola e instándola a hablar con su silencio. En un deseo irrefrenable de encontrar una cara amable, la comadrona se vuelve hacia el hombre enorme que permanece a la espalda de la Roja.

—La muchacha está muy débil, señor, ya ha visto lo delgada y deshidratada que tiene la piel, hago lo que puedo, pero quizás haya problemas...

—¿Magdalena?, ¿te llamas Magdalena, verdad? Sí, Magdalena, creo recordar que hablamos el día en que nació mi hija, por aquel entonces parecías más joven que yo, puede que lo fueras.... Fue tu abuela la que me atendió en el parto y creo recordar que era una

magnífica comadrona. —Pese a no desearlo, Magdalena tiene que observar el rostro pétreo de Luz—. Bien, vuelves a mirarme. Reconozco que para una mujer el aspecto de Alfonso es mucho más agradable, pero en Pradobajo soy yo quien manda, así que te ruego que de ahora en adelante no lo olvides y te dirijas a mí.

—Señora, yo...

—¿Tú?, ¿tienes algo más que decir que no sepamos?, te he mandado llamar para que la ayudes, no para que nos digas lo que somos capaces de averiguar por nosotros mismos.

—Lo siento, hago lo que puedo...

—Y serás recompensada por ello, pero no puedo tolerar que no actúes

como sabes y como debieras solo porque estás aterrorizada por mi presencia. No soy tan terrible, y, aunque lo fuera, no soy tan idiota para no reconocer los problemas que existen en este caso; sé que hay dificultades, sé que es pronto, sé que está débil, pero aún no sé qué es lo que vas a hacer para evitar todas esas verdades o si tu miedo es tan grande que mejor no dejes que te acerques a mi nieta y a su hijo.

—No, señora, no tengo miedo por mí; pero mis hijos y nietos dependen de usted y sí la muchacha o el niño.

—No hablemos del futuro, no tengo nada contra ti ni tu familia, solo haz lo que sabes y olvida el resto. Si ocurre un

contratiempo ya hablaremos después, pero será algo únicamente entre tú y yo, mujer contra mujer, no ama y sirvienta, ¿comprendes?

—Comprendo, señora.

—Bien, ahora sube y salva a mi nieta.

La anciana abandona lentamente la habitación, mientras Luz nota la presencia de Alfonso cada vez más próxima, hasta que su mano descansa en el delicado hombro de la mujer.

—No sé si está más o menos tranquila que hace unos minutos, pero te aseguro que hará todo lo posible por que continúen con vida. —En un gesto que le es ya casi involuntario, Luz cubre con la suya la mano del hombre, descansando todo el peso de su cuerpo sobre su

estómago—. ¿Lo han encontrado?

—No, aún no, ya he mandado a tres hombres, pero Sanlúcar es un caos. Tengo miedo, Alfonso. He intentado convencerla de que no lo necesitamos, pero, ya ves, todavía sigue llamándolo a voces cada cinco minutos. No me ha creído ni una palabra. ¿Será el destino tan cruel como para dejar que la perdamos después de haberla sacado de ese infierno?, Adonái no se lo perdonará si no regresa a tiempo...

—Yo mismo iré a buscarlo en cuanto compruebe cómo está Dolores, te juro que lo traeré de vuelta aunque tenga que retirar cada escombros con mis propias manos.

—¿Que no me crees? —Luz la mira enfurecida, acercándose hasta ella—. ¿Eres capaz de insultarme de esa manera?

—Yo... —no puede terminar y vuelve a caer sobre la cama.

—Te he dicho que todo va a salir bien y tienes que creerme. Tu padre ha ido a buscar a Adonaí, pero solo porque es el padre de la criatura y pienso que debe estar junto a ti, tomando tu mano y oyendo todos los insultos que hasta ahora solo nos has dirigido a tu padre y a mí. Al fin y al cabo, junto a ti, es el mayor responsable de que te encuentres

en esta situación. Vendrán pronto, entonces tendrás la oportunidad de engañarte y engañarle jurándole que no volverá a ponerte una mano encima.

—Si viene, no será una maldita mentira lo que estaré diciéndole, no voy a volver a pasar por esto jamás en mi vida.

Cuchillos romos parecen clavarse en sus costados mientras grita furiosa. Cierra los ojos para combatir el dolor, siendo consciente de que su abuela ha vuelto a lograr que escape del sopor que volvía a sumirla en la inconsciencia. Por cuarta vez desde que despertó en la noche, hace más de doce horas, ha conseguido hacer que siga luchando al provocar su ira. Pero no va a dejar que

vuelva a salir victoriosa sin luchar.

Gira la cabeza cuando el dolor remite levemente. Contempla a las dos mujeres con expresión furiosa y acusadora. La comadrona sonríe, Luz la reta a volver a llamarla mentirosa.

— Por qué no viene entonces?  Por qué?

—Ya te he dicho que tu padre ha ido a buscarle, no tardarán en llegar, aunque puede que tu hijo nos sorprenda apareciendo antes. No necesitas un médico, la comadrona te ha encontrado en perfecto estado y te ayudar  a tenerlo.

— Un cuerno en perfecto estado!, vuelves a contarme historias, abuela. Este dolor es insoportable, y sigo

sangrando, algo no va bien.

En ese momento, Magdalena, la matrona que lleva horas observando sus imperceptibles progresos de dilatación, se mueve acercándose, e inmediatamente empieza a revisarla por enésima vez.

—Esto no anda bien —susurra a su abuela y, aunque ella la manda callar, sus palabras ya han llegado a los oídos de Dolores—. Vuelve a sangrar..., aunque ha dilatado mucho desde la última vez, no tendría que perder mucha más.

La muchacha intenta ignorarla, no necesita escuchar más malas noticias, pero entonces es traspasada por otro dolor mucho más intenso que el anterior y no tiene tiempo de insultar a aquella

mujer. La presión aumenta en su abdomen, exigiéndole pujar con todas sus fuerzas para expulsar al niño.

No sabe si tiene espacio suficiente, si posee fuerzas para enfrentarse al mundo, pero aumenta la presión de su empuje en cada contracción, una y otra vez, chillando con todas las fuerzas y apretando la mandíbula a intervalos, cada vez más rápido, sin dejar entre un empuje y otro más que el tiempo de gritar y tomar aliento de nuevo.

—¿Dónde te has metido, maldito doctor? Llevo horas esperándote, creí asegurarme una buena atención cuando

me casé con un médico.

Sudorosa, Dolores levanta el torso para enfrentarle la mirada mientras él se acerca, enderezándose tanto como los doloridos músculos de sus antebrazos le permiten. Néstor le sonríe, desmontando su furia. Lleva la ropa descolocada, manchada de barro y su levita aún gotea. El cabello le cuelga recogido sobre el hombro derecho, mojado y con mechones sueltos.

—He venido en cuanto he podido, Dolores. La inundación nos ha dejado mucho trabajo. —Se detiene a unos seis pasos, Dolores supone que de pronto consciente del aspecto desaliñado y sucio que presenta—. ¿Cómo estás?

—Como si hubiera atravesado a nado

el Guadalquivir. ¿Qué piensas que he estado haciendo mientras te hacías el héroe?

Vuelve a sonreír y vuelve a desarmarla, aunque ella reprime el acto reflejo de devolver la sonrisa. Quiere mantener a toda costa su actitud severa y, aunque ya casi no recuerda las horas de dolor que ha pasado y que no han terminado hasta hace unos minutos, desea que él las sienta un poco más.

Manuela, que llegó con su padre de Aguastempladas, entra en la habitación, arrullando en sus brazos al bebé, que se agita protestón en la sábana que lo abraza.

—¡Vea, señor!, aquí está, aún un poco

sucio pero, ¡mire que hermosa criatura! Pronto la muchacha traerá agua templada para dejarlo como se merece. Supongo que querrá examinarlo.

Mientras habla, amaga con entregarle el gimoteador bulto de ropa. Él no habla, tampoco recoge lo que se le entrega, se limita a abrir la ropa para observar el cuerpo desnudo de la criatura recién nacida.

—¡Gracias a los cielos! —exclama con alivio, dejando de nuevo a Dolores con la boca abierta, y tan indignada como hace unos minutos.

—¿Das gracias a los cielos porque no es una niña, maldito misógino?

—No, amor... —y el deje suspensivo lo acompaña con más sonrisas— doy

gracias a los cielos porque no es pelirrojo. —Muy a su pesar, Dolores acaba soltando una risa, que hace que le duela toda la parte inferior del abdomen —. Lava al niño, Manuela. Parece bastante sano, ahora quiero examinar a mi mujer mientras aún le dura el buen humor. —Se vuelve hacia la puerta, parándose antes de atravesarla—. Voy a asearme y vestir algo que no haya llevado los últimos tres días. No vayas a ningún lado sin mí, Dolores. Manuela, pide a alguna muchacha que traigan una bañera de agua templada a la habitación del final del pasillo y un barreño a esta. Cuando acabes con el niño, te llamaré para que me ayudes con la señora.

Se gira y, unos segundos después, cuando alza la vista, la muchacha vuelve a encontrar su cuerpo apoyado despreocupadamente sobre el quicio de madera, observando.

—Por cierto, Dolores, gracias. Ese niño es el regalo más hermoso que nunca me han dado.

Acaricia levemente la madera después de hablar; luego, agachando el rostro, se gira para desaparecer en el pasillo.

Capítulo 24

Venganza

*Afuera de Sanlúcar, julio de 1868
(hoy)*

Es el último, el último de sus hombres el que se enfrenta luchando a muerte ante sus ojos contra el propio Cayetano el Negro.

Con un habano a medio quemar entre los dientes, la barba descuidada de tres

días y un traje cubierto de polvo, Marcus contempla aterrado la pelea que tiene lugar entre ambos hombres en el bosque de pinos que los rodea.

Lleva meses huyendo de los hombres del bandolero gitano, todos y cada uno de los seis asesinos a sueldo que contrató para acabar con él fueron cayendo uno a uno, mientras sus manos derechas, limpiamente cortadas, le iban llegando a intervalos regulares, como sádicos presentes, en cajas cerradas.

Luego se atrincheró en su propia casa, rodeado de su mujer e hijas, para convertirla en una fortaleza; treinta hombres habían protegido la propiedad, mercenarios entrenados, que habían resultado ser meros juguetes en manos

de Cayetano el Negro.

Cuando el número dieciocho cayó durante la noche de hacía dos meses, decidió que debía pasar a otro tipo de ataque. Si él no podía acabar con ese asesino debía obligar a alguien de su misma valía a hacerlo. Secuestró a la hija de Alfonso García, y exigió la cabeza de Cayetano el Negro a cambio de su vida. Luz sabía cómo deshacerse del perro de caza que ella misma le había lanzado. Por desgracia, la mujer lo conocía lo suficiente como para saber que nunca le devolvería a la muchacha aunque cumpliera su parte del trato, y se había centrado en encontrarla en la inmensidad de las marismas, dunas y

sierras del valle del Guadalquivir, cuando él la creía dedicada en cuerpo y alma a salvarle el pellejo a él mismo.

Cayetano el Negro se endereza sonriente frente al hombre de Marcus, sujetando la enorme hoja de su faca frente al estómago del otro; repentinamente y de un solo tajo cercena su vida.

Girándose hacia su objetivo final, observa la cara de su próxima víctima. Marcus, parado a tres varas, lo deja acercarse a su lado, esperando recibir un ataque que sabe será rápido y violento como el de una víbora.

El gitano salta cuando se encuentra a solo cinco pasos, blandiendo el cuchillo en el aire, demostrando una agilidad

felina impropia de su edad. Un segundo antes de alcanzar su objetivo, el disparo resuena, partiendo de la mano oculta bajo el bolsillo de la chaqueta de Marcus.

Apartándose a un lado, deja que el cuerpo del gitano golpee el duro suelo de piedra y rueda ladera abajo, herido de muerte en el vientre, durante unos segundos.

—Está claro que es uno mismo quien debe sacar su propia basura.

Sonriendo ahora con una mueca macabra, se acerca al cuerpo inmóvil para rematarlo de un tiro en la sien.

—Gracias, Marcus. —Las palabras le llegan desde atrás, haciéndolo temblar

hasta la médula. La misma voz, serena y calmada, que lo ha perseguido durante cuarenta años; no necesita girarse para conocer a la dueña de ese tono inconfundible—. Acabas de librar a Andalucía de uno de sus mayores y más buscados asesinos, lástima que no seas tú quien cobre la recompensa.

—Luz O'Brien, nos volvemos a encontrar.

—Te equivocas, yo te he encontrado. Solo, por fin.

—Solo, pero no desarmado. —Antes de girarse afianza los dedos sobre el gatillo de su pistola—. Ya has visto cómo he acabado con un luchador como Cayetano el Negro, aún no soy el viejo inofensivo que podrías pensar.

Mientras habla, el hombre nota el leve pinchazo sobre el cuello, justo por encima del final de su camisa, como la picadura de una abeja. Eleva la mano hasta tropezar con la diminuta saeta clavada en la piel.

Asombrado, se da la vuelta para observar el rostro de la mujer a quince pasos de él y fijar la vista sobre la pequeña caña hueca que ella gira distraídamente entre sus dedos.

—Yo, en cambio, soy solo una mujer. Igual que hace años, ¿recuerdas? No puedo luchar contra un hombre, como tampoco lo pude entonces, carezco de tu fuerza. Desgraciadamente para ti, sé usar las armas de las mujeres y no tengo

los escrúpulos de un guerrero como Cayetano el Negro para preferir matarte con mis propias manos. No tengo el suficiente honor para no emplear el engaño y el veneno, si eso consigue la consecución de mis objetivos.

—¿Veneno?

De forma involuntaria, la mano del hombre acude al punto de dolor localizado en su cuello, mientras aferra la pistola aún caliente entre sus manos.

—Exacto, veneno, extraído y destilado siguiendo una antigua receta gitana, especialmente para ti.

—No te creo, no me encuentro... m... a... a... l.

La pistola cae de entre sus dedos sin que sus manos puedan sostenerla y ni

mucho menos apretar el gatillo.

En unos segundos Marcus pierde la capacidad de hablar, de moverse y de permanecer de pie para caer con un sonido sordo sobre el suelo.

—¿No es una maravilla? Tardé cinco años en obtener una dosis suficiente, pero la espera y el trabajo merecieron la pena... ¿No crees? —Observándolo desde arriba, continúa hablando—. ¿Aún puedes verme, cierto? La visión y la consciencia es lo último que perderás, aunque seas incapaz de mover ni un solo músculo, ni siquiera los de los ojos.

Moviéndose a un lado, Luz consigue apartarse de su limitado campo de

visión.

—¿Aterrador, verdad?, ya no puedes verme, solo oír y sentir todo lo que voy a hacer con esta piltrafa que llamas cuerpo.

Poco a poco, el asombro da paso al miedo más absoluto en Marcus; y este al terror, aun luchando por controlar alguno de los cientos de músculos de su cuerpo de forma infructuosa, hasta caer en la oscuridad total cuando sus párpados son cerrados por los dedos de Luz.

Luz necesita a Isaac. De nuevo la impotencia de su cuerpo de mujer la hace rabiar, un cuerpo pequeño, ahora

agotado aún más por la factura que empieza a pasar la edad. El plan, elaborado y madurado lentamente en los últimos años, ha dado sus frutos; y por fin tiene a Marcus Dubois justo donde ha soñado durante treinta y nueve años. Una venganza servida fría, casi helada, pero suya al fin.

No tardará en concluir todo; él último eslabón de la cadena que la une a ese destino final está a punto de caer ante sus ojos. Apenas puede ocultar la emoción que siente tras la fachada de fría indiferencia que la caracteriza. Han sido tantos años, tantos sentimientos refrenados los que acabarán por salir, que su impaciencia casi roza la

desesperación. No se ha permitido ni un fallo, ni un segundo de vacilación en la certeza de que el suspicaz Marcus habría vuelto a escapar, como la serpiente que es, de nuevo de entre sus dedos.

El hombre permanece acostado boca arriba, desnudo, inconsciente y con los miembros extendidos sobre la tierra, forzados en cruz por las tiras de esparto que han sido atadas a sus muñecas y tobillos, anclándolos a los postes clavados en el suelo albarizo.

Luz mira a su prisionero. Ha engordado en los últimos meses, aunque solo a la altura del abdomen; es difícil distinguir en aquel despojo humano el magnífico hombre que fue treinta años

atrás. Su piel macilenta y algo amarilla denota que alguna enfermedad lo corroe desde dentro. El maldito idiota debe haberse contagiado de sífilis o de alguna otra porquería parecida.

Por unos segundos, Luz duda en dejar que sea la propia enfermedad quien acabe destruyéndolo poco a poco. Solo por unos segundos.

El sol del mediodía abrasa el desierto paisaje, el mejor momento para iniciar la función. En una hora el termómetro alcanzará su máximo nivel. Quiere que la tierra que lo rodea queme como el fuego del infierno. Ese averno al que pronto lo enviará, si es posible, empujado por sus propias manos.

Apartados del mundo habitado, en algún lugar en mitad de las dunas y marismas, puede que tarden siglos en encontrar los restos que pronto dejarán abandonados. Es muy probable que acaben siendo comidos por los buitres y arrastrados por el viento mucho antes de que otro ser humano pise el lugar. La localización perfecta. Luz es consciente de que nadie moverá un dedo por buscar a ese individuo, ni siquiera sus propios hombres, aunque Cayetano el Negro no los hubiera dejado inútiles o cadáveres días atrás; ni sus hijos o esposa, tampoco las autoridades, en el convencimiento absoluto de que ambos depredadores habrán acabado

mutuamente con sus miserables existencias.

Impaciente, golpea el costado del hombre con la punta de su zapato. Con un gemido, Marcus despierta para encontrarse con su peor pesadilla.

—Lamento comunicarte que el efecto de la droga que te administré ya ha pasado, ahora podrás sentirlo todo. Tienes muy mal aspecto, Marcus. Creo que ese despojo que tienes por cuerpo ha acabado encontrando su verdadera forma: arrugada, vieja y deforme.

Aunque por unos instantes Marcus no dice nada, el miedo y la certeza sobre su futuro le dilatan las pupilas, mientras es consciente de que contempla el rostro de la propia muerte, tan meridianamente

claro como si Luz portara túnica negra y guadaña, en lugar de un alegre traje anaranjado.

—Tú, sin embargo, tienes el mismo aspecto de siempre, parece que el tiempo te ha tratado bien.

—El tiempo no, el demonio, ¿no oíste decir que hice un trato con él?

—Hoy empiezo a creerlo de veras, ¿por qué no conseguí hablar yo primero con él?

—Tal vez porque nunca llegaste a ser tan cruel como yo.

A la vez que habla, ella aprieta el pie que ha colocado sobre los dedos de su mano derecha, haciendo que la carne del hombre se entierre en la seca tierra.

—¡No le hice daño, no la toqué, no me gustan las mujeres embarazadas, me dan asco! —aúlla él de dolor.

—¡Vaya! ¿Acaso confiesas antes siquiera de que te pregunte? No, ya sé que no la tocaste, solo la abandonaste en una cueva a leguas de ningún lado, sin agua ni comida; sola y embarazada de casi ocho meses.

Luz respira, intentando recuperar la compostura, algo que jamás le ha resultado tan difícil.

Girando el cuello, Marcus logra enfocar la sombra inmóvil que ve a su derecha. Desesperado por obtener ayuda no duda en suplicar.

—¿Quién está ahí?, soy un buen

hombre, un cristiano, no deje que esta loca me haga daño, por amor a Dios... —deja de hablar cuando Isaac, dando dos pasos, se coloca en su campo de visión.

Marcus, aunque parcialmente cegado por el sol, cae desesperado sobre su espalda al reconocer al gitano.

—¡Ah, veo que conoces a mi hombre! Y sin duda habrás oído decir que es un sanador, un curandero, pero — acucillada junto a él, modula su voz hasta conseguir un leve susurro— te contaré un secreto: él es también un soldado, un guerrero y conoce no solo cien maneras de sanar, sino mil de infligir dolor, y aunque yo no se lo pidiera, aunque no se lo rogara, no

tienes que darle ni una sola excusa más para utilizar todo lo que sabe sobre tu miserable cuerpo, porque... siento recordarte que el niño que llevaba mi nieta en sus entrañas es sangre de su sangre, y el sí protege lo que es suyo. Has intentado matar al nieto de un gitano del pueblo y a la mujer de su hijo.

—Luz, Luz, Luz Bella.

—¡No te atrevas a pronunciar mi nombre, no respires, no parpadees! Vas a morir, hoy o mañana, o dentro de tres días, y solo el fino hilo que aún sujeta mi alma humana me hace dudar de cuánto gritarás antes de ese momento — habla enderezándose.

—No te he hecho daño, a ti no, al

menos en cuarenta años, y aquello, aquello fue...

—¿Qué fue aquello?, ¿tu forma de decir que me amabas? Destrozaste mi vida, hiciste que mi padre muriera y que medio campamento gitano desapareciera de este mundo. ¿Sabes lo que hacen algunos clanes gitanos a los violadores?, claro que sí, siempre te has cuidado mucho de tocar a ninguna gitana. Los llevan al campo y los castran, abandonándolos a su suerte. Aunque una herida de ese tipo, realizada por una mano inadecuada puede hacer que un hombre muera rápido, desangrado antes de llegar a un lugar habitado en busca de ayuda. Por suerte para ti, prefiero que mueras lentamente.

—Pero, tu hija, tu nieta, ellas son mías, mi nieta...

—¿Hablas acaso de la mujer golpeada que encontramos casi muerta en la campiña? Sí, no te aflijas, está bien, ella y tu bisnieto. Tienes suerte, si hubiera perdido a alguno de los dos te hubieras despertado contemplando tus propias vísceras. ¡Basta de charlas!

Desconcertado, Marcus observa cómo el hombre y la mujer se alejan hacia un toldo que cobija tres caballos. Refrena los deseos de rogar piedad mientras agradece el sopor que le hace caer en un sueño liberador.

La agonía vuelve al atardecer; los labios reseco, la sed y la piel ampollada por el efecto del sol le hacen recobrar la conciencia de su dolorosa situación. Gira la cara y vuelve a agradecer caer en la inconsciencia.

Al segundo día, un nuevo golpe en las costillas le recuerda que sigue con vida.

—¿Tienes idea de cuánto tardarás en morir? —La voz suave de su Némesis lo trae a la consciencia—. Isaac dice que puedes llegar a los cinco días, yo creo que eres demasiado viejo, tienes suerte, dudo de que llegues al cuarto.

Ahora sí grita y llora y suplica. Promete, ofrece y finalmente maldice a sus verdugos, a Dios y a sí mismo por

seguir vivo. Aullidos de dolor y gritos de desesperación que caen en oídos sordos, mientras esperan pacientemente y en silencio su final.

El amanecer del tercer día despierta balbuceando, rogando agua, libertad y muerte en una misma frase. Luz toma su cuchillo y vuelve a acuclillarse ante él.

—¿Sabes?, he cambiado de opinión, creo que he soñado con hacer esto durante la mayor parte de mi vida; y pagaré el precio de que mueras unas horas antes por verlo cumplido. —Su mano, protegida por un guante de fino bordado blanco, baja hasta sostener entre sus dedos el pene y los testículos desinflados del hombre—. Por mi padre y por todos los que perdieron la vida

aquella noche. —El filo comienza a cortar lentamente mientras los gritos de agonía atronan en el aire—. Por mi nieta y su hijo. —La mano no vacila ni un instante en su camino—. Por esos pobres muchachos que tropezaron contigo... —Sin apartar la mirada de su obra, deja que la vida escape a borbotones del hombre—. Por mí. — Arroja los restos al suelo observando el blanco guante, teñido ahora de rojo—. Por la mujer, capaz de hacer algo tan horrible sin que le tiemble la mano, en la que me has convertido.

Gira, para enfrentar la mirada asombrada de Isaac, que corre hacia ella para evitar lo que ya no tiene remedio.

—Si te apartas de mí lo entenderé, porque ni siquiera ahora tendré la piedad suficiente para acabar con su miserable existencia de una vez por todas —dice a su compañero, hablando por encima de los gritos del moribundo que aún pulsan a sus pies.

—Ve hacia los caballos, Luz, ya he preparado la partida.

Isaac contempla el cuerpo desencajado y agónico de Marcus por unos instantes. Camina, esquivando la sangre que empieza a encharcar la tierra, para colocarse a la espalda del hombre.

Por unos segundos sus miradas se cruzan, una chispa de entendimiento antes de que la garganta del francés se

abra bajo el cuchillo de Isaac. Luego se aparta, dejando que el tiempo y la naturaleza borren las huellas de lo que sus ojos han contemplado.

—Gracias de nuevo, Isaac. Mi conciencia pesará unos gramos menos —la oye decir mientras se monta en el caballo.

—Volvamos a casa, Luz, descansemos, envejecamos de una vez.

—¿Sabes?, eso es lo más hermoso que me has dicho nunca.

Capítulo 25

Gloria

Cádiz, septiembre de 1868

Prim, el reciente marqués de Castillejos, camina inquieto, preocupado y, como siempre le ocurre en las horas previas a un enfrentamiento, asustado y temeroso.

Y no lo niega.

No al menos a sí mismo. Solo los

necios carecen de miedo. El miedo te hace estar atento, alerta, agudiza los sentidos y la inteligencia; y él necesita miedo en ese momento. Prim sonríe; política y poder, el país se ha sacudido una y otra vez empujado por esos dos vientos caprichosos y han sido los militares los únicos que sujetaban el timón en cada ocasión, permitiendo que la dirección final fuera en un sentido u otro dependiendo de las circunstancias.

Él, al igual que muchos otros militares durante los últimos ochenta años, ha luchado alternativamente por y contra el gobierno de turno; un gobierno que ha pasado de unas manos a otras en un lapso relativamente escaso de tiempo variando de criterio político

frecuentemente, sin pudor y según los escenarios nacionales.

Así que de nuevo, como ha sucedido en diversas ocasiones durante todo el siglo XIX, solo un pronunciamiento militar provocará un cambio del gobierno absolutista en España; o eso al menos es lo que él espera, ya que el fracaso no se cuenta entre sus opciones.

—¡Mi general, señor!

Con lentitud, el militar se gira hacia la puerta del despacho, que ocupa desde que esa misma madrugada desembarcó del navío que le traía desde Gibraltar.

—¿Qué desea, sargento?

—El caballero que esperaba acaba de llegar, señor.

—Bien, hágalo pasar —habla, deteniendo por unos instantes su inquieto caminar de lado a lado—. ¡Y abramos los brazos al dinero que llega para mover nuestra máquina de guerra! —comenta, en cuanto el soldado se marcha, en dirección a uno de los otros dos hombres que ocupan la estancia y que lo han acompañado en su viaje desde Londres.

—Nunca te ha gustado esperar, ¿cierto, Juan? —Le hace notar el más joven, un caballero de menos de cuarenta años, elegantemente vestido de traje civil.

—No, al menos cuando queda tanto por hacer, Manuel. ¿Dónde demonios

está ese barco que trae a los generales?

—Paciencia, las noticias son que llegarían en tres días, aún estamos en plazo, no hay por qué suponer que algo pueda salir mal. Contamos con los generales desterrados, y contamos con el dinero de Montpensier, que vendrá con ellos. Debemos ser pacientes y asegurarnos que todos estén aquí antes de abrir la caja de pandora —añade el tercer caballero que ocupa la sala.

Juan Prim se vuelve hacia él, casi ha olvidado la presencia del hombre, cosa que no suele suceder cuando de Práxedes Sagasta se trata. Pero el conocido profesor e ingeniero ha perdido parte de su locuacidad y retórica desde que volvió a pisar suelo

español, tras el exilio al que muchos de ellos han sido obligados durante los últimos años. El hombre, entrado en los cuarenta, vuelve a lucir el aspecto pulcro del caballero que es. El cabello negro, en contraste con la canosa barba que luce, ha recuperado el peinado impoluto tras los días de rebeldía que ha sufrido bajo el rigor del mar durante la travesía desde Londres.

—Dinero, Juan, el dinero que mueve el mundo engranaje a engranaje. Si no hay dinero, ninguna revolución se mueve solo con el impulso de las palabras —añade Sagasta desde el sillón de piel de vaca donde se apoltrona—. Esperaremos y, en cuanto estemos

realmente listos y sin posibilidad de fracaso, nos moveremos al unísono. Todo irá tal como hemos planeado. La revolución se extenderá hacia el norte y pronto España entera nos seguirá; siento decirlo así, pero hasta el clima nos favorece, los años de sequía, la escasez y la penuria. Nadie se opondrá al cambio, cuando la alternativa es el desastre social, económico y político en el que nos encontramos desde hace mucho tiempo. Aguardaremos, y en cuanto tengamos el dinero...

—El dinero está en la puerta, caballeros.

Los tres hombres se giran hacia el joven, que se encuentra en el vano de la ancha entrada.

—¡Bienvenido, O'Brien! —exclama el marqués, observando al hombre elegante que acaba de llegar. En dos pasos, se aproxima hasta chocar la mano que el doctor le ofrece—. Me alegro enormemente de volverlo a ver, ya supe por Guerra que obtuvo casi todo lo que pedía.

—Así es, y ahora vengo a devolver parte del favor que me hizo.

—Señores, les presento al Doctor Néstor O'Brien. Supongo que es posible que conozcan a su madre, doña Luz O'Brien, estoy seguro de que si la vieron alguna vez no la habrán olvidado —presenta el marqués—. Ellos son don Manuel Ruiz Zorrilla y don Práxedes

Mateo Sagasta.

—Caballeros, un placer —habla Néstor, mientras estrecha, una a una, las manos de ambos hombres que se han acercado hasta encontrarse todos en un mismo grupo, ocupando el centro de la sala.

—Quizás debemos sentarnos y entornar esa puerta, creo haber oído a este hombre hablar de dinero y siendo el hijo de doña Luz, me temo que esas son palabras mayores —añade Sagasta, señalando cuatro de las seis sillas con apoyabrazos que rodean la amplia, aunque baja, mesa central.

—Definitivamente, O'Brien, ¿contamos con su apoyo? —inquire Prim impaciente, en cuanto todos están

sentados y tras un par de minutos de tenso mutismo.

—Sí, mi madre y yo les daremos el apoyo que necesitan.

—Finalmente, traiciona a su reina — reflexiona en alto el marqués.

—No —contesta el hombre más joven cortando el silencio—. No hay traición en quien lucha por su pueblo, mucho menos cuando esa lucha beneficia también a España.

—Será una decepción para ella, le he oído hablar maravillas de usted — vuelve a inquirir con sorna el marqués.

—Bien, no me extraña, en una ocasión le curé un juanete. He de decir que muchos darían su fortuna por librarse de

ese dolor.

—¡Ah, sin duda!, créame yo soy uno de ellos, ya iré a verlo cuando decidamos qué hacer con España —interviene Sagasta, mostrando su lado más divertido.

—Volviendo al motivo de su visita, doctor —continúa Prim—. Entiendo que viene a ofrecernos...

—Un impulso a su revolución, como bien explicó el señor ingeniero —acaba por él Néstor, señalando a Sagasta—. Les ofrezco lo que necesiten, siempre que me aseguren que la transición será pacífica, este país ya ha sido castigado con innumerables conflictos inútiles.

—Supondrá que no podemos evitar algún enfrentamiento, algunos avanzarán

por tierra y no habrá tregua hasta alcanzar Madrid. Yo mismo —continúa explicando el general Prim— bordearé por mar la costa mediterránea hacia Cartagena, Valencia y Barcelona, y tampoco frenaré hasta haber consolidado la revolución en el litoral Mediterráneo. Espero que sea una transición casi pacífica en la que, poco a poco, convenzamos sin violencia hasta afianzar la revolución en el resto de España.

—¿Y qué gana usted, caballero? —interviene finalmente Manuel Zorrilla, haciendo la pregunta que sus compañeros rumian en ese momento—. ¿Quiere un ministerio?

—¡Oh!, no, nada de eso. —Néstor sonríe ante la aparente tranquilidad que ha aparecido en el rostro de sus contertulios tras sus palabras—. No se preocupen, no usurparé ninguno de los cargos que seguro ustedes ya han prometido y repartido, les dejo el gobierno a quienes al menos tienen alguna idea de cómo gobernar.

—Entonces, dígame ¿qué es lo que quiere? —insiste el marqués.

—¿Paz? —mientras habla, Néstor extrae de su levita un par de paquetes envueltos en papel y amarrados con una guita, depositándolos sobre la mesa—. Al menos durante unos años, y que mantenga la tierra que usted sabe tal y

como se encuentra en estos momentos.

—Doñana —afirma, más que pregunta, Prim.

—Sí, Doñana.

—Por los linces, claro —continúa con humor el marqués.

—Por los linces, sí. —El médico le devuelve la sonrisa, ante la desorientación de los hombres que les acompañan sin entender muy bien las palabras de ambos—. Tampoco queremos, ni mi madre ni yo, que salga de esta habitación nuestra aportación a la causa, dejen los honores para otros.

—Eso es fácil de cumplir, siempre hay voluntarios para aparecer ante la posteridad cuando las cosas salen bien.

—¿Y si salen mal?

—No saldrán, créame —le asegura Sagasta—. En cualquier caso creo que no me equivoco si le prometo que ninguno dirá una palabra de su participación, sea cual sea el final de esta aventura.

—Gracias, su palabra es suficiente. —Alargando el brazo, O'Brien le ofrece a Prim uno de los paquetes—. Esto les bastará, pero si precisan más envíen carta a Pradobajo, yo iré a verles adonde me pidan.

—Por el peso —contesta Prim, evaluando el paquete entregado— vaticino que será suficiente con ambos.

—¡Ah, otra cosa! —corta Néstor mientras se levanta dejando un tercer

paquete sobre la mesa—. Este es para asegurar que la reina salga sin problemas del país.

—¡No somos incultos revolucionarios franceses, caballero! —Manuel Zorrilla se levanta airado de la silla, enfrentándose al hombre alto que cree acaba de insultarlo—. Nosotros no cortamos cabezas.

—Eso espero, pero tampoco me gustan los accidentes, ni ahora, ni en los próximos cincuenta años —se le encara a su vez el médico.

—No se preocupe, la reina saldrá y vivirá ilesa hasta ver crecer a sus nietos... lejos de España, por supuesto —media Sagasta.

—De nuevo, su palabra me basta,

caballero —declara Néstor.

Antes de que nadie añada nada más, la puerta se abre de golpe, dejando visible a un caballero con uniforme de marina ricamente condecorado.

—¡Señores!, no sé ustedes, pero yo no esperaré mucho más —afirma el hombre, de unos cincuenta años y adornado con un excelso bigote gris, que acaba de entrar.

—¡Ah, Topete!, llega en un gran momento —añade Sagasta.

*Fragata Zaragoza, Bahía de Cádiz,
18 de septiembre de 1868*

Es la hora, el brigadier Topete mira a su derecha buscando el mudo asentimiento del hombre que sabe estará con él.

Con gesto serio, el capitán del barco agita el rostro afirmando: todos sus hombres están con el marino, con la revolución y con la nueva España unida que surgirá de sus cenizas.

Las salvas de cañonazos empiezan a retumbar en la bahía cuando cada uno de los cañones de la fragata ruge. La vigesimoprimer y última salva señala el preludio de un nuevo comienzo, el anuncio de la revolución y el fin de una época.

Ni siquiera han esperado a que los

generales desterrados en Canarias por el gobierno actual lleguen a Cádiz. El levantamiento, que tiene como primer objetivo el derrocamiento de la reina Isabel II, acaba de estallar en Cádiz. La revolución, que en el futuro será recordada como La Gloriosa, está en marcha.

A menos de media legua de distancia, apoyada sobre el antepecho de la elegante torre de vigía de planta cuadrada, que corona la casa de sus amigos los marqueses de Recaño, Luz alarga el brazo para reposar la mano sobre la de su hijo, mientras observa la fragata aún cubierta por la bruma de humo producida por las salvas. El barco de tres palos, anclado en medio de la

bahía gaditana, ha proclamado la insurrección de Topete como capitán del Puerto de Cádiz y de todas las tropas a su mando.

—Te dije que serían impacientes — afirma la mujer tras la última detonación —. No he conocido a ningún militar con la paciencia necesaria para dejar que los políticos actúen. Necesitan acción y sentir que son ellos quienes llevan las riendas, aunque no sean más que los brazos ejecutores de mentes más preclaras y manipuladoras. Han contraído una deuda de honor a cambio de tan solo un par de días de adelanto en sus intenciones. Mis informadores me han asegurado que el vapor que trae a

los militares que se encontraban desterrados en Canarias por el gobierno llegará pasado mañana.

—Pero han conseguido nuestro dinero —añade Néstor.

—¿Prim y Topete? —pregunta con sorna la mujer—. No, no lo creo, ya verás cómo nos devuelven lo tomado en cuanto lleguen los generales con el dinero del duque de Montpensier, intentarán hacer ver que no han cambiado las reglas del juego, y pretenderán volver atrás con el trato realizado con nosotros.

—Entonces no habremos ganado nada.

—No, habremos ganado todo, habremos conseguido un trato de honor.

Devolverán el dinero, pretenderán dejar las cosas como estaban, pero su dignidad no les permitirá olvidar y mantendrán su palabra dada en lo que nos concierne; si no, siempre podré recordarles, para su vergüenza, que rompieron su palabra.

—¿Desde cuándo empezaste a tener esa mente, Luz Bella?

—Siempre fue mía, querido, pero a partir de un momento decidí usarla en beneficio de alguien que no fuera mi propia persona. —La risa del hombre le suena a cántico de ángeles—. ¿Sabes que yo nací entre estas murallas? —dice, señalando la fortaleza que rodea la ciudad—. Mi madre era de aquí, y mis

abuelos. Justo el 2 de mayo de 1808.

—Bonito día para nacer —asegura su hijo.

—Ese mismo año el gobierno del país se trasladó a Cádiz. Estas murallas, estas piedras, nosotros mismos, hemos sido testigos del cambio; no este que ves ahora, sino el compendio de todos, un cambio en un mundo que empieza a moverse rápido. Puede que ahora nos parezca lejano el final, pero aquí, durante este siglo ha empezado algo, algo que no sé adónde nos llevará, pero que será difícil que nos arrastre de nuevo hacia el mismo lugar donde estábamos hace cincuenta años. Lo intentarán, habrá momentos y puntos de retroceso, pero ya nadie será capaz de

hacernos olvidar, porque ahora somos muchos los conscientes de lo que realmente tenemos a nuestro alrededor. Fíjate en esos militares, hoy gritan de alegría, mañana irán a la guerra y nuestros hijos, tus hijos, vivirán con lo que ellos les dejen, con lo que tú les dejes. Quiera el cielo que tiemplan sus nervios antes de actuar.

Lentamente, la mujer extrae del pequeño bolso con bastidor de plata labrada, que tiene entre las manos, un pliego de papel doblado en cuatro. Perezosamente, bajo la mirada de su hijo, desdobla la hoja alargándosela al hombre que la observa con interés.

—Toma, Adonaí, lee, esto es lo que

se repartirá en cuanto llegue el barco de Canarias.

Néstor toma lo que la mujer le da y, apartando el mechón de cabello que el viento, en ese momento levemente molesto, le ha soltado de la cola en la que lo sujeta, observa el panfleto. Aclarándose la garganta, pasa a leerlo en voz alta.

Espanoles; la ciudad de Cádiz, puesta en armas, con toda su provincia, con la Armada anclada en su puerto (...), declara solemnemente que niega su obediencia al gobierno de Madrid, segura de que es leal intérprete de todos los ciudadanos (...). Queremos que una legalidad común por todos

creada tenga implícito y constante el respeto de todos. Queremos que el encargado de observar la Constitución no sea su enemigo irreconciliable (...) Queremos que un gobierno provisional que represente todas las fuerzas vivas del país asegure el orden, en tanto que el sufragio universal eche los cimientos de nuestra regeneración social y política. Contamos para realizar nuestro inquebrantable propósito con el concurso de todos los liberales unánimes y compactos ante el común peligro; con el apoyo de las clases acomodadas, que no querrán que el fruto de sus sudores siga enriqueciendo la interminable serie de (...) favoritos;

con los amantes del orden, si quieren verlo establecido sobre las firmísimas bases de la moralidad y del derecho; con los ardientes partidarios de las libertades individuales (...): con el apoyo de los ministros del altar (...); con el pueblo todo (...). Españoles: (...) Acudid a las armas, no con el impulso del encono, siempre funesto; no con la furia de la ira, siempre débil, sino con la solemne y poderosa serenidad con que la justicia empuña su espada. ¡Viva España con honra!”

—Bonitas palabras, ¿cierto? —
inquiere la mujer, mientras vuelve a doblar el papel que él le ha devuelto para guardarlo de nuevo.

—Sí, y bonitas intenciones. ¿Qué haremos?

—Esperar a que la ola pase, aguantando la respiración para que no nos ahogue ni nos arrastre con ella.

—Lo que siempre hacemos, entonces.

—Sí, lo que siempre hacemos. — Luego se gira hacia la pequeña torreta, que se abre hacia las escaleras de descenso de la torre—. Vamos, volvamos con los nuestros, en dos días tal vez se desate otro infierno y quiero estar con mi familia.

Al día siguiente, mientras el faetón de los O'Brien regresa hacia Pradobajo, los militares que vuelven de su destierro leen y hacen público el manifiesto

“España con honra”.

Pradobajo, mayo de 1871 (hoy)

—No sé si podré —mientras habla, la mano de Néstor, portando la aguja hueca, cargada con el líquido preparado por su propio padre, tiembla.

—Era su deseo, lo ha sido desde hace cuarenta años, libérala Adonaí, deja que se vaya por fin, que escape de este mundo lleno de odios, miedos y rencores, permite que su espíritu camine libre por las marismas. Así me lo ha pedido.

Néstor mira a su padre unos instantes para luego concentrarse en buscar la

vena en el antebrazo de Luz Bella. La mujer reposa sobre la cama desde hace dos semanas. Solo sus parientes y la fiel Ana han entrado en la habitación en la que la señora de Pradobajo acaba sus últimos días como Luz Bella O'Brien.

—Lo haría yo mismo si no estuviera seguro de que su deseo es que fueras tú; además tendrás que firmar el certificado de defunción antes de que llevemos el cuerpo a la campiña para la ceremonia de purificación e incineración. No sentirá nada, esta mañana ha tomado suficiente morfina para dormir horas — aclara Isaac.

—Bien, que sea la voluntad de Luz Bella, como todo lo que he hecho en esta

vida.

Lentamente, sus expertos dedos hurgan sobre la piel blanquísima de la mujer, hasta hallar el lugar en que clavar la aguja; de nuevo, como cada vez que la angustia se agarra a su garganta, una solitaria lágrima baña la mejilla del médico mientras inyecta el líquido en el torrente sanguíneo de su madre.

Unos minutos, y el cuerpo comienza a convulsionarse por unos momentos, antes de caer finalmente inerte sobre las sábanas.

—Llamaré a Dolores y a Ana; arréglala, sobre la mesilla hay un peine, padre. Haré que entren los criados, querrán despedirse de su señora. No dejes que se acerquen a su cuerpo hasta

que pasen al menos veinte minutos, debemos dejar que se enfríe si voy a certificar que murió durante la noche, así no habrá que demorar demasiado la ceremonia de incineración.

Néstor se marcha, dejando a Isaac con el cuerpo inerte de la Roja.

—Por fin llegó el día que deseabas, amor. Voy a echar de menos a la bruja que eras, casi me había acostumbrado a la Roja —murmura.

Lentamente, el hombre endereza el cuerpo de su mujer, recolocando el blanquísimo camisón cerrado hasta el cuello. Dulcemente, pasa el peine de púas anchas sobre el hermoso pelo rizado, aún rojo en su mayoría, solo

salpicado de leves hebras blancas en las sienes. Isaac no puede evitar temblar de miedo ante el futuro incierto que le aguarda.

Los criados entran uno a uno, parándose ante el frontal de la enorme cama con dosel. Maravillados, contemplan la belleza, aun en la muerte, de la que ha sido una de las mujeres más poderosas de Andalucía.

—Tan bella, parece tan joven... nadie diría que esté muerta. —La voz de la cocinera refleja el pensamiento de todos y cada uno de ellos.

—Puedes acercarte y besar su frente —habla Ana desde la pared del dormitorio, apoyada en ella, junto a la silla en la que Dolores descansa desde

hace dos horas contemplando el ir y venir de empleados, sirvientes y braceros.

—¿En serio, señora?, me encantaría.

Con paso ágil se acerca a la cama, disfrutando del privilegio de ser una de las pocas personas que se despedirán de su señora de forma tan favorecida. La mujer da un pequeño respingo cuando la frente inerte y fría de Luz roza sus labios por unos instantes. Luego un sollozo asalta su garganta cuando comprende que realmente, a pesar de su aspecto impoluto, está ante un cadáver.

—Bien, gracias a todos, pero han empezado a llegar los primeros señores desde la ciudad. Esperamos a mucha

gente, ya saben que la señora era muy reconocida en Sanlúcar. Será mejor que os retiréis a casa, ni hoy ni mañana trabajará nadie en señal de luto. —Los sirvientes miran sorprendidos a Isaac, pues probablemente sean las frases más largas que han oído salir jamás de los labios de ese hombre discreto—. La ceremonia de incineración será privada, tal como era el deseo de la señora, pero todos estáis invitados al funeral cristiano que se hará en su honor mañana por la mañana en la capilla del cortijo. Gracias de nuevo a todos, en nombre de Luz Bella. Sé que, como yo, reconocería las muestras de devoción y cariño que le estáis prestando.

La pequeña comitiva camina en dirección a las dunas. El lugar elegido está a más de una legua río arriba. Una única carreta, preparada exprofeso por Luz hace dos años, traslada el cuerpo engalanado de la Roja. Las altas y reforzadas ruedas permiten atravesar las blandas dunas hasta el lugar señalado.

Un traje blanco hasta los tobillos, el pelo trenzado a ambos lados y el sello de su padre en el dedo índice de la mano derecha son los únicos recuerdos de la mujer que nació como Luz Bella O'Brien Martín.

Solo cuatro caballos acompañan a la pareja de bueyes que tiran del carro,

conducido con mano firme por Ana: su hijo, su nieta, su compañero y el amigo de toda la vida, en realidad todo lo que Luz ha amado y querido en su larga existencia como la dueña de Pradobajo.

Cuando llegan al lugar, la alta pira funeraria los espera ya preparada. Cinco hombres del pueblo, engalanados para la ceremonia, custodian el lugar desde bien entrada la mañana. Lentamente rodean la carreta, presentando sus respetos a la mujer que les ha dado tantos años de paz.

Antes siquiera de que los bueyes detengan su camino, Néstor salta del caballo seguido de su padre. De un solo gesto, ambos hombres suben a la carroza uno tras otro y, mientras Isaac retira las

capas de flores que cubren las piernas de Luz Bella, Néstor se arrodilla junto a su cabeza, tomándola entre sus manos.

—Ya puedes despertar... Luz, Luz Bella... hemos llegado al final del camino, tienes que despertar...

Ante la mirada angustiada de su padre, el médico busca con desesperación el pulso en el cuello de la mujer.

—Dame el agua fría, padre, y los paños que están metidos en la nieve.

Con manos rápidas, el médico despoja a la mujer de la camisa, descubriendo los hombros y el pecho desnudo, luego la endereza, para hacer que el agua fría descienda por su

garganta.

—... madre, tienes que despertar... ya... ¡madre!

—¿Acaso he tenido que morir para que me des ese título por primera vez en veinte años?

El leve ataque de tos corta las palabras de la mujer, mientras su hijo retira el pellejo con el agua y la cubre de paños fríos.

—Pensé que odiabas que te llamara así, por eso he esperado a que estés muerta para hacerlo —bromea aliviado Néstor.

Luz ríe, y todos los que la rodean corean su insólita risa de soprano.

—Tienes que refrescarte —le recuerda su hijo—. El líquido que te he

inyectado te ha hecho descender la temperatura hasta casi detener tus constantes vitales, pero ya estás empezando a sufrir el efecto contrario que tu cuerpo ha producido para contrarrestarlo. Tu temperatura subirá hasta casi los cuarenta grados en las próximas horas, y tenemos que mantenerte hidratada y fría.

—De acuerdo, supongo que esta vez deberé hacer tu voluntad —habla ella, mientras abraza las manos de Néstor para sujetar por sí misma la cantimplora que él le ofrece.

Bebe ávidamente durante unos segundos antes de apartarla de la boca.

—Bien, ahora daré mis últimas

órdenes como ama de Pradobajo.

—Y todos estaremos, como siempre, encantados de obedecer —vuelve a bromear Néstor.

—Entonces, colocad toda esa ropa que habéis traído en la pira y proceded a acabar con la vida de la Roja.

—¿No hay nada que quieras conservar? —Isaac se aproxima a ella por el otro lado, acuclillándose junto a la mujer.

—No, ni siquiera al hombre llamado Isaac —El gitano sonrío con gravedad, comenzando a desprenderse de su chaqueta de caballero andaluz—. Quiero abrazar de nuevo a mi querido salvaje, a mi Kore, y cumplir con él la promesa que hice hace cuarenta años.

—Así sea, Petirrojo.

Epílogo

Alrededores de Doñana, campamento gitano, junio de 1871 (hoy)

—¿Petirrojo, Luz Bella?

La voz de Adonái le llega clara desde el exterior, mientras Dolores coloca el vestido de ceremonia tartesio sobre la cama de pieles de oveja, en la que duermen desde hace cuatro noches.

Hace más de tres meses que no regresaban al campamento; su lugar está en Pradobajo, cuidando el cortijo que su marido ha heredado y ayudando a su padre en la administración de Aguastempladas, que también pasará a sus manos algún día. Pero esta vez los ha traído una ocasión muy especial.

Tal como había jurado, la mujer que ahora es llamada Petirrojo por su nuevo pueblo, se casa con el hombre al que ha amado durante toda su vida.

—Necesitaba un nuevo nombre ya que me han acogido en el pueblo.

—Pero, ¿Petirrojo?

—Pregunta a tu padre, es cosa de él.

—La mujer discute entre risas con su

hijo.

—... quizás lo haga. Petirrojo... creo que eres la mujer menos...

Poco a poco la conversación se aleja. Dolores se olvida por unos instantes de lo que estaba haciendo para centrarse en lo que tiene que preparar; por lo pronto, se coloca un sencillo vestido color caramelo claro para cubrir su desnudez.

Ha de salir al arenoso campo a buscar a su hijo para bañarlo y prepararlo antes de hacerlo ella misma, y ese color es el más adecuado para disimular el polvo de la reseca tierra que se cuele por todos lados.

Su hijo juega en el suelo. Él sí que viste de color caramelo. La propia y hermosa piel de su padre, acentuada por

cientos de horas al sol en sus escasos tres años de vida.

Irritado por la presencia de algún insecto sobre el castillo de arena que ha construido, golpea con furia el trabajo de toda una mañana, demostrándole a la mujer que por sus venas corre la sangre irlandesa de su abuela Luz.

Satisfecho con la destrucción que ha generado, vuelve sus ojos de agua hacia el águila que sobrevuela el campamento. Ojos transparentes, que su bisabuela afirma pertenecen a su abuelo Frank, adornados con un halo oscuro en los bordes que los hace algo menos siniestros y los más hermosos que jamás haya visto Dolores.

—Ma..., mami. Volaré, voy a volar como ese pájaro... —Levanta el cuerpo con una agilidad impropia de su corta edad—. Volar, volar... —Mientras la rodea, dando vueltas a su alrededor, el niño extiende los largos miembros a la suave brisa del mediodía.

—Seguro, mi amor, volarás y serás todo aquello que deseas ser.

—Y a cada paso del camino tu madre estará ahí, para recordarte todo aquello que hagas mal...

No necesita girarse para descubrir quién habla. Siente su pecho caliente apoyado sobre su espalda y las manos que le recorren el vientre abultado para acunar a su próximo hijo.

—Sabes que esta vez será pelirrojo, ¿verdad? —habla ella, reprimiendo una sonrisa.

—Lo sé, lo sé. No me lo recuerdes...

Nota de la autora

Muchos estudios afirman que la perdida civilización de Tartesos, citada en abundantes escritos griegos durante los siglos VIII a VI a. C., se ubicaba en el triángulo formado por las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz, en la costa suroeste de Andalucía (España).

En esa zona se situaría la depresión

del río Tartessos, que correspondería con el que los romanos llamarían posteriormente Betis y los árabes Guadalquivir (cuyo significado es «río grande»). Según esas fuentes, fueron las inmensas riquezas de Tartesos las que atrajeron durante siglos a los pueblos navegantes y comerciantes del Mediterráneo, especialmente griegos y fenicios.

Tartesos también ha sido relacionada con la ciudad de Tarsis, que aparece en la Biblia, de la cual se cita que salían cada año cientos de naves cargadas de los más fabulosos tesoros y que pudiera haber sido la capital del reino perdido de Tartesos. Finalmente, hay quien se aventura a relacionar Tartesos con la

perdida Atlántida de Platón.

La identidad del pueblo gitano, su origen étnico y etimológico, es casi desconocida, y aunque existen multitud de hipótesis sobre cuál fue su pasado, continúa siendo un desafío polémico para la historia y la antropología. Una de las opiniones más aceptadas los emplaza en la India antes de migrar al resto del mundo. Aunque esto no descarta que hubieran migrado hasta allí con anterioridad, procedentes de algún otro lugar desconocido.

La pregunta podría ser ¿esos pueblos nómadas vinieron por primera vez desde el Indostán hacia Europa a partir del siglo IX d. C.? ¿O simplemente se trató

de un movimiento de regreso a su primigenio lugar de origen?

Una única cosa parece cierta, y es que, estén donde estén, sea cual sea su clan, comparten la conciencia de saberse un pueblo particular que no suele mezclarse con los payos (palabra que evolucionó del goyim, gayé, gaché, y que describe a todo aquel que no pertenece a un clan gitano). Además, poseen ciertos preceptos a los cuales no han renunciado a lo largo de los siglos: sus rituales y la forma especial de ver la vida.

Así que, aunque la idea de que el pueblo de Tartesos habitara lo que ahora es el Parque Natural de Doñana (zona conocida por su especial interés

medioambiental desde principios del siglo XVIII y Reserva de la Biosfera declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad en 1994) no es una idea mía (en 1923 el arqueólogo alemán Adolf Schulten ya buscó la ubicación de la capital tartesia en las dunas de Doñana), que su origen se funda en el tiempo con el pueblo gitano, sí, supongo que tan descabellada como cualquier otra, al fin y al cabo ambas culturas tiene en común la bruma que cubre su historia, comienzos y ubicación en el mundo.

En fin, en honor a mi origen español, me he permitido bucear en la historia y la leyenda, incluso escarbar en las

intocables dunas de Doñana a la búsqueda de una civilización gloriosa, riquísima y poderosa que nos pertenezca y haya perdurado en el tiempo y en la fantasía de todos los que valoramos soñar despiertos cuando nos sumergimos en la lectura de un libro.

Notas

[1] Real Pragmática de 19 de septiembre de 1783, trata de eliminar el origen gitano, les concede libertad de residencia y se les permite nuevos modos para ganarse la vida. Sin embargo, prohíbe oficios como poseer tabernas o esquilar caballos, de vital importancia para el pueblo gitano; también se prohíbe sus vestiduras tradicionales y su jergonza (el caló). Establece la obligación de asentarse, abandonando el nomadismo

[2] Durante el año 1788 se dan algunas

revueltas en Francia como la de Grenoble conocida como la Jornada de las Tejas, que siembran las bases de la revolución que se produciría a efectos históricos a partir del siguiente año.

[3] María Luisa de Parma, reina consorte esposa de Carlos IV y Manuel Godoy y Álvarez de Faria, noble y político español, favorito y primer ministro de Carlos IV entre 1792 y 1797. Se dijo que mantenía una relación amorosa con la reina María Luisa de Parma.

[4] Arthur Wellesley, o Arthur Wesley. Futuro primer duque de Wellington.

[5] Proclama de Napoleón con motivo de las abdicaciones de Bayona, 5 de mayo de 1808, se producen las renunciaciones sucesivas de los reyes Fernando VII y su padre Carlos IV al trono de España en favor de Napoleón Bonaparte, y de este sobre su hermano José Bonaparte (José I); Fue publicada en la *Gaceta de Madrid* el 3 de junio de 1808.

[6] En 1812, los nombramientos como duque de Ciudad Rodrigo (España, 1812), duque de Vitoria, marqués de Torres Vedras (Portugal, 1812) y conde de Vimeiro fueron conferidos a Arthur Wellesley por sus servicios y por sus victoria en la Guerra Peninsular Ibérica (España y Portugal). Posteriormente pasaría a ostentar entre otros muchos el título de conde de Wellington y finalmente duque de Wellington, por el que sería mundialmente conocido.

[7] La leyenda se encargó de inmortalizar a Charles Tristán, conde de Montholon, como el principal sospechoso del posible asesinato de Napoleón.

[8] Juan Prim y Prats (1814-1870), conde de Reus, marqués de Castillejos y vizconde del Bruch (todos ellos títulos otorgados por la reina Isabel II). Militar y político progresista español participaría en la Revolución de 1868. Murió asesinado poco después.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



HQN™

REGÁLAME
OTRO
MUNDO

Mina Vera

www.harlequinibericaebooks.com